



J. G. Farrell

Disturbios

INTRODUCCIÓN DE JOHN BANVILLE  
TRADUCCIÓN DE J. M. ÁLVAREZ FLÓREZ

Lectulandia

Año 1919, tras sobrevivir a la Gran Guerra, el comandante Brendan Archer viaja a Irlanda para descubrir si todavía sigue prometido a Angela Spencer, cuya familia regenta el hotel Majestic en Kilnalough. Pero al llegar encuentra a su prometida extrañamente alterada y a su futura familia política en plena decadencia económica: el hotel se desmorona poco a poco, los escasos huéspedes que quedan se pasan el día cotilleando y jugando al *whist*, hordas de gatos salvajes se van adueñando del bar Imperial y de las plantas superiores, el bambú amenaza con colonizar los cimientos del edificio y los lechones campan a sus anchas por la pista de *squash*. Mientras el comandante Archer atiende los desastres domésticos que aumentan día tras día, fuera de los muros del hotel el Imperio británico también se tambalea y desmorona: los disturbios son diarios, el malestar crece por momentos y en la propia Irlanda la violencia arrecia. Farrell nos traza, con un humor centelleante e irrepetible, un cuadro desolador de la decadencia y del final, no sólo de un imperio, sino de toda una época.

**Lectulandia**

J. G. Farrell

# **Disturbios**

**Trilogía imperial - 1**

ePub r1.0

Titivillus 30.06.15

Título original: *Troubles*  
J. G. Farrell, 1970  
Traducción: J. M. Álvarez Flórez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

En el gran poema de Derek Mahon «*A Disused Shed in Co. Wexford*», un par de viajeros se adentran en las ruinas «de un hotel quemado, | entre las bañeras y las palanganas»; al forzar una puerta que lleva mucho tiempo cerrada, se encuentran con una hueste de hongos que se amontonan en la oscuridad. El poeta imagina que llevan allí décadas, esperando a que la luz bendita irrumpa sobre su mundo fétido y liminar:

*«Save us, save us,» they seem to say,  
«Let not the god abandon us  
Who have come so far in darkness and in pain.  
We too had our lives to live...»*

[—Salvadnos, salvadnos —parecen decir—. | No dejéis que el dios nos abandone | a los que tan lejos hemos llegado en la oscuridad y en el dolor. | También nosotros teníamos vidas que vivir... ].

El poema es un treno a mundos desaparecidos («¡Gente perdida de Treblinka y Pompeya!»)..., sobre todo, aunque no lo mencione directamente, al mundo de la aristocracia anglo-irlandesa. Este linaje obstinado, que había resistido unos ocho siglos, alcanzó su súbito agostamiento en la guerra de Independencia irlandesa, que terminó con el tratado que firmaron el gobierno británico y el IRA de Michael Collins en 1922. De acuerdo con ese tratado se dividió Irlanda en veintiséis condados sureños convertidos en un Estado libre, y seis condados norteños que siguieron bajo soberanía británica. El resultado fue la guerra civil.

El país quedaba dividido en la práctica entre los protestantes del norte y los católicos del sur. Parecía en la época, tanto para el belicoso Collins como para el primer ministro británico Lloyd George, la única solución posible a un problema insoluble. Uno de los resultados de la partición fue que tanto en el norte como en el sur se dejaba que una minoría religiosa se defendiese como mejor pudiese en medio de una mayoría más o menos hostil. En el norte, esa defensa continúa hasta el día de hoy; en el sur, los protestantes, un cinco por ciento de la población, quedaron en su mayoría apartados de la vida pública, motivo de amargo pesar para muchos de los más perspicaces, desde W. B. Yeats («¡No somos personas insignificantes!») a Hubert Butler. Butler, un ensayista de talento, nunca dejó de lamentar la pérdida para la vida de la Irlanda meridional de la energía, la intransigencia y el, a menudo feroz, radicalismo que caracterizaban a la tradición protestante, sobre todo en el norte.

El poema de Mahon está dedicado a su amigo J. G. Farrell. Farrell fue un hombre esquivo y sumamente reservado, una especie de enigma no sólo para el público lector, sino para muchos de los que le conocieron bien. Era por su ascendencia una

mezcla de inglés e irlandés. Nació en Liverpool en 1935, y pasó gran parte de su juventud en el Lejano Oriente. En su primer curso en Oxford contrajo la polio, que le dejó parcialmente impedido de un brazo. Era, sin embargo, muy atractivo (tenía cierto parecido físico con Marcel Duchamp, y también algo de su actitud fríamente juguetona) y tuvo relaciones con un impresionante número de mujeres, como reveló Lavinia Greacen en 1999 en su biografía. Escribió siete novelas, las más conocidas de las cuales son las tres que forman la llamada «Trilogía del Imperio», *El sitio de Krishnapur*, *La defensa de Singapur* y *Disturbios*.

En la primavera de 1979, Farrell se instaló en Irlanda, en una casa de campo situada en un promontorio remoto de la bahía de Bantry. Cuatro meses después, en agosto, cuando pescaba con un tiempo tormentoso en unas rocas próximas a su casa, una ola le arrastró al mar y se ahogó. Su muerte a los cuarenta y cuatro años, una muerte trágicamente prematura, sobre todo para un novelista, condujo a su fama a un ocaso inexplicable. Es indudable que habría hecho maravillas si no hubiese muerto, teniendo en cuenta que en el curso relativamente breve de su carrera edificó un monumento literario perdurable, cuyo punto culminante es *Disturbios*. Aunque *El sitio de Krishnapur* ganó el Booker Prize en 1973, *Disturbios* es sin duda alguna su obra maestra, y un libro que es seguro que perdurará.

Los «disturbios» del título es el eufemismo que los irlandeses (campesinos, comerciantes o aristócratas protestantes) aplicaban a la guerra desigual, esporádica pero brutal que se inició en 1919 entre el Sinn Féin/IRA y el ejército británico de ocupación. En realidad, esa guerra podría decirse que empezó tres años antes, con la abortada Insurrección de Pascua de 1916, que duró una semana y concluyó con la ejecución sumaria de catorce de sus dirigentes. El levantamiento había sido profundamente impopular entre la mayoría del pueblo irlandés (según la leyenda, las damas que pasaban agredieron con sus paraguas a los miembros de las fuerzas rebeldes que entraban a ocupar la Oficina Central de Correos de Dublín aquel domingo de Pascua por la mañana) y tanto los ingleses como los anglo-irlandeses lo consideraron una puñalada por la espalda de una chusma ingrata en un momento en que miles de jóvenes, muchos de ellos irlandeses, estaban muriendo en defensa de la libertad en los campos de matanza de Francia. Sin embargo, la precipitación y la brutalidad de las ejecuciones de los dirigentes de la Insurrección provocaron una oleada de resentimiento entre la población nativa, que no se aplacaría hasta que terminase el dominio británico, al menos en los Veintiséis Condados.

Aunque *Disturbios*, que se publicó en 1970, se desarrollaba cincuenta años antes, resultó involuntariamente oportuna y misteriosamente profética. Ese año se inició con sangrienta resolución una nueva tanda de Disturbios que es de esperar que esté llegando definitivamente a su fin. La batalla se desarrolló en ambos casos entre dos tribus caracterizadas por su incomprensión mutua: en 1970, entre la clase obrera protestante y la católica de Irlanda del Norte, con el ejército británico en medio; en 1920, entre el campesinado católico y la clase rectora protestante, con una fuerza de

irregulares británicos, los Black and Tans, supuestamente encargados de mantener la paz, pero que, en realidad, tomaban represalias punitivas contra un esquivo ejército de rebeldes. Farrell capta en *Disturbios* con sobrecogedora penetración el carácter brutal, pero de una comicidad peculiarmente grotesca, de aquella guerra que nunca fue del todo una guerra. En parte alguna del libro vemos un solo miembro del IRA; incluso cuando uno de los personajes principales, el comandante Archer, está siendo enterrado hasta el cuello en una playa para que se ahogue al subir la marea, los tipos que cavan el agujero y le meten en él son anónimos, y, por la descripción de sus trabajos, podrían estar salvándole en vez de intentar asesinarle. El único atisbo que tenemos de un rebelde es de uno muerto, en una de las escenas finales más atrocemente cómicas: el cadáver del joven ha sido colocado en una mesa de una sala de armas, donde su verdugo, Edward Spencer, deja vagar la mirada por los trofeos de cabezas de animales salvajes de las paredes y «Al comandante se le ocurrió por un instante el pensamiento terrible de que Edward se había vuelto ya completamente loco y estaba buscando un sitio en la pared para instalar al feniano». Edward Spencer (un nombre que tendrá un eco alusivo para cualquiera que conozca la historia de la Irlanda isabelina) es uno de los grandes retratos cómicos de la literatura moderna. Es el propietario, si es ésa la palabra, del hotel Majestic, un edificio que se desmorona situado en algún lugar de la costa del condado de Wexford. Es al Majestic adonde llega el atribulado veterano de guerra, el comandante Archer, con cierta leve renuencia, a pedir la mano de Angela, hija de Edward. Pero Angela no se casará, y mientras las semanas se convierten en meses y los meses en años, el comandante se demorará allí, un espectro sólo un poco más vivo entre los espectrales inquilinos del hotel, señoras ancianas, en su mayor parte, que han establecido su residencia permanente en la antigua magnificencia tambaleante del Majestic, con una colonia de gatos medio salvajes en constante crecimiento que vagan por las plantas más altas, como las pesadillas del edificio. Y mientras, las hijas supervivientes de Edward, las terribles gemelas Faith y Charity (otra invención maravillosa y curiosamente erótica) van creciendo también medio salvajes, el personal y los sirvientes acechan como duendecillos, el joven Pdraig se convierte en travestido y el mayordomo Murphy va volviéndose callada pero peligrosamente loco.

Todo esto puede parecer una parodia de lo gótico al estilo de *Cold Comfort Farm*, o los absurdos deliciosamente crueles del primer Evelyn Waugh, pero la visión y la voz de Farrell son únicas, inimitables. Si hay leves ecos aquí, son los más delicadamente armoniosos: la obra maestra de Elizabeth Bowen *The Last September*, tal vez la hipnótica *Loving* de Henry Green. El tono de *Disturbios* es de principio a fin un tono de desesperación vaga y desvalida, mientras que el ingenio es seco hasta el punto del chasquido. Como la mayor parte de la acción se ve a través de la sensibilidad del comandante, dañada por la guerra, hay un aire de vago y permanente desconcierto ante los prosaicos misterios de la vida irlandesa.

Sin embargo, el libro es terrible, irresistible, dolorosamente divertido, incluso, o

sobre todo, cuando es más violento o más patético. El amor condenado del comandante hacia Sarah, la hija insatisfecha de un banquero (católico) de un pueblo próximo a Kilnalough, es al mismo tiempo desgarrador y cómico. La habilidad de Farrell es robusta pero delicada, y siempre segura. En medio de una descripción magistral de un baile en el Majestic que pretende ser grandioso y se vuelve truculento, hay un instante fugaz de pena exquisita en que Sarah, harta de la presencia muda y suplicante a su lado del comandante, baja la vista hacia su copa: «[...] dio un golpecito ociosamente con la uña en el cristal y extrajo de él una nota fina y clara, de una belleza dolorosa, sobre la que los melosos suspiros de los violines de la orquesta no tenían dominio alguno».

Si *Disturbios* es la expresión del final de un mundo, es probable que sea uno de los lamentos más delicadamente modulados y mágicamente cómicos que haya podido encontrar nunca el lector.

JOHN BANVILLE



I

## UN MIEMBRO DE LA CLASE DISTINGUIDA

En aquellos tiempos el Majestic aún se alzaba en Kilnalough, justo al final de una estrecha península cubierta de pinos muertos que se inclinaban aquí y allá en ángulos extraños. Probablemente hubiese allí también yates durante el verano, porque por entonces el hotel celebraba siempre una regata en el mes de julio. Esos yates habrían estado varados en una u otra de las medialunas de arena que se curvaban hacia el hotel a cada lado de la península. Pero tanto los pinos como los yates han desaparecido ya y es muy posible que la marea alta llegue a cubrir un día la parte más estrecha de la península, que la erosión ha estrechado aún más. En cuanto a la regata, se suprimió por alguna razón hace mucho, antes de que los Spencer se hicieran cargo de la administración del hotel. Y pocos años después de eso el propio Majestic siguió a los yates y precedió a los pinos en el olvido, ardiendo hasta los cimientos, pero para entonces, claro está, se encontraba en tal estado de abandono que ya casi no importaba.

Curiosamente, a pesar de los efectos corrosivos del aire del mar, aún pueden verse los restos carbonizados del enorme edificio principal; por alguna razón (la pobre calidad del suelo o la proximidad del mar), la vegetación sólo ha hecho un intento simbólico de tomar posesión de ellos. Aún se podrían encontrar aquí y allá, entre los cimientos, rastros del antiguo esplendor del Majestic: el gran número de bañeras de hierro colado, por ejemplo, que se habían desplomado de una planta en llamas a otra hasta llegar al suelo; armazones de camas retorcidos también, algunos de ellos aún no roídos del todo por el óxido, y una cantidad sencillamente prodigiosa de palanganas e inodoros. A intervalos, incrustados a lo largo de las paredes exteriores, hay testimonios del tremendo calor del fuego: unos charquitos de cristal dispuestos en capas, como las gotas de cera de una vela, que se acumularon allí, claro está, al fundirse las ventanas. Si los coges se te deshacen en las gotas nebulosas que los formaron.

Otra cosa curiosa: encuentra uno esparcidos por allí gran número de pequeños esqueletos blancos. Los huesos son muy delicados y da la impresión de que deben de haber pertenecido a pequeños cuadrúpedos... («Pero no, no son conejos», dice mi abuelo con una sonrisa).

Había sido en tiempos un lugar de moda. Y durante un período hasta se consideró todo un honor que te aceptaran como huésped durante la temporada de verano. En la época en que Edward Spencer lo compró a su regreso de la India conservaba ya, sin embargo, poco o nada de su antigua gloria, a pesar de que retenía a algunos de sus fieles clientes de la variedad año tras año, damas solteras en su mayoría. La única explicación de su persistencia como clientes (teniendo en cuenta que bajo la administración de Edward el hotel se deterioró rápida y decididamente) es que, cuando fue perdiendo su esplendor, las damas solteras fueron haciéndose también cada vez más pobres. De todos modos, podían seguir diciendo: «Oh, ¿el Majestic de Kilnalough? Llevo yendo allí todos los años desde 1880...» y el hombre que le vendió el hotel a Edward pudo afirmar que tenía, al menos, un puñado de fieles

clientes que seguían acudiendo sin falta todos los años. Esos fieles clientes acabarían convirtiéndose en una pesada carga para Edward (y más tarde para el comandante), era peor que no tener ninguno, a causa de sus hábitos adquiridos desde hacía veinte años o más; las habitaciones en las que habían estado durante veinte años se hallaban dispersas por aquel inmenso edificio y, aunque todas sus alas y esquinas pudiesen estar muertas y pudriéndose, aún había una célula palpitante de vida de la que cuidarse en una planta u otra. Pero poco a poco, con el paso de los años y el descenso de la presión sanguínea, una a una se fueron muriendo.

De la *London Gazette*, Lista General:

El a continuación mencionado, comandante de Complemento B. de S. Archer, abandona su cargo tras completar el servicio conservando el grado de comandante.

En el verano de 1919, poco antes de que el gran Desfile de la Victoria subiese por Whitehall, el comandante dejó el hospital y se fue a Irlanda a buscar a su novia Angela Spencer. Al menos él pensaba que lo de ir a por ella como novia suya podría figurar en el asunto. Pero nada concreto se había acordado.

Había conocido a Angela en Brighton cuando estaba en Inglaterra de permiso en 1916. Ella estaba allí pasando una temporada con unos parientes. Sólo conservaba ya un recuerdo impreciso de aquel período, aturdido como estaba por el estruendo titánico e incesante de la artillería, que lo acolchaba densamente, antes y después. Había habido algo histérico en su relación. Es posible que en medio de todo el patriotismo del momento, Angela pensase que también ella debía tener algo personal que perder, y el comandante que debía tener una razón al menos para sobrevivir. Recordaba haber dicho que volvería a buscarla, pero no recordaba mucho más. En realidad, lo único que recordaba también con claridad era haberle dicho adiós en un *thé dansant* vespertino de un hotel de Brighton. Se habían besado detrás de una pantalla de follaje y, buscando dónde apoyarse, había posado la mano con fuerza sobre un cactus, lo que había convertido en falsas muchas de sus palabras de despedida. La tensión había sido tan grande que se había alegrado de separarse de ella. Pero tal vez ese calvario reprimido hubiese dado una impresión errónea de sus sentimientos.

Aunque estaba seguro de que nunca le había propuesto, en realidad, casarse en los pocos días que había durado su relación, era indudable que estaban comprometidos: un convencimiento alimentado por el hecho de que ella había firmado todas sus cartas como «Tu prometida, que te quiere, Angela». Esto le sorprendió al principio pero, con el olor de la muerte acumulándose en el refugio subterráneo en el que garrapateaba sus respuestas a la luz de una vela, habría sido de una frivolidad y una descortesía incalificables hilar tan fino sobre tales distinciones puramente sociales.

A Angela no se le daba bien escribir cartas. Habría sido imposible encontrar en las suyas un rastro del sentimiento que había habido entre ellos en aquel período de 1916 en que él había estado de permiso en Inglaterra. Tenía ciertas expresiones

rituales como «Te añoro cada día más...» y «Rezo porque regreses sano y salvo, Brendan», que usaba en todas las cartas, acompañadas de descripciones absolutamente prácticas y realistas de cuestiones domésticas: la compra de faldas para las gemelas en Switzers de Dublín, por ejemplo, o la instalación de un generador «Haz Más» para la luz eléctrica, el primero de su clase en Irlanda y destinado (estaban seguros) a restaurar la fama de lujoso del Majestic. Este método enmascaraba eficazmente cualquier comentario personal, cualquier emoción. Al comandante no le importaba demasiado. El sentimiento le inspiraba recelo y siempre le habían gustado más los hechos... de los que se hallaba escasamente provista, últimamente, su maltrecha y atolondrada memoria (había estado recuperándose en el hospital de su episodio de neurosis de guerra). Así que, en términos generales, Brendan estaba contento de poder enterarse de la talla y el color de las nuevas faldas de las gemelas y del nombre, la raza, la edad y el estado de salud de los muchos perros de Edward Spencer. Llegó a saber también mucho sobre las amistades y conocidos de Angela en Kilnalough, aunque a veces, por supuesto, su deficiente memoria hacía que bloques enteros de datos se hundiesen durante un tiempo, sólo para reaparecer más tarde en un lugar distinto, de forma muy parecida a lo que dicen que hacen ciertas islas volcánicas de los mares del Sur.

Después de haber recibido una carta por semana durante una serie de meses, el comandante adquirió una notable habilidad para leerlas e ir acumulando los nuevos datos, y hasta para atisbar a veces, tras ellos, las profundidades más escondidas donde se agitaba como un lucio, de vez en cuando, la sombra de una emoción. Había de nuevo, por ejemplo, una lista de los perros de Edward: *Robert, Toby, Fritz, Haig, Woof, Puppy, Bran, Flash, Laddie, Foch y Collie*. Pero ¿dónde estaría *Spot*, se preguntaba? ¿Dónde estás, *Spot*? ¿Por qué no has contestado cuando pasaban lista? Y luego recordaría, divertido y preocupado, que en una carta anterior se había llamado al veterinario porque *Spot* había tenido «un poco de moquillo», pero se había dictaminado que no era «nada serio». De este modo, hilo a hilo, el comandante fue tejiendo un pintoresco tapiz de la vida de Angela en el Majestic. Pronto conoció tan bien el lugar que cuando fue allí a primeros de julio casi tuvo la sensación de volver a casa. Y fue una suerte, ya que por entonces, salvo una tía anciana en Bayswater, no tenía familia propia con la que volver.

Al salir del hospital, había ido a ver a su tía. Era una señora mayor, humilde y bondadosa y él le tenía cariño, pues se había criado en su casa. Le dio un fuerte abrazo con lágrimas en los ojos, impresionada por lo mucho que había cambiado, lo delgado y pálido que estaba, pero sin atreverse a decir nada por miedo a que se enfadase. Había invitado a algunas amistades suyas a tomar el té para darle la bienvenida, pensando sin duda que un joven que regresaba de la guerra merecía un recibimiento que fuese algo más que lo que pudiese proporcionarle una anciana solitaria. El comandante parecía molesto al principio, viendo la casa llena de invitados con tazas de té, pero luego, para alivio de la anciana, se puso muy alegre y

comunicativo, hablando animosamente con todos, yendo de un lado a otro con platitos de pastas y emparedados y riéndose mucho. Los invitados, alarmados al principio por esta alegría, se sintieron enseguida encantados con él y durante un rato todo fue magníficamente. Pero, en determinado momento, la anciana lo echó de menos y, tras buscarlo por todas partes, lo encontró al fin sentado solo en un salón apartado. Había en su mirada una expresión de amargura y cansancio que era completamente nueva para ella. Pero qué otra cosa cabía esperar, se dijo. Debe de haber pasado horrores que ancianas pacíficas (como ella) no podrían siquiera imaginar. Pero estaba vivo, gracias a Dios, y se repondría. Se retiró discretamente y lo dejó con sus pensamientos. Él volvió poco después a la fiesta y parecía muy contento, su momento de amargura en medio del mobiliario silencioso, olvidado.

El comandante se daba cuenta, claro, de que estaba preocupando a su tía con su extraño comportamiento. Se lo reprochaba, pero durante un tiempo le resultó difícil mejorar. Cuando su tía, con la esperanza de divertirlo, invitó otro día a unas jovencitas a tomar el té, asombró a todo el mundo por la ávida atención con que contemplaba sus cabezas, sus piernas, sus brazos. Pensaba: «¡Qué firmes y sólidos parecen, pero con qué facilidad se desprenden del cuerpo!». Y el té de su taza sabía a bilis.

Y había algo más que preocupaba a su tía: se negaba a visitar a sus antiguas amistades. Aborrecía la compañía de los conocidos. Ahora sólo estaba a gusto con desconocidos..., lo que hacía el doble de grata aquella idea de visitar a su «prometida». Al partir hacia Irlanda se sentía un poco inquieto, claro. Iba a zambullirse en un círculo de desconocidos. ¿Y si Angela resultaba ser insoportable pero insistía en casarse con él? Además, estaba delicada de los nervios. ¿Y si la familia resultaba ser inaceptable? Pero es difícil sentirse intimidado por personas de las que se conoce, por ejemplo, la condición y el número de las piezas dentales de sus mandíbulas superior e inferior, dónde compran sus prendas de ropa exteriores (Angela había omitido mencionar delicadamente la ropa interior) y muchas cosas más.

---

#### TROTSKI AMENAZA KRONSTADT

La situación en Petrogrado es desesperada. Según un manifiesto emitido por el soviét, la evacuación de la ciudad se está produciendo con nerviosa ansiedad. Trotski ha ordenado que Kronstadt sea destruida antes de rendirse.

---

Era primera hora de la tarde del primero de julio de 1919, y el comandante estaba cómodamente sentado en un tren que se dirigía hacia el sur desde Kingstown, a lo largo de la costa de Wicklow. Había doblado el periódico de manera que revelaba que el señor De Valera había dicho en Boston, refiriéndose al tratado de paz firmado dos días antes, que provocaría veinte guerras nuevas en lugar de la que se daba

nominalmente por terminada. Pero el comandante se limitó a bostezar ante tan espantosa predicción y consultó el reloj. No tardarían en llegar a Kilnalough. Se fijó en que Theda Bara estaba actuando como Cleopatra, y Tom Mix en el cine Grafton, mientras que en el Tivoli lo hacía un malabarista «de excepcional habilidad como prestidigitador». Captó su atención otro titular: «ESCENAS DEL SÁBADO POR LA NOCHE EN DUBLÍN. CHICAS IRLANDEAS ESCUPIDAS Y AGREDIDAS». Un grupo de veinte o treinta chicas irlandesas, ayudantes de la Real Fuerza Aérea Femenina en Gormanstown, habían sido agredidas por una multitud hostil... Las chicas fueron empujadas, zarandeadas, maltratadas y abofeteadas por toda la calle. «¿Por qué?», se preguntó el comandante. Pero se adormiló antes de encontrar la respuesta.

—Lo es en realidad —decía ahora el comandante a sus compañeros de viaje—. Aunque estoy seguro de que no será lo último que haga. La verdad es que voy a casarme con una..., una chica irlandesa.

Se preguntó si le gustaría a Angela que la describiesen como «una chica irlandesa».

Ah, claro, le decían sonriendo. Así que se trataba de eso. Bueno, era de suponer, en realidad (las sonrisas se hacían resplandecientes), que no se trataba sólo de unas simples vacaciones, desde luego. Y que Dios les diese su bendición ahora y una vida larga y feliz después...

El comandante se levantó, encantado con su cordialidad, y los caballeros se levantaron también para ayudarle a sacar su pesada maleta de piel de cerdo de la red de equipajes, dándole palmadas en la espalda y repitiendo sus buenos deseos, mientras las damas sonreían tímidamente ante la idea de una boda.

El tren traqueteó sobre un puente. El comandante vislumbró abajo agua corriendo suavemente, del color ambarino del té de tantos ríos de Irlanda. Se elevaban a cada lado terraplenes con flores silvestres entretejidas en la alta hierba reluciente. El tren aminoró la marcha hasta arrastrarse y dar sacudidas en algunos puntos. Los terraplenes desaparecieron de pronto y el tren pasó a correr a lo largo de un andén lateral. El comandante lo examinó expectante, pero allí no había nadie esperándole. La carta de Angela decía sin alharacas, práctica como siempre, que habría alguien esperándole. Y el tren (miró de nuevo su reloj) llegaba incluso con unos cuantos minutos de retraso. Había algo en la letra clara y regular de Angela que hacía que resultase casi imposible no dar crédito a lo que escribía.

Pasaron unos minutos y, cuando el comandante casi había perdido ya la esperanza de que llegase alguien, apareció tímidamente un joven en el andén. Era gordito y mofletudo, y su forma de ladear la cabeza le daba un aire pícaro. Tras cierta vacilación, se aproximó ofreciendo la mano al comandante.

—Debe de ser usted el amigo de Angela... Siento muchísimo llegar tarde. Tenía que estar esperándole aquí, ¿sabe? —Una vez estrechada la mano del comandante, recuperó la suya y se rascó la cabeza con ella—. Bueno, yo soy Ripon. Supongo que ha oído hablar de mí.

—La verdad es que no.

—Ah..., bueno, soy hermano de Angela.

Angela, que hablaba de su vida con tanto detalle, nunca había mencionado que tuviese un hermano. El comandante siguió desconcertado a Ripon fuera de la estación y puso la maleta, que Ripon no se había ofrecido a llevar, en la parte de atrás del carruaje ligero de dos ruedas que esperaba y luego subió a él. Ripon se hizo cargo de las riendas, las sacudió y empezaron a bajar dando bandazos por una calle tortuosa sin pavimentar. El comandante se fijó en que Ripon llevaba un traje de *tweed* de buen corte que necesitaba un planchado; aunque podía haberse puesto un cuello limpio.

—Esto es Kilnalough —proclamó Ripon torpemente tras un rato en silencio—. Un pueblecito maravilloso. Un lugar espléndido, realmente.

—Supongo que usted ha vivido aquí algún tiempo —dijo el comandante, intentando explicar la ausencia de Ripon de las cartas de su hermana—. Quiero decir, ¿no ha vuelto recientemente del extranjero?

—¿Del extranjero? —Ripon le miró con recelo—. No, la verdad es que no. Me temo que no —carraspeó—. Supongo que el olor del lugar le parece extraño, el humo de turba y las vacas y demás. —Y añadió—: Sé que Angela está deseando verle. Quiero decir, estamos todos... muy contentos.

El comandante miró las paredes encaladas y los tejados de pizarra de Kilnalough; aquí y allá, en las entradas de las casas, había hombres y mujeres silenciosos, de pie o sentados en los escalones, viéndoles pasar. Uno o dos de los hombres de más edad se llevaron la mano a la gorra.

—Es un pueblo magnífico —repitió Ripon—. Pronto se acostumbrará a él. A la derecha, un poco más abajo, está el Banco de Munster y Leinster... A la izquierda está la tienda de ultramarinos de O'Meara y luego la pescadería, estamos cerca del mar, ¿sabe?... Más allá, donde la calle hace una curva, está la capilla de Nuestra Señora la Reina del Cielo, de los comedores de pescado, claro..., y luego está O'Connell, el segundo salchichero del pueblo...

Pero, curiosamente, no pasaron por ninguno de esos lugares. Al menos el comandante no pudo ver ni rastro de ellos.

Estaban ya en los arrabales de Kilnalough; allí había poco que ver: sólo unas cuantas chozas de piedra desvencijadas con niños harapientos y descalzos jugando en la puerta, gallinas picoteando entre los desperdicios, un olor a vegetación pudriéndose en el aire. Al coronar una cuesta vieron el centelleo mate del mar tras un edredón de prados y setos. Impregnaba el aire el olor del agua salada.

Ripon se puso de pronto de muy buen humor, casi jubiloso («¿Estará, quizá, algo bebido?», se preguntó el comandante) y empezó a identificar monumentos de su infancia. Le explicó al comandante, señalando hacia el centro de un campo liso y vacío, que había sido allí donde había echado a volar su primera cometa; en un seto de espino albar había matado una vez un conejo que era tan grande como un *bulldog*; en el pajar de más allá había tenido una grata experiencia con una campesina que en

aqueños tiempos interpretaba todos los años el papel de la Virgen María en la representación de Navidad que organizaba Pañería Limitada Finnegan's... Y sí, en el bosquecillo que había al otro lado del pajar al señorito Ripon, en presencia de todos los criados y toda «la gente distinguida» de kilómetros a la redonda, le habían untado con la sangre de la zorra (una experiencia no disímil, añadió crípticamente)... y en aquella misma carretera...

No lejos de allí, entre el follaje impenetrable que se alineaba del lado de la carretera que daba al mar, se alzaban las columnas de la entrada del Majestic, desgastadas por la erosión. Cuando pasaron entre ellas (las puertas propiamente dichas habían desaparecido, dejando sólo los esqueletos de los enormes goznes de hierro que en otros tiempos las habían sostenido) el comandante las examinó más cuidadosamente: las columnas estaban rematadas por una gran bola de piedra en la que había encaramada una corona de piedra pulimentada por la lluvia y ligeramente ladeada, que les daba un aire beodo y ridículo, como si se tratase de hombres muy solemnes con sombreritos de papel. A la derecha del camino había lo que debía haber sido, sin duda, en tiempos la caseta de un guarda, tan tupidamente barbada de hiedra, ahora, que sólo dos oscuros rectángulos de ventanas rotas revelaban que aquella masa de follaje era hueca. La densa agrupación de árboles de hoja caduca, por detrás de los cuales podía oírse el suave golpeteo del mar, se fue reduciendo progresivamente a pinos a medida que recorrían la parte más estrecha de la península y reapareció de nuevo cuando llegaron al parque sobre el que se alzaba la masa oscura del hotel. El tamaño de éste asombró al comandante. Cuando se aproximaban, alzó la vista hacia la gran pared torreada que se cernía sobre ellos e intentó contar los balcones y ventanas (tras una de las cuales tal vez estuviese su «prometida» contemplando su llegada).

Ripon detuvo el carruaje y, después de que bajase el comandante, lanzó de una patada la maleta a la grava (haciendo pestañear a su propietario, al considerar los frágiles frascos de colonia y de aceite de macasar que contenía). Luego, sin bajarse, sacudió las riendas y se alejó, diciendo que tenía que llevar el caballo al establo pero que el comandante debía seguir sin él, subiendo por aquellas escaleras hasta la puerta principal. Así que el comandante recogió la maleta y se dirigió hacia las escaleras de piedra, deteniéndose en el camino a inspeccionar una estatua de tamaño natural de una rolliza dama a caballo, manchada de verdín a causa de su exposición a la intemperie. Esta dama y su caballo ligeramente cabrioleante le eran familiares por las cartas de Angela. Se trataba de la reina Victoria y ella, al menos, era exactamente como él había esperado.

El comandante había considerado posible que su prometida estuviese esperando para abrazarle al otro lado de la puerta principal, una puerta enorme de roble tallado, tan pesada que no resultaba nada fácil abrirla. No había rastro de Angela, sin embargo.



En el vestíbulo, al pie de la larga y enorme escalera había otra estatua, esta vez de Venus; se había acumulado un sombreado oscuro de polvo sobre la cabeza y los hombros, así como sobre la parte superior de las nalgas y los pechos de mármol. El comandante frunció el ceño, desanimado y nervioso, contemplando la andrajosa magnificencia del vestíbulo que le rodeaba, los polvorientos querubines dorados, los sofás rojos de felpa, los espejos mugrientos.

«¿Dónde pueden estar todos?», se preguntó. No aparecía nadie, así que se sentó en uno de los sofás con la maleta entre las rodillas. Al sentarse, se elevó a su alrededor una fina nube de polvo.

Se levantó al cabo de un rato, buscó una campanilla en la mesa de recepción y la tocó. El sonido resonó por el polvoriento suelo de mosaico y por los sombríos pasillos alfombrados y por las puertas de dos paños abiertas que daban a salas y bares y salones de fumadores y ascendió por las espirales de la amplia escalera (en la que un gran número de varillas de latón de la alfombra habían desaparecido, haciendo que sobresaliese peligrosamente en algunas partes) hasta llegar a la zona del servicio y, así, resonar en la bóveda que había muy por encima de su cabeza (tan arriba que apenas podía apreciar la elegante tracería dorada que la cubría); de esa bóveda colgaba de una cadena inmensamente larga, que descendía por en medio de las numerosas espirales, de una planta a otra, hasta unos cuantos centímetros por encima de la cabeza del comandante, una gran araña de luces de cristal tachonada de bombillas eléctricas apagadas. Una de las borlas de cristal repicó levemente por un breve instante al lado de su oreja. Luego todo volvió a quedar en silencio salvo por el firme tictac de un antiguo reloj de péndulo que había sobre la mesa de recepción y que marcaba una hora equivocada.

«Supongo que lo mejor sería que tocase ese gong», se dijo el comandante. Y lo hizo. Inundó el silencio un bum atronador. Creció, pudo sentirlo crecer por toda la casa como un globo que se hinchase inmensamente y estallase saliendo por todas las ventanas. Se estremeció y pensó en los primeros instantes de la fuerte andanada que precede a un «alarde» de la artillería. «Estoy cansado —pensó—. ¿Por qué no vienen?».

Finalmente apareció una sirvienta rolliza de mejillas sonrosadas y le preguntó si era el comandante Archer. La señorita Spencer estaba esperándole en el Patio de las Palmas. El comandante abandonó su maleta y la siguió por un oscuro pasillo, un poco temeroso de aquel reencuentro, tanto tiempo aplazado, con su «prometida». «¡Vamos, que no te morderá! —se dijo alegremente—. Al menos se supone que no lo hará...». Pero, de todos modos, su corazón seguía latiendo inquieto.

El Patio de las Palmas resultó ser una enorme caverna en sombras en la que había grupos vacíos y silenciosos de polvorientas sillas blancas, sólo visibles aquí y allá en medio del follaje sombrío. Porque las palmas se habían desmandado del todo, disparándose de sus macetones de madera (algunos de los cuales se habían agrietado derramando pequeños conos de tierra negra sobre el suelo de baldosas) hacia la lejana

y tenebrosa claraboya, entrecruzándose y batiendo contra el cristal verdoso que brillaba hoscamente arriba. Aquí y allá, entre las mesas, arriates de humus rezumante sostenían plantas de plátano y gomero, peludos helechos, espadañas y enredaderas que colgaban como intestinos de un verde esmeralda. En algunos sitios había un círculo vacío hasta las baldosas... «Debe de haber algún sistema de riego subterráneo —razonó el comandante— para proporcionar agua a toda esta vegetación». Pero bueno, había llegado ya.

En una de las mesas estaba Angela esperando para recibirle con una sonrisa desvaída y la esperanza de que hubiese tenido un buen viaje. La primera impresión del comandante fue de decepción. La oscuridad era tan densa que le resultaba difícil ver bien qué aspecto tenía, pero (fuese cual fuese su aspecto) se sintió un poco decepcionado por lo protocolario del recibimiento que le dispensaba. Como si fuese sólo un invitado ocasional para jugar al *bridge*. En realidad su relación, como el comandante se apresuró a decirse, había sido breve y hacía mucho tiempo de ella. Por lo que podía llegar a apreciar, Angela era más vieja de lo que había esperado y parecía muy fatigada. Aunque demasiado exhausta, al parecer, para levantarse, extendió una mano delicada a fin de que pudiera estrechársela. Sin embargo, el comandante, que aún no había tenido tiempo para adaptarse a aquella Angela real, provocó en ella un leve sobresalto al coger con avidez la mano y frotarla con su tupido bigote rubio en lugar de estrecharla. Luego fue presentado a todos: un caballero extremadamente viejo llamado doctor Ryan, que estaba dormido en un enorme y mullido sillón (y que a causa de ello no reconoció su presencia), un abogado cuyo nombre era Chico O'Neill, su esposa, una señora bastante adusta, y su hija Viola.

El follaje, continuó apreciando el comandante cuando tomó asiento, era de una densidad realmente asombrosa; había enredaderas no sólo colgando de lo alto sino también corriendo profusamente por el suelo, saltando desde allí para apoderarse de cualquier objeto que estuviese desprevenido y permaneciese en un lugar demasiado tiempo. Una lámpara de pie situada al lado de su codo, por ejemplo, tenía enrollada una serpiente de verdor que había escalado su esbelto tallo metálico hasta llegar a la negra bombilla que lo coronaba como un protuberante globo ocular. No tenía pantalla y él supuso que la bombilla debía de estar fundida hasta que, para su asombro, Angela manipuló entre las hojas polvorientas y la encendió, presumiblemente para poder así examinarle mejor. Le decepcionase o no lo que vio, lo cierto es que al cabo de un momento la apagó de nuevo con un suspiro y volvió la oscuridad. El comandante pensaba entre tanto: «Así que ése era el aspecto que tenía en Brighton hace tres años, claro, sí, ahora me acuerdo»; pero, a decir verdad, sólo la recordaba a medias; era mitad ella y mitad una desconocida, pero ninguna de las dos mitades correspondía a la imagen que había tenido de ella cuando leía su carta semanal (una imagen con la que había estado pensando casarse, por cierto..., mejor no olvidar que aquella dama fatigada era su «prometida»).

—¿Has tenido un buen viaje, Brendan? —le preguntó—. La travesía puede ser tediosa si el mar está agitado.

—Sí, gracias, aunque no puedo negar que me alegré cuando llegamos a Kingstown. Y tú, ¿qué tal, Angela?

—Oh, he estado muriéndome —la interrumpió un acceso de lánguida tos— de aburrimiento —añadió displicente.

Entre tanto, sin apartar la vista de la cara del comandante, había estirado una pierna debajo de la mesa e iniciado un extraño ejercicio con ella, gimiendo levemente por el esfuerzo, como si intentase pisar en el suelo de baldosas algún escarabajo que se moviese despacio pero fuese muy resistente. «¿Estará intentando buscar mi pie?», se preguntó perplejo el comandante. Luego, por fin, después de este curioso espasmo que se había prolongado varios segundos (con los O'Neill habituados a él o fingiendo no verlo), sonó un timbre lejano en algún lugar distante de la selva de palmas. La pierna de Angela se relajó, apareció en sus pálidos y preocupados rasgos una expresión satisfecha y salió de la selva un anciano y rústico sirviente (al que el comandante confundió por un instante con su futuro suegro) arrastrando los pies y respirando sonoramente por la boca como si acabase de pasar por una experiencia aterradora en la antecocina.

—Té, Murphy.

—Sí, señora.

Angela encendió la lámpara lo suficiente para que Murphy pudiese recoger con manos temblorosas unas tazas vacías y luego volvió a apagarla. El comandante se dio cuenta de que el viejo doctor Ryan no estaba dormido como él había supuesto. Debajo de los párpados caídos había unos ojos que brillaban con interés e inteligencia.

—Ojalá pudiéramos confiar en los *nuestros* —dijo la señora O'Neill.

—Es un problema —ratificó Angela—. ¿Qué piensa usted, doctor?

Pero el doctor Ryan ignoró la pregunta y cayó el silencio una vez más.

—Son como niños, en muchos sentidos —dijo Chico O'Neill por fin, y su esposa asintió.

«¡Qué té tan extraordinariamente inerte!», pensó el comandante, que había cobrado conciencia de que tenía mucha hambre y alzó la vista esperanzado al oír pasos. Pero era sólo Ripon, que se deslizó exculpatoriamente en una silla al lado de la señora O'Neill.

—¿Te has lavado las manos, Ripon? —preguntó Angela—. Después de andar con ese caballo.

—Sí, sí, sí —replicó Ripon, sonriendo furtivamente al comandante, que estaba sentado frente a él, y retrepándose en su asiento de una forma intencionadamente despreocupada. Al cabo de un momento echó una pierna por encima del brazo del sillón, librándose por poco de alcanzar la cara de la señora O'Neill con el zapato (que tenía los contornos errabundos de un agujero en la suela)—. ¿Dónde están las

gemelas?

—Se han ido a pasar una semana en Tipperary con unas amigas del colegio. Y no sé, últimamente las carreteras no son seguras.

—Han tirado árboles en la de Wexford. Esto no puede seguir así, la verdad. Tres policías muertos en Kilcatherine. El *Irish Times* decía esta mañana que se había puesto un gravamen de seis chelines la libra en todo el distrito electoral. Eso debería hacer que se lo pensarán dos veces.

El señor O'Neill hablaba con las vocales aflautadas del Ulster; su cara demacrada y amarillenta le había recordado al comandante el hecho de que se creía (Angela lo explicaba en sus cartas) que el abogado de la familia Spencer estaba enfermo de cáncer, que había ido a Dublín a visitar a especialistas, y que, incluso, había viajado a Londres para ver a médicos de allí. Aunque Angela, en sus cartas, había omitido el veredicto al comandante, esa omisión era elocuente. Muerte. El hombre estaba muriéndose allí en el Patio de las Palmas mientras se explayaba inquieto sobre las atrocidades del Sinn Féin.

—El que a hierro mata... —dijo la señora O'Neill.

—Oh, más té —exclamó Angela cuando Murphy surgió una vez más de la selva como un gorila cansado y sin aliento, empujando el carrito del té. Emparedados de mostaza y berros. El comandante cogió uno y lo cortó por la mitad con un cuchillito de té en forma de cimitarra. Desfallecido de hambre, se metió una mitad en la boca, luego la otra. Se esfumaron ambas casi antes de que sus dientes hubiesen tenido tiempo de cerrarse sobre ellas. Su hambre aumentó mientras cogía otro emparedado de la fuente, lo comía y luego cogía otro. Era lo único que podía hacer para evitar coger dos a la vez. Por suerte ya estaba oscureciendo del todo en el Patio de las Palmas (aunque sólo era media tarde todavía) y tal vez nadie se diese cuenta.

Entre tanto Angela (que se había sentado una vez, según decía, en el regazo del virrey) había empezado a hablar lánguidamente sobre su infancia en Irlanda y en la India, luego, con un poco más de energía, sobre las glorias de su juventud en la sociedad londinense. Pronto se animó mucho y el té se quedó frío en las tazas de sus invitados. Ripon, mientras estaba bebiendo el champán de las zapatillas de su hermana, no paraba de captar la atención del comandante y de hacer guiños como diciendo: «¡Ya está otra vez!». Pero a Angela o bien le pasaba desapercibido o bien le traía sin cuidado.

Apuestos y jóvenes remeros alumnos de Oxford y Cambridge vestidos de etiqueta se arrojaban al Isis o al Cam a una palabra suya. Las arañas de luces se balanceaban. Besaban su mano hombres de estado distinguidos, exploradores de firme mirada y ancianos poetas prerrafaelitas. Y Dios sabía quién más. Mientras tanto Chico O'Neill se chupaba el bigote y gruñía con sorpresa y alarma a cada nuevo acto de desenfreno y su esposa adoptaba una expresión remilgada e incrédula con la boca fruncida, como diciendo que no todo el mundo se deja engañar por los disparates que oye; asimismo, Ripon sonreía y hacía guiños y el doctor Ryan parecía dormitar, inmovilizado por la

edad. El comandante escuchaba con asombro; nunca habría sospechado que aquélla fuese la misma persona (mitad muchacha, mitad solterona) que le había escrito tantas cartas precisas y detalladas, llenas de una realidad invencible, dura como el granito. Angela seguía hablando y hablando muy excitada mientras el comandante ponderaba esta nueva faceta del carácter de su «prometida», y al mismo tiempo, con la oscuridad espesándose en una misteriosa noche tropical, devoraba culpablemente toda la bandeja de emparedados. Hasta que estuvo tan oscuro que hubo que encender la luz, hecho que les devolvió a todos de golpe a la tierra. El resplandor se desvaneció lentamente de los ojos de Angela. Parecía cansada, agobiada y de nuevo normal.

—Ay, qué distintas eran las cosas antes de la guerra. Podías comprar una buena botella de whisky por cuatro chelines y seis peniques —dijo el señor O’Neill—. Fueron esas mujeres brutales, esas feministas, las que empezaron a estropearlo todo.

—Se aprovecharon de su sexo —ratificó su esposa—. Volaron una casa a la que se iba a trasladar Lloyd George. Destrozaron el Asiento de la Coronación. Destrozaron el césped de muchos campos de golf encantadores y quemaron las cartas de la gente. ¿Es propio de una mujer hacer esas cosas? Ceder ante esa gente no sirve de nada. Si no hubiese sido por la guerra...

—... En la que las mujeres de Inglaterra aportaron magníficamente su contribución, más incluso de lo que les correspondía, me quito el sombrero. Se merecen el voto. Pero el público británico no cede a la violencia. No cedieron entonces y no lo harán ahora. Esa carrera de caballos, por ejemplo, en que se suicidó aquella mujer. El caballo del rey iba el quinto y probablemente no hubiese podido ganar la carrera..., pero si Craiganour hubiese caído, la cólera de Inglaterra habría sido terrible.

El comandante se dio cuenta de pronto de que Viola O’Neill, cuyo largo cabello estaba trenzado en coletas infantiles, que vestía una especie de uniforme gris de *tweed* de colegiala, y que (aunque estuviese llenita y fuese guapa) difícilmente podría tener más de dieciséis años, estaba, sin embargo, mirándole directamente a los ojos de una forma significativa. Turbado, bajó la vista hacia la fuente vacía que tenía delante.

En cuanto a Ripon, estaba claramente aburrido. Había adoptado una postura más ortodoxa en su asiento y, con las piernas cruzadas, se daba toquecitos experimentalmente en el reflejo rotular con una cucharilla. El comandante le observaba adormilado. Ahora que había comido le resultaba un calvario mantenerse despierto y tenía al mismo tiempo la dolorosa convicción de que le asediaban los ojos importunos de la señorita O’Neill. Por suerte, justo cuando se estaba sintiendo ya incapaz de aguantar un momento más ciertos comentarios irresistiblemente sedantes que estaba haciendo Chico O’Neill sobre sus tiempos de colegial, se produjo una novedad. De detrás de un exuberante helecho hacia el que daba la casualidad de que el comandante estaba mirando con ojos drogados, surgió un hombre grande con pantalones de franela blancos y de feroz aspecto.

—¡Rápido, amigos! Han sido localizados unos indeseables acechando por la zona. Probablemente fenianos.

Los bebedores de té le miraron sobresaltados.

—¡Rápido! —repitió, agitando una raqueta de tenis que llevaba en la mano derecha—. Probablemente estén buscando armas. Ripon, Chico, armaos y seguidme. También usted, comandante, encantado de conocerle, sé que querrá participar en esto. Vamos, Chico, ¡tú no eres demasiado viejo para un combate!

El anciano médico se agitó imperceptiblemente en la semioscuridad.

—¡Maldito imbécil! —murmuró.

Aquel hombre fiero de los pantalones de franela era, por supuesto, el padre de Angela, Edward. No había duda alguna ante aquella cara tiesa y arrugada y el bigote recortado con toda precisión y la nariz rota (al menos no la había para el comandante, que tan asiduamente había estudiado las cartas de su hija). La nariz rota, por ejemplo, era el resultado de haber boxeado representando a Trinity en un combate contra el tristemente célebre Kevin Clinch, un católico y gaelicohablante cuyos puños implacables habían sido proverbiales en aquellos tiempos (al menos eso había dicho Angela). El salvaje Clinch (el comandante lo recordó con una risilla), mascullando juramentos incomprensibles a través de sus labios ensangrentados, había recibido tanto como había dado, hasta que finalmente consiguió derribar a «Padre» con un golpe afortunado. El viejo Spencer había sido derribado una y otra vez en la lona y se había levantado de nuevo una y otra vez para demostrar la tenacidad y el coraje de un inglés frente a la potencia superior de su adversario celta. El comandante se lo imaginó tumbado en la lona al final, los puños moviéndose aún automáticamente, las extremidades de un pollo decapitado. ¿Qué diferencia habría habido si Edward hubiese acabado el combate horizontal e inmóvil a pesar de todos sus esfuerzos? Bueno, ninguna en absoluto. Había demostrado lo que se proponía. Además, lo importante es participar, no importa quién gane. Además, Clinch era de un peso superior.

El comandante, mientras seguía a los demás por el pasillo, se fijó en las orejas de Edward, sobre las que ya sabía..., es decir, sabía que estaban notablemente aplanadas contra el cráneo, y que la razón era el horror de su madre a que las orejas sobresalieran. Las había tenido fijadas al cráneo durante toda la infancia, una intervención que el comandante consideraba que había sido feliz. La frente arrugada, las cejas tupidas, el pétreo encaje de la mandíbula habrían sido demasiado duros si no hubiesen estado equilibrados por aquellas orejas encantadoramente aplanadas. Pero Edward se volvió en aquel momento y miró atrás, al comandante, que vio en sus ojos una suavidad y una inteligencia, incluso una sombra de burla, que no casaban en absoluto con sus rasgos leoninos. Hasta sospechó por un instante que Edward había adivinado sus pensamientos...; pero habían llegado ya a su estudio, una habitación

con un fuerte olor a perro, cuero y tabaco. Resultó que contenía una asombrosa cantidad de equipamiento deportivo amontonado al azar sobre un viejo sofá salpicado de heridas por las que asomaba crin. Las escopetas y las paletas de críquet estaban apiñadas indiscriminadamente con las cañas de pescar, las raquetas de tenis y de *squash* (unas raquetas excelentes, de Gray, Russell's de Portarlinton), las zapatillas de tenis desparejadas y las paletas de críquet mohosas.

—Escojan lo que quieran. Si no les gustan éstas, hay más en la sala de armas. Encontrarán municiones allí.

Edward señaló un cajón que había sido retirado de un aparador y yacía en el suelo al lado de la chimenea vacía y ennegrecida. Sobre el montón de cartuchos escarlata que contenía había un inmenso y peludo gato persa dormido que apenas se molestó en abrir sus ojos amarillos cuando fue retirado de allí y depositado sobre una pata de elefante montada en bronce.

Para entonces se les habían unido dos o tres hombres más con pantalones de franela blancos que estaban también haciéndose con la munición que se correspondía con sus armas de fuego respectivas; era evidente que se había estado jugando un partido de tenis. El comandante, que no tenía ninguna intención de disparar a nadie en su primer día de estancia en Irlanda si tenía la posibilidad de evitarlo, tiró dubitativamente de un rifle del calibre 22 medio sepultado entre una bota de pescador, una raqueta de tenis alabeada y unos rollos de sedal irremediamente enredados entre sí. Entre tanto Ripon había descubierto un sombrero de tres picos emplumado en la repisa de la chimenea y tras sacudirle el polvo estaba ajustándose frente a un espejo. Luego retiró uno de los estoques de una pareja de la pared y lo insertó en el arco abotonado de sus tirantes. Hecho esto, cogió una jabalina que encontró apoyada detrás de la puerta y empezó a acosar con ella al gato.

—¡Oh, por el amor de Dios, Ripon! —masculló Edward con irritación; y luego añadió—: Si están todos listos, saldremos ya.

«¡Que increíblemente irlandés es todo! —pensó admirado el comandante—. La familia parece estar completamente loca».

En el vestíbulo había un hombre alto y fuerte con un uniforme verde oscuro y un cinturón relumbrante de cuero negro hurgándose la nariz y mirando abstraído el trasero blanco de mármol de la escultura de Venus. Miró sobresaltado a Edward, que aún llevaba la raqueta de tenis en una mano pero que blandía ya un revólver del ejército en la otra, como si estuviese a punto de participar en algún complejo combate de gladiadores. Su mirada pasó de Edward a los hombres de pantalones de franela blancos con escopetas abiertas en el brazo. Tampoco pareció tranquilizarle la aparición de Ripon con su jabalina y su sombrero emplumado.

—Bien, sargento. Muéstrenos dónde pueden estar acechando esos tipos.

El sargento indicó respetuosamente que lo único que quería hacer era utilizar el teléfono; aquellos hombres podían ser peligrosos.

—Tanto mejor. Podremos de sobra con ellos. Ahora dígame qué le hace pensar

que andan rondando por aquí... —Y Edward posó una mano paternal en el hombro del sargento y le condujo fuera, hacia el camino iluminado por el sol.

Mientras el ejército improvisado de pantalones de franela blancos se dirigía entre risas hacia los árboles, alguien masculló: «Imagino que deberíamos preguntar si las mujeres están seguras».

—Están seguras cuando no andas tú entre ellas —fue la respuesta, y todos se rieron alegremente. Ripon se había puesto al lado del comandante y había empezado a contarle un curioso incidente que había ocurrido en un partido de tenis no lejos de allí, en Valebridge, unos días antes. Una patrulla de ciclistas fuertemente armados había sorprendido a dos individuos sospechosos (fenianos sin duda) que andaban haciendo algo en el puente del canal. Uno de ellos había huido cruzando los campos y había conseguido escapar. El otro, que tenía una bicicleta y no estaba dispuesto a abandonarla, había pensado que podría dejar atrás, pedaleando, a la Policía Real Irlandesa. Aunque en los primeros cincuenta metros el fugitivo, pedaleando en zigzag desesperadamente, había logrado eludir a los polis que le tenían casi al alcance de la mano, consiguió luego distanciarse poco a poco de ellos. Cuando los policías habían aminorado la marcha para sacar los revólveres, el feniano había aumentado la distancia hasta casi un centenar de metros. Pero al empezar a silbar cerca de sus oídos las primeras balas, aminoró la marcha y debió de decidir, sin duda, incluso entregarse cuando se abatió sobre los perseguidores el desastre. Uno de los policías había soltado el manillar de la bicicleta con la finalidad de poder apuntar bien al ciclista con las dos manos. Desgraciadamente, justo cuando estaba apretando el gatillo, un viraje brusco le había hecho chocar con sus compañeros. El resultado fue que los tres sufrieron una desdichada caída. Después, cuando volvieron a ponerse dolorosamente en pie y se sacudieron el polvo, esperando ver cómo su presa se esfumaba por la cresta de la colina, se dieron cuenta sorprendidos de que también él estaba aminorando el paso. Enderezaron apresuradamente los manillares y, pedaleando de pie para acelerar, corrieron hacia el feniano; se le había salido la cadena de la bici. En vez de esperar a que le capturaran, la había abandonado y había huido por el camino de coches de la casa donde se estaba jugando el partido de tenis. Menuda sorpresa se habían llevado jugadores y espectadores cuando, de pronto, había aparecido corriendo entre el follaje un joven andrajosamente vestido y había cruzado la pista de tenis a galope tendido hasta ir a chocar con la tela metálica (que evidentemente no había visto). El impacto del choque le hizo caer de rodillas. Pero aunque parecía conmocionado, empezó a subir casi inmediatamente por la tela metálica metiendo los dedos por los agujeros. Entonces alguien le lanzó una pelota de tenis. Él se volvió como si le sorprendiese ver tantas caras observándole. Y alguien más le había lanzado otra pelota de tenis, y luego otra. Ante esta situación el hombre había recuperado el sentido y había echado a correr a lo largo de la tela metálica buscando una salida. Al no hallar ninguna, había dado un salto y se había cogido a la tela intentando escalarla. Pero para entonces todo el mundo estaba ya lanzándole pelotas de tenis. Después, se



había unido a los lanzadores de pelotas una de las mujeres, que le tiró un vaso vacío, pero aun así el tipo consiguió subir por la tela metálica. Alguien (Ripon creía que había sido el viejo doctor Ryan, el «vejete senil» con el que habían estado tomando el té) les había gritado que pararan. Pero nadie le había hecho el menor caso. Una raqueta de tenis había volado girando en el aire y había errado el tiro sólo por unos centímetros. Alguien se había quitado las zapatillas de tenis y se las había lanzado al fugitivo, hasta conseguir darle con una de ellas en la rabadilla. El fugitivo se había parado para recuperar fuerzas. Luego se había puesto de nuevo a trepar por la tela metálica. Una botella de cerveza se había hecho añicos contra uno de los soportes de acero al lado de su cabeza y un grueso bastón le había alcanzado en un brazo. Luego, por fin, una infinidad de raquetas había ido girando por el aire y le había alcanzado en la nuca. El fugitivo se había desplomado como un saco de patatas y se había quedado tirado allí, inconsciente. Cuando llegaron por fin los polis, rojos y sin aliento, a detener a su sospechoso, se encontraron con que los jugadores de tenis y sus esposas aún seguían tirándole al caído e inmóvil feniano todo lo que tenían a mano.

—¡Cielo santo! —exclamó el comandante—. ¡Qué historia tan increíble! Francamente, me parece un poco difícil de creer que la gente le lanzara cosas a un hombre inconsciente. ¿Vio usted cómo pasaba todo eso?

—Bueno, no, yo no estaba presente en realidad. Pero he hablado con muchísima gente que estaba allí y..., pero lo que yo quería decir...

—Tengo que preguntarle al doctor Ryan, el «vejete senil», como le llama usted.

—Pero aún no he terminado —exclamó Ripon—. El asunto es que después resultó que aquel tipo no era un feniano ni mucho menos. Tan sólo estaba arreglando el puente con otro trabajador.

—Oh, pero eso es absurdo —empezó a decir el comandante—. ¿Por qué corrían si no eran...?

Pero la atención de Ripon se había desviado y ya no estaba escuchando. Observaba con una sonrisa despectiva cómo su padre, encabezando el grupo, penetraba en el bosquecillo de cedros, al otro lado del cual se creía que habían sido vistos los «personajes indeseables» (aunque para el comandante no estaba claro aún quién los había visto).

Edward, revólver y raqueta de tenis en mano, había llegado ya a la pared seca rota que separaba el bosquecillo de cedros de la pomarada. Era una pomarada grande (había otra más grande aún al otro lado de la carretera y en mejor estado, acababa de informar al comandante, pálido y jadeante, O'Neill), con gran densidad de árboles y con una extensión de casi tres acres, que llegaba desde el huerto de la cocina hasta la carretera; aquella pomarada debía de haber proporcionado en tiempos una gran cosecha de fruta, pero los árboles llevaban varios años sin podar y en consecuencia las manzanas se habían quedado en su mayoría sin sol, pequeñas y agrias, en árboles

que se habían hecho tan densos como setos.

Edward estaba mirando a su alrededor cautelosamente. Se subió al muro. Se oyó un rumor en la maleza. Disparó dos tiros ensordecedores. Huyó un conejo, huyendo furiosamente por entre los árboles. Uno de los hombres de pantalones de franela que estaba al lado de Edward cerró la escopeta y disparó ambos cañones. El ruido hizo que al comandante le diese un vuelco el corazón. Era la primera vez en varios meses que oía disparos.

El sargento miraba consternado pero impotente cómo Edward volvía atrás y cruzaba el muro sonriendo.

—Fallamos los dos. No hay individuos sospechosos entre la maleza. Tal vez sería mejor que, de todos modos, echásemos un vistazo en los cobertizos sólo para asegurarnos.

Encabezó la marcha a través de la pomarada y por el huerto de la cocina que estaba protegido del viento del noreste por un muro alto. Revoloteaban pacíficamente aquí y allá numerosas mariposas blancas de la col en la claridad del final de la tarde, pero no había ningún otro signo de vida. Fueron recorriendo uno tras otro los cobertizos de las herramientas, la lavandería, el pequeño invernadero en el que brillaban unos rojos tomates maduros, el almacén de las manzanas (en el que se habían formado grandes montones de manzanas verdes que casi llegaban hasta el techo sin ninguna medida visible para su conservación), el pajar vacío, los garajes, en los que había un Daimler y un Standard, los establos vacíos con pesebres aún llenos de paja polvorienta..., y luego volvieron a salir lentamente a la luz del sol.

—Acabemos este set —dijo uno de los hombres de pantalones de franela—. Yo creo que todo este asunto era sólo una maldita artimaña de Edward para no tener que enfrentarse a mi mortífero servicio.

El grupo se deshizo. Mientras los jugadores de tenis regresaron a las pistas, descargando sus armas, el policía continuó, aunque con cierto resentimiento, examinando los edificios que habían sido ya registrados. El comandante no sabía muy bien qué hacer: ¿debería volver al lado de su «prometida»? Tal vez para entonces se hubiese disuelto la reunión y fuese posible un *tête-à-tête*. Pero se demoró con Ripon y le acompañó a recuperar la jabalina que acababa de lanzarle a una ninfa de yeso manchada de barro que brotaba incongruentemente de un lecho de coles. Había errado por unos centímetros el gordo vientre de la ninfa y traspasado una col gigante situada metro y medio más allá.

—La verdad, Edward —dijo uno de los que iban delante de ellos—, yo no tengo mucha fe en tus sabuesos locales.

El sargento, que acababa de aflorar de una segunda visita al pajar, eludió la mirada del comandante.

Al llegar al borde de la pomarada en un punto en que el camino de coches la rozaba tangencialmente, el comandante vio a una chica en una silla de ruedas. Empuñaba dos gruesos bastones, que intentaba utilizar como unas pinzas para coger

una gran manzana verde que colgaba en un árbol fuera de su alcance. Ripon vaciló al verla y susurró: «Oh, Dios mío, nos ha visto. Es absolutamente venenosa».

—No se vayan —gritó la muchacha; cuando se aproximaron, añadió—: Me llamo Sarah. Sé quién es usted: es el comandante de Angela y acaba de llegar de Inglaterra de vacaciones.

«Ah, ¿de vacaciones?», se preguntó el comandante.

—Mire, yo sé todo lo que pasa... incluido todo lo relacionado con Ripon, ¿no es verdad, Ripon? Todo lo que ha estado haciendo el joven Ripon en Kilnalough recientemente. Es como un pequeño querubín malvado, ¿no cree usted, comandante?, con esas mejillas rosadas y esos rizos.

—Es usted cruel —dijo el comandante alegremente. Y aunque tenía los ojos claros y grises y los dorsos de las manos tostados por el sol (lo que sugería que podría ser bastante moderna) y el pelo oscuro, brillante y muy largo, dividido alrededor de la nuca y cayendo sobre el pecho, y aunque era, en realidad, muy guapa, el comandante pensó que tal vez Ripon tuviese razón y fuese, como él había dicho, venenosa.

—Una de las cosas que sé de Ripon es que no para de contar mentiras, ¿no es así, Ripon? Hasta les cuenta mentiras a chicas inocentes que son tan tontas que le creen, ¿verdad que sí, Ripon? No, comandante, no se asombre tanto. No estoy hablando de mí. El joven Ripon tendría que madrugar mucho para conseguir que yo me creyese una de sus mentiras. Así que ya sabe usted por qué Ripon tiene que ser amable conmigo (aunque estoy segura de que dice cosas horribles de mí a mis espaldas). Porque lo sé todo. Vas a ser amable conmigo, ¿verdad, Ripon?

—Sí, sí —murmuró Ripon, que inclinó hacia un lado la cabeza y parecía en realidad bastante azorado—. Siempre tienes que hacer este numerito cuando sabes muy bien que todos te adoramos.

—Bueno —dijo el comandante—. Yo sé una o dos cosas sobre *usted*, Sarah. Su padre es el director del único banco de Kilnalough y da usted clases particulares de piano a alumnas en casa de su padre, que queda detrás del banco. Espero no haberme equivocado, ¿no? Le han traído un piano de cola de Pigotts de Dublín. Para poder meterlo en casa tuvo usted que quitarle las patas y luego volver a ponérselas, según tengo entendido... ¿Qué más sé? Veamos, su apellido es Devlin, ¿no? Estoy seguro de que sé algunas cosas más pero últimamente tengo una memoria horrible.

—Angela le contó todo eso, claro. Pero ha olvidado usted lo más importante.

—¿Qué?

—Que soy católica. Sí, ya me doy cuenta de que ella se lo dijo pero que usted lo considera algo demasiado vergonzoso para mencionarlo. O tal vez piensa usted que es de buena educación no mencionar una desgracia como ésa.

—¡Qué absoluto disparate!

—No haga caso, Sarah se ha levantado esta mañana de la cama con mal pie.

—¡Cállate, Ripon! No es ningún disparate. El padre de Ripon nos llama «comedores de pescado» y «santos romanos» y cosas así. Y Ripon hace igual. Y

usted hará lo mismo, comandante, cuando esté entre la gente «distinguida». De hecho, usted mismo se convertirá en un miembro de la gente «distinguida», excelso y poderoso, por encima de todos los demás.

—Tengo la esperanza de no ser tan intolerante —dijo sonriendo el comandante—. Pienso que no hay ninguna necesidad de prescindir de la razón simplemente porque uno esté en Irlanda.

—En Irlanda debe usted elegir su tribu. La razón no tiene nada que ver con eso. Pero hablemos de otra cosa, comandante. ¿Es verdad lo que dicen? Porque, por supuesto, yo oigo todas las murmuraciones. ¿Es verdad que el comandante de Angela tuvo que permanecer tanto tiempo en el hospital porque no estaba del todo bien, digamos, de la cabeza?

«Ah —pensó molesto el comandante—, es cruel..., cruel..., pero, claro, pasarse la vida en una silla de ruedas debe de ser terrible».

Intentó imaginarse en una silla de ruedas el resto de su vida y, en realidad, no parecía terrible. De pronto se sintió extraordinariamente cansado y recordó el camarote balanceante y asfixiante a bordo del buque correo, y recordó también una conversación interminable sobre el criquet en que se había enredado con un individuo del ejército en el trayecto hasta el Castillo de Dublín, mientras tomaban un *brandy* con soda en la barra, y la tarde le pareció interminable, interminable.

—Yo estaba mirando las flores que se han desmandado ahí, al lado del cenador —decía Sarah—, y oí los disparos. ¿Estaban ustedes cazando a aquel policía? ¡Qué extraño! ¿Y qué estaba haciendo yo entonces? Sí, yo estaba robando una manzana y ustedes me sorprendieron haciéndolo.

—Déjeme que le ayude a robarla —dijo el comandante—. Aunque estoy seguro de que le causará una indigestión.

Estiró el brazo para coger la manzana y la manzana cayó con un rumor de hojas en el regazo de Sarah.

—Gracias, gracias —exclamó ella, hundiendo sus bellos y blancos dientes en la fruta y torciendo el gesto porque estaba muy agria—. Como recompensa, comandante, y tú también, Ripon, dejaré que me lleven de nuevo a ver a todos esos hombres gordos jugando a tenis... O mejor dicho, no, será el comandante el que tenga el honor de llevarme, porque he herido sus sentimientos diciendo que no estaba bien de la cabeza, y quiero enmendarme y, además, no me considerará tan mala si es él el que me lleva.

«Oh, es cruel», pensó el comandante, cuyos sentimientos habían sido heridos de nuevo. Sin embargo, se hizo cargo de la silla de ruedas y empezó a empujarla. Curiosamente, se sintió un poco mejor mientras la empujaba camino arriba y pensó que quizá no fuese tan mala como había supuesto.

—En realidad —dijo Ripon— era a uno de los terribles fenianos a quien estábamos dando caza, no al policía.

—Ah, un feniano —contestó Sarah, distraída—. Ésa es una cuestión

completamente distinta.

Y se quedó callada mientras subían lentamente por el camino y giraban más allá de los garajes, desde donde pudieron oír el ruido de las raquetas de tenis y el sonido de las voces en el sereno atardecer.

Los terrenos del Majestic se extendían a una escala tan amplia que el comandante se quedó sorprendido al descubrir que la partida de tenis de Edward estaba celebrándose en una pista más bien estrecha y sin hierba, empotrada en el ángulo recto formado por los comedores y otra ala de piedra más clara y menos gastada por la intemperie, claramente, un añadido al edificio principal para hacer frente a la antigua popularidad del hotel. Esta pista tenía, sin embargo, una ventaja para los espectadores: al otro lado de las vidrieras había una terraza con cómodas tumbonas que el comandante, que estaba exhausto, contempló esperanzadamente. Sarah había cambiado de opinión en lo de presenciar la partida de tenis y les había despedido a Ripon y a él antes de que llegasen a su destino. En cuanto ella estuvo fuera del campo de audición, Ripon dijo: «Por supuesto, puede caminar perfectamente sin esa silla de ruedas. Es sólo para dar lástima. —Al ver la incredulidad del comandante, añadió—: La he visto andar perfectamente bien cuando pensaba que no la veía nadie. Sé que no me cree, pero ya lo verá, ya lo verá».

«Qué joven tan odioso —pensó el comandante—. No me extraña que Angela no le mencionase en sus cartas». Pero nadie más se estaba tomando interés por su llegada al hotel, así que de momento estaba obligado a seguir en su compañía. Además, Ripon había decidido al fin dirigirse hacia las tumbonas que se divisaban invitadoramente desocupadas en la terraza y el comandante estaba deseando sentarse.

Sin embargo, antes de que pudiese llegar a ellas, fue interceptado por una doncella con la noticia de que las señoras querían hablar con él. Y vio, mirando a su alrededor, que al fondo de la terraza, en un rincón, protegidas del viento, había unas cuantas señoras mayores reunidas en torno a una mesa. Le hicieron gestos y señas ávidamente cuando miró en su dirección; era evidente que habían experimentado un considerable desasosiego ante la posibilidad de que pasase por allí sin verlas. Cuando el comandante se dirigió hacia allí para presentarse, la expectación de las señoras aumentó visiblemente.

—Sí, sí, comandante —dijo una de ellas con una sonrisa—. Ya sabemos quién es, hemos oído hablar muchísimo de usted a nuestra querida Angela y esperamos que se encuentre mejor. Debe de haber sido muy terrible para usted.

—Mucho mejor, gracias —contestó el comandante y mientras era presentado a la señorita Johnston, la señorita Bagley, la señora Rice, la señorita Porteous, la señora Herbert y la señorita Staveley (sin ser capaz, sin embargo, de identificar bien quién era quién) se preguntó cómo habría descrito exactamente Angela el prolongado ataque de «nervios» que había acompañado a su convalecencia. Pero las señoras se

estaban impacientando con las largas presentaciones y con el pequeño discurso de bienvenida al Majestic que siguió, pronunciado por la única cuyo nombre y rostro habían permanecido firmemente unidos, la señorita Johnston. «¡Pregúntale, pregúntale!», murmuraban las demás, apretando contra sus cuerpos los chales y las estolas que llevaban echados sobre los hombros, ya que el sol poniente casi había abandonado la terraza, bloqueado por la gran masa del Majestic, y no tardarían en entrar en el hotel.

—Queríamos saber —empezó a decir, por fin, la señorita Johnston— si tomó usted el té esta tarde en el Patio de las Palmas.

—¿El té? Bueno, sí, gracias, lo tomé —contestó el comandante mirándolas sorprendido. Ellas intercambiaban miradas significativas.

—Gracias, comandante. Eso era todo lo que queríamos saber —dijo la señorita Johnston en un tono cortante, y el comandante se sintió expulsado.

Comprobó, sin embargo, con alivio que Ripon se había ido a alguna parte y que existía la posibilidad de relajarse en paz en una de las tumbonas junto a la pista de tenis. Pero en cuanto se acomodó en una reapareció Ripon con un vaso de cerveza en la mano y se sentó a su lado. Sin molestarse en preguntarle si también él quería beber algo, empezó a hacer comentarios en tono confidencial sobre todos los que se hallaban en su campo de visión. ¿Aquellas señoras mayores? Huéspedes permanentes «que viven a costa del pobre y viejo Majestic como sanguijuelas, de las que es imposible librarse, y la mayoría de las cuales ni siquiera paga sus malditas facturas a menos que te pongas un poquito pesado con ellas...». ¿Aquel pobre viejo que está sentado solo cerca del cenador, el de la punta de la nariz caída? «Tenía amistad con Parnell y era un hombre muy influyente en el partido parlamentario. Ahora nadie habla con él, es un viejo horriblemente aburrido...». ¿Aquel tipo joven de cara pálida que está apostado al final de las escaleras en la terraza siguiente? «El tutor de “las gemelas”..., pero como ya no necesitan tutor (o se niegan a tenerlo, viene a ser la misma cosa) el tipo no da golpe y anda siempre rondando por ahí y dando coba a Padre. No puedo soportar mirarle, tiene siempre el cuello de la camisa que parece un vendaje sucio manchado de sangre. Es un tipo horrible. Otra cosa: sé de fuentes fidedignas que tiene una pezuña hendida; se le ha visto bañándose».

Ripon se quedó callado. Se acercaba Sarah con Angela, que quería saber si el comandante había conocido a su «amiga del alma»..., la persona sin la que no sabría qué hacer en Kilnalough, donde la vida era tan aburrida y la gente, aunque era la bondad personificada, resultaba tan inculta que no sabías qué decir. ¿Sabía el comandante que, aparte del de la sacristía de St Michael y tal vez uno en la capilla (no estaba informada de eso) y dos o tres antiguallas desvencijadas allí en el Majestic, Sarah era la única persona de Kilnalough que poseía un piano y que ese piano había sido traído de Pigotts de Dublín? El comandante, mientras escuchaba y asentía educadamente, empezó a preguntarse, no por primera vez, si Angela sería consciente de haberle escrito tantas cartas. ¿Podría ser, se preguntó mientras Angela explicaba

cómo las patas del piano habían sido serradas y vueltas a colocar después, que se tratase de un caso de escritura automática, que una noche por semana echase a un lado la ropa de la cama y con la mirada fija y los brazos extendidos, vestida sólo con un reluciente camisón, caminase mecánicamente hasta su escritorio y se pusiese a escribir?

—Angela —dijo Sarah—, ¿qué tal estás estos días? Te veo tan poco.

—Casi igual —murmuró Angela—. Casi igual.

Se hizo el silencio durante unos instantes en los que sólo se oyó el sonido de pies correteando y de respiración jadeante que llegaba de la pista de tenis cercana. Angela añadió, animándose:

—¿Y tú cómo estás, Sarah? La vida debe de ser una prueba para ti... Sí, sé que debe de serlo... Las cosas que todos los demás damos por supuestas y, sin embargo, eres como un ángel perfecto, ¡nunca una palabra de queja!

—Oh, no, eso no es de verdad en absoluto. Soy mala y tengo mal carácter y siempre ando quejándome, pero tú eres tan buena que ni siquiera te das cuenta.

—Bueno —dijo Angela—, estoy segura de que eso no es verdad, pero, de todos modos, es tan agradable tener una conversación que no sea sobre el autogobierno y el nacionalismo y esas cosas, que es de lo único de lo que parece que hablamos en estos tiempos. Estoy segura de que Londres no es lo que era antes de la guerra (todo el mundo dice que no lo es), pero al menos aún hay conversación. Brendan, tienes que contárnoslo todo, estamos volviéndonos desesperadamente provincianas, aunque incluso aquí en Kilnalough oímos los rumores más seductores.

Pero al comandante no se le ocurría nada que contarles. Las pocas charlas que había tenido con su tía, aunque habían sido agradables, no podían incluirse en lo que Angela entendía por conversación. Y no tenía la menor idea de a qué se refería con aquello de «los rumores más seductores». De todos modos, antes de que tuviese tiempo de revelar su ignorancia, Edward Spencer se puso a gritar desde la pista de tenis: «Encárgate de que el comandante se busque una habitación, Ripon, ¿lo harás? Enséñale cómo funciona todo y...» —le interrumpió una oleada de ágiles voleas en la red...—. «Y todo eso», —añadió con escasa convicción, recogiendo la pelota, que había acabado en sus pies. Mientras tanto, Angela se había alejado con aire ausente y estaba ayudando a enrollar la lana de un ovillo a una señora muy anciana, a la que el comandante identificó provisionalmente como la señorita Bagley.

—Si yo fuese usted, comandante —dijo Ripon señalando hacia la izquierda—, buscaría una habitación por allá arriba, en algún sitio de la tercera planta. Esa parte del hotel está en un estado razonable por el aspecto que tiene.

Debió de reparar en la expresión de asombro del comandante porque añadió:

—Depende mucho de cómo esté el tejado. La impermeabilización no está tan bien como debería estar, aunque el tiempo parece que se ha asentado bastante de momento.

¿Podría ser que estuviese sugiriendo realmente que él debería ir a buscarse una

habitación solo mientras Ripon seguía allí despanzurrado en la tumbona? Al cabo de un momento no hubo ninguna duda.

—Según mi experiencia —añadió Ripon—, normalmente, lo mejor es echar un vistazo antes de que se ponga el sol porque a veces se encuentra uno con que no todas las luces funcionan, ¿sabe usted?

«Qué increíblemente..., bueno, ¡irlandés!», pensó el comandante con amargura. Al menos podría haber llamado a un sirviente y haberle dicho que le enseñase una habitación. ¿Acaso se esperaba que se preparase uno mismo el baño? Pero habría tenido que hacerse a la idea (pues era evidente que el medio más rápido de encontrar una cama y un baño era no depender de los Spencer), de no ser por la intervención de aquella chica, la miserable y cruel (aunque impedida) Sarah, que adivinó inmediatamente su sufrimiento y dijo:

—Ripon, ¿no pensarás dejar que el comandante, que parece tan agobiado y tan cansado y tan ofendido, tenga que vagar solo por todo el hotel intentando encontrar una almohada en la que recostar la cabeza? Comandante, no debe permitir usted que el desconsiderado y atolondrado Ripon le trate de este modo.

El comandante se sintió inundado por una oleada de cólera. La habría estrangulado de muy buena gana. Cuando se levantó, Ripon dijo:

—Oh, al comandante no le importa arreglárselas solo, ¿verdad que no le importa? —Luego, deduciendo que en realidad sí le importaba, añadió—: Tengo que subir de todos modos así que, de paso, puedo echarle a usted una mano.

Y se levantó también y encabezó la marcha, pero no antes de que Sarah hubiese cogido por la manga al comandante y le hubiese dicho:

—Perdone... Siempre ando diciendo cosas estúpidas que me vienen a la cabeza.

Tenía que darse cuenta de que eso no hacía más que empeorar las cosas... Pero, no, en realidad tal vez quisiese, a pesar de todo, que la perdonase.

La habitación que eligió fue una agradable, aunque polvorienta, de la tercera planta, que daba al mar. La había elegido después de examinar sólo tres o cuatro más. Aunque Ripon desapareció enseguida, esperaba que se hubiese dispuesto lo necesario para que alguien la limpiase e hiciese la cama más tarde. Entre tanto deshizo la maleta y se alegró al descubrir que sus frascos de colonia y de macasar no se habían roto después de todo; había estado intentando durante un rato dotarse de una apariencia más elegante, con la esperanza de que esto pudiese disipar la idea de que se trataba de una persona inestable y que padecía de «los nervios». Tras colocar los frascos en el tocador al lado de los cepillos de plata investigó el cuarto de baño adjunto. De los grifos salió al principio un gran chorro de agua color orín, pero luego fue aclarándose gradualmente hasta obtener un tono ámbar pálido y, aunque nunca llegó a estar lo bastante caliente para resultar agradable, la soportó y después se sintió mejor.



Era verdad que flotaba un olor curioso en la habitación, un olor inquietante y que persistía después, incluso, de que abriese de par en par la contraventana que daba al balcón. Pero decidió olvidarse de él y disfrutar de la espléndida vista del conjunto de terrazas que descendían hacia el mar, hasta que finalmente oyó el bum lejano del gong y se dirigió escaleras abajo en busca del comedor.

Encontró a los Spencer esperándole alrededor de una mesa tenuemente iluminada sobre la que parecía flotar un aura leve de exasperación. Supuso que estaban disgustados por haber tenido que esperarle. En cuanto él apareció, Edward cogió una pesada campanilla y la tocó vigorosamente. Hecho esto, se dirigió a una puertecita oculta en los paneles de roble (que el comandante pensó que sería un armario para las escobas) y la abrió. Salió de allí una anciana. Vestía totalmente de negro salvo un gorro blanco de encaje prendido al azar en su desvaída mata de cabello canoso. Era evidente que estaba ciega, porque Edward la condujo hasta la mesa y la hizo sentarse instruyéndola luego en tonos ensordecedores con la noticia de que Brendan, es decir el comandante, el comandante de Angela, había vuelto de la guerra...

—El comandante de Angela —murmuró ella—. ¿Dónde está?

Y se le pidieron disculpas al comandante y se le llevó a que se arrodillara al lado de la silla de la anciana para que ésta pudiese recorrer sus rasgos faciales con una mano marchita. «¡Éste no es él! ¡Éste es otro!», gritó de pronto quisquillosamente. Hubo un momento de confusión y luego ya se colocó a la anciana señora Rappaport (pues el comandante la había identificado ya como la abuela viuda de Angela) en una posición adecuada frente el humeante plato de sopa marrón que tenía ante ella. Se le puso en la mano una cuchara de plata, se le ató al cuello una servilleta y, protestando aún débilmente, empezó a sorber sopa con gran rapidez.

La comida se hizo a continuación lúgubre e interminable, incluso para el comandante, que creía haber explorado en el hospital las profundidades más hondas del aburrimiento. Edward y Ripon estaban enfadados entre ellos por algún motivo y se mostraban reacios a la conversación. Al parecer, el tutor no comía con la familia; al menos no se le veía por ninguna parte. En cuanto a la comida, era completamente insulsa salvo un plato humeante de beicon con col que desprendía un vago y tenue aroma a humanidad. Pero la verdad es que al comandante le daba igual. Tenía hambre de nuevo y masticaba con cansina ferocidad. En realidad se sentía mareado de cansancio y sus pensamientos se desviaban constantemente, mientras engullía, hacia aquel lecho que le aguardaba, lo mismo que podrían desviarse los pensamientos de un recién casado hacia la novia durante un largo banquete de boda.

En los extremos más alejados del comedor un puñado de huéspedes distribuidos aquí y allá en mesas pequeñas revelaban de cuando en cuando su presencia carraspeando o con el tintineo de los cubiertos. Pero el silencio se acumulaba en capas entre las mesas como montones de nieve. En una ocasión estalló en el curso de la cena una breve y quejumbrosa discusión en el otro extremo del comedor; alguien se quejaba de que su tarro privado de pepinillos en salmuera había sido utilizado sin

su consentimiento (parecía ser aquel anciano que Ripon había descrito como un «amigo de Parnell», pero el comandante no estaba seguro); sin embargo, después de eso volvió el silencio y una vez más el tintineo de los cubiertos. ¿Por qué estamos todos sentados inmersos en un sombrío silencio tintineando nuestras cadenas como almas en pena? El comandante estaba seguro de que incluso en Kilnalough, en las maltrechas chozas encaladas que había visto o en los salones de detrás de las fachadas de las tiendas, habría figuras sombrías idénticas tintineando en silencio mientras cenaban alrededor de una chimenea. Y resultaba demasiado insoportable para él, cansado como estaba. Porque aquélla era su primera noche en Irlanda y, como un hombre que lucha por conservar la conciencia mientras inhala los primeros vapores de cloroformo, no se había permitido aún rendirse a la inmensa y narcótica inercia del país. Dejaría el Majestic mañana, se dijo, o pasado mañana, como máximo. Aclararía las cosas con Angela y se iría. Al fin y al cabo, nunca creyó, en realidad, que se casarían. Había sido siempre una posibilidad remota, como mucho.

La cena continuó hasta una especie de pudín de manzana que el comandante, que se había atracado de col con beicon, rechazó educadamente. Edward y Ripon mantenían su hosco enfrentamiento. (¿Qué demonios sería lo que les pasaba?). La anciana señora Rappaport comía ruidosa y vorazmente. En cuanto a Angela, su antigua «prometida», parecía haberse agotado completamente con su evocación vespertina de los esplendores de su juventud. Pálida y apática, ajena al regreso de su comandante de la guerra o de su ritual «cada día te añoro más y más», jugueteaba con el servilletero y mantenía los ojos, desenfocados y ciegos, fijos en la corona de plata chispeante del salero de cristal tallado que tenía delante.

Cuando todo terminó por fin (no se planteó que las mujeres se retirasen mientras los hombres tomaban una copa de oporto; en el Majestic se retiraban todos juntos, «como un pelotón bajo el fuego enemigo», pensó amargamente el comandante), y se vio en el pasillo de la tercera planta, oscuro como boca de lobo, y sintió que su mano se cerraba sobre la manija de la puerta de su habitación, el comandante se sintió inundado por una sensación inmensa de alivio y de resignación. Abrió la puerta con un suspiro.

Recibió, sin embargo, al entrar una conmoción verdaderamente terrible. ¡O bien no era su habitación o bien no le habían hecho la cama! Pero *estaba* en la habitación correcta: lo atestiguaba la presencia de su maleta, de los frascos de colonia y macasar en el tocador.

No tenía sábanas para dormir.

¡Aquello era ya demasiado! Cogió una jarra de porcelana y la lanzó furioso contra la pared. Se hizo añicos con un terrible estruendo. Pero luego volvió el silencio, el silencio absorbente de la templada noche irlandesa. Un escuadrón de gordas mariposas nocturnas marrones entró zumbando torpemente por la ventana abierta, atraídas por la luz. El comandante cerró la ventana y se sentó desconsolado en la cama. El hotel estaba ya a oscuras y silencioso. No podía despertar a los Spencer y

pedirles sábanas. Tendría que resignarse a dormir allí lo mejor que pudiese, envuelto en mantas polvorientas. (Era verdad, sin duda, que había dormido en peores condiciones, pero ¡de todos modos...!).

Luego percibió otra vez, más fuerte que antes, aquel aroma dulzón y nauseabundo que antes había decidido olvidar. Era un olor horrible. No podía soportarlo. Pero la idea de abrir la ventana para que entrasen más mariposas le estremecía. Sacó una zapatilla de la maleta y se dedicó a perseguirlas. Pero lo dejó después de haber aplastado una o dos contra la pared, con los nervios crispados de remordimiento y deseando haberlas dejado con vida. Así que mientras las otras seguían zumbando y girando alrededor de la luz eléctrica inició una búsqueda del origen del olor, investigando en los armarios, olisqueando en el lavabo, atisbando debajo de la cama (ninguna de estas cosas olía demasiado bien).

Había un armarito al lado de la cama. Lo abrió. En la estantería de arriba no había nada. En la de abajo había un orinal y en el orinal un objeto en estado de putrefacción lleno de gusanos blancos. Desde el centro de aquel objeto un ojo grande, azulado y corrupto, contempló al comandante, que apenas tuvo tiempo de llegar al cuarto de baño antes de empezar a vomitar sopa marrón y col con beicon humeante. Poco a poco el olor del objeto penetró en el cuarto de baño y le envolvió.

—Recemos. Demos gracias al Señor por todas sus bondades, agradezcámosle su justicia entronizada en el tratado de paz firmado en Versalles la semana pasada, en el que se acordó castigar como se merecía a la tiranía prusiana... Porque el justo triunfará, dijo el Señor; y en este mundo estamos sujetos todos, grandes y pequeños, a la Justicia de Dios y a su Orden. Pues *hay* un orden en el universo..., *hay* un orden. Todo está ordenado con una finalidad en esta vida, desde lo más bajo hasta lo más alto, porque el universo de Dios es como una pirámide que va desde los más bajos de entre nosotros hasta llegar al Cielo. Sin esa finalidad nuestra vida aquí abajo no sería nada más que una colección caótica de actos desesperados, repito, una colección caótica de actos desesperados. Ripon, ¿podrías por pura decencia dejar ese cigarrillo y esperar a que yo haya acabado?

—¿Qué? —dijo Ripon, que parecía sorprendido—. Oh, perdón.

Edward esperó majestuosamente mientras su hijo tiraba el cigarrillo en el agua turbia de un jarrón que contenía unas cuantas rosas de un amarillo pálido.

—Bueno —continuó Edward frunciendo el ceño, la concentración perturbada—, no olvidemos..., no olvidemos nunca nuestra posición, el papel que cada uno de nosotros debe jugar en el Propósito Divino. No debemos rehuirlo. Porque *hay* un orden. Sin él nuestras vidas carecerían de sentido. Así que agradezcámosle los deberes que acompañan a nuestros privilegios y recemos porque podamos cumplirlos siempre como sus fieles servidores... Ahora demos gracias al Señor por todas las otras mercedes que nos otorga, por la reunión de las familias, por los productos de la

tierra que llegan a nuestra mesa...

Edward, sin inspiración ya, mirando a su alrededor en busca de razones para dar gracias, se veía obligado a hacer una pausa a menudo para recoger y comentar nuevas muestras de la magnanimidad divina. Así que, entre los dones con más frecuencia reconocidos del cielo vino a dar las gracias por algunas cosas curiosas: «Las sillas en las que se sientan nuestros cuerpos cansados», por ejemplo, «los fieles perros» de Kilnalough, o, lo más curioso de todo, «la espléndida centena que hizo Hobbs contra Lancashire ayer». Al comandante le pareció que aquella lista podría no tener fin: en resumidas cuentas, si uno iba a dar las gracias por sillas, perros y jugadores de criquet, ¿por qué debería parar?

Pero en realidad Edward paró, tras una pausa particularmente larga e inquietante, dando gracias por todos los presentes que habían pasado a través de «las oscuras guardias de la noche» y sobrevivido ilesos a ellas. «Amén a eso, ciertamente», pensó el comandante malhumorado.

Pero Edward no había acabado del todo. Aún tenía que conmemorar a los Caídos. El comandante, que tenía hambre de nuevo (bien porque el aire del campo le estaba abriendo el apetito o bien porque había vomitado la única comida sólida que había ingerido en las últimas veinticuatro horas) y que había estado albergando pensamientos desengañados sobre las oraciones de Edward, se sintió entonces disgustado consigo mismo. Con la mirada distraídamente enfocada hacia la fuente gigante de plata con una tapa abombada que remataba en una púa ornamental (que recordaba extrañamente a un casco alemán) bajo la que creía que estaban enfriándose huevos, beicon y riñones, hizo todo lo posible por reorientar sus pensamientos en una dirección más piadosa.

El salón del desayuno, aunque pequeño en comparación con el comedor, era espacioso, aireado y probablemente luminoso en los días de sol, ya que estaba orientado al sur e iluminado por unas ventanas inmensas, la parte más alta de las cuales (más allá de donde podría conseguir llegar un hombre con los pies plantados en el bajo alféizar) estaba opaca de mugre. La familia Spencer y una serie de huéspedes del hotel se agolpaban en torno a la mesa más grande, las manos en el respaldo de las sillas y las barbillas sobre el pecho (con la excepción de Ripon, que con la cabeza ladeada miraba hacia arriba contemplando una tela de araña de grandes proporciones que destacaba cerca del techo). Detrás de ellos, agrupados al azar en una actitud de devoción o sometimiento (daba la impresión de que les hubiesen dejado sin sillas en un frenético juego de intercambios) estaban Murphy, tres o cuatro doncellas de uniforme, una señora inmensamente gorda en bata y Evans, el tutor, con la cara picada y pálida como la de la muerte. Los sirvientes, supuso el comandante, no estaban participando en aquel acto ajeno de culto sino sólo esperando a que terminase para poder servir el desayuno. Pero Edward aún no había acabado con el ritual.

Detrás de la mesa, adosado a la pared, había un monumento recordatorio de los

caídos en forma de libro gigantesco con las páginas abiertas; de detrás de ellas se elevaba la cabeza de un unicornio. Libro y unicornio juntos formaban la divisa de la familia Spencer; todas las cartas de Angela llevaban grabado ese membrete en relieve. En este caso en las páginas barnizadas y onduladas con delicadeza se habían tallado a cincel recientemente dos largas listas de nombres que sorprendían por su novedad, de manera que la madera blanca quedaba expuesta como heridas bajo el barniz.

«¿Quiénes eran aquellos pobres tipos? —se preguntó distante, sin piedad, el comandante—. ¿Sobre qué bases se había efectuado la selección? ¿Eran jóvenes de Kilnalough?». El reclutamiento había sido escaso en Irlanda. Connolly, los fenianos, los nacionalistas de todos los colores habían proclamado que los irlandeses no debían luchar en el ejército británico. Pero si no eran de Kilnalough podían ser de Trinity, quizá, o de algún heroico club de críquet o de un viejo colegio. Había muchos medios para someter al vasto ejército de los muertos a instrucción militar, clasificarlo, inspeccionarlo y hacerle presentar sus armas espectrales. Las instituciones, civiles y militares, no acababan nunca la tarea de redactar diligentemente su sombría hoja de balance y registrarla en madera, piedra o metal. Pero si para las instituciones no había nunca un final, tampoco lo había para los muertos. Eran, desde luego, más que suficientes para seguir y seguir bastante más. «Un hombre no puede dar mayor muestra de amor que ésa», pensó mecánicamente el comandante. Beicon y huevos... La saliva se amontonaba vergonzosamente alrededor de sus dientes.

Largas filas de pequeños ojos miraban ahora fijamente al comandante como si le acusaran de estar a la vez vivo y a punto de desayunar. Edward, con un gesto digno, había ido cogiendo y haciendo girar sobre sus goznes ocultos cada página del libro, revelando hilera tras hilera de fotos de jóvenes, la mayoría de ellos de uniforme. Las fotos no eran muy buenas, algunas al menos. Estaban borrosas, empezaban a perder el color y eran de carácter variopinto; uno o dos de los jóvenes estaban riéndose impropriamente o, deslumbrados por el sol, parecían estar ya agonizando. Pero la mayoría de ellos estaban meticulosamente uniformados y el comandante podía imaginarles allí sentados, adustos y tranquilos, como para un retrato al óleo. En general, aquella larga exposición a la mirada fija les había absorbido tan completamente la vida que a uno le resultaba difícil diferenciarlos entre sí.

Edward dijo en un tono un tanto sepulcral: «Ellos dieron la vida por el rey, por la patria y por nosotros. Guardemos un momento de silencio en su nombre». Se hizo el silencio. Los únicos sonidos que podían oírse eran la respiración silbante y regular de Murphy y un leve gorgoteo de jugos gástricos.

El comandante intentaba, por su parte, escudriñar una vez más en el pasado con los dedos paralizados de su memoria, con la esperanza de captar algún afecto o emoción, tal vez el nombre de un amigo muerto que pudiese significar el principio del dolor, el principio del cese del dolor. Pero sucedía que mientras estaba allí de pie en la mesa del desayuno, hasta los rostros de muertos que se le aparecían de noche en

los sueños permanecían ausentes. Lo único que había era esa sorpresa fría y constante que provoca, por ejemplo, soñar que estás en casa y despertar entre extraños. Miró el monumento conmemorativo de muchos ojos que le acusaba apretando los dientes y pensó: «Hipocresía».

Cuando Edward dijo gracias, sus ojos se encontraron un instante con los del comandante y tal vez se diese cuenta de la amargura de éste, porque cruzó su rostro una sombra de preocupación. Se volvió, cerró el memorial y ocupó su asiento.

El estado de ánimo del comandante mejoró al levantarse por fin la tapa abombada de la bandeja de plata y pensó que aquel día, después del desayuno, debía tener una charla con Angela y aclarar los malentendidos de ella. Luego se iría. Porque si no se iba enseguida su presencia podría muy bien alimentar más malentendidos. Si era capaz de calificarse como «prometida» suya basándose sólo en unos cuantos encuentros en Brighton podría muy bien ser capaz de preparar la boda sin consultarle. De todos modos, era difícil plantear el asunto mientras Angela siguiese tratándole como a un simple conocido casual. Parecía una falta de delicadeza recordar aquella vez que se habían besado con el cactus en Brighton.

—¿Dormiste bien, Brendan? —quiso saber Angela, y contemplando su rostro pálido y frígido él se preguntó si el beso podría haber tenido lugar sólo en su imaginación.

—Sí —respondió secamente, con la esperanza de indicar lo contrario.

—Eso está bien —dijo con satisfacción Edward, lanceando el gordo trasero de un riñón y unas cuantas lonchas de beicon (todo completamente frío ya y notablemente grasiento)—. No hay que hacer ningún caso de lo que dicen esas condenadas guías de viaje. Puede que esto no esté como estaba en los viejos tiempos, pero sigue siendo un lugar bueno y confortable. La verdad es que esas guías están todas escritas por liberales y socialistas y gente así... Nos tienen envidia, si quiere usted saber mi opinión, es así de sencillo.

Esto era demasiado para el comandante.

—Había una cabeza de cordero en el armario que hay junto a mi cama.

—Cielo santo —exclamó Angela, aunque sin sorpresa.

—Eso es lo que les damos a los perros. Cocidas. Son muy nutritivas y no cuestan nada. El carnicero probablemente las tiraría si no fuese por nosotros, aunque he oído que a veces la gente del campo las come también. Tendría que ver qué abrigo tan saludables llevan encima. Venga conmigo después y podrá verlos.

El comandante, que tenía la esperanza de no volver a ver en su vida otra cabeza de cordero, sólo pudo asentir en silencio pensando que ojalá a Edward se le olvidase.

Pero no se le olvidó. Justo cuando el comandante se disponía a escabullirse después del desayuno (y tal vez a arrinconar a Angela para deslizar unas cuantas insinuaciones sobre lo de no querer casarse con ella), Edward se materializó bruscamente pegado a su codo y le condujo con firmeza por desconocidos pasillos y a través de un patio festoneado con sábanas húmedas hinchadas por el viento hasta otro

patio más pequeño emparedado por cobertizos. Allí dormitaban sobre montones de paja o sacos vacíos aproximadamente una docena de perros de diversas edades, formas y tamaños (cuyos nombres el comandante sabía ya de memoria).

—Mis perros —dijo llanamente Edward—. ¿Verdad que son preciosos? Fíjese dónde pisa.

—Desde luego que lo son —contestó con escasa sinceridad el comandante.

Los perros, animados al ver a Edward, le rodearon en tropel excitados, mordisqueándole los dedos e intentando posarle las patas en el pecho, irrumpiendo, peleándose e interponiéndose en el camino hasta tal punto que los dos hombres tuvieron problemas para abrirse paso entre ellos y llegar a una puerta que había al fondo. Conducía a otro patio, vacío esta vez salvo por un fogón triangular del que brotaban humo negro y llamas anaranjadas. Encima del fuego colgaba el vientre negro y redondo de un caldero de hierro, humeante y burbujeante. Los perros saltaron hacia él en un frenesí de excitación.

Evans, el tutor, estaba allí junto al caldero, removiéndolo, con el rostro pálido y enfermizo completamente inexpresivo. «¡Qué tipo tan extraño!», pensó el comandante. Allí revolviendo el caldero, con las llamas cabrioleando alrededor de las orejas, resultaba decididamente siniestro.

—Gracias, tutor. Un buen brebaje hoy, ¿verdad? —Edward se volvió hacia el comandante—. Evans cocina. Yo soy el que les da de comer. Los perros saben quién les da de comer, créame. No es lo mismo si les dices a los criados que lo hagan. Entonces ellos no saben quién es el amo (quiero decir, que no lo saben los *perros*). Venga, eche un vistazo a esto. ¡Rico y jugoso!

El comandante atisbo con disgusto el líquido burbujeante. Por suerte la superficie estaba cubierta de una espuma gris aceitosa que enmascaraba el macabro contenido del caldero.

—Muy nutritivo, me imagino —comentó secamente el comandante. Pero Edward aún no estaba satisfecho. Cogió un par de palos chamuscados y manipuló el líquido con ellos hasta que localizó algo bajo la superficie. Un momento después el comandante se vio cara a cara con un cráneo largo y estrecho, sin ojos y emboquillado con una dentadura sonriente.

—Bueno, muchísimas gracias por enseñármelo. Creo que aprovecharé para dar un paseo mientras siga haciendo bueno.

El comandante alzó la vista hacia el cielo encapotado y luego retrocedió un par de pasos y estuvo a punto de caer encima de un enorme perro pastor que se le había puesto detrás. Edward le agarró con firmeza por el brazo, sin que estuviese claro, en principio, si era para ayudarlo a mantener el equilibrio o para impedirle marchar.

—Mire, comandante —dijo en un tono conciliador—. No hay que ser demasiado duro con el muchacho, ¿no le parece a usted?

El comandante le miró fijamente y Edward, tomando el silencio por discrepancia, continuó:

—En gran parte es culpa mía, me doy cuenta de ello. Le expulsaron del colegio, ¿sabe usted?, y yo le mandé a una de esas academias en que les preparan para los exámenes y les exigen mucho. No debería haber hecho eso. Se volvió contra el gobierno por ello. Yo estaba furioso, y pensé que no le dejaría salirse con la suya, es decir, no así, de rositas.

—¿Se refiere usted a Ripon?

—Sí, sí, Ripon. Sé que ha estado usted preguntándose por qué no fue voluntario y todo eso. Es muy natural, después de haber pasado usted por lo que ha pasado.

—La verdad es, señor Spencer, que puedo asegurarle que...

Pero Edward le daba palmaditas en el brazo suavemente y continuaba diciéndole:

—Es natural. Cualquiera sentiría lo mismo en su caso. Los que van y los que se quedan en casa..., plumas blancas para los cobardes y todo eso. Él no es un cobarde, sin embargo, y tampoco yo lo soy. ¡Eche un vistazo a esto!

Y soltando los palos chamuscados, se desabrochó el chaleco y empezó a sacarse la camisa hasta poner al descubierto un parche de piel pálida en la cintura. En el centro había una cicatriz blanca redonda del tamaño de medio penique.

—Al servicio del Rey Emperador. No creí que saliera con vida del asunto. Pero lo cierto es que no alcanzó los intestinos porque si no yo no estaría aquí para contarlo. ¡Quítese de ahí, caballero! —Uno de los perros estaba intentando lamer el parche de carne al descubierto.

Mientras Edward se ajustaba la ropa, el comandante insistió en su inocencia de cualquier pensamiento crítico respecto a Ripon.

—Mucho ruido para nada, ¿eh? —se apresuró a aceptar Edward—. Bueno, no hay problema entonces. De todos modos, yo no quería que pensara que éramos una familia de cobardes. Ripon le dijo a Angela que lo primero que usted le preguntó fue si había estado en el extranjero. Él se enfadó con Angela, ¿sabe?, porque pensó que había estado contándole historias.

Hubo unos instantes de silencio. Edward había recuperado uno de los palos y estaba removiendo el caldero, con los perros ladrando dando vueltas alrededor de él. Su rostro lleno de arrugas, con el bigote recortado y las orejas aplanadas, aún estaba crispado por la angustia, a pesar de las seguridades tranquilizadoras del comandante.

—En el fondo no es un mal chico, ¿sabe? Es verdad que le expulsaron del colegio (aunque por nada malo, desde luego), y supongo que eso le hizo, en parte, ponerse contra el gobierno. Yo pierdo la paciencia con él a veces y eso no ayuda... ¡Quítate! Ya te diré yo cuándo está listo —añadió dirigiéndose a un cachorro grande de alsaciano que había metido la cabeza por debajo de su brazo desde atrás—. De todos modos debería haberse alistado voluntariamente cuando le necesitaban, cobarde o no cobarde. Es posible que no vuelva a tener otra oportunidad tan buena como la que perdió.

«¿Una oportunidad de hacer qué? —se preguntó el comandante—. ¿De tener grabado su nombre en la madera oscura del monumento a los caídos de Edward,



como un servidor muerto de Su Majestad?». Pero una nación debe exigir que todos sus miembros participen. Todos deben defender una causa justa. No hay excusa posible para los jóvenes que están «contra el gobierno». Creyendo, como creía el comandante, que la causa *había* sido justa y que había estado en juego el gran poder civilizador del Imperio británico en todo el mundo, era natural que se despreciase a Ripon. Además, quizá estuviese vivo en lugar de uno de aquellos hombres destrozados que venían de noche a suplicarle en el calvario de sus sueños.

El comandante miró a Edward. ¡Qué hombre para tener un hijo así! ¡Qué tieso y militar parecía! Cuando se movía, se esperaba oír el tintineo de condecoraciones y medallas. Era esa clase de hombre que en época de paz parece más bien fuera de lugar, como un grueso abrigo de piel en un día caluroso de verano. Pero el comandante percibió de nuevo en la cara de Edward aquella expresión suave y desengañada que tanto contrastaba con su apariencia militar, aquella tenue sensación de que se burlaba de sí mismo tan firmemente reprimida que tal vez ni siquiera él mismo accediese a reconocerla salvo en sus pensamientos más íntimos.

—No, estate quieto —dijo Edward, lanzando una patada a un sabueso afgano alto y raquítrico que estaba metiendo su larga nariz en los bolsillos del pantalón del comandante—. Vamos, pues —añadió, dirigiéndose a la multitud perruna.

Desenganchó el caldero y en el centro de un remolino de animales que ladraban y aullaban lo arrastró hasta un comedero poco profundo, diciéndole al comandante por encima del hombro:

—¿Sabe?, huele tan bien que no me importaría comerlo.

El comandante pasó el resto de la mañana intentando hablar a solas con Angela. Vagó sin rumbo durante un rato por el hotel, sin encontrar absolutamente a nadie. Recorrió pasillos, atravesó habitaciones desiertas en penumbra, la mayoría con las cortinas aún cerradas de la noche anterior (tal vez incluso de muchas, muchas noches anteriores), subió por una escalera, bajó por otra. Poco antes de las once, atraído por un olor a café, encontró el camino de las cocinas, que era frías y cavernosas, con un arsenal de sartenes y ollas gigantes (algunas lo suficientemente grandes como para guisar un cordero entero, patas incluidas) colgando de las paredes encaladas, la mayoría de ellas tan oxidadas que resultaban irreconocibles, de modo que parecían más excrecencias pardo rojizas que brotasen de las paredes. En el centro de la mesa estaba tumbado un gato pardo dormitando en una fuente de carne vetada.

En las cocinas le sirvió una taza de té (el café había sido una ilusión olfativa) negruzco, cargado y amargo debido a los numerosos recalentamientos, aquella señora extremadamente gorda en la que se había fijado durante el desayuno. Dedujo que se trataba de la cocinera, pero aunque parecía muy charlatana su acento era tal que no conseguía comprender casi nada de lo que decía. Creyó entender, sin embargo, que «la señora» podría estar poniendo flores arriba en el comedor.

—¿La señora? —repitió él, queriendo asegurarse (llevaba ya demasiado tiempo recorriendo habitaciones vacías). Señaló al techo. La cocinera asintió vigorosamente y empezó de nuevo a hablar, deprisa y con una ansiedad considerable. Era evidente que lo que estaba diciendo era importante. Su rostro manifestaba emoción; entre las andanadas de palabras había trémulas tomas de aliento; le temblaban los hombros, provocando que las capas gelatinosas de carne de los brazos se balancearan. «¡Cielo santo! —pensó preocupado el comandante—. ¿Qué será lo que está diciendo?». De cuando en cuando identificaba una palabra: «Cielo»..., «pobre criatura»... y «se irá con los ángeles»; pero resultaba imposible captar el sentido de lo que le contaba. Era de suponer que la buena señora se estuviese refiriendo a la madre de Angela, a la que podría describirse también, sin duda, como «la señora» y que había muerto en 1910 de una embolia, recordaba él, el día de San Swithin. Pero, evidentemente, la cocinera pensaba que había entendido su diatriba, así que para demostrar su solidaridad asintió lúgubrementemente cuando dejó de hablar y empezó a cortar con extraordinaria rapidez y ferocidad, utilizando un cuchillo de cocina tan grande como una bayoneta. Y luego, para empeorar las cosas, advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Estaba llorando sin parar! Y todo era culpa suya. Apuró el té (con una mueca, estaba amargo como la hiel) y abandonó la cocina. Pero poco después, cuando recorría un húmedo pasillo de piedra camino de las escaleras, se le ocurrió que la cocinera había estado picando cebollas, un hecho que podría haber contribuido a su despliegue de emoción.

Tardó un rato en encontrar la escalera justa para efectuar el ascenso hasta el comedor. Esto se debió a que no se hizo cargo inmediatamente de que era necesario bajar unos cuantos escalones antes de acceder a la escalera principal, por la que uno podía subir o bajar según quisiese (aunque sólo Dios sabía adonde podría conducirlo «bajar»). En otras palabras, las cocinas estaban situadas, por una razón que sólo el arquitecto podría haber explicado, en una escalera tributaria. Había otras escaleras similares que se ramificaban aquí y allá, pero aunque el comandante sentía curiosidad por saber adonde conducían, se apresuró a subir para encontrar a Angela.

No se sorprendió, sin embargo, al descubrir que no había señal alguna de ella en el comedor. Se quedó allí parado un momento mirando alrededor. El comedor estaba muy silencioso. Algunas de las mesas, ciertamente, estaban decoradas con flores frescas. En una había un ramo de claveles y plumosas hojas verdes sobre un periódico esperando a que las colocaran en jarrones. Al lado había unas tijeras, que daba la impresión de que tal vez hubiesen sido abandonadas un momento antes de que él hubiese entrado allí. No era posible, suponía, que Angela estuviese eludiéndole deliberadamente, así que, al menos en teoría, lo único que tenía que hacer era quedarse junto a aquellas flores cortadas que ella no dejaría, sin duda, pasar mucho tiempo sin poner en agua.

Al fondo del comedor empezó a oírse un traqueteo tremendo. Ah, era el montaplatos subiendo de la cocina, el comandante podía ver cómo temblaban las cuerdas mientras subía. Se acercó para echarle un vistazo. Tuvo de pronto la

sensación de que habría en él algo extraño o aterrador: una cabeza de cordero podrida, por ejemplo, o algo aún más extraño, tal vez la cabeza gimoteante de la cocinera en una fuente, rodeada de cebollas picadas. El montaplatos se detuvo un instante y luego volvió a ponerse en marcha. Cuando llegó arriba, el comandante sonrió al ver lo que contenía. Era el gato de color pardo que había visto en la cocina, sentado aún en la fuente de carne. Cuando el artilugio se detuvo el gato se bajó de un salto y serpenteó entre las piernas del comandante. El montacargas inició la bajada vacío.

Al cabo de unos instantes, con el gato en brazos, localizó a Angela. Estaba en la terraza siguiente, más abajo de la pista de tenis, llevaba un ramo de hojas de haya y se dirigía con rapidez a un tramo de escaleras que quedaba a cierta distancia. Pensando que si podía encontrar la entrada hacia la que ella se dirigía podría interceptarla, se puso en marcha rápidamente llevando con él al gato. A éste no le gustó la idea, sin embargo, y saltó de sus brazos para regresar por el camino. El comandante aceleró la marcha por el pasillo, relativamente seguro esta vez de que iba en la dirección correcta. Se cruzó con una de aquellas señoras mayores que le habían presentado el día anterior. Se apoyaba en un palo y estaba parada a medio camino entre dos curvas cerradas en una larga sección del pasillo sin puertas ni ventanas. Cuando pasó junto a ella, la anciana murmuró algo con indignación, pero él se limitó a asentir alegremente, aparentando no oírla. Tenía prisa. Nervioso, dobló otra esquina al final de la cual, según sus cálculos sobre el exterior del edificio y la distancia que había recorrido, debería de haber una puerta de cristal por la que entraría en cualquier momento Angela. Pero no había ninguna puerta de cristal. Al final del pasillo lo único que había era una pared blanca y una sala de estar mohosa y desvencijada. «Esto es absurdo —pensó, mitad irritado y mitad divertido—. Al diablo con ella. La veré a la hora de comer».

Pero Angela no apareció a la hora de comer. El comandante se sentó al lado de Edward, que estaba alternativamente taciturno e indignado por la situación del país. Había sido atacado y despojado de las armas otro cuartel de la policía; al parecer, aquellos jóvenes maleantes no tenían nada mejor que hacer últimamente. Preferían disparar a la gente por la espalda que hacer una jornada de trabajo honrada. Pero a pesar de eso, no había visto que muchos de ellos dieran un paso adelante cuando sir Henry Wilson había pedido voluntarios para que se unieran a una lucha justa. Ante esto el «amigo de Parnell», que estaba sentado en la mesa de al lado, se agitó incómodo y murmuró algo entre dientes.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Edward.

—Miles de nacionalistas combatieron contra Alemania —murmuró el anciano, con una voz muy poco por encima del susurro—. Nacionalistas constitucionales que lucharon no sólo por la libertad de Francia y de Bélgica sino también por la de

Irlanda. No todos los nacionalistas pertenecen al Sinn Féin, ¿sabe?...

—Pero son todos de la misma escuela. El Sinn Féin exige una República. ¿Por qué? Porque odian a Inglaterra y se pusieron de parte de Alemania durante la guerra. ¿Cambiarían de melodía si se le concediese a Irlanda la autonomía? ¡Por supuesto que no! Sólo serviría para avivar sus apetitos de más autonomía. No hay término medio, por la simple razón de que los autonomistas están haciéndole el juego al Sinn Féin. Quizá tengan buena intención. Puede que sólo sean tontos. Pero el resultado es el mismo.

—¡No son tontos! —gritó el viejo, elevando la voz; sus flacas mejillas se habían cubierto de un leve rubor y se derramó en el mantel el agua del vaso temblequeante que en ese momento se llevaba a los labios—. En el ejército británico lucharon irlandeses en defensa del imperio. Esos hombres tienen derecho a una voz en la determinación del futuro de su país.

—Eso mismo digo yo —concordó Edward con una sonrisa despectiva—. Y usted sabe tan bien como yo que la mayoría de los que sirvieron y murieron procedían de familias unionistas del sur y del oeste. ¿Quién tiene más derecho a una voz que los supervivientes de los hombres que combatieron en Thiepval, sus padres, hijos y hermanos? Y, sin embargo, todo el mundo parece dar por supuesto que se les puede ningunear o coaccionar sólo para conseguir una paz temporal o porque una chusma de inmigrantes irlandeses de América han estado armando jaleo. Mi querido amigo, eso no saldrá adelante y se acabó. Ningún gobierno británico, ni siquiera uno con una tremenda victoria en su haber, podría permitirse ser tan incauto y tan injusto. Y si ustedes, los simplones autonomistas del dominio, se saliesen con la suya e intentasen coaccionar al Ulster, acabaríamos con un baño de sangre y el imperio en ruinas. Repito, sólo hay dos bandos en Irlanda. O bien es usted unionista o bien apoya usted al Sinn Féin, lo que significa respaldar su rebelión loca y criminal de 1916, por no mencionar a su amigo el Kaiser...

—Que será muy pronto juzgado y ahorcado en Londres —exclamó un caballero que vestía gruesas prendas de *tweed*—. Lloyd George lo dijo ayer en la Cámara.

Hubo unos instantes de silencio aprobatorio y luego el caballero de las prendas de *tweed* dijo que había conocido a un hombre que había tratado personalmente con uno de los policías que habían matado en la cantera de Soloheadbeg, un joven magnífico, «más bueno que el pan», cuya única falta había sido hacer bien su trabajo. Si eso no era un asesinato, ¿qué era?

El comandante había escuchado todo esto con distanciamiento. A la postre, difícilmente podía considerarlo asunto suyo (y aún lo sería menos una vez que consiguiese tener una charla con Angela). Aunque le daba lástima el «amigo de Parnell» que, pálido y evidentemente alterado, había dejado su plato a un lado, incapaz de tragar un bocado más, le parecía indudable que Edward tenía razón. Los irlandeses, por lo que él sabía, siempre habían tenido por costumbre armar jaleo. Era algo que estaba en la naturaleza de las cosas. En cuanto al objetivo de su díscola

conducta, el autogobierno para Irlanda, le parecía completamente absurdo. ¿Qué ventajas tendría para los propios irlandeses? Eran tan incultos que no podían tener esperanzas de ganar nada con ello. Era indudable que los ingleses sabían más en lo tocante al gobierno del país. Lo más probable era que si los ingleses no estaban allí para asegurar que hubiese juego limpio, se hiciesen cargo del poder los sacerdotes. Se sentía inclinado a pensar como Edward que el movimiento republicano no era más que una excusa para agitadores impulsados más por el propio interés que por el patriotismo. Porque el hecho importante era éste: la presencia de los británicos significaba una autoridad *moral*, no sólo administrativa, allí en Irlanda lo mismo que en la India, en África y en el resto del mundo. Los nativos tendrían que alcanzar ese nivel para que el autogobierno se convirtiese en una propuesta aceptable. Eso era al menos lo que pensaba el comandante.

Pero por ahora había tenido ya más que suficiente de política, así que decidió no unirse a Edward y a los demás para tomar el café. Aparte de otras consideraciones, el café del Majestic era execrable, preparándolo como lo preparaba el sirviente Murphy de acuerdo con alguna receta propia. En vez de eso, se fue a su habitación a por un poco de tabaco, cruzándose en el camino con la cocinera gorda a la que había hecho llorar antes. Bajaba torpemente las escaleras, jadeando un poco por el esfuerzo que le costaba eludir los peligrosos bultos de la alfombra llevando en la manos una bandeja. El comandante miró la bandeja para ver lo que contenía: una comida completa (pastel de carne y manzanas cocidas), prácticamente intacta, que, como era de suponer, había dejado alguien sin apetito. Se le ocurrió que tal vez Angela estuviese enferma y fuese aquélla su comida. Sin embargo, dado que había estado levantada y andando por allí durante la mañana, difícilmente podría ser nada serio. La cocinera le saludó con la cabeza un tanto nerviosa y luego tropezó con una varilla de la alfombra de la escalera que estaba suelta. Por un instante pareció que iba a precipitarse de cabeza por la escalera. Pero consiguió recuperar el equilibrio traqueteando los platos y derramando un poco de agua y siguió su camino, dejando al comandante preguntándose en qué habitación estaría su pálida «prometida».

Luego, esa misma tarde, inquieto pero sin nada que hacer, fue andando hasta Kilnalough con la intención de enterarse en la estación de ferrocarril a qué hora salían los trenes para Kingstown y Dublín. Pero cuando iba hacia allí se encontró con Sarah, en su silla de ruedas, a la que iba empujando una muchacha muy llenita y voluptuosa de pelo oscuro y mejillas sonrosadas («Todas las chicas irlandesas tienden a estar un poco gordas», pensó el comandante). Esta chica, en cuanto fue presentada (como «Máire»), cuchicheó algo con urgencia al oído de Sarah y se fue rápidamente, dejándola sola en su silla de ruedas.

—Vaya, ¿soy tan aterrador como para eso?

—Es que es tímida. Creo, además, que tal vez haya pensado que yo podría...

bueno, da igual. ¿Le digo quién es? Al fin y al cabo cuanto antes le cuente las murmuraciones y los chismorreos, antes descubrirá que Kilnalough es tan aburrido como todos nosotros.

—De ninguna manera.

—Es la hija del hombre más rico de Kilnalough..., sí, incluso más rico que su amigo el señor Spencer (no es que yo piense que *él* es tan rico, claro está, teniendo en cuenta el estado en que se encuentra el Majestic); se trata, para ser precisos, del propietario de la fábrica de harina. ¿No sabía usted que aquí había una fábrica de harina? ¡Qué ignorante es usted! En todos los sacos de harina de Noonan se encontrará usted una imagen de Máire vestida como Caperucita Roja y con un cestito. ¿A que es encantador?

—Yo tenía la esperanza de que se tratase de algo más escandaloso.

—Muy bien. ¿Puedo confiar en que será usted discreto?

—Por supuesto.

—Ella y su amigo Ripon se entienden.

—¿Se entienden? ¿Quiere decir que hay entre ellos... una relación sentimental?

—Por parte de ella es sentimental. Por parte de Ripon, tengo la sensación de que es más comercial que sentimental, pero, como usted sabe, yo tengo la costumbre de pensar lo peor de la gente. En cualquier caso, hay pocas posibilidades de que resulte algo del asunto porque sus respectivas familias no pueden soportarse.

—Romeo y Julieta.

—Sería más cierto decir, veamos..., Yago y Julieta. Más aún, Julieta es una pretenciosa.

El comandante se echó a reír y Sarah se volvió hacia él con una dulce sonrisa. La malicia de la muchacha le divertía y era, en realidad, completamente inofensiva, destinada a divertir más que a herir.

Sarah había expresado su intención de comprar algo de tela en Finnegan y fueron subiendo lentamente por la calle principal en esa dirección, el comandante empujando y Sarah hablando sin parar, burlándose de él, sucesivamente, por su «inglesitud», por su «respetabilidad», por su postura «tieso como un palo» y por cualquier otra cosa que le viniese a la cabeza. El comandante sólo escuchaba a medias, concentrado en observar a los hombres de gorra de tela que haraganeaban en las entradas de las casas (muy pocos de ellos parecían tener algo que hacer), a las mujeres de chales negros con cestas de la compra y a los niños descalzos que jugaban en la calle. ¡Qué ajena y extraña resultaba, en realidad, Irlanda!

Al avanzar calle arriba se vieron considerablemente obstaculizados por un rebaño de vacas («¡Qué encantador, qué típico!», pensó el comandante) que no sólo andaban por en medio de la calle sino también por la rudimentaria acera. Luego apareció un automóvil por detrás y el conductor tocó el claxon, lo que no mejoró las cosas precisamente porque las vacas son propensas al pánico; una de ellas estuvo a punto de embestir directamente contra el radiador del automóvil aunque fue desviada en el

último momento por un individuo de abrigo andrajoso que conducía a los animales con un palo. El comandante reconoció sentada al lado del conductor la voluminosa figura del anciano doctor Ryan, envuelto en una trinchera y con numerosas bufandas, aunque no hacía mucho frío. Les vio y les hizo señas, indicando al conductor que subiese al bordillo para dar tiempo a que pasara el ganado. Cuando llegaron junto a él, dijo con aspereza:

—Siempre en esa silla, Sarah. Deberías estar caminando. Nunca haces lo que se te dice.

—Sí, sí, lo sé. Siempre me dice lo mismo —replicó Sarah malhumorada, y miró con impotencia al comandante.

—Creo que te gusta estar en esa silla.

—¡Oh, usted lo sabe todo, doctor! —contestó Sarah, y por un instante el comandante vislumbró en su rostro una expresión agria y maliciosa.

—¡No seas impertinente! —dijo con severidad el doctor Ryan—. Y déjame ver cómo te levantas de esa silla y vienes caminando hasta aquí. Apóyate en el brazo de ese joven que te acompaña.

Sarah hizo una mueca y durante unos instantes siguió sentada.

—Vamos, no podemos esperar todo el día —insistió el médico.

Sarah, con una expresión de desconcierto y aflicción, se levantó y empezó a caminar, apoyándose pesadamente en el brazo del comandante y en una de sus muletas. El comandante se sorprendió inmediatamente de lo bien que lo hacía. Le costaba un poco mantener el equilibrio, ciertamente, pero las piernas parecían firmes y fuertes. El doctor Ryan, cuya anciana cabeza parecía pequeña e insegura encima del gran montón de ropa que cubría su cuerpo, observó cómo se acercaba hasta el coche e iniciaba el camino de vuelta hasta la silla, sus dedos delicados apretaban el antebrazo del comandante con una fuerza que a él mismo le sorprendía.

—Si no estuvieses tan mimada, no usarías nunca esa silla. Podrías caminar perfectamente si te esforzaras. Y en cuanto a usted, comandante, sea tan amable de decirle a Edward Spencer que deje de sacar de quicio a sus arrendatarios o tendrá problemas.

Y dicho esto el doctor indicó a su chofer que siguiera.

—Qué viejo tan terrible —dijo el comandante—. Es agrio como el vinagre.

Sarah había cambiado de idea y ya no quería ir a la Pañería de Finnegan. Quería dejar aquella calle odiosa, que la llevasen a casa; no quedaba lejos, el comandante no tenía por qué preocuparse, no le entretendría mucho tiempo, a pesar de que era evidente que a él su compañía le resultaba insoportable y se moría de ganas de escapar...

—Pero si yo no pienso nada de eso —protestó asombrado el comandante—. ¿De dónde ha sacado usted esa idea?

Ah, estaba tan claro como el agua porque no hacía más que mirar constantemente

hacia todas partes, sobre todo cuando pasaba una chica guapa (una con dos piernas sanas), arrastrando las faldas gentilmente por entre las boñigas. El comandante, con su apostura, «tieso como un palo», era evidente que tenía cosas mucho mejores que hacer y, además, debía de estar sencillamente muriéndose de ganas de volver ya con su querida Angela y, además, se veía que iba con mucha prisa a algún sitio cuando se habían encontrado los dos...

—Eso es cierto. Iba a hacer algunas averiguaciones en la estación de ferrocarril. Se me había olvidado por completo.

—¿Cómo? ¿Deja Kilnalough tan pronto? ¿Han tenido usted y Angela una pelea?

—No sólo no hemos tenido una pelea sino que ni siquiera hemos hablado, al menos en privado. Nunca hubo en realidad un compromiso entre nosotros, ¿sabe?, al menos, yo no creo que lo hubiese; nada serio, salvo que nos escribimos regularmente, por supuesto.

—Yo no sabía nada de eso. En realidad, creía... Pero no importa lo que yo creyese. ¿Por qué ha venido aquí, entonces?

—Oh, para aclararlo, supongo. Ni siquiera yo mismo lo sé muy bien, en realidad. De todos modos no he conseguido estar a solas con Angela. ¿Cree usted que, quizá, pueda estar eludiéndome deliberadamente?

Pero Sarah no contestó. Habían entrado por una calle de edificios de ladrillo rojo, bajos pero bien cuidados, en uno de los cuales estaba el banco, detrás y encima del cual vivía Sarah con sus padres. ¿Le importaría al comandante entrar y tomar un té?

Accedieron por una entrada lateral y siguieron un camino entre espaldares de rosas trepadoras hasta una rampa no muy empinada de madera, hecha para la silla de ruedas de Sarah, que conducía a la puerta de atrás. Por supuesto, explicó ella, la casa no era ni mucho menos tan espléndida como la clase de sitios a los que, sin duda, estaba acostumbrado él, pero no le haría ningún daño estar en una «choza miserable» para variar. En realidad, le haría bien. Después de decir esto señaló la puerta de una habitación y dijo que volvería en un minuto, que se acomodase lo mejor que pudiera, como si estuviera en su casa. El comandante entró en la habitación y se sentó a esperar en un sofá azul de terciopelo. Sobre la repisa de la chimenea colgaba un óleo de una vaca y unos árboles. Había una librería con unos cuantos libros, en su mayoría memorias de pesca y viajes. Había también un piano, que no se diferenciaba de otros pianos más que por los ganchos de hierro que mantenían unidas las patas de madera. En aquella habitación limpia y ordenada, tan absolutamente sin carácter, lo único que proporcionaba un toque de confort eran aquellas patas rotas.

Impecablemente doblado sobre una mesa estaba el *Irish Times*. Lo cogió y lo hojeó con indiferencia. Familias de oficiales en la más abyecta pobreza. Buena suerte para el dirigible R. 34. Estaba a punto de iniciarse una nueva era en el viaje transatlántico. Los bolcheviques avanzaban, hidroaviones británicos habían entrado en acción en la frontera finlandesa. En Wimbledon el teniente coronel A. R. F. Kingscote, M. C., R. G. A., había derrotado gratificadamente a un joven



americano. Píldoras Hepáticas del doctor King (diente de león y quinina), se garantiza que no contienen mercurio. Cura definitiva de los síntomas de la LETARGIA HEPÁTICA, combaten la depresión del ánimo, etcétera. El comandante dobló el periódico cuidadosamente y volvió a ponerlo en su sitio con un suspiro. Estaba incómodo, y se preguntaba si había sido desleal por su parte hablar de Angela con Sarah.

—Espero que no mencione usted nuestra conversación a Angela —le dijo cuando por fin apareció—. Como sabe, aún no he tenido ocasión de hablar con ella adecuadamente.

—Por supuesto que no —dijo Sarah con indiferencia—. No es asunto mío. Además, casi no nos vemos.

—Pero yo creí que eran grandes amigas.

—Antes éramos amigas, pero ya no. Me sorprende que sea usted tan poco observador. ¿No se dio cuenta de la frialdad con que me trataban en el Majestic? Edward ya apenas habla conmigo. La única razón de que me invite a sus absurdos partidos de tenis es que Angela siente lástima por mí. ¡Sí, así es, le doy lástima! Está claro como el agua. Y a decir verdad supongo que la daré lástima también a usted, pero no me importa. No debería ir al Majestic, sería mucho mejor no hacerlo, pero me aburro tanto aquí sentada todo el día como una triste inválida...

—Pero Angela estaba muy contenta de verla; y es usted tan bonita y tan divertida. Estoy seguro de que todo eso son imaginaciones tuyas, de verdad —exclamó con sorpresa el comandante—. ¿Por qué razón no iba usted a gustarles?

—Creen que yo he estado aconsejando a Máire (¿se acuerda?, aquella chica gorda y fea que empujaba mi silla), creen que he estado ayudándola a «atrapar» a su querido Ripon. Están completamente equivocados, por supuesto. Lo último que yo le haría a una amiga (y ella es una especie de amiga, esto es cierto) sería ayudarla a «atrapar» a alguien tan odioso como Ripon.

—¿Pero qué es en realidad lo que tienen contra ella? Quiero decir, si es tan rica... Los Spencer viven en ese hotel inmenso, pero no parecen tener tanto dinero. Ripon podría sin duda elegir mucho peor.

Sarah movió la cabeza con tristeza.

—No puedo creer que sea usted tan inocente, comandante. ¿Quiere decirme que no se da cuenta de por qué los Spencer no querrían que Ripon se casase con esa criatura rica y fea? Bueno, se lo diré, aunque me niego a creer que no lo sepa usted. La razón es que Máire es católica. ¿Lo entiende usted ya?

Pero antes de que el comandante tuviese la oportunidad de responder se oyó una comedia llamada en la puerta e hizo aparición un hombre bajo y atildado que vestía un traje gris de franela de dudoso corte. Avanzó hacia el comandante extendiendo la mano, nervioso. Era, dijo, el padre de Sarah (ésta no hizo ningún comentario pero pareció enojarse) y no había podido resistir la tentación de dedicar un momento a saludar al comandante, del que tanto había oído hablar a su viejo amigo el señor

Spencer y, por supuesto, a la propia Sarah (aquí sonrió cariñosamente, pero Sarah pareció más exasperada que nunca).

—Espero que lo que haya oído decir de mí sea elogioso.

Oh, sumamente elogioso, por supuesto, y el comandante había sido realmente muy amable trayendo a Sarah a casa. Andar por ahí era un problema para ella, como ya podía suponer, pero se las arreglaba bien, en realidad, porque tenía muy buenas amistades que la ayudaban a llevar la carga. Tenía la esperanza también de que el tiempo fuese menos variable de lo que lo había sido recientemente, sobre todo mientras el comandante estuviese de visita, porque eso cambiaría mucho las cosas, y, además, si el comandante era, como él suponía, un hombre deportista... Y ésta era la señora Devlin...

Había entrado una señora corpulenta empujando un carrito en el que (el comandante se dio cuenta con alivio) sólo había dos tazas con sus platitos, platos y cuchillos de postre (y una tarta de cerezas que tenía un aspecto espléndido). La señora Devlin saludó al comandante sin hablar, hizo un gesto con la cabeza, luego vaciló un momento y se retiró. El señor Devlin se dio unas palmaditas en el pelo, que llevaba aplanado con fijador y bien pegado al cráneo, sonrió, y dijo que tenía que volver al trabajo pero que había sido un placer y que esperaba que el comandante volviese a menudo a visitarles. Salió de la habitación sonriendo y la puerta se cerró suavemente.

Sarah había cambiado de humor. A los intentos del comandante por conversar contestó sólo con monosílabos malhumorados, recorriendo todo el tiempo la habitación con la mirada como si estuviese viéndola por primera vez. De pronto interrumpió un laborioso cumplido que el comandante estaba dedicando a la tarta de cerezas y dijo: «Qué habitación tan horrorosa es ésta. Da la impresión de que viviese aquí alguien horrible, una persona inglesa». Y tras decir eso hizo rodar la silla rápidamente hacia la puerta, la abrió diestramente y desapareció, casi antes de que el comandante tuviese tiempo de darse cuenta de lo que estaba pasando. Se quedó allí sentado con un trozo de tarta a medio comer entre los dedos, preguntándose qué querría decir ella con lo de «alguien horrible, una persona inglesa» y si se propondría volver. Luego oyó el rumor de una discusión apagada en otra habitación, una voz de mujer elevó el tono de protesta. Pero después se oyó un portazo y al cabo de un momento reapareció Sarah con la cara tan sombría que el comandante le preguntó qué era lo que pasaba.

—Nada en absoluto.

Hizo rodar la silla hacia él y entonces vio que llevaba en el regazo una serie de ornamentos religiosos. Dos santos de yeso, pintados de brillantes colores, que puso sobre el piano a unos centímetros de su cabeza. Un crucifijo de madera, que colocó apoyado en la repisa de la chimenea; luego apoyó en la librería, una alarmante imagen del Sagrado Corazón, toscamente coloreada, sostenida por una pila de libros que sacó de la estantería. Sólo quedaba otro crucifijo de madera, que colocó en la mesa donde estaba el té. El comandante observó todo esto asombrado pero no dijo

nada, permitiendo que le sirviese más té y más tarta de cereza (que estaba realmente deliciosa). Dio cuenta de ella cautamente bajo la mirada de los santos.

—Les arriendo la tierra a un precio tan bajo que se ríen de mí a mis espaldas. Les arreglo los tejados y les doy patatas y trigo de siembra a cambio de una mísera parte de la cosecha. Les mando al veterinario cuando enferman las vacas. Les ayudo a cubrir el expediente cuando se gastan todo el dinero en la taberna. ¿Tengo derecho a cierta lealtad, comandante? Contésteme a eso.

El comandante se había encontrado a Edward con una azada en la mano, parado junto a un arriate y sumido en sus pensamientos. Ahora señalaba con la azada hacia el horizonte, hacia el sur, donde había, en la lejana cresta de una colina, una agrupación de casas de labranza grises. Protegiéndose los ojos del sol que acababa de aparecer por primera vez en todo el día por debajo de lisas alfombras de nubes grises, el comandante confirmó que alguien que hiciese tales cosas tenía derecho sin lugar a dudas a cierta lealtad.

—¿Sabe usted lo que hice yo para «sacar de quicio a mis arrendatarios», como dice el amigo Ryan? Les pedí que firmaran un papel diciendo que eran leales no a mí, fíjese bien, no a mí, sino al rey, y que no se mezclarían en ninguno de los tejemanajes del Sinn Féin. ¿Es tan terrible eso? ¿Es coaccionarles el pedirles que cumplan la ley? Pues bien, puede usted creerse que se negaron en redondo a firmar. Es Donnelly el que les ha metido en eso, un tipo viejo, sin dientes... «¿Qué significa esto, Donnelly?», le pregunté. «Bueno, es que —dijo él— estaríamos en peligro». «¿En peligro por causa de quién?». Eso no puede decírmelo. «Nunca se sabe», dice. «Bueno, Donnelly, te diré una cosa —le dije—, ¡si no firmas inmediatamente, el peligro será yo!».

Edward, grande e imponente, iba puntuando su explicación con firmes golpes de azada.

Hubo un momento de silencio. El comandante se quedó sorprendido al ver que Edward, que fruncía el ceño coléricamente, tenía ahora en la cara una sonrisa compungida. Tiró la azada con un suspiro y echó a andar junto al comandante, que había decidido dar un paseo por los alrededores de la esquina sur del hotel.

—Lo cómico del asunto es que a mí, en realidad, no me importa todo eso. Yo sólo les alquilo la tierra porque tengo que hacerlo; si no lo hiciese, se morirían de hambre. Pero no tengo interés en ella y lo único que me aporta es un sinfín de problemas. No soy agricultor, nunca lo he sido. Les vendería la tierra inmediatamente, pero no podrían pagarme ni siquiera la mitad de lo que vale. Ya no soy tan joven pero pienso a menudo que me gustaría hacer algo con mi vida. Sí, hacer algo completamente diferente, tal vez volver a la universidad, y hacer un poco de investigación (aún leo una o dos revistas científicas, ¿sabe?, pero en Kilnalongh es imposible estar al día). ¿Ha pensado usted alguna vez, Brendan, cuántas vidas completamente diferentes se

vivirían si uno pudiese elegir? Puedo decirle una cosa, yo, desde luego, no elegiría ser terrateniente en Irlanda. Nadie te lo agradece. Sin embargo, es el trabajo al que yo estaba destinado, así que supongo que debo hacerlo lo mejor posible.

Mientras andaban se unió a ellos un podenco andrajoso que salió de un macizo de rododendros y se puso a caminar detrás de Edward.

—¿Tiene el bueno de Ryan conocimientos sobre medicina? Lo dudo, francamente. Debió ir al colegio de cirujanos cuando lo único que sabían todos ellos era poner sanguijuelas y hacer sangrías. Y, sin embargo, es el único médico de Kilnalough, así que todo el mundo le trata como si fuese Dios Todopoderoso.

Edward estaba de nuevo ceñudo. Se detuvo de pronto en un lecho de lavanda en forma de diamante y el ceño fruncido se esfumó.

—Plantado por mi querida esposa —al cabo de un momento, como si quisiese aclarar un posible malentendido, añadió—: Antes de morir.

El perro alzó silenciosamente una pata sobre un ángulo agudo del diamante y se pusieron en marcha de nuevo. El comandante alzó la vista hacia la gran pared torreada que se elevaba sobre ellos. Les quedaba tan cerca aquel punto que era imposible calcular su altura. Pero unos cuantos metros más allá dieron otro giro y esto permitió al comandante ver la parte de atrás del hotel, que era en realidad la parte delantera, porque el edificio había sido proyectado para relacionarse exclusivamente con el mar. Era al mar de Irlanda (y no a Irlanda) adonde conducía el tramo de escaleras más majestuoso, y éstas se hallaban en el centro de la medialuna cuyos brazos curvados se extendían para abrazar la lejana costa de Gales, al otro lado de la vasta extensión de agua barrida por el viento.

El comandante se quedó asombrado al ver por primera vez el aspecto concreto que tenía aquel lado de la medialuna: la extraordinaria proliferación de torrecillas y almenas y pasarelas almenadas que colgaban del edificio en medio de balcones de hierro herrumbrosos y contraventanas de postigos abatibles. En el centro mismo de la medialuna, encima de la escalera de piedra blanca y desde los techos de pizarra de un lado hasta los del otro, había una gran construcción de cristal que en aquel preciso momento captó un rayo extraviado de luz solar y llameó oro unos cuantos segundos.

Aquello era, explicaba Edward, el salón de baile que el comandante tal vez hubiese visto ya desde dentro, un lugar que era imposible mantener caliente en invierno a causa de su techo de cristal. Este techo de cristal, sobre el que caminó sin apartar la vista de sus zapatos, también podría ser un poquito problemático en verano. Sin embargo (y se animó un poco al decirlo), en los viejos tiempos aquello debía de haber sido realmente magnífico: los grandes bailes de cacería, los carnavales, las regatas (piense en las trémulas luces de los faroles de los yates que se balanceaban en el embarcadero flotante). El baile seguía hasta que el sol del amanecer eclipsaba la luz de las arañas y los camareros llegaban con bandejas de plata humeando en las que

brillaban a la luz del sol el beicon y los riñones y los huevos fritos y desprendían briznas de vapor las jarras de café como..., como viejos hablando en invierno, ah, pero la parte maravillosa era que todo aquello había sido visible desde arriba gracias al techo de cristal, casi como si estuviese sucediendo al aire libre... Las niñeras y los niños se apretujaban en los balcones para mirar y para oír los violines, hasta que a ellos, a los niños, les entraba sueño e, incluso, puede que se quedasen completamente dormidos, y se los llevasen y les metiesen en la cama y ni siquiera se despertasen cuando los adultos, pálidos y exhaustos pero contentos, iban a darles el beso de buenas noches a primera hora de la mañana, antes de retirarse ellos también a dormir hasta la tarde, sin que les molestase otra cosa que los recuerdos de los violines y de las arañas chispeantes y los vestidos de seda y el esporádico grito de un pavo real (porque también había habido pavos reales, aún los había, en realidad) que se asentaban en sus mentes dormidas con suavidad de pétalos de rosa...

—¿Eh? ¡Dios santo! —dijo el comandante, atónito ante aquel vuelo de la fantasía.

—Bueno, de hecho, alguno de nuestros huéspedes escribió una especie de poema, ¿sabe?, sobre cómo debían de ser, más o menos, las cosas aquí en los viejos tiempos. Una cosa muy bonita. Angela me bordó un fragmento en un cojín. Ya se lo enseñaré más tarde. Creo que le gustará.

—Estoy seguro de que sí —confirmó el comandante.

El perro ladró, dubitativamente.

—¿Qué pasa, Seán?

En las escaleras que subían de las terrazas situadas más abajo había aparecido un joven, guapo y sonriente. Agitaba en la mano un objeto blanco con plumas que resultó ser una gallina muerta.

—Oh, no habrá matado otra, ¿verdad?

Edward cogió al perro rebelde por el collar y le frotó la nariz con la gallina. El perro gimió lastimeramente, apartando los ojos.

—Sé cómo curarle de esto. Busca un cordel, Seán, y átale la gallina alrededor del cuello.

Instantes después el cuello de la gallina fue atado a las patas y el perro, que se llamaba *Rover*, se sacudió violentamente intentando librarse de su blanco y grueso boa. Luego siguieron su camino, el comandante un poco impresionado por aquella administración de justicia.

La cena de esa noche se pareció mucho al lúgubre ágape de la noche previa (la anciana señora Rappaport volvió a salir del armario de las escobas cuando se le indicó) con la importante diferencia, sin embargo, de que Angela tampoco apareció. Edward y Ripon se desvanecieron en las sombras después de cenar, dejando al comandante jugando al *whist* en el relativo confort de la sala de huéspedes, en compañía de la señorita Porteous, la señorita Archer y la señorita Rice. Las damas, aunque bien abrigadas con chales y chaquetas de punto, se veían acuchilladas a intervalos por las dagas invisibles de corrientes de aire que penetraban en el salón por

las muchas y enormes ventanas. El *whist* continuó hasta que llegó un momento en que la pareja del comandante dejó de responder a las indicaciones de que le tocaba jugar (él había estado barajando y dando por cada una de ellas sucesivamente). Se había quedado dormida. Sus compañeras interpretaron esto como la señal de que era la hora de irse a la cama, así que se fueron rápidamente, deseando buenas noches al comandante y dejándole con tres ases sin jugar en la mano.

Como era temprano y no tenía sueño todavía, decidió dar un paseo, con las manos en los bolsillos y silbando melancólicamente, por las habitaciones desiertas del hotel (por entonces había decidido andar por el hotel a su gusto, sin que le preocupara que los Spencer pudiesen pensar que estaba espiándoles). De pronto, en la primera planta, se tropezó con el bar Imperial: cortinas echadas y oscuridad total, era según todas las apariencias sólo otra habitación vacía. Tras adentrarse cautamente en el bar, abrazando en el proceso una esbelta lámpara de pie que se deslizó entre sus brazos extendidos y fue a darle en el pecho, corrió las cortinas. Fuera, avanzaba desde el oeste hacia el Majestic una fortaleza de nubes negras.

Se oyó un leve maullido. Una sombra oscura bajó de la barra y se acercó a él. Era el gato gris, que arqueó la espalda y se frotó contra su tobillo.

—¿Así que es aquí donde vives, eh?

En la barra descubrió un quinqué que aún contenía algo de aceite. Alzó la mecha y la encendió. Las hileras de botellas que había detrás de la barra captaron el resplandor. Tras limpiar de polvo vigorosamente una copa con su pañuelo buscó entre las botellas hasta que encontró una de coñac, se sirvió y se fue con la copa en la mano hasta la ventana.

La luz era pobre. Llevaba un rato lloviendo mucho. Lo único que se oía era el esporádico aleteo de un pájaro, casi invisible contra el fondo de hojas que temblaban bajo el chaparrón. El gato saltó al alféizar y se sentó allí mirando afuera con el rabo limpiamente enroscado en las patas.

De pronto Edward se materializó en la lluviosa oscuridad, más allá de la estatua de la reina Victoria, seguido a cierta distancia por un objeto blanquecino que podría haber sido un periódico arrastrado por el viento, que rodaba unos cuantos pasos, se detenía, y volvía a avanzar rodando. El objeto blanco era *Rover*, que aún llevaba la gallina alrededor del cuello. El comandante suspiró y bebió un trago de coñac.

A Edward le chorreaba el sombrero y tenía el abrigo empapado, pero parecía indiferente a la lluvia. El comandante se quedó impresionado por aquel aire inesperado de abandono: era como si hubiese sufrido una conmoción terrible y no supiese lo que estaba haciendo. ¿Qué demonios pasaría? Picó rápidamente en el cristal de la ventana, y le gritó que entrara y que dejara de mojarse. Pero Edward no le oyó. Continuó su paseo a ciegas, chapoteando en los charcos que había esparcidos por la hierba, haciendo rechinar luego la grava al dirigirse hacia la mata de lavanda plantada por su esposa «antes de morir». Se quedó inmóvil ante la lavanda en una actitud de desesperación. Poco después *Rover* se unió a él y, pensando sin duda que

se iba a cazar algo, hizo todo lo posible por alinearse, él y el pollo muerto, en posición correcta de parada. Amo, perro y pollo muerto siguieron allí inmóviles mientras la lluvia caía a cántaros sobre ellos en la creciente oscuridad.

El comandante bebió el resto del coñac, se estremeció y cogió el quinqué para iluminarse en su camino hasta la cama. En un día o dos los Spencer ya no serían asunto suyo. Cuando estaba a mitad de camino por las escaleras, cayó en la cuenta de que aún seguía sin tener sábanas en la cama. Y una vez más era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Pero pasaron unos días más y el comandante aún seguía en el Majestic. Por entonces había conseguido acabar ya con los motivos de aflicción más obvios (había encontrado sábanas, evitaba las oraciones matutinas desayunando en su habitación), pero había una tristeza que impregnaba las habitaciones vacías y los pasillos y que resultaba ser como un gas invisible que uno respiraba sin poder evitarlo.

Angela seguía detrás de una puerta cerrada (era imposible saber cuál, había tantas) y estaba con toda seguridad enferma, aunque nadie lo decía. De hecho, nadie hacía absolutamente ninguna alusión a ella en presencia suya. Tal vez pensasen que él «entendería»; tal vez pensasen que ni siquiera había reparado en que ella no estaba allí; tal vez fuera ése el método de los Spencer para lidiar con la desgracia, limitarse a dejar de mencionarla, igual que se había omitido, en una de las cartas de Angela, toda mención del perro llamado *Spot* (al que, presumiblemente, se había llevado el moquillo). En aquel momento, por lo que sabía el comandante, Edward estaba elaborando listas de los seres vivos del Majestic en las que no se mencionaba a su hija Angela.

Un día que pasaba por el Patio de las Palmas camino del bar Imperial, que había dado en compartir con el gato gris, oyó a una señora, una recién llegada, preguntar en un susurro tintineante si aquél era el desdichado joven de la pobre Angela. Al volverse involuntariamente, se había encontrado con toda una batería de miradas compasivas e interesadas.

Una o dos veces más (en realidad, más veces), antes o después de las comidas, se había encontrado a la cocinera en las escaleras llevando la bandeja de la inválida y se había dado cuenta de que, tanto si subía como si bajaba esforzadamente las escaleras, parecía haber muy poca diferencia, en relación con la cantidad de comida que había en el plato. La única diferencia era que, al bajar, la carne y la verdura podían estar un poco desordenadas, mezcladas entre sí, era de suponer, por una mano apática. Y podría haber un tenedor en el plato, pero el cuchillo raras veces se había usado; lo más frecuente, cuando bajaba, era que estuviese al lado del plato, limpio y brillante como estaba al subir. Asimismo, la manzana de la bandeja solía hacer el viaje de regreso con la piel intacta; si estaba cocida, sin embargo, con piel, podría estar un poco aplastada, la carne separada de la piel y esparcida con el fluido amarillo y

viscoso; si estaba asada y rociada con azúcar moreno, podría desaparecer hasta la mitad. Las manzanas (había una montaña en el almacén destinado a ellas que había que comer) jugaban un papel significativo en la dieta de los que vivían en el Majestic. Pero un día vio que había una manzana cruda viajando escaleras arriba que parecía tan fresca y reluciente que hasta podría haber sido una recién llegada de la cosecha de la nueva estación. Aún seguía en la bandeja al bajar, pero con un mordisco desesperado. Podían verse las marcas de los dienteitos que habían excavado un surco ovalado superficial en un lado, en el que la carne estaba ya empezando a oxidarse y oscurecerse, como una carta de amor o una fotografía vieja. Este mordisco único le conmovió en extremo y sintió deseos de decir algo. Se detuvo y estuvo a punto de hablar, pero cuando decidió hacerlo, la cocinera corría ya torpe y presurosa escaleras abajo, alejándose de él como si le tuviera miedo. Cada vez que se encontraban en las escaleras, evitaba mirarle nerviosa y una o dos veces había llegado incluso a ruborizarse intensamente, como si la hubiese sorprendido haciendo algo indecente. Y la verdad es que el comandante había empezado a sentirse fascinado con aquella bandeja y procuraba a menudo estar en las escaleras cuando subía o bajaba. Aunque normalmente procuraba limitarse a una mirada codiciosa y furtiva que no apreciaba nada.

Por las tardes, solía dar un paseo con Edward por los inmensos terrenos del Majestic, con el acompañamiento de cuatro o cinco de los perros, libres para la ocasión y extasiados, saltando y brincando, persiguiendo pájaros o mariposas por los prados o entre los árboles, delirantes con la súbita libertad. El perro *Rover* les seguía a menudo esforzada y obstinadamente, deteniéndose y poniéndose de nuevo en marcha como un periódico arrastrado por el viento, con la gallina, que no era ya blanca, balanceándose en su cuello, escasamente capaz de mantener la marcha porque él y la gallina se enganchaban de vez en cuando en un seto o había que ayudarles a subir un paredón.

Edward era impredecible. A veces no decía nada en todo el paseo. Otras veces pronunciaba sonoros discursos sobre un tema general, normalmente relacionado con Irlanda, la situación del país, la imposibilidad de progresar en un entorno oprimido por los sacerdotes, las supersticiones y la pereza, «ese tal Redmond» que metía ideas en la cabeza de la gente, la indiferencia cínica de Westminster ante el problema de los unionistas, el ejemplo espléndido de sir Edward Carson y su milicia en el norte... ¿Quería la gente de Irlanda gobernarse sola? La mayoría, desde luego, no. Sabían muy bien lo que les convenía. Pregúntele a cualquier irlandés decente lo que piensa y contestará lo mismo. Eran sólo los criminales, los fanáticos y algunas personas rencorosas los que estaban interesados en los disturbios. Dígame usted, ¿es Murphy capaz de gobernarse solo? ¡No podría siquiera gobernar a su tía Fanny! El irlandés «decente» (eran el noventa y nueve por ciento según Edward) aún era amigo de los ingleses y estaba tan asombrado como los demás por las atrocidades que se producían con frecuencia.



Pero un día después de que Edward dijese esto el comandante leyó en el *Irish Times*:

En Newtownbarry, condado de Wexford, se produjeron escenas emocionantes en las que las cargas a bastonazos y bayonetas fueron un elemento destacado, tras el arresto poco después de medianoche de John Mahon, un campesino que vivía en Gurteen, a kilómetro y medio de la población. Cuando llegó la policía al cuartel con el detenido fue silbada y abucheada por una multitud de unas trescientas personas, acompañadas por los miembros de la banda de música local que empezó a tocar... Algunos de los civiles escaparon pero la mayoría continuó allí y se inició una lucha entre la multitud y la policía. Esta última utilizó sus bastones libremente, mientras que los miembros de la banda hicieron uso de sus instrumentos musicales para pegar a la policía.

El comandante sonrió cuando leyó esto, y pensó: «¡Qué espléndidamente irlandés! ¡La banda de música enfrentándose a la policía con sus instrumentos! Ojalá hubiese estado allí». De todos modos, era difícil evitar la conclusión de que Edward estaba exagerando el número de irlandeses «decentes». Y puesto que Newtownbarry quedaba muy cerca de Kilnalough era indudable que también había allí motivos de preocupación... Pero el comandante no estaba preocupado, al menos no por el momento. Por el momento sólo le divertía al espectáculo de los irlandeses comportándose como se supone que se comportan los irlandeses.

El comandante se rió a carcajadas. Pero un día o dos más tarde hubo una descripción más sombría de cómo la multitud había abuchado al inspector de distrito Hunt mientras agonizaba en una calle de Thurles, después de que le hubiesen pegado un tiro por la espalda. El comandante estaba ocupado, sin embargo, y apenas se interesó por la noticia. Había decidido preguntarle a Edward sobre Angela.

Aunque era indudable que estaba enferma, tal vez no fuese algo demasiado serio. Por otra parte, estaba comiendo tan poco que a ese paso podría matarse de hambre ella misma. Tenía que saber la verdad. Cuando estaba a punto ya de hacer una pregunta directa, Edward dijo bruscamente: «Una cosa, Brendan, me gustaría darle las gracias por todo lo que está haciendo usted en estas..., bueno, circunstancias difíciles. No, no, no diga nada... Sé cómo son estas cosas. Sólo quiero decir que lo aprecio, nada más».

El comandante le miró con asombro. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Y a qué «circunstancias difíciles» se refería? Estuvo a punto una vez más de preguntar directamente, de poner fin al misterio e ir al grano, pero Edward estaba visiblemente conmovido; las duras arrugas de su rostro se habían suavizado, recordándole al comandante el aspecto que tenía aquella noche en que le había visto bajo la lluvia y que parecía desesperado. ¡Qué indefenso se siente uno cuando empieza a hacerse viejo en un país donde están matando policías, con un hijo que está contra el gobierno, con una hija enferma en la cama! Más tarde comprendería que debería haber hablado claro, en realidad (pero por entonces era demasiado tarde, naturalmente), porque su posición había pasado a ser más delicada que nunca. Supongamos que, sin darse cuenta de ello, fuese a dejar de hacer «todo aquello que estaba haciendo» (fuese lo que fuese), o, igual de desastroso, que una vez que las «circunstancias difíciles» desapareciesen debiera continuar haciéndolo, porque si no

quedaría al descubierto que no había estado haciéndolo deliberadamente. Movi6 la cabeza con tristeza (aunque no pudo evitar sonreír) ante aquella situaci6n absurda.

---

## ¡COMPRA PRÉSTAMO DE LA VICTORIA!

Hemos ganado el combate, pero hemos contraído deudas para poder comprar los «guantes». Fue un combate glorioso para la humanidad, pero los acreedores exigen con regularidad los intereses del préstamo. Están a punto de exigir la cantidad total... son necesarios cientos de millones de libras para poder pagar en los próximos años.

## ¡AYUDA A TU PAÍS!

---

Dos o tres de aquellas señoras mayores que residían permanentemente en el Majestic habían abordado al comandante para pedirle consejo sobre el Préstamo de la Victoria, alarmadas por la idea de que Inglaterra hubiese contraído deudas (aunque, por supuesto, de una forma perfectamente respetable). Pero el comandante las decepcionó. Escuchó cortésmente, claro, pero su indiferencia era claramente visible. Se contentó con murmurar: «Lo siento pero yo no sé mucho de esas cosas. Tal vez Edward o ese director de banco que se llama Devlin podrían darles algunos consejos». La verdad es que a las damas las desazonó un poco su actitud; al fin y al cabo, ateniéndose a la expresión, los «guantes» fueron comprados expresamente para que los utilizara él. Se retiraron con los labios fruncidos y la impresión indefinida pero clara, en cierto modo, de que el comandante, a pesar de todas las pruebas de lo contrario, adolecía de falta de patriotismo.

Esta impresión se reforzó cuando la señorita Johnston leyó en voz alta, con ojos relumbrantes, a la señorita Devere, la señorita Rice y la señorita Staveley, una descripción del Gran Desfile de la Victoria. «La alineación impecable, la sincronización perfecta del paso, la elegancia con que se efectuaron los saludos y el “vista a la derecha” fue objeto de comentario general. Había gran cantidad de hombres desmovilizados de “paisano” y, a pesar de las órdenes en contra, no podían contener, en la mayoría de los casos, el deseo de alzar los sombreros en homenaje al rey». Pero se percibió que el comandante, retrepado en un sillón, tenía una expresión de desconcierto y apatía mientras oía (no había otra opción) resonar en la sala de huéspedes los tonos timbrados de la voz de la señorita Johnston.

«Desfilaron a través del Mall, Admiralty Arch, Fleet Street, Ludgate Circus, St Paul Churchyard, Cannon Street y Queen Victoria Street hasta la Mansión House, donde la multitud era más numerosa. Un pandemónium de vítores saludó a cada destacamento...».

Cuando la señorita Johnston volvió a alzar la vista, se pudo ver alrededor del sillón del comandante una espesa nube azul de tabaco. Las damas intercambiaron miradas significativas cuando se disipó. El comandante se había esfumado.

El comandante se había esfumado, en realidad, para cumplir una importante misión. ¡Tenía que descubrir qué era de verdad lo que le pasaba a Angela, porque de otro modo quizá tuviera que quedarse semanas! Había decidido ganarse a la cocinera, pasar con ella tiempo suficiente para llegar a entender su dialecto, su acento o su defecto del habla, fuese lo que fuese (sospechaba que podría tener algún problema en

el paladar) y descubrir así cómo estaban las cosas.

Pero este plan fue un fracaso. Hizo una aparición súbita en la cocina y se puso a bromear, con un tono ligeramente pícaro, que esperaba que resultase irresistible para una cocinera irlandesa gorda, ignorando sus respuestas ininteligibles (aunque reflejasen una evidente incomodidad). El comandante se había visto a sí mismo sentándose en el borde de la mesa y balanceando una pierna mientras hablaba, haciendo muchos guiños, bromeando con la cocinera sobre sus novios, robando fresas (o, por qué no, manzanas, de las que había mayor suministro), metiendo el dedo en los cuencos de glaseado y saliendo a la carrera entre risas de la cocina perseguido por ella con un rodillo. Pero pronto se hizo evidente que la cocinera estaba paralizada de turbación en su presencia, se ruborizaba horrorosamente y miraba a su alrededor en busca de una vía de escape. ¡Cualquiera que presenciase la escena podría muy bien pensar que el comandante era un desviado sexual por la forma que tenía ella de comportarse! Aquello no servía de nada, estaba claro. Se vio obligado a renunciar enseguida, temeroso de que aquella mujer estúpida pudiese pedir auxilio o decirle a Edward que había estado molestándola. Pensó que lo mejor en el futuro era no saludarla siquiera cuando se cruzaran en las escaleras (aunque no pudiese dejar de mirar ávidamente, como siempre, lo que contenía la bandeja).

Había otros dos medios para descubrir qué le pasaba a Angela: uno era preguntarle a Ripon, el otro era preguntarle al médico. Pero era evidente que Ripon le eludía (estaba claro que la actitud brusca del comandante le había ofendido) y, además, estaba casi siempre fuera del Majestic. El médico era otro asunto. Venía de visita todos los días últimamente, en general por la mañana o por la tarde pero, a veces, incluso bien entrada la noche. Mucho después de que el gran edificio llevase horas sumido en la oscuridad y el silencio y él diese por supuesto que todo el mundo estaba profundamente dormido. El comandante, sentado en el bar Imperial, con el gato pardo en el regazo y leyendo un libro con el quinqué junto al codo, oía el profundo resoplido del automóvil del médico que subía por el camino salpicando grava. Desde la ventana veía a Edward salir del porche con pasos rápidos y nerviosos, provisto de un farol para iluminar el laborioso avance del anciano desde el automóvil hasta la puerta.

Esas visitas duraban normalmente mucho tiempo. La razón era que el doctor Ryan, aunque mentalmente alerta, tenía que lidiar con un cuerpo tan viejo y cansado que se hallaba escasamente animado por la vida. Verle subir las escaleras hacia su paciente era como ver las manecillas de un reloj: se movía tan despacio que podría no estar moviéndose en absoluto. Un día el comandante le vio subir las escaleras, pegándose a la barandilla como se pega un caracol a la corteza de un árbol. Después de haber fumado un cigarrillo y haber hojeado el periódico pasó por casualidad por el vestíbulo de nuevo y allí estaba el médico, pegado aún a la barandilla y aún aparentemente inmóvil, pero mucho más cerca, sin embargo, del final de las escaleras. El comandante movió la cabeza pensando que ojalá no se tratase de una

emergencia.

Tras visitar a Angela (aunque nadie admitiese que fuera ése el propósito de su ascensión) se producía el mismo proceso de pegarse a la barandilla en dirección inversa. Después dormitaba en un sillón en el Patio de las Palmas o en la sala de huéspedes y a su alrededor se reunía un grupo de viejas damas parlanchinas que parecían, en contraste con la inmensa edad de él, tan llenas de vida y tan exuberantes como jovencitas. Y tal vez, reflexionaba el comandante, se sintiesen de nuevo un poco embriagadas con su juventud en presencia del doctor Ryan. Esta recuperación de la juventud le pareció al comandante conmovedora y disfrutaba oyéndolas charlar de aquel modo juvenil y encantador y pensaba que, al fin y al cabo, no había tanta diferencia entre una vieja dama y una jovencita, sólo unos cuantos años, que diluían la exuberancia con cansancio y tristeza, y una gran sensibilidad a las corrientes de aire.

Sin embargo, la presencia de aquellas señoras hacía que al comandante le resultase un poco difícil sacar a colación el tema de Angela. Y tal vez, también, no le pareciese bien al médico el que ellas gozasen tanto con su extrema vejez, porque un día, después de su habitual ascensión por las escaleras, no se le encontró en ninguno de sus sitios favoritos habituales. Las damas, desconsoladas, petulantes y ancianas, recorrieron con su costura una habitación tras otra y volvieron atrás de nuevo. Todo en vano. El viejo había desaparecido.

Pero el comandante no tardó en encontrarlo (aunque por accidente) mientras buscaba el lugar donde el gato pardo, que había adelgazado súbita y elocuentemente, ocultaba a sus gatitos. Estaba durmiendo en una butaca de mimbre en el salón del desayuno, detrás de un gran biombo oriental incrustado con dragones de madreperla, pagodas y sampanes.

—¿Cómo está ella, doctor? —preguntó el comandante aprovechando la oportunidad.

—¿Eh? —exclamó el anciano con aire de culpabilidad—. Ah, es usted.

Estirando una mano cubierta de pecas y venas azules, arrastró al comandante y le hizo sentarse en otra butaca de mimbre que había a su lado.

—No es nada. Nada grave. Un catarro. Un poco de fiebre. Pero eso no es nada. Es su futuro en este pueblo lo que me preocupa. Su padre no tiene agallas. Es una buena chica pero ¿qué va a ser de ella? No es como las demás, está hecha de otra pasta.

—Me alegra saber que no es grave —contestó el comandante, sorprendido al oír al médico decir que Edward no tenía agallas; hubo un silencio, roto al final por el médico, que dijo con un suspiro—: ¿Por qué son ustedes los jóvenes tan estúpidos? Si tuviese usted sentido común, se casaría con ella. ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Brendan Archer.

—Es tan blando como la gelatina. ¿Qué va a ser de esa chica? Irlanda no es lugar para una chica como ella con un poco de espíritu...

Los párpados del médico se cerraron sobre los globos oculares y se quedó

dormido, o lo pareció. El comandante se dijo que aquélla era la noticia que había estado esperando, que estaba liberado, que puesto que Angela sólo padecía un catarro seguro que se levantaría en un día o dos y andaría por allí, de manera que podría aclararse todo. Se levantó silenciosamente para no despertar al doctor Ryan, pero el viejo estaba despierto y observándole.

—No les diga que estoy aquí, señor Archer. ¡Puaj! ¡Esas viejas! —Y rió levemente, con repugnancia—. Ella es la única que vale la pena en todo el condado de Wexford —murmuró luego, medio para sí—. ¡Qué idiotas! —Hizo después una pausa y suspiró pesadamente una vez más—. Los ingleses son idiotas; perderán Irlanda si siguen así. ¿Acaso es eso lo que quieren? ¿Saben, incluso, lo que quieren? ¡Puaj, los protestantes se morirán de miedo en sus camas y les estará bien!

Una tarde, harto de estar sentado en el bar Imperial leyendo el periódico mientras los gatitos jugaban con los cordones de sus zapatos y retozaban en la alfombra, el comandante salió a dar un paseo en compañía de *Haig*, un setter irlandés. En su recorrido por el campo pasó por los edificios de piedra gris que antes sólo había visto desde lejos, porque se los había señalado Edward como la morada de sus ingratos arrendatarios. No había signo alguno de vida: una casa de labranza destartalada construida con piedras grises mal acopladas elevándose en un patio de barro seco, tal vez con hierba en algún tiempo, pero marcado desde hacía mucho por profundas rodadas. Consideró por un momento la posibilidad de echar un vistazo, pero subió los escalones de una cerca y continuó su paseo por el borde de un trigal (el trigo estaba aún tan verde como la hierba); un perro empezó a ladrar furioso; después cogió la vez otro, y otro, y el comandante creyó ver un rostro hosco mirándole fijamente desde una ventana, y luego, a su alrededor, arrastrando cadenas en algún lugar fuera de su campo de visión, detrás de unos muros, más allá de los setos, al otro lado de unas puertas cerradas, empezó a ladrar hostilmente toda una jauría.

Tras cruzar dos campos más y un arroyo divisó una carretera de grava que pensó que le llevaría a Kilnalough. El día se había vuelto frío porque empezaba a caer el sol. De una o dos de las chimeneas de Kilnalough se elevaba el fino humo gris de los fuegos de turba, muy tenue contra el cielo opalino hacia el oeste, donde no había ninguna nube; el horizonte parecía muy frío y claro, como si fuese ya invierno. Se estremeció. Invierno de 1919. Un invierno en época de paz: ¿patinar en estanques helados?, ¿castañas asadas? Había olvidado cómo era el invierno en tiempo de paz e intentó visualizarlo a través de la burbuja intacta de amargura de su mente, de un grosor de centímetros, como una plancha de vidrio. Pero la guerra aún estaba allí. Aún no había acabado con ella. Aunque no asistiese ya a las oraciones matutinas que le hacían enfrentarse con las fotografías del monumento a los caídos de Edward, había otras fotografías, borrosas y acusadoras, que aún seguían apareciendo, incluso ahora, en la primera página del *Weekly Irish Times*. La recolección de la cosecha aún

no había terminado. ¿Y qué decir de los supervivientes, de las cartas patéticas preguntando por pensiones y trabajo publicadas en «Nuestra Oficina del Soldado» y firmadas por «ZUM BANG», «TOMMY DUBLÍN», «BOSQUE DE DELVILLE», «1916», «SOBERANÍA IMPERIAL», «DUBLÍN» y nombres similares? ¿Cuándo se acabaría todo y quedaría olvidado?

Un hombre al que al principio no reconoció le hizo señas cuando iba andando por la calle principal. Más cerca ya de él, recordó la apariencia atildada y la sonrisa obsequiosa: era el señor Devlin, el padre de Sarah. El comandante había sido localizado por ella desde la ventana de su dormitorio. Estaba aburrida y no tenía nada que hacer, confinada en la cama por un leve resfriado, que no era nada en realidad, según el médico, pero el comandante ya sabía cómo era la gente joven, cómo tendía a enfadarse enseguida. Ya había pasado lo peor, por supuesto, muchas gracias, pero estaba tan tensa... En resumen, le había pedido que le preguntase al comandante si no sería una imposición excesiva (era sólo un momento, más que nada por disfrutar de un poco de variedad), si no le importaría subir a charlar un rato. Sólo pasar a saludar.

—Estaría encantado. Aunque me temo que el perro esté demasiado sucio.

—Bueno, podríamos encerrarlo en algún sitio —replicó el señor Devlin, mirando al perro con disgusto. Les condujo por una puerta lateral del banco.

—Tenga cuidado no vaya a zamparse todos sus billetes —dijo riendo el comandante mientras el perro se sacudía y retozaba alegremente por la habitación. Al señor Devlin, sin embargo, esto no pareció resultarle divertido; de hecho, pareció preocuparle mucho. El perro fue encerrado en la cocina y el señor Devlin mostró al comandante las escaleras que subían a la habitación donde, recostada entre almohadas, estaba esperándole Sarah, los ojos brillantes, las mejillas ruborosas. Y, como había dicho su padre, parecía enfadada.

—Yo estaré abajo —dijo el señor Devlin, y añadió con una tosecilla: dejaré la puerta abierta por si necesita usted cualquier cosa.

Y se retiró. Pudieron oír sus pasos bajando las escaleras.

—Bueno, ¿qué es esto que he oído de que estaba enferma? Ha tenido un catarro, tengo entendido, pero se encuentra mejor ya. He de decir que da usted la impresión de estar rebosante de salud.

—Comandante, deje de decir tonterías, acérquese y siéntese. Aquí en la cama, no se preocupe, no le morderé. ¿Y dónde está el perro encantador que le acompañaba? En realidad, era al perro al que yo quería ver, no a usted. Ahora supongo que estará pensando que era a usted. Los hombres son tan engreídos, aunque sea joven eso es algo que ya he descubierto. Y no necesita molestarse en contradecirme, comandante, porque yo sé que es verdad, y estoy segura del todo de que usted es más engreído que nadie, puedo verlo inmediatamente por ese absurdo bigote que tiene en el labio superior, está escrito en toda su cara, por no mencionar su ridícula postura «derecho como un palo» que es la cosa más arrogante que he visto en mi vida. ¿Por qué no puede usted permitirse ir un poco encorvado como una persona normal? En fin, no es

asunto mío, gracias a Dios. Y no tiene por qué sonreír así, de ese modo condescendiente, como si yo no supiese nada porque soy una chica de pueblo. Estoy segura de que cree usted que soy una completa imbécil que no sabe nada de nada; y supongo que está usted acostumbrado a esas jóvenes que hay en Inglaterra que se pintan la cara y andan por ahí toda la noche (las revistas no hacen más que hablar de esas criaturas). ¡En mi opinión, embadurnar la piel de pintura es una cosa repugnante!

Y tras decir esto se echó a reír, un poco históricamente.

—¿Perros? ¿Mujeres pintadas? Qué cosas descabelladas dice usted, realmente. ¡Me parece que está más enferma de lo que yo creía!

—Cuando le vi a usted bajar andando por la calle (mire, desde la ventana puedo ver a la gente que pasa), me dije: «Ahí va esa absurda persona inglesa con un hermoso perro. Qué agradable sería tener una charla con él...», pero ahora está usted aquí y no se me ocurre absolutamente nada que decir y le aseguro que no puedo entender por qué hace unos instantes quería hablar con usted. Pero no importa, sacaré todo el fruto que pueda de ello y seguro que se me ocurre algo. Y ahí está usted sentado con aspecto de sentirse incómodo y la verdad es que casi parece como si su mano estuviese sentada a su lado, porque apenas si parece una mano; parece como una gran criatura correosa, como un sapo o algo así, y parece tan áspera y seca, ¿la otra es igual? Sí, ya veo que lo es. Parece como si estuviesen hechas de cuero secado al sol... ¿Sabe?, Brendan (le llamaré Brendan porque yo no reconozco ya al ejército británico, que es una fuerza de ocupación en Irlanda contra los deseos del pueblo, no le importa a usted, ¿verdad?), cuando yo era niña soñaba que estaba echada en la cama con un sapo sentado en el pecho, eso puede parecer bastante aterrador, pero, en realidad, era una sensación cálida y agradable. Ese sapo era un amigo muy especial, ojalá pudiese tener ahora sueños como aquél. Pero dígame (no debo molestarle con mi infancia porque si no alegará usted alguna excusa y escapará rápidamente), dígame por qué parecía usted tan desdichado cuando bajaba caminando por la calle. ¿Le ha dado Angela algún disgusto? Pero no, no me lo diga, porque en realidad no quiero saber nada de sus asuntos privados. No son de mi incumbencia, sólo me haría usted perder el tiempo. En vez de eso, yo le contaré algo sobre Irlanda porque es evidente que usted no sabe nada. ¿Ha oído hablar siquiera de la Rebelión de Pascua de Dublín?

Por supuesto que había oído hablar de ella, aseguró él sonriendo. Había sido un ataque traicionero de los granujas irlandeses contra el ejército británico cuando estaba precisamente esforzándose por defender Irlanda frente al Káiser.

—¿Pidió Irlanda que la defendiesen?

Lo pidiesen o no era evidente que lo deseaban, por los muchos irlandeses que estaban combatiendo en el ejército.

—¿Evidente? ¡Nada era menos evidente! Ni siquiera se consultó al pueblo irlandés. Nadie les preguntó nada. ¿Por qué habría de ser diferente para ellos que les invadiesen los alemanes o los británicos? Podría, incluso, ser mejor estar sometidos a



los alemanes; al menos habría un cambio...

El comandante se equivocaba al decir que los héroes de la Sublevación de Pascua eran unos granujas. Había, por el contrario, muchos caballeros entre aquellos patriotas. ¿Es que no sabía nada de lo que había sucedido? Qué ignorantes los ingleses (sólo la cortesía, añadió riéndose, le impedía decir «el enemigo»), qué ignorantes eran. ¿Había oído hablar él alguna vez de la debutante condesa Markievicz, que con una pistola al cinto defendió el Colegio de Cirujanos y fue condenada a muerte por dispararle a un caballero que miraba desde la ventana del Club Unionista (aunque erró el tiro)? ¿O creía acaso que Joseph Plunkett, que llevaba los dedos llenos de joyas brillantes como un príncipe del Renacimiento y que *era*, de hecho, hijo de un conde pontificio, era un granuja? Condenado ya por la tuberculosis, se había levantado de la cama para luchar; ¿le hacía parecer eso un delincuente traicionero? ¿Sabía el comandante que Joseph Plunkett se casó con Grace Gifford (una joven y bella aristócrata cuya familia protestante la repudió, naturalmente, los muy cerdos) a la luz de una vela sostenida por un soldado británico en la capilla de la cárcel de Kilmainham en las primeras horas de la mañana poco antes de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento? ¿Eso le parecía propio de un granuja?

—No, desde luego —dijo el comandante sonriendo—. Parece más bien el último acto de una ópera compuesta por un libretista italiano borracho.

—¡Ay, es imposible discutir con alguien tan cínico!

—Pero me pide usted que crea en esos personajes de ópera cuando uno lee cosas completamente distintas en el periódico. Precisamente el otro día leí, por ejemplo, lo de esa mujer a la que le habían puesto narigueras de cerdo en las nalgas por suministrar leche a la policía. Y luego lo de la banda de música que inició una pelea con la policía utilizando como armas los instrumentos. ¡Y un burro muerto a cuchilladas por llevar turba para el cuartel de la policía, al que se puso la etiqueta de traidor a Irlanda!

—Esas cosas las inventan los británicos para desacreditarnos. No tenemos ningún medio de saber si los periódicos dicen la verdad. Todo pertenece a los británicos en Irlanda. Todo.

Hubo unos instantes de silencio. El rubor de Sarah había desaparecido pero aún parecía bastante inquieta.

—¿Sabía usted —dijo bruscamente— que Edward dice que es usted una persona fría, Brendan?

—No, no sabía eso —dijo el comandante, sorprendido.

—Creo que lo dice porque usted es siempre tan educado y tan distante. —Sonrió ante la expresión preocupada del comandante y movió la cabeza—. Sin embargo, yo le dije que creía exactamente lo contrario. De hecho, le dije que creía que probablemente fuese usted tan blando como un pudin hecho al baño María.

—Eso no parece muy halagüeño, la verdad. Pero ¿cómo sabe usted lo que Edward piensa de mí? Dijo que no se mostraba nunca amistoso con usted. Creí que usted ya

no lo veía.

—Oh, en Kilnalough se encuentra uno con todo el mundo —dijo vagamente Sarah—. Aunque uno quisiera evitar a la gente no podría. Pero tranquilícese. Cierre la puerta, venga y siéntese aquí en la cama. No sea bobo, no tiene por qué prestarle ninguna atención (a mi padre, me refiero). ¿Cómo, ya se va? ¡No me diga que le he ofendido *de nuevo!*

Y empezó a reír a carcajadas, que resonaron placenteramente en los oídos del comandante durante todo el camino de vuelta.

Pero antes de llegar al Majestic se le ocurrió una idea inquietante. ¿Podría ser que el doctor Ryan hubiese estado hablando de Sarah y no de Angela al referirse a su «catarro» y su «poquito de fiebre» y su «padre tan blando como la gelatina»? Si era así, la pobre Angela podría estar, en realidad, gravemente enferma. Y cuanto más lo pensaba, más probable le parecía.

—En fin —dijo Ripon, que estaba borracho—. Fue la cosa más ridícula que he visto en mi vida. Sucedió justo después del asunto de Soloheadbeg, que fue el primero de varios ataques a los polis, y, como cabría suponer, la indignación y el patriotismo estaban a flor de piel. Nos encontrábamos todos allí, sentados en la mesa del comedor comiendo pacíficamente cuando de pronto Él se puso de pie y dijo en un tono grandilocuente: «Me propongo ir a Kilnalough al final del día a tomar algo y a enseñar la bandera. Cualquiera de los hombres presentes que quiera unirse a mí será bienvenido». Se hizo el silencio, nadie dijo una palabra. «¿Qué me dices tú, Ripon?». A mí, naturalmente, no me apetecía nada emprender semejante aventura temeraria. Así que Él adoptó una expresión despectiva y dijo: «Muy bien, si nadie quiere acompañarme, iré solo». Aunque daba la impresión de que nos sentíamos todos bastante avergonzados (al menos yo me sentía así), por dentro lanzamos un suspiro de alivio (tuvo usted suerte, comandante, de no estar allí entonces; a mí no me parece usted un hombre capaz de resistirse a la llamada del patriotismo) cuando he aquí que, de la mesa en sombras del otro extremo del comedor, se alzó una voz, fina, trémula, pero resuelta. Era la señorita Johnston. «¡Yo le acompañaré, señor Spencer!». Todo el mundo se queda anonadado. «¡Y yo iré también!», gritó la señorita Staveley. De pronto todo el mundo se puso a gritar y hasta el señor Porter, cuya esposa se había ofrecido voluntaria, se vio arrastrado por el entusiasmo general y cambió de opinión. De este modo, él, muy a regañadientes, se encontró a la cabeza de un grupo de señoras (debía de haber por lo menos media docena de ellas) más el vejestorio estúpido de Porter y por último, tras olfatear en el viento un espléndido fiasco, yo mismo.

»Cuando llegamos, estaba todo el mundo, yo incluido, prácticamente a punto de desmayarse de pánico (es una lástima que no estuviese usted allí, comandante, porque es evidente que usted es excepcionalmente valeroso cuando se produce un

enfrentamiento). La taberna de Byrne no es un sitio tan malo, aunque desde luego no se le ocurriría a nadie ir allí a menos que se proponga provocar a los nativos, nadie del Majestic quiero decir. Es un poco destartalada, quizá, con el tejado de paja y las paredes de piedra. Por la puerta abierta, salía un olor rancio y cervecero que hizo que las damas arrugasen la nariz.

»Yo no había estado allí antes, así que eché un vistazo alrededor (buscando el sitio más seguro por si había una pelea, ¿sabe?, comandante, porque yo no soy un tipo valiente y varonil como usted). Oscura, techo bajo, raído, serrín en el suelo, sillas y mesas de madera, un tufillo que llegaba del viejo «Ghuslkhana» (como Padre insiste en llamarle), un espejo grande encima de la barra muy necesitado de un baño de plata y apoyado en ella, al lado de una escultura de yeso de Johnny Walker, provisto de bastón y monóculo, un calendario o algo parecido con uno de esos Sagrados Corazones atterradoramente horripilantes. Creo que es posible que hubiese delante de él, en un tarro de mermelada, unos tulipanes marchitos.

»¡Oh, vaya! He olvidado que había otro hombre en nuestro grupo, ese espeluznante tutor llamado Evans, que anda siempre acechando en las sombras. La verdad es que en esta ocasión estaba lleno de entusiasmo. En cuanto oyó lo que planeaba Él, se ofreció voluntario inmediatamente, casi no se podía impedir que el tipo saltase sobre el primer nativo que vimos. En fin, allí estaba mirando detenidamente a su alrededor, con una beligerancia aterradora (a usted le habría encantado, comandante, estoy seguro; no se le podría tildar de cobarde al amigo Evans), pero por suerte ninguno de los del pueblo parecía deseoso de dejar que le fracturasen la mandíbula.

»En realidad todo parecía muy pacífico. Había una cantidad asombrosa de gente, sentados por allí o apoyados en la barra, la mayor parte hombres. En una de las mesas había un par de mujeres ojerasas y de aspecto ordinario, en otra, unos hombres jugando a las cartas, y junto al fuego, una vieja bruja con un gran vaso de cerveza negra. Era evidente que todo el mundo estaba pasándolo bárbaro hasta que aparecimos nosotros. Pero, en fin, allí estaba Él, plantado como esa terrible estatua de piedra que aparece en el banquete de la escena final de *Don Giovanni* para ajustar las cuentas a un sinvergüenza que había estado manoseando a las hijas de todos. Era una situación muy alarmante, sí, se lo puedo asegurar (aunque como es natural no habría sido alarmante para un hombre provisto de su fibra moral). De este modo, Él entró pisando fuerte en el local y se acercó a una mesa grande que estaba en el centro mismo y en la que sólo había un viejo arrugado y sin dientes. Ese vejestorio tenía la cabeza blanca inclinada sobre una jarra de la que sorbía el líquido con un leve sonido silbante. Cuando alzó la cabeza para respirar inhaló su enmarañado bigote marrón, lo chupó hasta dejarlo blanco y seco y a continuación bajó otra vez la cabeza. Pero se dio rápidamente a la fuga cuando vio que se aproximaba la estatua de piedra. No puedo decir que se lo reprochase, la verdad.

»Buscamos sillas y nos sentamos. “Podrían servirnos, por favor”, exigió el

Hombre de Piedra con voz de ultratumba. Un individuo de rostro rojizo y sudoroso que vestía un delantal salió de detrás de la barra secándose las manos.

»El silencio aún pesaba sobre el local, comandante, como una gruesa capa de escarcha. En nuestra mesa todo el mundo se preguntaba por qué «ellos» no empezaban de nuevo a hablar, en tono bajo y respetuoso, por supuesto. De pronto a uno de los hombres de la barra se le escapó la risa cuando estaba bebiendo y lanzó un gran chorro marrón sobre sus vecinos, agarrándose desesperadamente a la barandilla de latón, y luego siguió estallando una y otra vez en risas incontrolables, procurando tan desesperadamente tomar aire que durante un rato no estuvo claro si lo suyo era risa o algún temible ataque epiléptico. Pero poco a poco su necesidad de aire ahogó su alegría y fue llevado afuera, medio ahogado, por uno de sus compañeros, que luego volvió solo. Tras esto algunos hombres tuvieron problemas para mantener una expresión seria; se veían por todas partes caras largas y solemnes, tiesas como cuerdas de violín. (Era horroroso, comandante, no se hace usted una idea). La risa contenida se iba hinchando en el local como un absceso. Daba la impresión de que en cualquier momento aquella cosa condenada podía estallar, con un sonoro estampido, y empaparnos a todos con el pus amarillo de la risa (perdone usted por algunas de estas metáforas, comandante, estoy haciéndolo lo mejor que puedo). Sentías que en cualquier momento se podía producir un estallido terrible, un cataclismo de risas...

»En ese momento Él, solo en el silencio, se puso de pie y empezó a cantar:

*DiossalveanuestroGloriosoRey*  
*VivanuestroNobleRey*  
*DiossalvealRey.*

»Los otros miembros del grupo del Majestic estaban de pie también. Dos o tres de las damas se unieron a El cantando con voces aflautadas y desafiantes:

*Quelehagavicto-rioso*  
*Felizyglor-rioso*  
*ledéunlargoreina-do...*  
*Dio-os sa-alve al Rey.*

»(¡Oh, comandante, no puede usted imaginarse cómo era aquello! ¡Se le habrían erizado a usted los pelos del cogote de orgullo ante aquel sonido grato e inspirador!).

»Siguió un instante de silencio. Luego llegó: una gran tormenta retumbante de aplausos, de risas, de palmadas, de gritos y vítores. El ruido era claramente ensordecedor. La piel que cubría aquella tensión viva y creciente en el local se había roto y el alivio era divino, comandante. Hasta yo aplaudía.

»Pero al Hombre de Piedra y a las damas no parecía complacerles en absoluto

esta recepción favorable. Sus rostros se ensombrecieron, el Hombre de Piedra se lamió hoscamente los labios de granito mientras las damas elevaban sus ojos legañosos hasta un ángulo más noble y más poco comprometedor. ¿Qué había que hacer? Apenas empezó a aplacarse el torrente de aplausos el Hombre de Piedra, con las aletas de mármol de la nariz temblando, se lanzó una vez más al himno nacional, cantando el mismo verso que antes (supongo que *hay* otros, usted, comandante, es la clase de individuo al que le gustaría saber esas cosas, pero da igual por el momento).

»Esta vez no sólo se incorporó todo el contingente del Majestic sino también algunos ásperos tenores del bar, elevando sus jarras espumosas y mostrando una tendencia, común a muchos irlandeses cuando cantan, de gorjear sentimentalmente y permitir que sus ojos se llenen de lágrimas. En nuestro grupo en aquel momento, comandante, se tensaron músculos, se enrojecieron cuellos, se hincharon venas, se cerraron puños. Evans, ese tutor tenebroso y sobrecogedor, en particular, parecía a punto de desvanecerse en un éxtasis de odio y violencia si no conseguía zurrar a alguien rápidamente.

»Todo el mundo estaba ya cantando, no sólo unos cuantos tenores borrachos en la barra. Era maravilloso ver que todos cantaban juntos. Y, no contento con cantar, un joven que llevaba una gorra demasiado grande para la medida de su cabeza y unos pantalones bombachos que parecía que estuvieran hechos de sacos de patatas, se subió a un taburete y empezó a dirigir al Hombre de Piedra y al coro de la barra.

»Los aplausos fueron, una vez más, ensordecedores. El Hombre de Piedra empezaba a parecer ya un poquito derrotado. Se quedó absolutamente inmóvil por un instante, la cabeza ligeramente inclinada. Luego buscó en el bolsillo y dejó caer un puñado de monedas en la mesa al lado de su vaso de cerveza intacto. Después se volvió y se dirigió con pasos ruidosos hacia la puerta muy estirado, seguido de su digno pelotón de viejas damas.

»Así volvimos todos adonde habíamos dejado los coches y durante un rato nadie dijo nada. Esperamos a que subiese todo el mundo hasta que una de las señoras dijo: “¿Saben?, yo creo que estaban burlándose de nosotros”. Nadie replicó, así que yo dije (con la esperanza de mejorar un poco las cosas, comandante, me comprende): “¿No podría ser que simplemente disfrutaban cantando y que era la única canción que conocíamos todos?”. Pero mi comentario no pareció de mucha ayuda.

»Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que se había iniciado una pequeña pelea. Evans se había quedado atrás buscando a alguien a quien pegar para vengarse de la ofensa inferida a su honor. Pero dos o tres sonrientes nativos no tardaron en envolverle en su propia chaqueta echándosela por la cabeza como una camisa de fuerza. Y eso fue todo. No se le agradeció aquella espléndida muestra de lealtad. Incluso le dijo furioso que entrase en el coche y dejase de hacer tonterías. Él y yo fuimos los últimos en subir al coche, observados por todos los bebedores que habían salido del bar y nos miraban desde la puerta. Él les miró a ellos, ¿sabe?, y durante un instante pensé (por algo que había en su expresión) que les tenía miedo, y me dio un

poco de pena por él. Pero bueno, comandante, creo que tendrá que perdonarme un momento porque tengo que ir a vomitar, y yo diría que probablemente el mejor sitio va a ser aquel tiesto de helechos. Comprendo que es un espectáculo asqueroso, perdone (sobre todo para un hombre como usted, que es tremendo lo bien que aguanta la bebida).

---

#### CINE GRAFTON

La película principal que se proyectó en el cine Grafton fue una en la que actúan Charles Ray y Frank Keenan, *El cobarde*, un episodio dramático de la guerra de Secesión estadounidense. Es la historia de un hombre que era un cobarde, pero que, cuando llega el momento, demuestra estar tan dispuesto a luchar y morir por su país como el soldado más curtido, y contaba con los elementos básicos que hacen interesante una película.

En un mitin en Belfast el 12 de julio (el aniversario de la batalla del Boyne) sir Edward Carson dijo: «Y ya no hay más que dos políticas en este país. Una es el mantenimiento de la unión y la fidelidad al rey y la otra es (que Dios me perdone) una república irlandesa. Una república irlandesa en que tendréis que descubrirnos ante el presidente, el señor De Valera (risas), que está ahora trabajando contra vosotros en Estados Unidos, con la ayuda de la jerarquía católica de aquel país, respaldada por la jerarquía católica de éste y de todos los otros países y que imagina, en su vanidad, que acabará desfilando un día u otro por Belfast y el Ulster (gritos de «¡Nunca!») y que todos vosotros estáis dispuestos a descubrirnos («¡No!») y doblar la rodilla ante el jefe de la organización que, en la hora más sombría de la guerra por la libertad del mundo, disparaba contra los soldados de Su Majestad en las calles de Dublín. Yo invito al señor De Valera a venir al Ulster y ya me encargaré de que aquí se le reciba adecuadamente. ¡Una república irlandesa! ¿De qué vale un Imperio británico comparado con una república irlandesa? Imaginaos lo pequeño que será el Imperio británico cuando se establezca la república irlandesa, e imaginaos cómo inclinará la cabeza avergonzada la Marina Británica frente a dos barcasas con la bandera irlandesa del Sinn Féin (risas) y el almirante Devlin (risas) ordenando que entren en acción en Scapa Flow. Sí, pero aún hay más. Hablo de los hombres que duermen su último sueño en las llanuras de Flandes y en Francia, en Mesopotamia y en Palestina, en los Balcanes y en otros lugares. Los hombres que tanto han hecho, no por la república irlandesa, sino por el gran Imperio británico. Sí, es increíble, la recompensa que recibiremos es que vamos a tener que entregar todo lo que hemos ganado, vamos a ser falsos y desleales con todo lo que ellos padecieron, con la finalidad de que esos rebeldes, impulsados por su ansia de pisotear a los protestantes del norte de Irlanda, puedan tener un puntito en el mapa que podría representarse con la punta de un alfiler. Yo le digo al pueblo británico desde esta tribuna, en vuestra presencia hoy (y lo digo ahora con toda solemnidad), le digo que si hay un intento de quitar un ápice o un título de vuestros derechos como ciudadanos británicos y de las ventajas que se han ganado en esta guerra por la libertad, yo le digo que, sean cuales sean las consecuencias, convocaré una vez más a los Voluntarios del Ulster (aplausos). Yo llamo a un hombre del Ulster, hombre del Ulster. Y llamo a un feniano, un rebelde. Llamo a la Autonomía el camuflaje de una república irlandesa...».

---

Era ya mediados de julio y el comandante había decidido abandonar Kilnalough. Después de todo, ya estaba bien. Tenía la intención de explicarle a Edward que no iba a volver, que le habían llamado para un asunto que le ocuparía de forma bastante permanente y que partiría hacia Inglaterra (si no hacia un lugar más remoto aún). Pero Edward pareció muy afectado cuando le contó que se marchaba, pasándose los dedos por el pelo y diciendo: «Por supuesto, me imagino que no es muy divertido para usted estar aquí...». Se mostró sordo ante sus protestas de que ésa no era la razón de su marcha (aunque por supuesto, lo *era*), de manera que se vio en la necesidad de revisar precipitadamente el discurso que tenía preparado, diciendo que

sólo iba a ir a Dublín una semana y que la razón de ello... Hizo una pausa desesperada, incapaz de dar con una razón. Pero en ese momento se produjo un milagro. A Edward se le iluminó la cara y dijo, dándole al comandante una palmada en la espalda: «Claro, por supuesto, mi querido amigo, lo entiendo muy bien. Quiere usted presenciar el desfile del Día de la Paz el diecinueve; ojalá pudiese ir con usted. Me encantaría verlo también, pero por desgracia no puedo abandonar mi puesto. ¿Desfilará usted? ¿No? Tengo entendido que va a presidir el desfile French. Le pidieron que desfilase con Haig en Londres pero dijo que no. Ése es el espíritu. Pero mire usted, voy a ver si puedo conseguirle una habitación en el Jury. Seguro que desde allí podrá disfrutar de una buena vista. De otro modo no podrá usted ver nada...». El resultado fue que el comandante se sentía totalmente insatisfecho consigo mismo cuando tomó el tren que paró silbando en la estación de Kilnalough; se había asignado la cobarde tarea de explicar por carta que su visita temporal a Dublín se había hecho permanente.

Justo antes de que el tren se pusiese en marcha hubo una conmoción en el andén cuando salió de la oficina donde se despachaban los billetes un pasajero que llegaba con retraso, cargado con una cartera y voluminosos paquetes, y ayudado por el jefe de estación y por un maletero. El comandante pudo vislumbrar unas maletas maltrechas y el rostro flaco y los ojos enfurecidos de «el amigo de Parnell», que pasaba laboriosamente por delante de la ventanilla. Pero el anciano subió en un compartimento de tercera y el comandante no le volvió a ver. Recordó, sin embargo, haber oído el estruendo lejano de una violenta discusión a última hora del día anterior cuando estaba sentado con el regazo lleno de gatitos en el bar Imperial: el tono áspero y furioso de Edward se filtraba a través de las paredes y las tablas del suelo en el silencio de la noche. No había duda de cuál era la razón de su partida.

El sol brilló con firmeza toda la tarde sobre hojas de un verde lechuga. El comandante iba sentado junto a la ventanilla abierta en un ensueño grato, permitiendo que el viento le agitara el pelo, captando de vez en cuando un aliento de hierba cálida o la humedad fresca de algún riachuelo burbujeante. Pronto la calidez le adormeció y sus pensamientos se escabulleron en el corazón de aquella tarde dorada. Medio dormido, con la luz del sol inundando como oro fundido el suelo del compartimento, con el humo azul de su pipa girando aquí y allá en la brisa, se permitió por fin relajarse y se sintió en paz. Lentamente, el sentimiento de paz se disolvió. Bajo las sombras de sus párpados cerrados se arrastraron hacia él a través de un paisaje desolado figuras andrajosas, pálidas y mudas.

El sábado, el día reservado para la celebración de la «Paz» en todo el imperio, las calles de Dublín estaban llenas desde muy temprano. En los últimos tres días el comandante había visto cómo los grises edificios de la ciudad se llenaban de color con las banderas que colgaban de las ventanas y los arcos de banderitas que cruzaban las calles principales. En Sackville Street, ondeaban en las paredes en ruinas de la Oficina Central de Correos la bandera inglesa, la de Estados Unidos y la italiana; en

lo alto de Trinity College ondeaba otra bandera inglesa inmensa mientras que de los bancos y de las agencias de corredores de bolsa que se alineaban en College Green colgaba un espeso tapiz de estandartes. Era allí, delante del Banco de Irlanda (en cuyo tejado había ya muchos soldados de guardia), donde se había instalado el palco del virrey bajo un dosel rojiblanco rodeado de bastones de mando de punta dorada. En aquel estrado harían más tarde aparición el virrey, su estado mayor y diversos funcionarios del gobierno; al otro lado de las verjas, en el patio del banco, se habían construido otras dos tribunas de madera para los heridos, con el fin de que pudieran disfrutar sin obstáculos de aquella representación histórica. Junto a ellos se habían reunido grandes bandas de música, cuyos instrumentos resplandecían con la luz del sol.

Aunque Edward, fiel a su palabra, le había conseguido una habitación con una ventana que daba a Dame Street (lo que le proporcionaba una vista espléndida de la ruta que seguiría el desfile), poco después de las once el comandante se sintió inquieto y salió a la calle. Las ventanas y balcones de College Green estaban llenos de rostros expectantes. Damas y caballeros se habían amontonado en el tejado de Trinity College. La gente se aferraba a los parapetos o se abrazaba precariamente a los sombreretes de las chimeneas. La estatua del rey Guillermo, caballo y jinete, estaba festoneada de patriotas. Escarapelas rojas, blancas y azules o banderas británicas en miniatura brillaban en todas las solapas mientras el comandante se abría paso entre la excitada multitud.

Por entonces sólo los puestos más importantes de la tribuna del virrey continuaban vacíos. En cualquier momento empezaría la representación, la apoteosis triunfal de la lucha del imperio por la Paz. Un muchacho había subido gateando por uno de los postes del tranvía y gritaba histéricamente, señalando hacia cuatro automóviles que llegaban de Westmoreland Street. Pasó rápidamente un coche abierto con un cargamento de hoscos policías. El comandante sólo consiguió captar un atisbo de un segundo automóvil mientras estallaba un griterío tremendo. ¡Él había llegado!

El comandante se puso de puntillas (afortunadamente era más alto que todos los que le rodeaban) y estiró el cuello hacia delante para ver por entre el bosque ondulante de gorras y sombreros. La densa multitud que había junto a las verjas del Banco de Irlanda se agitaba violentamente. Se veía a un grupo numeroso de guardias de asalto abriendo paso al recién llegado, que aún permanecía invisible. Muy apagadamente, por debajo de los constantes vítores, el comandante pudo apreciar un repique de tambores; las bandas de música estaban tocando *Dios salve al rey*. Y él aún no había aparecido. Tan espesa era la multitud, tan grande su entusiasmo por disfrutar de un atisbo de la celebridad que estaba efectuando su lento y digno paso por el túnel de manos que se agitaban y se cogían, que el comandante tenía que abrirse camino a través de ellos a la fuerza y brutalmente. Porque a él no se le podía tocar: eso estaba claro. Podría situarse en la ruta del gran hombre un asesino, que



podría sacar de pronto un revólver y apretar rápidamente un gatillo. ¡Qué gran golpe para el Sinn Féin! Pero aquel remolino de cabezas que se agitaba violentamente casi había llegado ya a las escaleras que subían a la tribuna del virrey, que aparecería en ella de un momento a otro a la vista de todos.

¡De pronto, estaba allí! Los vítores crecieron hasta convertirse en un torrente atronador. Pequeño y gordito, fiero y digno con sus resplandecientes botas de caballería, el bastón bajo el brazo, lord French de Ypres avanzó hasta el centro de la tribuna virreinal unos pasos por delante de los altos oficiales de su estado mayor, que caminaban tras él lánguidamente. Por un momento, mientras él agradecía con un gesto firme el delirante vitoreo de la multitud, su bigote pálido y tupido llameó en la claridad del sol («Desde luego esa cabeza —pensaba el comandante—, es demasiado grande para esos hombros redondeados y ese cuerpecito atildado»). Luego, tras saludar a los representantes del gobierno, se dispuso a presidir el desfile. Entre tanto el comandante se había dado la vuelta y se abría paso de nuevo a través de la multitud camino del hotel Jury.

Ya doblaban la esquina de Castle Yard y subían por Dame Street los primeros contingentes. Primero llegó la policía montada, hombres con rostros de granito sobre soberbios caballos caracoleantes; cuando el comandante conseguía acceder a la entrada atestada del hotel se elevó en el aire un gran vitoreo que les daba la bienvenida por su llegada ante la tribuna del virrey. El vestíbulo del hotel estaba desierto. Todo el mundo estaba o en la calle o en algún lugar estratégico con buenas vistas de alguno de los pisos superiores. Pero cuando el comandante subía las escaleras, sin prisas, hacia su habitación, estuvo a punto de chocar con un caballero que bajaba muy apresurado. Miró al comandante y luego gritó: «¡Hombre, qué golpe de suerte! He estado buscándole por todas partes». Era Chico O'Neill, con los ojos extraviados y en un estado de gran excitación.

—Edward me dijo que tenía usted una habitación con buenas vistas. No le importa, ¿verdad? Desde la calle no se ve nada. Dejé a las señoras arriba en el rellano. Deprisa, nos lo perderemos todo.

La señora O'Neill y Viola, que parecían cansadas y bastante enfadadas, estaban de pie junto a una ventana totalmente ocupada por un grupo de extasiadas señoras, todas ellas muy gordas. Se alegraron mucho cuando vieron al comandante.

El comandante abrió la puerta de su habitación y se apartó para dejar pasar a las señoras. Sin embargo, Chico O'Neill las empujó hacia un lado, entró, cruzó rápido la habitación y abrió violenta y ruidosamente la ventana. La habitación se llenó del gemir de las gaitas, que fue disminuyendo gradualmente al alejarse camino de College Green.

—Los guardias irlandeses —gruñó O'Neill—. Nos perdimos a los gaiteros. —Estiró el cuello hacia la calle—. Aquí vienen los desmovilizados.

Mientras su padre y su madre miraban ávidamente hacia abajo a las tropas que pasaban y recitaban los nombres de los regimientos (el Irlandés Real, los «Skins», los

Fusileros Reales Irlandeses, los Guardias de Asalto de Connaught, los Fusileros de Leinster, los de Munster), Viola O'Neill, que se había colocado en otra ventana con el comandante, no paraba de volverse para dedicarle sonrisas y miradas insistentes.

—¿Habrá tanques, comandante? —inquirió, abriendo mucho los ojos.

—Supongo que sí —respondió sombríamente el comandante.

—Estoy segura de que me moriré de miedo si los hay —continuó Viola, recorriendo con la punta de la lengua sus labios entreabiertos—. Quiero decir sólo de verlos.

—¡Un momento! ¿Son ellos? —aulló O'Neill, asomado a la otra ventana—. ¿Son ellos o no lo son?

Viola se asomó con fingido interés para ver qué era lo que estaba mirando su padre.

—No soporto las alturas —le aseguró al comandante—. Tengo miedo a caer si me asomo más.

Y su manita se deslizó en la gran zarpa del comandante, apretándola con firmeza. El comandante, muy alarmado, miraba fijamente hacia abajo, hacia los fusileros de Munster, que desfilaban risueños y garbosos. ¡La niña estaba coqueteando con él! Y era indudable que no tenía más de quince años. Aunque su cabello se hubiese liberado aquel día de las coletas y colgase en trenzas gruesas y brillantes, parecía en realidad más joven que en su encuentro anterior en el Patio de las Palmas del Majestic. ¿Y si los O'Neill mirasen de pronto hacia el interior de la habitación y le viesan cogido de la mano con su hija?

—¡Son ellos! —gritó desde fuera O'Neill—. ¡Son ellos! ¡Son los Dubs! Ya los veo.

El volumen de los vítores en la calle aumentó hasta convertirse en un estruendo ensordecedor al aparecer los fusileros de Dublín. Viola se retiró un poco hacia atrás, haciendo una mueca ante aquel ruido, y el comandante aprovechó la oportunidad para soltar la mano. Pero con el pretexto de mirar hacia la calle ella cambió de posición de manera que sus trenzas perfumadas le rozaron la barbilla. De su cuello desnudo ascendió un aroma a piel cálida. El comandante retrocedió rápidamente y se entregó con diligencia al encendido de su pipa. Y en el momento justo. Los O'Neill, roncós ya de tanto gritar, decidieron introducir de nuevo la cabeza en la habitación.

El desfile se prolongó durante otra hora, que al comandante le pareció una eternidad, por lo que se retiró y se sentó en un sillón con un periódico. Cuando por fin los O'Neill pudieron disfrutar de su primera visión de tanques y vehículos blindados (Viola se había quedado boquiabierta de emoción ante el espectáculo de aquellos monstruos arrastrándose por Dame Street y había implorado con sus encantadores ojos grises silenciosamente al comandante que la confortara) y el desfile se acabó, Chico se retiró saciado de la ventana y comentó crípticamente: «Esto debería hacer pensar un poco a esos tipos».

Su rostro parecía menos tenso y amarillento que cuando el comandante le había

visto en el Majestic y la actitud apática había sido sustituida por una energía nerviosa inquietante. Nunca se había sentido mejor, aseguró al comandante. Había encontrado un nuevo médico que le había hecho mucho bien. En realidad, se sentía un hombre nuevo. En su opinión los especialistas de Harley Street no valían nada. «Me siento un hombre nuevo», repitió categóricamente. Dicho esto, miró furioso a su alrededor, como si esperase que el comandante no estuviese de acuerdo con él.

Los O'Neill iban a pasar la tarde en Kingstown. Había dos barcos allí en el muelle, el *Umpire* y el *Parker*, que serían iluminados al atardecer como complemento de las hogueras y los fuegos artificiales. Iba a ser un espectáculo espléndido. ¿No querría el comandante ir también? El comandante, cuyo celo patriótico se había desmoronado una vez más en la apatía, rechazó la oferta. Dijo vagamente que tenía que ir a visitar a un conocido. Después de que se fueran los O'Neill cenó y salió a dar un paseo. Las calles aún estaban llenas de hombres y mujeres escandalosos y entusiastas de todas las clases sociales, muchos de ellos aún con banderas británicas o escarapelas. Pero ahora (o así le pareció al comandante, que no se sentía bien del todo) su entusiasmo había empezado a tener ya un aire de desconcierto. Se había celebrado la paz; habría que pensar ya en el futuro. Los bares estaban haciendo un negocio magnífico, llenos de gritos y de animación. Cuando pasaba delante de sus puertas abiertas aún se oía cantar lo mismo: *Tipperary* y otras canciones del primer año de la guerra. Para el comandante resultaban incongruentes y patéticas. Dublín aún estaba viviendo en el pasado heroico. Pero ¿cuántos de aquellos celebrantes habían votado en las elecciones al Sinn Féin?

El lunes por la mañana el comandante leyó en el *Irish Times* que el Día de la Paz había sido un éxito magnífico: «La sección de marineros y soldados desmovilizados reveló el espíritu de camaradería que prevalece en sus filas y el aspecto democrático de la vida militar. Hombres con chistera marchaban junto a otros que vestían su ropa de trabajo. Las polainas marcaban el paso junto a las botas de clavos». Había también un reportaje sobre cómo un ex fusilero de Dublín había desfilado por todo el trayecto desde el Castillo hasta St Stephen's Green con muletas. Cuando llegó al Green, le sangraban las palmas de las manos del roce. Al preguntarle por qué no se había retirado, contestó: «No, sabía que era mi último desfile y tenía que seguir mientras me quedase un soplo de vida».

Sólo a última hora del día se manifestaron los elementos alborotadores. Jóvenes que llevaban banderas del Sinn Féin y que cantaban *La canción del soldado* se habían concentrado delante de la Oficina de Correos de Sackville Street. Había habido unas cuantas escaramuzas antes de que llegase la policía a dispersarlos. Más tarde, ya de noche, una gran multitud había amenazado con tirar a un soldado al Liffey en el muelle de Ormond. Un sargento de policía acudió en su ayuda y recibió un disparo a quemarropa; estaba en el hospital, gravemente herido. Pero si se consideraba lo espléndida que había sido la celebración, la nobleza de las tropas que habían desfilado, el entusiasmo de las multitudes vitoreantes, tal vez aquellos incidentes

podiesen representar sólo un pequeño fallo en el edificio liso y majestuoso del Día de la Paz, un fallo que apenas resultaba visible para un hombre que tuviese una visión amplia de las cosas.

El comandante se enfrentaba ahora a la alternativa de abandonar a Angela y cruzar a Inglaterra o regresar a Kilnalough para asumir sus pesadas pero nebulosas responsabilidades con su prometida. Incapaz de decidirse a hacer una de las dos cosas, era igualmente incapaz de decidirse a hacer la otra. Así que por el momento seguía indeciso allí en Dublín.

Un día, cuando regresaba en tranvía de Kingstown, donde había pasado la tarde mirando los yates y sentado en los salones de té, se encontró de pronto en medio de un disturbio. El tranvía se había detenido al final de Northumberland Road justo al lado del puente del canal. Se había formado una densa multitud y los automóviles habían parado a ambos lados del puente. Todos los pasajeros estaban de pie intentando ver lo que pasaba. Impaciente por la dilación, el comandante decidió caminar y se abrió paso entre la multitud hasta el puente. De pronto sonaron disparos muy cerca y se produjo una convulsión en la multitud que le obligó a retroceder hacia el pretil. Estuvo a punto de caer, pero consiguió aferrarse al pretil e incorporarse. Al otro lado del canal había dos hombres de trinchera corriendo en dirección a los muelles. Tras ellos avanzaba pesadamente un individuo alto muy corpulento, sus movimientos obstaculizados por dos tablones de hombre anuncio que le llegaban hasta las rodillas; llevaba un revólver en la mano derecha. Detrás de la pared meridional del canal el comandante atisbó los uniformes caqui de soldados británicos. Una descarga de fusiles y el hombre anuncio se vio zarandeado por un viento invisible. Unos metros más allá se detuvo, alzó el revólver y disparó a los soldados que estaban al otro lado del canal; luego se apresuró de nuevo a alejarse. Más tiros de fusil. El hombre corpulento se vio zarandeado una vez más y luego corrió torpemente unos cuantos metros. Gritaba algo. Por entonces sus compañeros habían desaparecido. Y de pronto se desplomó dentro de las tablas del anuncio, se hundió lentamente hasta caer de rodillas y se quedó colgado allí, la cabeza inclinada, los brazos colgando, sostenido aún por las tablas, como un muñeco abandonado.

La multitud empezó a moverse de nuevo lentamente, cautelosa y anonadada, liberando al comandante. Éste avanzó unos cuantos pasos hasta que pudo ver lo que había detenido el tráfico del puente. Había un hombre viejo (bigote blanco, cara gris salpicada de escarlata) tumbado de espaldas, los ojos vueltos hacia arriba bajo los párpados de manera que sólo se veía la esclerótica. En la palma de su mano derecha, rodeado de largas uñas de marfil, había aún un reloj de oro, unido por una leontina al ojal de arriba del chaleco.

El comandante, conmovido, se abrió camino entre la multitud en dirección a Mount Street. El hombre grande aún seguía sostenido como un muñeco de trapo entre

los dos tablones del anuncio. El comandante estaba lo bastante cerca ya para leer en letras negras «¡SANTA MADRE DE DIOS, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES!». Las dos supuestas tablas del anuncio no eran de madera sino de hierro; el metal, con profundas muescas de balas, brillaba a través del papel roto. El hombre grande había estado utilizándolo como una armadura.

El comandante empezó a subir rápidamente por Mount Street. Las ventanas de las casas, grises y maltrechas, le miraban furiosas. La acera estaba salpicada de gotas escarlata. ¡Qué escarlata tan brillante! ¡Qué nueva parecía la sangre de un hombre viejo! No estaba en absoluto descolorida, agotada, disecada como el propio hombre. No tardó en llegar a Leinster Street y después de girar entró en College Park. De pronto todo estaba en paz; apenas se oían los automóviles y los carros que seguían desplazándose al otro lado del alto muro. Allí no había ningún peatón de gorra de tela que pudiese separarse de los otros transeúntes y preguntarte la hora. «Y cómo los reconoce uno —pensó—. No llevan uniforme. Son como espías. Habría que fusilarlos igual que a los espías. Tienen el mismo aspecto que cualquier otro. Es absurdo», pensó, caminando por la tranquila extensión de verde con cicatrices aquí y allá de los sectores pardos de los campos de críquet abandonados; era absurdo que en Irlanda se tuviese que matar a un viejo cuando estaba mirando el reloj. En época de guerra se mataba a ancianos inocentes, pero Irlanda era un país en paz.

Al día siguiente leyó una descripción del suceso. El anciano era un inglés, por supuesto, un oficial del ejército retirado que trabajaba en el Departamento de Inteligencia del Castillo de Dublín. Era viudo y vivía cerca de allí, en Northumberland Road. Cuando regresaba a casa de la oficina después del trabajo, un hombre que llevaba un tablón de anuncios le había abordado y le había preguntado la hora. Y alguien había oído decir a aquel hombre: «¡Pues entonces ha llegado tu hora!». Y tras decir eso le había puesto al viejo un revólver en la cabeza y había apretado el gatillo. Pero el asesino había tenido mala suerte. Un grupo de soldados ingleses acababan de registrar una casa al lado de la iglesia, en la esquina, y estaban alerta por si había problemas. El hombre anuncio había muerto sin decir su nombre. ¿Quién era? Nadie lo sabía. El asesino desconocido llevaba un tablón de anuncios con un mensaje religioso (el comandante lo oyó comentar entre risas en el Jury) porque se pensaba que los ingleses, protestantes, apartarían la vista del nombre de Nuestra Señora, y últimamente se paraba a tanta gente y se la registraba buscando armas...

El comandante leyó esta descripción en la prensa y al día siguiente encontró unas cuantas menciones más. Pero aunque se mencionase de pasada una o dos veces, el asesinato del viejo había sido archivado y aceptado. Era extraño, pensó. Un viejo es abatido en la calle de un disparo y al cabo de un par de días este acto insensato es al mismo tiempo normal e inevitable. Daba la impresión de que aquellos artículos de prensa fuesen cataplasmas aplicadas a inflamaciones súbitas de violencia. En un día o dos ya se había extraído de ellas todo el veneno. Se convertían en sucesos

accidentales del año 1919, inevitables, sin maldad, parte de la historia. El viejo tumbado en el puente con el reloj en la mano era una parte de la historia. Y así se forma (reflexionó el comandante, contemplando por la ventana de su cuarto el denso tráfico de Dame Street, los caballeros de bombín, las damas elegantes con sus vestidos abombados, los vendedores de flores y frutas, y las mujeres andrajosas con bebés en brazos y niños descalzos colgando de sus faldas pidiendo en la calle «Por el amor de Dios»..., «¡Por la santísima Virgen!»..., los relumbrantes automóviles, los rostros amistosos, los tálburis irlandeses con sus caballos cabeceantes y todas las demás cosas que no serían reseñadas) una partícula de la historia de este año. Un asalto a un cuartel, el asesinato de un policía en una carretera rural solitaria, un dirigible que cruza el Atlántico, el discurso de un hombre desde una tribuna, o cualquier otro de los actos accidentales, la mayoría violentos, sobre los que uno lee a diario: eso era la historia del período. El resto era sólo el «estar vivo» que es algo que toda época tiene que hacer.

Ese pensamiento debió de incomodarle, porque se dijo: «Me iré esta noche y volveré a Londres. Y luego quizá me vaya al extranjero y pase el invierno en Italia. —El tren que llevaba hasta el barco salía de Westland Row a las siete y diez. Estaría en Euston a las cinco y media de la mañana—. Tengo tiempo de sobra. Llamaré para que alguien se encargue de las maletas».

Pero en ese momento llamaron a la puerta. Era la camarera con su uniforme negro y su bata y su gorra blancas. Tenía un telegrama para él. Era de Edward para decir que Angela había muerto la noche anterior y que si podía volver a Kilnalough lo antes posible.

Con los ángeles. El comandante pensó en ella en el tren que le llevó de vuelta a Kilnalough. Pensó en el momento en que tomaron el té el día que él había llegado a Kilnalough unas cuantas semanas antes; de hecho, era su único recuerdo de ella. No tenía ninguno más. Y la verdad es que no pudo evitar sonreír con tristeza cuando recordó la fiera nostalgia de ella en la penumbra tropical del Patio de las Palmas.

Y ahora Angela se había ido para unirse a los antiguos poetas prerrafaelitas y a los exploradores de mirada firme que habían entregado sus envoltorios carnales (como suele decirse). Había ido a unirse a sus jóvenes remeros de Cambridge y Oxford muertos (era muy probable que figurasen entre aquellos miembros borrosos del monumento a los caídos de Edward) que habían bebido el champán de preguerra en sus zapatillas. Se había ido al lugar adonde va toda la gente famosa, y también las personas vulgares y corrientes en realidad.

«Me estoy muriendo —le había dicho a él— de aburrimiento», y hasta ese comentario recordado parecía carecer de patetismo o tragedia. Era casi como si se esperase encontrar «de aburrimiento» escrito en su certificado de defunción. «Bueno —pensó—, no pretendo reírme de ella, pobre chica. Debía de estar enferma ya». De

hecho, pensar en ella ahora le hacía sentirse triste, sentada allí en aquel claro pseudotropical de Kilnalough y muriendo «de aburrimiento», o tal vez de algo que le recordaba más dolorosamente la aspereza de la realidad, de lo transitorio de la juventud y de su propia mortalidad.

El comandante no llegó al Majestic hasta después de oscurecer y no le habría sorprendido que no hubiese nadie allí para recibirle. Sin embargo, cuando subió las escaleras de piedra y abrió la enorme puerta de entrada, vio que había en el vestíbulo un trémulo brillo de luz. No parecía funcionar la luz eléctrica, pero había un quinqué ardiendo tenuemente en la mesa de recepción y a su lado, dormido en una silla de madera, estaba el viejo sirviente, Murphy. Se sobresaltó violentamente cuando el comandante le tocó en el brazo y emitió un gemido de terror; era verdad que había algo extraño en aquella enorme caverna en sombras y el propio comandante sintió un receloso escalofrío mientras sus ojos se esforzaban por penetrar más allá del círculo de luz en las sombras más oscuras donde la imagen blanca de Venus parpadeaba como una aparición. Acercó el oído: Murphy estaba susurrando alguna información.

Edward, siguiendo instrucciones del doctor Ryan, se había retirado temprano, agotado. Vería al comandante por la mañana. Las gemelas, la señorita Faith y la señorita Charity, habían regresado antes de sus vacaciones, aquella misma tarde, para el funeral de su hermana que se celebraría al día siguiente a las once. Si el comandante quería comer algo, encontraría emparedados en el comedor.

Murphy cogió el quinqué y le condujo al comedor sin ofrecerse a llevarle la maleta. Pero el comandante era ya un veterano en el Majestic, así que la cogió sin un murmullo y se adentró por el pasillo en la estela de luz vacilante. Al cabo de muy poco rato ya estaba masticando cansinamente emparedados de pan bicarbonatado que contenían algún tipo de pescado; supuso que sería salmón. Sólo se oía el rechinar del viento, aparte de algún esporádico azote de la lluvia en los cristales de la ventana. Murphy se había ido con el quinqué y la única iluminación la proporcionaban los candelabros de plata de dos brazos que flanqueaban su plato de emparedados.

Le invadió una gran melancolía. Sentado allí en la mesa con el impermeable (que no se había molestado en quitarse) pensó en Angela y sintió lástima de ella, y sintió lástima también de Edward. Y, en realidad, pensando en el viejo muerto en el puente del canal, sintió lástima no sólo por los muertos sino también por los mortales vivos, había tan poca diferencia. Después de comer, bebió un vaso de cerveza y subió las crujientes y traidoras escaleras hasta la habitación que antes utilizaba. Estaba exactamente como la había dejado. No habían retirado las sábanas (¡gracias a Dios!). Y no habían hecho la cama. Se desvistió y se arrastró debajo de un generoso montón de mantas húmedas.

El día del funeral de Angela el sol brillaba esplendoroso. El comandante se despertó muy tarde, y cuando bajó a desayunar vestido con traje azul y corbata negra para la fúnebre ocasión, Edward había salido ya para la iglesia. También lo habían hecho las gemelas, al parecer. No había ninguna señal de ellas. Sólo quedaba Ripon,

que estaba pálido y muy afectado, y parecía incapaz de encontrar algo que decir. Cuando el comandante rechazó su oferta de llevarle a la iglesia, diciendo que prefería caminar, pareció aliviado.

—Angela tenía leucemia —le explicó en respuesta a su pregunta—. Creíamos que usted lo sabía.

—La verdad es que no, no lo sabía —contestó el comandante, pareciendo por el tono bastante enfadado. ¡Qué típico de los Spencer dejarle que lo descubriera solo!

Entró en el cementerio por una puerta lateral de hierro forjado que en algún período del pasado lejano habían dejado abierta tanto tiempo que se había oxidado de forma que ya no se podía mover, bordada como estaba con hilos verdes de hierba a la tierra que se había amontonado tras ella. En otros tiempos había tenido una inscripción en letras góticas tan ornamentadas que apenas se podía leer ya. «~~El señor~~...». ¿Mi pastor? El óxido había borrado por completo el resto del mensaje. «Mi defensa», quizá. Fuese lo que fuese yacía en oscuros copos en algún sitio entre la hierba.

Un poco más allá se encontró con un montón de tierra oscura fresca que le causó una conmoción desagradable al darse cuenta de que iba a ser allí donde sería enterrada Angela. Al pasar, fue incapaz de resistirse a echar un vistazo al fondo de la limpia trinchera rectangular a los lados de la cual los nudillos blancos de las raíces asomaban como nueces en una rebanada de pastel de frutas. Allá abajo, en el transcurso de un año o dos, aquellos finos dedos blancos crecerían de nuevo y envolverían la caja de madera aprisionando a aquella desdichada dama inglesa (pobre Angela, él estaba seguro de que sus pensamientos siempre habían estado volviendo como perrillos perdidos a lugares como Epsom y Mayfair, Oxford y Cowes) para siempre en suelo irlandés. Continuó luego adentrándose en la sombra de un azul intenso que proyectaba el campanario de la iglesia, una estructura tan modesta como las lápidas del cementerio y de la misma piedra granítica gris procedente de una cantera que había en la costa (Edward se lo había dicho una vez) a unos quince kilómetros de distancia. La iglesia, que era católica, estaba construida también con aquella piedra.

El comandante se deslizó en un banco de la parte de atrás y, acunado por el suave trinar, el estruendo y el rechinar de los pedales del órgano, cayó en un ensueño grato y confuso sobre un día que había ido de excursión antes de la guerra, y recordó cómo se había tumbado en una ladera un día de sol como aquél, la larga hierba aplanada por el viento. Había mucha paz allí.

Cuando alzó la vista por fin vio a Edward. Aunque su rostro era pétreo e inexpresivo debía de haber llorado unos momentos antes, porque su bigote normalmente erizado se había empapado y le caía hacia la barbilla; una gota de líquido que colgaba de él captó un rayo de luz al pasar y brilló como un diamante. Con Edward había dos chicas delgadas de vestidos negros idénticos y velos negros que apenas apagaban el brillo de sus rubios bucles. Allí estaban, altas y derechas, una



a cada lado de su padre, sus rostros encantadores, tristes y compuestos cuando empezaron a desplazarse por el pasillo al paso de Edward, que apoyaba un brazo sobre sus hombros y se tambaleaba ligeramente, como un boxeador profesional al que ayudan a salir del ring. Al final del pasillo le colocaron limpiamente en el primer banco, incluso le echaron un poco hacia delante para rezar, antes de arrodillarse ellas mismas e inclinar sus brillantes cabezas.

El servicio religioso siguió su curso. El sacerdote había empezado a hablar sobre Angela y era evidente que tenía dificultades no sólo para enumerar las cualidades de la difunta, sino incluso para encontrar algo que decir sobre ella. Un rayo de luz manchado de sangre se arrastró desde el cojín polvoriento donde se arrodillaba el comandante hasta la punta reluciente de su zapato. La piadosa hermana, estaba diciendo el sacerdote, de aquellas dos niñas encantadoras (y de..., de ese magnífico joven, añadió acordándose en el último momento). El pensamiento del comandante se deslizó hacia la colina peinada por el viento, con su olor a trébol y a tomillo silvestre. El modelo de la dama cristiana, gentil, firme y devota, a la que el Señor en su sabiduría inescrutable...

«Ay —pensó el comandante—, sabiduría inescrutable...». El hombre de cara gris yacía en la acera salpicado de escarlata con un reloj de oro entre los dedos. Adiós, Angela. Se esforzó por volver a la ladera peinada por el viento. Pero se quedó dormido antes de poder llegar allí. Le despertó casi instantáneamente el golpe de su himnario que se había cerrado solo y se le había caído entre las rodillas. El sacerdote estaba diciendo: «Cuando el Deber la llamó, ella respondió con firmeza y devoción...».

Antes de que terminase el día del funeral el comandante había vuelto a abandonar Kilnalough. Una hora o dos después de volver al Majestic con los demás que habían asistido al funeral llegó la noticia de que su anciana tía de Londres (que llevaba un tiempo con mala salud) se había puesto claramente peor. Su médico había decidido que era necesario avisar al comandante, que daba la casualidad de que era el único pariente vivo. Buscó a Edward, que andaba vagando por el hotel en una especie de doloroso aturdimiento, intentando eludir a las viejas damas que seguían brotando de las sombras para presentarle sus condolencias. Edward le apretó el brazo y dijo que lo entendía perfectamente. Lo cual posiblemente significase todo lo contrario, es decir, que pensaba que la tía agonizante del comandante era una ficción cortés. Pero el comandante no podía hacer nada respecto a eso: entrar en detalles habría empeorado aún más las cosas. Como había perdido el tren de la tarde se dio orden a Murphy de que le llevara en el coche de caballos hasta Valebridge, donde podría tomar un último tren que, con un poco de suerte, podría llevarle hasta Kingstown a tiempo para coger el barco.

Edward alzó su cabeza leonina y cuadró los hombros con esfuerzo.

—Angela me dio esto para usted. Unos cuantos días antes de que..., ya sabe...

El comandante miró el sobre y, aunque había sentido muy poco a lo largo de aquel día de corbatas negras, caras pálidas y voces apagadas (sólo quizá un vago temor, una tristeza sorda), la visión de su nombre escrito con aquella letra familiar, meticulosamente clara, le encogió de pronto el corazón. Y Angela estuvo, por fin, de verdad muerta.

—Será mejor que me ponga en marcha. Tengo que despedirme de Ripon y de las gemelas.

Las gemelas estaban en el estudio donde había un par de corpulentos caballeros de *tweed* confortándolas; era evidente que se habían resistido a quitarse los velos de un negro vaporoso que les sentaban tan bien y estaban sentadas en sendos sofás, pálidas y valerosas, los ojos brillantes y las esbeltas manos acariciadas por las zarpas peludas y ásperas de sus acompañantes. El comandante decidió no molestarlas (al fin y al cabo, no les había puesto los ojos encima hasta aquel día) y en vez de eso, mientras Murphy esperaba fuera con el coche, buscó por todas partes a Ripon.

No estaba en el Patio de las Palmas, ni en el comedor (donde algunos de los que habían asistido al entierro, pálidos pero con cara de hambre, se alimentaban muy serios con una colación fría), ni en la sala de huéspedes, ni en la de las damas, ni en el salón de baile, ni en el del desayuno, ni en la sala del café ni en la de armas. Se quedó parado en el pasillo, desconcertado, intentando pensar dónde podría estar. Subió hasta el bar Imperial, pero tampoco allí le encontró. Hacía tiempo que el comandante no había estado allí; había una nueva camada de gatitos retozando en el suelo, unos animalillos encantadores de un rojo anaranjado. La camada anterior había crecido considerablemente en su ausencia y había abandonado ya la alfombra cediéndola a los recién llegados. Dormitaban ahora en sillas polvorientas o se desplazaban entre las botellas de la barra con los ojos relumbrantes. El comandante aún llevaba la carta de Angela en la mano. La posó en la barra y se agachó a coger uno de aquellos gatitos anaranjados. Se debatió en su mano, maullando débilmente y le clavó las zarpitas en los dedos. Lo soltó con un gemido y miró el reloj. Tenía que darse prisa. ¿Dónde demonios estaba Ripon? Decidió como último recurso probar en la sala de billar.

Le encontró allí, disponiéndose a lanzar una navaja desde un extremo de la sala hasta el otro para intentar clavarla en los paneles de roble. Tenía la mano alzada para lanzarla cuando él cruzó el umbral.

—¡Ojo, cuidado!

—Ah, es usted. Se me ocurrió bajar aquí un rato. Todas esas viejas morbosas...

—Sólo quería despedirme. Tengo que volver a Inglaterra a ver a una persona de mi familia que se ha puesto enferma.

—Oh, comprendo —dijo, asintiendo y poniéndose la chaqueta y palpándose los bolsillos por alguna razón, ansiosamente—. No se lo reprocho, la verdad. Esto es horroroso, ¿no? Yo estoy pensando en intentar largarme también mientras la cosa está tranquila, antes de que el maldito barco se hunda, como si dijésemos. Por cierto, me

alegro de que haya venido porque quería hablar de un asunto con usted.

Por segunda vez en menos de diez minutos el comandante consideró la posibilidad de defender la inocencia de sus motivos, pero se lo pensó mejor.

—Bueno, no tengo mucho tiempo. En realidad, no tengo ninguno. Mire, he perdido el tren que sale de aquí y tengo que conseguir que me lleven a Valebridge antes de, veamos...

Miró el reloj.

—Se ha enterado de la noticia, me imagino —dijo Ripon, ignorando los comentarios del comandante—. Supongo que ya lo sabe todo el mundo.

—¿Qué noticia? —preguntó ansiosamente el comandante.

—Sobre Máire Noonan y yo. Estoy seguro de que la zorrilla de Sarah se lo habrá dicho.

—Sí, he oído algo. Pero mire, Ripon, no debe usted andar por ahí llamando zorras a las chicas de ese modo. ¡Lo digo en serio! Además, es una inválida, más o menos, si usted tuviera su incapacidad...

—Supongo que sabe usted que Máire es una comedora de pescado..., una católica...

—Sí.

—Así que tarde o temprano va a haber una pelea endemoniada. O tal vez debería decir una pelea *santa*. Y justo en el momento en que resulta menos oportuno, ¿sabe?, con lo de la pobre Angela y demás..., pero el viejo Noonan ha estado presionando, ¿comprende?, y hay que hacer algo —Ripon hizo una pausa y lanzó la navaja violentamente hacia los paneles de roble—. Por cierto, ¿podría usted prestarme diez libras?

—No.

—Con cinco bastaría.

—No.

—En realidad da igual, por supuesto, si anda usted escaso de dinero.

—¿Por qué ha estado presionando el señor Noonan?

—Es ese asunto católico. Cree que yo tal vez no vaya a... Bueno, todo se reduce, en realidad, a que él quiere que yo lo haga público y lo principal es...

—¿Que se lo diga usted a su padre?

Ripon asintió sombríamente.

—Bueno, yo estoy convencido de que todo saldrá bien. Por lo que he oído los Noonan son bastante ricos. No veo por qué Edward tendría que poner ninguna objeción real una vez que sepa que va usted en serio.

—Es ese estúpido asunto religioso, comandante. La cuestión es que yo me he dedicado a ir a ver al viejo sacerdote católico para lo que ellos llaman «instrucción» (son tremendos en lo de atenerse a las normas). No fue idea mía, puedo asegurárselo. Insistió en ello el viejo Noonan. No son más que tonterías, en realidad. Quiero decir, para mí, francamente, no hay demasiada diferencia en que nos casemos en un sitio o

en otro, eso es un asunto que no me preocupa lo más mínimo. El problema es que Él se va a poner furioso cuando se entere del asunto..., y si quiere que le diga la verdad, no sé muy bien qué hacer —hizo una pausa, evitando la mirada del comandante—. La cosa es que yo tenía bastantes esperanzas de que usted pudiese hacer algo para ayudarme... tener una charla con Él y eso.

—¡Oh, vamos! Eso es imposible, Ripon. Mire, tengo una prisa horrible en este momento y no puedo permitirme perder ese tren, francamente (este asunto de mi tía es absolutamente cierto, puedo asegurárselo). Si quiere usted que le aconseje me encantaría ayudarle en lo que pueda; mire, le daré mi tarjeta y puede usted ponérmelo todo por escrito.

Ripon cogió la tarjeta del comandante y la miró sin optimismo.

—Si hablase usted con Padre, quizá no se lo tomaría tan mal. Si usted le explicase que no es el fin del mundo y todo eso. Sé que a usted le respeta. Me temo que si se lo digo yo no escuchará.

—Lo siento, pero es imposible —repitió el comandante, que empezaba a ponerse nervioso—. Y no puedo perder de ninguna manera ese tren, como seguro que sucederá si sigo aquí más tiempo hablando. Así que, bueno, yo sólo quería despedirme. Estoy seguro de que al final todo saldrá bien. Adiós, Ripon.

Y el comandante echó a andar a toda prisa por el pasillo sin mirar atrás, subió las escaleras de tres en tres, atravesó la sala de huéspedes, atajó por la *orangerie* y emergió al lado de la estatua de la reina Victoria, donde estaba esperándole Murphy con el coche.

Cuando llegaron al último punto del camino que ofrecía una vista del edificio, el comandante miró hacia atrás, contempló aquella masa gris almenada que se alzaba como una fortaleza entre los árboles.

—¡Pare, Murphy! —gritó de pronto. Acababa de acordarse: ¡se había dejado la carta de Angela en el bar Imperial!

El viejo criado tiró de las riendas y se volvió despacio a mirar al comandante, descubriendo en un rictus espectral sus dientes descoloridos. ¿Era el esfuerzo de frenar al caballo lo que le daba ese aspecto o se estaba riendo odiosamente? El comandante contempló fascinado el cráneo sin carne y los ojos hundidos del anciano.

—Es igual. Siga o perderemos el tren —y pensó: «Conseguiré que Edward me la envíe. A estas alturas no puede contener ya nada que sea muy urgente, en realidad».

---

#### EN ALABANZA DEL BOXEO

La última línea de defensa de un hombre son sus puños. No hay ningún deporte, ni siquiera el críquet, que sea más esencialmente inglés que el boxeo. Wilde es un héroe nacional porque ha demostrado que en ese gran deporte que es nuestro, y es ahora propiedad del mundo entero, aún podemos producir un campeón cuando se trata de un combate. No hay deporte en el mundo que exija una vida más limpia. No hay un deporte más natural. La astucia ruin no ayudará, pero un cerebro limpio y rápido, un cuerpo resistente y un entrenamiento perfecto llevarán lejos a un hombre.

---

El comandante se encontraba ya sentado junto al lecho de su tía enferma en Londres y no de muy buen humor. Había llegado enseguida a la conclusión de que su tía estaba menos enferma de lo que se le había inducido a creer, lo que le irritaba y le hacía sospechar una conspiración entre aquella anciana solitaria y su médico (había sido el médico el que había enviado el telegrama reclamando su presencia). Y aunque al cabo de unos cuantos meses su tía cumplió con lo anunciado y se murió, el comandante no fue nunca capaz de desprenderse del todo de la leve irritación que había sentido al verse recibido por una tenue sonrisa y no por los estertores de la muerte, después de subir corriendo una escalera maravillosamente pulida (todo parecía tan limpio después del Majestic) bajo retratos sombríos intensamente barnizados de parientes lejanos difuntos, e irrumpir en el dormitorio de su tía. De todos modos se sentó al lado de la cama con la mano moteada de flácida piel de su tía en la suya y murmuró, bastante irritado: «Te pondrás bien, *por supuesto*... Son todo imaginaciones tuyas». Pero, incluso mientras la consolaba, sus pensamientos volvían muy a menudo a Edward. «Si me hubiese quedado un poco más —pensaba—, podría haberle confortado y calmado y le habría hecho razonar en lo de Ripon y su novia. Al fin y al cabo, no es tan grave». Pero sabía instintivamente que las posibilidades de incompreensión mutua entre Edward y Ripon eran prodigiosas, y seguía cavilando sobre ellas mientras llevaba un vaso de verbena a los labios un poco quejumbrosos de su tía y le ordenaba bruscamente que bebiera un sorbo. A decir verdad, se sentía más bien como un hombre que ha salido de una casa empapada de petróleo dejando una vela encendida sobre la mesa.

Allí estaba él, en Londres, y nadie parecía estar muriéndose. ¿Qué iba a hacer allí en realidad? El médico daba la impresión de que le eludía últimamente y cuando se encontraban adoptaba una actitud exculpatoria, como dando a entender que, en realidad, no era culpa suya. Pero al final llegó el día en que el médico, con una nueva seguridad, le informó de que su tía había tenido una hemorragia grave durante la noche. Y hasta su propia tía, aunque pálida como el papel, pareció complacida. La noticia perturbó al comandante, porque le tenía cariño a su tía y, en realidad, no quería que muriese, por mucho que pudiese desear que dejara de ser una molestia. Sin embargo, a pesar de la hemorragia, su tía siguió sin mostrar ningún indicio de que fuese a pasar «a mejor vida» (como ella aludía al asunto sin ninguna esperanza cuando, por falta de otro tema que pudiese interesar a ambos, se embarcaba, cosa frecuente, en conversaciones que empezaban: «Todo esto será tuyo, Brendan...»).

Las noticias de Irlanda eran insulsas y deprimentes: un ataque esporádico a un policía solitario o un asalto a un cuartel mal emplazado para conseguir armas. Si no se vivía realmente en Irlanda (como el afortunado comandante, que no vivía allí), ¿por qué iba a despertar interés este asunto, cuando al mismo tiempo negros y blancos estaban luchando, por ejemplo, en las calles de Chicago? Eso atraía con mucha más fuerza la

imaginación del comandante. A diferencia de los disturbios irlandeses se sabía instantáneamente de qué lado estaba cada uno. En los disturbios raciales de Chicago se utilizaba la piel como uniforme. Y no se aplicaban las tácticas arteras que utilizaban los fenianos, las emboscadas y los asesinatos chapuceros. En Chicago la violencia era una violencia desnuda, una expresión directa del sentimiento, no de una tradición patriótica remota y dudosa. Los blancos sacaban a rastras a los negros de los tranvías; los negros disparaban fusiles desde tejados y callejas; un automóvil lleno de negros recorría las calles de un barrio blanco con sus ocupantes disparando fusiles promiscuamente. Y Chicago era sólo un fragmento de la competencia con la que Irlanda tenía que lidiar. ¿Qué decir de la terrible conducta de los bolcheviques? Los atroces asesinatos, las violaciones, las humillaciones de damas y caballeros respetables. A finales de 1919 casi no pasaba un día sin la descripción por parte de un testigo ocular de tales horrores, confiados a la prensa por algún viajero que había vuelto y que había conseguido salvar la piel. Y la India: la frontera del noroeste... Amritsar... Nada tenía de extraño que cuando la vista del comandante llegase a las noticias de Irlanda tuviese el paladar saciado con carne más ensangrentada y reluciente. Lo habitual era que volviese al críquet para ver si Hobbs había hecho otra centena. Luego la temporada de críquet llegó a su fin. Ocupó su lugar un otoño deprimente y lluvioso. Pronto sería Navidad.

Un día recibió un telegrama. Para su sorpresa lo firmaba SARAH. Decía: «NO LEA LA CARTA DEVUÉLVALA SIN ABRIR». El comandante aún no había recibido ninguna carta y esperó con impaciencia a que llegase. A la mañana siguiente tenía una carta en la mano y se daba golpecitos con ella en las yemas de los dedos de la otra. Tras un breve debate consigo mismo la abrió.

No tenía ninguna razón para enviarle una carta (escribía Sarah) y él no tenía que leerla si no quería hacerlo. Pero estaba en la cama de nuevo con «una enfermedad innombrable» y tan aburrida que era para echarse a llorar, literalmente («a veces rompo a llorar sin absolutamente ningún motivo») y, además, se le había llenado la cara de manchas, hasta el punto de que parecía «un leopardo» y se había puesto tan fea que los niños pequeños escapaban llorando si la veían en la ventana y nadie iba a verla nunca últimamente y ya no tenía ninguna amiga después de la muerte de la pobre Angela y (eso le recordaba) por qué él no había ido a saludarla el día del funeral de Angela..., al fin y al cabo, ella (Sarah) no mordía, pero luego había supuesto que él estaba demasiado encumbrado y era demasiado poderoso para permitir que le viesan hablando con gente como ella y de todos modos probablemente no pudiese entender su letra porque estaba escribiendo en la cama, con los dedos «medio congelados» y rodeada de bolsas de agua caliente que sólo servían para hacer crujir sus «pobres dedos de los pies», que estaban prácticamente congelados de todos modos..., y además, además, estaba absolutamente aburrida sin nada que pudiese distraerla y en Kilnalough no había sencillamente nada que hacer, absolutamente nada, y ella desde luego se escaparía si pudiese (cosa que, claro está, no podía hacer,

siendo como era además una «pobre y miserable inválida»... y muy aficionada a compadecerse de sí misma y a disfrutar con ello, como estaría pensando él seguramente)...

Pero bastaba ya, no había nada interesante que decir sobre ella misma. El comandante debía estar queriendo enterarse de lo que estaba pasando en Kilnalough y en el Majestic y la respuesta a eso era... ¡¡¡Peleas!!! Edward Spencer desafiando (prácticamente) al padre O'Meara a un duelo por asociación improcedente con Ripon. El bueno del señor Noonan amenazando con azotar al joven cachorro (ése era Ripon) si no dejaba de comportarse de forma irresponsable y desconsiderada con Máire (¿se acordaba el comandante de aquella chica gorda como un pudin con la que la había encontrado un día en la calle?) y demostraba si era un caballero o qué era, en realidad, Dios santo... Y en cuanto a lo que *eso* pudiera significar, las conjeturas del comandante eran tan buena como las suyas... Sólo que a nadie le sorprendería enterarse de que el pudin gordo antes mencionado estuviese embarazada de trillizos por el joven cachorro. Y para empeorar las cosas aún más el padre O'Meara estaba amenazando con demandar a Edward por algo que le habían hecho las gemelas, ella no sabía exactamente *qué* pero intentaría descubrirlo y comunicárselo. De todos modos, era indudable que iban a suceder cosas aún peores.

Sin embargo, estaba bastante segura de que aquellos asuntos provincianos difícilmente le interesarían ahora que estaba otra vez en la gran ciudad... ¿Era verdad que en Londres hasta los caballos llevaban zapatos de cuero? Estaba sólo bromeando, por supuesto. Los ingleses (es decir, «el enemigo») eran tan estirados que no podía uno arriesgarse nunca a hacer un chiste por si se lo tomaban en serio.

¿Se había enterado el comandante del acontecimiento más reciente, que Dios la perdonase (de hecho, Dios perdona a todo el mundo), que había estado sucediendo justo delante de sus narices durante todo aquel tiempo?... Uno de los empleados de su padre, un muchacho del campo de cara rojiza, con unas nociones de «matemáticas», se había atrevido, había incurrido en la temeridad, había tenido la caradura de llegar al extremo de, a pesar de las manchas que tenía en la cara (lo que venía a demostrar el estómago de acero que tenía la gente del campo), nada menos que *¡enamorarse de ella!* ¡Sin pedirle permiso siquiera! Él, el comandante, debía estar sin duda tan asombrado como estaba ella de que aunque se tratase de un muchacho del campo que no sabía más que de vacas (y que olía él mismo como un corral) pudiese tener el juicio tan extraviado como para considerar la posibilidad de casarse con una «inválida total» como ella.

ÉL: «¿Saldrá a pasear conmigo, señorita Devlin?».

YO: «¿Cómo voy a poder, campesino zoquete, si no tengo piernas?».

Y ahora cada vez que salía de casa se encontraba a su «pretendiente rural» saludándola con una reverencia y poniéndose colorado como un tomate maduro y todo el asunto era claramente asqueroso y repugnante. Tenía que haber algo que no funcionase bien (además de lo que saltaba no sólo a la vista sino también al olfato) en

alguien que quisiese casarse con una persona como ella antes que con una de los millones de chicas que podrían batirle la mantequilla y lavar la ropa y amasar el pan y tener un diablillo al año como una gallina que pone huevos desde el amanecer hasta la caída del sol sin un parpadeo siquiera. ¿Y qué pensaba en realidad el comandante de una cosa así? ¿No hacía bien ella en considerar todo el asunto un disparate? Pero lo peor estaba aún por llegar.

Era increíble, pero el «pretendiente rural» había tenido la temeridad de acudir al señor Devlin con su «proposición bovina» y había inquirido incluso sobre la posibilidad de una pequeña dote que endulzase el trato, un par de novillas y un poco de dinero tal vez, o un par de cerdos y unas cuantas gallinas viejas y luego a lo mejor, más adelante, una pequeña participación en el banco (que parecía que era algo así como una granja para cultivar dinero) y etcétera, etcétera. ¡Con multitud de sonrojos y aquellos pantalones que le colgaban como sacos de patatas en un espantapájaros! ¡Y lo peor aún estaba por llegar!

Aunque pudiera parecer increíble, su padre, en vez de reírse de las pretensiones del joven destripaterrones respecto a la mano de su bella hija, dándole un tirón de orejas y mandándole de nuevo a garrapatear en sus libros contables o lo que hiciese (alimentar la caldera por lo que ella sabía), había dicho que, qué demonios, dadas las circunstancias, uno hacía bien en tratar todas las propuestas con una consideración seria y aunque, por supuesto, nunca ocurriría que «tu madre o yo» influyesen en ella en ningún sentido, parecía, sin embargo impropio despedir con cajas destempladas a los muchachos adecuados, fuesen del campo o no (al fin y al cabo, se les podía acicalar y urbanizar para que cumplieran con las normas poco exigentes de Kilnalough), sin haberles dado una oportunidad. ¡El comandante difícilmente podría creerlo, pero aún estaba por llegar lo peor!

El «pretendiente bovino», considerablemente alentado por la actitud del señor Devlin, había dado en apostarse junto a la puerta siempre que ella salía, y la saludaba con guiños familiares, llegando incluso a aproximarse a ella lo bastante como para sugerir que debería tocarle «una pequeña melodía» en su piano o, incluso, considerando sin duda efectuada la conquista, había emplazado una mano como una langosta gelatinosa en su «bello y encogido hombro», murmurando que debería otorgarle «un abrazo». Naturalmente, había recibido una severa reprimenda por su atrevimiento. Sin embargo, se había mantenido allí, risueño y colorado (el sonrojo, comprobó, era permanente), y en absoluto intimidado. ¿Qué pensaba el comandante de su problema? ¿No estaba de acuerdo en que sería mejor aceptar los rigores de la soltería y de la penuria («Tu madre y yo no estaremos siempre aquí para cuidar de ti, ¿sabes?») antes que someterse a un destino tan grotesco? En realidad, su único apoyo en el asunto había llegado de una fuente completamente inesperada, a saber: el increíblemente anciano e insoportable doctor Ryan, al que ella siempre había considerado su «archienemigo». Él le había dicho claramente a su padre que preferiría verla casarse con un gorila del zoo de Dublín que con el arriba mencionado



Casanova campesino y que si llegaba a oír mencionar el asunto de nuevo, haría cuanto estuviese en su mano para que todos sus pacientes de Kilnalongh trasladaran su dinero a algún otro banco. Así que por el momento había un armisticio. Pero ¿por cuánto tiempo? Cuanto más pensaba su padre en el asunto, más quería casarla. Así que no tenía nada de particular el que hubiese caído víctima de su «enfermedad innombrable». Tal vez se marchitase sin más, como la pobre Angela, y lo más probable era que a nadie le importase. Al comandante, estaba segura, no le preocuparía lo más mínimo.

Y ¿quién sabe? Quizá sus padres tuviesen razón. Tal vez no hubiera ninguna diferencia real entre un hombre y otro. Al fin y al cabo (se sorprendía pensándolo a veces, aunque tales pensamientos fuesen pecaminosos), ¿somos tan diferentes de los animales? Y los animales dan mucha menos importancia a tales asuntos.

Por cierto, se le había olvidado mencionar una cosa curiosa sobre el «pretendiente rural» (que se llamaba, por cierto, Mulcahy): llevaba en la solapa un sencillo aro de oro. Ella le había preguntado qué significaba. «*An Fáinne*», había contestado. Oh, ella tenía ojos en la cara, le había dicho con impaciencia. Pero lo que quería saber era *para qué* era. Oh, ¿así que ella «tenía el irlandés»? Sólo un poco, había admitido ella, no queriendo estimular su respeto. Bueno, era como un círculo para la gente que hablaba irlandés, le había explicado, para que pudieran reconocerse entre sí por el anillo y hablar entre ellos en irlandés en vez de en la lengua del extranjero. Tenía un círculo, al parecer, un grupo de muchachos y muchachas deseosos de perfeccionarse en el idioma ancestral de Irlanda, se reunían en un lugar aislado, en una cabaña de las profundidades del campo, que era un sitio donde se podía hablar irlandés desde la mañana hasta la noche. ¿Había oído alguna vez hablar el comandante de una idea tan maravillosa? Ella tenía que admitir que eso era un punto a favor de Mulcahy (por supuesto, el único). Le había propuesto incluso a *ella* que se uniese al círculo (aunque sus motivos eran sin duda impuros). Así que el «pretendiente rural», aunque no valiese nada, aunque fuese inaceptable, había logrado anotarse al menos un pequeño tanto a su favor.

Unos cuantos días después ella había conocido a un joven inglés, un oficial del campamento de Curragh que estaba pasando unos días con un tío suyo, y le había explicado la idea de aquella gente que hablaba entre ella en irlandés. «¡Qué excéntrico! —había exclamado—. ¡Qué maravilla! ¡Qué original!». Y le había hablado de un club al que se había apuntado él en Oxford especializado en intentar establecer contacto con duendes de casas encantadas.

Ay, pero el comandante no debía de sentir ningún interés por todos aquellos chismes insulsos de provincias porque estaba en Londres, en el centro mismo de las cosas, en el centro mismo del imperio, ¡y hasta de la «Vida»! Ella había abusado de su buen carácter divagando tanto tiempo sobre sí misma y sus propios problemas mezquinos. El comandante debía de pensar de ella lo mismo que pensaba ella del aspirante bovino a sus afectos, Mulcahy. Y además, además, tenía los dedos tan fríos

que estaban prácticamente «desprendiéndose de las manos», las bolsas de agua caliente eran pedazos de hielo a su lado, el tintero estaba helándose también y la habitación estaba tan fría que cada vez que alentaba el papel en el que estaba escribiendo desaparecía en una nube de vapor. El tiempo era horroroso, frío y húmedo hasta lo increíble, y los días tan oscuros que había que encender la luz de gas para leer un libro o coser incluso a mediodía. Qué desgracia, debía de estar pensando el comandante, ser una irlandesa, estar viviendo en Irlanda, vivir toda la vida en Irlanda bajo la lluvia incesante y la desesperación del invierno y el aburrimiento, ¡el aburrimiento! Pero no, ¡estaba *contenta* de ser irlandesa y él podía pensar lo que quisiera! Ella, sin embargo, pensaba en él con afecto y seguía sinceramente suya.

Después de leer esto, el comandante se levantó y luego se sentó otra vez. Dio vuelta al voluminoso montoncito de hojas arrugadas de la carta. La cafetera se había enfriado en la mesa del desayuno. «Bueno —pensó—, qué carta tan notable. Tengo que contestarla inmediatamente».

Así que, ignorando los gritos apagados de su tía en el piso de arriba, escribió una respuesta larga y un poco delirante, como si también él tuviese fiebre, fuese apasionado y vehemente, estuviese atrapado en las garras del aburrimiento y rodeado de bolsas de agua caliente heladas. Venía a decir en su carta que incluso con manchas (y no podía creer que fuesen tan horrorosas como ella afirmaba) nadie más que ella misma podría considerarla ni por un instante fea. Que era, ay, muy natural el que la mariposa se sintiese atraída por la llama, que el «pretendiente rural» se quedase embobado con sus encantos (por no mencionar otros jóvenes); sin embargo, estaba de acuerdo con el doctor Ryan (el «vejstorio senil», como le llamaba Ripon) en que, aunque Mulcahy fuese sin duda un muchacho espléndido, sería una vergüenza desperdiciarla a ella con alguien tan poco capaz de apreciar su cultura, su refinamiento y su inteligencia. ¿No tenía ningún pariente en Londres con el que pudiese estar una temporada con vistas a estimular «un *heureuse* reencuentro», como decían los franceses, con un joven digno de ella? Si no lo tenía, era indudable que debía ir e instalarse con él, debidamente acompañada, por supuesto. Para él sería un placer hacer todo cuanto pudiese por salvar del cerdo irlandés aquella perla «cultivada».

Mientras tanto ella debía escribirle y contarle todo lo que estaba pasando en el Majestic. Y debía escribir inmediatamente. Estaba sobre ascuas. Las pequeñas y hambrientas ratas de la curiosidad andaban mordisqueándole los huesos. En cuanto a Londres, aunque era sin duda alguna el centro del imperio, no era más el centro de la «Vida» que, por ejemplo, Chicago, Amritsar o Tomboctú..., porque la «Vida» era igual y coetánea en todas partes, pese a que durante el invierno en Kilnalough podría disculpársele a uno si pensaba que sus fuegos ardían muy lentamente y hasta muy poca cosa..., y sobre todo si daba la casualidad de que uno estaba en la cama con una

enfermedad innombrable.

Tras esto, selló rápidamente la carta con los labios secos y la echó al correo. Luego se sentó con impaciencia a esperar la respuesta. Pero pasaron los días y no llegaba ninguna respuesta.

---

Despachos de Fiume de esta mañana aseguran que la expedición de Gabriele D'Annunzio ha conseguido superar las expectativas más optimistas de los que participaban en ella. A lo largo de su marcha fueron uniéndose al poeta contingentes militares que abandonaron sus campamentos. Él instó a los comandantes aliados y a las tropas a que se retirasen... El comandante italiano, general Pittaluga, intentó inmediatamente frenar el avance, pero fue en vano. Envió soldados para que cortaran el paso a los de D'Annunzio y les ordenaran detenerse y no entrar en la ciudad, pero sus propios hombres fraternizaron inmediatamente con los del poeta y se abrazaron entre ellos. El general envió por dos veces diecinueve vehículos blindados con ametralladoras, pero se pasaron también inmediatamente a las filas de D'Annunzio. Luego se produjo una escena espectacular. El general Pittaluga, con su último destacamento, fue a cortar el paso a D'Annunzio en el momento en que éste entraba en la ciudad. Se detuvo a unos cuantos pasos de la columna que avanzaba y sus propios soldados se mantuvieron un poco más atrás. D'Annunzio mandó parar su coche y se bajó de él. Los soldados de ambos bandos permanecían expectantes, impassibles y silenciosos.

---

---

#### UNA CONVERSACIÓN ANIMADA

Hubo unos cuantos minutos de animada conversación entre el general y el poeta. El general Pittaluga saludó a D'Annunzio y luego le dijo: «Ésta es la forma de destruir Italia». El poeta replicó inmediatamente: «Usted destruirá Italia si se opone al destino con una política infame».

El general preguntó cuáles eran las intenciones del poeta. La respuesta fue: «Mis hombres no harán un solo disparo si se les deja pasar libremente».

El general respondió: «Tengo órdenes estrictas y debo impedir un acto que puede tener consecuencias incalculables para mi país».

El poeta respondió: «Comprendo sus palabras, general. Dará usted orden a sus hombres de disparar contra mis soldados, sus hermanos. Pero antes de hacerlo, deles orden de que disparen contra mí. Aquí estoy. Que me disparen primero a mí».

Y tras decir esto avanzó hacia los soldados, exponiendo el pecho adornado con la medalla del honor militar. Hubo un movimiento entre los soldados, que se aproximaron al poeta y le vitorearon. El general se dio cuenta de que su resistencia era inútil. Se acercó al poeta y le felicitó. Los soldados de ambos bandos vitorearon inmediatamente al poeta y al general y sin más órdenes cruzaron la carretera que separa Fiume de los arrabales y entraron en la ciudad. El general Pittaluga se retiró solo y los soldados le abrieron camino para dejarle pasar.

---

El señor Noonan, aunque molinero de profesión, era un admirador de la vida militar y le gustaba llevar ropa que le diese un aire castrense. Llegó al Majestic luciendo su atuendo más severo, un traje de tela caqui adornado con hombreras negras. Se separó imprudentemente de su chófer en la puerta de entrada del recinto del Majestic (era la primera vez que visitaba el lugar) y echó a andar por el camino. Le habían entretenido ciertos asuntos de su negocio y Edward, que hacía mucho que había dejado ya de esperarle, había cambiado de atuendo y se había puesto la ropa que utilizaba para trabajar en el huerto. Estaba cavando un seto de flores, y pensando que hacer un poco de ejercicio podría venirle bien para el hígado. Como no había visto

nunca al señor Noonan, supuso que aquél no era más que algún anciano e irascible mozo de reparto de telégrafos y le dijo que continuase hacia la casa. El señor Noonan, creyendo que había tenido un encuentro con un jardinero particularmente insolente, así lo hizo, aunque de mala gana. Se detuvo un momento para reconocer la estatua de la reina Victoria, y procedió luego a subir las escaleras y dejarse tragar por la puerta de entrada del Majestic, por cuyos diversos tractos y órganos vagó, cada vez más furioso, mientras Edward cavaba pacíficamente en el jardín y se preguntaba si sería rebajarse (y aceptar la culpabilidad de Ripon) ir a hacerle una visita al señor Noonan a su casa.

Edward y el señor Noonan probablemente tuviesen más en común de lo que ambos habían tenido nunca la oportunidad de comprobar. Ninguno de ellos sentía, en esa etapa, el menor entusiasmo por la unión de sus vástagos respectivos. El señor Noonan, observando lo que había a su alrededor, aquellas cavernas del Majestic que se desmoronaban, se dio cuenta sin duda inmediatamente de que sólo una transfusión masiva de dinero podría mantener habitable el lugar durante unos cuantos años más; en el sentido material, Ripon no estaba a la altura de la hija de Harinas Noonan como pretendiente. En cuanto a la cualidad que el señor Noonan le había parecido en tiempos ligeramente apetitosa al considerar la perspectiva de tener a Ripon Spencer como yerno, la cualidad de «buena crianza» (y con ello el ascenso automático a la clase dirigente de Irlanda de la que el señor Noonan, a pesar de su riqueza e influencia en cuestiones mercantiles, estaba prácticamente excluido), había pasado a abrigar muy serias dudas sobre si Ripon la poseía en las cantidades adecuadas. Además, en el otoño de 1919 había quedado claro para todos en Irlanda, con la posible excepción de los propios unionistas, que la causa de éstos se había precipitado en la decadencia. Añádase a ello el defecto del protestantismo de Ripon (que en opinión del señor Noonan no podía borrar ninguna cuantía de «instrucción»), por lo cual el muchacho era, en realidad, una perspectiva muy poco apetecible.

Los sentimientos de Edward eran prácticamente una imagen especular de los del señor Noonan. Sentía una profunda falta de interés por el dinero, porque nunca había estado lo suficientemente escaso de él, y le estremecía claramente la idea de que su nuera (pechugona y de mejillas coloradas) estuviese representada en unos paquetes de harina al alcance de los dedos mugrientos del populacho por un penique o dos. No tenía el menor deseo de disolver la «buena crianza» de los Spencer en una solución de «catolicismo rústico» irlandés (una hija del cardenal Newman habría sido otra cosa). En aquellos tiempos de tribulación era evidente que había que cerrar filas, no abrirlas... o eso pensaba él cuando decidió vagar por los pasillos del Majestic en busca del «dichoso» anciano mozo de telégrafos (suponía que *era* un mozo de telégrafos). Pero los dos hombres no se encontraron inmediatamente porque el señor Noonan, cansado de esperar, se había dirigido hacia el ala oeste y Edward hacia el ala este.

Poco a poco, mientras volvían sobre sus pasos y al encuentro uno de otro, los

pensamientos de Edward volvían al abismo principal e infranqueable, el catolicismo de los Noonan: el olor malsano del incienso, los increíbles y estrafalarios preceptos dogmáticos, las familias enormes generadas por la ignorancia y una doctrina de «cuantas más almas, mejor» (no importaba si sus envolturas corporales iban descalzas o no), el absurdo escuadrón de santos que volaban por el cielo como los tipos del Cuerpo Aéreo, supuestamente preparados en todo momento para echar una mano a la gente de abajo (y cada uno con su propia especialidad), el papa con todas sus galas malsanas, las ceremonias religiosas en un galimatías de latín que no entendía nadie, y menos aún los sacerdotes, ignorantes, estrechos de miras e hipócritas. En fin, tales pensamientos no tienen por qué producirse en realidad por un proceso de meditación; corren en la sangre del irlandés protestante.

Se encontraba en ese momento al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de los sirvientes y recordó que las doncellas habían estado quejándose de una supuesta colonia de ratas. No había escasez de ellas en las bodegas, ciertamente, pero ¿quién había oído hablar alguna vez de ratas en los pisos superiores? Era evidente que se trataba de un disparate; de todos modos, ya que estaba allí podría echar un vistazo.

La inspección no duró mucho y no le sorprendió gran cosa el que no se cruzase en su camino ningún roedor. Estuvo mirando con disgusto en los reducidos cuartitos con sus techos inclinados. Tenían un olor curioso y ajeno que no podía identificar del todo; quizá procediese de la persistencia del perfume barato de las ropas dominicales (al ver a las doncellas sin uniforme en Kilnalough, era muy frecuente que no las reconociese y las mirase sorprendido si ellas le saludaban). Procediese de donde procediese, él lo asoció a las imágenes sacras perturbadoramente vulgares de la pared, a las cuentas del rosario color chocolate de la mesa, al crucifijo de encima de la cama.

—Educación, eso es lo que esta gente necesita. ¡Y creen que están en condiciones de gobernar un país!

Convencido de que las ratas eran imaginarias, Edward reanudó su lánguida búsqueda del mozo de telégrafos.

El señor Noonan había tenido en aquel momento una curiosa experiencia. Se había encontrado con una doncella que corría por el pasillo con una bandeja de tazas de té y bollitos tostados. Y con una torta de semillas grande y (había que admitirlo) deseable. Le había hecho señas para que se acercara a él. «Venga aquí enseguida», le había dicho. Pero comprobó sorprendido que la chica daba la vuelta al verle y huía por donde había venido. Ignorando lo que era tomar el té de la tarde en el Majestic, las propinas y los halagos a que había que recurrir, los terribles conflictos que podía causar el que un huésped viese que otro se acomodaba para un refrigerio clandestino de té y unas tostadas en un rincón remoto, el señor Noonan se quedó atónito ante

aquella conducta.

—¿Dónde está el amo? —le gritó. Pero desapareció y pudo oír el rumor menguante de sus pisadas en las baldosas. Sin embargo, poco después se dio cuenta de que alguien le seguía, aunque muy despacio, por el pasillo. Resultó ser una anciana, una señora a juzgar por la ropa, y avanzaba valiéndose de dos bastones, que apoyaba firmemente delante de ella uno tras otro a la manera de un guía alpino. Se paró y la dejó llegar hasta él, los ojos fijos en el suelo, la respiración estertórea.

—¿Dónde está el señor Spencer? —le preguntó.

La dama alzó sus ojos acuosos y le examinó; luego alzó uno de sus bastones con una mano temblorosa y artrítica. La contera de latón que tenía en la punta dibujó un ondulante ocho un poco por encima de la cabeza del señor Noonan. Él lo consideró una indicación de que tenía que continuar escaleras arriba.

Tampoco él era ya un hombre joven. El pecho empezaba a causarle problemas. Tenía la presión sanguínea demasiado alta. Había empezado sin nada nada, ¿saben?, y lo había hecho todo solo. Se había levantado solo, como su propia harina, eso era lo que decían en Kilnalough.

—Bueno, lo mejor que podría hacer sería...

Estaba solo de nuevo y, lo cierto era que había subido al piso de arriba. La única razón de que estuviese seguro de esto era que daba la casualidad de que se hallaba delante de una ventana sorprendentemente limpia desde donde se veía el camino y, casualmente, al Daimler de Edward. Estaba lloviendo mucho, tanto que en el techo y en el capó del coche se elevaba una niebla de gotas pulverizadas. ¿Dónde estaba él? ¿Cuándo había empezado a llover? No debía dejarse arrastrar por la cólera, ya que últimamente siempre había una niebla densa, opaca y condenada, dispuesta a irrumpir y borrar los límites. Pero a ver, un momento, el automóvil estaba parado delante del edificio, recordaba haberlo visto. Entonces, la escalera con la araña de luces tenía que estar en la parte delantera también..., así que él debía encontrarse o en la escalera o junto a ella.

Miró a su alrededor y se apoderó de él un arrebató de cólera verdaderamente indescriptible al descubrir que no era así. Que no había ninguna escalera a la vista. Era injusto y malvado, una auténtica trampa inglesa, el tipo de trampa asesina, hipócrita... ¡Virgen Santísima! Le habría gustado destrozar una ventana, había alzado incluso el pesado mango de fresno de su paraguas cerrado para romper el cristal. Le hizo contenerse, sin embargo, pensar luego que al inglés podría parecerle de mala educación. Además, la ventana ya estaba rota, es decir, la habían roto en alguna otra ocasión, porque carecía por completo de cristales. No podía haberlo hecho él mismo. No había siquiera bordes mellados. Por eso parecía tan limpia. La lluvia, además, tamborileaba en el alféizar y había oscurecido la alfombra (salpicada de coronitas de tres puntas) con una medialuna de un apagado tono carmesí.

Después de recuperar fuerzas, el señor Noonan echó a andar por un pasillo alfombrado (mientras Edward seguía buscándole desconsoladamente en el piso de

abajo), mirando a través de las puertas abiertas de las muchas habitaciones por las que pasaba (nadie se molestaba en cerrar las puertas allí, al parecer) de camas dobles, enormes y pecadoras, sin el menor rastro de religión, lavabos y toallas tiasas como papel y grises de polvo. ¡Y allí era donde se suponía que iba a casarse su única hija!

En una habitación se encontró con un montón enorme de bolsas de agua caliente, debía de haber doscientas o trescientas. En otra habían construido un tendedero improvisado, que se les había olvidado después porque la ropa que colgaba de él estaba seca y salpicada de agujeros de polilla. En otra habitación oyó voces. Se detuvo y se paró a escuchar..., pero no, había sido un error (Edward estaba mirando en aquel momento en la habitación que quedaba directamente abajo). Pero en la habitación siguiente oyó voces con toda claridad, así que entró confiado. Se encontró no en un dormitorio, sino en una galería que se curvaba bajo el techo de una habitación grande que tenía las paredes llenas de libros. Las voces procedían de abajo. Miró por la barandilla (mientras Edward, alejándose de él una vez más, se dirigía hacia el ala oeste).

Abajo, había dos chicas idénticas con seudos libros en la mano sentadas en un sofá tachonado. Frente a ellas, en un sillón, estaba sentada, muy derecha, una señora anciana y pequeña con un gorro de encaje. Sus ojos lechosos miraban a las chicas, mientras que las manos, que se movían sin cesar y parecían desconectadas del resto del cuerpo, tejían incansables en su regazo.

—¿Estás sentada bien recta, Charity?

—Sí, abuelita.

—¿Faith?

—Sí, abuelita.

Las dos cabezas doradas se volvieron la una hacia la otra y se sacaron la lengua.

—Una dama nunca se encoge en la silla como si no tuviera columna vertebral.

—No, abuelita.

Faith se retrepó abriendo la boca, remedando apatía, mientras Charity se estremecía con una risa silenciosa.

—¡Sentaos y quedaos quietas!

—Estamos sentadas muy requetequietas.

—¡No repliquéis! Os pasaréis la tarde aquí si no os portáis bien. Charity, ¿tienes las rodillas juntas?

—Sí, abuelita.

Charity se alzó la falda por encima de las rodillas y colocó una pierna sobre el brazo del sofá, dejando al aire unos muslos rosados.

—Estoy sentada muy recta, abuelita —dijo y, arrebatando el lápiz de la mano a Faith, empezó a chuparlo como si fuese una boquilla. Mientras sacudía la ceniza levantó la vista casualmente y vio al señor Noonan.

—Buena chica —dijo la anciana.

Las gemelas miraban al señor Noonan que miraba a su vez a las gemelas.

Finalmente habló Charity.

—Hay un viejo con un paraguas en la habitación, abuelita —dijo.

—¿Un viejo? ¿Qué quiere?

—¿Qué desea usted? —preguntó con firmeza Faith.

—¿Dónde está el señor Spencer? Estoy harto ya —tartamudeó el señor Noonan, furioso—. Llevo buscándole desde... ¡Hablaré con mi abogado!

—¿Qué está haciendo aquí arriba cerca del tejado? —quiso saber la vieja dama.

—Estamos en la biblioteca, abuelita. Hay una especie de balcón...

—Bueno, sea quien sea estoy segura de que no encontrará a su abogado aquí arriba. Acompáñale a la puerta, Faith. Tú quédate aquí, Charity, no hace falta que vayáis las dos.

Faith iba ya por mitad de la escalera de hierro en espiral, camino de la galería. Sin decir palabra, cogió al señor Noonan por la manga y le llevó a rastras por el mismo camino por el que había venido, por un tramo de escaleras a oscuras, a lo largo de un pasillo, a través de una coctelería desierta, hasta el vestíbulo y luego a la puerta principal que, con un inmenso esfuerzo, arrastró hasta que consiguió abrir.

—¡Mirón! —chilló y, poniéndole una mano en la espalda, le dio un violento empujón que le propulsó hacia fuera, en medio de la lluvia, en un trote renuente.

Unos instantes después, Edward, mirando por una ventana sin cristal del primer piso y pensando que toda aquella lluvia le daría un buen lavado a su Daimler, vio al viejo mozo de telégrafos corriendo por el camino hacia abajo. El tipo se detuvo un instante y agitó el paraguas furioso hacia el Majestic.

—¡Cielo santo! —murmuró Edward—. No será, por casualidad, ése tal, ¿cómo se llama?...



---

## LOS HORRORES DEL BOLCHEVISMO

### *Terribles experiencias de damas irlandesas*

El representante de Reuter acaba de tener una entrevista con dos muchachas irlandesas, las señoritas May y Eileen Healy, recién llegadas a Londres, después de haber escapado de Kieff sólo con la ropa que llevaban puesta (finos trajes de lino).

Cuentan una terrible historia de vesania bolchevique, de la que fueron testigos presenciales. Dijeron que la tensión mental había sido atroz, hasta el punto de que una de ellas, la señorita Eileen Healy adelgazó siete kilos.

«En un edificio lateral, una especie de garaje, había una pared cubierta de sangre y sesos. En medio había un canal o drenaje, lleno de sangre congelada, y allí mismo, fuera en el jardín, ciento veintisiete cadáveres desnudos y mutilados, incluidos los de algunas mujeres, que habían arrojado a una fosa...

»Diez bolcheviques ocupaban habitaciones contiguas a las mías. Había un hermoso salón lleno de muebles valiosos. Noche tras noche organizaban allí orgías beodas de un carácter indescriptible con mujeres a las que traían de la ciudad, y yo permanecía en la cama con la puerta cerrada hasta que me quedaba dormida de puro agotamiento...

»El terrorismo de los rojos es muchísimo peor que cualquier cosa que yo haya leído, y a aquéllos de este país que crean que lo que cuento es exagerado yo sólo les diría que vayan y lo vean por sí mismos.

---

---

## LA PSICOLOGÍA DEL TRIUNFO

### *Análisis del mariscal Foch*

En una conversación con un representante del *Echo de París*, el mariscal Foch dijo que él había ganado la guerra evitando emociones innecesarias y conservando toda su fuerza para poder dedicarse así en cuerpo y alma a su tarea. «La guerra exige una mente ingeniosa, siempre alerta y un día llega la recompensa de la victoria. Que no me hablen de gloria, belleza, entusiasmo. Eso son manifestaciones verbales. Sólo existen hechos y sólo los hechos son de alguna utilidad. Un hecho útil, que me satisfizo, fue la firma del armisticio».

El mariscal Foch dijo como conclusión: «Sin intentar sacar a colación milagros sólo porque se otorgue a un hombre visión clara y porque después resulte que esa visión clara ha determinado movimientos preñados de enormes consecuencias en una guerra formidable, yo sostengo, de todos modos, que esta visión clara procede de una fuerza Providencial, en manos de la cual uno es un instrumento, y que la decisión victoriosa emana de lo alto, por la voluntad superior y divina».

---

Mil novecientos veinte. Una, dos, tres semanas de enero transcurrieron (tiempo frío, gris, niebla en las calles, nieve sucia bajo los pies) antes de que el comandante encontrara por fin otra carta de Sarah apoyada junto a las tostadas en la mesa del desayuno.

«Querido comandante —escribía—, hizo usted mal en leer aquella carta a pesar de que yo le dije que no lo hiciera. Estaba enferma cuando la escribí y tenía fiebre, como estoy segura que le decía. Pero no tiene usted por qué esperar que me disculpe, ya que me tomé la molestia de advertirle de que no la leyera. Si encontró en ella algo que no le gustó la culpa es suya. Respecto al señor Mulcahy, lamento mucho haber hecho burla de él pues es un tipo de persona bastante decente y yo exageré muchísimo. En cuanto a lo de ser salvada de la piara de cerdos irlandeses, como usted comentaba, puedo asegurarle que no hay realmente ninguna necesidad de eso pues ellos y yo estamos muy de acuerdo (quizá porque yo también pertenezco a esa piara). Por otra parte, en lo referente a Londres, estoy muy satisfecha de estar donde estoy.

Sin embargo, debo agradecerle su oferta porque, aunque impropia, estoy segura de que la intención era buena».

«Ah —pensó el comandante, escarmentado—, se ha enfadado conmigo y piensa, sin duda, que siento desprecio hacia Kilnalough. Tal vez hubiese falta de tacto en mi carta». Y rápidamente escribió para disculparse, suplicándole que perdonase su falta de tacto. ¿No satisfaría ella de todos modos su curiosidad? Le devoraba el deseo de saber en qué había desembocado el asunto de Máire y Ripon. ¿Y qué era lo que las gemelas le habían hecho al padre O'Meara? ¿Y cómo estaba aguantando Edward toda aquella tensión?

Lo único que *ella* sabía (le respondió Sarah) era que Ripon y Máire estaban viviendo en Rathmines con un «pequeño» de camino. ¿Se había escapado él en mitad de la noche con su prometida? ¿Había sido expulsado de casa de su padre sin un penique? Nadie lo sabía con seguridad, pero circulaban en Kilnalough varias historias. De acuerdo con la que ella creía cierta (o le gustaba creer que lo era, en realidad), Ripon medio se había escapado y medio había sido expulsado. Lo que había sucedido (según esta historia) era que Edward le había dado una suma de dinero, le había llevado en coche a la estación de ferrocarril y le había metido en el tren para Dublín con órdenes estrictas de permanecer allí y no hacer ninguna tontería hasta que él, Edward, hubiese arreglado el asunto en Kilnalough. Hecho esto, había quedado en encontrarse con el señor Noonan en el Majestic para arreglar las cosas. Ripon, por su parte, había permitido que el tren le llevase hasta la siguiente estación del trayecto. Allí, tras una larga discusión, había conseguido finalmente que el jefe de estación le devolviese el resto del importe del billete hasta Dublín. Luego había regresado a toda prisa a Kilnalough, había saltado el muro del jardín de Noonan provocando un desmayo a la pobre Máire (ella pensó que se trataba de un quincallero), la había reanimado, la había informado de que estaba liberada (había sido «confinada en los cuarteles» por un padre de mentalidad castrense), la ayudó a hacer la maleta, sobornó a un individuo que estaba parado en la entrada al que supuso uno de los criados de Noonan (pero que sólo era un transeúnte que se había parado allí) y huyó por último con ella a la estación mientras su padre aún seguía en el Majestic. Según todas las versiones (o más bien, según esta versión concreta) el jefe de estación de Kilnalough estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón cuando el joven Ripon, al que había visto salir hacía poco en el último tren de Dublín, apareció a tiempo para coger el siguiente, en compañía de una dama oculta tras un grueso velo y cuyas amplias proporciones y rosados tobillos sugerían que tal vez no fuese imposible que se tratase de «cierta persona», y no diría más; pero cuando estaba ayudando a esa dama del velo a subir al vagón del tren, había captado «un soplo de algo no diferente al cloroformo..., aunque, en fin, no estoy diciendo con eso que fuese cloroformo ni tampoco que no lo fuese, por supuesto, ¡pero se parecía muchísimo!». Y, bueno, ésa era la historia que el comandante podía creer si le gustaba, y dado que los ingleses (o «el enemigo», como ella prefería considerarlos)

eran tan literales, y siendo en particular el comandante tan literal como un pedazo de masa, ella no tenía la menor duda de que lo creería todo.

En cuanto a la agresión de las dos gemelas al padre O'Meara, se trataba de otra historia que el comandante podría probar a digerir. Al valeroso y digno padre O'Meara se le había metido en la cabeza visitar un día a Ripon, al que había estado preparando espiritualmente (el comandante, al ser un «protestante asqueroso» no entendería la necesidad de esto, estaba segura) para el matrimonio que se proponía contraer con la hija del molinero. Cuando iba subiendo en bicicleta por la entrada, pasó al lado de dos chicas idénticas de rostro tan radiante que al principio las había tomado por «ángeles del cielo» (se dice que esto lo explicaba más tarde, cuando se hallaba aún en estado de conmoción). Sin embargo, una de ellas hizo un comentario desagradable y él percibió enseguida su error y siguió pedaleando hasta dejarlas atrás, fuera de su campo de audición, preocupado en particular por el hecho de que una chica tan joven conociese tales palabras, aunque fuese hábito de Dios, frecuentemente observable aquí abajo, mezclar lo limpio y lo sucio, lo bueno y lo malo.

Antes de llegar a la puerta de entrada se había encontrado a Ripon en la *orangerie*, dedicado al parecer a reprender a una azorada muchacha con uniforme de doncella que había olvidado, sin duda, alguna tarea doméstica (aunque ella, Sarah, tenía su propia opinión sobre lo que el muy granuja estaba haciendo). Parece que Ripon se sorprendió mucho y le propuso dar un «paseo». Al padre O'Meara le resultaba difícil ir a su paso, pero después de los primeros cien metros o así el ritmo aminoró y Ripon le hizo unas cuantas preguntas distraídas sobre el catecismo. Luego, con cierta brusquedad, dijo que tenía que irse y se fue sin acompañar siquiera a su visitante de nuevo hasta su bicicleta. El bondadoso sacerdote, admitiendo para sí que se sentía más en su elemento con la etiqueta eclesiástica que con la social, perdonó prestamente al muchacho. Tras considerarlo detenidamente, perdonó también a la joven que le había dirigido aquella obscenidad. Con la mente ya en paz, regresó adonde estaba su vehículo y bajó pedaleando por el camino.

Según parece, aunque las versiones de esta versión concreta de la historia difieren, el desastre se abatió sobre él en algún punto del camino situado antes de llegar a la salida. Parece ser que iba pedaleando y se vio de pronto inmovilizado por un lazo que le lanzaron desde las ramas bajas de un roble. Según la versión más dramática de esa versión, se vio arrancado del sillín y quedó colgado y balanceándose suavemente en el aire mientras la bicicleta continuaba sola hasta ir a estrellarse en una mata de rododendros. Pero es más probable que el lazo corredizo no le alcanzase a él (por suerte, pues podría haberle desnucado) sino al sillín, cerrándose rápidamente y haciendo que la bicicleta se detuviese de una forma brusca, y el padre O'Meara resultase lanzado violentamente por encima del manillar. Aunque aturdido por la caída, se mostró dispuesto a jurar que cuando intentó torpemente ponerse en pie vio dos rostros angelicales que sonreían y le miraban desde arriba. Era un asunto para la policía, sin duda alguna. Se presentaron acusaciones de agresión en el juzgado, así

como contra acusaciones de allanamiento (Ripon aseguró a su padre que el sacerdote no tenía nada que ver con él) y robo (habían sido arrancadas algunas manzanas de los árboles de la pomarada). Se estaban considerando también otros cargos y, si hubiese habido allí un juez para escucharlos, este súbito brote litigioso podría haber llegado a hacerse tan denso y confuso como para convertirse, en el plazo de unos cuantos días, en algo absolutamente irresoluble. Pero no había tal juez. El representante del opresor extranjero había recibido una serie de cartas amenazadoras del IRA y se había retirado prudentemente. Se esperaba que uno nuevo tomara posesión del cargo pero en ese impás andaban recorriendo las calles en libertad delincuentes de todo pelaje, incluidas las gemelas. De hecho el padre O'Meara se había enterado con satisfacción de que mientras él estaba aún quitándose la grava de sus arañadas palmas de las manos el padre de aquellas dos chicas violentas les había desnudado el trasero y azotado como si fuesen chicos; la noticia de esta retribución le apaciguó un poco. Sarah, por su parte, aunque debía confesar que las «odiosas diablillas» tenían cierto carácter, se identificaba plenamente con el desdichado sacerdote. Con aquellas dos chicas, decía, las cosas tenían por costumbre empezar de una forma divertida y acabar dolorosamente.

Bueno, ¿había satisfecho eso la curiosidad del comandante? Si quería oír las otras versiones, tendría que venir a Kilnalough, porque a ella le dolía ya la mano de tanto escribir. Y, bueno, en cuanto a su interés por Edward, no se habían visto últimamente... Desde la muerte de Angela, ella no tenía ya ninguna razón para ir al Majestic. De hecho, estaba aburrída, horrorosamente aburrída, y deseando que el comandante la entretuviera. «¡Diviértame, querido comandante, diviértame!». La vida era insoportable en Kilnalough.

Pero ¡un momento! Ella tenía una idea. El comandante debía contestar y decirle exactamente si creía las historias sobre Ripon y las gemelas o no. Debería hacerlo inmediatamente. Era esencial, porque así ella sabría qué clase de hombre era el comandante. Aunque, por supuesto, en realidad, eso ya lo sabía. De todos modos, debía escribirle y decírselo. Y, por cierto, tal vez le visitase en Londres finalmente. Había una posibilidad de que fuese a una clínica de Francia durante una temporada. Sus piernas habían mejorado mucho y casi había dejado de ser ya la «miserable inválida» que conoció el comandante. Pensaba en él todavía, a pesar de las cartas insulsas que le había escrito, con afecto y siempre suya.

El comandante no sabía qué hacer respecto a aquella carta. Si decía que *creía* las historias sobre Ripon y las gemelas, ella le acusaría de ser «tan literal como un pedazo de masa». Si decía que no, era casi seguro que le acusase de no tener sentido del humor ni imaginación. Después de deliberar unos días contestó diciendo que se creía alguna de las partes (y disfrutaba con las otras). Todo lo que recibió como respuesta fue una postal. En ella se le acusaba de haberse inclinado por una solución de compromiso, cautelosa y típicamente británica. Y concluía con las palabras: «¡Yo desprecio las soluciones de compromiso!».

Durante el período en que tenía lugar esta correspondencia la tía del comandante seguía manteniéndose en una etapa intermedia entre la vida y la muerte que a él le resultaba sumamente insatisfactoria. Cuando había tenido la primera hemorragia se había contratado a una enfermera de noche, una dama sombría de mediana edad que tenía la costumbre de instar a su tía a «afrontarlo con valor, querida mía», comentando que «el dolor de madame no durará siempre», o informándola de que su «única esperanza está en el Señor», mientras aportaba discretamente la cara para comer sin cesar durante toda la noche. Aunque la mayoría de los comentarios de esta mujer tenían un tono religioso y pocos de ellos eran consecutivos, hablaba de cuando en cuando de otras muertes que había presenciado, invariablemente las de damas de buena posición. Una de ellas, una tal señora Baxter, había «muerto en brazos de Jesús». Otra le había dado alimentos que no eran adecuados. Otra más tenía unas hijas muy bellas que «se iban a bailar mientras su madre agonizaba». Una historia que repetía con frecuencia era la de la encantadora y joven señora Perry, que padecía una tuberculosis muy avanzada, y cuyo marido, insaciable y bestial, había seguido exigiendo sus derechos maritales hasta el final mismo, obligándola a ella a abandonar la habitación de la enferma durante horas seguidas, de manera que con mucha frecuencia no se le permitía volver a confortar a aquella pobre víctima (que no se quejaba, sin embargo) casi hasta el amanecer. Mientras contaba esto, dirigía miradas sombrías al comandante como si él fuese el responsable.

Lo cierto es que esta historia le causó una impresión muy dolorosa al comandante. Se imaginó a la encantadora señora Perry y a su marido de una forma completamente distinta. Estaba seguro de que se amaban apasionadamente. ¿Qué otro motivo podría haber tenido el marido para hacer el amor a una mujer con tuberculosis? El acto físico del amor continuaba siendo el único frágil puente entre los dos. El comandante imaginaba las lentas noches de desesperación. Se preguntaba si el marido habría albergado también la esperanza de caer enfermo de tuberculosis. Una noche tuvo un sueño torturador sobre la señora Perry y a la mañana siguiente se sintió tan afectado que fue a ver a la enfermera de noche y la despidió con el salario de un mes. Pensó: «La verdad es que aún soy un hombre joven. Tengo tiempo suficiente para volverme morboso cuando me haga viejo».

Más o menos por entonces leyó sobre el asedio del cuartel de la policía real irlandesa de Ballytrain, media docena de policías desbordados por una horda inmensa de fenianos, un centenar de ellos, lo mismo que los derviches en Jartum. Edward les había llamado criminales individuales que andaban a la caza de lo que pudiesen conseguir. ¡Nunca, pensó el comandante con una sonrisa, nunca se había visto a tantos criminales individuales juntos en un sitio!

El comandante había invitado a Sarah a quedarse un tiempo en casa de su tía cuando pasase por Londres, camino de Francia. ¿No se consideraría esto impropio?,

quiso saber ella. ¿Qué pensaría su tía? El comandante contestó que su tía no vería nada impropio en el hecho de que Sarah estuviese con ellos. En realidad, actuaría como dama de compañía (la única preocupación del comandante era que la anciana, después de haber sobrevivido tanto tiempo, muriese prematuramente ahora que eran necesarios sus servicios). Así que Sarah acabó llegando.

El comandante, hundido en un cenagal de desánimo, la mente tan seca y árida como la nieve helada del suelo de las calles, había estado esperando su llegada con indiferencia, incluso con un vago temor. Pero Sarah pareció haber dejado el lado malicioso de su carácter en Kilnalough. Era tan cariñosa y franca, estaba tan emocionada de encontrarse en Londres, tan evidentemente impresionada por los aires de autoridad y distinción del comandante en aquel nuevo entorno cuando se colgaba de su brazo (la seguridad con la que caminaba entonces le asombró) que enseguida se sintió desarmado. En los restaurantes tenía miedo a «desentonar». El comandante no debía dejarla utilizar el cuchillo y el tenedor equivocados porque se moriría de vergüenza.

Y ¿cómo era posible que todos los comensales (¿cómo lo conseguía el propio comandante?) pareciesen tan cómodos y tranquilos delante de aquellos camareros augustos? Era un misterio para ella. ¡Y las señoras llevaban unos atuendos tan encantadores! ¿No se sentía el comandante avergonzado de que le viesen con un espantapájaros como ella? Todo lo contrario, el comandante estaba encantado de que le viesen con una muchacha tan bonita.

Las tiendas espléndidas, las calles elegantes... Divertido y conmovido por el entusiasmo de ella, el comandante se sorprendió viendo Londres con unos ojos nuevos y menos hastiados del mundo. Era absolutamente cierto, Londres podía ser un lugar muy atractivo si uno se permitía apreciarlo. A última hora del día, después de cenar, se sentaron a hablar delante del cálido fuego. Hablaron un rato de Kilnalough. El comandante estaba esperando oír más cosas del Majestic, pero Sarah no tenía nada que añadir a sus cartas. Ripon y Máire se habían casado ya y vivían en Rathmines, pero ella no sabía más que eso. Creía que Edward y Ripon no tenían ya ninguna relación. Había habido peleas terribles, pero ella no conocía los detalles. Hacía muchísimo que no veía a Edward, añadió, mirando fijamente las brasas brillantes de la chimenea. Y luego hizo una mueca y dijo que no quería hablar de Kilnalough, quería que el comandante le hablase de sí mismo. Y entonces el comandante, sintiéndose extrañamente en paz, se encontró con que se ponía a hablar de la guerra. Poco a poco, empezaron a volver a él nombres y rostros al azar. Le habló a Sarah primero de una o dos cosas curiosas que habían sucedido: de un joven soldado al que habían encontrado muerto en su litera y que la única lesión que habían sido capaces de descubrir en él había sido un dedo roto; le habló de las conversaciones amistosas que tenían a gritos con los alemanes por encima de la tierra de nadie; de un hombre de un regimiento del comandante al que le habían volado una pierna y que se había sentado en el cráter de un obús y se había cosido él mismo las arterias y había

sobrevivido. Estuvo contándole a Sarah incidentes que habían permanecido hasta entonces inmovilizados en un bloque de hielo. Estimulado por la cálida comprensión de ella podía hablar de cosas que apenas había sido capaz de repetirse a sí mismo hasta entonces. Un poco borracho y cansado, sentado allí delante de la luz vacilante del fuego de la chimenea, la burbuja de amargura de su mente empezó poco a poco a disolverse y corrieron por sus mejillas lágrimas en recuerdo de todos sus amigos muertos.

A la mañana siguiente Sarah partió hacia Francia. Le dijo al comandante que le enviaría su dirección.

El comandante le había escrito a Sarah una carta enorme, llena de confidencias, atestada de comentarios poéticos sobre la vida y el amor y todos los demás temas de este mundo. ¡Había encontrado por fin alguien con quien hablar! Había encontrado alguien que le entendía y compartía su visión de las cosas de este mundo. Todo aquello que por falta de un oyente había sido incapaz de decir durante los últimos cuatro o cinco años fue saliendo de su cabeza en un torrente de tinta negroazulada, todo a la vez. Las hojas de papel de las cartas llegaron a ser tantas que no cabían ya en un sobre normal y, no obstante, aún seguía teniendo más que decir. Cuando acabase, se vería obligado a envolverlo todo en un paquete de papel de estraza. No es que estuviese precisamente esperando a terminar la carta (porque el tipo de carta que el comandante estaba escribiendo raras veces se termina voluntariamente antes de que la parca nos ordene posar la pluma); su problema era más práctico que estético: no podía enviar su carta a Sarah por entregas porque ella había olvidado mandarle su dirección. Cuando fue pasando el tiempo, cuando el invierno se convirtió en primavera, el comandante fue perdiendo cada vez más la esperanza de que ella se acordase y rectificase su olvido. La riada de confidencias acabó reduciéndose a un hilo y finalmente se secó del todo. El comandante volvió a sentirse una vez más melancólico y sensible. Y el mundo gris volvió a ser tan gris como había sido siempre. A su debido tiempo murió su tía.

Mientras tanto, en Irlanda, los disturbios se sucedían intermitentemente, la situación mejoraba, luego empeoraba. El comandante no era capaz de verle sentido al asunto. Era como lanzarse al mar en una barquita: el movimiento de las olas hacía que fuese imposible saber lo que había recorrido uno en el agua; lo único que se podía hacer era mirar atrás para ver lo lejos que quedaba la costa. Así que en el caso de Irlanda lo único que se podía hacer era mirar atrás, hacia los días pacíficos de antes de la guerra. Y esos días parecían estar ya lejos, muy lejos.

---

DESCONTENTO INDIO  
*Informe de lord Hunter*

Los periódicos indios recibidos por el correo indio, dice Reuter, contienen más información sobre las

actas de la Comisión Hunter que está investigando los disturbios indios del último año. El tres de diciembre el capitán Doveton, que dirigió la aplicación de la ley marcial en Kasur, aunque admitió en su declaración haber ideado algunos pequeños castigos, castigos menos graves en la forma que las penas habituales de la ley marcial, negó que ordenase que algunas personas fuesen pintadas con cal, o que hiciese a la gente escribir en el suelo con la nariz...

Sir Chiman Lal Setalvad volvió a la cuestión de lo que se pensaba sobre la ley marcial. «¿Dice usted que a la gente le gustaba la ley marcial?», preguntó.

«Muchísimo», fue la respuesta del testigo.

Sir C. Setalvad: «¿Dice usted que a la gente le habría gustado que se hiciese prácticamente permanente?». «Daba esa impresión».

«¿Le dijeron eso, que los juicios sumarios eran cosas que les gustaban?». «Les gustaba que se juzgase a la gente por la ley marcial, sin ningún derecho a apelar. Preferían eso a que se gastase dinero en apelaciones».

Interrogado sobre lo que se decía de que se obligó a mujeres de carácter disoluto a presenciar la aplicación de penas de flagelación, el testigo dijo que era una tergiversación, aunque no fuese deliberada.

A continuación, el capitán Doveton dijo que respecto a su orden de exigir a los convictos que tocasen el suelo con la frente, él había oído que antes se hacía eso. No pretendía que fuese humillante.

El general Barrow dijo entonces, dirigiéndose a lord Hunter, que el testigo era un joven oficial que cumplía con su deber esforzándose el máximo posible en unas condiciones difíciles, pero que no era un delincuente.

---

El comandante regresó a Kilnalough a mediados de mayo, esperando lo peor. Desde principios de año el número de incidentes violentos había aumentado de forma constante. Acababa de publicarse una relación oficial de «atentados» atribuidos al Sinn Féin y el comandante la había leído con preocupación: cifraba el número total de asesinatos en el primer cuarto de año en treinta y seis; de «disparos contra personas», en ochenta y uno; se habían producido trescientos ochenta y nueve asaltos para conseguir armas, y había habido cuarenta y siete incendios provocados. Cansado del viaje, y nervioso a pesar del aspecto pacífico y familiar de la estación de Kilnalough, el comandante se sobresaltó mucho cuando alguien le posó una mano en el hombro. Se volvió rápidamente y se encontró la cara risueña y amistosa del jefe de estación, que quería informarle de que el doctor Ryan estaba esperando fuera en su automóvil y le llevaría al Majestic.

Con el doctor Ryan había un joven de dieciséis o diecisiete años, de pelo negro y rostro pálido y bello. El médico, al que apenas se le veía la cara, cubierta por una bufanda y un sombrero negro de ala ancha, murmuró una presentación. Era su nieto Pdraig. Iban a tomar el té en el Majestic, añadió malhumorado, y Edward les había pedido que... En resumen: «Entre, hombre, hay sitio de sobra. Ya hemos esperado bastante».

Pronto empezaron a desfilar junto a ellos los largos y descuidados setos del Majestic; más allá se extendían los bosques, húmedos y espesos. Había un aire de desolación en aquel lado de la carretera que contrastaba con los muros de cantería y los campos limpiamente arados del otro lado. Pero un poco más allá hasta los campos de cultivo degeneraban; sin arar, los prados sin ganado, los patatales abandonados a las malas hierbas que tan vorazmente devoraban la tierra en el húmedo clima de



Irlanda. Junto a una entrada que conducía a uno de aquellos campos de cultivo había un hombre de abrigo raído, parado, inmóvil como una roca, con los ojos fijos en el suelo. Ni siquiera los levantó cuando pasaron ellos. «¿Qué hacía aquel individuo allí plantado, inmóvil en un campo vacío, mirando al suelo?», se preguntó el comandante.

Edward debía de estar observándoles, porque apenas giraron con un leve derrape y se detuvieron junto a la estatua de la reina Victoria bajaba corriendo las escaleras a recibirles. El primero que salió del coche fue el comandante, Edward le estrechó la mano con firmeza, moviendo la boca pero incapaz de decir más que «¡Mi querido amigo!». Luego saludó a los demás.

Mientras Edward saludaba al doctor y a su nieto el comandante tuvo la oportunidad de ver cuánto había cambiado desde la última vez que se habían visto. Tenía la cara mucho más delgada y los contornos del cráneo más pronunciados; también en la conducta parecía extrañamente tenso, exageradamente alegre y voluble después de que finalizaran los saludos iniciales, y, sin embargo, al mismo tiempo parecía cansado y receloso, mientras se dedicaba a extraer al viejo del asiento delantero del automóvil (el doctor Ryan estaba cansado también, al parecer, pero su nieto resultaba tan ágil como una gacela). Edward, mientras tiraba con energía de los débiles miembros forcejeantes del médico, dijo que tenía que enseñarles una cosa, algo que les parecería magnífico, algo que estaba realmente fuera de la órbita normal del Majestic, algo que constituía, de hecho, una iniciativa nueva para él y para el hotel y que quizá, quién sabía, acabase siendo desde un punto de vista comercial el fundamento de algo grande. En una palabra, tenían que ir mientras aún hacía buen tiempo (si no les importaba aplazar el té por unos minutos), y deberían ir todos, antes de que empezase a llover, a ver... a sus cerdos.

El muchacho, Padraig, que se había permitido parecer ligeramente interesado ante aquel extravagante preámbulo, frunció los labios lúgubrementemente y no pareció nada emocionado con la perspectiva de ir a ver unos cerdos. En cuanto al doctor Ryan, pareció claramente enojado (o tal vez no había tenido tiempo aún de recuperarse de la indignidad de que se le sacara de su asiento a rastras por las solapas). «Ah, los cerdos —masculló malhumorado—. Vaya, hombre». Sus pesados y arrugados párpados se cerraron.

Apareció *Rover*, el viejo podenco, y olfateó la pernera del pantalón del comandante.

—Mire, le reconoce —exclamó alegremente Edward—. Reconoces a tu viejo amigo Brendan, ¿verdad, muchacho?

El perro meneó el rabo débilmente y, cuando se pusieron en marcha, siguió tras ellos, con el largo pelo del vientre apelmazado con barro seco.

Cuando doblaron la esquina de la casa, rasgó el silencio un grito prolongado que helaba la sangre.

—¿Qué demonios...?

—Los pavos reales —explicó Edward—. Normalmente sólo gritan al oscurecer o

después de caer la noche. Me pregunto qué les pasará.

—Va a ponerse a llover otra vez en cualquier momento —dijo quejumbrosamente el doctor Ryan.

—¿Y dónde están, los pavos reales? —quiso saber Padraig—. ¿Podría coger unas cuantas plumas?

—Por supuesto. Recuérdamelo después del té.

El comandante miró hacia el mar, sobre el que una formación de nubes negra y enorme avanzaba hacia ellos procedente de la invisible costa galesa. Iba a llover.

—Tienen unas plumas hermosas, esas aves —musitó en voz alta—. ¿Por qué chillarían así?

La zona de aquel lado del hotel, explicaba Edward a Padraig, seguidos por el viejo que cojeaba tras ellos, hosco y malhumorado, unos cuantos pasos por detrás, era donde los huéspedes se divertían en los viejos tiempos. ¿A que era muy adecuado para ese propósito el hecho de que descendiese en una serie de amplias terrazas hacia el mar? Cada terraza había sido reservada para una actividad de recreo distinta. Aquel prado verde y llano por el que estaban pasando en aquel momento había sido reservado para el *clock-golf* y los bolos; el de abajo, para el tenis sobre hierba, una docena de pistas separadas, todas ellas de excelente calidad y, como las pistas de suelo duro de alrededor de los garajes, formando un ángulo que hacía que el sol poniente nunca deslumbrara al jugador. Y funcionaba, suponiendo, claro está, que ninguno de los invitados se viese impulsado por el deseo irracional de levantarse y hacer algo de ejercicio antes de, digamos, las once y media de la mañana (pero pocos de ellos, si es que alguno lo había hecho, añadió Edward con una risilla agria, se habían quejado de que les fastidiara el sol del amanecer, o eso tenía entendido, al menos). El suelo de aquellas pistas, el sistema de drenaje y la propia hierba habían sido importados de Inglaterra, instalados especialmente y con enorme cuidado con el objeto de emular el césped paradisíaco que cubría las pistas en Wimbledon. Edward podría haber continuado con su explicación pero en ese momento Padraig localizó un pavo real sentado en el muro roto que bajaba culebreando de una terraza a otra, protegiéndolas del viento del Norte. Mientras él se acercaba para investigar, Edward murmuró: «Un excelente muchacho, doctor, un excelente muchacho». Pero el agrio y viejo doctor se limitó a emitir un gruñido malhumorado, negándose a dejarse apaciguar.

Padraig regresó y bajaron todos por un tramo amplio e imponente de escaleras de piedra en las que se alineaban a intervalos urnas agrietadas que, aunque con escudos de armas, no contenían nada más regio que unos cuantos penachos de hierba, cardos y, en una de ellas, lo que parecía ser una planta de patatas. En las escaleras de piedra brotaban entre las grietas y las hendiduras hierbajos verdes incontrolados. En la terraza siguiente había un joven mirando al mar y sonriendo alegremente. Ante el ruido de pasos se volvió y, sonriendo y mirando al suelo, reanudó la tarea de cavar con la pala que tenía en la mano.

—Ah, hola, Seán —le dijo Edward.

—Buenos días, señor.

El comandante se dio cuenta con sorpresa de que el pie que, tras uno o dos movimientos protocolarios de cavado había pasado a apoyarse en la pala, estaba calzado con un zapato resplandeciente, la pernera del pantalón tenía pulcramente planchada la raya y echado sobre los hombros del joven y anudado a su cuello llevaba lo que parecía un jersey de críquet de Trinity.

—Oiga, Edward, tiene usted un jardinero muy elegante.

Pero Edward estaba ocupado explicándole a Padraig (que no mostraba ningún indicio de estar interesado) que allí la tierra no era adecuada para el cultivo de patatas: contenía gran cantidad de cal y retenía la humedad de tal manera que si llovía muy copiosamente las patatas se pudrían en el suelo, casi con seguridad, antes de que pudiesen sacarse y comerse. Teniendo en cuenta ese hecho, parecía haber sido un error cavar las pistas de tenis (pues, en una tentativa de hacer productiva la tierra, habían sido cavadas una o dos). En realidad, las que se habían dejado intactas habían olvidado sus aristocráticos orígenes y se habían «irlandesizado», la hierba delicada se había hecho gorda y succulenta en el clima húmedo, más adecuada para alimentar vacas que para asestar derechazos a la pelota de tenis. No es que eso importase mucho porque a las gemelas («mis dos hijas pequeñas, aproximadamente de tu edad») no parecía interesarles mucho el tenis.

—¿Tú juegas al tenis?

Padraig, tras su momento de entusiasmo por los pavos reales, se había puesto ceñudo una vez más.

—La verdad es que no. —Padraig detestaba todos los deportes; lo aseguró en un tono firme y satisfecho. Sobre todo los deportes que entrañaban un contacto con los cuerpos de otras personas.

—Pero el tenis... —empezó a decir Edward.

Después de llegar a la terraza más baja, contra la que el mar batía en frías y grises olas, giraron a la derecha, siguiendo un camino de grava por el borde del agua. Reseguían el camino unos setos de aligustre monstruosamente descuidados y terminaba en un cobertizo para botes, provisto de rampa, que daba al mar y las cuadernas de lo que había sido en tiempos un yate grande medio pudriéndose al aire; adosada al cobertizo había una construcción cuadrada más alta, que Edward dijo que había sido la pista de *squash*. (Y ¿qué era, quiso saber Padraig, una pista de «*squash*»? Fuese lo que fuese, el nombre daba una impresión muy desagradable). Era en la pista de *squash* donde parecía ser que Edward tenía sus cerdos. Abrió la puerta y entró, emitiendo sonidos arrulladores. Padraig le siguió, arrugando la nariz. El doctor Ryan lanzó un suspiro y volvió sus seniles y arrugados rasgos hacia el comandante.

—Puaj, he andado demasiado sin meterme nada en el cuerpo. Es mucho para un hombre de ochenta años.

Antes de entrar, el comandante se volvió a mirar hacia el hotel, que desde allí quedaba mucho más cerca; el terreno se precipitaba bruscamente y un ala almenada del edificio colgaba casi directamente encima. Pero la voz de Edward desde el interior de la pista de *squash* le llamaba para que entrara a contemplar sus beldades, sus tres notables cochinitos. El edificio consistía en una pequeña antecámara y un enorme espacio rectangular con paredes blancas desconchadas y un suelo de madera podrido. El tejado era de un cristal verdoso que llenaba el lugar de una turbia luz submarina. Además, Edward había encendido dos faroles de viento que colgaban de grandes brazos metálicos remachados en las paredes; vertían su luz sobre montones de paja, barro, excremento y comestibles. El hedor era insostenible.

Los cochinitos, de un rosa brillante bajo la cascada de luz de los faroles, cabrioleaban alrededor de Edward, que estaba arrodillado en un montón de paja humeante, esforzándose todo lo posible por hacerles cosquillas en la barriga, aunque ellos estaban en tal éxtasis de excitación que apenas se quedaban quietos un momento, mordisqueándole y chupándole los dedos y echándose encima de los zapatos.

—Mírenlos, ¿han visto alguna vez en su vida unos animalitos tan maravillosos? Vamos, vamos, tranquilizaos un poco y mostrad a vuestros visitantes lo bien que sabéis portaros. Mire, Brendan, éste es *Mooney*, éste es *Johnston* y el que le está oliendo el calcetín es *O'Brien*. Los alimentamos principalmente con dulces rancios de panadería, los que no han vendido. Una vez por semana recibimos un par de sacos que nos mandan de Dublín en el tren: tartas heladas, panecillos y bollos de pasas, suizos, ¡bueno, de todo!, bizcochos de limón, rosquillas de almendra, dameros, tarta de Madeira... Muchos están tan frescos que no le importaría a uno comérselos.

Edward, que miraba con ternura a los gordos y rosados animales que aún seguían girando y saltando alrededor de sus pies, se volvió hacia el comandante para buscar corroboración.

El comandante se aclaró la garganta para hacer un comentario favorable sobre los cochinitos. Pero se lo impidieron un gruñido y un grito que rompía los tímpanos. Era *Rover*, por supuesto, que les había seguido a la pista de *squash* sin que se dieran cuenta. Durante unos instantes se produjo un caos mientras los otros dos cochinitos se unían a los chillidos y Edward intentaba tranquilizarlos. El cerdito *Mooney*, que nunca habría sospechado que alguna criatura de este mundo pudiese desearle mal y quizá pensase que el viejo podenco no era más que otro cerdo un poco peludo, había efectuado juguetonamente una cabriola que le había hecho aterrizar al alcance de los agudos dientes del perro. Éste le había administrado un doloroso mordisco. Durante un instante el ruido penetrante, la figura servil de Edward, los faroles balanceantes y el asfixiante hedor amoniacal se combinaron todos con el cansancio del viaje, de manera que el comandante se preguntó si no se le habría trastornado el juicio.

Sacó la cabeza por la puerta y aspiró una gran bocanada de aire fresco y sin perfumar. El alivio fue extraordinario. Se oyó un rumor de pasos. Una muchacha

pechugona que vestía un delantal se dirigía hacia ellos caminando por el sendero.

—¿El amo? —preguntó—. ¿Está ahí? Hay un caballero en la puerta.

El comandante asintió y entró otra vez en el edificio para decirle a Edward que estaban buscándole. Los cochinitos ya se habían calmado y estaban tumbados en hilera ofreciendo sus vientres para que se los rascaran. Edward se puso de pie con una mueca de enojo y dijo: «Bueno, ¿por qué no se quedan aquí un ratito entretenidos mirando a los cerdos y vienen luego a la casa cuando hayan terminado para tomar el té? Les veré allí en unos minutos. —Tras lo cual se fue rápidamente. Al cabo de un momento volvió para decir—: Por cierto, ¿les importaría apagar los faroles antes de irse?». Luego volvió a marcharse.

El doctor Ryan y el comandante intercambiaron una mirada pero no dijeron nada. Pdraig hizo un gesto agrio y empezó a limpiarse una bota con un puñado de paja limpio. Los tres cerditos, que se daban cuenta gradualmente de que el flujo de placer sobre sus gordos y rosados vientres había quedado interrumpido, se incorporaron y se sentaron. Sus tres visitantes los miraron hoscamente hasta que, uno a uno, los animales se fueron hasta un montón de barro y paja rezumante del rincón más lejano del corral, donde se instalaron dando la espalda a la franja de lata. Desde allí miraban con recelo y alarma a aquellas criaturas hostiles que (en apariencia, al menos) tanto se parecían a su amado Edward.

El comandante, cuando consideró que habían contemplado a los animales durante un período de tiempo adecuado, apagó las luces (lo que volvió a los cerditos grises como ratas) y condujo al doctor y a su nieto al aire fresco. El anciano caballero parecía muy cansado y sus movimientos se habían hecho más temblorosos y vacilantes que nunca. Empezaron a subir en silencio hacia la silueta nebulosa y amenazadora del Majestic, con el viejo apoyándose pesadamente en el frágil hombro de su nieto y en el bastón. «La verdad es —pensó el comandante— que ha sido una falta de consideración terrible la de Edward, hacer bajar hasta allí al “vejstorio senil” para esa tontería suya de los cerdos».

Se detuvieron para descansar en un tramo de escaleras de piedra entre dos terrazas. Habían alcanzado altura suficiente para que el comandante pudiese divisar ya el panorama por encima de la faja de tierra de parque hacia el suroeste y, más allá, hacia el prado. Desde la terraza de más arriba, o desde una situada por encima de ésta, deberían verse claramente las granjas de los arrendatarios y las colinas onduladas que había tras ellas. Las casas de labranza (las recordaba perfectamente) estarían agrupadas allí en las verdes laderas y parecerían, a aquella distancia, como grises terrones de azúcar.

Tomaron un corto atajo que cruzaba la penúltima terraza y que les condujo hasta una inmensa piscina; era espléndida y, por alguna razón, el comandante no la había visto hasta entonces. Había aquí y allá brillantes mosaicos azules visibles a través del liquen verde que velaba sus lados y cruzaron ante el esqueleto blanco y desmigajado de una tabla de salto; junto a ella había un trampolín colgando sobre el agua negra, en

cuya superficie, por accidente o por diseño, se veían verdes discos de nenúfares. «Debe de ser agua fresca —pensó el comandante—. Tal vez agua de lluvia».

Mientras él observaba, algo se movió poderosamente bajo la superficie. «Parece que podría haber buena pesca. Lucios, no me sorprendería que los hubiese. Lástima que Edward no tenga un cocinero decente».

Al doblar un recodo de la piscina llegó hasta ellos durante un instante un reflejo del cielo en el agua que dejó a los nenúfares flotando en azul celeste. El comandante volvió a mirar atrás para ver si asomaba algún pez, pero la superficie estaba lisa y cristalina. Se sintió tentado de volver y probar el trampolín para ver si estaba podrido o no. Seguro que sí lo estaba. Y era lo que correspondía. Desde allí los jóvenes a la moda, sus antiguos camaradas de armas, tras uno, dos, tres pasos, habían dado un salto de carpa en el azul celeste. Había algo conmovedor en aquel vestigio de una juventud feliz; el comandante se sintió, en cualquier caso, conmovido.

Ya se encontraban en el último tramo de escaleras y pronto estarían sentados en los sillones tomando el té.

—¡Hemos escalado el Matterhorn, doctor! —pero el anciano, con la cabeza y los hombros inclinados hacia delante sobre el pecho, estaba demasiado exhausto para contestar.

El comandante miró hacia el prado y, por supuesto, allí estaban las casas de labranza esparcidas como grises terrones de azúcar en los campos ondulados y mullidos. Mucho más cerca, sin embargo (de hecho, lo bastante para haber resultado visibles desde la terraza más baja si hubiesen mirado con más atención), no lejos del muro de piedra plana que separaba el parque del prado, había un hombre con un abrigo andrajoso de pie, inmóvil, situado de cara al Majestic pero con los ojos fijos en el suelo. El comandante se preguntó si sería el mismo hombre que había visto antes y, mientras entraban y sus pasos resonaban bajo la gran cúpula de cristal del salón de baile, se le ocurrió la idea incongruente pero inquietante de que quizá aquel hombre tampoco pondría objeción alguna a compartir algunos de aquellos dulces casi frescos con los cochinitos de Edward. Antes de ir a lavarse y a cambiarse de camisa le dijo a Edward que había un tipo rondando por allí por el prado y se envió a Murphy a decirle al tipo aquél que se largara. Era probable que se tratara de esa pesadilla de toda la gente respetable de Irlanda, de un quincallero.

Entró siguiendo un impulso. Estaba muy oscuro. Las gruesas cortinas aún seguían medio echadas, como las había dejado él seis meses atrás, y sólo dejaban que penetrase un levísimo brillo de trémula luz. Las botellas y los vasos de la barra brillaban en las sombras; había un fuerte olor a gato y movimientos silenciosos en la oscuridad. Al alzar la vista se sobresaltó un instante al divisar un par de brillantes ojos amarillentos desencarnados que le miraban desde el techo. Cuando se acercó a la ventana para abrir las cortinas, se dio cuenta de que la habitación hervía de gatos.

Estaban por todas partes, recorriendo nerviosos la alfombra en todas direcciones; amontonados juntos en tumbonas formando masas de piel al azar; enroscados individualmente en los taburetes de la barra. Se desplazaban con delicadeza entre las botellas y los vasos. Cabezas afiladas y temerosas le atisbaban desde detrás de sillas, mesas y cualquier otro objeto capaz de brindar refugio. Había incluso un animal enorme color naranja muy por encima de él, pilotando los cuernos desplegados de una cabeza de ciervo fijada a la pared (debía ser el propietario de los ojos amarillos resplandecientes que le habían sobresaltado poco antes). Durante unos instantes, al comandante le causó cierta repugnancia aquella multitud peluda antes de que la habitación se disolviese abruptamente en una percusión estremecedora de estornudos. Cayó lentamente a su alrededor una fina cascada color gris. «Vaya, maldita sea, ¿de dónde demonios procederá esta colección? Todos los gatos de Kilnalongh deben estar utilizando el Majestic para criar, y no todos ellos son salvajes, además». De hecho, encabezados por el gato gigante anaranjado que se había lanzado pesadamente al aire y había aterrizado en el respaldo de una silla y luego se había deslizado hasta el suelo, estaban todos avanzando hacia él y emitiendo un ruido de lo más temible. Pronto estuvo hundido hasta las canillas en una alfombra hirviente de piel.

Pero se movió bruscamente y los animales se dispersaron observándole con temor. El olor se había hecho nauseabundo. Intentó abrir la ventana pero el marco de madera debía de haberse hinchado con la humedad. Estaba encajado, era inamovible. A punto de irse ya, vio el sobre que había en la barra. Era la carta que Angela le había dado a Edward el día del funeral; su nombre estaba escrito en el sobre con aquella letra precisa que tan familiar había sido para él en otros tiempos. Pensó en aquella carta olvidada allí durante los largos meses que había estado fuera, el último mensaje para él de Angela, con los gatos multiplicándose a su alrededor, las estaciones sucediéndose. La abrió desazonado, pero no la leyó. Era demasiado larga. La guardó en el bolsillo y, con tristeza, se abrió camino entre los gatos hacia la puerta.

Edward recibió al comandante en el Patio de las Palmas con un nuevo acceso de entusiasmo, como si los escasos minutos que habían transcurrido hubiesen sido otra larga separación más. En cuanto el comandante atravesó la nueva y asombrosa espesura de bambú que amenazaba con bloquear por entero la entrada (pues también allí se habían ido sucediendo las estaciones), se levantó diciendo: «Aquí está, en persona. Venga, venga y explique por qué no se ha mantenido en contacto con nosotros todo este tiempo..., ¿eh? ¡Oigamos sus excusas, vamos! Seguro que nuestro buen amigo ha estado demasiado ocupado persiguiendo a las damas para acordarse de nosotros. ¿Qué piensa usted, doctor? ¿Qué le parece a usted un amigo que no es capaz de escribir cartas? Poca cosa es como amigo, ¿verdad? Y tengo la impresión de que además ha engordado. Lo que necesita es cabalgar un poco, diría yo, y salir unas cuantas mañanas temprano con una escopeta y un perro. ¿Qué me dice usted a eso, Brendan? No estaría mal, ¿verdad? Yo ya sabía que tarde o temprano se acabaría cansando de la ciudad. Ahora venga, cuéntenos todas las noticias, amigo. Siéntese

aquí para que podamos verle bien. Sí, ésa parece bastante sólida. Acérquela un poco y le haré los honores. Bueno, sí, ya ve, tengo que hacerlo todo yo mismo últimamente, estoy convirtiéndome en una vieja, sí, señor, una auténtica vieja. Hemos empezado ya. No le importará, ¿verdad? No íbamos a dejar que el té se enfriara...

Mientras el comandante sorbía su té y observaba con curiosidad aquel entorno escasamente familiar que le rodeaba, Edward le lanzaba preguntas, saltando de un tema a otro, las más de las veces sin esperar respuestas. Tal era su estado de excitación que apenas podía estarse quieto. No hacía más que levantarse bruscamente a cada momento para hacer ajustes innecesarios en la mesa.

—¿Cómo estuvo Ascot este año? —decía a gritos, alegremente, poniendo a todos una cucharilla de más—. Habrá estado usted allí. Vamos, no me diga que no estuvo. ¿Sí? ¿Sí? No, espere un momento y pruebe un poco de éste a ver si le gusta. Conseguí que el hombre de Fox me lo hiciese, una mezcla especial, de mi invención, pensé que la probaría con usted, a ver si le gusta. No, espere, tome primero un trozo de tarta. De Bewley. Dicen que es muy buena, yo no entiendo mucho de tartas, pero dicen que es buena. ¿Le he dicho que he vuelto a la ciencia? No hay que dejar que el viejo cerebro se oxide, ¿verdad? Cuerpo y mente. Cuerpo y mente. Cuerpo y alma, como diría Sammy. Yo nunca he tenido tiempo para Ascot, Brendan. Ascot es para las damas, solía decir mi padre, los hombres sólo están allí como loros disecados. A mí que me den una carrera sencilla a campo través, lo prefiero sin ninguna duda, en eso no hay nada que no tenga sentido. A veces dejaba que la pobre Angela y su madre me obligaran a ir. (Pobre Angela, pensó el comandante al oír su nombre, sintiendo un remoto dolor compasivo por las hojas de papel dobladas que llevaba en el bolsillo del pecho). Pero no me interesaba. Ahora dígame, joven, ¿qué tomará usted? Otro trozo de tarta para poner un poco de músculo en el esqueleto, ¿eh? ¿Y usted, doctor? ¿Más té? Bueno, Brendan, yo no sé, francamente, hacia dónde va este país. ¿Se han vuelto locos allá en Londres? Díganos, usted acaba de llegar de allí, ¿se han vuelto locos o qué? Los malditos fenianos se dedican a asesinar impunemente. Y lo último es lo de apoderarse de las tierras. Esos artículos tan compasivos en los periódicos por lo que llaman «el hambre de tierra en el oeste». ¿Sabe usted lo que es eso? Están obligando a la gente a entregar la tierra a punta de pistola por una miseria...

—¡No seas imbécil, Edward! —dijo claramente el médico.

—Ahí lo tiene, Brendan —continuó Edward hoscamente—, ve lo que le digo. El buen doctor y yo hemos tenido ya unas palabras sobre esto. ¿Sabe usted que hasta han estado intentándolo conmigo?

Y poniéndose de pie bruscamente una vez más, cogió un cuchillo de partir pan y empezó a cortar el follaje con él como si se tratase de un machete. Y era cierto que la espesura de helechos, plantas trepadoras, gomeros y sólo Dios sabía qué se había hecho tan exuberante como para que no se la tomase a broma. Antes la mayoría de las sillas y mesas habían estado asequibles aquí y allá, en lagos comunicados por una red de senderos, pero ahora todas salvo unas pocas habían quedado bloqueadas por



aquella marea verde incontenible. Mientras Edward cortaba ramaje con el cuchillo del pan el comandante, ansioso por cambiar de tema, comentó cortésmente que nunca en su vida había visto que las plantas de interior «se diesen» tan bien. Edward, cuya exuberancia se estaba apagando bruscamente, murmuró algo confuso sobre el sistema de riego, luego algo más sobre el alcantarillado y la fosa séptica. «Un trabajo endiablado —decía refiriéndose a algo impreciso— y, francamente, el gasto...»; luego, tras apartar a patadas con un suspiro las hojas y ramas cortadas formando un montón con ellas al lado de la mesa, se derrumbó en su silla de nuevo.

—Y a la larga, qué importa en realidad —le oyó murmurar el comandante muy suavemente, y se quedó con la boca abierta, mirando hacia arriba, hacia la gran claraboya que había sobre ellos, bloqueada también por la vegetación. *Rover*, que había estado dormitando con la barbilla sobre el empuje del comandante, se levantó a inspeccionar el montón de hojas y ramas, alzó una pata para rociarlas con unas cuantas gotas de orina y luego, abrumado por la inercia, se enroscó al lado del comandante a dormir un poco más.

Hubo un largo silencio mientras seguían allí sentados en la verdosa oscuridad. El viejo estaba inmóvil, profundamente hundido en un sillón, igual que le recordaba el comandante de su primera visita y, según todas las apariencias, profundamente dormido detrás de los párpados cerrados. El comandante se dio cuenta consternado de que la bragueta del anciano estaba abierta; sobresalía de ella un pliegue de franela como el relleno de una muñeca rota. ¡Caramba! Alguien debería habérselo indicado al pobre viejo; a su edad no se le podía reprochar un descuido como aquél. ¿Y por qué no se le había ocurrido a nadie quitarle el sombrero? Tenía un aspecto ridículo allí sentado junto a la mesa del té con aquel sombrero puesto (aunque era verdad que el follaje le hacía sentirse a uno como si estuviese al aire libre).

—Dijo usted que podría coger unas plumas de pavo real —se quejó Padraig, pero Edward no le contestó y volvió a caer el silencio sobre ellos.

Hasta que se hizo audible un leve rumor, como de alguien que se estuviese abriendo paso cautelosamente por uno de los senderos que cruzaban la espesura. Antes, recordó el comandante, había un camino que llevaba desde un extremo del Patio de las Palmeras hasta el otro (donde había una escalera de caracol que bajaba a las bodegas). Parecía, a juzgar por el rumor de hojas que se acercaba cada vez más, que aquel sendero continuaba siendo practicable aunque pareciese no serlo. El ruido de movimiento se detuvo un instante muy cerca, y se oyó un hondo suspiro, una larga exhalación de aliento, casi un gemido. Luego el ruido se oyó de nuevo. De un momento a otro alguien aparecería, surgiendo de detrás de un arbusto tropical extraordinariamente frondoso que parecía haber atravesado con sus raíces las baldosas del suelo hasta la rezumante oscuridad de más abajo. Aquel rumor de pasos seguía siendo lo único que se oía. Hasta el médico pareció haber dejado de respirar. El comandante intentó ver más allá del tronco peludo, curvado y reticular de aquel arbusto, para identificar (entre aceitosas y suculentas hojas, grandes como platos) la

diminuta figura que avanzaba muy despacio arrastrando los pies. Era la anciana señora Rappaport.

Se detuvo en el claro que había delante de la mesa del té y la miró con ojos apagados.

—¡Edward!

Edward no dijo nada, continuó allí sentado como si estuviese hecho de piedra.

—Edward, sé que estás ahí —repitió la anciana en un tono estridente—. ¡Edward!

Edward parecía angustiado pero no decía nada. Tras una larga pausa la anciana se dio la vuelta y empezó a desplazarse de nuevo. Oyeron, durante lo que pareció un siglo, el rumor menguante de su avance seguido de un prolongado forcejeo con el bosquecillo de brotes de bambú. El comandante, mientras escuchaba la lucha de la anciana por intentar librarse de la red de bambú, se preguntaba si debería acudir en su ayuda. Pero finalmente la lucha cesó. La señora Rappaport había conseguido llegar al salón de los huéspedes.

Volvió el silencio y al comandante le pareció que la penumbra verdosa se había convertido ya en una oscuridad insoportable. Si al menos hubiese funcionado el famoso generador «Haz Más», podrían haber barrido aquella oscuridad acuosa con una riada purificadora de luz eléctrica. Miró a su alrededor buscando la lámpara de pie que Angela había encendido una vez en aquella misma espesura, pero aunque debía hallarse, sin duda, todavía en algún lugar próximo (pocas cosas se cambiaban deliberadamente en el Majestic) no había ya medio alguno de saber cuál de aquellos arbustos frondosos poseía un tronco tubular metálico y una corola de cristal.

—¿Ha comido usted suficiente, amigo mío?

—¿Eh? —dijo el comandante.

Pero Edward estaba hablando con el perro. De todos modos, al cabo un momento, como si el sonido de su propia voz le hubiese impulsado a la actividad, se agitó con desasosiego y miró a sus invitados. Se levantó un instante, sin echar hacia atrás la silla, luego volvió a sentarse.

—Me alegro de saber que es usted todo un deportista —le dijo a Padraig con un esfuerzo—. Es bueno para un joven..., el críquet, el *hockey* y demás. La verdad es que yo nunca he sido muy bueno en el críquet... Demasiado impaciente con el asunto, supongo yo.

—Yo odio el críquet —dijo Padraig hoscamente.

Sirviese o no este intercambio de pareceres para despejar la atmósfera, lo cierto es que el doctor Ryan empezó también a hablar, aunque tan bajo que el comandante sólo consiguió saber que hablaba pero no lo que estaba diciendo. Tardó un tiempo en darse cuenta de que el anciano había empezado a hablarle a Edward, de manera áspera, confortante y consoladora, de alguien que había muerto. Y tardó aún un poco más en darse cuenta de que ese alguien era Angela, como si se hubiese muerto sólo unas horas antes en vez de hacía unos meses.

La gente es insustancial, entendió que decía el anciano, un médico debería tener

motivos para saber eso mejor que nadie. Están con nosotros durante un tiempo y luego desaparecen y no se puede hacer nada para evitarlo. No hay que dejar que eso te amargue ni te hunda, porque en realidad no tiene sentido. No hay ninguna salida posible para nadie y hay que aceptar el hecho de que una persona («Tú incluido, Edward, y el comandante y este chico también»), una persona es sólo una cosa muy temporal y provisional, lo mismo que lo es el amor que uno siente por ella... Así que Edward debía entender que aquella joven que acababa de morir, su amada hija Angela, a la cual él, el doctor Ryan, había ayudado a traer al mundo, incluso en el apogeo de su juventud y su salud, era intemporal e insustancial porque... la gente es insustancial. No dura siempre, no perdura. Era algo que un médico tenía buenos motivos para saber. La gente no perdura, nunca.

Edward se echó a reír cordialmente y dijo, encendiendo una vela: «Me acuerdo yo de una vez que unos tipos de Trinity me pidieron que fuese con ellos a practicar lanzamientos (a mí me gustaba mantenerme en forma durante las vacaciones) y yo tenía por entonces, maldita sea, tantos pájaros en la cabeza que me inventé la historia fantástica de que era un lanzador tremendo. Bueno, tenían las redes puestas contra la pared, claro. La primera pelota que lancé (estaba bateando un tipo que se llamaba Moore, que jugó más tarde con los Gentleman de Irlanda), la primera pelota, nada menos, ¡no sólo pasó limpiamente, la condenada, por encima del bateador, por encima de la red, por encima de la pared, sino que fue a dar en el techo de un coche de caballos en Nassau Street y siguió luego hasta la mitad de Dawson Street! ¡Vaya que sí! Menudo lanzamiento aquél. Me puse rojo como un tomate, como pueden comprender y, Dios santo, cómo se rieron de mí. Después de aquello me limité a los guantes, claro está». Tras un burbujeo de alegría, Edward fue apagándose gradualmente una vez más.

El comandante había sacado, siguiendo un impulso, la carta de Angela del bolsillo y (dominado por la curiosidad y un vago temor a lo que pudiese contener) estaba forzando la vista en la penumbra iluminada por las velas para leerla, mientras el médico iniciaba un monólogo incoherente y divagatorio hablando de que había un nuevo espíritu en Irlanda (era evidente que el anciano estaba tan exhausto y su mente tan ofuscada que no sabía ya dónde estaba ni de qué estaba hablando).

Sí, era como él pensaba, *Queridísimo Brendan* (la letra regular, línea tras línea como pequeñas olas batiendo incesantes en una costa suave). *En mi tocador* (el espejo, los cepillos, los joyeros, incluso una foto de él). *Desde la ventana de mi dormitorio puedo ver...* Pero ¿qué podía ver ella? Sólo dos olmos y un roble, que se decía que tenía ciento cincuenta años, el segundo o tercer árbol más viejo de la finca, el borde de un camino por el que a veces vagaban los perros, pero a aquella distancia ella apenas podía reconocerlos... ¿Foch o Fritz? ¿Collie o Flash? Estaban demasiado lejos, en cierto modo (pensó el comandante) eran ya demasiado particulares... La atención de ella sólo podía fijarse ya en una generalidad como la rotación de los planetas. Pero *a las once y doce minutos vino el médico* y él y Angela tuvieron una

larga charla que, pese a todo, no impidió que ella se diese cuenta de que *uno de los botones de su chaleco estaba colgando de un hilo* y de que llevaba una gran mancha en la chaqueta de lo que no podía ser más que papilla... (El médico entre tanto murmuraba en el tono quejumbroso de un anciano cansado: «Hay un nuevo espíritu en Irlanda; puedo sentirlo, ¿saben?, y lo veo en todas partes. Los británicos están acabados aquí. Es algo de lo que ya no hay duda, hace veinte años que no la hay. Lo único que hay ya es un inmenso ejército que mantendrá Irlanda bajo el yugo británico. Si siguieses mi consejo, Edward, cederías graciosamente ahora mientras aún puedes, les darías la tierra que están pidiendo, porque, si no lo haces, te la quitarán de todos modos. Parnell fue el último hombre que podría haber preservado algún tipo de vida para los británicos en Irlanda, pero los malditos imbéciles no se dieron cuenta, ¡creyeron que era su enemigo! Que se fastidien. No me dan ninguna pena, han vivido aquí durante generaciones como elegantes figuras decorativas sin pensar nunca en los sufrimientos de la gente. Ahora es su turno y no voy a derramar ni una lágrima por ellos. Ay, cómo han cambiado las cosas desde que yo era niño, la gente no parece la misma, habría que ser tonto para no darse cuenta»).

«Pero es una carta enorme —pensó el comandante, sobrecogido, sopesando el montón de papel arrugado que tenía en la mano—. Tuvo que ser un esfuerzo prodigioso el solo hecho de escribir una carta así estando debilitada por la enfermedad, y no pudiendo alimentarse adecuadamente —pensó con un estremecimiento en las bandejas con comida intacta que subían y bajaban por las escaleras—, y tanto detalle resulta insoportable».

(«Por supuesto, yo era un niño entonces, demasiado pequeño para recordarlo, pero mi padre lo había visto y también mis tíos, que en paz descansen, eran hombres viejos antes de los treinta por la preocupación y el problema. Me acuerdo de cómo hablaba la gente de ello, ¿saben? Debió de ser voluntad de Dios, decían. Él lo envió para castigarlos, ¿comprendéis? Así que ¿qué puede hacer un hombre ante eso? Seguro que tendremos que ir a otro país, decía él, a América en un barco, porque en Irlanda nunca haremos nada de provecho; moriremos, seguro que no habrá manera de evitarlo... Hombre, decía yo, ¿qué necesidad hay de irse? El hambre se ha acabado ya y hay alimento suficiente. Pero seguro que volverá otra vez, decía él, nunca se sabe, es mejor marcharse. Según lord Harry, en aquellos tiempos la gente se iba tan deprisa que algunos hasta se morían de hambre allí, en los muelles de Nueva York. En Irlanda no hay salida posible, te decían...»).

—En Irlanda no hay salida posible —ratificó Edward, haciéndole un guiño al comandante, que pensaba: «Tanto detalle es insoportable». El diseño de la alfombra, sobre la que los pies blancos de la paciente, aún continuaban pisando día tras día, mañana y tarde, para efectuar sus abluciones... hasta que llegó inevitablemente el día (él había estado aguardándolo con desesperación), hasta que llegó inevitablemente la página en la que la jarra y el cuenco y la esponja vinieron hasta ella por la alfombra y la alfombra salió de su mundo y ella estuvo dispuesta a abandonar su mundo. «Tanto

detalle es claramente insoportable, desde luego», pensó el comandante, mientras Edward alargaba la mano en la oscuridad para comprobar si la gorda panza de la tetera estaba aún caliente, pasándole, al mismo tiempo, abstraído, el azucarero al médico, que no lo necesitaba para nada y murmuraba palabras incoherentes en el sentido de que si Edward o cualquier otro se riesen de lo que él estaba diciendo era porque él o ellos era o eran unos canallas y necios británicos (una parte del cerebro del comandante se había mantenido de servicio para corregir la gramática mientras pensaba: «La verdad es que cuando llegué e intenté besarle la mano ella se apartó de mí como podría haberse apartado de un zafio desconocido»).

—Aquéllos eran los buenos tiempos —proclamó abstraído Edward, quizá pensando en el día en que había lanzado una bola de criquet hasta Dawson Street.

—¡Por supuesto que *no* lo eran! —replicó el médico.

¿Por qué tendría entonces que escribir todo esto? Página tras página para alguien a quien apenas conocía. La caligrafía regular e incansable seguía con su murmullo rítmico. Sólo en las últimas páginas empezaba a vacilar un poco.

*No me moriré ahora.*

*Brendan, si muero, ¿quién cuidará de ti cuando yo me haya ido?*

Y había numerosas observaciones más, trazadas con una letra débil, que el comandante no tenía valor para descifrar.

—La gente es insustancial —murmuró el médico, mientras su cabeza ensombrerada caía somnolienta sobre el pecho—. No dura eternamente. Por supuesto, a la larga, da igual.

Estaba firmada, sin la matización habitual de la «prometida que te quiere», sólo ponía: *Angela*.

—El amigo se nos ha quedado dormido —dijo Edward—. Hay que ver qué tonterías dice. Me temo que está poniéndose un poco..., ya me entiende usted.

Luego se puso de pie y gritó ensordecedoramente a Murphy que trajese más velas porque todo estaba infernalmente oscuro. El comandante volvió a guardarse la carta en el bolsillo. Al bajar la vista, descubrió consternado que su propia bragueta estaba desabrochada. Se apresuró a abrochársela antes de que llegase Murphy con más velas.

—¿Puedo coger unas plumas de pavo real? —reclamó Padraig obstinadamente—. Usted me lo prometió.

—Por supuesto, por supuesto —le dijo Edward afablemente—. Mira, por qué no vas y les pides unas cuantas a las gemelas; estoy seguro de que ellas tienen muchas. Murphy, muéstrale a este joven dónde puede encontrar a las gemelas.

Cuando Padraig se fue con Murphy, el comandante preguntó:

—¿Qué están haciendo en casa las gemelas? ¿No deberían estar en el colegio?

—Las mandaron a casa —contestó sombríamente Edward—. Eran un incordio en el colegio.

Suspiró después de decir esto pero no explicó más.

Esperaron en silencio el regreso de Padraig. Finalmente, oyeron los golpeteos y sacudidas que anunciaban su llegada. Instantes después surgió de la oscuridad. El comandante le miró detenidamente. Estaba rojo e indignado y parecía a punto de llorar. Tenía el pelo revuelto y la camisa por fuera. Apretaba en una mano un puñado de plumas de pavo real.

Edward le miró con preocupación, pareció a punto de decir algo pero cambió de idea. Por último, volvió a suspirar y dijo que creía que ya era hora de despertar al médico y mandarle a casa.

Antes de irse, el médico, restaurado por su breve siesta y recordando ya por qué estaba allí, dijo:

—Por última vez, Edward, ¿llegarás a un acuerdo con los campesinos sobre la tierra, por tu propio bien además de por el suyo?

—Hasta ahora he recibido dos cartas amenazadoras. Se las he entregado las dos al inspector del distrito. Da la casualidad de que hay una ley en el país que protege la propiedad privada de las personas y no tengo ninguna intención de ceder ante las amenazas.

—¿Es ésa tu última palabra?

—Sí —replicó secamente Edward.

---

#### LENIN Y POLONIA

«Para liberarla de sus opresores»

El *París Matin* dice: «Se ha transmitido desde Moscú un mensaje telegráfico proclamando en términos que toda Rusia se está preparando para luchar contra Polonia. El seis de mayo la mayor parte de la guarnición de Moscú, formada por ciento veinte mil hombres, abandonó la capital soviética camino del frente del Dniéper. Lenin y Trotski se dirigieron a las tropas. Lenin dijo: “No queremos luchar contra Polonia pero la liberaremos de sus opresores. ¡Muerte a los terratenientes polacos! ¡Viva la República polaca de obreros y campesinos!”».

---

#### TERRORISMO CERCA DE KILKENNY

*Damas aterrorizadas por hombres armados*

El domingo por la noche, ya tarde, se produjo una alarma considerable en Kilkenny ante la noticia del «asalto» en Troyswood, a kilómetro y medio de la población, llevado a cabo por hombres enmascarados y armados con revólveres, a una serie de automóviles y coches de caballos que transportaban a damas y caballeros, entre los que figuraban el comandante J. B. Loftus, diputado y juez de paz Mount Loftus y sir Hercules Langrishe, Bart, Knocktopher Abbey, a un baile en la casa del capitán J. E. St. George, C. R., Kilrush House, Freshford, a unos dieciséis kilómetros de Kilkenny. La carretera había sido bloqueada con una barricada formada por grandes piedras.

Algunos de los vehículos no pararon inmediatamente cuando se lo ordenaron y se efectuaron varios disparos, pero nadie resultó herido, aunque algunos de los pasajeros dicen que las balas les pasaron muy cerca.

Todos los que iban a la fiesta, que vestían trajes de noche y de etiqueta, fueron obligados a amontonarse en una zanja mientras se efectuaba la destrucción de los motores, y algunas de las damas pasaron mucho miedo. Poco después llegaron más coches de caballos y los asaltantes se esfumaron, dejando que sus víctimas volvieran a casa como pudiesen.

Ayer por la mañana había seis automóviles alineados a un lado de la carretera y los motores parecían haber sido destrozados con algún instrumento romo y pesado. En el lugar al que los asaltantes llevaron a

Pocas cosas habían cambiado en el estudio de Edward desde que el comandante lo había visto en su primer día en Kilnalough, cuando habían ido a armarse contra «el feniano que andaba rondando». La misma masa sólidamente enmarañada de equipamiento deportivo seguía en el sofá. El cajón que contenía municiones aún estaba en el suelo, aunque el gato persa (que desdeñaba juiciosamente la comunidad del bar Imperial) lo había abandonado en favor del mayor confort de un enorme jersey de un blanco grisáceo que yacía en un rincón como una oveja muerta. De la ventana llegó un sonido firme y chirriante: el comandante se asomó para investigar. En el patio de abajo había un círculo de ladrillo y sobre él una inmensa rueda de carreta en posición horizontal con gastados mangos de madera; dos hombres laboraban con esos mangos, con las cabezas inclinadas por el esfuerzo, dando vueltas y vueltas, batallando como caballos de mina.

—¿Qué demonios están haciendo?

—Bombear agua hasta los depósitos del tejado. El otro pozo que hay junto a las cocinas es de agua potable, y se llena con un arroyo subterráneo. Un agua magnífica, aunque por alguna razón sabe raro en una taza de té. Tal vez se haya dado cuenta usted, Brendan, de que a veces aparecen objetos extraños en el agua del baño. No se puede evitar. Una de las viejas damas se estaba quejando el otro día de que había encontrado un sapo muerto. Mejor que uno vivo, me imagino yo. —Luego añadió sin cambiar de tono—: La vida ha sido un infierno estos últimos meses.

—Quería preguntarle por Ripon. Tengo entendido que están viviendo en Rathmines.

—Ripon es un caso perdido —dijo Edward sombríamente—. No quiero volver a oír mencionar su nombre. No se trata de que escogiese a una chica católica, no es sólo eso. No soy tan estrecho de miras como para no saber que hay gente decente entre los católicos de Irlanda, y mucha, además. Habría puesto fin a esa relación si hubiese podido, por supuesto, porque los matrimonios mixtos no resultan bien en este país, o por una parte o por la otra. Además, no quiero que nietos míos sean educados creyendo en todas las paparruchas malsanas que les enseñan. De todos modos, si hubiese sido eso lo que de verdad quería el chico no me habría interpuesto en su camino. Podría haber acudido a mí y habérmelo explicado, de hombre a hombre. Sabía muy bien que podía hacerlo. Puede que yo sea un viejo anticuado pero no soy un tirano... —Hizo una pausa y miró malhumorado su reloj; hubo un momento de silencio, luego dijo—: Venga conmigo a la casa del guarda. Hay algo que quiero enseñarle.

Se pusieron los sombreros y emprendieron el camino. El tiempo era suave, estaba nublado; aunque no había llovido había un olor a hierba húmeda que el comandante consideraba ya siempre que era el verdadero olor del campo irlandés.

—Ripon es un caso perdido —repitió Edward—. Supongo que todo el mundo lo

sabía menos yo. Supongo que usted se dio cuenta de ello, Brendan, en cuanto le echó la vista encima...

—Bueno, no —murmuró comedidamente el comandante, pero Edward no le estaba escuchando.

—Dedicarse a hacer eso a mis espaldas, eso que hizo... El muy sinvergüenza, con una jovencita inocente (¡y católica, además!), poniéndola en un aprieto como si se tratase de una simple criada, eso es algo con lo que no puedo estar de acuerdo. Me ha deshonrado a mí y ha deshonrado a sus hermanas.

Siguieron andando en silencio. El comandante podía oír el sordo y constante estruendo del mar que llegaba desde algún lugar situado detrás de los árboles que se espesaban en denso bosque, enmarañados de maleza y ensartados de zarzas como cables trampa. Llegaron al final del camino y se hizo visible la casa en ruinas del guarda. Edward condujo al comandante por entre unos matorrales hasta el lado del edificio que daba a la carretera. Allí, muy arriba, en la parte del muro que aún no había ocupado la hiedra, había un cartel pegado.

—¿Qué le parece el descaró?

El comandante se acercó para leerlo.

1. En vista de que los espías y traidores conocidos como la Policía Real Irlandesa trabajan para mantener este país en manos del enemigo, y en vista de que dichos espías y sabuesos están conspirando con el enemigo para matar con bombas y bayonetas y con otras agresiones a un pueblo pacífico, respetuoso de la ley y amante de la libertad.

2. En vista de eso, denunciemos y condenemos aquí a los antes mencionados espías y traidores y hacemos una advertencia solemne a los posibles reclutas del peligro que corren si se incorporan a la PRI. Todas las naciones están de acuerdo en cómo se debe castigar a los traidores. Es una pena que cuenta con la sanción de Dios y de los hombres.

Por orden del C. G. M.  
EJÉRCITO REPUBLICANO IRLANDÉS

El comandante había leído sobre estos carteles en los periódicos pero era la primera vez que le ponía la vista encima a uno de ellos.

—Esos granujas vienen furtivamente durante la noche, cuando creen que no corren peligro. Murphy debería ya estar aquí; le dije que trajese algo para quitarlo.

—Pero lo que yo no entiendo —dijo el comandante con una sonrisa— es cómo pueden pensar que «los antes mencionados espías y sabuesos» vayan a dedicarse a conspirar precisamente en la entrada del Majestic. Podrían buscar sin problema un sitio más visible.

—Tenemos unos cuantos chicos jóvenes parando en el hotel en este momento —le explicó Edward—. Ex oficiales del ejército traídos de Inglaterra para echar una mano a la PRI. Se supone que son los primeros de una nueva fuerza auxiliar que están empezando a reclutar. Usted no les habrá visto aún, supongo, porque les he alojado solos en el ala del Príncipe Consorte. No se llevaban bien con las señoras. El ala del Príncipe Consorte está encima de los establos, no se puede ver desde aquí, claro está. Tienen su propio comedor y todo lo que necesitan. Al principio les teníamos en el



edificio principal, pero eran bastante escandalosos, son jóvenes, en realidad (aunque han puesto su granito de arena, no crea usted, han estado en las trincheras)... El problema era que estaban molestando continuamente a las señoras; uno de ellos no hacía más que sacar una bayoneta y fingir que iba a cortarles el cuello, pero no son malos chicos. Supongo que se los encontrará usted por ahí. Utilizan a veces la pista de tenis. Ah, ahí está Murphy.

Había aparecido Murphy, portando una azada. Edward le indicó que debía arrancar el cartel y el viejo criado avanzó hacia la casa del guarda blandiendo débilmente su herramienta. Pero el cartel estaba pegado demasiado alto y quedaba fuera de su alcance.

—Necesitamos algo a lo que podamos subirnos —dijo el comandante.

—Tiene usted razón —dijo Edward—. Venga aquí, Murphy. Comandante, usted páseme la azada cuando me haya subido sobre sus hombros.

Le entregó la azada al comandante.

—Venga, hombre, que no tenemos todo el día —añadió dirigiéndose al decrepito criado, que avanzaba arrastrando los pies y mostrando claros indicios de renuencia. El comandante contempló dubitativamente sus frágiles hombros.

—Tal vez sería mejor buscar una escalera en algún sitio.

—Tonterías. Ahora no te muevas, Murphy. Agárrate al tronco de este árbol mientras me subo a tus hombros. Por el amor de Dios, hombre, no haremos nada si te encoges así cada vez que te toco.

Pero una y otra vez, justo cuando parecía que Edward estaba a punto de colocar su zapato resplandeciente y su pierna sobre los flacos hombros del viejo criado, éste se encogía ante la expectativa. Edward le puso verde por no tener aguante y le ordenó no ser tan delicado. Pero todo fue en vano. Al final tuvieron que dejar el letrero donde estaba. Edward emprendió furioso el camino de regreso. Murphy, con el alivio escrito en todos sus cavernosos rasgos, se esfumó entre los árboles. Y al comandante se le dejó abandonado a sus propios recursos.

Pasó la tarde en compañía de las gemelas. Había un conflicto entre ellas y Edward; el comandante no sabía cuál era el motivo, pero sospechaba que tenía algo que ver con el hecho de que las hubiesen mandado a casa del colegio. En cualquier caso, Edward estaba adoptando una actitud firme con ellas (o así se lo había dicho al comandante). Cualquier desobediencia o falta de respeto debería comunicársele inmediatamente a él y se las trataría como se merecían.

Parte de su castigo consistía, al parecer, en pasar la tarde con el comandante (a quien la idea le había ofendido); debían ir con él en el Daimler y enseñarle dónde quedaba exactamente un famoso río truchero. El comandante no estaba demasiado interesado por la pesca, pero no tenía nada mejor que hacer. Faith y Charity, pese al aire compungido de arrepentimiento, estaban notablemente guapas con sus vestidos azul marino y su escote de encaje blanco alrededor de sus esbeltos cuellos. El comandante les compadecía.

—¿Cuál es cuál y cómo puedo saberlo?

—Yo soy Charity y ella es Faith —dijo una de ellas—. Faith tiene más —añadió, señalando el pecho de Faith. Sonreían las dos desvaídamente.

Durante la tarde, mientras recorrían en coche las colinas bajas y onduladas, las gemelas iban sentadas en el asiento de atrás en actitudes de humilde abatimiento, los esbeltos dedos alzados para enredar las cintas trenzadas de terciopelo, cada una de ellas la imagen especular de la otra. «¡Qué chicas tan encantadoras! Edward está siendo demasiado duro con ellas».

Pero modificó esta opinión unos días más tarde. Como castigo adicional Edward había ordenado que el tutor, Evans, les diese una clase diaria en el estudio. Una tarde que pasaba por delante de la puerta abierta, el comandante se detuvo a escuchar.

—¿Cómo dice usted en francés, señor Evans, «Se me están cayendo los botones de la chaqueta y necesito un cuello limpio»? —preguntaba inocentemente una de las gemelas.

—¿Cómo dice usted «Tengo delirios de grandeza»?

—¿Qué significa «*amavi puellam*»?

—¿Cómo dice usted en latín, señor Evans, «Mi cara pálida y pastosa se está poniendo toda roja»?

—Sáqueme punta al lápiz, Evans, porque se me ha roto otra vez.

—Como sigan así informaré a su padre.

—¿Como sigamos cómo? Sólo estamos haciendo preguntas.

—¿Es que no se nos permite siquiera hacer preguntas?

El comandante continuó su camino. Había oído suficiente.

Después, esa misma tarde, mientras daba un paseo con la anciana señorita Johnston por el Jardín Chino («Si quiere que le diga la verdad, en mi opinión se trata de un Jardín Chino Irlandés», dijo la señorita Johnston con una inhalación, contemplando los densos lechos de hierbas enredadas y flores añejas), se cruzaron en su camino con un joven de guerrera caqui, pantalones de montar y polainas, que llevaba a la cabeza una boina escocesa con la enseña del arpa coronada de la PRI. Atrajo la mirada del comandante la bandolera que el joven llevaba cruzada al pecho y el cinturón de cuero negro con una vaina de bayoneta; sobre el muslo derecho descansaba una funda abierta de revólver. Resultaba chocante, en cierto modo, encontrarse a aquel hombre en el pacífico laberinto del jardín, un agudo y desagradable recordatorio de los incidentes sobre los que el comandante había leído en los periódicos pero nunca había podido visualizar del todo, lo mismo que no podía visualizar la muerte del anciano de Ballsbridge que había presenciado. Cuando se cruzaron, el joven sonrió sardónicamente y, guiñando un ojo al comandante, se pasó un dedo por el cuello de oreja a oreja.

—¡Granuja! —chilló indignada la señorita Johnston—. ¡Pensar que la PRI está admitiendo jóvenes como éste!

Y fueron necesarias todas las consideradas preguntas del comandante sobre sus

sobrinos, sus sobrinas y su estado de salud («Sabañones incluso en mitad del verano en este hotel, comandante. No he conocido nunca corrientes de aire como éstas...») para alisar su encrespado plumaje.

Y, sin embargo, eran todos ex oficiales, aquellos hombres, según le aseguró más tarde Edward. Pero había que tener en cuenta que ser un oficial en 1920 no era lo mismo que ser un oficial en 1914. Muchos de la vieja escuela (cuyas cualidades de bravura, obediencia firme al cumplimiento del deber, caballerosidad, etcétera, habían actuado como otras tantas pieles de plátano en el camino de la supervivencia) habían desaparecido en el holocausto y había que sustituirles. Era también cierto que aquellos hombres nuevos, y el gran número de ellos que no tardarían en seguirles para unas escasas seis semanas de adiestramiento policial en el Curragh, figuraban entre los peor situados de todos los innumerables oficiales desmovilizados que se encontraban ahora con que tenían que volver a ganarse la vida. De todas maneras, aunque uno se mostrase indulgente (y Edward estaba siempre dispuesto a hacerlo con hombres que habían servido en las trincheras), *había* límites. El oficial de la vieja escuela era siempre un caballero, jamás habría llegado al extremo de asustar a las señoras. Eso pensaba Edward. ¿Qué pensaba el comandante?

El comandante estaba de acuerdo, pero pensaba para sí que a aquellos «hombres de las trincheras», a los que se pagaba una libra al día por mantener a raya a unos cuantos irlandeses salvajes, era muy posible que les costase tomarse las cosas demasiado en serio..., fuese a los irlandeses, a las ancianas o a sí mismos.

Al mismo tiempo se sentía perturbado por su presencia. Aquellos hombres (individualmente eran encantadores, le explicó Edward) resultaban impredecibles y estaban distanciados aún de las normas aceptadas de la vida en época de paz. Aunque no es que pudiese considerarse por entonces que Irlanda estaba muy en paz. Unos días después, cuando pasaba por el ala del Príncipe Consorte vio estallar una ventana en una chispeante explosión de esquirlas, apareció luego una cabeza riendo y después una mano extendida para ver si llovía. De vez en cuando se oían también algunos disparos y risas en los largos anocheceres de verano; Edward había instalado una pista de tiro en el claro que había detrás de la casa del guarda donde estaba el letrero del IRA. Ese letrero se había disuelto enseguida bajo una granizada de balas y colgaba en tiras irreconocibles. Un día el comandante encontró un conejo muerto en el borde del césped. Estaba acribillado a balazos.

Daba la casualidad de que aquel conejo había sido un favorito del comandante. Viejo y gordo, había sido domesticado parcialmente por las gemelas cuando eran pequeñas. Ellas habían perdido interés por él, claro está, al hacerse mayores y no se acordaban ya de alimentarle. Pero el conejo no había olvidado los tiempos dorados de zanahorias y hojas de diente de león. Más y más delgado con el paso del tiempo, había continuado, sin embargo, rondando los límites del bosque como un amante abandonado. ¡Pobre conejo! Conmovido y furioso (aunque los «hombres de las trincheras» no tenían por qué saber que aquél no era un conejo silvestre), el

comandante fue a comunicar la noticia a las gemelas, que estaban abajo junto a las pistas de tenis intentando convencer a Seán Murphy para que les enseñase a conducir el Standard (aunque Edward lo había prohibido hasta que fuesen mayores). No les afectó gran cosa la noticia, en contra de lo que el comandante esperaba.

—¿Podemos comerlo? —quisieron saber.

—Está ya enterrado.

—Podríamos desenterrarlo —sugirió Faith—. ¿No dan buena suerte las patas de conejo?

Pero el comandante dijo que se le había olvidado dónde estaba la tumba.

—¿Estaba muy agujereado por las balas?

—¿Qué quieres decir? ¿Que si le hicieron mucho daño?

—No, no es eso, es que estaba pensando que podría hacerme un gorro de piel —dijo Charity—, si no tenía demasiados agujeros.

—Oye, Brendan, tú no eres muy bueno en aritmética, ¿verdad? Papi nos ha puesto a ese horrible tutor y ahora amenaza con revisar nuestros deberes una vez corregidos.

—Probad con el señor Norton. Tiene fama de ser bueno en esas cosas.

El señor Norton era un hombre de setenta y tantos, un recién llegado al Majestic; tenía fama, una fama estimulada por él mismo, de haber sido un genio matemático, al que había despojado en su juventud, sin embargo, de energía y fortuna su debilidad por las mujeres bellas.

—Ya le hemos preguntado...

—Pero siempre quiere que nos sentemos en sus rodillas como si fuéramos niñas.

—Y le huele muy mal el aliento.

Como el bar Imperial lo había convertido en inhabitable la colonia de gatos, el comandante cogía a veces uno de los automóviles de Edward y se iba a Kilnalough al atardecer a tomar algo en el Club de Golf. Uno de aquellos días se encontró allí a Chico O'Neill, el abogado, que le saludó como un viejo amigo, aunque hacía ya casi un año del desfile del Día de la Paz en que se habían visto por última vez. El aspecto de O'Neill había cambiado espectacularmente y el comandante apenas podía reconocer ya al inválido tímido y huesudo que le había sido presentado en el té de Angela. Vestido con una chaqueta de *tweed* ancha de voluminosos bolsillos, parecía más hinchado y agresivo que nunca. Había una irritación latente en aquel hombre que le hacía sentirse a uno incómodo cuando hablaba con él; daba la sensación de que era capaz en cualquier momento de abandonar completamente la racionalidad y poner fin a la discusión con un gancho. El comandante observaba allí sentado cómo se le tensaban los haces de músculos de la mandíbula mientras hablaba: acababa de hacer dieciocho hoyos, le decía, y nunca en su vida se había sentido mejor. Una ducha caliente, una copa, y ahora se iba a casa a disfrutar de una buena cena. Se descolgó del hombro la bolsa de golf y la posó en un sillón, sin mostrar la menor impaciencia por irse. El comandante, al mirar la bolsa de golf, vio, entre un número siete, un

*jigger* y la voluminosa cabeza de madera de un número uno lo que al principio creyó que era un palo sin cabeza... Pero no, era el cañón de un fusil.

—No se anda usted con bromas, ¿eh?

—Ya veo que no ha estado usted leyendo los periódicos, comandante. A un par de tipos del ejército los mataron a tiros en el campo de golf de Tipperary el otro día. Eran hombres desarmados. No tenían ninguna posibilidad, ninguna protección, nadie pasaba por allí. Los fenianos son muy valientes cuando los otros tipos no tienen armas. Si saben que estás armado, corren como conejos.

El comandante sólo ojeaba los periódicos en aquellos días, cansado de intentar comprender una situación que desafiaba la comprensión, una guerra sin batallas ni trincheras. ¿Por qué debería molestarse uno con los detalles: los asaltos para conseguir armas, los tiroteos contra policías, las intimidaciones? ¿Qué podía uno aprender de los detalles del caos? Pero de cuando en cuando se daba cuenta, con una sensación de alarma, de que, pese a toda su falta de pauta, la situación era diferente y siempre un poco peor.

O'Neill, satisfecho con la mirada de consternación del comandante, había pasado a explicar confidencialmente que no había ninguna necesidad de preocuparse.

—Todo esto va a arreglarse en cinco o seis semanas, puede creerme.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el comandante esperanzadamente, pensando que tal vez O'Neill hubiese oído algo.

—Dos razones —proclamó O'Neill—. Una, están llegando refuerzos de Inglaterra con esta nueva campaña de reclutamiento. Dos, debido al carácter del pueblo irlandés. Los irlandeses son de genio vivo pero no se aferran durante mucho tiempo al rencor. Tienen buen corazón en el fondo, ¿sabe usted? Además, son demasiado incompetentes para llegar a ninguna parte solos..., me refiero, claro está, a los sureños; la gente del Ulster son harina de otro costal. Además, los mejores dirigentes de Irlanda han sido ingleses; mire a Parnell.

—Sí, sí, desde luego —concordó dubitativamente el comandante—. Tiene que arreglarse pronto. Eso es lo que decíamos siempre en las trincheras —añadió con una leve sonrisa.

—Por supuesto, por supuesto —dijo O'Neill, sin percibir la ironía del comandante—. Puede usted creerme. He estado ahora precisamente tomando una copa con los muchachos del ejército que tenemos aquí y no creo que éstos vayan a consentirle muchos disparates al cerdito irlandés.

—¿Se refiere usted a los hombres que se alojan en el Majestic? No creía que tuviesen mucho tiempo para nosotros los locales.

—Son unos chicos magníficos, puede usted creerme —replicó O'Neill, que estaba ya quitándose la voluminosa chaqueta y mostraba menos indicios de marcharse que nunca—. Es sólo que no saben, en realidad, en quién pueden confiar aquí y, francamente, no se lo reprocho. Venga conmigo al bar y se los presentaré.

—No es necesario, gracias de todos modos... —objetó el comandante, pero

O'Neill se había puesto ya de pie y le hacía señas imperiosamente con un antebrazo tan gordo como una pata de cordero. El comandante le siguió a regañadientes. Los zapatos claveteados de O'Neill tintinearón en los mosaicos del pasillo y se clavaron en la madera gastada del vestuario donde un caballero gordo y desnudo se frotaba vigorosamente el tembloroso trasero con una toalla. Cruzaron por los vestuarios y entraron en el Bar de Socios.

—Perdone un momento —dijo el comandante—. Hay una persona a la que debo saludar.

El señor Devlin, pulcro y sonriente, se dirigía apresuradamente hacia él. Estaba encantado de ver al comandante una vez más entre ellos y quería darle las gracias por lo amable que había sido con su hija Sarah en su viaje camino de Francia y cómo estaba la tía del comandante que había sido tan buena... («¡Oh, ha fallecido! Lo lamento muchísimo, de veras»). ¿Y estaba el propio comandante mejor de salud de lo que había estado? Debía de haber sido un gran golpe y un dolor terrible para él perder a su tía de aquel modo... Y en cuanto a Sarah, estaba a punto de volver y él sabía que se alegraría mucho de ver al comandante, tanto como se alegraba él, y, además, probablemente se encontrasen allí de ahora en adelante porque él tenía ahora «un trabajito que hacer» en aquel lugar. Hizo una pausa, expectante.

—¿Ah, sí?

Sí, pasaría un tiempo considerable allí hacia el final del día, porque había sido elegido tesorero, figuraba en el tablón de anuncios, el comandante probablemente no había tenido oportunidad de verlo aún.

—Y todo gracias a la influencia de cierta persona que ha sido muy buena conmigo y con mi familia, muy buena, no diré más. Es un gran honor.

Los «hombres de las trincheras», cuatro de ellos, estaban sentados en la curva de la barra junto a la ventana mirando hacia fuera, hacia el campo de dieciocho hoyos y la ladera de la calle que ascendía suavemente hasta él. Ninguno de los socios, aparte de O'Neill, estaba sentado cerca de ellos y por una buena razón. El comandante había oído decir que provocaron cierta consternación instalándose allí sin invitación; había un vestíbulo disponible para señoras y para los que no eran socios (siempre que fuesen respetables); el secretario les había indicado afablemente este detalle con ocasión de su primera visita. Ellos habían escuchado con educación; no habían hecho una escena. Pero a pesar de todo, el problema era que tampoco se habían movido de allí. Al secretario se le había congelado la sonrisa en los labios, pero claro, como les explicó a los miembros del comité en una reunión especial, aquellos tipos estaban allí, al fin y al cabo, arriesgando sus vidas para mantener la ley y el orden en Irlanda (por no mencionar el hecho de que daba la casualidad, además, de que estaban armados hasta los dientes), así que no había por qué tratarles con demasiada dureza, sacarles de allí por las orejas y todo eso. El comité había considerado el problema y había dado con una solución brillante en su simplicidad. A los «hombres de las trincheras» se les invitaría a convertirse en socios. Así que se envió allí al secretario a

proponerles sin demora la generosa invitación... Pero había vuelto casi inmediatamente con la noticia de que habían rechazado la oferta. Habían escuchado educadamente una vez más mientras él hablaba de cuotas, normas, derechos y obligaciones de los socios y luego habían dicho: «No, gracias». Era ridículo, todo el mundo estaba de acuerdo en que lo era. De todos modos, las razones que había para no tratarles con dureza, la de que estaban arriesgando sus vidas para mantener la ley y el orden, además de la otra, seguían en pie y no eran cosas que se pudiesen ignorar así como así. Al final, tras mucha discusión, se había colocado un cartel en el tablero de noticias anunciando que el personal de alta graduación de la PRI había sido declarado miembro honorario durante el período que durase la emergencia (no se podía, claro está, abrir las puertas a una horda de individuos de graduaciones inferiores, aunque hubiese entre ellos tipos magníficos, sin lugar a dudas). El comandante, a quien el secretario le parecía un asno pomposo, había disfrutado mucho con todo este asunto. Pero ahora que veía a aquellos hombres sentados allí, fríos y tranquilos, tenía que admitir que no le habría gustado ser la persona a la que le asignasen la tarea de ordenarles que se marchasen.

—Vuelvo otra vez como la falsa moneda —dijo O'Neill con estremecedora cordialidad—. Quiero que conozcan a un viejo amigo, el comandante Archer. Bueno, me pregunto si puedo recordar bien los nombres... capitán Bolton, tenientes... Vamos a ver, Pike, Berry y Foster-Smith. ¿Qué les parece mi memoria, eh?

—Sargentos por el momento, abuelo —dijo Foster-Smith, al que los dientes prominentes y el escaso pelo daban una apariencia ridícula; era muy poca cosa, le colgaban los pantalones en pliegues desde unos muslos que no eran más gruesos que botellas de vino.

Pike era aquel cuya cabeza había visto el comandante aparecer por la ventana rota en el Majestic; parecía un tipo jovial, pero los ojos encima de unos pómulos rollizos azulados mostraban una inteligencia inquietante y su risa frecuente parecía protocolaria. Berry era más joven que los otros; tenía el cabello rubio rojizo tan corto que se le erizaba como las púas de un cepillo.

—Una pequeña degradación —estaba diciendo—. No nos codeamos tanto con oficiales ahora que hemos pasado a la sucia Investigación Operativa.

Miraba maliciosamente al comandante. Todo el mundo se rió salvo el capitán Bolton, que sólo sonrió levemente. O'Neill, rojo de alegría, se rió más fuerte que nadie.

Los ojos del capitán Bolton miraban alternativamente a los tenientes y hacia el comandante, de un modo distante e indiferente. Había algo en su potente mandíbula que al comandante le resultaba familiar; tardó unos instantes en comprender lo que era. Aquellos rasgos fuertes y regulares (un rostro sin ninguna identidad determinada) eran los que había observado que elegían con frecuencia los escultores para los monumentos a los caídos. Podría imaginarse fácilmente a Bolton inmovilizado en bronce en alguna postura heroica. Un casco en la cabeza, una bandera de bronce en la

mano, cubriendo a unos cuantos camaradas de bronce que agonizaban en torno a sus rodillas... Pero el capitán Bolton estaba muy vivo y lo demostró diciéndole al camarero en un tono suave:

—Otra ronda, venga, rápido, irlandesito, feniano asqueroso, y apúntala en la cuenta...

—Y mándasela al rey —añadió Pike—. Si él no la paga, mándasela al lord de los limpiacristales.

O'Neill explicó la razón por la que les presentaba al comandante: a saber, el hecho de que fuesen vecinos. El comandante vivía también bajo el techo de Edward Spencer en el Majestic.

—Spencer tiene dos hijas preciosas —dijo Foster-Smith, sin mostrar el menor interés por la información de O'Neill.

—Yo también tengo una hija preciosa —ofreció O'Neill con un guiño dirigido a todos—. ¿Quieren ver una foto?

Y tras una breve búsqueda sacó una maltrecha foto de Viola. Mientras los «hombres de las trincheras» la estudiaban, O'Neill hizo otro nuevo guiño, esta vez al comandante. El comandante dio la vuelta para irse. Cuando ya salía, Bolton le gritó:

—Dígale a la abuelita que la próxima vez que la cojamos la cortaremos en pedacitos y la meteremos en un saco.

Resonaron risas tras él, mientras cruzaba por el vestuario vacío camino del vestíbulo. Antes de llegar a la entrada, O'Neill, que le había seguido con rapidez, le cogió por el brazo y le preguntó anhelante:

—¿Qué piensa usted de ellos? Les harán pensar un poco más las cosas a los fenianos, ¿no cree?

—Estoy seguro de que sí —dijo fríamente el comandante—. Pero puede resultar peor el remedio que la enfermedad.

Después de su encuentro con O'Neill, el comandante subió cansinamente las escaleras hasta el salón de té del primer piso. Estaba vacío a aquella hora, pero había una galería con una vista espléndida al campo de golf y, más allá, a los trigales que bordeaban la carretera hasta Valebridge. El sol estaba ya bajo en el cielo y sobre la hierba ondulante iban arrastrándose a lo lejos negras sombras. Abajo, junto a las escaleras de la casa del club, cuatro rezagados se disponían a salir para iniciar el primer *tee*. La brisa les hinchaba los pantalones bombachos mientras esperaban. Aún había tiempo aquel día para nueve hoyos, o dieciocho si no era uno demasiado exigente con la menguante luz.

Cuando se alejaron del edificio del club, se materializó en torno a ellos gran número de hombres y muchachos andrajosos con un lastimero y penetrante clamor. Algunos de aquellos harapientos personajes eran tan viejos y estaban tan doblados que apenas podían caminar tras ellos para insistir en sus peticiones, otros eran sólo niños, un poco más grandes que las bolsas de golf que tenían la esperanza de llevar. Los golfistas les examinaron detenidamente y efectuaron su selección. Los que



resultaron rechazados se retiraron desconsoladamente a las sombras desde donde habían estado acechando. Había ya pocas esperanzas de que otro grupo se pusiera a jugar aquel día.

El comandante suspiró, se estiró, bostezó y después se fue a casa, desazonado por el hecho de que ancianos y niños tuvieran que andar rondando de noche por el edificio del club hasta tan tarde, con la esperanza de ganar una moneda de seis peniques. Pensó: «La verdad es que debería hacerse algo al respecto». Pero ¿qué hacer?

---

---

LA SITUACIÓN DE IRLANDA  
*Una conspiración contra Inglaterra*

Al votarse ayer el último debate de la Cámara de los Comunes, sir Edward Carson dijo que no podía dejar de pensar que los pueblos inglés y escocés (tenía la esperanza de equivocarse) habían empezado a despreocuparse del todo de lo que pasaba en Irlanda. Consideraba que unos cuantos años atrás no habrían soportado que policías que servían al rey fuesen abatidos a tiros como perros un día tras otro y que soldados que habían combatido en el frente fuesen tratados al volver a casa como delincuentes, porque habían desempeñado su heroico servicio sin que existiese gran cosa para asegurar su protección. Era difícil comprender la parálisis que se había apoderado del pueblo de Inglaterra en relación con esos crímenes. Había pruebas abundantes de que existía una relación entre lo que estaba pasando en Irlanda y lo que estaba pasando en Egipto y en la India. Todo ello formaba parte de un plan, claramente establecido, para reducir a Gran Bretaña sólo al territorio que ocupaba aquí y a quitarle todas las llaves de un gran imperio. Si investigasen bien, descubrirían que los mismos americano-irlandeses que estaban manejando este asunto en Irlanda, y que visitaron el país el año anterior, tenían una Oficina Irlandesa, una Oficina Egipcia y una Oficina India en Nueva York. Era algo bien sabido. La prensa americana había revelado que existía esta gran conspiración (de la que el Sinn Féin constituía sólo una parte) no por amor a Irlanda, sino por odio a Gran Bretaña, fomentada en todas partes por los alemanes... Él creía que toda esta campaña de asesinatos, o gran parte de ella, estaba dirigida desde América, y creía que los fondos procedían principalmente de allí.

---

---

CORTAN EL PELO A UNA CHICA  
*Una nueva forma de liberar a Irlanda*

Los jueces condenaron enérgicamente el ultraje de que fue víctima Bridget Keegan cerca de Tuam, cuando hombres enmascarados entraron en casa de su padre a altas horas de la noche y le cortaron el pelo.

El señor Golding, funcionario público, que compareció en nombre de la Corona, dijo que era un acto canallesco. Siete hombres entraron en casa de la joven hacia las doce y cuarto de la noche. Uno de ellos tenía un revólver y los demás llevaban objetos que parecían revólveres. Cogieron a la chica, que se había desmayado, la sacaron al patio en camisión y le cortaron el pelo con unas tijeras de podar, diciéndole a su hermana, a la que amenazaron con el mismo destino, que aquello era lo que se conseguía saliendo con soldados ingleses. El que manejaba las tijeras cantaba mientras le cortaba el pelo: «Estamos decididos a conseguir una Irlanda libre».

Lo único que puedo decir yo, dijo el señor Golding, es que Dios proteja a Irlanda si éstos son los actos de los irlandeses, y que Dios proteja a Irlanda si éstos son los hombres que van a liberarla.

---

---

CONTINÚA LA AGITACIÓN AGRARIA  
*Apelación de un obispo católico*

El Muy Reverendo doctor O'Dea, obispo católico de Galway, predicando en Killanin, donde administró

la confirmación, instó a la gente a mantenerse unida y en calma, y sobre todo a obrar siempre de acuerdo con las normas de justicia establecidas por la Iglesia y los preceptos de honradez que establecen los mandamientos. Con respecto a los tiroteos y atentados poco tenía que decir. Los disparos con armas de fuego eran siempre peligrosos, y aunque se disparase sin la menor intención de matar o de herir, ¿acaso no eran amenazas? ¿No amenazaban los disparos hechos al aire y acaso no era pecaminosa la amenaza? En cuanto a lo de apoderarse de la tierra, continuó su ilustrísima, todo lo que diré es esto: «No dejemos que el amor a la tierra o a las riquezas o a cualquier otra cosa de este mundo, nos haga quebrantar la ley de Dios, porque la tierra manchada con la sangre de Dios es una tierra que se obtiene ilícitamente y pesa sobre ella la maldición de Dios».

---

Un día o dos después de la visita del comandante al Club de Golf, Edward reunió a su personal y a lo que quedaba de su familia para hacer una declaración importante. El comandante estaba presente también, así como algunas de las viejas damas. De hecho, unas cuantas (especialmente las señoritas Bagley, Archer y Porteous) llevaban viviendo tanto tiempo en el Majestic y en unas circunstancias de penuria tal que en cierto modo, dado que Edward no se sentía ya capaz de sacar a colación con ellas el tema del pago de facturas, se habían metamorfoseado en miembros de la familia. Esta situación era insatisfactoria para Edward, no tan rico ya como había sido anteriormente. Pero no puede uno arrojar a una señora anciana a mendigar por las calles para poder sobrevivir. Además, cualquier discusión sobre dinero le resultaba desagradable. En cuanto a lo de pedirle a una señora sin más ni más que pagase su factura, antes habría sido capaz de incurrir en sodomía. Su único recurso, tal como lo veía claramente el comandante, era hacerles la vida tan desagradable que desearan irse por voluntad propia. Pero, naturalmente, era demasiado caballeroso para hacer esto deliberadamente, a pesar de que sus gastos nunca parecían dejar de crecer. Dadas las circunstancias, probablemente fuese una buena cosa que, incluso en el mejor de los casos, la incomodidad de vivir en el Majestic se aproximase a lo insoportable.

La mirada de Edward vagó distraídamente por la habitación mientras aguardaba a que llegase todo el mundo. Hasta reprimió un bostezo; no parecía en absoluto alguien a punto de hacer un anuncio importante. Cuando por fin se hizo el silencio en la habitación, carraspeó. El sólo quería decir, dijo, que estaba a punto de (se detuvo un instante para dejar que sus palabras calasen en los oyentes), a punto de iniciar un programa de ahorro.

¿Un «programa de ahorro»? Las señoras intercambiaron miradas interrogantes, como diciendo que *ellas* tenían la impresión de que ese programa de ahorro se había iniciado ya, que llevaba en marcha bastante tiempo, en realidad. Algunos de los criados también dieron muestras de alarma: ¿significaba eso que iban a perder su empleo? Había tanta gente sin trabajo en aquel momento que parecía más que probable que un día te tocase el turno. La cocinera, que tenía una casa llena de familiares borrachos que mantener en uno de los barrios pobres de Dublín, emitió un gemido inaudible; la enorme fachada de su pecho empezó a subir y bajar rápidamente. Evans se puso pálido y los forúnculos del cuello le brillaron como cerezas encima del borde raído de su cuello duro. Sólo una o dos de las doncellas más

jóvenes que habían llegado hacía muy poco «del campo» se ruborizaron tímidamente y sonrieron aceptando la situación, lo mismo que habrían hecho incluso en el caso de que Edward hubiese decretado que tenían que ser azotadas. En cuanto a Murphy, inmovilizado hasta entonces en una sólida letargia, se puso tan nervioso que sus ojos corrían de un lado a otro de la alfombra como ratones aterrados.

Edward carraspeó. Esperaban que continuase, que ampliase y explicase..., pero no, no decía nada. Se hizo audible el pesado tictac del reloj de pared. Finalmente, suspiró y añadió: ¿alguien tenía alguna pregunta?

Bueno, no, no había ninguna. La insatisfacción imperante se intensificó, sin embargo, y la señorita Bagley parecía muy enfadada. La verdad es que una no sabía por dónde empezar con sus preguntas cuando se proponía algo tan descabellado como un «programa de ahorro». En los viejos tiempos... Se hizo de nuevo el silencio. Fue interrumpido por la anciana señora Rappaport, que estaba sentada muy recta como siempre en una mecedora junto a la chimenea vacía, con un gorro de encaje fijado a su delicado cabello gris. Empezó a mecerse malhumorada hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido, hasta que finalmente gritó: «¡Es escandaloso!». Y todo el mundo se animó un poco.

Pero con la abuela Rappaport nunca podía uno saber con seguridad si ella ya se había hecho cargo del tema que se estaba considerando o si lo que hacía era hablar de algo completamente distinto. Edward decidió ignorarla y dijo que, muy bien, era todo lo que quería decir y que, por supuesto, les agradecía su cooperación. Con lo que fueron despedidos, sin saber aún qué comodidades duramente ganadas iban a roer las pequeñas ratas del ahorro.

Edward era, claro está, el tipo de persona para la cual palabras y hechos son la misma cosa. Tal vez considerase, caviló el comandante, que bastaba con anunciar el programa de ahorro sin que fuese necesario llevarlo a la práctica. Pero esa tarde, mientras el comandante estaba paseando con él después de comer por la terraza del salón de baile, vieron a las gemelas pescando en la piscina con una raqueta de tenis vieja. Fueron convocadas con brusquedad.

—Venid aquí y veamos lo altas que sois. ¡Oh, vamos, ponte derecha, chica! ¿Necesitáis ropa?

—Sí, papi. La que tenemos está destrozada, sobre todo la mía.

—La mía está peor.

—La mía está diez veces, veinte veces, cien veces peor... —Charity mostró el codo remendado de su chaqueta de punto—, un millón de veces peor.

—¿Cuánto tiempo hace que lleváis la ropa que tenéis?

—Hace *siglos*.

—Un billón de años.

—Está bien, seguidme. Venga usted también, comandante, para que haga de juez.

Edward volvió atrás cruzando el mugriento desierto del salón de baile y ellos le siguieron, subieron por una misteriosa escalera, una escalera raras veces utilizada, a

juzgar por las telas de araña que adornaban la barandilla. Las gemelas agobiaban a Edward con preguntas mientras subían: ¿qué ropa era aquella? ¿Había estado en Dublín en las tiendas? ¿Era ropa de Switzer o de Pim o de Brown Thomas o de dónde? ¿Cómo sabía él su talla? ¿Había tenido en cuenta que Faith tenía un poco más de pecho? Edward no contestaba nada; estaba rojo y sin aliento. Cuando se adentraron por un pasillo, le dijo en un murmullo al comandante:

—Me estoy haciendo viejo. Tengo que tomarme las cosas con calma últimamente.

Las gemelas se habían adelantado corriendo; cada paso que daban levantaba un soplo de polvo en la alfombra, de manera que sus huellas parecían humo, brillaban en las franjas de luz del sol de la tarde que se filtraban a través de las puertas entreabiertas. Las tablas del suelo sueltas crujían y se movían amenazadoramente.

—Si me cae encima, además, la podredumbre seca, estoy listo —continuó Edward como si aún estuviese hablando de su salud.

—¿Cómo?

—Este condenado lugar se me caería encima.

Ciento veintiuno, ciento veintidós, ciento veintitrés... La habitación siguiente no tenía ningún número de latón atornillado a la puerta, aunque sí que había habido uno en otro tiempo; su sombra oscura se mantenía presente sobre la madera barnizada. Fue en esa puerta en la que Edward se detuvo. Sacó una llave del bolsillo y la abrió.

—¿Aquí dentro? —exclamó Charity, desconcertada. La habitación estaba oscura, Edward cruzó hasta la ventana y abrió los postigos cerrados. Bruscamente, todo adquirió forma, color y significado. Aunque el comandante no había estado nunca allí, todo lo que veía le era absolutamente familiar. Sabía de quién había sido aquella habitación. Se le encogió el corazón.

Las gemelas nunca habían estado allí. La habitación parecía estar ocupada. Miraban a su alrededor con curiosidad pero su emoción empezaba ya a enturbiarse y a convertirse en recelo. Miraban la cama sin hacer, las sábanas y el edredón retirados descuidadamente como si la doncella no hubiese tenido tiempo para hacerlo de la forma adecuada. Arrugaron la nariz ante la jarra y el cuenco, la esponja seca tan dura como la piedra pómez que había al lado. Contemplaron sus reflejos encantadores en el espejo y examinaron el tocador con los cepillos de plata y el marco también de plata que contenía una foto de, bueno..., habían descubierto ya la verdad, pero por un instante se quedaron mudas de incredulidad.

—Bueno, veamos... ¿Dónde...? —dijo tranquilamente Edward. Mientras él hablaba, el comandante captó una sombra de dolor, como si le hubiesen herido detrás de los ojos («Pero ¿por qué tuvo que traerme *a mí?*», se preguntó con amargura). Edward se acercó al armario y lo abrió experimentalmente. Estaba vacío. Una polilla grande y blanca salió volando cansinamente y fue desplazándose por el aire hasta que desapareció víctima de un remate malévolamente de la raqueta de tenis de Faith. Quedó colgando en la habitación un soplo de polvo de sus alas.

—Papi, ¿cómo *has podido?* —gritó Charity—. ¡No pretenderás que nosotras nos

pongamos las cosas de *Angela*! Edward no dijo nada, pero su rostro se ensombreció cuando se dio la vuelta y buscó por la habitación. Su mirada se posó en un baúl de roble oscuro y brillante que, para la imaginación excitada del comandante, se parecía notablemente a un ataúd. Era, en realidad, un viejo baúl de novia que probablemente había pertenecido a los Spencer a lo largo de varias generaciones. Edward había alzado el viejo cierre de metal y levantado la tapa; estaba forrado por dentro con otro tipo de madera, más clara y fragante, tal vez madera de cedro. Se levantó otra tapa. En un instante Edward estaba sacando montones de prendas de ropa pulcramente doblada y colocándolas en la alfombra.

—*No podemos, papi, es demasiado espeluznante* —insistió Faith, frotando las cuerdas de la raqueta de tenis en la ropa blanca para eliminar fragmentos de polilla.

—La ropa de un *cadáver* no —suplicaba Charity—. Es horroroso. Sólo la idea hace que me sienta ya rara.

—Tenemos que ahorrar dinero, queridas niñas. Ahora sed buenas chicas y quitaos la ropa para que podáis probaros esto. Si no os queda bien, tendréis que conseguir que la cocinera trabaje con la aguja y el hilo... Me han dicho que es muy hábil para esas cosas. Además, os irá bien recibir unas cuantas lecciones tuyas mientras tengáis la oportunidad, porque no parece que hayáis aprendido muchas cosas en el colegio... Cualquiera día tendréis una casa propia y quizá, no sé, tal como van las cosas no tendréis siempre criados que cuiden de vosotras. En cualquier caso —añadió débilmente—, un poco de costura nunca le hizo daño a nadie.

—Creo que me voy a desmayar —dijo torvamente Faith y se sentó pesadamente en la cama, haciendo crujir los muelles.

—¡Uf! Te estás sentando en el lecho de muerte de un cadáver, Faithy.

—Si no habláis de *Angela* con respeto —replicó Edward—, os daré una zurra y os mandaré a vuestras habitaciones.

—¿Por qué yo? Fue Catty la que lo dijo —protestó gruñona Faith—. Y es más, yo *estoy sintiéndome mal* y es probable que empiece a vomitar en cualquier momento.

—Faith, no seas repugnante —dijo Charity, sonriendo a pesar de sí misma—. Estás empezando a hacerme sentir rara también.

—Callaos las dos y coged uno de estos vestidos antes de que pierda la paciencia. Están prácticamente nuevos y algunos nunca se usaron.

—¿Cuáles? —preguntó Faith dubitativamente, pinchando el montón de ropa con su raqueta de tenis.

El comandante había encendido la pipa y estaba observando a las gemelas que rebuscaban en el montón de ropa, sacando vestidos para ver qué aspecto tenían. Estaba claro (era una de las innumerables cosas que el comandante nunca había sabido sobre ella) que *Angela* había vestido de una forma extravagante. Casi todas sus prendas tenían pliegues en capas horizontales descendentes; había un grueso vestido de tarde con crisantemos de terciopelo estampados que llegaba hasta el suelo y se arrastraba por detrás en un faldón; había gruesos vestidos de lana llenos de

adornos demasiado elegantes, con gran cantidad de alamares y bordados; había un vestido de noche de raso azul con una banda de terciopelo negro que arrastraba detrás una especie de faja; había un vestido de tafetán negro o seda chiné con una enorme cantidad de galones; había una capa y un manguito de piel de topo.

—¡Oh, es todo tan horriblemente anticuado!

—Vamos, no tenemos todo el día —les decía Edward—. Decidíos. Si no elegís uno de esos vestidos cada una en treinta segundos, los elegiré yo por vosotras.

Ante esta amenaza, las gemelas hicieron su elección a regañadientes: Charity un sencillo vestido de lino azul con cuello blanco de organdí, Faith un vestido de tarde de punto de seda con falda hasta los tobillos, cinturón dorado de cordón y borlas.

—Me siento un poco mareada, papi...

Pero a Edward estaba ya agotándosele claramente la paciencia y las gemelas se retiraron hoscamente para cambiarse.

El comandante, arrellanado en un sillón, estaba pensando si podría pedirle a Edward aquella foto suya que había en el tocador (una foto hecha en Brighton en 1916 que mostraba a un joven relativamente despreocupado que guardaba escasa semejanza con la cabeza estoicamente adusta que le acompañaba últimamente en el espejo). Quería aquella foto sólo para retirarla de la habitación, de la proximidad de los cepillos del pelo y de otras reliquias, para destruirla. No sabía por qué deseaba hacer eso. En cualquier caso, tenía miedo a que una petición de ese género pudiese disgustar a Edward.

Éste se había arrodillado entre los montones de ropa y rebuscaba en ellos abstraído.

—¡Pobre Angie! Hay montones de ropa más en algún sitio: enaguas y bragas y corsés y demás... Le gustaba la ropa, solía comprar cosas que nadie había llevado nunca aquí en el campo.

Sacó un vestido de terciopelo negro que se hinchó vacuamente en sus manos, sin Angela.

—Éste lo llevó el día de su presentación en la residencia del virrey. Fuimos en plan de broma hasta Phoenix Park en el tranvía en vez de alquilar un carruaje, los dos emperifollados. ¡Cómo nos miraba la gente! Nos divertimos mucho, ¿sabe?, fingiendo ser socialistas. Angie decía que le daba vergüenza que la vieran llegar en el tranvía, pero después se reía de ello como una buena deportista.

Se levantó y fue a mirarse melancólicamente en el espejo, cogiendo uno de los cepillos de plata (de un azul grisáceo empañado por los meses de abandono) y pasando el pulgar por las púas.

—Son sólo niñas y no importa en realidad la ropa que lleven con tal de que les abrigue lo suficiente —añadió a la defensiva—. Hay que conseguir un poco de dinero estirando de aquí y de allá de una forma u otra para poder echarle una mano a ese condenado de Ripon.

—¿Es ése el motivo?

—Bueno, usted mismo dijo que con una esposa que mantener necesitaría algo de dinero para empezar.

El comandante no recordaba haber dicho tal cosa, pero no creía que sirviese de nada desmentirlo.

—Pero ¿no cree usted que su esposa tendrá algo?

—Lo dudo. De todos modos, Ripon, pese a las faltas que tenga, no es de los que aceptan limosna. En algunos sentidos, ¿sabe usted?, es también una astilla del viejo tronco. Supongo que debería vender todos estos cepillos y estas cosas también. A la pobre Angie ya no le sirven de mucho. Estas baratijas podrían valer algo. Pero no soporto hacerlo.

Cayeron en un lúgubre silencio. Hasta que de pronto Edward empezó a hablar otra vez, con un suspiro:

—¿Sabe usted?, la única época de mi vida en que fui realmente feliz... —Pero en ese momento entraron las gemelas.

—¡Vaya! ¿Verdad que están elegantes? —exclamó Edward con sincera admiración—. Bueno, ¿qué le parece a usted esto, Brendan? ¿No están preciosas?

El comandante tuvo que darle la razón. Las gemelas estaban más encantadoras que nunca allí plantadas, idénticas, enfadadas, alzando las dos las faldas en unos puñitos cerrados. Emitieron las dos un gemido simultáneo.

—¡Pero parecemos unos *bichos raros*, papi!

—No podemos llevar esto. La gente se morirá de risa con nosotras.

—Tonterías, estáis absolutamente encantadoras, podéis creerme. Las señoritas sabían vestirse antes de la guerra.

—Papi, no puede ser que quieras que parezcamos bichos raros —suplicó Faith, al borde de las lágrimas.

—¡Esto es demasiado! ¡Me niego, sencillamente me niego!

—¡Faith, te lo advertí! ¡Charity! A vuestras habitaciones inmediatamente —gritó Edward, perdiendo el control. Su cólera impresionó lo suficiente a las gemelas para aplacarlas. Le miraron furiosas lacrimosamente durante un instante y luego salieron de estampida.

El compasivo comandante corrió tras ellas y les dio una chocolatina a cada una (últimamente, siempre llevaba chocolatinas en los bolsillos para los niños andrajosos y hambrientos con los que se encontraba en sus paseos). Ellas miraron las chocolatinas, soltaron un bufido, pero al final las aceptaron.

Al día siguiente el comandante se las encontró en un salón desierto investigando en un montón de sombreros, manguitos, boas y zapatos. Los sombreros eran de un exotismo y una suntuosidad desesperantes, le dijeron malhumoradas. ¿Quién podía ponerse cosas como aquéllas?

—¡Mira éste! —Faith le enseñó un sombrero de fieltro de ala ancha envuelto en metros de raso anaranjado con un pájaro pegado en la parte de atrás.

—O éste, parece una granja completa —dijo, tirándole otro sombrero de paja de

Livorno de color negro, salpicado con una selva de plumas de águila pescadora y espigas de avena auténticas. Los boas, sin embargo, parecían gustarles; de hecho, el comandante tuvo que intervenir para resolver una disputa sobre un majestuoso boa magenta de plumas de gallo. Fue para Charity con la condición de que Faith pudiera quedarse con un conjunto a juego de sombrero, estola y un manguito de plumas de pavo real (el manguito tenía hasta un pico y unos ojos pardos de cristal vigilantes), y pudiese elegir, además, la primera entre las sombrillas de seda. Finalmente, las gemelas hicieron otro descubrimiento: ¡los zapatos de Angela les iban perfectamente! Pero, por desgracia, dio la casualidad de que la señora Rappaport se enteró de lo de los zapatos y organizó una escena horrorosa. ¡Tenían que llevar botas abotonadas hasta las pantorrillas por el bien de sus tobillos! Si no, parecerían lecheras cuando se hiciesen mayores. La vieja dama consiguió el apoyo de Edward en esta cuestión (aunque, a decir verdad, él estaba perdiendo interés por la ropa de las gemelas) y quedaron prohibidos los zapatos. Las gemelas se enfadaron mucho y se negaron durante días a acercarse siquiera a su abuela. Pero finalmente todo se olvidó y nadie (salvo el comandante) pareció advertir que habían vuelto a ponerse los zapatos de Angela. Por supuesto nadie pensó en mencionar el hecho a la anciana señora Rappaport.

Este incidente señaló el principio y, en realidad, también el final de la campaña de ahorro de Edward. La pura verdad era que las viejas damas tenían razón: era como si estuviese ya en marcha un plan de ahorro. No quedaba mucho con lo que poder ahorrar. Ciertamente, se podía echar a unos cuantos sirvientes, pero se les pagaba tan poco, en realidad, que casi no merecía la pena. Además, el hotel se hallaba ya en tal estado que resultaba escasamente habitable. ¿Qué pasaría si, además, se echaba a parte del servicio? Bueno, probablemente no sería muy distinto, en el fondo, porque el problema de mantener limpio el lugar hacía mucho que había sobrepasado el punto en que Murphy y las muchachas coloradas «del campo» pudiesen influir significativamente en él, incluso en el caso de que hubiesen querido (y no es que lo desearan con demasiado empeño).

Murphy había estado comportándose de una forma extraña últimamente. En la reunión que había convocado Edward había mostrado indicios de un terror abyecto ante la posibilidad de que sus parcos ingresos se viesan afectados por el plan de ahorro previsto. Pero ahora había llegado a oídos del comandante uno o dos rumores extraordinarios sobre la conducta truculenta del anciano criado; rumores que, por supuesto, difícilmente podría creer cualquiera que hubiese puesto la vista encima al sujeto en cuestión.

De acuerdo con una historia que hacía circular la señorita Staveley, una de las damas más viejas y más sordas pero no de las menos charlatanas del hotel, a Murphy se le había pedido que la ayudara a subir las escaleras hasta su habitación del primer piso donde ella tenía la impresión de que podrían encontrar sus quevedos. Aquel bribón insolente había dicho con todo descaro que sería mejor que se quedase donde



estaba. Y luego se había alejado de ella por un pasillo solitario riendo entre dientes. Ella, incapaz de dar crédito a sus oídos (era, desde luego, claramente dura de ellos), había esperado que volviese. Pero no había habido la menor señal de Murphy. Había desaparecido por los oscuros recovecos del interior y era tarea inútil buscarle (nadie, ni siquiera las gemelas, ni incluso el propio Edward, conocía la geografía de aquel edificio inmenso y laberíntico mejor que Murphy, que se había pasado la vida en él). La señorita Staveley había tardado dos días en volver a ponerle la vista encima, y por entonces había encontrado ya los quevedos en su cesto de costura y había vuelto a perderlos (en esta ocasión se reclutó al comandante para auxiliar en la búsqueda y los encontró en la nariz de la estatua de Venus del vestíbulo). Este rumor llegó hasta Edward, que regañó a Murphy. Pero Murphy negó todo conocimiento del asunto y era evidente que no sabía lo que eran unos quevedos; parecía tener una vaga idea de que se trataba de una forma censurable de ropa interior utilizada por damas extranjeras. Había que admitir, además, que la señorita Staveley... Edward se dio una palmada en la frente y puso los ojos en blanco.

Pero a pesar de lo que podría decirse sobre la señorita Staveley uno se veía obligado a añadir que pagaba sus facturas regularmente. Eso la convertía en una persona de peso entre los huéspedes del Majestic. Por confusa que pudiese parecer a veces su percepción del mundo, se la escuchaba siempre con respeto. Otro rumor, fomentado en este caso por el señor Norton, el «genio» matemático, sostenía que era un hecho bien sabido que Murphy se dedicaba a hablar sediciosamente en bares y tabernas. La señorita Johnston comentó con desánimo: «Es indudable que ese hombre horrible acabará matándonos a todos en nuestras camas», pero era difícil que alguien considerase a Murphy una amenaza seria, ni siquiera ahíto de whisky y de bolchevismo como se decía que andaba. De todos modos las viejas damas y el comandante estaban de acuerdo en que era un signo de los tiempos. ¡Y qué tiempos tan terribles aquéllos! En ningún punto de la historia reciente, reflexionaba el comandante (que estaba retrepado en un sillón en un grato letargo después de comer), en ningún punto de los últimos doscientos o trescientos años habían estado tan amenazados los principios de las personas decentes, y la civilización, en una condición tan vulnerable y tan próxima a la desintegración. No tenía uno más que abrir el periódico...

Otro signo de los tiempos era el estado de abandono de los campos que había alrededor del Majestic. No se habían sembrado durante la primavera debido a la disputa de Edward con los arrendatarios, y mostraban ahora una pelambre de malas hierbas verde y tupida. El comandante veía a veces niños harapientos arrastrándose sin rumbo por aquellos campos en una lúgubre búsqueda de algo comestible: un poco de trigo que se hubiese sembrado solo de la cosecha del año anterior o una planta descarriada de patatas. También Edward parecía agobiado por aquella visión y aunque dijese: «Toda la culpa la tienen ellos. Les dije a esos mendigos estúpidos lo que pasaría si no sembraban esos campos», no hacía nada por ahuyentar a los niños e,

incluso, un día envió a Seán Murphy con un barreño lleno de fruta caída de la pomarada. Los niños huyeron, por supuesto, al verle y se vio obligado a dejar el barreño allí en medio del campo. Cuando volvió a por él, media hora después, estaba vacío.

—A veces me pregunto —comentó el comandante— qué pasaría si se cogiese a uno de esos arrapiezos lo suficientemente pequeño, se le enseñase a comportarse, y se le enviase a un colegio de personas decentes. ¿Cree usted que podría notarse la diferencia entre él y el hijo de un caballero?

—Sería como vestir a un mono con un traje completo —contestó secamente Edward.

---

---

#### AMRITSAR

Las conclusiones de la Comisión Hunter sobre los disturbios en el Punjab en la primavera del año pasado se dieron a conocer anoche en la forma de un «Libro Azul»... la carrera del general Dyer como militar ha terminado. Todos los miembros de la Comisión admiten que era necesario disparar. Hasta los indios reconocen que los disturbios no podrían haberse sofocado por ningún otro medio. Condenaron, sin embargo, al general Dyer, en primer lugar, por disparar sin advertir y, en segundo lugar, por seguir disparando cuando había desaparecido la necesidad de una actuación drástica... Seis meses después de un acontecimiento es muy fácil sopesar sus circunstancias en un equilibrio delicado y asignar aprobación y culpa. Es indudable que el general Dyer actuó irreflexivamente; pero es probable que no tuviese más de dos minutos para decidirse. Se enfrentó a una chusma oriental fanática, cegada por un frenesí antieuropeo. Sabía que dependía de él la seguridad de centenares de mujeres y jóvenes blancas. Acertadamente o no, creyó que estaba en juego el destino de la India. En consecuencia, dio orden de disparar. Estamos de acuerdo en que se excedió en sus atribuciones. La orden de «arrastrarse» fue sencillamente estúpida. El general Dyer no era ningún político ni un moralista. Era un militar y, además, un angloindio. Pensaba en la *memsahib* que había sido agredida, y en la India la *memsahib* es sacrosanta. El «Informe Hunter» tendrá consecuencias de largo alcance en la India. No estamos seguros ni mucho menos de que vaya a aligerar la tarea del gobierno indio. La condena del general Dyer, aunque inevitable y rigurosamente correcta, se recordará en la India cuando su desdichada decisión lleve mucho tiempo olvidada.

---

---

#### NOCHE DE TERROR EN DERRY

##### *Feroces combates en las calles*

Bandas armadas de unionistas y fenianos tomaron posesión de las calles y los disparos de fusiles y revólveres se oyeron casi ininterrumpidamente durante la mayor parte de la noche. Nuestro corresponsal en Londonderry dice en un telegrama de anoche: «La noche del sábado tuvieron lugar los disturbios más feroces y mortíferos de los tiempos modernos en Londonderry, durante los cuales resultaron varias personas muertas y muchas heridas. Imperó durante toda la noche una situación del mayor terrorismo. La mañana del domingo se produjeron saqueos a amplia escala y hubo algunos casos de incendios provocados y tentativas de otros más».

---

---

#### GUARDIAS DE ASALTO DE CONNAUGHT EN LA INDIA

Un mensaje de Reuter procedente de Simla afirma que tres cuartas partes de los miembros de los Guardias de Asalto de Connaught de Jullundar se negaron a cumplir órdenes y abandonaron las armas tras recibir un correo que daba noticia de los sucesos de Irlanda...

En Kilnalough, como en el resto de Irlanda, llovió durante todo el mes de julio. Las granjas estaban ya vacías y sólo quedaban en ellas dos o tres ancianos, porque el resto de los trabajadores se habían esfumado tras su tentativa abortada de inducir a Edward mediante amenazas a que les cediera la propiedad. Fue, sin duda, gracias al hecho de que un contingente de Policía Auxiliar estuviese destinado en el Majestic por lo que Edward se libró de acosos, agresiones y daños. Otros propietarios de tierras de diversas partes del país estaban cediendo prudentemente a las demandas que se les formulaban en ese período, pero Edward se mantenía inflexible y despectivo. Dada la situación del país y la frecuencia de los ataques terroristas, cualquier peón agrícola vengativo con un arma podría haber abatido a Edward de un tiro con total impunidad. Entre tanto, sin embargo (siempre que pudiese encontrar hombres dispuestos a recogerle la cosecha), Edward aún disponía de dos exiguos trigales en lenta maduración.

El comandante podía verlos desde la ventana de su habitación; se extendían por las suaves laderas de un valle, uno a cada lado, separados sólo por un camino de carros lleno de baches que bordeaba la granja y seguía luego hasta unirse a la carretera de Kilnalough. El trigo, de un verde pálido a principios de agosto, parecía ir haciéndose un poco más rubio mañana a mañana. El comandante había llevado consigo unos prismáticos excelentes, hechos en Alemania, que había retirado del enorme pecho agujereado de un apopléjico oficial prusiano de bigotes encerados al que se había encontrado tumbado cabeza abajo en el cráter de un obús. Utilizaba toda las mañanas aquellos prismáticos para examinar el campo del entorno y le causaba un placer especial contemplar la superficie brillante e iridiscente del trigo mientras se ondulada a un lado y a otro a lo largo del valle, en olas de almíbar.

«Qué extraño —pensó una mañana—. ¿Cómo habrá llegado eso ahí?». Se trataba de una gran piedra en la que nunca se había fijado antes y que había aparecido en el borde de uno de los trigales. ¿Por qué se tomaría alguien la molestia de transportar un pedrusco tan pesado como aquél hasta el borde de un trigal? Decidió dar un paseo hasta allí aquel mismo día, más tarde.

Pero inmediatamente después de comer se abalanzaron sobre él las gemelas. Querían que fuese «el hombre» mientras ellas practicaban unos nuevos pasos de baile; parecían estar deseosas de aprender en particular *El Joy Trot* y *El Vampiro*. Habían conseguido que les prestara un gramófono y unos discos nuevos el bueno del señor Norton, cuya implacable persecución de la juventud resultaba verdaderamente asombrosa cuando consideraba uno su decrepitud física. Al principio, el señor Norton había dicho que «el hombre» debería ser él a cambio del uso del gramófono. Pero a las gemelas no les entusiasmaba esta idea. Se descubrió, además, que el ritmo era demasiado vivo para las articulaciones artríticas del señor Norton y las gemelas se

negaron en redondo a bailar a media velocidad como él proponía. Un poco contrariado, se conformó con un «apretón». Cada una de las gemelas, sucesivamente, recibía un abrazo tan fuerte que quedaba vaciada de aire con un gruñido, mientras el comandante fruncía el ceño y soplaba en su pipa, preguntándose si debería intervenir o no. Pero finalmente el señor Norton las dejó en paz y se sentó melancólicamente a observar los torpes intentos del comandante de hacer lo que le decían las gemelas. Desgraciadamente, el comandante era un bailarín muy pobre y le resultaba difícil aprender los nuevos pasos. No es que hubiese nada particularmente difícil en el *one-step* o en el foxtrot, eran algo notablemente parecido a caminar; la dificultad estribaba en coordinar los movimientos con los de la pareja. A veces tenía también problemas en los giros.

—Con la pipa no —dijo Faith, quitándosela de la boca y poniéndola a un lado mientras Charity se ocupaba diligentemente de darle al manubrio del gramófono—. Vamos, cógeme más fuerte, por el amor de Dios.

—Bueno, ya te dije que no era demasiado bueno en estas cosas —murmuró el comandante, anonadado por la retirada de su pipa—. Ahora déjame que entienda esto bien.

—¡Adelante con el pie *derecho*!

—Ah...

—¡Dios santo!

—Perdona, me he hecho un lío.

—Será mejor que me dejes dirigir a mí. Ahora límitate a atender al ritmo y no te molestes en mirarte los pies... ¡Oh, es un caso perdido!

Pero al comandante, aunque tenía conciencia de que estaba sonando música, le impedía oírla, al principio, el roce de sus propios pies en el mugriento suelo del salón de baile e intentaba escuchar en vano algo que pudiese indicarle cuándo debía efectuar sus movimientos. Había empezado con una mano que cedía suavemente en su palma callosa y otra posada como vilano en su hombro; pero al cabo de unos instantes estaba siendo dirigido, empujado y arrastrado sin ceremonia a un lado y a otro, primero por una gemela, luego por la otra. Para ser unas criaturas tan esbeltas y delicadas eran asombrosamente fuertes, la verdad. Cuando Charity derramó una caja de agujas de gramófono y se metió debajo del piano a recogerlas, el comandante vislumbró involuntariamente la parte de atrás de sus muslos lisos y suavemente musculados y (mientras foxtrotaba rápidamente hacia delante para bloquear aquella visión perturbadora a la ávida mirada del señor Norton) se sorprendió pensando que, físicamente al menos, no podía uno en realidad seguir llamándola niña.

Por entonces el comandante estaba empezando a calentarse y a cogerle el truco al asunto y no necesitaba ya que le arrastraran ni le empujaran tanto. Cambiaron el disco por *By the Silver Sea* y, mientras él disfrutaba de un descanso las chicas bailaron juntas la mar de bien, desempeñando el papel del «hombre» por turnos.

—Unas niñas encantadoras, ¿verdad? —cuchicheó el señor Norton ásperamente

al comandante, que estaba sentado junto a él—. Inocentes como palomas.

El comandante estaba observándolas también con admiración mientras giraban en redondo remolineando las faldas y meneando los tobillos en el aire y haciendo toda clase de cosas divertidas y fantásticas sin perder nunca el ritmo ni tropezar una con otra. Con el ejercicio (el comandante cambió la aguja y dio cuerda él mismo al gramófono todo lo rápido que pudo, para que no tuvieran que interrumpir aquella placentera demostración) se pusieron ruborosas y coquetas. Les brillaban los ojos. Lanzaban sonrisas prolongadas al comandante mientras bailaban. Se lamían los labios con unas lenguas rosadas deliciosas y bajaban recatadamente las pestañas sobre sus ojos húmedos y relumbrantes. Les aparecieron hoyuelos en las mejillas y nunca habían brillado sus dientes con una blancura tan nacarada. «Qué absolutamente encantadoras son —pensó el comandante— cuando hacen uso conmigo de sus atractivos (aunque no lo hagan en serio, por supuesto) como pajaritos aprendiendo a volar: los mismos atractivos que un día utilizarán con los jóvenes cuyos corazones decidan romper. ¡Qué encantador!». Pero una mirada a la cara fruncida color nuez del señor Norton le indicó que aquel viejo bribón consideraba claramente que el objetivo de las sonrisas prolongadas y del lamerse los labios y del bajar las pestañas era *él*. Devolvía por ello las sonrisas con una suya llena de picardía, consistente en echar hacia atrás los labios y mostrar unos dientes postizos amarillentos excepcionalmente grandes. Aquel hombre era verdaderamente asombroso. La verdad es que había que admirarle por la tenacidad con la que se aferraba a los restos de su juventud.

Era una vez más el turno del comandante. Bailar podía ser realmente muy gozoso, decidió, y las chicas se fundían la una en la otra con tanta suavidad de un disco al siguiente que tenía problemas para recordar cuál era la gemela con la que estaba bailando. Fue para él algo así como una conmoción darse cuenta de que el señor Norton se había quedado dormido en su asiento (agotado por la electricidad sexual del ambiente) y de que eran ya las cinco y también él estaba exhausto.

—¡Sólo uno más! —gritaban las gemelas, pero el comandante dijo que no; no se había dado cuenta de la hora que era y cogiendo su pipa se dirigió a la puerta, ignorando sus súplicas. Más tarde, cuando estaba bebiendo sediento una taza de té en compañía de la señorita Bagley y la señorita Porteous, volvió a acordarse de aquel peñasco curioso que había aparecido brotando de la nada en el borde del trigal. Pero entonces era ya demasiado tarde para dar un paseo hasta allí y echarle un vistazo. Si resultaba que aún seguía allí (pensó que podría desaparecer tan mágicamente como había aparecido), iría mañana a verlo. Después de tomar esta decisión, retiró el asunto de su pensamiento con objeto de centrar toda su atención en la señorita Bagley y la señorita Porteous, que ya parecían haber descubierto cómo había pasado él la tarde. Sí, confirmó, el amor al baile de la generación más joven podría muy bien ser una de las razones por las que no respetaban a sus mayores; por otra parte, había sido todo diversión sana, en realidad, no pretendían hacer nada malo con ello. Todo era muy inofensivo. Sí, tomaría otra taza de té, tenía «una sed terrible en él», como decían los

irlandeses.

Aún estaba en pijama a la mañana siguiente cuando sacó los prismáticos alemanes de la caja de cartón en la que los llevaba (el oficial prusiano había manchado de sangre desconsideradamente el estuche de cuero forrado de terciopelo original) y se los llevó a los ojos. El peñasco aún seguía allí, por supuesto, al lado de las ondulantes espigas de trigo. La verdad es que no esperaba que hubiese desaparecido. Pero ahora se había unido a la piedra otro objeto mucho más sorprendente. El comandante ajustó el foco de los prismáticos para asegurarse de que era realmente, sí (pero ¿cómo podía ser?), un tocón de árbol, el tocón de un árbol, que era indudable que no había estado allí ayer, ni un árbol ni un tocón. Pero allí estaba, de tamaño natural, al lado del trigo densamente apiñado.

Cuando acabó de vestirse bajó, pero era demasiado pronto. Edward y el resto de la gente del hotel aún no habían empezado siquiera a desayunar; todavía estaban con las oraciones de la mañana. El comandante escuchó con una leve sonrisa, desde fuera de la sala del desayuno, cómo Edward empezaba recitar la lista de cosas por las que en aquella mañana de 1920 debía dar uno gracias a Dios. Se demoró un momento, apoyado en la fría pared de piedra del pasillo y pensando que en la voz de Edward se percibía cansancio y desengaño. A lo largo de los últimos meses la lista parecía haberse hecho más corta. La voz de Edward cesó. Estaría dirigiéndose ahora hacia el altar de los caídos para abrir las hojas de bisagras. Sonriendo aún, el comandante se alejó de puntillas; las hileras de pequeños ojos acusadores le buscarían una vez más en vano. Además, sería el primero en leer el *Irish Times* y no tendría que esperar su turno durante la larga mañana, mientras las señoras se enfrascaban en la columna de «Nacimientos y Muertes» para ver a cuál de sus contemporáneos habían conseguido sobrevivir.

Cuando vio a Edward esa misma mañana, algo más tarde, le dijo:

—Supongo que sabe usted que hay una recolección clandestina en marcha.

—Eso creía yo, pero no estaba seguro —dijo Edward para su sorpresa, asintiendo sombríamente—. Ahora tendré que hacer algo.

—¿Y qué hará usted?

—Dios sabe. Tendré que pararles los pies de un modo u otro.

—¡Por qué no les deja simplemente que se lo lleven! Deben de necesitarlo mucho si salen a cogerlo de noche.

—Eso no puede considerarse siquiera. No serviría de nada dejarles que piensen que pueden robar en mi propiedad sin que les pase nada. Saquearían todo esto en un dos por tres.

—Oh, seguro que no.

—Mire, yo no tengo la culpa de que se largaran. Si querían seguir a los malditos fenianos, que les alimenten ellos. Otra cosa, el trigo ni siquiera está aún maduro. Cualquiera idiota puede darse cuenta de eso.

—Supongo que no pueden esperar —dijo el comandante con un suspiro—. De

todos modos, estoy de acuerdo con que son ellos los que tienen la culpa.

—Lo cierto es, Brendan, que hay una cosa llamada ley y orden, ¿sabe usted? Si el país está sumido en el caos en que está sumido en este momento, es porque personas como usted y como yo han sido descuidadas y han ido dejando que esos tipos se salgan con la suya.

—¡Oh, prescinda de la ley y el orden! Se trata de dos miserables trigales que esos pobres mendigos plantaron, en realidad, ellos mismos. No dejará usted que pasen hambre sólo para que se respeten sus propios principios sacrosantos.

Se produjo un súbito silencio. El comandante estaba tan sorprendido por su arrebató como Edward. Este último se puso rojo pero no dijo nada.

Debió de cavilar sobre el asunto, sin embargo, porque después de comer cogió aparte al comandante y le explicó que intentaría arreglar las cosas para que algunos habitantes de Kilnalough recogiesen el trigo y lo moliesen y distribuyesen luego la harina entre la gente del entorno que más lo necesitase. Se aseguraría también de que el doctor Ryan y el párroco se enterasen de sus intenciones, para que pudiesen decirle a la gente que dejase en paz el trigo hasta que estuviese maduro. De ese modo no se verían obligados a quebrantar la ley, ni se verían ultrajados sus propios «principios sacrosantos» (sonrió irónicamente). Ya había enviado a Murphy a Kilnalough con la noticia.

El comandante se había mantenido durante un tiempo impermeable a los rumores que circulaban en el Majestic, porque había consumido ya su ración de ellos en la humedad de las trincheras, donde crecían como hongos. Pero ahora se sorprendía escuchando rumores de nuevo, ya que las señoras los devoraban ávidamente y les encantaba compartirlos con él (era un misterio dónde se originaban, a menos que los generasen de algún modo los sentimientos revolucionarios que se decía que burbujeaban en el cerebro de Murphy). El IRA planeaba asesinar a Su Majestad, le aseguró un día la señorita Archer (con quien no le unía ningún parentesco), con un dardo untado con curare disparado con una cerbatana por cierto tipo de salvaje importado especialmente de las selvas del Brasil.

—¡Oh, qué disparate! —bromeó el comandante (ella era una de sus favoritas)—. Me sorprende que usted, Sybil, crea una historia tan inverosímil.

—Pero si es absolutamente cierta. Lo sé por una fuente absolutamente fidedigna.

—¡Oh, *no me diga!*

La señorita Archer bajó la voz: «C. D.».

—¿C. D.?

Ella chasqueó la lengua, desesperando de la capacidad del comandante para entender.

—Castillo de Dublín.

—Absolutamente falso —dijo el comandante riéndose.

Pero no, la señorita Archer insistió en que era ni más ni menos que la verdad. Y que eso no era ni la mitad del asunto... El IRA no sólo había planeado ese acto vil,

sino que había estado en un tris de ejecutarlo. El salvaje brasileño, que llevaba sus plumas e iba disfrazado de informador, había sido colocado junto a la pista en Ascot. Cuando el Carruaje Real avanzaba hacia él, había preparado su cerbatana. El rey estaba cada vez más cerca, estaba ya a su altura, las mejillas del salvaje se estaban hinchando ya cuando... había sido víctima de un ataque de tos (no habituado al clima, había muerto de neumonía dos días después), ¡y el dardo se había deslizado de la cerbatana y se había clavado inofensivamente en la hierba! La señorita Archer había abandonado ya la pretensión de seriedad y concluyó su historia con una tempestad de risas doncelliles; sus ojos apagados y legañosos, bellos en otros tiempos, derramaban lágrimas de risa, de manera que el comandante no sabía ya si había tenido en algún momento la pretensión de que él se lo tomase en serio. Tal vez no lo supiese ya ella misma.

—Nunca más creeré una palabra de lo que me diga —dijo con firmeza el comandante.

Había otro rumor en el que creían la anciana señora Rice y las señoritas Johnston, Laverty y Bagley (y medio creían al menos el resto de las damas), según el cual todos los dirigentes del IRA hablaban alemán con fluidez y que aquellas mujeres locas (Maud Gonne y la chica de Gore-Both que se había casado con el hombre del apellido impronunciable) habían sido las dos amantes del Káiser. Como suplemento, el señor Norton indicó *sottovoce* al comandante que el pobre y buen Káiser Bill las había encontrado insaciables y había dañado de modo permanente su salud en un esfuerzo por defender su honor.

La señorita Staveley, como correspondía a su estatus en el Majestic, poseía un rumor que propagaba y creía exclusivamente ella pero que, sin embargo, hacía estremecerse por un momento a cualquier señora que lo oyese: había un plan en marcha de acuerdo con el cual todos los carniceros del país, fuesen de cerdo o de vacuno, se alzarían como un solo hombre y usarían sus cuchillos de cortar carne con la gente distinguida del lugar.

Sin embargo, el rumor que le gustaba más al comandante procedía nada menos que del propio Edward. Éste había oído, aunque probablemente fuese una «absoluta paparrucha», que el suministro de agua del Castillo de Dublín había sido deliberadamente envenenado y todo el Ejecutivo se hallaba incapacitado con la excepción de un puñado de los bebedores de whisky más pertinaces. Estos últimos estaban intentando desesperadamente ocultar la situación mientras lidiaban con ella. Pero ¿qué podían hacer? Se trataba de una situación que recordaba la tragedia clásica. El propio elixir que les había salvado la vida les mantenía ahora tanteando en medio de una impenetrable niebla alcohólica. Mientras una alegre maniobra beoda seguía a otra, el Sinn Féin se disponía a asestar un golpe mortal en el corazón de Irlanda.

—Una necedad —dijo sonriendo el comandante.

—Parece un poco estrambótico, pero uno nunca sabe, sobre todo en estos tiempos.



Sin embargo, aunque el comandante sentía la tentación de sonreír ante algunos de estos rumores, siempre recuperaba la seriedad con bastante rapidez cuando abría el periódico. Desde su regreso a Kilnalough no había pasado ni un solo día sin noticias de un asalto o un tiroteo o un ataque terrorista en algún lugar de Irlanda. De hecho, estos ataques se habían hecho tan numerosos que desde finales de mayo sólo los desastres importantes conseguían acceder a las columnas principales del *Irish Times*, quedando relegados los restantes a una breve lista numerada que aparecía a diario bajo el titular «CATÁLOGO DEL DELITO O LA CAMPAÑA DE ATENTADOS».

1. Londonderry Ciudad. A las 10:50 de la noche del jueves, cuando los agentes de policía McDonough y Collis se hallaban de servicio, les dispararon con un revólver, y la bala impactó en la pared junto a la que estaban.

2. En la mañana del miércoles, John Niland, del condado de Galway, descubrió que durante la noche les habían cortado la cola a nueve cabezas de ganado, habiéndose cortado en todos los casos de dos a tres pulgadas de la parte carnosa.

3. A las 11:35 de la noche del jueves, tres hombres enmascarados, dos de ellos armados, entraron en la casa de Thomas Flattery, un candidato al puesto de concejal del distrito, y le pidieron que firmara un documento comprometiéndose a no participar en las elecciones. Se negó. Entonces el jefe del grupo le dijo: «Ponte de rodillas y haz un acto de contrición». El señor Flattery dijo: «Estoy preparado para morir». Dos de los asaltantes le apuntaron con los revólveres, un tercero sujetó a su esposa para que no pudiera moverse y un cuarto dijo desde el otro lado de la puerta: «Matad a ese perro».

4. El lunes, en Ballyhaise, condado de Cavan, fue roto un gran paño de cristal de la iglesia protestante y fue robada de la sacristía una botella de vino.

5. Condado de Cavan. Samuel Fife, cartero, distrito de Cavan, recibió por correo la siguiente carta: «Fife, has escapado a los alemanes, pero como has venido a Arvagh, tus días están contados. Considera esto como definitivo y prepárate para morir. Los Muchachos Blancos».

6. El miércoles la casa de T. Box, Mountbellew, condado de Galway, fue tiroteada. La semana pasada los caballones de su patatal fueron arrancados y destruidos.

7. Condado de Mayo. Patrick McAndrew, guarda fluvial, recibió una carta: «Anuncio de muerte. Creo que ha llegado la hora del día en que no se permitirá a ningún hombre guardar la pesca para un perro inglés. Si lo haces, estás condenado. El Defensor de los Ríos».

8. Condado de Kerry. El sargento Coghlan recibió una carta: «Tú has sido un siervo bueno y diligente de la Corona, así que ya es hora de que dejes de galopar. Te aconsejo, pues, que no te arriesgues a manchar tu alma con un pecado, ya que la recompensa que nosotros damos a los siervos buenos y fieles es media onza de peso muerto de plomo. Estás marcado como traidor para el futuro. Nuestro gobernador, Sinn Féin, lo ha decidido».

Antes de meterse en la cama aquella noche el comandante apagó las velas y se quedó un momento en la ventana mirando hacia los trigales invisibles. En una hora o así tal vez apareciesen hombres surgidos de las sombras, como los roedores de los paneles, para segar el trigo de Edward a la luz pálida e intermitente de la luna. Tal vez estuviesen ya allí. Bostezó y se metió en la cama. En cierto modo era agradable quedarse dormido pensando en los hombres que estaban trabajando allí fuera, silenciosamente, un leve silbido de hoces segadoras, un suspiro suave, el crujido apagado de una carretilla. Pero, por supuesto, para entonces ya sabrían que Edward estaba al tanto de lo que se traían entre manos y no acudirían. Era agradable, la noche de verano. Una silenciosa tempestad de sueño sopló sobre el campo oscuro, inclinando el trigo en olas, hacia un lado y hacia otro. El comandante se sentía feliz, a

pesar de todo. Edward había estado a punto de hablarle, cuando esperaban a que aparecieran las gemelas vestidas con la ropa de Angela, de la única vez en su vida que había sido realmente feliz. «Tengo que preguntarle», se dijo el comandante mientras se dormía.

El comandante estuvo durmiendo boca arriba en una tiesa postura militar, los pies juntos, las manos a los lados, soñando con Sarah. Después se puso boca abajo y durante un rato estuvo casi consciente. La habitación estaba a oscuras pero había un brillo rosado en la pared enfrente de la ventana. Se incorporó. Se oyó un ruido junto al tocador.

—¿Quién anda ahí? —cuchicheó.

Alguien encendió una cerilla y se inclinó hacia el candelabro ramificado, prendiendo primero una vela y luego la otra. Era Edward, demacrado, llevaba puesta una bata.

—¡Ah! —exclamó alegremente el comandante—. Precisamente iba a preguntarle una cosa... —se detuvo, incapaz de recordar qué era.

Edward abrió de golpe la ventana. Apoyó las manos en el alféizar y se asomó. El comandante, que iba despertándose gradualmente, se puso las zapatillas soñoliento y echó mano a su bata. Antes de llegar a la ventana ya se había dado cuenta de que algo pasaba. No llevaba mucho tiempo dormido; estaba demasiado oscuro, no podía estar amaneciendo. Miró por encima de la cabeza de Edward hacia el lago de fuego lejano. Los trigales ardían furiosamente a ambos lados del valle más allá de la cresta de la ladera. Alrededor, la negrura era perfecta e impenetrable.

—¿Lo ha hecho usted?

—¡No diga tonterías!

—¿Pero por qué habrían *ellos*...?

—¿Cómo demonios iba yo a saberlo?

Lo único que se podía hacer ya era mirar como ardía. Lo hizo muy deprisa.

En los prismáticos del oficial prusiano ya no había ningún trigo ondulante visible, sólo una extensión de tierra ennegrecida, y aquí y allá, donde el trigo estaba aún un poquito verde, los tallos no habían ardido hasta el suelo, sino que se alzaban en escabrosos anillos y manchas, haciendo pensar al comandante en los cueros cabelludos comidos de gusanos de los niños a los que había visto rondando por el campo de golf. «La quema injustificada de alimentos —pensó—. Tan insensata como la peste». Se había propagado el rumor por la vecindad de que había sido el propio Edward quien había quemado el trigo para que la gente no pudiese cogerlo. El comandante recordó, sintiéndose culpable, que aquello había sido lo primero que había pensado él y le habría gustado pedir disculpas, especialmente porque Edward

había adoptado su aire de hombre desengañado.

—Naturalmente, todo el mundo me cree capaz de quemar mis propios cultivos — le dijo burlón al comandante—. En fin, el día menos pensado quemaré esta maldita casa por despecho, no me sorprendería que lo dijese.

Y se fue riendo con una alegría torva.

Pero si Edward no había prendido fuego a los trigales, ¿quién lo había hecho? Los propios campesinos no, seguro, necesitaban demasiado el trigo.

—¡Brendan, no estás escuchando!

—Sí, lo estoy. He oído todo lo que habéis dicho. Hablábais sobre un traje de baño.

Y, de todos modos, podría haber sido un accidente, que alguien hubiese tirado una cerilla, quizá, o un cigarrillo mal apagado. O tal vez fuese uno de esos incendios espontáneos que se producen a veces cuando hace mucho calor, un trozo de cristal roto que capta los rayos del sol, o alguna cosa parecida.

—Brendan, ¿has oído?, necesitamos ocho peniques. ¡No estás escuchando otra vez!

—Sí, lo estoy. ¿Para qué queréis ocho peniques?

—Oh, ¿cuántas veces tenemos que decírtelo? Para el patrón. Léesele otra vez, ¡y esta vez escucha, por el amor de Dios!

—«Traje de Baño 1149 (un Traje de Baño Práctico). Se trata de un patrón notablemente sencillo. La braga es de una sola pieza y está unida a un canesú liso, mientras que la prenda exteriores parecida a una levita, con una espalda...».

(Siempre se pueden producir esos incendios en verano. Había habido un período de tiempo seco y cálido; la tierra estaba quebradiza y se deshacía en polvo bajo los pies. Pero el comandante no creía en realidad que hubiese sido un fuego accidental. Se había iniciado en mitad de la noche y los rayos de la luna no producían incendios. Edward estaba convencido de que era obra de los fenianos, que estaban deseosos de poner a los campesinos en su contra. Si tenían hambre suficiente, se les podría convencer para que hiciesen cualquier cosa. Parecía la única explicación realista).

—«... con espalda, delantero, manga corta y cuello de estola recto. Un cinturón liso abotonado por delante sujeta y recoge la tela en la cintura y da a la prenda un toque de pulcro acabado. (Hasta la rodilla, con zapatos y un gorro). Ocho peniques el patrón».

—Pero ¿por qué me contáis todo eso?

—Faithy, te juro que le mataré si vuelve a decir eso otra vez... ¡Porque queremos ocho peniques para comprar con ellos ese bendito patrón!

—Por supuesto —dijo el comandante riéndose y buscando en el bolsillo—. ¿Por qué no me lo habéis dicho desde el principio?

El comandante aún no había conseguido desprenderse de su extraño hábito de patrullar sin descanso de una habitación a otra. Un día, vagando sin rumbo, entró en el estudio, que ya no se usaba casi nunca, y echó un vistazo alrededor. Los paneles de

las paredes eran de roble oscuro pero parcialmente ennegrecido por inmensos tapices grisáceos que mostraban escenas de caza. Encima de la repisa de la chimenea, por ejemplo, y extendiéndose hacia arriba hasta el oscuro techo había una hembra de gamo inmensa tendida de costado en una mesa llena de fruta y de hogazas de pan. Una de las patas traseras del animal estaba torcida hacia arriba en ángulo con la mesa, mientras que en el primer plano la grácil cabeza colgaba de su largo cuello. La sangre, en tiempos color escarlata, que goteaba pintorescamente de la blanca garganta cortada resultaba tan gris como la fruta de la mesa, tan gris como el polvo. Mesas, sillas y escritorios estaban distribuidos aquí y allá en grupos.

Le alertó un débil ruido. Y vio a Edward profundamente dormido en un cavernoso sillón orejero de gastado cuero, con la cabeza colgando a un lado, la boca abierta, la cara colapsada por el cansancio, por los inicios de la vejez y la desesperación. El comandante se quedó allí parado durante un largo instante en la habitación silenciosa, asombrado de ver a Edward con una apariencia tan vulnerable, tan indefensa. Luego, cuando se disponía a marcharse de puntillas, una negra sombra surgió deslizándose de detrás de un escritorio polvoriento y se aposentó confortablemente en el regazo abandonado de Edward (porque el ejército de gatos del bar Imperial había empezado recientemente a apoderarse de ciertas habitaciones poco frecuentadas del Majestic). Edward despertó, vio al comandante mirándole, murmuró: «Me he quedado dormido», y carraspeó con un largo y cansado ruido ululante que podría haber sido el grito de un animal moribundo. A ninguno de los dos se le ocurrió nada que decir.

Desde la quema de los trigales, el tiempo había empeorado: tal vez eso estuviese afectando negativamente al estado de ánimo de Edward. En cualquier caso estaba claro que no era ningún consuelo para él el hecho de que el trigo quemado se hubiese perdido muy probablemente a causa de la lluvia torrencial que aullaba alrededor del Majestic y dejaba charcos relucientes en el suelo del salón de baile, aunque hubiesen escapado al fuego. Las tormentas se retiraron para efectuar, azotando y gruñendo, su recorrido por el mar de Irlanda camino de Gales, dejando atrás un chaparrón firme e interminable que parecía colgar del cielo como una cortina de cuentas de cristal.

—¿Dónde está mi revólver? —preguntó Edward una mañana a una de las doncellas, después de pasarse una hora registrando diversos cajones de su estudio.

—Lo tiene la cocinera, señor. Lo tiene en un lugar seguro, en la máquina de planchar de la cocina.

—¿Y para qué demonios lo quiere?

—Es que les tiene miedo a los voluntarios.

Edward fue inmediatamente a recuperar el arma (estaba cubierta de huellas dactilares harinosas y envuelta en un papel manchado de mantequilla) pero no le dijo a nadie lo que se proponía hacer con ella. Mientras, pasaban los días y las viejas damas seguían juntándose en grupos temblorosos como nómadas alrededor de un fuego de campamento, y el aliento del comandante se vaporizaba de ventana en ventana por las diversas partes de la casa. Desde una u otra de esas ventanas localizó

a Edward bajando majestuosamente por el camino, indiferente al agua que golpeaba con firmeza su gorro de *tweed* y rociaba en los hombros de su trinchera. La trinchera se combaba pesadamente a un lado cada poco y el comandante vislumbró la culata de un revólver sobresaliendo del bolsillo. En una ocasión fue corriendo detrás de él con un paraguas, temiendo que pudiese estar a punto de hacer alguna tontería. Pero Edward se dirigía simplemente hacia el campo de tiro. El comandante le vio allí plantado en el borde del claro bajo los árboles goteantes, las mejillas de un púrpura escaldado por el frío diluvio, el brazo derecho alzado, tieso y recto para disparar a..., no estaba nada claro a qué estaba disparando, tal vez a un diente de león que crecía incómodamente en una grieta de la pared de la casa del guarda. La mano al extremo de su tieso brazo se balanceaba violentamente entre los estampidos, pero la cara de Edward se mantenía impassible, inexpresiva. Del ojo de metal del extremo de la culata manaba sin interrupción una delgada aguja de agua. El comandante dio marcha atrás hacia los arbustos empapados y enfiló caviloso por el camino con la lluvia tamborileando en el paraguas.

Pero la lluvia cesó al día siguiente y dejó paso a un débil sol intermitente. El cambio de tiempo pareció mejorar el estado de ánimo de Edward, porque, cuando las gemelas arrastraban al comandante para que fuera con ellas a bañarse, le gritó alegremente desde la ventana de la biblioteca:

—No deje que esas dos bestezuelas le ahoguen, Brendan.

Las dos bestezuelas tenían un aspecto adorable. Sus tentativas de hacerse trajes de baño prácticos a partir del patrón habían acabado en fracaso y en rabetas de impaciencia, pero por una feliz casualidad una tía lejana de Londres, una hermanastra de Edward, con fama de ser bastante «liviana» a pesar de estar casada con un clérigo, les había enviado trajes de baño nuevos. Desde luego los trajes de baño que había elegido eran los más atrevidos que había visto en su vida el comandante, sin mangas y con sólo las faldas más someras. Apenas cesó la lluvia las gemelas se pusieron aquellas exiguas prendas y se dirigieron a la playa. El comandante, por su parte, no era gran cosa como nadador y, aunque se había puesto un traje de baño de lana prestado de Edward (Edward era considerablemente más corpulento, así que la tela colgaba suelta sobre el vientre liso del comandante), le faltaba entusiasmo; además, había oído que el agua en la costa de Wexford estaba helada hasta en los días más calurosos del verano. Así que albergaba la esperanza de evitar meterse en ella.

Lo cierto es que las gemelas tampoco tenían ninguna intención seria de nadar. Chillaban cuando las olas bullían sobre sus tobillos. Aunque el comandante, que estaba sentado en una roca fumando su pipa, les mandó meterse más en el agua, se aferraron la una a la otra y gritaron quejumbrosamente cuando una ola les llegó hasta las rodillas. Y eso fue todo lo que se atrevieron a entrar en el agua.

De pronto el comandante reparó en los rasgos cadavéricos de Murphy atisbándole desde detrás de un afloramiento rocoso.

—¿Qué es lo que quieres?

Una señora estaba preguntando por él arriba en la casa.

—¿Una señora? ¿Quién demonios es?

Pero Murphy se había dado la vuelta y se alejaba, considerándose ya sin duda fuera del campo de audición.

El comandante cruzó la playa hasta el camino de grava que conducía al cobertizo de los botes y a la pista de *squash*, luego giró para subir las escaleras hacia la primera terraza. Allí miró hacia arriba y vio que Edward estaba esperándole al final mismo del último tramo de escaleras, al nivel de la casa. Y junto a Edward estaba Sarah.

El comandante se sacudió la arena de las franjas azules y blancas de su traje de baño y echó a correr, subiendo un tramo de escaleras tras otro a la carrera. Edward y Sarah aguardaban inmóviles mientras él subía esforzadamente sin detenerse, con aquella bolsa vacía de tela (que el pecho y la barriga hinchados de Edward normalmente llenaban) aleteando. En una de las terrazas más bajas dejó atrás a Murphy, que subía con la cabeza baja como si tuviese mucha prisa. Lanzó un gemido de miedo cuando el comandante surgió de pronto por detrás de él, jadeando con su traje de baño blanquiazul, subiendo los escalones de tres en tres, sin que sus pies descalzos hiciesen ruido alguno en la lisa superficie. El anciano criado quedó enseguida atrás subiendo laboriosamente las escaleras solo... y se esfumó por completo muy pronto siguiendo alguna ruta alternativa.

Cuando el comandante llegó al último tramo de escaleras, al final del cual Edward y Sarah le miraban sonriendo, aminoró el paso adoptando un ritmo más digno y pensó: «¿Por qué tengo tanta prisa? En realidad, es sólo una amiga. Pensaré que soy un imbécil por venir corriendo de este modo todo el camino».

Cuando llegó, por fin, Edward decía: «Una muy querida amiga nuestra, Brendan, ha venido a vernos...», y sonreía a Sarah con una expresión muy cálida y afable.

—¡Uf! —jadeó el comandante—. Me he quedado sin aliento...

Y le silenció de nuevo la falta de aire.

—Es estupendo estar de vuelta. ¿Cómo se encuentra, Brendan?

—Oh, bien, bien.

—Sarah y Angela eran grandes amigas, ¿sabe usted? —explicó innecesariamente Edward, con los ojos tristemente bajos por un instante mirando al pecho del comandante que aún subía y bajaba—. Angela tenía muy buen concepto de ti, querida mía.

—Y yo de ella —dijo Sarah con calma, casi con indiferencia.

Y el comandante, mientras asentía píamente para indicar que por supuesto todo el mundo tenía un gran concepto de todo el mundo, cosa por lo demás natural, y nadie debía albergar duda alguna a ese respecto (estaba aún sofocado por su rápida ascensión y deseoso de estar de acuerdo con todo el mundo), hizo una rápida y oblicua valoración sobre ella y decidió que parecía mayor y menos bella. Hacía bastantes meses, desde luego, desde la última vez que la había visto y, a veces, una chica de veintitantos puede cambiar enormemente, sí, sólo de un año para otro, lo

había oído decir muchas veces... Era algo que se relacionaba con las glándulas, muy probablemente. Sus ojos seguían siendo de un gris encantador, por supuesto, y la cara y las manos estaban aún atractivamente bronceadas por el sol (el comandante no era de esos que abominan del aire libre y les gusta que sus damas tengan un color blanco lirio), pero había en sus rasgos como una sombra de preocupación; probablemente estuviese aún cansada del viaje. Lo que modificaba más su apariencia era el pelo, que no le caía ya libremente sobre los hombros, sino que estaba ahora muy pulcramente asegurado en un moño. Era eso, más que nada, lo que la hacía parecer mayor. La hacía parecer una institutriz..., que era exactamente en lo que se había convertido.

Edward le había hecho una pregunta cortés sobre su estancia en Francia (aunque parecía saber ya todo al respecto) con el fin de dar tiempo al comandante a recuperar el aliento, y Sarah estaba diciendo que la familia había sido encantadora y en cuanto a los niños, que estaban a su cargo, dejarlos había sido (el comandante escuchaba en vano para ver si se producía un cambio en su tono indiferente y mesurado)..., le había partido el corazón. Ahora era el turno del comandante, debía decir algo, y tanto Edward como Sarah se volvieron hacia él. Pero el comandante difícilmente podía expresar los pensamientos críticos que habían estado pasando por su mente en relación con Sarah, así que jadeó artificialmente un poco más. Por último, exclamó: «Debo haberme dejado la pipa en la playa», pero luego se dio cuenta de que tenía entre sus dedos un objeto oscuro de madera. Se la llevó a la boca y la retiró de nuevo. Sarah y Edward rompieron a reír.

—Brendan —dijo Sarah—, está absolutamente ridículo con ese traje de baño.

A Sarah la esperaban en casa, según explicó, y sólo se había acercado allí un momento. Pero parecía no tener demasiada prisa, así que el comandante fue arriba a quitarse la arena del cuerpo y a ponerse ropa más adecuada, y se frotó el pelo con aceite de macasar y lo cepilló meticulosamente hasta dejarlo suave y liso. Pero fue un esfuerzo inútil. Cuando bajó no había ni rastro de Sarah. Las gemelas habían subido de la playa pero estaban enfadadas por alguna razón y cuando les preguntó si sabían dónde estaba Sarah se encogieron de hombros y dijeron que no tenían la menor idea. Tampoco había rastro de Edward.

El comandante se dio cuenta de que las señoras estaban lanzando miradas significativas en su dirección. «¿Qué les pasa ahora?», se preguntó irritado. Fuese lo que fuese no tenía tiempo para ellas en aquel momento. Además, estaba cansado de que le considerasen su protector. Sin embargo, no tardó en saber cuál era la razón de aquellas miradas significativas. Al asomarse al salón de las damas vio que estaba vacío, a no ser por la presencia de la ancha espalda uniformada del capitán Bolton. Tenía los pies encima del sofá y estaba leyendo una revista.

—Tal vez no lo sepa usted, pero este salón está reservado para las damas.

Bolton se volvió lentamente. Tenía en la mano unos impertinentes de señora. Se los llevó a los ojos y examinó durante un instante al comandante en silencio. Luego los retiró y volvió a su revista, diciendo: «Dígale a alguien que me traiga un té,

abuelo».

El comandante se fue de allí furioso. Lo único que podía hacer era buscar a Edward, que era lo que intentaba hacer desde hacía un buen rato. Lo encontró finalmente en el vestíbulo.

—¿Dónde demonios se había metido? He estado buscándole por todas partes.

—He ido a llevar a Sarah a casa. Vaya, está usted muy elegante, Brendan. Recuérdeme que le pregunte el nombre de su sastre.

—Sí, sí, cómo no... El caso es que uno de esos auxiliares, el que se llama Bolton, está molestando a las señoras sentándose en su salón. Intenté sacarle de allí pero no hubo manera. Tal vez pudiese usted tener una charla con él.

El comandante habría acompañado a Edward pero en aquel momento llegó una de las doncellas a decirle que la señorita Porteous quería hablar con él y que estaba en el Patio de las Palmas. Había sido expulsada del salón de las damas por un hombre horrible, le contó después de que la localizó, por fin, en medio del follaje. ¿Qué era lo que quería?, inquirió pacientemente el comandante. Oh sí, quería dos cosas: una, que matase una araña que había hecho repetidos intentos de subir a su zapato y estaba desazonándola mucho. ¿Y la otra? Le diría la otra en un momento..., a ver..., se llevó la pequeña muñeca de hinchadas articulaciones a la frente e intentó recordar qué era.

—No veo a esa bestia voraz que ha estado intentando atacarla, señorita Porteous —dijo el comandante, investigando en el suelo polvoriento y oscuro.

Y luego, imaginando que tal vez hubiese visto escapar algo, murmuró: «Ya la veo», y pisó con fuerza, aplastando algo bajo la suela del zapato. No hizo tentativa alguna de examinar los restos de su víctima.

—Supongo que eso significa mala suerte para mí, ¿no?

—Oh, querido, espero que no —dijo la señorita Porteous—. Acabo de recordar lo que necesitaba: que alguien me ayudara a ovillar la lana.

Al cabo de unos instantes, con el comandante sentado allí, con las manos alzadas en una actitud de rendición o de bendición y la lana disminuyendo entre ellas, llegó del salón de las damas un estruendo de griterío furioso. Era Edward, que estaba perdiendo el control.

Más tarde, al final del día, circulaba entre las jubilosas damas una historia según la cual Edward, durante su enfrentamiento con Bolton, había amenazado con llamar a la policía. Cuando Bolton le había indicado que él *era* la policía, Edward, indignado, había telefoneado al Castillo de Dublín, donde tenía un amigo influyente. Se había abordado el asunto y era probable que Bolton perdiese su trabajo o, como mínimo, fuese rebajado de graduación.

Esta historia tenía un suplemento curioso. Después de la expulsión de Bolton del salón de las damas, éste se había retirado, esfumado (al menos, a los ojos de las señoras), camino del ala del Príncipe Consorte. En el camino había pasado por una pequeña antecámara donde había reunidas una serie de damas que esperaban volver a ocupar su territorio legítimo. No les había parecido que estuviese demasiado afectado



por su enfrentamiento con Edward, como máximo ligeramente preocupado. Podría haber pasado por allí sin reparar siquiera en las damas si la señorita Johnston no hubiese susurrado bruscamente: «¡Y yo pensaría lo mismo también!». El capitán Bolton se había detenido entonces y, sonriendo educadamente, había sacado una pálida rosa de un jarrón de una de las mesas. Luego, sosteniéndola delicadamente entre índice y pulgar, se había acercado a donde estaban sentadas las damas. Las más timoratas habían apartado la vista. Pero la señorita Johnston no era ni mucho menos lánguida de carácter (el comandante había oído que su padre había muerto en la Frontera llevándose por delante a un número asombroso de individuos de piel oscura que habían decidido oponerse a su voluntad). Se había puesto de pie resueltamente. El capitán Bolton se había parado allí un instante, se había inclinado cortésmente y le había ofrecido la flor. Naturalmente, ella la había rechazado. Él había continuado allí parado de pie, sonriendo aún. Fue un momento torturante. Todas tenían la sensación de que en cualquier instante el capitán Bolton podría sufrir un arrebato de furia incontrolable y, sacando su revólver, se vengaría de unas damas indefensas. Pero en vez de eso había hecho una cosa aún más extraordinaria. Lenta, metódicamente, pétalo tras pétalo, había empezado a comerse la rosa. Las damas observaban cómo la masticaba llenas de asombro y de alarma. Bolton no tenía ninguna prisa. No se la zampó rápidamente como podría haberse esperado (era evidente que aquel hombre tenía el juicio desequilibrado). Había ido arrancando con los labios un pétalo tras otro, masticando cada uno de ellos lentamente y con evidente goce hasta que finalmente no quedó ninguno. Pero no se había detenido ahí. Había arrancado con los dientes una parte del tallo, lo había masticado calmosamente, se lo había tragado y luego había arrancado otro trozo de un mordisco. No tardó en comerse todo el tallo (en el cual había dos o tres espinas de malévolos aspecto). Las damas habían contemplado todo esto horrorizadas, pero él se había limitado a sonreír, había hecho otra reverencia y se había ido.

El comandante suspiró cuando oyó esto y tuvo que admitir que era una forma increíble de comportarse. Más tarde le preguntó a Edward si era cierto que había telefoneado al Castillo de Dublín. Edward asintió.

—Hay algo bastante extraño que tenía ganas de decirle. ¿Se acuerda usted cómo nos reímos el otro día cuando le conté el rumor que había oído sobre el suministro de agua en el Castillo?

—Sí que me acuerdo. Sólo sobrevivían los bebedores de whisky.

—Eso es. Pues bien, probablemente sea sólo una coincidencia pero el tipo con el que hablé por teléfono estaba clarísimamente borracho... ¡En realidad, estaba como una cuba!

## II

### DISTURBIOS

---

## LOS ASESINATOS DE TUAM

---

El Reverendísimo Doctor Gilmartin dijo en el sermón que pronunció el domingo en la catedral católica de Tuam que acudía a confortar a los vecinos de la localidad después del terror y el horror estremecedores de la semana anterior. La noche del lunes pasado se había producido el asesinato abyecto de dos policías a unos cinco kilómetros de la población. Si no se hubiesen tomado represalias, dijo, se habría producido una gran oleada de solidaridad con la policía. Comentando la devastación de la ciudad, Su Ilustrísima dijo que no necesitaba añadir que un crimen no justificaba otro..., en este caso la policía se había vengado de una forma terrible con una población inocente. Daba igual quién les hubiese impulsado a hacerlo, los policías cometieron un crimen atroz al destruir con las balas y el fuego una población dormida. El pueblo había sido saqueado vengativa e implacablemente por los guardianes oficiales de la paz, y si el gobierno no reparaba los daños causados y compensaba por ellos inmediatamente, el sentimiento clamoroso de injusticia persistiría como una amenaza más a la paz y la concordia.

---

El edificio del hotel continuó durante todo este tiempo deslizándose imperceptiblemente hacia la ruina. Sin embargo, el comandante, lo mismo que Edward, ya casi se había adaptado a vivir bajo aquel paraguas abierto de deterioro. La diferencia entre esperar que algo durase eternamente y esperar, por el contrario, que no durase eternamente, se decía el comandante, no era tan grande al fin y al cabo. Era, en realidad, cuestión de hacerse a la idea. Así pues, cuando su pie se hundió a través de una tabla del suelo del pasillo alfombrado de la cuarta planta, que por entonces casi nadie visitaba ya, saltó ágilmente hacia un lado (la alfombra le había impedido hacer una aparición súbita en el piso de abajo) y pensó: «¡Podredumbre seca!». Pero una mirada al techo bastó para indicarle que, en realidad, también podía ser fácilmente podredumbre húmeda. Informó a Edward, por supuesto. Edward suspiró y dijo que «consideraría el asunto». El comandante, por su parte, se dispuso a adaptarse al hecho de que estaba viviendo en un edificio con podredumbre, de uno u otro género, en los pisos más altos.

En otra ocasión, cuando se entregaba a la contemplación de sus mejillas recién afeitadas con las manos apoyadas en el lavabo, sintió que éste cedía lentamente bajo su peso. Se deslizó de la pared, torciendo las tuberías de plomo de manera que quedó colgando cabeza abajo y vació un diluvio de agua sobre sus zapatillas. El tapón se balanceó con suavidad durante unos instantes en la cadena, como el péndulo de un reloj. El comandante se secó los pies cuidadosamente y trasladó sus pertenencias a la puerta de al lado. Aquél no era ni mucho menos su primer traslado. Desde el episodio de la cabeza de cordero en descomposición de su primera visita se había trasladado muchas veces por una u otra razón.

La verdad es que el comandante tenía la ventaja de haberse acostumbrado ya durante la guerra a una atmósfera de cambio, inseguridad y deterioro. Pero debía de ser un asunto muy distinto para las señoras, que habían vivido toda la vida con un suelo firme bajo los pies y un techo de fiar sobre la cabeza. El comandante las observaba a veces en el salón de los huéspedes, espiándolas mientras leían en el periódico los desastres del día. ¿Qué pensarían al leer que una patrulla de doce

soldados había sido atacada en pleno día entre College Green y Westmoreland Street? ¡En el corazón mismo del Dublín imperial! Veintidós personas habían sido asesinadas y cincuenta y siete heridas sólo en el mes de junio, la mayoría policías. Por otra parte, el Regimiento de Manchester sufría cuantiosas pérdidas en Mesopotamia (aunque ése había sido siempre un rincón del imperio donde los súbditos de Su Majestad creaban problemas). ¿Se sentirían aliviadas y complacidas al leer aquel agosto sobre la Ley de Restauración del Orden en Irlanda? Tribunales militares (dado que los jurados reclutados en el país hacía mucho que no eran de fiar) y retención de subvenciones a las autoridades locales que se negasen a cumplir sus obligaciones... El comandante no creyó ni por un instante que eso pudiese restaurar el orden en Irlanda. Tal vez tampoco lo creyesen las señoras, porque ninguna de ellas pareció alegrarse ni mucho menos cuando, con mejillas temblorosas, leyeron la noticia. El primero de septiembre se levantó la veda de las perdices. Se informaba de que había abundancia de ellas.

Una mañana el comandante y Edward se encontraban junto al patatal que había dentro del recinto cerrado del Majestic, al final de la pomarada. Estaban allí contemplando en silencio las hileras de plantas verdes en las que habían empezado a aparecer de pronto descarnados y misteriosos cráteres como alvéolos vacíos de dientes arrancados.

—Ahora ya saltan el muro. Lo siguiente será que aparezcan sentados a la mesa con nosotros.

—No tienen nada que comer. ¿Qué espera usted?

—Que no tengan nada que comer no es culpa mía.

—Oh, eso ya lo sé. Lo único que quiero decir es que no se puede esperar que alguien esté dispuesto a morir de hambre voluntariamente. ¿Qué haría usted si estuviese en su lugar?

—No sea absurdo, Brendan. Yo en primer lugar no me permitiría llegar a esa situación.

El comandante se volvió para ver cómo volaban los cuervos en perezosos círculos, buscando algún alimento en el suelo recién removido. Hubo entre Edward y él un largo e incómodo silencio.

Al principio de la tarde la débil claridad del sol quedó enmascarada por las nubes, el cielo se acercó más a las copas de los árboles y empezó a lloviznar. El aliento cálido y pegajoso del otoño colgaba junto a las ventanas aún abiertas, pero Edward, con distraída munificencia, pidió que se encendieran fuegos de turba y leña. Más que contra el frío que hubiese en el aire, contra la melancolía; todo el mundo se hallaba afectado por ella. A las cuatro y media estaba ya completamente oscuro fuera, gracias a la llovizna. El comandante, traspasado de tristeza, estaba recostado en un sillón de la sala de armas, con los codos al nivel de las orejas, mirando hacia el fuego y observando cómo el reflejo de éste temblaba en las escamas relumbrantes y barnizadas de un inmenso lucio disecado. En los tiempos dorados del hotel, aquel lucio había sucumbido a un caballero con un título, nombre y fecha ilegiblemente

inscritos con floreatos delicados e inseguros en una placa de latón, y descansaba ahora sobre la repisa de la chimenea, con su pequeña y malévola boca abierta en una mueca congelada de desesperación y rabia impotentes.

Las señoras nunca entraban en aquella sala; era un coto masculino. En Irlanda, por supuesto, la diferenciación entre los sexos se había hecho en años recientes imprecisa. Muchas mujeres jóvenes eran tiradoras excelentes, según había oído el comandante, y disparaban ambos cañones sin parpadear. Alguien a quien él conocía tenía una sobrina que era una excelente lanzadora de críquet. A otra chica, la hermana pequeña de uno de sus amigos del ejército, le habían regalado por su decimosexto cumpleaños un látigo de piel de rinoceronte; cuando tenía dieciocho era capaz de arrancar un puro de los labios de un hombre a veinte pasos. Y, por supuesto, estaba la condesa Markievicz, que llevaba día y noche una pistola a la cadera, según se decía, y no le parecía gran cosa pegarle un tiro a un hombre entre ceja y ceja. Había oído también que últimamente las chicas fumaban puros y bebían oporto. Pero todo eso era la generación más joven. Las señoras mayores habían sido educadas con ideas diferentes sobre la forma adecuada de comportarse. Era un notable alivio para el comandante saber que allí en la sala de armas estaba protegido de ellas, porque, la verdad, no podía pasarse *toda* la vida con señoras mayores. Por supuesto, las jóvenes (si hubiese habido alguna) habrían irrumpido allí, sin plantearse ningún problema, a fumar y charlar. Pero el comandante no consideraba particularmente necesario que le protegiesen de ellas.

Suspiró. Llevaba todo el día eludiendo a las damas del Majestic. Aquella noche tendrían la sensación de haber sido desdeñadas. Era muy probable que la señorita Staveley le hiciese algún desaire en la cena. Recibiría miradas avinagradas de alguna otra. Ya había pasado antes.

Edward entró y se sentó junto a él en un sillón. Después de coger un poco de tabaco de un cuenco de peltre que había en la repisa de la chimenea, procedió a encender su pipa, diciendo entre bocanadas que iría a la ciudad al día siguiente a ver a Ripon, ¿quería el comandante alguna cosa?

—No, gracias.

—Sarah tiene que ir al médico, así que puede que la lleve también. Para que no tenga que hacer el viaje en tren.

El comandante suspiró con envidia, pensando en lo mucho que le gustaría ir en automóvil hasta Dublín en compañía de Sarah. Habría sitio para él, además, en el Daimler. Pero Edward no mostró indicio alguno de invitarle a ir y él, por alguna razón, se sintió incapaz de plantear el asunto. Suspiró de nuevo, contrariado. Ella era sólo una amiga, por supuesto. La colérica boquita del lucio y sus pérfidos dientes expresaban a la perfección su estado de ánimo.

—¿Será seguro viajar solos?

—Oh, yo diría que sí —replicó suavemente Edward; al cabo de un momento añadió en tono reflexivo—: ¡En qué estado se encuentra el país! ¿Sabe?, Brendan, a

veces me digo «que se vayan al diablo todos ellos», viendo cómo han destrozado este país creo que daría la bienvenida a un holocausto. Puesto que quieren la destrucción, dádsela. Me gustaría verlo todo desbaratado y en ruinas para que supieran de verdad lo que es la destrucción. Las cosas han llegado tan lejos en Irlanda que ése es el único medio por el que pueden arreglarse de una forma justa, reduciéndolo todo a escombros. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

—No —dijo agriamente el comandante.

Después de que Edward se fue a Dublín a la mañana siguiente, el comandante dio un paseo hasta el cenador con *Rover* (que estaba haciéndose viejo, pobre perro) y luego miró hacia atrás por encima del césped, al Majestic. ¡Qué ruinoso parecía desde aquel ángulo! Las grandes chimeneas que se alzaban sobre la masa de madera y piedra le daban la apariencia de un acorazado encallado. La hiedra había empezado a crecer, a extenderse ávidamente sobre la enorme pared de muchas ventanas contigua al Patio de las Palmas. De hecho, parecía surgir del propio Patio de las Palmas, a través de un paño roto del techo podía verse un tronco que brotaba grueso y peludo como el muslo de un hombre y se ramificaba luego con múltiples dedos sobre la piedra. En las paredes del sur sobresalían como venas varicosas las cañerías oxidadas. «Tal vez —pensó el comandante— la hiedra ayude a mantener unido todo el edificio un poco más».

Ripon estaba parado junto a la estatua de la reina Victoria con un pie elegantemente calzado sobre el estribo de un Rolls Royce resplandeciente. Protegía sus ojos una gorra de *tweed*, y miraba inquieto hacia arriba, hacia las ventanas del primer piso. Su actitud, pensó el comandante, era extrañamente furtiva al dirigirse hacia las escaleras de la entrada. Se detuvo bruscamente cuando le vio y pareció azorado.

—Oh, hola.

—Hola.

—No sabía que estaba usted otra vez aquí. Se me ocurrió acercarme...

—Su padre no está en casa. De hecho, tengo entendido que tienen previsto visitarle a *usted* hoy.

Ripon arqueó las cejas bruscamente, remedando sorpresa y desesperación.

—¡Qué fastidio!

—Volverá a última hora del día, así que ¿por qué no se queda? Sé que está deseoso de verle.

—Eso es un poco difícil, ¿sabe? Es que...

El comandante esperó, pero la explicación de Ripon se perdió en el silencio. Por encima de su hombro atisbo la silueta inmóvil de un chófer detrás del volante del coche. Ripon, por su parte, miraba por encima del hombro del comandante con curiosa impaciencia hacia la puerta de entrada entreabierta. ¿Podría ser que el muchacho estuviese nostálgico?, se preguntó, conmovido.

—Debería usted quedarse, de verdad.

—Ojalá pudiera, amigo mío. Me gustaría si..., el hecho es... —Pero la explicación quedó de nuevo abortada.

—Bueno, entre usted al menos un momento. Podría escribir una nota o algo.

Pero Ripon no prestó ninguna atención a esta sugerencia. En vez de eso, se volvió hacia el automóvil y empezó a enumerar con una vehemencia sombría sus virtudes. El tamaño, la velocidad, el confort...

—Parece un vehículo espléndido.

—No es mío, claro. El amigo Noonan me lo prestó hoy para venir a ver al viejo. Muy civilizado por su parte. Muy considerado. —Se acercó al automóvil, convocando al comandante—. Éste es Driscoll. Venga a conocerle, Driscoll es de toda confianza.

El chófer era un joven rubio y delgado de ojos saltones y con la expresión anormalmente solemne del insolente; el comandante conocía del ejército a los de su tipo, donde los alborotadores se ponían ellos mismos al descubierto tan infaliblemente como el ácido con el papel de tornasol. Movi6 la cabeza secamente. Driscoll alz6 la gorra visera con mayor deferencia de la que el caso requería. Ripon miraba de nuevo ávidamente hacia la puerta de entrada. Apartando la vista de ella a regañadientes, dijo:

—Un conductor espléndido, ¿verdad que lo eres, Driscoll?

—Si usted lo dice, señor.

—Te veo corriendo en Brooklands el día menos pensado, ¿eh? Casi se carga a una ternera en el camino... Se lo aseguro, comandante, es una auténtica lumbrera. Venga, ¡en guardia!

Y, echándose hacia delante, tir6 de un manotazo la gorra visera de Driscoll a la grava. Driscoll adopt6 instantáneamente una posición de boxeador, el puño derecho protegiendo la barbilla, el izquierdo bombeando atrás y adelante exageradamente, riendo entre dientes mientras Ripon fintaba a un lado e intentaba asestar un golpe por el otro. El comandante observaba, con tristeza.

—Me encontrará usted dentro —dijo con aspereza y le dio la espalda, agradeciendo que Edward no estuviese allí para ver a su hijo haciendo tonterías con el chófer.

—Eh, espere un momento. ¿No le gustaría dar una vuelta en el coche? Espere, comandante..., mire, Driscoll podría llevarle a dar una vuelta mientras yo le escribo una nota al viejo.

—No, gracias —el comandante ya había llegado la puerta. Se volvió y mir6 hacia atrás. Driscoll estaba recogiendo la gorra. La cara redonda de querubín de Ripon miraba hacia él con consternación. «¿Qué demonios le pasará?», se pregunt6 el comandante.

Se sentía cansado y un poco febril (creía tener un principio de catarro), así que subió a su habitación y se ech6 en la cama. Pero luego se levant6 otra vez, busc6 en los cajones de la cómoda un cigarrillo, encontró uno y lo encendió. El tabaco tenía un

sabor seco y rancio. Lo apagó casi inmediatamente.

Unos minutos después recorrió el pasillo polvoriento hacia una habitación que daba al camino. El Rolls Royce aún seguía allí. Driscoll estaba sentado en el estribo jugueteando con la grava. Ripon hablaba muy serio con una de las doncellas junto a la puerta de la *orangerie* el comandante sólo podía ver el puño blanco almidonado de la manga de ella moviéndose sobre el fondo de tela negra del uniforme.

Tardó unos cuantos minutos más en decidirse a bajar otra vez. Pero Ripon ya no estaba allí. Así que se dispuso cansinamente a buscarle, recorriendo una habitación tras otra. Rover, inquieto por la ausencia de Edward, trotaba pegado a sus talones, tan deseoso como él de encontrar a quien anduviesen buscando, fuese quien fuese. El comandante se detuvo. Tuvo la sensación de que estaba delirando y pensó: «Debo de haber cogido un resfriado. Esto es como estar en un laberinto. Llevo caminando kilómetros. ¿Son pasos eso que oigo o estoy imaginando cosas? Tengo que evitar los sitios en que estén a esta hora las viejas... La verdad es que me siento muy enfermo». Volvió sobre sus pasos rápidamente. Era Murphy.

El comandante se quedó atónito, ya que nunca se había tenido noticia de que Murphy siguiese a nadie. Todo lo contrario, aquel viejo bribón normalmente se escabullía. Murphy, aunque pareció que vacilaba un instante, se quedó parado evitando la mirada del comandante. Pero el comandante no estaba de humor para juegos y, asiendo al viejo por las solapas de su descolorida y manchada librea, dijo ásperamente: «¿Y bien?». Murphy dio una respuesta incoherente. ¿Qué estaba intentando decir? El comandante le zarandeó. Pero no, el tipo sólo estaba apresado en el espasmo de un estornudo largo y silbante que humedeció el dorso de la mano del comandante.

—¿Dónde está Ripon?

Murphy señaló hacia arriba y murmuró: «Cuarta planta». Su cara, como un cráneo marchito con tupidas cejas amarillas, miraba al comandante, los labios contraídos hacia atrás sobre unas encías desnudas de las que brotaban dos o tres dientes descoloridos. El comandante dio un paso atrás asombrado. ¡Aquel viejo bribón estaba sonriendo! Cerró el puño y estuvo a punto de estrellárselo en la cara. Le costó contenerse. Le dio la espalda y se dirigió rápidamente al vestíbulo, con Rover pegado a los talones. Se dio cuenta de que Murphy estaba siguiéndole a distancia.

Subió las escaleras laboriosamente. Se ahogaba. Murphy se había esfumado, debía de estar subiendo por alguna oscura escalera secundaria de cuya existencia tal vez sólo él tuviese conocimiento. Pero en la segunda planta le vio de nuevo, inmóvil, observando, medio oculto por la puerta de un cuarto de ropa blanca. Le ignoró. ¿Qué pretendía aquel granuja espiándole continuamente?

Por fin llegó a la planta cuarta. Se detuvo después de dar unos cuantos pasos por el pasillo y se tranquilizó, pensando: «Debo de tener fiebre». Le dolía la garganta. La notaba seca e irritada. Tenía que tragar saliva continuamente.

Rover le estaba esperando para seguir por el pasillo, pero de pronto alzó las



orejas, alertado por un leve ruido. Avanzó con la nariz pegada a la alfombra sin esperar al comandante. Se detuvo delante de una de las habitaciones y rascó en la puerta. El comandante se paró a unos pasos de distancia y observó. *Rover* volvió a rascar en la puerta.

La puerta se abrió unos centímetros. *Rover* se esfumó dentro. La puerta volvió a cerrarse.

El comandante intentó durante unos instantes visualizar la escena con la que se enfrentaría ahora *Rover*. Luego se dio la vuelta y regresó de puntillas por donde había venido; se paró un instante en el descansillo y pensó: «Al fin y al cabo, no es asunto mío», y decidió finalmente retirarse a su habitación. Una hora después se levantó y se acercó a la ventana para mirar al camino. El Rolls Royce ya no estaba allí. A las seis, una de las criadas empujó una nota por debajo de la puerta. Era de Ripon y decía: «Por favor, no le diga a Padre que he estado aquí. Ripon».

Su incipiente catarro le había quitado el apetito, así que no bajó a cenar. En vez de eso, se metió entre las sábanas completamente vestido (la habitación estaba helada) y cayó en un adormilamiento intermitente hasta el anochecer en que alguien llamó a la puerta. Se incorporó.

Era Edward. Miró sorprendido cuando el comandante, totalmente vestido con chaleco, cuello y corbata, echó a un lado la ropa y desplazó sus piernas empantalonadas fuera de la cama.

—Oiga, respecto a Ripon... —empezó a decir, aturdido y olvidando las instrucciones del joven.

—Oh, estaba muy bien —le explicó Edward alegremente—. Pasé la tarde con él mientras Sarah estaba en el médico en Harcourt Street. Pero claro, necesitará un poco de ayuda...

Le interrumpió una descarga ensordecedora de estornudos del comandante, que hundió la cabeza pesadamente entre las rodillas mientras tanteaba buscando un pañuelo.

—Vaya, parece que se ha resfriado usted un poquito —dijo compasivamente Edward.

El comandante asintió, con ojos llorosos. Decidió, pensándolo mejor, volver a meter las piernas en la cama y taparse hasta la barbilla.

—Se cortó usted el pelo —musitó.

—¿Eh? Sí, lo hice. Paré en Prost esta tarde antes de ir a casa de Ripon en Rathmines. Bueno, no podía presentarme allí pareciendo el mono de un organillero, ¿verdad que no?

—Por supuesto que no —aceptó con gravedad el comandante.

Edward estuvo toda la mañana siguiente poseído por una cólera terrible. Su ira atronaba y retumbaba en el Majestic, haciendo vibrar las ventanas y provocando que

estuviesen muertos de miedo criados y animales por igual. Había aparecido una pequeña abolladura en uno de los guardabarros del Standard mientras él estaba fuera, en Dublín. Aunque era pequeña, parecía ser esa abolladura lo que estimulaba sus vehementes explosiones. Las sospechas se centraron, naturalmente, en Faith y Charity, aunque ellas se apresurasen a jurar sobre la tumba de su madre (y, cuando eso no resultó, sobre la de su hermana) que eran inocentes. Se convocó al comandante para que inspeccionara el daño, pero fue incapaz de apaciguar a Edward diciendo que le parecía algo sin importancia. Las gemelas, por su parte, lanzaban miradas encubiertas en su dirección, intentando advertirle por telepatía que si las había visto junto a los garajes, no lo mencionase.

—Además —mintió débilmente el comandante, incapaz de resistirse a la aflicción femenina—, se pasaron la mayor parte del día conmigo.

Esto pareció confortar a las gemelas, pero Edward se limitó a mirar al comandante con una incredulidad burlona. Las gemelas fueron enviadas a habitaciones separadas, encerradas, y no se les dio a la hora de comer más que pan y agua. Edward se retiró a la pista de *squash* a cavilar, en compañía de sus cochinitos. El verdadero delito era el no confesarlo después o, en otras palabras, el contar mentiras. Eso lo había dejado muy claro. Porque se trataba de algo que no estaba dispuesto a tolerar en sus hijos.

El comandante escuchó esta proclamación con expresión de fría sorpresa, con sólo una ceja sardónicamente levantada y la nariz chorreando. Además, teniendo en cuenta el estado de abandono del hotel consideraba una excentricidad fijarse en una pequeña abolladura en un coche.

En cuanto a su propio estado, el catarro había empeorado mucho y acababa de decidir que pasaría el resto del día en la cama cuando llegó un mensaje de Sarah en el que decía que estaba aburrida y que le gustaría ir al Majestic «a verles a todos» y ¿podría él ir a recogerla? Estaba enfermo. Tenía bastante fiebre (tanta que a veces se sorprendía preguntándose si no habría estado en realidad soñando los acontecimientos del día anterior). Tenía la nariz roja, irritada y chorreando aún. Le asaltaban a cada instante convulsiones causadas por unos estornudos estremecedores. Se sentía mareado. Pero ahora que se presentaba la oportunidad, nada le impediría ver a Sarah. Inflamado a partes iguales por la fiebre y por un poco de whisky que le había hecho beber Edward, paró en el camino a comprar unas flores y una caja de chokolatinas.

«El tipo debe de haber estado esperándome», pensó irritado cuando el señor Devlin salió precipitadamente del banco para interceptarle en la puerta. Las flores y las chokolatinas que llevaba mostraban con toda claridad sus intenciones. Los ojos del señor Devlin se posaron en ellas un momento, inexpresivamente. Luego saludó al comandante con su efusión habitual.

Él y la señora Devlin (y también cierta joven dama) veían demasiado poco al comandante últimamente, le informó, y por esta razón debería insistir, de hecho no

aceptaría un no como respuesta, en que el comandante le concediese unos instantes de su valioso tiempo ahora que había tenido, por fin, la buena suerte de poder verle... Un género de buena suerte que sólo se producía en muy contadas ocasiones, dado que el comandante debía de contar, sin duda, con un gran número de buenos amigos allí en Kilnalough... Así que no debería importarle, más bien debería esperar que lo hiciesen, que aquellos que sufrían la privación de su compañía le «secuestrasen».

El comandante asintió malhumorado ante aquel preámbulo extravagante, mirando su reloj. Pero el señor Devlin no estaba dispuesto a desistir de su propósito. Condujo resueltamente al comandante al interior del banco, recorriendo un pasillo impregnado de olor a col hervida hasta un incómodo despacho. El comandante estornudó explosivamente al entrar y tuvo que limpiarse un rastro de mocos en la manga. Se sentó afligido mientras la mirada del señor Devlin volvía a posarse en las flores y las chocolatinas.

¿Estaba resfriado el comandante? Era evidente que prestaba demasiado poca atención a su salud. Debía tomar un poquito de alguna cosa que le hiciese entrar en calor. El comandante protestó débilmente, pero el señor Devlin había cogido ya una botella de whisky y un vaso. El comandante, sudando, tuvo una vez más la sensación de que debía de estar soñando.

—Me temo que Sarah debe de estar esperándome.

—No, qué va, nada de eso —le aseguró el señor Devlin, alisando su ya liso cabello con una mano blanca y delicada—. Tenemos tiempo para charlar un poquito agradablemente.

El comandante bebió un poco de whisky y se sonó, aunque no satisfactoriamente.

¿Y cómo le iba al señor Spencer? Era otro de sus buenos y generosos amigos..., muy generoso. Había hecho tanto por «cierta señorita» (y añadió un guiño pícaro, que consternó al comandante) que era una deuda que resultaba imposible pagar, más sin duda de lo que él sería capaz nunca de pagar, y sólo por la bondad de su corazón...

Siguió una súbita pausa, como si el señor Devlin hubiese acabado de formular una pregunta, cosa que por supuesto no había hecho. En cualquier caso, al comandante no se le ocurría nada que añadir a aquellos comentarios.

No sólo con dinero (el señor Devlin sirvió al comandante un poco más de whisky), no sólo con dinero, aunque proporcionar a aquella «cierta señorita» el cuidado preciso habría estado por encima de sus propios medios, si consideramos que los gastos médicos eran lo que eran, no, no sólo con dinero, aunque el comandante probablemente no tuviese conocimiento de los gastos extra que entrañaba tener en casa una semiinválida cuyas perspectivas de matrimonio..., pero, bueno, eso era una historia distinta y no se le podía reprochar a ella, claro, ¿cómo podría uno hacerlo? Era lo que les había tocado en suerte... Pero se trataba de una chica voluntariosa y aunque él y la señora Devlin ahorraban lo que podían tendrían que reservar para la ancianidad, e incluso con el respaldo de una fortuna sería difícil que una inválida pudiese hacer un matrimonio decente, pero así era la vida... No sólo con dinero,

aunque él se preciase de conocer su valor, sino con actos de bondad él, desde luego, se esforzaría todo lo posible por ayudar a alguien, ¿no era verdad que sí lo haría?

—Sí que lo haría —asintió el comandante, al que el whisky había proporcionado un súbito acento irlandés.

Él haría cualquier cosa por usted, ésa es la verdad, bastaba ver cómo la había llevado a Dublín en su automóvil ayer... Pero, por supuesto, el comandante sabría todo eso, porque probablemente hubiese ido con ellos a Dublín.

Hubo una larga pausa hasta que el comandante dijo: «No quiero, de verdad, gracias. Ya he bebido más de lo que me conviene beber».

Oh, podría tomar sólo un poquito más para matar los gérmenes, seguro que sí, era raro hallar un hombre que realizase un acto cristiano como aquél sólo por la bondad de su corazón, como si dijésemos, y tenía entendido que el especialista se había tomado su tiempo y había tenido esperando a la joven dama durante una buena parte del día, de la mañana en realidad (?), pero que le había dado un diagnóstico espléndido al final de manera que había merecido la pena esperar todo aquel tiempo (?)... pese a lo irritante que debería haber sido para el señor Spencer, que probablemente tendría un centenar de cosas más que hacer, y para el comandante...

—Para mí no fue ningún problema, señor Devlin —replicó el comandante con un súbita irritación— porque no estaba allí. Pero creo que puedo decir con absoluta sinceridad..., no beberé más, gracias..., que no me habría importado esperar toda la semana si eso hubiese ayudado a Sarah a andar de nuevo tal como anda ahora.

—Sin duda, es muy amable por su parte. ¿Así que no estuvo usted en Dublín con ellos?

—No, no estuve. En cuanto a lo de que soy muy amable al decir eso, bueno, cualquiera haría lo mismo.

—Oh, sí, supongo...

El señor Devlin se quedó callado, los ojos atribulados fijos en la cara del comandante como si estuviese deseoso de confiarle algo pero no fuese del todo capaz de atreverse a hablar. El comandante, de todos modos, se había levantado, había dejado su vaso y caminaba ya directamente hacia la puerta con una clara determinación de no dejarse detener.

—De todos modos, ella es una preocupación para su madre al no estar casada aún a su edad, una gran preocupación, es natural...

—Natural o no, señor Devlin —dijo con aspereza el comandante, que había perdido del todo la paciencia—, es...

Pero no se le ocurría ningún modo de terminar la frase. La dejó colgando amenazadoramente en el aire y salió del despacho con el señor Devlin lamentándose en un lugar situado a su espalda y murmurando instrucciones respetuosas: a la derecha, aquí, hay una puerta, así, luego ha de subir las escaleras y...

«¡Que individuo tan horrible! —pensó aturdido el comandante—. Y que tenga una hija tan agradable...». Miró a su alrededor pero el señor Devlin se había retirado,

y estaba frente a una puerta que reconoció como la de la habitación de Sarah.

En cuanto llamó, Sarah abrió, le cogió por la manga y tiró de él hacia dentro, diciendo:

—¿Por qué ha tardado tanto, Brendan? Hace siglos que oí llegar su coche.

—Bueno...

—Oh, es usted tan lento —dijo ella con impaciencia— y tiene catarro. ¡Es usted como un niño! ¿Qué puede esperar si se dedica a andar por ahí con ese traje de baño absurdo en pleno invierno? Supongo que eso acabará matándole, y le estará bien.

—Es que su padre me invitó a tomar una copa.

—¿Mi padre? ¿Le dijo algo? ¿Le preguntó algo de mí?

—Bueno, la verdad es que no...

—Ah, lo sabía. ¡Sabía que no se atrevería a decirme nada a mí a la cara!

—Pero no, se lo aseguro, el sólo quería charlar.

Sarah se había sentado torpemente y sin ceremonia, ignorándole. Se levantó de nuevo y se dirigió a la puerta.

—¿Estamos listos, pues?

—No. Espere un momento aquí. Oh, esas malditas escaleras... ¿Sabe por qué me dieron una habitación aquí arriba? Creen que me mantendrán prisionera —masculló furiosa y salió, cerrando la puerta. El comandante se quedó allí de pie con las chokolatinas y las flores (eran rosas color rojo sangre); acababa de aclararse la garganta y estaba a punto de ofrecérselas.

Al cabo de un momento oyó el murmullo de voces furiosas procedentes del piso de abajo. Contuvo el aliento pero fue incapaz de entender lo que se estaba diciendo. «¡Dios santo! —pensó con tristeza—, he provocado otra discusión de familia».

Sarah llamó desde abajo diciéndole que debía bajar, que podían irse ya, que ella no quería subir otra vez las «malditas escaleras». El comandante bajó con las rosas y las chokolatinas aún en la mano. Cuando seguía a Sarah a la calle, se materializó a la altura de su codo el señor Devlin: «No debe hacerle caso. Se pone nerviosa. Está muy excitada, ¿sabe?, comandante, pero no tiene mala intención..., en realidad, así se descarga la atmósfera... La música la hace apasionada, ¿sabe?, es siempre la forma que...».

El comandante asintió secamente pero no mostró inclinación alguna a detenerse y analizar el asunto. El señor Devlin volvió a desaparecer en las sombras del pasillo de las que había surgido, murmurando que el comandante debería visitarles más a menudo, que era siempre bien recibido bajo su... ¿Bajo su qué? El comandante no esperó a oír. «Techo», supuso.

—¿Qué demonios lleva usted ahí, Brendan? ¿Es que va a visitar a alguien que está en la cama enfermo?

—Son para usted.

—¿Para *mí*? —exclamó Sarah, riéndose—. ¡Qué ridículo es usted! ¿Qué demonios voy a hacer yo con esas cosas? Pero, está bien..., las aceptaré. La verdad es

que es usted muy amable. De hecho, es usted una persona terriblemente amable, no me cabe ninguna duda de eso. Me recuerda usted a Mulcahy con sus flores y sus chocolatinas.

—¿Sí? ¿El pretendiente rural? —preguntó el comandante, ofendido.

—Vaya, he herido sus sentimientos, Brendan. Igual que en los viejos tiempos.

Mientras recorrían en coche las tranquilas calles de Kilnalough, el comandante, con los ojos empañados, la nariz roja y la boca abierta como la de un pez, miraba melancólicamente las pacíficas tiendas y casas, algunas de las cuales tenían ya humo de turba saliendo de la chimenea, y se preguntaba si algún día habría también disturbios en aquellas calles.

En los arrabales de Kilnalough un viejo andrajoso les tiró una piedra cuando pasaban..., pero sin fuerza. La piedra cayó a una distancia considerable. El comandante fingió no darse cuenta.

Las gemelas no habían sido liberadas. No había señal alguna de ellas en el estudio, donde ardía el fuego en la chimenea y donde se habían instalado mesas de cartas con tapetes verdes, provistas cada una de ellas con un juego de naipes flamante y un cuadernito para apuntar los resultados junto con un lápiz afilado.

—Bueno, no tiene usted ganas, en realidad, de jugar al *whist*, ¿verdad? —preguntó el comandante, con los ojos cerrados dejando sólo una finísima ranura, en un intento de evitar otra descarga de estornudos. Albergaba la esperanza de que ella se sintiese tan reacia como se sentía él.

—¡Pues claro que sí! A eso es a lo que he venido. Qué olor a gato tan horroroso hay aquí.

El comandante no podía oler nada a causa del catarro, pero se había dado cuenta ya de que uno o dos gatos, presumiblemente expulsados por los criados que habían instalado las mesas de cartas, apretaban sus rostros descontentos contra las ventanas cerradas.

—Habrà que hacer algo con los gatos. La señorita Staveley encontró una camada de gatitos en su bolsa de costura el otro día. Y se enzarzan por la noche en terribles batallas por los pasillos. Apenas si se puede dormir.

El *whist* había sido hasta entonces una actividad informal, sólo un medio para cruzar algunas de las grandes extensiones de tiempo que se extendían como desiertos a lo largo de la tarde y el anochecer en el Majestic, desiertos a través de los cuales la caravana solitaria de viejas damas (junto con el señor Norton y, en ocasiones, el comandante o Edward) se veía obligada a cruzar. Pero esta vez todo era distinto. No sólo se habían instalado mesas de cartas auténticas y se había expulsado a los gatos, sino que las señoras, avisadas de que se trataba de un acto social, se habían puesto sus ropas más espléndidas y sus sombreros más lujosamente emplumados. Un glorioso despliegue de plumaje coloreado tremolaba al lado de creaciones extravagantes

inspiradas en el jardín y ejecutadas en seda, raso, paja de Livorno y organdí. Y de todos los majestuosos sombreros que saludaron a los ojos llorosos del comandante no había ninguno más fino, como muy bien podría esperarse, que el faisán dorado, perfecto en todos sus detalles, que cabalgaba sobre los delicados bucles blancos de la señorita Staveley.

—Tenemos que animarnos como sea —le explicó Edward—. Hay que mantener la moral alta y todo eso.

El comandante subió a su habitación a buscar pañuelos secos y se demoró allí un rato melancólicamente. Cuando volvió a bajar se encontró con que la señora Rice, la señorita Porteous y el señor Norton estaban esperando impacientes para que se incorporara a su mesa. Se habían dado ya las cartas y en las otras mesas estaban jugando.

Sarah estaba en una mesa con la señorita Staveley, Edward y el reverendo señor Daly. En cuanto al comandante, se esperaba que hiciese de pareja con la señorita Rice a lo largo de la tarde. Él ya sabía por experiencia que la señorita Rice no tenía una noción demasiado clara de los principios del *whist*. El comandante consiguió controlar con dificultad una gran explosión de cólera cuando ella inició la primera baza jugando sus triunfos, pero sabía que la verdadera razón de su mal humor era el hecho de verse privado de la compañía de Sarah, por la que, febril y vulnerable, sentía un intenso anhelo.

Durante la mayor parte de la tarde siguió sentado en la misma mesa (ya que Edward había organizado la velada de manera que los ganadores pasaban a la mesa siguiente, mientras que los perdedores permanecían en la suya), periódicamente convulsionado por estornudos que hacían apartar la cara a sus adversarios y a su pareja, con los ojos casi cerrados, mareos, el bigote empapado, e indescriptiblemente afligido. Y, sin embargo, era indiscutible que aquel raro acto social constituía un brillante éxito. Las damas del Majestic estaban bastante desanimadas últimamente. Al acercarse el invierno, proliferaban las molestias, los dolores, los insomnios y los desarreglos intestinales; el hecho de que los días fueran cada vez más cortos hacía que las damas se vieran empujadas una vez más hacia el temible desafío de diciembre, enero y febrero, por los que la mayoría de ellas había pasado ya setenta veces antes, y por los que se veían forzadas a pasar a regañadientes como ovejas a través de un baño desinfectante... Era atroz aquella sucesión implacable de las estaciones, ¿cuántas sobrevivirían? El comandante, mirando alrededor sombríamente, las compadecía y durante un instante, mientras su mente se distraía de su propia aflicción, se alegraba de que estuviesen disfrutando. Olvidados los problemas, con sus chales y sus plumas, estaban sentadas alrededor de las mesas de cartas charlando y peleándose como grandes y gordas aves alrededor de un comedero, riendo, fastidiando al joven Padraig (que había aparecido con su abuelo) y olvidándose de lo que estaban diciendo y de a quién le tocaba jugar y hablando todas al mismo tiempo y sin escuchar en realidad ninguna de ellas. También los hombres estaban disfrutando.

El señor Norton había permitido que su preferencia por la juventud se ausentase para la ocasión y flirteaba con cualquier dama que apareciese en su mesa. El reverendo Daly sonreía alegremente y animaba a su pareja a mayores proezas. Hasta el anciano doctor Ryan, que, con la barbilla en el pecho y gruñendo sin cesar, parecía absolutamente incapaz de mantener los ojos abiertos, y ganaba sin parar pese a todo como compañero de la señorita Archer, partida tras partida tras partida, lo que causaba inmensas dificultades dado que su cuerpo, aunque no su mente, se hallaba a todos los efectos inerte y debía ser transportado, con silla y todo, de una mesa a la siguiente (ya que la norma de que los ganadores se trasladasen y los perdedores se quedasen donde estaban era completamente inflexible). Se llamaba, como es natural, a Murphy para que se hiciese cargo de todo el transporte, pero éste murmuraba y gruñía y hacía grandes esfuerzos con unos efectos tan escasos y patéticos que había que llamar a Seán, que acudía a ayudar inmaculadamente ataviado desde las proximidades del montón de estiércol del huerto. De los caballeros sólo el tutor, sacado de su habitación situada encima de las cocinas para cuadrar los números, parecía incómodo, tal vez debido a que la señorita Bagley estaba enfadada porque se lo asignasen como pareja: al fin y al cabo, era «prácticamente un miembro del servicio», le cuchicheó al comandante, que no se mostró comprensivo, cuando se encontraron en la misma mesa. Le vigilaba como un halcón y le regañaba con aspereza si parecía distraerse, llamándole «pareja» con amarga ironía. Las mejillas pálidas y moteadas de Evans se cubrían de un leve rubor. El comandante suspiraba, compadeciéndose de él (la señorita Bagley, además, no era ni mucho menos su favorita entre las señoras), pero al mismo tiempo estaba irritado. Después de todo, aquel individuo contaba, sin duda alguna, con los medios precisos para comprarse unos cuellos nuevos que sustituyesen a aquella especie de paño de cocina que llevaba puesto.

La anciana señora Rappaport estaba ciega, por supuesto, así que no podía jugar. Se quedaba sentada en una silla de respaldo recto junto a la chimenea, crítica y adusta, y negándose a admitir que estaba bastante cómoda y caliente, negándose a contestar a los comentarios agradables que le llegaban a un oído u otro cuando los jugadores que ganaban pasaban por su lado en el intercambio periódico de mesas. Poco antes de que se sirviese el té, un corpulento gato anaranjado (que el comandante creyó reconocer como un antiguo habitante del bar Imperial) emergió del bosque de patas de sillas y mesas y saltó a su regazo. Fue recibido con gritos de sorpresa. ¿De dónde había salido? Puertas y ventanas estaban cerradas. La estancia había sido sometida previamente a un diligente registro. La chimenea estaba encendida, así que difícilmente podría haber bajado por ella (uno de los trucos favoritos de los gatos del Majestic), era absolutamente imposible que aquel animal hubiese conseguido entrar... ¡y, sin embargo, allí estaba! Daba la casualidad de que el comandante conocía la solución de aquel problema. Había vislumbrado anteriormente aquella cabeza malévola, anaranjada, de horribles bigotes, atisbando por la rendija de uno de



los lados de un inmenso sofá de terciopelo que había al fondo de la estancia. La criatura posiblemente viviese allí dentro. El comandante experimentó un placer perverso guardándose aquel conocimiento, limitándose a sonreír con aire de superioridad ante el desconcierto general. No cedió siquiera cuando el señor Norton alarmó realmente a algunas de las damas diciendo que debía haber una bruja allí, que el gato era sin lugar a dudas el familiar de una bruja y que él por su parte había sido víctima de un hechizo que le había hecho una de las damas presentes (miró con picardía a Sarah e intentó ponerle una mano temblorosa en la rodilla). ¡Una bruja allí! Las señoras se rieron nerviosas y procuraron no mirarse demasiado directamente a las caras ojerosas y arrugadas.

—Qué disparate —dijo Edward—. Nos libraremos enseguida de ese animal.

Se levantó e intentó retirar al gato del regazo de la señora Rappaport, pero ella no quiso saber nada de eso, exigiendo malhumorada que se dejase en paz a «su» gato. Llegó, incluso, al extremo de llamarle «gatito»; el animal entrecerró sus ojos de un verde ácido y flexionó sus garras, que eran tan agudas como alfileres de sombrero.

—Aquí todo el mundo está divirtiéndose —exclamó—. Mientras que yo sólo estoy sentada aquí... Y, además, ¿por qué no se me ha servido té?

—Aún no se le ha servido a nadie —la tranquilizó Edward—. Se servirá dentro de unos minutos.

La señora Rappaport resopló hoscamente. Se abandonó el intento de retirar al gato, que se quedó donde estaba, relajado pero alerta, meneando de vez en cuando el rabo mientras observaba las plumas ondulantes y los penachos balanceantes de los sombreros de las damas.

El comandante se hundió después del té en un adormilamiento pesadillesco en el que ya no parecía importar que la señora Rice jugase un as o un triunfo para asegurar por duplicado bazas que ya había ganado él. Renunció incluso a intentar ganar las bazas necesarias para avanzar hasta la mesa siguiente, donde Sarah y Edward llevaban un rato perdiendo sin parar; su atención estaba enteramente concentrada en aspirar aire a través de los labios hinchados y en lidiar con el chorrillo de fluido de su nariz con pañuelos empapados. Recostado en su asiento, pensaba cansinamente: «¡Qué animal repugnante soy!». Pero en ese momento la señora Rice le tiró ansiosamente de la manga y le alertó del hecho de que, por fin, habían ganado. Mientras él soñaba, ella había jugado sus cartas con la habilidad de un zorro. Por fin podían moverse. Además, Sarah y Edward habían vuelto a perder, así que estarían en la misma mesa.

—Ay, pobrecillo —le dijo Sarah alegremente, posándole unos dedos fríos en la frente empapada—. ¡Está usted hecho polvo! Edward debe darle una buena dosis de whisky y, después de cenar, debe usted irse a la cama.

—Oh, estoy perfectamente.

—No tiene que enfadarse.

—No estoy enfadado.

—Pues desde luego lo parece.

—Eso no puedo evitarlo.

Sarah hizo una mueca de enojo y se volvió para hablar con la señora Rice, que aún estaba emocionada y jubilosa por su victoria.

Empezaron la partida. El comandante jugaba sus cartas al azar, incapaz ya de recordar lo que habían jugado su pareja y sus adversarios. Sarah le miró unas cuantas veces pero no dijo nada. Él cayó en un ensueño melancólico hasta que de pronto, sin aviso, la señora Rice preguntó:

—¿Y cómo estaba nuestro amigo Ripon, señor Spencer? He oído que fue usted a verle ayer cuando estuvo en Dublín.

El comandante miró a Edward y luego a Sarah, que estaba estudiando sus cartas serenamente como si no hubiese oído la pregunta. Sin embargo, un leve rubor había teñido su cuello y sus mejillas. ¿Qué podía decir Edward? El comandante observó fríamente la expresión atribulada de su rostro mientras estructuraba una respuesta. Cuando estaba a punto de contestar a la pregunta de la señora Rice se lo impidió una conmoción súbita de lo más terrible.

La reciente redistribución de adversarios había conducido a la señorita Staveley a sólo unos pasos de donde estaba sentada con el gato en el regazo la señora Rappaport. Durante los últimos minutos los ojos de un verde agrio del gato habían estado fijos en el gordo e indefenso faisán que estaba adherido a la cúspide del majestuoso sombrero de la señorita Staveley. Con cada movimiento que ésta hacía, temblaban deliciosamente las balanceantes plumas de la cola del ave. Finalmente, sometido a una tentación insoportable, el gato saltó desde el regazo de la señora Rappaport, surcó el aire en un terrible relampagueo anaranjado y fue a caer sobre los hombros de terciopelo negro de la señorita Staveley, hundiendo sus espantosas garras en el delicado plumaje del ave. La señorita Staveley lanzó un grito y se precipitó sobre la mesa mientras el gato, en precario equilibrio sobre sus hombros, arañaba y rasgaba salvajemente su sombrero con una explosión de plumas. Cundió el caos. Las señoras lanzaban gritos de alarma. Los hombres vociferaban ladridos de asombro saltando de sus sillas. Pero el animal seguía destrozando a su presa. Finalmente, Edward y el comandante, empujando a un lado las sillas, acudieron en su defensa. Pero antes de que pudiesen llegar hasta la señorita Staveley el tutor dio un salto y asestó al animal un golpe terrible en la nuca. El gato emitió un gemido penetrante, agudo como el chillido de un niño, y cayó inerte en la alfombra.

Se hizo el silencio. Todo el mundo se quedó inmobilizado. El crepitar de un tronco en la chimenea pareció anormalmente ruidoso en aquella súbita quietud. El tutor se inclinó y cogió el gato. Lo sostuvo durante un instante a la altura de su cabeza, y en su rostro blanco y picado de viruelas se pintó un rictus feroz. Luego lo lanzó con fuerza terrible al otro extremo del salón. Fue a dar contra la pared con un golpe escalofriante y cayó al suelo sin vida. Hubo una inhalación brusca y todo el mundo se quedó mirando aquel bulto informe anaranjado.

El comandante no estaba del todo seguro de lo que sucedió después. Vio desvanecerse lentamente aquella exaltación fiera de la cara del tutor, que bajó los ojos hacia la alfombra y volvió a su mesa arrastrando los pies, ruborizado y tímido. Nadie dijo una palabra. Sentado otra vez a la mesa, el tutor se puso a examinar sus cartas con mirada ciega.

Mientras tanto Edward y las damas se afanaban alrededor de la señorita Staveley con sales y muestras de cariño mientras ella sollozaba espasmódicamente e intentaba desprenderse de los restos destrozados del sombrero, enredados en sus blancos rizos. Se solicitó el consejo del médico y aunque éste murmuró hoscamente: «Bueno..., denle un poco de aire. Ya se pondrá bien», nadie estaba dispuesto a aceptar que aquello fuese todo lo que tenía que decir. Se convocó a los Murphy para que se hicieran cargo de su silla y fue transportado corporalmente de un extremo a otro del salón (mascullando inútiles protestas) y depositado junto a la señorita Staveley. Una vez allí, cerró los ojos y pareció quedarse dormido. De todos modos, la señorita Staveley estaba reaccionando espléndidamente y no necesitaba, en realidad, ninguna ayuda médica. Estaba, incluso, empezando a disfrutar del hecho de haberse convertido en el centro de atención y comenzaba a describir lo que había sentido cuando el gato había caído sobre uno de sus hombros y le había clavado sus «garras crueles». ¡Menudo lío! Todo el mundo intentaba hacerse oír por encima de la algarabía, describir lo que le había parecido la situación desde donde estaba sentado, aquel relámpago felino implacable que había cruzado raudo el salón para atacar el sombrero de la señorita Staveley. Sólo la señora Rappaport, adusta y sin gato, sentada en su silla junto a la chimenea, permanecía silenciosa en medio de aquel griterío.

—¿Quiere usted más té, señora Rappaport? —preguntó el comandante, a quien le daba pena. Pero ella se limitó a negar con la cabeza. Tenía las comisuras de los labios fruncidas hacia abajo como si estuviese a punto de llorar.

Cuando el interés por la señorita Staveley se aplacó, la gente se acordó del gato que había sido la causa de la conmoción. Aún seguía allí tirado junto a la pared. Tenía la boca entreabierta; a través de sus dientes malévolamente agudos se derramaba sobre el suelo de parqué un chorrillo de sangre. Se ordenó al viejo Murphy que se deshiciera de él pero se negó, diciendo que no se atrevía a tocarlo. Edward hizo una mueca de enojo pero no perdió el tiempo discutiendo el asunto. Se produjo un instante de tensión cuando le dio la vuelta con el pie, como si todo el mundo esperara que reviviese de pronto y le hiciese pedazos. Pero era evidente que el animal estaba muerto y bien muerto.

—Señor Evans, me pregunto si no le importaría... —El tutor levantó los ojos de las cartas que estaba estudiando. Vaciló un instante, con rostro inexpresivo, luego se levantó sin decir palabra, cogió al gato por el rabo anaranjado con franjas oscuras y salió de la habitación.

—Da miedo la fuerza que tienen algunos de esos tipos, la verdad... —dijo el señor Norton al comandante, que no estaba seguro de si lo decía por el tutor o por el

gato.

Cuando Evans regresó, Edward dijo que, para no terminar la velada con una nota tan desafortunada, deberían sentarse todos otra vez y jugar unas manos más, si no les importaba, e intentar olvidar aquel pequeño episodio desagradable. Y lo cierto es que, aunque de una forma un tanto apagada, los jugadores empezaron a charlar sobre otras cosas. El aroma del miedo y la violencia se disipó de forma gradual.

Edward, después de echar al fuego un poco más de turba y de leña, se sentó y dijo alegremente: «Bueno, ¿a quién le tocaba jugar ahora y de qué estábamos hablando?».

—Le toca usted. La señora Rice acababa de preguntarle sobre su visita a Ripon cuando estuvo ayer en Dublín.

—Ah, sí —dijo Edward y una vez más apareció en su rostro una expresión tensa. Pero antes de que pudiese decir una palabra, Sarah exclamó: «Oh, lo pasamos muy bien, señora Rice, y a Ripon le va muy bien. ¿Sabía usted que se casó con una amiga mía, Máire Noonan, de Kilnalough? Una chica estupenda...», y continuó hablando de Máire, aunque la señora Rice, que creía que le faltaba una carta (¿cuántas tenían los demás?), no estaba escuchando en realidad. En cuanto al comandante, bajó sus ojos celosos hacia el abanico de cartas que tenía en la mano y no dijo nada más. Pensó: «Aquella noche conmigo en Londres no debió significar absolutamente nada para ella».

Algunos de los presentes, incluidos el doctor Ryan, su nieto y Sarah, habían sido invitados a quedarse a cenar. Padraig había empezado la tarde adoptando una actitud cautelosa y altanera. Pero se había relajado al enterarse de que habían encerrado a las gemelas y no tardó en mostrarse expansivo, locuaz, incluso. Parecía inclinarse, lo mismo que el comandante, por las señoras de más edad. El comandante, que estaba buscando al médico (su catarro se hallaba en el punto culminante y tenía miedo de que fuese neumonía), oyó cómo el muchacho le describía a la señorita Bagley con minucioso detalle el martirio de san Sebastián. La señorita Bagley murmuraba «¡Dios santo!» a intervalos, sinceramente horrorizada.

El médico se había esfumado, como tenía por costumbre hacer cuando existía la posibilidad de que las señoras quisiesen analizar con él sus males. Pero estaba tan viejo y tan débil que el comandante confiaba en poder localizarle sin mucha dificultad. Y así fue. Lo encontró sentado en el Patio de las Palmas, poco frecuentado debido a una serie de razones: una de ellas era, por supuesto, la dificultad habitual derivada del hecho de que el follaje se hubiese tragado prácticamente la mayoría de las sillas y mesas; otra era la falta de luz, ya que no había lámparas de gas y el generador «Haz Más» llevaba muchos meses ocioso... Había, por supuesto, quinqués, pero creaban una atmósfera tan extraña y aterradora (todas aquellas formas y sombras extravagantes acechando más allá del círculo de luz) que casi era mejor arreglárselas sin ellos. Otra razón aún más decisiva, incluso, era que la señorita

Porteous había conseguido convencerse de que allí le había picado una araña venenosa. El comandante había proclamado que aquello era un disparate, pero se daba la curiosa circunstancia de que la señorita Porteous tenía un enorme bulto azul en la muñeca sobre la que supuestamente había caminado la araña agresora. Lo cierto es que, después de oscurecer, ninguna de las damas se habría planteado ni por un momento ir allí... Ése fue el motivo de que el comandante no se sorprendiese en absoluto al ver allí al médico, sentado en una silla de caña junto a la puerta de cristal en el vestíbulo. Aquella puerta permitía que hubiese luz suficiente para que el comandante viese que el médico estaba despierto. Le explicó que tenía catarro, un catarro muy malo que temía (añadió en tono agorero, al ver que el médico se agitaba impaciente) que se convirtiera en algo peor.

—Un catarro, ¿no? —masculló quejoso el anciano—. Claro, todos nos acatarramos. Un catarro no es nada.

Y siguió explicando algo confuso el hecho de que las cosas no eran ya como antes..., o quizá que la gente no era como antes, una cosa o la otra, o tal vez ambas, era difícil determinarlo con exactitud.

—Pero yo sólo quiero saber qué medicina tengo que tomar —le interrumpió lastimero el comandante. Había estado sintiendo calor y frío alternativamente y tenía la sensación de que en cualquier momento la fiebre le ahogaría o le asaría vivo, si es que no le mataba a puñaladas la dolorosa «ausencia de Sarah» que había empezado a afligirle de pronto. De hecho, las punzadas de compasión por sí mismo y de des-Sarah-ción se hicieron atrozmente agudas mientras escuchaba al anciano refunfuñar. Le invadió una oleada de fiebre. Tenía la ropa interior y la camisa húmedas, pegadas a la piel.

—Pensé que vendría usted tarde o temprano —decía despectivamente el médico—. Éste no es lugar para gente como usted... Tiene que abandonar Irlanda, debe abandonar Kilnalough, éste no es un sitio adecuado para un caballero británico como usted. ¡Salga de aquí, con todo el equipaje, antes de que sea demasiado tarde!

—Pero yo sólo le preguntaba sobre mi catarro —protestó quisquillosamente el comandante—. Supongo que tendré que meterme en la cama antes de que me ponga peor.

—Sí, váyase a la cama, váyase a la cama, eso es —replicó burlón el médico—. Por supuesto que sí, lo lamento por usted.

El médico era un tipo espléndido, sin duda, pensó indignado el comandante, pero estaba poniéndose un poquito cargante, la verdad.

Sonó el gran gong de la cena. El comandante enfiló pesaroso por un pasillo. Padraig aún seguía hablándole despreocupadamente a la alarmada señorita Bagley mientras iban camino del comedor. ¿Sabía ella..., sabía ella..., sabía ella también lo que les había pasado a Abelardo y Eloísa?, le estaba preguntando arteramente, a Abelardo en realidad, porque a Eloísa no podía pasarle nada de ese tipo... En fin, sería mejor que no se lo contase porque podría quitarle el apetito...

El comandante decidió no entrar a cenar. En vez de eso se sentó mareado en un sillón del salón de los huéspedes, que no era su lugar favorito en el Majestic pero se sentía demasiado débil para ir más allá. Se quedó dormido con la boca abierta como un pez moribundo. Su última imagen consciente fue la del doctor Ryan, que lentamente pasó junto a él, refunfuñando entre dientes y sosteniendo el bastón con su mano nudosa y moteada.

—Salga de ahí, de todo este condenado asunto en que se ha metido —podría haber murmurado mientras sus botas se arrastraban al otro lado de los párpados cerrados del comandante... Pero antes de que tuviese tiempo de considerar el comentario, su conciencia se había deslizado hacia una zona más silenciosa y más oscura situada más allá.

---

---

#### MESOPOTAMIA

##### *Grave agitación en el bajo Éufrates*

La situación en Mesopotamia muestra cierta mejora en las zonas de los disturbios, pero se está haciendo más tensa en los distritos en los que no se ha producido aún una rebelión abierta. La zona del bajo Éufrates y del entorno del lago Hammar se está viendo gravemente afectada por la agitación que está empezando a extenderse entre los árabes muntafiquíes. Se dice que las fuerzas que participan en el asedio están aumentando de número.

---

---

#### TERRIBLE ESTALLIDO DE VIOLENCIA EN BALBRIGGAN

##### *La población parcialmente destruida por el fuego*

Durante la noche del lunes y la mañana del martes hubo un estallido de violencia en Balbriggan, después del asesinato del jefe de policía Burke en esa población. El jefe de policía Burke iba en automóvil desde Dublín, con otro policía de paisano, camino de Gormanstown. En Balbriggan se detuvieron simplemente a tomar unos refrescos, que el tabernero se negó a servirles. En el altercado que se produjo al parecer a continuación, hubo un tiroteo y el jefe de policía resultó muerto y su hermano, el sargento Burke, herido. Se dice que a raíz de ello un grupo de policías auxiliares estacionados en Gormanstown acudieron a Balbriggan. Fueron quemadas muchas casas y hubo tiroteos por las calles. Resultaron muertos dos civiles durante la noche. Por la mañana una gran parte de la población, dominada por el pánico, abandonó la localidad por carretera y ferrocarril y, al parecer, sólo se quedaron allí los que no pudieron marchar.

---

---

#### RELATO DE UN TESTIGO PRESENCIAL

Un anciano caballero residente en la población dijo, describiendo lo que sucedió después del tiroteo: «Mi esposa y yo nos fuimos a la cama y poco después nos despertó un tremendo ruido de golpes en la puerta que alarmaron muchísimo a mi esposa. Pensamos que se trataba de gente que pretendía irrumpir en la casa. Al acudir a la puerta, me encontré con que había dos policías, con los dos hijos del barbero, James Lawless. Uno de los niños padecía neumonía y el otro era muy pequeño, no tenía más de dos años. Les subí a los dos al piso de arriba y les metí en mi propia cama. Me dijeron que la casa de Lawless, el barbero, había sido destruida, y esta mañana me he enterado de que él ha muerto..., que le habían sacado de su casa y le habían pegado un tiro, y también que habían matado a un joven llamado Joe Gibbons, un ganadero».

---

GOBIERNO DISPUESTO  
A IMPEDIR REPRESALIAS

La *Pall Mall Gazette* de anoche publicó el siguiente telegrama de sir Hamar Greenwood, primer ministro para Irlanda.

Lunes, Dublín. Son completamente falsas las alegaciones de connivencia en las represalias ni de apoyo a ellas por parte del gobierno. El gobierno condena las represalias, ha dado órdenes de condenarlas y ha tomado medidas para impedir las. Casi cien policías han sido brutalmente asesinados, cinco recientemente en Clare en un solo día, con balas explosivas, que causan horribles mutilaciones. A pesar de una provocación tan insoportable, las fuerzas de policía mantienen la disciplina, están aumentando en número y eficiencia y cuentan con el apoyo de todo ciudadano respetuoso de la ley. El número de supuestas represalias es escaso y los daños causados se han exagerado. Firmado: Hamar Greenwood.

---

Si las señoras del Majestic habían necesitado antes algo que les levantara el ánimo, ¡cuánto más lo necesitaban ahora con el país «pasado a fuego y a cuchillo»!, como lo expresó la señorita Johnston no sin satisfacción, debido a los «disturbios» del día anterior en Balbriggan, ¡y que tal vez pudiesen producirse cualquier día en el propio Kilnalough! La solución resultó ser una vez más el *whist*. Se instalaron un par de mesas en el salón de huéspedes, aunque sin el boato y las galas del acto celebrado en el estudio. Estas mesas se convirtieron rápidamente en el centro de la vida social del hotel; cada jugadora pasó a contar con un cortejo de asesores y confidentes que les proporcionaban una corriente constante de estímulos y consejos contradictorios y si una se cansaba enseguida, pasaba otra a ocupar su puesto. En unos cuantos días esta epidemia de *whist* había arraigado hasta tal punto que se empezaba a jugar inmediatamente después del desayuno en las mesas de tapete verde (oportunamente rescatadas del estudio pero que despedían pese a ello un leve aroma a gato) y se jugaba casi sin interrupción a lo largo del día y parte de la noche. Imperaba en estas partidas un estado de ánimo excelente, reinaba sobre los locuaces grupos una atmósfera de alegría y despreocupación, casi de temeridad. Al final del frío anochecer de otoño, con la humedad y la oscuridad al otro lado de los cristales de las ventanas, y el ulular de un búho en el parque o el grito solitario de un pavo real, cuando una de las damas se adormilaba irrevocablemente con las cartas en sus viejos dedos artríticos y no había nadie a mano para sustituirla (lo que significaba el final de la partida, claro está), una pareja de jugadoras podía sumar los resultados y descubrir que estaban ganando o perdiendo por algún número prodigioso de bazas acumuladas durante el día, varios centenares quizá... Y todo el mundo subía las escaleras riendo para sí camino de sus habitaciones y soñaba con ases, jotas y un suministro de triunfos que no se agotasen nunca jamás, triunfos y más triunfos, una superioridad invencible no sometida al cambio y a la decadencia y a la vejez, porque un triunfo será siempre un triunfo, pase lo que pase.

Alrededor de estas mesas continuaban circulando y prosperando los rumores. Un día se contaba que una brigada de cosacos, emigrados de Rusia a cuyos endemoniados bolcheviques consideraban que ya no merecía la pena aplastar, habían

sido contratados en bloque por el Castillo de Dublín para someter a los irlandeses. Otro día alguien explicaba, absolutamente seguro de ello, que una multitud hambrienta se había apoderado de un juez muy gordo del condado de Mayo y se lo había comido; como esta historia, pese a ser tan absurda, coincidió casualmente con la desaparición real de un juez (aunque no del condado de Mayo), proporcionó a todas las damas escalofríos horripilantes y todo un caleidoscopio de pesadillas. Hasta que se aclaró todo al aparecer el juez en un ataúd abandonado en una línea férrea. El *Irish Times* decía que había sido enterrado y desenterrado de nuevo (se había amenazado con represalias si no se comunicaba su paradero), pero no se hacía mención alguna de canibalismo.

Pero mientras las señoras cotilleaban alegremente y seguían nevando las cartas sobre las mesas de tapete verde, el comandante se sentía sumamente abatido. Lo que más pesimismo le inspiraba eran las represalias de Balbriggan y de los demás lugares. Las consecuencias de aquella degeneración de la justicia británica sólo podían ser caóticas. Una vez abandonada la justicia imparcial y objetiva, todas las facciones de Irlanda, todas las personas de Irlanda eran libres para inventarse una versión personal de ella. El hombre con el que uno se cruzaba en la calle en Kilnalough podía considerar igual de justificado (siempre que se ajustase a su visión personal de las cosas) ofrecerte un trozo de tarta de manzana o cortarte el cuello. Y tal como iban las cosas (el comandante no podía evitar pensarlo), lo más probable sería que te cortase el cuello.

Aunque no se cortaron realmente cuellos en Kilnalough en los primeros días que siguieron a los disturbios, hubo, de todos modos, algunos incidentes desagradables. La señorita Archer fue groseramente empujada al arroyo por dos gigantescas irlandesas vestidas de negro y calzadas con botas de hombre. Se le cayó con el atropello el manguito, que fue pisoteado y chutado como un balón de fútbol por un grupo de golfillos. Lo abandonó prudentemente y huyó antes de que sucediese algo peor. No mucho después un joven de los barrios bajos de Kilnalough introdujo un palo en los radios de la bicicleta de Charity, haciéndola caer y causándole las consiguientes rozaduras en las palmas de las manos y las rodillas. Se tiraron piedras a la gente del Majestic, aunque sin causar ningún daño grave. Viola O'Neill, cuando estaba comprando botones en la mercería (informó Chico O'Neill al comandante), había tenido que oír con sus oídos inocentes unas cuantas palabras obscenas que, como es natural, no había podido entender.

Pero finalmente la sensación de conmoción y disgusto del comandante por la degeneración de la justicia británica se esfumó, dejando sólo un sedimento de desprecio e indiferencia. Al fin y al cabo, si un bando era igual de malo que el otro, ¿por qué había que preocuparse? «Que lo resuelvan entre ellos».

Estaba aburrido, estaba solo, y un día se dio cuenta de que Edward le sacaba de quicio. Cuanto más pensaba en ello el comandante, más fuerte se hacía su aversión. Era extraño no haberse dado cuenta antes de lo que le desagradaba aquel individuo.



Últimamente bastaba sólo con verle para que le rechinasen los dientes. Todo en él despertaba la irritación del comandante: su actitud prepotente; cómo se empeñaba siempre en tener razón, exponiendo categóricamente sus opiniones en un tono sonoro y ofensivo sin prestar la menor atención a lo que el otro individuo estuviese diciendo; y la forma injusta que tenía de tratar a las gemelas, encerrándolas con llave por decir mentiras cuando él mismo se las decía a ellas, tiranizándolas implacablemente siempre que se obstinaba en hacerlo. Asimismo sus manifestaciones de ternura hacia ellas no eran menos ofensivas; no soportaba aquella suavidad y aquella burla de sí mismo que cohabitaban incómodamente con la ferocidad y el convencimiento de tener siempre la razón. «Es débil y sentimental —pensaba en esas ocasiones el comandante—. ¿Cómo puede haberme agradado alguna vez un tipo así?». Hasta la ropa de Edward, el corte impecable de sus trajes y las rayas de los pantalones se convirtieron en una afrenta. «¿No cree usted que Edward parece el maniquí de un sastre?», le comentó un día a la señorita Archer cuando éste pasó junto a ellos. En realidad, la única cosa satisfactoria de Edward era la evidente simpatía que le inspiraba el comandante. «No puede evitar admirarme porque yo hice lo que ese desastre de hijo que tiene debería haber hecho. ¡Tiene gracia!».

Tal vez era inevitable que tarde o temprano el comandante y Edward tuviesen un enfrentamiento.

—Los que saquearon Balbriggan deberían ser castigados —dijo un día el comandante después de haber visto a Edward y a Sarah paseando juntos por la terraza del comedor. Edward le miró, irritado y sorprendido. Era evidente que nunca se le había ocurrido que el comandante no aprobase las represalias.

»¿O tal vez cree usted que debería haber una ley para ellos y una ley para los demás? —continuó agresivamente el comandante.

—Pero, Brendan, fue asesinado un hombre a sangre fría.

—Eso no es ninguna razón para entregarse al saqueo.

—Fue asesinado un hombre. Hay que darle una lección a esa gente.

—Hay que procurar por todos los medios darles una lección a los culpables. Y dejar en paz a la gente respetuosa de la ley.

—Bah, son todos iguales. Se ríen a escondidas cuando asesinan a uno de los nuestros.

—Eso no va en contra de la ley. Quemar las casas de la gente sí.

—Pero ¿cómo se puede esperar que la policía descubra quién es culpable y quién no lo es cuando están todos juntos en el asunto? —gritó Edward, perdiendo el control—. ¡Maldita sea, hombre! Sea razonable.

—Si no saben quién es culpable, deberían descubrirlo antes de ponerse hechos una furia y castigar a la gente al azar como hicieron en Balbriggan.

—No quiero hablar más de esto. ¡Si a usted no le importa ese pobre tipo que mataron cuando estaba cumpliendo con su deber, a *mí* sí!

Y tras decir esto se fue, abriendo y cerrando los puños furiosamente. Pero tras dar

unos cuantos pasos se detuvo y, volviéndose, gritó: «¿Es usted desleal, comandante, o qué?». Luego se fue sin esperar respuesta.

Edward masculló una disculpa más tarde, ese mismo día, por su pregunta final ofensiva, y el comandante, que también estaba avergonzado, murmuró tristemente que no se preocupase, que no se lo había tomado a mal. Más tarde se preguntó por qué razón tenía que sentirse avergonzado. Al fin y al cabo, creía sinceramente lo que le había dicho a Edward.

—Si los nuestros se dedican a comportarse igual de mal que los fenianos —le comentó a la señorita Archer—, dentro de muy poco todo el país estará sumido en el caos y será un sálvese quien pueda.

Más tarde volvió a surgir en su mente la imagen borrosa de Edward y Sarah paseando juntos por la terraza.

—Ella es católica y él lo bastante viejo para ser su padre —se dijo agriamente.

—Éste no es lugar para que un joven pase la vida, rodeado de un montón de ancianas —le dijo la señorita Archer al comandante con una sonrisa.

—Sí, es posible que me vaya a Italia..., a Florencia tal vez, o a Nápoles. Aunque he oído que viajar al extranjero se está convirtiendo en algo imposible. Esa cantidad de documentos que uno necesita... No es como antes de la guerra, cuando lo único que necesitabas era un billete. Pero tiene usted toda la razón, Sybil. Debo tomar una decisión.

Sí, el comandante estaba pensando seriamente abandonar Kilnalough. Ahora que las relaciones estaban tensas entre él y Edward había menos razones aún para quedarse. Podría irse a cualquier parte del mundo. No tenía ya ningún vínculo, ni en Londres ni en ningún otro lugar. Pero ése era precisamente el problema. En todo el doloroso vacío del mundo, ¿adónde debía ir? ¿Por qué debía elegir un lugar en vez de otro? Fuese a donde fuese, Sarah no estaría. Sarah se quedaría atrás en Kilnalough.

El comandante aún tenía esperanzas, aunque ya un tanto insustanciales, de establecer de nuevo una relación de intimidad con Sarah, como la que había existido entre ellos durante su breve visita a Londres el pasado invierno. El comandante aún caía a veces, en el escritorio o en la cama con un libro abierto sobre el pecho, en un ensueño que duraba minutos sin fin, en el que paseaba deliciosamente por el Strand con Sarah cogida del brazo, haciéndole preguntas, Sarah en un restaurante sin saber qué cuchillo y qué tenedor utilizar, triste y dulce, página tras página de un viejo álbum fotográfico, junto a él, divertido, paternal, indulgente y un poquito hastiado del mundo. Aún tenía esperanzas.

Ella acudía a menudo al Majestic por las tardes. El comandante no sabía qué pensar de la relación que mantenía con Edward: no se esforzaba en absoluto por estar sola con él. Parecía disfrutar en la misma medida de la compañía del comandante. Por supuesto, la Sarah inocente que le miraba boquiabierta, cuya emoción al encontrarse

en una ciudad desconocida le había parecido tan conmovedora, era una persona muy distinta de la Sarah de Kilnalough, donde se sentía tan segura de sí misma. A veces se mostraba impaciente con él. Y a veces se reía claramente de él como si le pareciese ridículo (al comandante aún le dolía el recuerdo del ramo de rosas y las chokolatinas). Disfrutaba fastidiándole, pero también disfrutaba, a veces, flirteando con él.

—Puede besarme la mano, Brendan, si tiene grandes deseos de hacerlo, como puedo comprobar que tiene —decía ella, riendo.

—Nada podría interesarme menos —contestaba enfurruñado el comandante, riéndose también pero de una forma bastante tensa (adivinaba oscuramente que si quería llegar a algún sitio, debía rechazar aquellas pequeñas ofertas tentadoras, aunque le costase un gran esfuerzo hacerlo).

En la sala de armas, delante del fuego, había un viejo sofá de piel, primo hermano del que había en el estudio de Edward, con botones y barrigudo como un brigada. Una tarde en que Edward se había ido al Club de Golf, el comandante, sentado en el sofá, jugando ociosamente con una gran familia de gatitos recién nacidos que vivían en el cesto de la turba, se encontró de pronto con que Sarah le estaba besando. Cuando se detuvieron para tomar aliento, cruzaron la mente del comandante, como antílopes asustados, pensamientos eufóricos. Se había quedado mudo. Sarah, sin embargo, se limitó a comentar: «Le sabe a usted el bigote a ajo», y continuó con lo que había estado diciendo un momento antes sobre las carreras de Leopardstown. Este comentario lo dejó estupefacto pero aun así no dijo nada. Era un viajero por un país sin cartografiar, no cabía duda.

Por otra parte, ella era también muy capaz de caer en un arrebato de cólera fría sin ningún motivo que él pudiese apreciar. En tales ocasiones, podía ser muy cruel. Un día que él había estado hablando, aunque de un modo impersonal, sobre el matrimonio y su lugar en el mundo moderno, le interrumpió brutalmente diciendo: «No es una esposa lo que está usted buscando, Brendan. ¡Es una madre!». El comandante se enfadó porque en realidad él no había dicho que estuviese buscando ni una cosa ni otra.

«¿Por qué es usted siempre tan educado? —le dijo en otra ocasión despectivamente, ante lo que el comandante, asombrado, se preguntó qué tenía de malo ser educado—. ¿Por qué anda usted siempre de aquí para allá con esas viejas infernales? ¿Es que no se da usted cuenta de lo horrorosas que son? —le preguntó, poniendo cara de asco; y al ver que el comandante no decía nada, estalló—: Porque usted también es una vieja, ésa es la razón. —Y como el comandante mantenía su silencio herido y digno, añadió—: ¡Por el amor de Dios, deje de mirarme como una ardilla disecada!».

Después de uno de estos arrebatos el comandante podía subir trágicamente hasta su habitación y decidir delante del espejo que todo había terminado, que sus esperanzas habían sido ilusorias. Quizá podría redactar una breve nota explicando que las circunstancias le obligaban a abandonar Kilnalough para siempre... y se

debatía consigo mismo durante media hora sobre si se *podía* decir: «Las circunstancias me obligan a dejar Kilnalongh para siempre», o si eso no sonaba un poco tonto. Pero cuando bajaba de nuevo las escaleras, armado hasta los dientes de palabras educadas de una frialdad centelleante que pudiesen traspasar el corazón de Sarah como un pincho moruno, ella había cambiado completamente de actitud. Le cogía por la muñeca sin un titubeo y le decía que lo sentía mucho, que era una cerda, que no había dicho en serio cualquier cosa horrible que pudiese haber dicho. Y daba igual qué firmes resoluciones hubiese tomado él cinco minutos antes, porque se dejaba ablandar con una rapidez indecorosa. Más tarde se lamentaba de haberse permitido capitular tan deprisa porque había empezado a darse cuenta de nuevo vagamente de que se trataba de una estrategia demasiado pobre.

Hasta entonces, por increíble que pueda parecer, el comandante nunca se había parado a pensar que lo más efectivo en el amor, lo mismo que en la guerra, es la experiencia táctica. Su instinto le ayudó un poco. Le advirtió, por ejemplo, contra la rendición incondicional. («Haz conmigo lo que te parezca, Sarah»). Sabía por alguna razón que con ella no resultaría. Estaba aprendiendo lentamente, por experiencia. La próxima vez que tuviese una relación amorosa lo haría mucho mejor. Pero estando como estaba drogado de amor eso no era para él demasiado consuelo.

De todos modos, tenía esperanzas, principalmente de carácter práctico. Era rico e independiente. No tenía parientes a los que aplacar. Sarah carecía totalmente de dinero; y respecto a su «familia», cuanto menos se dijese, mejor, porque incluso en su estado actual de narcosis era incapaz de aportar cualidades atractivas al indescriptible Devlin. ¿Podría la chica rechazar una oportunidad deslumbrante como aquella? Bueno, él imaginaba sombríamente que *podría* rechazarla, pero aun así, y pese a todo, aunque débiles, tenía esperanzas.

Mientras el comandante andaba vagando de este modo, sin mapas ni brújula, por los campos de minas del amor, llegó una carta para él. No reconoció ni el matasellos ni la letra. «¡Qué extraño!», musitó, y la abrió. Era de una chica que había conocido antes de la guerra. Decía que iba a casarse y que esperaba que a él no le importase. (Al comandante no sólo no le importaba, sino que durante unos cuantos minutos no podía recordar absolutamente nada sobre aquella chica; hasta las circunstancias en que se habían conocido se le escapaban). Pero ella le había estado esperando... Es decir, si en determinado momento hubiese hecho el movimiento preciso, o más bien (la carta era un tanto confusa, como si estuviese escrita en estado de embriaguez), cualquier movimiento... Para ella había quedado claro, al fin y al cabo sólo se puede esperar hasta un cierto límite, pero pensaría siempre en él, siempre le recordaría con amor y afecto... No se puede, después de todo (¿por qué debería una querer hacerlo?), fingir que el pasado nunca ha sucedido... No puedes arrancarlo de la vida desde la raíz... Las horas gratas que habían pasado juntos. Podía cerrar los ojos, incluso ahora, y seguir viéndole, el teniente Brendan Archer, como sabía que sería siempre. Tenía la esperanza de que él pensase lo mismo. La vida transcurre tan

deprisa.

El comandante no la recordaba ya, por supuesto. Era la hermana de alguien, no particularmente atractiva, pero con una reputación entre los jóvenes de aquel círculo. Se alegraba de que hubiese conseguido encontrar un marido pese a aquella reputación (que recordó que había resultado estar justificada). En realidad, ella le había gustado. Era buena chica, a pesar del otro asunto. Le había agobiado, sin embargo, la intensidad de sus sentimientos hacia él, y eso era lo principal que recordaba ahora de ella. Le gustaba abrazarle violentamente, hasta vaciarle los pulmones... Es desagradable que te aprieten mucho si tú no estás queriendo apretar mucho también a la otra persona. Se siente uno atrapado. El comandante se había sentido atrapado. En cuanto a qué había inspirado aquella pasión no tenía la menor idea; en aquellos tiempos, poco después de abandonar el colegio, fue un joven petulante y e insoportablemente engreído. Bueno, tal vez fuera eso lo que les gustaba a las mujeres. Esas actitudes de los jóvenes petulantes insoportables que les hacen destacar. «Pero no, no debo ser tan duro. ¡Y el joven petulante insoportable era yo! Eso debería cambiar las cosas». ¡En fin! Pero a las mujeres les gustan también otro tipo de hombres. Volvió a cruzar su mente el pensamiento de Edward. «Las mujeres tienen unos gustos horribles en lo que se refiere a los hombres», decidió melancólicamente.

Después de leer la carta se sentó y desenroscó el tapón de su pluma estilográfica, pensando qué extraño era que durante aquel tiempo una chica, que sólo recordaba como la hermana de alguien, hubiese estado albergando pensamientos amorosos hacia él y ahora, después de tantos años, le enviase una carta diciendo que esperaba que no le importase que fuese a casarse.

Le escribió inmediatamente. Le dijo que *por supuesto* que le importaba (difícilmente se podría decir que no le importase en absoluto), pero esperaba que ella fuese muy feliz, a pesar de todo. De hecho (escribió, calentándose para la tarea), estaba, en realidad, apretando los dientes de desesperación, pero se merecía que se le dejase a un lado en favor de alguien que era, sin duda, mejor hombre que él. Se merecía (escribió, sintiendo una riada de compasión por aquella otra persona que pasaba, como él, por los campos de minas) que eligiese a otro y le dejase a él para siempre fuera, en la húmeda y pegajosa y fría oscuridad. Y, no hacía falta decirlo, guardaría siempre como un tesoro el recuerdo de los buenos ratos que habían pasado juntos. Seguía siendo, devotamente, su teniente Brendan Archer.

Selló la carta y la echó al correo. Cuando se retiró a la sala de huéspedes a esperar y vigilar a Sarah, se preguntó lúgubremente cómo era posible que el tirano de un momento pudiese convertirse en el esclavo del siguiente. Además, empezaban a despertarse en él ciertos temores. ¿No habría escrito con una precipitación y una calidez excesivas?

«¡Dios mío, y si lo considera una contrapropuesta, anula la boda y viene aquí a buscarme!». Se preguntó si no debería escribir rápidamente otra carta que

desmintiese la primera. Pero no, ya no podía hacer eso. Afortunadamente, sin embargo, fueron pasando los días sin noticias y se hizo evidente que no se le iban a pedir cuentas por su impulsivo acceso de comprensión y simpatía.

«En la primera ocasión favorable, le propondré matrimonio y el asunto quedará decidido de una forma u otra». Pero sus esfuerzos para plantear el tema resultaban constantemente frustrados. Daba la impresión de que Sarah difícilmente podía oír la palabra «matrimonio», incluso en el sentido más teórico y general, sin que se apoderase de ella uno de sus arrebatos crueles. Naturalmente, al comandante le invadía el desánimo, pero perseveraba pese a ello, diciéndose que era sólo cuestión de encontrar el momento adecuado.

Una tarde, sentado en un sofá del salón de huéspedes y protegido por una columna ornamental, estuvo a punto de animarse a abordar el tema. Se hallaban en el extremo del salón más alejado de las señoras, que jugaban al *whist* junto al fuego de la chimenea. Sarah había estado excepcionalmente cariñosa y afectuosa después de un choque terrible el día anterior (estimulado por ciertos comentarios que el comandante había intentado hacer sobre la ceremonia de boda islámica). Estaban sumergidos en un silencio satisfecho, Sarah había puesto ociosamente su mano sobre la de él y no pasaba nada, parecía más bien adormilada. No era probable que se presentase una oportunidad mejor, así que el comandante carraspeó.

—Escuche... —empezó (había elegido las palabras exactas días atrás y se las sabía de memoria). Pero en aquel momento una mano huesuda de venas azules, con brillos de diamantes en los dedos, apareció por detrás de un laurel de una gran maceta (se trataba de un refugiado del Patio de las Palmas, que había sido trasladado al vestíbulo siguiendo instrucciones de Edward para que pudiese «respirar»). La mano golpeó con bastante aspereza la columna ornamental, luego la acarició. Al cabo de un instante apareció ante ellos la anciana señora Rappaport, la cabeza ladeada, escuchando.

—¿Eres tú, Edward?

—No, señora Rappaport, soy yo, Brendan Archer.

—Le oí respirar.

La vieja dama dio un paso al frente; su otra mano, seca y moteada, empuñaba un bastón. Avanzó cautamente hasta que estuvo al lado del comandante, mirándole con los ojos vacíos y desenfocados.

—El comandante de Angela —musitó, extendiendo hacia él su mano libre—. ¿Dónde está usted, querido mío?

El comandante frunció el ceño enojado, pero cogió la mano y la guió con cierta brusquedad (aún estaba nervioso por su intento de proponer matrimonio) hasta la parte superior de su cabeza, donde permaneció durante unos instantes. Miró a Sarah por el rabillo del ojo. Ella sonreía al ver su turbación.

—Angela se alegrará mucho de que haya venido —murmuró la anciana, y aquella mano, delicada como una polilla, empezó a recorrer sus rasgos. «¡Qué guapo es

usted, comandante!», cuchicheó, y los dedos se extendieron como crema por toda su frente, bordearon los ojos y regresaron para descender por la nariz, acariciar por encima las puntas firmemente recortadas del bigote y continuar por la mandíbula. Hizo otra pausa, tanteando la barbilla suavemente entre el índice y el pulgar, escuchando.

—Hay alguien con usted. No es Angela, ¿verdad? —Su mano abandonó el rostro del comandante y empezó a hacer lentos barridos a su lado, tanteando en el aire, cada vez más cerca de Sarah. El comandante se levantó. Sarah miraba a la anciana con una expresión de repugnancia, hipnotizada por aquellos dedos huesudos cubiertos de diamantes que tanteaban buscándola.

—No hay nadie ahí, señora Rappaport —dijo bruscamente el comandante, cogiéndola del codo. Pero ella se soltó de un tirón y se acercó más a Sarah, los dedos tanteaban aún desesperadamente a un lado y a otro en el aire vacío. Sarah, encogida hacia atrás, conteniendo la respiración, ya no podía retroceder más.

—Venga, vamos. Déjeme que la lleve junto al fuego —y cogiéndola por el brazo con firmeza, la apartó de allí, aún arañando el aire. Mientras cruzaban el vestíbulo, la señora Rappaport frunció hacia abajo las comisuras de los labios y por su mejilla empolvada rodó una lágrima solitaria. Después de depositarla en su asiento junto al fuego de la chimenea, el comandante volvió rápidamente al sofá con la esperanza de poder reanudar su propuesta de matrimonio. Pero Sarah ya no estaba allí.

El cristal de las altas ventanas del salón de huéspedes tenía ya un tono negro azulado, pero las damas, entregadas a su partida interminable de *whist*, aún no habían pensado en llamar a Murphy o a una de las sirvientas para que corriese las cortinas e impidiese que invadiera el salón la marea de la noche. Arriba, muy arriba, bajo el techo blanco con incrustaciones de rosas de yeso, laureles, flores de lis y coronas de tres puntas, aleteaba atrapado desesperadamente un gorrión que iba de un cristal a otro. El comandante, recostado en un sillón, no menos desesperado que el pájaro, cavilaba sobre la extraña conducta de Sarah. Aquella tarde había estado aún más burlona y caprichosa de lo habitual. Había dos comentarios en especial que había dejado caer que le resultaban difíciles de interpretar: «Debería estar loca por usted, Brendan, si tuviésemos más en común —y unos instantes después—: ¿Quién debería gustarme como marido? Debería gustarme como marido alguien justamente como usted, Brendan, sólo con el cerebro». ¿Estos comentarios aumentaban o disminuían las posibilidades de que su propuesta de matrimonio fuese aceptada?

Suspiró. Pronto sería hora de cenar. Intentó decidir si tenía hambre o no, pero hasta la respuesta a esta cuestión le eludió. Todos sus deseos eran tibios comparados con lo que sentía por Sarah. Los gritos y las risas de un incidente en la mesa de *whist* despertaron los cercos del cavernoso salón. El gorrión se lanzó a volar una vez más para ir a chocar contra el cristal oscuro. Se hizo el silencio luego, sólo se oía el batir

de sus alas y, después, unos pasos rápidos y firmes que el comandante reconocía ya a grandes distancias. Se imaginó los zapatos de cuero relumbrantes con polainas grisáceas que hacían resonar las baldosas del pasillo con golpes cada vez más fuertes. En cuestión de un momento haría su aparición la imponente y elegante figura de Edward («el maniquí de sastre», como tenía por costumbre describirle últimamente el comandante), con su corbata de seda y su camisa nívea, y un pañuelo de seda en el bolsillo de arriba. Edward sonreiría mecánicamente mirando a las señoras, que lo más probable era que estuviesen demasiado ocupadas para hacerle caso; tal vez frunciere luego el ceño desconcertado mirando al comandante, como si preguntase: «¿Qué le pasa a ese tipo?».

Pero el cuello de la camisa de Edward colgaba de un hilo y estaba completamente divorciado de la corbata, cuyo nudo se había hecho tan pequeño como una uva pasa. Tenía la camisa rasgada y manchada de barro; una solapa de la chaqueta había sido arrancada de la costura y le colgaba hasta la cintura; también los pantalones estaban manchados de barro y la polaina de un zapato aleteaba como un pájaro herido sobre el empeine. El otro zapato había perdido completamente la polaina. Un golpe había hinchado y amoratado uno de los prominentes pómulos de Edward; por la comisura del labio descendía un rastro de sangre y había una masa negra congelada debajo de la nariz. Agitó un puño cerrado hacia el comandante, miró furioso a su alrededor un instante y luego se dio la vuelta y se fue. Empezaron a oírse de nuevo en el pasillo las sonoras pisadas, decrecientes ahora. Las damas no se habían dado cuenta de nada.

El comandante se levantó y corrió tras él. Le encontró en su estudio, mirándose en el espejo de espaldas a la puerta. Por detrás, la elegancia de su chaqueta seguía intacta; era visible que el pecho se dilataba y se encogía con rapidez pero no se oía el ruido de la respiración. Oyó que entraba el comandante y se volvió, agitando el mismo puño cerrado.

—Salí a dar un paseo —dijo con aspereza—. Dos hombres intentaron agredirme.

—¡Dios mío! ¿Dónde?

—Subiendo de la playa a kilómetro y medio de distancia.

—¡Déjeme que le sirva un whisky!

Se lo sirvió en un vaso; Edward lo cogió con dedos temblorosos y se lo bebió de un trago, como si estuviese sediento. Se sentó después, pero se levantó de nuevo enseguida y se puso a pasear agitando el puño derecho cerrado amenazadoramente hacia el comandante.

—¿Querían robarle?

—No tengo ni idea. Por lo que yo pude ver lo que pretendían era matarme. Fue raro... ¡Ni una palabra! No decían ni una palabra. Ni amenazas, ni insultos, ni discusión... Sólo la respiración jadeante y algún gruñido esporádico durante la refriega. Ni siquiera puede ver la cara que tenían los tipos. Uno de ellos era grande, con ropa andrajosa, y oí que algo se rasgaba mientras luchábamos..., y olía a suciedad y a humo de turba..., pero todos huelen de ese modo. Sólo hay una cosa



segura que sé de él. Venga aquí a la luz y eche un vistazo.

Edward se había detenido y tenía el puño firmemente cerrado junto al quinqué. El comandante se acercó, curioso. Edward abrió los dedos despacio: en la palma de su mano había un mechón de cabello pelirrojo.

—No es de mucha ayuda —dijo riéndose—. Debo conocer dos docenas de hombres que tienen el pelo de ese color en los alrededores.

Como se había puesto cerca de la luz, el comandante pudo darse cuenta de que estaba muy pálido. Pero seguía hablando en un tono firme y alegre:

—Debo de haber arrancado esto del cuero cabelludo del mendigo. No me di cuenta de que lo tenía en la mano hasta que estaba aquí de vuelta.

Lejos de mejorar con el paso del tiempo, la situación estaba claramente empeorando. Difícilmente pasaba un día sin algún nuevo caso de comportamiento desagradable por parte de la población local: un comerciante te ignoraba deliberadamente en su tienda, un niño te sacaba la lengua sin que sus padres le riñeran, una puerta que a nadie se le ocurría sostener abierta para ti, un asiento que nadie te ofrecía mientras estabas esperando a que te atendieran... Cosas triviales, tal vez, pero ¡uno pensaba en lo servicial que *solía* ser la gente de Kilnalough! En suma, era algo que destrozaba los nervios. ¿Quién podía reprocharle a la señorita Staveley que administrase una regañina larga y divagatoria a las dependientas de Finnegan, que se reían entre dientes de ella?

Las damas del Majestic no se aventuraban ya a ir solas a Kilnalough últimamente; se sentían demasiado vulnerables a la ofensa. Si se necesitaba algo, un poco de lana o un tarro de pastillas de menta, tal vez, o algo de la farmacia (sales aromáticas o bayas de casis o agua de lavanda), se analizaba el problema en las mesas de *whist* y se organizaba una expedición. Seis ojos, claro está, todos ellos muy atentos, resultaban muchísimo mejor que dos para localizar ofensas mientras estaban en la pañería o en los salones de té, y tres lenguas eran mucho mejor que una para poner a alguien en su sitio.

Las señoras no tardaron en desarrollar todas ellas una habilidad notable para percibir huellas de conducta ofensiva en la gente del pueblo. Una falta de respeto se detectaba (en la espalda que se volvía, en una sonrisa «insolente», en un «¡Buenos días!» descarado) y se le hacía frente con la rapidez del rayo. La señorita Johnston se destacó enseguida como la campeona, tanto de la detección como de la retribución, y se convirtió, en consecuencia, en la persona más buscada para figurar en las expediciones de las compras. También se podía confiar en las señoritas Bagley y Staveley. Pero la señorita Archer y la señorita Porteous no lo hacían demasiado bien; esta última era particularmente errática en la detección y tendía a la cólera incoherente cuando se excitaba. En cuanto a la pobre señora Rice, era completamente inútil.

—No se daría cuenta ni aunque alguien la insultase en la cara —decía suspirando la señorita Johnston—. Tendremos que procurar no dejarla sola.

Una tarde el comandante acompañó casualmente a una expedición en la que se incluían la señorita Devere, la señorita Johnston y la señora Rice, todas las cuales tenían algún asunto que resolver en la oficina de correos. Se quedó asombrado por la rapidez con la que se produjo la incorporación al combate. Cuando cruzaban por la concurrida plaza del mercado, la señorita Johnston, sin vacilar un instante, se puso reñir con un viejo granjero de rostro arrugado al que había visto escupir en el suelo a unos veinte pasos de distancia como un acto ofensivo evidente dirigido, en su opinión, contra ella y sus acompañantes.

—¡Oh, vamos! —protestó el comandante. La señorita Johnston estaba ya reprendiendo al sorprendido granjero e incluso blandiendo el paraguas en su cara de una forma amenazadora. También hubo después problemas con un empleado de correos que le habló con las manos en los bolsillos.

El comandante no tardó mucho en darse cuenta de que, para las damas, aquellas expediciones eran una fuente de emociones exóticas. Casi todas las tardes se formaba un grupo para ir a comprar algo a Kilnalough. Las que se quedaban en las mesas de *whist* esperaban el regreso de las expedicionarias con ávida expectación, y rara era la tarde en que las que regresaban no habían tenido enfrentamientos que contar. El comandante dudaba de la mayoría de estas supuestas ofensas. La señorita Johnston, en particular, estimulada por la admiración de sus compañeras, parecía haber perfeccionado su habilidad hasta el punto de que podía percibir una ofensa antes de que se produjese. El comandante sospechaba que, como en el caso del desdichado granjero de la plaza del mercado, reprendía con mucha frecuencia a transeúntes absolutamente inocentes.

Un día, sinceramente alarmado por la desmesura de las señoras, se permitió sugerirles que aquella «falta de respeto» era más imaginaria que real, pero que si las expediciones de compra seguían actuando como expediciones bélicas *acabaría habiendo* problemas de verdad. Ellas recibieron esta sugerencia con frialdad, pero tal vez tuvo cierto efecto. En compañía del comandante, al menos, se sacaba menos a colación el tema. Nunca se había mencionado, salvo indirectamente, delante de Sarah. El comandante estaba empezando a darse cuenta oscuramente de que las señoras del Majestic le tenían poco afecto a Sarah.

Él acabó cansándose del *whist*, pero la fiebre por el juego no mostraba indicio alguno de disminuir entre las señoras. Además, ellas mismas con su refinamiento pretencioso y su presunción habían empezado a crisparle los nervios. ¡Cualquiera diría, al verlas cuchichear, que Sarah no era más que una sirvienta! Eso no significaba, claro está, que no fuesen tan encantadoras como siempre, individualmente. Pero como suele decirse, la mucha miel empalaga.

Últimamente deseaba estar solo para pensar con más claridad sobre Sarah. Pero ¿dónde? Su propia habitación carecía de confort, el bar Imperial estaba atestado de

gatos, todas las demás habitaciones del hotel (había, por supuesto, abundancia sobrada de ellas) parecían inadecuadas por alguna razón. No sabía muy bien por qué. Siempre había una cosa u otra que no llegaba a satisfacerle. No tenía más que mirarlas para ver que eran inadecuadas, sin que valiese la pena siquiera detallar las razones. Hasta que finalmente, en la segunda planta, abrió una puerta que no había abierto nunca... y encontró exactamente lo que quería.

Era una habitación larga y estrecha y bastante oscura en la que se guardaba la ropa blanca. Había sábanas y almohadas apiladas por todas partes. Las mantas, centenares de ellas, colocadas unas sobre otras y pegadas a las paredes, llegaban hasta el techo; era indudable que llevaban allí desde los viejos tiempos en que se utilizaban todas las habitaciones del hotel. Allí no había humedad y se estaba, además, bastante caliente, algo a tener muy en cuenta dado que había empezado ya a hacer frío. A ciertas horas del día la temperatura resultaba claramente tropical debido a que la chimenea principal de las cocinas pasaba justamente por una de las paredes. Pero al comandante eso no le importó; simplemente se quitó la ropa y se tumbó desnudo sobre un montón de mantas a leer una revista y a sudar delicadamente mientras tomaba sorbitos de whisky con soda procedente del hervidero de gatos del bar Imperial. Era perfecto. Nadie iba nunca allí (salvo una vez que Edward, que debía de haber oído un ruido, asomó la cabeza, emitió unos gruñidos de sorpresa al ver allí desnudo al comandante y se retiró precipitadamente). No tardó mucho en prepararse un nido de mantas y almohadas inmenso, cálido y ligeramente polvoriento.

Fantaseando tumbado en aquel nido se imaginaba a veces a Sarah (aunque sin permitirse ningún género de reflexiones indecentes) echada allí también, desnuda y respirando delicadamente como él. ¡Qué espléndido sería eso! Sabía sin necesidad de preguntarlo que ella disfrutaría allí tanto como él. La comprendía muy bien cuando ella no estaba ya presente; sólo tenía cierta dificultad para entenderla cuando estaban juntos. Era indudable que se irían habituando cada vez más uno a otro con el paso del tiempo. Entre tanto, sobre todo en el mediodía ecuatorial y al final de la tarde (salvo los días que la cocinera decidía enviar de nuevo al comedor, cortada en frío, la carne no consumida en la cena del día anterior), Sarah yacía allí, deliciosamente insustancial, desnuda y contenta a su lado en aquella hondonada de almohadas polvorientas.

De hecho, una o dos veces, ella consiguió, incluso, estar en la habitación de la ropa blanca a su lado y al mismo tiempo abajo (en carne y hueso, sangre, cartílago, músculo, membrana mucosa y todo lo demás) jugando al *whist* con las señoras y tal vez también con Edward..., porque Edward, aunque algún tiempo atrás hubiese preferido, hiciese bueno o no, la pista de tiro a la mesa del *whist*, había sufrido recientemente una recaída y se le veía a menudo barajando y repartiendo cartas con no menos fervor que las señoras. Pero la fantasía tendía en general a debilitarse y esfumarse ante la proximidad de la carne y la sangre. Además, la idea de Edward le perturbaba. Así que si sabía que estaba Sarah allí se ponía la ropa y bajaba a verles

jugar.

Cuando estaba Sarah, a Edward le gustaba jugar de pareja con ella; «la pareja de siempre», decía. Se ponían los dos muy escandalosos, recibiendo sus cartas con jocosos gritos de alegría o pesar, animándose mutuamente con todo tipo de comportamientos extravagantes. Cuando Edward estaba de ese humor solía hacer reír a carcajadas a las señoras que hasta adoptaban una actitud menos gélida con Sarah. También el comandante se reía de los chistes de Edward, por supuesto, pero a regañadientes. Pocas veces disfrutaba. La única persona que no sonreía nunca era la señora Rappaport, sentada hoscamente en su silla de respaldo recto junto a la chimenea.

La señora Rappaport habría ensombrecido la atmósfera de la reunión, sin duda alguna, si la fiebre del *whist* hubiese sido menos intensa, pero nadie reparaba en su presencia. Estaba, además, bastante separada del grupo principal. Pero un día provocó un ligero revuelo y unos cuantos gritos de consternación porque se advirtió que había aparecido mágicamente sobre su regazo otro gato. Volvía a ser un misterio cómo había conseguido llegar allí. Normalmente, todo el mundo se esforzaba por ahuyentar a los gatos del salón de huéspedes con bastones o sombrillas o lo que hubiese a mano, porque era imprescindible establecer un límite en algún sitio. Aún más inquietante fue el hecho de que el gato en cuestión tuviese el mismo color anaranjado que aquel animal aterrador que había atacado el sombrero de la señorita Staveley en el estudio. La anciana señora Rappaport estaba ciega, por supuesto, así que no había podido elegirlo ella deliberadamente. La preocupación de las señoras podría haber sido mayor de no ser por el hecho de que estaba claro que aquel gato no era peligroso. De hecho, era sólo un gatito, un minúsculo fardo maullador de piel anaranjada con unos ojos que apenas se le abrían. Se trataba en realidad de una criaturita bastante atractiva. Se daba uno cuenta inmediatamente de que entraban ganas de acariciarlo. Algunas de las señoras lo hicieron, inclinándose rígidamente para acariciar las orejitas anaranjadas, y aunque el gatito reaccionó prestamente posando en aquellos dedos enjovados de piel floja las agujas en miniatura de sus garras, bueno, cualquier gatito normal habría hecho lo mismo. «Es una cosa natural —dijo la señorita Bagley—, y apenas si hace daño».

De todos modos, el gatito tenía una cualidad un poco inquietante: a saber, la rapidez con la que estaba creciendo. Era como si durante la noche alguien le cogiese por aquella brizna de rabo a franjas negras y anaranjadas y soplase en él, hinchándolo como un globo chillón. Parecía un poco más hinchado cada día, y cuando se estiraba y bostezaba, sus garras llegaban un poco más allá. Además, cuando sus ojos empezaron a abrirse más, se comprobó que eran de un agrio verde mar. Y la señora Rappaport seguía allí sentada día tras día, adusta e impasible, con el gatito creciendo bajo la palma de su mano y convirtiéndose en un..., bueno, en un gato. Nadie se fijaba gran cosa en ninguno de ellos; Edward se había vuelto muy divertido últimamente, parecía casi un cómico.

El comandante le envidiaba. Por muy gris que fuese la tarde, por muy abatidos que estuviesen los jugadores del *whist* a causa del estado en que se encontraba el país, Edward no tenía más que sentarse a la mesa cinco minutos y todo el mundo estaba ya gritando y riendo, con sus males y con los pronósticos de desastre olvidados. Le acompañaba una corriente de energía. Cuando él dejaba la mesa era como si se hubiesen apagado las luces. Dominaba a todo el mundo, incluso a la indomable señorita Johnston. Su voz podía oírse a tres habitaciones de distancia. Su regocijo hacía vibrar los cristales de las ventanas. Era como el director de pista de un circo: ninguna de las señoras se permitía enfurruñarse o encerrarse en sí misma. La señorita Devere o la señorita Bradley podrían intentar resistirse a él, recordando quizá a alguien querido que hubiese muerto en aquel día concreto, o pensando que empezaba el invierno, pero... ¡Zas! El látigo de la inmensa personalidad de Edward cruzaba la pista y la hacía entrar en acción una vez más. ¡Zas! Hasta el comandante se veía obligado a seguirle o a parecer inadmisiblemente hosco. Podría pensar: «Soy más fuerte que Edward porque él no puede evitar admirarme le agrade o no...», pero entonces, ¡zas! Se encontraba con que tenía que saltar a través de un aro en llamas.

Aun así, el comandante estaba convencido de que era más fuerte que Edward. Se trataba sólo de que Edward estaba muy bullanguero y expansivo últimamente (pero el comandante no había olvidado los días en que estaba taciturno) y eso hacía que el comandante, en comparación, pareciese soso y cauto. «Es todo fachada», se decía lúgubrementemente el comandante mientras comprobaba que los ojos relumbrantes de Sarah raras veces se apartaban del rostro de Edward. Pero entonces, ¡zas!, volvía a pasar. Apenas había empezado a edificar su animosidad, se veía obligado a reírse a regañadientes con lo que estuviese diciendo Edward. «¡Muy divertido! —murmuraba para sí—. Pero ya veremos...». Desde aquel día en que Edward había sido atacado en la oscuridad, el comandante estaba seguro de haber visto unas cuantas veces una sombra de inseguridad en sus ojos. «Ya veremos qué pasará. —Y descubrió sorprendido que estaba apretando los dientes—. Dios santo, el tipo es amigo mío al fin y al cabo», se reconvino.

—Si no tengo un as en esta mano, me comeré la pipa —gritó Edward. Y por supuesto sacó una pipa y en un instante se la comió. Las damas gritaban y jadeaban de dolor, apretándose las costillas, de lo divertido que les parecía aquello (la pipa, por supuesto, era de regaliz). El comandante las observaba consternado, temiendo que Edward pudiese provocarles a todas ataques cardíacos. Pero entre estos arrebatos cómicos el comandante creía cada vez más poder apreciar en el rostro de Edward una expresión ausente y desesperada. También Sarah le miraba a veces con preocupación cuando no estaba riendo sus payasadas. Pero luego Edward abandonaba el salón para ir a resolver algún asunto y todo el mundo volvía a sentirse abatido y desanimado.

—¡Es un escándalo!

Se hizo inmediatamente el silencio, un silencio absoluto en el que todo mundo contenía el aliento y se oía claramente el ronroneo palpitante del gatito. La señora

Rappaport había pasado inadvertida durante tanto tiempo que casi se habían olvidado de que podía hablar.

—¿Crees que no sé lo que está pasando en esta casa? —gritó la anciana, con los carrillos temblando de furia—. ¡No lo permitiré bajo este techo!

El comandante esperaba que Edward la tranquilizase como solía hacer, le preguntara de qué escándalo se trataba, qué era lo que ella no iba a permitir. Pero no dijo nada. Sus ojos siguieron fijos en la mesa. Nadie dijo una palabra durante dos minutos enteros. No hubo ningún movimiento salvo el golpeteo de la cola a franjas del gatito sobre el regazo de la señora Rappaport. Pero, finalmente, ésta bajó los hombros, rezongó, buscó el pañuelo que tenía metido en la manga, y su rostro volvió una vez más a ser inexpresivo. Se había olvidado de su escándalo, fuese el que fuese.

Pero su arrebató causó un efecto extraño en Edward. Se puso melancólico y taciturno. No sólo dejó de hacer chistes y de infestar de hilaridad a las damas, sino que en cuestión de unos días dejó de jugar del todo a las cartas. Abandonó el campo al comandante sin ninguna advertencia. Al comandante, aunque le complació, naturalmente, porque podría así ejercitar con Sarah su atractivo más sutil sin impedimento, le inquietó también al mismo tiempo. Edward había empezado a beber más de lo conveniente. El comandante había captado más de una vez un efluvio de alcohol en su aliento. Un día oyó decir que Edward estaba borracho en el Club de Golf. Se había enzarzado en una discusión con uno de los socios y le había dicho que era «despreciable». Por supuesto esas cosas pasan de cuando en cuando y a un hombre con una copa de más no se le debe tomar en serio. Pero luego, tal vez una semana después, volvió a suceder, esta vez en el Majestic. Edward, impecablemente vestido como siempre pero con su mata de cabello canoso en desorden y un vaso en la mano, se enfrentó al señor Norton en el pasillo y le dijo que era «despreciable». El señor Norton huyó indignado al salón de huéspedes pero Edward le siguió hasta allí con el vaso en la mano y, aunque no decía nada, miraba al señor Norton con una sonrisa sarcástica, parecía (tal como diría más tarde la señorita Porteous) «un barco que naufraga, como el hundimiento del *Hesperus*». Pero luego se cansó del señor Norton y, despanzurrado en un sillón, se puso a mirar torvamente al comandante.

—¿Siempre jugando a las cartas con las señoras, comandante?

—Así es, Edward.

—Una magnífica ocupación para un joven.

El comandante no dijo nada.

—He dicho que es una magnífica ocupación para un joven.

—Ya le he oído.

—Bueno, supongo que está de acuerdo conmigo.

—¡Edward, por favor! —dijo Sarah. Se había puesto muy pálida. Miraba fijamente a Edward con angustia. Las otras damas se habían quedado quietas y silenciosas como ratones.

—Estoy seguro de que *tú* piensas que está bien tener hombres jóvenes jugando a

las cartas contigo —dijo ásperamente Edward—. Quiero oír lo que piensa el comandante.

—Muy bien —dijo secamente el comandante—. Creo que es mejor que estar en las trincheras. ¿Contesta eso a su pregunta?

Y tras decir esto dejó las cartas, se levantó y salió de la habitación.

---

#### ASUNTOS SUDAFRICANOS

La Unión de África del Sur está pasando por un período de tensión y peligro. El sábado pasado estallaron graves disturbios en Port Elizabeth. La policía mostró una admirable contención pero se vio impotente para poner coto a la multitud frenética de nativos enloquecidos. Entraron en acción los militares y abrieron fuego, matando a varios de los revoltosos. Están haciendo todos los esfuerzos posibles para localizar el problema, pero, en vista del hecho de que en toda la Unión sólo hay un millón doscientas cincuenta mil personas blancas frente a cuatro millones y medio de nativos, no se pueden ignorar las posibilidades de disturbios generalizados.

Los peligros de una insurrección nativa son mucho mayores de lo que serían si la población blanca estuviese unida. Según los cafres, bóers y británicos, nacionalistas y unionistas, alemanes y sudafricanos, son lo mismo. No hay un hombre blanco en Africa del Sur que no reconozca los muchos peligros que yacen dormidos en los *kraals* de los negros. No hay una mujer blanca desde el Congo hasta el Cabo que no tiemble ante la idea de una insurrección nativa, y apenas hay nativos del país que no se sublevarían mañana mismo si se atreviesen.

---

#### LA CAMPAÑA DEL CRIMEN

La guerra de guerrillas contra las fuerzas de la Corona se ha generalizado fuera del Ulster Noreste. La policía de la Corona ha sufrido ya tanto como si hubiese defendido una línea de trincheras del frente en Francia. Conserva su eficacia sólo por su espíritu indomable y por los constantes refuerzos. Los últimos tres días se ha producido una orgía verdaderamente atroz de desórdenes manchados de sangre. Han sido asesinados policías en diferentes partes del país y han perecido soldados en emboscadas; todos los periódicos irlandeses se han convertido en un catálogo de horrores.

Empezaron a soplar por entonces las primeras grandes tormentas del otoño. Silbaba el viento en las chimeneas y rodaban hasta estrellarse contra el dique olas inmensas que lanzaban a gran altura nubes de espuma blanca. La espuma empapaba los caminos de grava y arremetía contra la pista de *squash*, de manera que Edward se hallaba en un estado de constante ansiedad por miedo a que se ahogasen los lechones (grandes ya como podencos). En el tejado del ala del Príncipe Consorte, que estaba alabeado, se acumuló una gran cantidad de agua de lluvia, hasta que llegó un momento en que cedió a la presión, dejando que un torrente de agua cayese con un estruendo musical dentro de un piano de cola que se había dejado abierto y de costado, con una pierna amputada. De todos modos, por entonces, los auxiliares que se alojaban en el Majestic se habían trasladado a un cuartel de Valebridge, bien porque las condiciones eran mejores o bien porque consideraban el hotel indefendible.

—Hay un montón de gente rondando por aquí —comentó Edward al comandante cuando salían en coche hacia el campo de golf—. Hay que hacer algo.

Había mucho viento, casi un huracán, que aullaba sobre el campo, pero la lluvia había amainado. Los caminos estaban llenos de gente y de vehículos, caballos y coches ligeros de dos ruedas, carretas con torpes equinos gigantes en las varas, incluso algunos maltrechos automóviles (los pasajeros se amontonaban dentro y fuera, en el capó, en el estribo, incluso en el techo), pedaleaban bicicletas entrando y saliendo o subiendo por el arcén cubierto de hierba haciendo sonar los timbres..., y centenares de personas a pie. Podría haber sido una feria anual o una carrera de caballos de aficionados; pero nadie hablaba ni se reía, ni cantaba, aquellas multitudes se movían en silencio, como los refugiados que el comandante había visto escapando del frente.

«¡Qué chusma!», pensó sin la menor simpatía. Odiaba a los irlandeses. Miraba los rostros que flotaban junto al coche mientras el Daimler avanzaba centímetro a centímetro y atravesaba la marea de humanidad lanzando bocinazos. Rostros pálidos, graníticos, pómulos esculpidos como mangos de hacha, mejillas cárdenas y cabello sucio y enmarañado, bovinos, las mujeres inmensas y pechugonas, de brazos con hoyuelos y grandes como barras de pan. Pero no, no parecían refugiados; veía en sus rostros una expresión tensa, expectante. Algo estaba pasando. El comandante le gritó a un viejo desdentado que iba sentado en la parte de atrás de un carro con las piernas balanceándose en el aire y le preguntó qué era lo que pasaba. Pero el tipo no pareció entender, se limitó a acariciarse el pelo y desvió la vista furtivamente.

—Sí —iba diciéndole a Edward—, he escrito a Cook preguntándole por hoteles en Florencia, pero tal vez vaya más al sur.

A Edward se le ensombreció la cara, como si pensase: «¡Deslealtad!», pero no dijo nada. El comandante escuchó el eco y el resonar del eco de sus propias palabras y pensó que ¡qué falsas sonaban, qué huecas! No tenía ya la fuerza de voluntad para dejar Kilnalough sin Sarah; lo único que podía hacer era dejarse llevar por la marea de los acontecimientos. Algún extraño insecto se había instalado en aquella fuerza de voluntad de la que había estado siempre tan orgulloso, e iba devorándola sin ser visto, como un gusano en una manzana.

En el campo de golf se enteraron de lo del milagro. Nadie estaba jugando fuera y por una vez no se podía disponer de *caddies*. Pero el bar de socios estaba lleno de gente y había un ambiente insólito de excitación, con muchas risas y bromas. Sólo quedaba vacío el rincón del bar que solían ocupar los auxiliares. «Se habían ido a hacer un milagro propio», dijo alguien.

Chico O'Neill les contó lo que había pasado. El sábado por la noche, tarde, un joven seminarista que estaba rezando arrodillado delante de un crucifijo había visto cómo de las heridas del Cristo salían gotas de sangre. El seminarista había permanecido allí muchas horas en estado de éxtasis, incapaz de hablar y de moverse.

Este milagro era claramente antibritánico. Un miembro de la familia del seminarista había sido acusado de complicidad en la emboscada de que había sido objeto un policía. En Kilnalough se decía que la familia del muchacho había sido



maltratada y amenazada por los auxiliares, que les habían sacado a rastras de su cabaña y les habían puesto alineados contra la pared como si fuesen a fusilarles; a su hermana la habían obligado a bailar en camisón delante de su padre mientras los militares hacían comentarios obscenos y se mofaban de ella. Era de esperar que ante semejante provocación de que se había hecho objeto a gente piadosa se produjese un milagro.

—¿Qué piensa de ello, Chico?

—Paparruchas.

—Por supuesto que son paparruchas, eso es evidente. Lo que quiero decir es: ¿van a causar problemas esos desarrapados? Las cosas están ya bastante mal sin necesidad de añadir una guerra santa al asunto.

—Bueno, es sólo un pequeño disparate. En unos días se habrán olvidado de ello. Pero mire quién acaba de llegar, Ted. Cuando lo natural sería que se pasase el día de rodillas delante del milagro.

El comandante se volvió. Acababa de entrar el señor Devlin y se había quedado parado incómodamente junto a la puerta, sonriendo obsequioso a un grupo de la barra que, por accidente o a propósito, le había dado la espalda. Sarah estaba con él. Sus ojos se encontraron un instante con los del comandante pero su rostro se mantuvo inexpresivo. El señor Devlin, por su parte, captó la mirada del comandante y empezó a hacer señales frenéticas de respetuoso saludo: ¿se le permitiría unirse al comandante y a sus acompañantes y tal vez tener el honor de pagarles un refresco? El comandante asintió secamente.

—Creo que viene hacia aquí ese individuo horrible —dijo O'Neill.

—Le invité yo —dijo fríamente el comandante.

—Bueno, bueno, no dice usted que...

Sarah, hosca y con la vista baja, vaciló por un instante antes de acompañar a su padre. Apenas movió los labios para responder al saludo del comandante. El capitán Bolton había entrado silenciosamente detrás de los Devlin y les había seguido hasta donde estaban Edward, O'Neill y el comandante. Chico O'Neill, entre tanto, le preguntaba maliciosamente al señor Devlin qué pensaba del milagro. ¿Estaba de acuerdo con que era una paparrucha? El señor Devlin dijo cautamente que, en realidad, no sabía qué pensar, era un asunto tan extraño...

—Pues haría usted mejor en creer lo que le dicen que crea, Devlin, ¿no es así? Si no, el sacerdote le mandará a usted al infierno, ¿sabe? —El comandante se dio cuenta de que O'Neill, que se reía con una risa agresiva, estaba algo bebido—. ¿Así que entonces no cree usted que sea una paparrucha?

—Bueno, por supuesto, ha de ser uno cuidadoso en estos asuntos, porque ahí podría haber algo más de lo que parece a primera vista, al menos según su modo de pensar...

—Según su modo de pensar pero no el mío. Si quiere que le diga lo que pienso, a mí me parece un caso claro de histeria.

—Bueno, claro —empezó a decir Devlin con impotencia—, yo no estoy seguro de eso...

—Si hay histeria es porque hay gente inocente a la que le queman las casas — explotó de pronto el comandante.

—No hay gente inocente en Irlanda en estos tiempos, comandante —dijo Bolton—. Si se pusiese usted un uniforme como éste se daría cuenta de que todo el mundo es su enemigo.

Hubo un momento de silencio.

—Si alguno de ustedes —añadió luego Bolton— tiene el valor suficiente para dejarse ver con un hombre que lleva un uniforme de la Corona, tal vez no le importase venir conmigo al seminario. Me temo que los fenianos están utilizando su milagro para hacer sublevarse a la chusma. Es una sensación extraña, comandante, estar en medio de una multitud de personas inocentes, una cualquiera de las cuales puede convertirse instantáneamente en un héroe sacando un arma del bolsillo y pegándote un tiro por la espalda sin miedo a que lo detengan... ¿Qué me dice a eso, señor O'Neill? ¿Le gustaría venir conmigo?

—Me encantaría en cualquier otro momento, pero he quedado en encontrarme aquí con mi esposa.

—Qué lástima —dijo Bolton con una leve sonrisa.

Hubo un momento de silencio. Sarah miraba divertida pasando de una cara a otra. Bolton bajó los párpados soñoliento.

—Por supuesto, probablemente esté exagerando el peligro —añadió con indiferencia—. Puede que no haya ni una sola persona con un arma entre toda esa multitud.

Hizo una nueva pausa y miró a Edward.

—¿Qué me dice usted, señor Spencer?

—Que no veo la necesidad de correr riesgos estúpidos —dijo Edward con aspereza—. Eso es lo primero que te enseñan en el ejército.

—Por supuesto. Tiene usted toda la razón. De todos modos, aquí el comandante es un militar y estoy seguro de que querrá venir conmigo.

Bolton sonreía despectivamente de nuevo. El comandante se daba cuenta, sin necesidad de verlo, de que Sarah estaba mirándole a la cara.

—Por supuesto —dijo—. Estoy dispuesto a ir cuando usted quiera.

El viento que había estado soplando desde muy temprano siguió sin aflojar a lo largo de la tarde, una sólida corriente de aire que mantenía las ramas los árboles dobladas y peinaba y alisaba la hierba de la ladera donde se encontraba el comandante. El viento revolvía el corto cabello rubio del capitán Bolton e hinchaba el faldón de su guerrera mientras miraba por los prismáticos sentado en un bastón de asiento. Los hombros hinchados por el viento le daban la apariencia de un jorobado. Tras mirar un

momento por los prismáticos, se quitó la correa que le rodeaba el cuello y, sin decir palabra, se los pasó al comandante. El comandante se los llevó a los ojos y miró ladera abajo hacia el mar.

—Es curioso —musitó Bolton—. Nunca me gustaron demasiado los irlandeses, antes de todo esto. Son gente zafia. Más parecidos a animales que a seres humanos... A veces me daba asco sólo verles comer.

El comandante había enfocado ahora los prismáticos hacia el seminario, que se alzaba junto a un promontorio rocoso. La multitud se había reunido en un prado enfrente del campanario de piedra gris, cuya campana, movida por el viento, emitía un tañido quejumbroso e irregular, apenas audible a aquella distancia.

—Espero que contraigan reumatismo todos ellos por arrodillarse en la hierba mojada.

—Ahora están de pie otra vez. Parece que hay un joven haciendo un discurso.

—Echemos un vistazo —Bolton cogió los prismáticos, miró por ellos brevemente y volvió a pasárselos al comandante.

Aunque aquella misma tarde había visto los caminos llenos de gente y de carruajes, el comandante se asombró del tamaño de la multitud. Con la perspectiva en escorzo las cabezas parecían estar amontonadas unas encima de otras. Había muchas mujeres a los lados de la multitud y tres o cuatro carros con colchones en los que yacían inválidos que habían sido arrastrados por aquel terreno accidentado hasta el seminario para que pudiesen oír al orador. En las ventanas más altas del edificio del seminario, muchachos de pálidos rostros asomaban la cabeza para poder oír, apoyados en las gruesas rejas de hierro, mientras en las escaleras un grupo de sacerdotes de sotanas negras escuchaban y se protegían con las manos los oídos del azote del viento. El joven estaba de pie, solo, en un afloramiento rocoso que penetraba en el mar.

Tenía una mandíbula fuerte sobre un cuello grueso y musculoso en el que el comandante imaginó que sobresalían las venas, hinchándose furiosamente, mientras abría la boca y la cerraba para articular sus inaudibles palabras de cólera. Estaba situado un poco por debajo de la multitud que le escuchaba y el viento del mar le revolvía el pelo enmarañado sobre la cara.

—¿Vamos a bajar hasta allí?

—Puede ir usted si quiere, pero yo prefiero no recibir una bala en la espina dorsal, si puedo evitarlo —dijo Bolton mirando burlescamente al comandante, y luego añadió —: ¿Comprende?, estoy harto de todos esos héroes del Club de Golf. Debe perdonarme por no ser capaz de resistir la tentación de poner al descubierto sus faroles de vez en cuando.

—Comprendo.

—Sarah Devlin estuvo explicándome el otro día qué hombre tan magnífico es Edward Spencer. Un hombre valiente y de principios que nunca sería capaz de un acto cobarde o indigno, en fin, un auténtico caballero. Le comparó favorablemente

conmigo, un tipo cruel y sin principios cuyos hombres hostigan y acosan a personas inocentes, les queman las casas y destruyen sus propiedades cuando les apetece, sin más ni más.

—Lo que dice es cierto, ¿no?

Bolton sonrió y cogió una ramita seca, la rompió en trocitos pensativo.

—Yo hago lo que exige la situación, comandante. Lo que intenté explicarle a Sarah fue que la gente como usted y como Edward puede permitirse tener sentimientos delicados sólo porque tienen a alguien como yo para que les haga el trabajo sucio. Me altero un poco cuando gente que me encomienda impedir que les asesinen en sus camas empieza a darse aires de superioridad moral.

—Lo cierto es que creo que se equivoca usted con Edward. En realidad, él apoya las represalias.

—Quizá, pero sin mancharse las manos con ellas. Eso es lo que importa en este asunto.

El comandante alzó los prismáticos y miró una vez más al joven que estaba en el afloramiento rocoso, preguntándose qué estaría diciéndole a la multitud. Tras él, mientras hablaba, se alzaban grandes olas; por encima de sus brazos gesticulantes se elevaba una sólida muralla de agua tan grande como una casa, colgaba allí sobre él un instante como si estuviese a punto de tragárselo y estallaba luego a su alrededor en un torrente de espuma.

—Parece un joven exaltado —dijo el comandante devolviéndole los prismáticos al capitán. Antes de marcharse observó cómo otra ola inmensa se alzaba sobre el joven irlandés, se cernía en el aire un momento y caía finalmente hirviendo impotente a sus pies. Sólo era, en realidad, la falta de perspectiva lo que hacía que pareciese que fuera a arrastrarle.

A la mañana siguiente había cesado el viento y un tibio sol otoñal bañaba la vieja masa de ladrillo y madera del Majestic.

La temperatura más templada hacía que el nido de almohadas del comandante en la habitación de la ropa blanca estuviera más caliente que nunca, casi ecuatorial en realidad. Era imposible abrir la ventana, puesto que se había hinchado con la lluvia y, además, la habían pintado cerrada muchos años atrás. El calor aumentaba. Al cabo de un par de horas de intensa reflexión sobre su relación con Sarah, su cuerpo desnudo brillaba como el de un salvaje, y se veía obligado a beber varios vasos de agua fría. Bien es verdad que más tarde, una vez preparada la comida y ajustadas las cocinas para la noche, disminuía el calor y hacía una temperatura más agradable. Pero para entonces él había agotado sus emociones, había escrito dos o tres cartas febriles con sudorosos hiatos sobre el papel donde la tinta se negaba a quedarse. En algunas de esas cartas, olvidando que no podía permitirse ser débil, capitulaba completamente («Sarah, la amo, tiene que volver conmigo, ay, el calor es insoportable»). Pero, afortunadamente, se controló lo suficiente para no enviarlas, pensando: «Ella sólo pensaría que soy un poco tonto».

—Nunca volveré a verte —masculló en voz alta una tarde, sentado en lo alto de un montón de mantas con un vaso de whisky y balanceando sus piernas húmedas y peludas. Pero en ese momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo. ¿Puedo entrar? —era la voz de Charity.

—Desde luego que no —el comandante se bajó rápidamente de un salto y empezó a vestirse—. ¿Qué quieres?

—Esa chica quiere verle.

—¿Qué chica?

—Ésa por la que todos se interesan tanto. La de las manchas y la cojera.

—¿Te refieres a Sarah? Dile que bajaré inmediatamente.

Pero Charity aún estaba esperando en la puerta cuando él la abrió y le lanzó una mirada agria y reprobatoria.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Te vi entrar un día. Y ¿qué es lo que haces ahí dentro, eh?

Aunque hacía unos cuantos días que no se veían, Sarah parecía considerar su visita completamente normal. Le saludó como si no se diese cuenta del dolor que aquella separación le había causado. Estaba contenta. Estaba encantada de verle. Se había sentido muy mal sola. ¿Por qué no había ido a verla?

—¿Eh?

—He estado horrorosamente enferma (¡uf!, es asqueroso mencionar esas cosas). Podría haber venido al menos a animarme un poco.

—¿Fue una enfermedad innombrable? —preguntó alegremente el comandante, contagiado por el buen humor de ella.

—Todas las enfermedades son innombrables, Brendan, pero se lo diré de todos

modos. Me pasé toda la noche vomitando. ¿No es repugnante?

El comandante se rió, aunque le desconcertase un poco aquella franqueza. Desde luego Sarah era un caso único.

Pero era irresistible. Parloteaba alegremente para él mientras paseaban cogidos del brazo de un lado a otro por la pista polvorienta del salón de baile. Sí, había hablado con el capitán Bolton... ¡Qué hombre tan extraño y tan frío! ¡Aquellos ojos azules que tenía! En Kilnalough decían que una vez se había quedado mirando un momento un vaso de agua de la mesa del padre O'Byrne y se había formado en el agua una capa de hielo de más de dos centímetros... ¡Oh, el comandante era imposible! Por supuesto que no era verdad *literalmente*, era verdad de otro modo distinto, ¿cómo iba a saber ella de qué modo era verdad? Y, y... el milagro, ¿había visto él el milagro después de la absurda escenita del Club de Golf? Bueno, ella había echado un vistazo a la imagen y no parecía haber mucha sangre manando por ninguna parte, sólo un par de manchas de color marrón, pero podrían haber sido de cualquier cosa, podrían haber sido, por ejemplo, de sopa de rabo de buey. Oh, bueno, si era blasfemia decir eso, entonces tanto mejor, tendría un pecado que confesar por una vez, lo que sería un bonito cambio, su vida era tan aburrida... Nunca se le ocurría ningún pecado que *cometer*, no digamos ya confesar, sobre todo cuando se encontraba mal y vomitaba sin parar, lo que la dejaba demasiado débil para cometer cualquier pecado... Y, dado que él, el comandante, era un «protestante asqueroso», no veía por qué tenía que preocuparse porque ella dijese algo blasfemo, en realidad, debería animarla a hacerlo, pero eso daba igual, qué era lo que ella quería decir, sí, ella quería saber todo, absolutamente todo lo que había pasado mientras había estado mala...

—¿Quiere decir qué es lo que ha pasado aquí?

—Por supuesto que me refiero a lo que ha pasado aquí. ¿Adónde cree usted que me refiero?

Pero al comandante no se le ocurría nada más que el hecho de que él había pasado tres días enteros ojeroso de amor por ella.

Por entonces estaban paseando por el salón de huéspedes, protegidos de la curiosidad de los jugadores de *whist* por una hilera de arbustos plantados en macetas y evacuados por Edward del Patio de las Palmas.

—Eche un vistazo a esto —dijo el comandante cogiendo un pesado y lujoso sofá que había en medio del salón junto a una mesa de nogal alabeado y desplazándolo a un lado. Bajo los tacos de madera del suelo de parqué había un inquietante abultamiento como un absceso gigante. Algo intentaba abrirse paso a la fuerza a través del suelo.

—¡Dios santo! ¿Qué es esto?

El comandante se arrodilló y retiró tres o cuatro de los tacos dejando al descubierto una muñeca peluda y blanca.

—Es una raíz. Sólo Dios sabe de dónde viene: probablemente del Patio de las

Palmas, de uno de esos malditos chismes tropicales. Hay un hueco de más de medio metro entre este suelo y el techo de ladrillo de las bodegas, relleno de tierra y grava y empapado por alguna cañería o algún desagüe rotos.

—¿Por qué cree usted que quiere salir aquí en el salón?

—Busca alimento, supongo. En realidad debe de haber muchos más parecidos. Se estremece uno al pensar lo que pueden estar haciendo con los cimientos.

—¡Pobre Edward! Venga. Iremos a ver si encontramos más bultos sospechosos.

Se pusieron a buscar inmediatamente, yendo de una habitación a la siguiente, recorriendo pasillos, subiendo y bajando escaleras. Esta búsqueda de bultos se convirtió enseguida en un juego maravilloso. Los localizaron en las paredes y en el suelo y hasta en el techo. «¡Bulto!», gritaba Sarah alegremente y señalaba una superficie culpable. Y entonces el comandante tenía que ponerse de rodillas o apoyar la mejilla contra una pared fría y mirarla con la finalidad de comprobar. Aunque muchos de estos bultos resultaron imaginarios, cuando uno se ponía a buscarlos en el Majestic no había escasez de los auténticos. ¿Ocultaba alguno de aquellos bultos impetuosas raíces que proyectaba alguna de las ambiciosas plantas del Patio de las Palmas? Probablemente no. Sin embargo, sin levantar baldosas y hacer agujeros en el yeso era imposible estar seguro. De todos modos era muy divertido. Sarah estaba de un humor sumamente alegre y efervescente y, entre bulto y bulto, charlaban de todo tipo de encantadores disparates. ¿Qué haría ella sin su galante comandante? ¿Qué valiente debía ser para haber ganado todas aquellas medallas en la guerra! (¿qué medallas?, se preguntaba él, perplejo). Y ¿había visto alguna vez en su vida un tobillo de forma más delicada que los de ella?, preguntaba apoyándole una mano en el hombro y alzando el dobladillo de la falda para enseñarle no sólo el tobillo, sino hasta la rodilla. El motivo era que había sido una miserable inválida en una silla de ruedas toda su vida, y eso había impedido que se le formasen feos músculos como a una lechera. Y estaba loca, decía, de admiración por el bigote del comandante, que le recordaba un seto de aligustre que había visto en Phoenix Park. ¡Qué magnífica pareja hacían!, exclamó ella cuando sus imágenes gemelas flotaron sobre un espejo mugriento. ¡Qué magnífica pareja! El comandante reía y reía, tan feliz como un colegial. La tarde pasó deliciosamente.

Cansados al fin, se recostaron en uno de los lujosos sofás rojos del vestíbulo y se rieron del velo gris de polvo que se alzó como siempre y del reloj que había sobre la mesa de recepción que sólo indicaba la hora correcta, por accidente, una vez cada doce horas. Se estaba tranquilo allí y el lugar daba una extraña impresión de intimidad, como suele pasar en los espacios públicos cuando están desiertos. Al pie de las escaleras brillaba bajo la luz tenue la estatua de Venus.

Sarah, riendo aún, se inclinó y besó al comandante en el bigote, y después, más en serio y desde una posición mejor, en los labios. El comandante estaba derretido, pero con cautela, recordando el comentario que ella había hecho una vez de que su bigote sabía a ajo. Siguieron besándose durante unos minutos. Luego Sarah se incorporó

bruscamente, separándose de él. El comandante se incorporó también para ver qué pasaba. Ella miraba por encima de su hombro con cara de susto. El comandante se volvió para ver qué ocurría.

Edward estaba a unos pasos de ellos observándoles. Era evidente que había llegado por uno de los pasillos, sus pasos amortiguados por la alfombra... Pero no, el suelo era de baldosas, no había ninguna alfombra, tenían que haberle oído llegar; quizá Sarah hubiese elegido aquel lugar precisamente porque allí se oía llegar a la gente. Edward siguió allí durante un brevísimo instante, el rostro inexpresivo. Luego se volvió y desapareció; los zapatos resonaron claramente sobre las baldosas.

Sarah se levantó precipitadamente. Cuando el comandante hizo lo mismo le empujó para que se sentara otra vez y dijo con aspereza: «No, espéreme aquí. Volveré enseguida». Y luego corrió detrás de Edward. El comandante se quedó solo.

El vestíbulo se había quedado muy silencioso. El comandante se levantó y se acercó a mirar en el pasillo. Estaba vacío. Escuchó, conteniendo el aliento. Oyó muy débilmente, o imaginó que oía, la voz de Sarah. Luego se cerró una puerta. Se quedó allí quieto unos minutos, después fue a sentarse otra vez. Pasó el tiempo. Sarah no volvía. «Esto es un poco excesivo, la verdad».

Ya llevaba media hora allí. El vestíbulo estaba silencioso y tranquilo. Nada se movía. Nadie venía ni se iba. Durante un rato jugó esperanzadamente con la idea de que Sarah pudiese haber olvidado que había dicho que volvería, que estaría esperándole ansiosamente en alguna otra parte del edificio. Pero no, abandonó esa idea. No tenía sentido. Qué se le iba a hacer.

Eligió el pasillo que llevaba lejos del estudio de Edward y cuando caminaba por él mecánicamente experimentó un intenso deseo de comer algo dulce. Llevaba en el bolsillo una chocolatina. La devoró rápidamente. Pero el ácido seguía corroyéndole el alma.

En este estado de sensibilidad exacerbada eligió una ruta familiar: a través de un bar mugriento que nadie visitaba nunca, de una puerta que parecía la de un armario que contenía un tramo de escalera de madera sin alfombra. Era como si le hubiesen despellejado vivo; el pensamiento de establecer contacto con alguien le resultaba insoportable. La palabra banal más liviana le haría lanzar un grito de dolor.

La escalera le llevó hasta una torrecilla redonda con muchas ventanas, con suelo de tablas de madera desnudas, completamente vacía salvo por un león tallado y un unicornio comidos de gusanos y colgando de un clavo. Aquel lugar estaba impregnado de un fuerte olor a col hervida y parecía de algún modo pertenecer al silencio.

Otra puerta conducía a una pasarela cubierta que salvaba nueve metros de aire vacío hasta otra torrecilla idéntica. Debajo se extendían los restos húmedos y sin sol de un jardín de rocas. El comandante se aventuró con circunspección por la pasarela, comprobando la solidez de las tablas con el pie antes de depositar ningún peso en ellas. No había ninguna ventana. Bandejas de listones con manzanas se alineaban



desde el suelo hasta el techo dejándole sitio apenas para pasar de lado entre ellas. El olor de las manzanas era agobiante. Cogió una y olisqueó su piel grasienta y arrugada, y curiosamente ese aroma otoñal le resultó balsámico. La torrecilla del final de la pasarela estaba tan vacía como su hermana gemela. Unas escaleras le permitieron bajar de ella hasta una galería abierta en la que había un hombre de pie, con los codos en la barandilla de hierro, fumando un cigarrillo. Era el tutor.

—Hola.

El tutor se volvió hacia él y saludó con la cabeza sin sorpresa. Vestía un pantalón bombacho toscamente remendado y una chaqueta de *tweed* de abultados bolsillos con pliegues que le llegaban casi hasta las rodillas. Como la educación de las gemelas había cesado una vez más el comandante no podía recordar cuándo le había echado la vista encima por última vez. Raras veces se le veía por el hotel. Comía en alguna otra parte del edificio, quizá con los sirvientes. Era de suponer que aún seguía siendo responsable de preparar el estofado de cabezas de cordero para los perros. Si tenía otros deberes, el comandante los ignoraba. Lo más probable era que le hubiesen olvidado en aquella zona remota de la casa y que viviese una vida propia, aguardando días mejores.

—Vienen aquí todos los días al atardecer en esta época —le dijo.

El comandante se había unido a él en la barandilla y tras echar un vistazo alrededor se dio cuenta de dónde estaba. Debajo había un patio pavimentado lleno de basura y hojas muertas, aunque no había ningún árbol a la vista. Justo al doblar la esquina estaba la puerta de atrás de las cocinas. Más allá, al otro lado de la pared, seguro que estarían haraganeando los perros, tan aburridos como las damas de un harén, esperando que llegase alguien y les proporcionase algo de ejercicio. Inmediatamente debajo de la galería abrían su boca cuatro cubos de basura gigantes y malolientes. Había un grupo de viejas vestidas de negro hurgando en ellos con dedos tan nudosos como patas de gallina, con la cabeza y los hombros cubiertos por chales negros que ocultaban sus rostros.

—Están buscando comida. Suben de la playa todos los días al atardecer cuando empieza a anochecer... Pueden entrar sin problema por allí siempre que no haya marea alta. Se lo dije al señor Spencer, pero no ha hecho nada.

El comandante contempló las móviles figuras negras, oliendo el aroma perfumado del cigarrillo del tutor. Había estallado una discusión estridente e incoherente entre dos de las mujeres por un papel de periódico grasiento que contenía sobras y huesos. El comandante pensaba con desesperación mientras las observaba: «Ella no me quiere nada. Ella no me quiere nada».

Abajo la discusión quedó resuelta al fin. Una de las mujeres se retiró y, acuclillándose en el suelo, abrió el periódico para examinar lo que contenía, contando e inspeccionando cuidadosamente los fragmentos de carne. Cuando terminó, los guardó en un saco de harina vacío y volvió a los inmensos cubos de basura.

—Si quiere que le diga una cosa, la cocinera a veces tira a propósito comida que

está en perfectas condiciones. Pueden hacer cualquier cosa si no se las vigila.

El comandante asintió. Toda su vida transcurriría sin Sarah. Aunque era ya casi de noche, las viejas brujas vestidas de negro, indiferentes a la angustia del comandante que colgaba como fruto amargo unos metros por encima de ellas, seguían rebuscando diestramente en la basura.

---

#### EL PRIMER MINISTRO E IRLANDA

El señor Lloyd George, hablando en el banquete del Ayuntamiento de Londres anoche, se refirió a la situación en Irlanda. Dijo: «Antes de que me sienten, si me permiten ustedes, he de detenerme en uno de los pocos rincones agitados del imperio. Estoy seguro de que no imaginan ustedes a lo que me estoy refiriendo (risas)... A Irlanda (risas). Espero que pronto haya menos agitación. Ahora se da allí el espectáculo del asesinato organizado del género más cobarde (bien dicho, bien dicho), en que se dispara contra hombres que están desprevenidos, y lo hacen hombres que visten la indumentaria del ciudadano pacífico y a los que tratan como tales los agentes de la ley, hombres que disparan por la espalda y asesinan cobardemente (bien dicho, bien dicho).

»A menos que me equivoque en las medidas que hemos tomado, tenemos cogido por el cuello al asesino (bien, bien). Les pido que no presten demasiada atención a las versiones distorsionadas de sus correligionarios, que hacen descripciones detalladas del horror de lo que llaman represalias pero pasan por alto los horrores del asesinato (aplausos). Yo pido al público británico..., estoy seguro de que no es necesario pedírselo..., me disculpo por pedírselo..., que no debe dar crédito sin más a los que calumnian a hombres valientes (bien, bien) que persiguen al asesino en la oscuridad poniendo en peligro sus vidas (bien, bien).

»Me dicen que el resultado de las medidas que estamos tomando es que hemos tenido más asesinatos que nunca en las últimas semanas. ¿Por qué? Antes de que se tomasen esas medidas, en amplios sectores de Irlanda la policía estaba prácticamente encerrada en sus cuarteles. No se atrevían a salir. Imperaba el terror. Tuvimos que reorganizar la policía. Cuando los hombres están en refugios subterráneos, las bajas no son tan grandes como cuando salen a enfrentarse al peligro. Y la policía está ahora buscando el peligro con el fin de aplastarlo (bien, bien). Y creedme, lo está haciendo. Está dispersando a quien hay que coger. Está dispersando a los terroristas.

»Si es necesario enviar más fuerzas, las buscaremos (bien, bien), pues la civilización no puede permitir un desafío de este tipo a las normas básicas de su existencia (bien, bien). Estos hombres que se entregan a tales asesinatos dicen que es una guerra. Si es una guerra, entonces no pueden quejarse, en realidad, si aplicáramos algunas de las normas de la guerra (sonoros vítores). En la guerra si hay hombres que penetran vestidos de paisano detrás de las líneas del frente provistos de armas asesinas, con el propósito de utilizarlas siempre que puedan con impunidad, se les ejecuta sumariamente (bien, bien). En la guerra se ejecuta sumariamente a los que llevan balas explosivas. Si se trata de una guerra, deben aplicarse las leyes de la guerra. Pero hasta que no se consiga sofocar esta conspiración no hay esperanza alguna de paz auténtica ni de conciliación en Irlanda, y todo el mundo desea paz y conciliación..., en términos justos..., justos para Irlanda, sí, pero justos también para Inglaterra (bien, bien). Estamos ofreciendo a Irlanda no sometimiento, sino igualdad. Estamos ofreciendo a Irlanda no servidumbre, sino una asociación. Una asociación honorable, una asociación en este imperio que está en la cúspide de su poder, una asociación con este imperio en el día más glorioso de su historia». (Vítoros sonoros y prolongados).

---

El comandante debería haber salido ya para Italia, pero no lo había hecho, por supuesto. Había leído una carta de Cook contestando a diversas preguntas sobre trenes, hoteles y vapores que él no recordaba haber formulado. Leyó diligentemente dos veces el mensaje, pero al cabo de cinco minutos era incapaz de recordar una sola palabra de él. Era ya casi finales de noviembre. Gélidas corrientes danzaban por las habitaciones y los pasillos del Majestic y hacían que su aliento helado subiera por las

perneras de los pantalones, cuando el comandante se sentaba en el vestíbulo.

Tras considerar un poco el asunto, escribió una carta a Sarah preguntándole si podrían verse en algún momento para aclarar las cosas... Pero no recibió respuesta. Así que le escribió otra carta diciendo que, fuesen cuales fuesen sus virtudes, la constancia no figuraba entre ellas (no es que ella hubiese afirmado jamás que figurase). La única conclusión a la que él podía llegar, resolvía, era que no había habido más que un simple y anticuado coqueteo, cosa que estaba bien, por supuesto, si era eso lo que ella quería que fuese. Poco después escribió otra carta desmintiendo la de antes, que, lamentaba decirlo, había escrito dominado por un talante amargo. Ninguna de estas cartas subsiguientes recibió respuesta, sin embargo, y él pensó: «Lo único que he conseguido hacer es tener una discusión conmigo mismo en estas cartas. Creeré que estoy completamente loco». Y se prohibió escribir más cartas. A finales de noviembre, una mañana, cuando se vestía, se sintió extremadamente deprimido y se le fueron cayendo uno a uno los botones de la camisa, como las hojas de una planta moribunda.

Ése fue también un período malo para *Rover*, que estaba siendo suplantado gradualmente como el favorito entre el harén de perros. Se estaba quedando ciego; se le volvieron los ojos de un azul lechoso y, a veces, chocaba con el mobiliario. Los olores que emitía cuando se sentaba a los pies de los jugadores de *whist* empezaron a ser cada vez más el aroma de la putrefacción. Él, como el comandante, había disfrutado siempre trotando de habitación en habitación, recorriendo los pasillos de una planta o de otra. Pero ahora, siempre que se aventuraba a subir las escaleras para olisquear por las plantas de arriba, lo más probable era que se encontrarse con una horda implacable de gatos que le perseguían por los pasillos hasta dejarle al borde de la extenuación. El comandante lo había visto más de una vez jadeando y agotado, precipitándose aterrado por un tramo de escaleras a causa de alguna sombría amenaza que acechaba en el descansillo de arriba. No tardó en adquirir el hábito de gruñir siempre que veía una sombra... Luego, como las sombras aumentaban a medida que iba perdiendo la vista, se enfurecía y ladraba ferozmente asediado por pesadillas implacables incluso a plena luz del día. Por mucho que abriese los ojos, la oscuridad llena de gatos continuaba aproximándose a él más y más día tras día.

Se había convocado a otro perro del patio para que compartiera su puesto, un lebrél afgano de patas largas y flacas y lindos rizos dorados. Poco a poco este animal usurpó el afecto que se dispensaba a *Rover*. Aunque la verdad es que tenía ciertos malos hábitos. Si uno conseguía adormilarse en un sofá después de comer a pesar de las corrientes, era bastante probable que le despertase bruscamente una lengua húmeda y cálida que le lamía la mejilla. Pero a algunas de las señoras eso no parecía importarles. Además, comparado con *Rover*, olía a rosas.

Cuando llegó diciembre sucedió en el Majestic una cosa curiosa: empezaron a aparecer más huéspedes en un goteo constante. Siempre había habido algún que otro huésped esporádico yendo y viniendo; alguien que se quedaba empantanado en

Kilnalough y se veía obligado a pasar la noche allí antes de irse a Dublín por la mañana. Así, el número de señoras (y hubo incluso unos cuantos caballeros) empezó a aumentar notoriamente. Fue un poco antes de que el comandante se diese cuenta de que venían para... ¡las Navidades! Y pensó sin poder evitarlo que tendrían suerte si lejos de disfrutar de unas felices Navidades no se les caía el hotel encima. Probablemente tenían alguna idea sobre lo que podían esperar. Tal vez hubiesen oído que el lugar no era lo que solía ser; pero es difícil romper con los hábitos de toda una vida. Había muchas personas ya de edad que tenían sus escasos recuerdos de infancia, cálidos y gloriosos, vinculados al Majestic y, aunque supiesen que no era ya el hotel que había sido, les resultaba difícil no acudir a él.

Al principio, el comandante procuraba a veces estar pendiente cuando llegaban (ni Edward ni Murphy ni ninguno de los criados estaba) para amortiguar el golpe. Pero no tardó en comprender que era mejor mantenerse alejado como todos los demás. Los recién llegados se las arreglaban solos de una forma u otra. Y resultaba menos embarazoso no interponerse en su camino. De todos modos, el comandante les dirigía un pensamiento amistoso cuando se detenían en la andrajosa magnificencia del vestíbulo junto a su montaña de equipaje, probablemente en silencio a la espera de que llegase alguien, escuchando, quizá, el ruidoso tictac del reloj que había sobre la mesa de recepción (al que el comandante había dado cuerda como un mensaje de bienvenida), y preguntándose si podría ser realmente esa hora (que, por supuesto, no podía ser) o mirando con recelo el tablero numerado con las pesadas llaves de las habitaciones que parecían, lúgubrementemente, estar casi todas allí. La única cosa del hotel que *estaba* toda allí, podrían decir más tarde, incluidos Edward y el personal.

Se quedaban allí mirando a su alrededor, los polvorientos querubines dorados y los rojos y lujosos sofás y el candelero mugriento de la estatua de Venus. Mientras esperaban incómodamente a que acudiese alguien (porque Murphy se habría esfumado en lo más profundo de la selva del Patio de las Palmas al ver que subía por el camino un carruaje cargado de pesadas maletas), saboreando el conocimiento agrídulce de que nada es invulnerable al paso del tiempo, al cambio y a la decadencia, ni siquiera los recuerdos que uno ha atesorado más ferozmente.

La relación del comandante con Edward había empeorado claramente como consecuencia de aquellos besos que había presenciado en el vestíbulo. No sólo estaba el comandante celoso de Edward, sino que Edward parecía estar celoso de él, un hecho que durante un breve espacio de tiempo ayudó al comandante a extraer un pequeño confort de la frialdad de Edward. Un día recibió, sin embargo, una sorpresa desagradable cuando Edward le dijo de pronto:

—Ah, por cierto, Sarah se ha ido un par de semanas.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que se lo dijera. Y que le diera las gracias por sus cartas.

El comandante asintió sosegadamente y se fue, pero estaba sangrando por dentro. Había sido traicionado otra vez.

Fuese cual fuese la satisfacción que hubiese procurado a Edward atormentar al comandante, parecía estar cualquier cosa menos alegre. Reaccionó, además, al aumento del número de huéspedes manteniéndose más ausente que nunca. Aunque sus apariciones en el desayuno y en la cena a última hora del día se mantuvieron inflexibles, raras veces se le veía ya durante el resto del día. En una ocasión le cuchicheó al comandante (tal vez estuviese momentáneamente avergonzado de sí mismo por revelar sádicamente el hecho de que Sarah le había hecho partícipe de las cartas del comandante), como una especie de explicación indirecta de todo, que estaba dedicándose a sus estudios biológicos. El comandante se había fijado ya en los paquetes de libros y de equipamiento que habían empezado a llegar de Dublín. Se había tropezado una o dos veces con Edward en un dormitorio remoto rodeado de libros y de documentos. En otra ocasión, se lo encontró en su laboratorio improvisado, instalado en el baño adjunto a la suite nupcial de la primera planta. Temeroso de que Edward pensase que estaba espiándole se retiró rápidamente, pero no sin que pudiera ver antes un microscopio en la mesa, junto al baño de mármol negro y de un dorado descascarillado en el que debía haberse desprendido de sus ilusiones de amor más de una novia del siglo pasado. Al lado del microscopio había un montón de portaobjetos de cristal, un mechero Bunsen, unos tarros que contenían un fluido verdoso, unos cuantos tallos de apio en estado de descomposición y un ratón muerto. No estaba claro si el ratón había expirado allí casualmente, de forma accidental, o si formaba parte de los experimentos de Edward.

El comandante estaba preocupado no sólo porque Edward había pasado a mostrarse malhumorado, hostil y extraño de nuevo, sino también por razones más prácticas. No era tarea *suya* en realidad dirigir el hotel. Pero el hotel necesitaba muchísimo que alguien lo dirigiera. Aunque hubiese un aumento del número de huéspedes que llegaban (lo que era bastante malo, ya que nadie parecía quererlos) hubo también unas cuantas defecciones entre los habituales, lo que significaba que la vida en el Majestic estaba rebasando los límites de lo que podía tomarse a broma. El comandante se aventuró a sugerir a Edward que si se iba alguno más de los habituales, podría muy bien iniciarse una estampida que dejase el hotel vacío después de Navidad.

—¿Lo dice usted de veras? —preguntó Edward, animándose por un instante. Pero luego añadió—: Algunos de ellos no tienen ningún sitio adonde ir. —Y adoptó de nuevo un aire displicente, volviendo al libro que estaba leyendo.

—Ah, bueno, ya veo que, en realidad, usted *quiere* que se vayan... —replicó irritado el comandante.

Lo que más le preocupaba al comandante era que el Majestic estaba literalmente empezando a desmoronarse. Edward no se esforzaba lo más mínimo por arreglar las cosas. El comandante suponía que tal como él veía la situación (si es que en realidad la veía) resultaba bastante lógico. Al fin y al cabo, el hotel tenía más de trescientas habitaciones. Aunque la mitad del edificio se desplomase aún seguiría teniendo

ciento cincuenta, que era más que suficiente para que pudieran vivir él mismo y las gemelas y los criados y cualquier otro que sobreviviese a la estrangulación de la actividad del hotel. Por otra parte, los huéspedes, por mucho que pudiesen protestar, se adaptaban notablemente bien a la existencia nómada de trasladarse de un habitación a otra siempre que diese la casualidad de que les fallasen las cañerías o el mobiliario.

Ciertamente, los servicios habían ido de mal en peor (no es que el comandante lo advirtiese ya). El follaje evacuado del Patio de las Palmas parecía estar apoderándose ahora del salón de huéspedes; todos los espejos estaban más velados y mugrientos que nunca; las lámparas de gas que habían ardido hasta hacía poco en las escaleras y en los pasillos habían dejado ya de funcionar, de manera que las señoras tenían que hacer a tientas el camino a la cama con el corazón repiqueteando; la sopa del comedor iba haciéndose más clara y más fría a medida que pasaban los días, y como cada vez más se dejaba a la cocinera que se las arreglara como pudiera, aparecían con mayor frecuencia en el menú el beicon y la col seguidos de manzanas asadas; fuera en los terrenos del recinto se cayó un pino alto y aplastó un invernadero con un estruendo tan terrible que dos de las damas (la señorita Devere y la señora Archibald Bradley) hicieron inmediatamente el equipaje; en las pocas pistas de tenis que quedaban continuó su avance un tipo de trébol particularmente duro y prolífico, de manera que si alguien había estado pensando jugar al tenis (cosa que nadie se planteaba) se habrían encontrado con que ni un servicio lanzado con máxima potencia se habría elevado más de unos centímetros del suelo. Pero Edward parecía esos días como ajeno a todo y si uno de los recién llegados acudía a él a protestar casi parecía que no escuchase, aunque asentía rápidamente con la cabeza diciendo de vez en cuando con avidez: «De veras, ¿quiere que se le devuelva el dinero? —O murmuraba chupando la pipa y mirándose los zapatos—: Vaya, qué fatalidad. Permítame asegurarle que no se le hará ningún cargo por ello... porque, claro, nadie podría...», y su voz se apagaba.

Un día extemporáneamente cálido la M gigante de majestic se desprendió de la fachada del edificio y cayó cuatro plantas demoliendo una mesita en la que una dama muy anciana y muy sorda, que acababa de llegar para pasar las Navidades, había decidido tomar el té disfrutando de un sol tibio que era casi como el del verano. Había apartado la vista un momento, le explicó a Edward hablando muy alto (casi gritando, en realidad), para intentar acordarse de dónde estaba instalado en los viejos tiempos el reloj floral. Cerró los ojos unos instantes. ¡Cuando volvió a su té, ya no estaba allí! Lo había hecho pedazos aquel extraño trozo de hierro colado en forma de gaviota (afortunadamente no se había dado cuenta ni había adivinado de dónde procedía). Edward hizo un leve esfuerzo por adentrarse en el silencio submarino en el que vivía la anciana, murmurando una disculpa y mesándose inquieto su enmarañado cabello canoso. Ella quería una explicación, dijo, haciendo caso omiso de las palabras de Edward (que, en realidad, no podía oír), pero se mostró apaciguada, sin embargo,

al ver que los labios de él se movían y que su expresión indicaba alarma. Siguió refunfuñando un rato hasta que se hizo evidente que su principal queja era que junto con la mesa había sido destruido su té. Parecía ser que había pasado una buena parte de la tarde recorriendo lejanos pasillos con la esperanza de encontrar a alguien dispuesto a servirle el té que había pedido. Al final se había tropezado con Murphy, que estaba echando un sueñecito en una otomana azul regio, detrás de una pantalla de helechos en un remoto cuarto de estar (era probable que él fuese la única persona que conociese su existencia hasta aquel momento). Se vio despertado por el pinchazo en el pecho de un pesado bastón que llevaba consigo la anciana para impulsar su frágil cuerpo a lo largo de la vasta extensión brillante y polvorienta del salón de baile. Amedrentado por esta experiencia, fue él mismo a prepararle el té. Después de perderse un par de veces en el camino de vuelta y de parar para descansar a intervalos frecuentes, ella consiguió por fin regresar a la galería. ¡Y después, aquel té, tan duramente ganado, había sido pulverizado por un trozo retorcido de metal que parecía haber caído del cielo! No había derecho.

Edward ordenó que le llevaran otro té y, alzando la vista y mirando angustiado las otras letras precariamente fijadas al edificio, le sugirió que tal vez sería mejor que corriese un poco la silla en la galería hacia donde había una vista mejor.

Una de las consecuencias de este incidente fue que Edward pareció abandonar cualquier ambición que aún pudiese albergar de dirigir el Majestic como un hotel. Señaló, en cierto modo, el final del período durante el que los huéspedes habrían podido considerarse estimulados a acudir allí. Pero no cerró sus puertas y, aunque no se les animase a hacerlo, siguió recibiendo un goteo de huéspedes navideños que solicitaban hospitalidad.

El comandante, por desgracia, era incapaz de adoptar la misma indiferencia que Edward. Se preocupaba por todo, por los gatos que proliferaban en las plantas de arriba, por el estado lamentable del tejado (cuando llovía, las alfombras del último piso chapoteaban al pisarlas), por el estado de los cimientos, por la fosa séptica, por la hiedra que avanzaba como una epidemia verde por las paredes exteriores (alguien le explicó que, lejos de mantener unido el edificio, como él esperaba, aceleraría su desmoronamiento). Es verdad que los nervios del comandante se hallaban muy debilitados; se preguntaba, a veces, si no estaría siendo indebidamente alarmista: el Majestic se había conservado en magnífico estado afrontando todas las inclemencias del tiempo durante muchos años. Sin embargo, poco después, se cayó del remate del tejado al patio de los perros una pieza ornamental de estuco del tamaño de un hombre. Medio metro más a la izquierda y habría aplastado a *Foch*, un perro salchicha de pelo largo.

El comandante fue en busca de Edward, deseoso de informarle de esto. El laboratorio había sido evacuado de la suite nupcial; Edward había instalado su mesa en el mismísimo centro del salón de baile. Se necesitaba espacio para que el pensamiento pudiera expandirse, explicó. En el cuarto de baño se sentía agobiado, se

le quedaban constreñidas las ideas, se negaban a fluir libremente.

Mientras el comandante le informaba de aquel suceso que había resultado casi fatal para el perro *Foch* y Edward cogió el ratón muerto y empezó a apretarle el tórax con aire ausente entre el pulgar y el índice como si se tratase de un trozo de caucho.

—No le dio, ¿verdad? —comentó alegremente—. Bueno, eso fue un golpe de suerte.

—¿No sería mejor que viniese un albañil y echase un vistazo al edificio?

—Es una buena idea. Espero que haya algún tipo en Kilnalongh que haga ese tipo de cosas. Me pondré en contacto con él.

Esa noche el comandante soñó que estaba en un dirigible. El capitán y la tripulación habían caído por la borda, dejando solos a la señora Rice y a él. Más tarde apareció la señora Rappaport, vestida con el uniforme de uno de los regimientos regulares bávaros, y acompañada de su gato anaranjado, que era tan grande ya como una oveja. Afortunadamente ella tomó el mando y, después de bombardear Dublín, les condujo de nuevo a tierra felizmente.

No apareció ningún albañil. En vez de eso, llegó balanceándose en una bicicleta por la entrada una muchacha guapa y gordita que llevaba un sombrero de paja sobre sus tiasas coletas. Era Viola O'Neill, que venía a jugar con las gemelas. Las gemelas le dieron un beso desganado en la mejilla y se la llevaron escaleras arriba. Al irse, sus ojos se demoraron desconcertantemente en el comandante, que estaba en el vestíbulo escuchando comprensivo a un viejo caballero que no llevaba zapatos, sólo calcetines. El comandante observó cómo la mano blanca y fina de la muchacha iba subiendo espiral tras espiral de la escalera y emitió un suspiro melancólico. «¿Por qué no podría Sarah quererme así?».

—¿Tiene usted alguna idea de dónde podrían estar? —preguntó el anciano caballero malhumoradamente por segunda o tercera vez.

—¿Dónde podrían estar? ¿A qué se refiere? —El pensamiento del comandante se había extraviado de nuevo—. Ah, sí, por supuesto, ha perdido usted sus zapatos. Lo investigaré.

El anciano caballero, un recién llegado al Majestic, había dejado los zapatos en la puerta de su dormitorio. ¡No sólo no se los habían limpiado, sino que habían desaparecido! Y el resto de sus zapatos estaban en un baúl que aún no habían traído de la estación del tren. El comandante le dejó en el vestíbulo y fue a decirle a Murphy que preguntara a las criadas.

Ese mismo día, más tarde, mientras buscaba lánguidamente los zapatos por una de las plantas superiores, abrió una puerta y le recibieron gritos de sorpresa y disgusto: a través de una niebla azul de humo de cigarrillo divisó tres figuras en combinación. Cerró la puerta de nuevo discretamente. Se quedó impresionado, sin embargo, y pensó: «Tengo que decírselo a Edward. Si esas chicas siguen por el camino que han emprendido...», pero estaba enfadado con él y no veía por qué tenía él que educar a sus hijas si Edward, que era su padre, no lo hacía; ¡era obligación



suya! Además, en estos tiempos las jovencitas...

El asunto de los zapatos se aclaró en el transcurso de la tarde. Al parecer la cocinera, cuando bajaba a preparar el desayuno, los había visto en la puerta de la habitación de aquel caballero y supuso como es natural que quería deshacerse de ellos... ¡Un par de zapatos en perfecto estado! Los cogió y se los dio a Seán Murphy, que estuvo cavando enérgicamente con los zapatos puestos toda la mañana.

Al final de la primera semana de diciembre, Padraig fue enviado también al Majestic a visitar a las gemelas, no por el anciano doctor Ryan sino por su padre que resultaba que no sólo era un unionista empeinado sino también una especie de esnob. El comandante interceptó a Padraig (que parecía pálido y nervioso: era evidente que tenía muy pocas ganas de ver a las gemelas) para preguntarle por su abuelo.

—Oh, está bastante bien. Hace tanto ya que no le veo. Tiene una cocinera y una doncella pero no deja entrar a casi nadie en casa.

—¿Aún no se habla con tus padres?

Padraig asintió.

—Es muy obstinado y tiene muy mal genio. Le ha dicho a mi padre que es un traidor a Irlanda por apoyar a los británicos de la manera en que lo hace.

—No sabía que fuese un feniano.

—Bueno, no hay que tomárselo a mal. Es muy viejo —dijo Padraig, mirando inquieto y parpadeante hacia el descansillo de arriba, donde habían aparecido en la barandilla tres lindos rostros.

—Bueno, aquí está vuestro invitado —les dijo el comandante con firmeza—. Espero que cuidéis de él adecuadamente y os comportéis como es debido.

Padraig subió las escaleras como un condenado a muerte, las chicas le cogieron y se lo llevaron rápidamente. El comandante pasó a ocuparse de sus asuntos.

Curiosamente, Padraig pareció disfrutar. Reapareció, alegre y confiado, al día siguiente, y también al otro. Pronto se convirtió en un visitante asiduo. «Tal vez fuese sólo cuestión de romper el hielo», reflexionó el comandante.

Los nervios del comandante se hallaban una vez más en un estado deplorable. Casi no podía soportar abrir el periódico, porque parecía que la guerra, de la que pensaba haber escapado, le hubiese perseguido y atrapado finalmente. Se había impuesto la ley marcial en Cork, Tipperary, Kerry y Limerick. La noche del 11 de diciembre, Cork fue saqueado por los auxiliares, oficiales y soldados, después de que una patrulla sufriese una emboscada. El comandante se había acordado al leerlo de que Edward le había dicho una vez que daría la bienvenida a un holocausto, que le gustaría verlo todo destruido y en ruinas para que los irlandeses supiesen de verdad lo que significaba la destrucción. Leyó sobre las llamas escarlata que iluminaron el cielo de la noche cuando el distrito comercial de Cork fue incendiado: las mangueras de los

bomberos cortadas con hachas; militares y policías uniformados recorriendo las calles haciendo eses en medio de las llamas con los productos del pillaje; auxiliares borrachos con whisky robado cantando y bailando con chicas locales en medio del humo. Se decía que el reloj de la torre del ayuntamiento, que se elevaba en medio de un océano de llamas y de humo, continuó dando la hora hasta el amanecer, en que se desplomó finalmente en el infierno.

El sueño del comandante era tan breve y agitado como lo había sido durante su convalecencia en el hospital, salpicado de pesadillas que le hacían volver continuamente a las trincheras. Cualquier ruido agudo, el sonido de un libro que se deja caer sobre una mesa o el de un plato, le hacía agacharse involuntariamente como un recluta. Durante el día, a menos que estuviese al aire libre o en la seguridad y el calor de la habitación de la ropa blanca, se sentía forzado a mantenerse en movimiento de habitación en habitación, de pasillo en pasillo, subiendo y bajando escaleras. El comandante consideraba que esta actitud compulsiva podría proceder del miedo irracional a que un proyectil de mortero para trincheras estuviese a punto de caer en el lugar en donde había estado un momento antes, a explosiones invisibles que le perseguían desde el salón hasta el comedor, la biblioteca, la sala de billares, por todas partes, permitiéndole siempre escapar por una fracción de segundo. «Tengo que controlarme porque si no Edward se dará cuenta de que estoy portándome como un cobarde».

Necesitaba alguna distracción..., ir al teatro. Consultó el *Irish Times*. En el Gaiety se estaba representando *Charley's Aunt*, que tenía fama de ser muy divertida; el anuncio decía que era «capaz de hacer reír a un gato». Pero el comandante sospechaba pesaroso que con él no funcionaría. Además, había una nota especial que decía que la representación terminaría ya de noche, a las nueve y cuarto, y la idea de disfrutar de unas cuantas risas rápidas para tener que recorrer después a toda prisa las calles sin ley no le apetecía. De todos modos, tenía que cuidar de sí mismo. Se obligó a permanecer sentado en el mismo sitio durante toda una mañana. Las señoras, rechazadas con tono irritado, le observaban a distancia y suponían, en susurros ofendidos, que se había «levantado con mal pie». Después de comer, una vez satisfecha su ansia más urgente de movimiento, hacía todo lo posible por recuperar su favor.

Poco antes de la hora del té paseaba con las manos en los bolsillos por un pasillo de la tercera planta (desde que se le había hundido un pie en una de las tablas del suelo, raras veces se aventuraba más arriba) cuando al fondo se abrió una puerta, de la que brotó una tormenta de risas seguida de pasos y de rumor de faldas. Unos instantes después chocó con una chica delgada y morena que doblaba la esquina corriendo y riéndose. Como la luz era tenue, el comandante no la vio hasta el último momento. Chocó con ella y tuvo que cogerla para que no cayera.

—¡Perdone!

La risa de la chica se convirtió en sorpresa y disgusto. Se soltó de él y retrocedió

torpemente. El comandante la miró a aquella media luz. Llevaba un vestido encantador de terciopelo negro con puños blancos de encaje y un cuello blanco almidonado del que se alzaba otro, rojo y esbelto, y una cara delicada y fruncida. Flotaba en el aire un perfume fragante. De pronto la muchacha volvió a entrar corriendo en la habitación de la que había salido la risa. Hubo cierto cuchicheo urgente (se trataba de las gemelas y de Viola, por supuesto) y luego la hilaridad se hizo mayor que nunca. El comandante, riendo también, asomó la cabeza por la puerta. Se había dado cuenta de que la «chica» era Padraig.

—¿Qué te parece, Brendan? ¿No resulta una chica espléndida?

—Estamos todas terriblemente celosas de él.

El comandante, sonriendo (aunque un poquito irritado aún por el placer que había experimentado acariciando aquel blando cuerpo «femenino» un momento antes), se mostró de acuerdo en que el terciopelo negro le sentaba muy bien. Tardaron un rato en convencer al avergonzado Padraig para que saliera del vestidor adjunto, en el que se había encerrado. De hecho, hizo falta una cuantía notable de zalamerías de las chicas y una apelación cordial del comandante para que accediese a mostrarse de nuevo. ¡Y cómo se rieron luego cuando Charity le alzó el bajo de la falda para enseñarle al comandante qué tobillos tan esbeltos y bien torneados tenía! ¡Y el pelo era tan fino y con un rizado tan natural que si se lo dejaba crecer un poco más no tendría ninguna necesidad de llevar peluca! Además, según una revista que ellas habían leído, en Londres había chicas que se cortaban el pelo y lo llevaban tan corto como los hombres.

—Así que con ese pelo suave tan encantador que tiene...

—Y esa piel y ese color...

—Y esos ojos oscuros con esas pestañas tan largas...

—Y mis tobillos, no los olvidéis —añadió Padraig.

—¡Y sus tobillos, por supuesto, no tenemos que olvidarlos, y sus *manos*, hay que ver qué delicadas y blancas son! —gritó con entusiasmo Viola.

Hubo un momento de silencio después de este comentario, tal vez para reflejar que había, en realidad, unas cuantas diferencias, pequeñas pero básicas (aunque de una chica bien educada como Viola podría esperarse que no supiese mucho sobre ellas). Sin embargo, el buen humor general era tal que pronto todos prodigaron de nuevo risas y felicitaciones y Faith mostró al ruborizado pero satisfecho Padraig cómo debía caminar una chica: se trataba de algo parecido a deslizarse, explicaron las gemelas (ellas debían saberlo, ya que habían estado en bastantes colegios distintos, y tenían bastantes clases de urbanidad a sus espaldas). Le hicieron caminar a un lado y a otro con un libro en equilibrio sobre la cabeza hasta que pudo hacerlo sin que se le cayese. Demostró tener una aptitud natural espléndida y pronto le colocaron un vaso de agua en seguro equilibrio encima del libro, sin que derramase ni una gota.

Luego alguien decidió que Padraig debería dar una vuelta por el hotel para ver si alguna de las señoras le reconocía. ¡Debía ir del brazo del comandante! ¡Qué idea

genial! Pero el comandante resultó ser un aguafiestas y se negó en redondo.

—Oh, oh, ¿porqué? —suplicaron las niñas.

—Porque.

—¿Porque qué?

—Sólo porque.

Y no hubo modo de hacerle cambiar de idea. Normalmente las gemelas conseguían convencerle sin dificultad, sólo con decirle que les parecía guapo e interesante, que se parecía a Alcock, por ejemplo, o a Brown. Pero esta vez, por alguna razón, se mostró inflexible. Bueno, no importa. ¡Le llevarían ellas mismas a dar una vuelta!

El comandante, como el aguafiestas que era, intentó disuadirlas, pero no defendió su causa con demasiada elocuencia. Se limitó a señalar que, aunque una broma era una broma, uno no se podía exceder, y cosas por el estilo. Padraig, sugirió esperanzadamente, debía volver a ponerse su ropa y luego todos debían pensar en un juego distinto.

—¡Pero ya lleva puesta su ropa! —gritaron indignadas las chicas—. ¡El comandante es *demasiado* aburrido!

—Sí, ya la llevo puesta —dijo también Padraig.

¿Había acaso razones reales, querían saber las chicas, formulando su pregunta cuidadosamente, como si se dirigiesen a un idiota, por las que no se debería llevar a Padraig a dar una vuelta por el hotel? Bueno, sí, había razones, pero eran tan nebulosas que al comandante le resultaba difícil especificarlas. No eran desde luego lo bastante tangibles para satisfacer a las chicas.

Así que se emprendió la gira, con Viola a la cabeza dando largos pasos con sus botas abotonadas, exhibiendo sus perlados dientes, como el joven protagonista de una comedia. La seguía Padraig con una gemela en cada brazo, riendo o cuchicheando cosas al oído; parecía tan radiante como Juana de Arco y dispuesto a responder a cualquier cosa que la situación pudiese plantear.

Y resultó que tuvo un éxito enorme con las señoras, lo que hizo pensar al comandante que probablemente las gemelas tuviesen razón: él era un cascarrabias y un mala sombra y un aguafiestas. ¡Cuánto le alabaron! Le dieron palmaditas en los hombros y le besaron en la frente y le hicieron pequeños ajustes en la peluca, que era la única parte que «estropeaba bastante el efecto», en su opinión (era una peluca de teatro barata robada por Faith en la asociación teatral de algún colegio). Buscaron en sus bolsos de mano y le dieron chokolatinas con ese sabor mohoso a perfume y a naftalina tan peculiar que siempre tienen las señoras mayores. Era admirable, pensaban, cómo Padraig parecía saber por instinto qué era exactamente lo que tenía que hacer, mantener las rodillas juntas y sentarse derecho y todo eso. Estaban tan encantadas con él, en realidad, que se resistían a dejarle continuar su gira y le hicieron prometer que volvería. Él dijo que de acuerdo, por supuesto, y no tardó mucho en volver.

El resto de la gira había resultado ser una especie de anticlímax. Se dirigió con su cortejo al salón de baile y dio varias vueltas alrededor del laboratorio improvisado de Edward. Pero Edward estaba absolutamente entregado a la tarea de montar un extraño artilugio con cánulas, tubos, un viejo barómetro de reloj con un cilindro giratorio y una aguja marcadora, y piezas de caucho, evidentemente para un experimento que quería realizar. Así que no les prestó ninguna atención. Las sirvientas, por supuesto, le sonrieron mostrando sus hoyuelos, pero eran demasiado tímidas para hablarle, así que no sirvió de nada. Curiosamente, el señor Norton no mostró el menor interés; se limitó a alzar la vista del periódico y a levantar sus viejas y pícaras cejas. Había que aceptar que después de su vida de libertinaje debía de haber captado la diferencia entre Padraig y el objeto real, así que esa pobre reacción enfrió un poco su entusiasmo. Vuelta, pues, a las señoras, para que restaurasen su seguridad. En conjunto, y teniendo en cuenta, como se debe hacer, los pros y los contras, tenían razones para sentirse satisfechos.

Para entonces, desgraciadamente, era hora ya de que Padraig se fuese a casa a cenar así que tenía que cambiarse y ponerse su otra ropa. Pero volvería otra vez al día siguiente; había aún muchísimos vestidos distintos para probarse. Toda la ropa de Angela, en realidad, que las gemelas aún se negaban obstinadamente a ponerse. Viola tuvo que irse a casa también y dijo que acompañaría a Padraig hasta la suya. Con toda la emoción y la diversión que habían vivido, con toda aquella sana alegría, uno tendía a olvidar que en aquella época los caminos podían ser peligrosos.

Pronto fue hora de cenar en el Majestic y los huéspedes empezaron a reunirse en el comedor. Hacía frío allí. Soplaban del mar un viento fuerte del este que se filtraba por las grietas que había entre las contraventanas, y movía las pesadas cortinas hacia delante y hacia atrás como espectadores impacientes en las sombras. En los candelabros de plata ramificados chispeaban constantemente las llamas pasando del amarillo al azul bajo la presión de las corrientes; la luz que aportaban era complementada por un quinqué en cada mesa. Podía uno ver su propio aliento frente a la oscuridad del entorno; la sopera en la mesa eructaba vapor como una locomotora.

Las señoras esperaban temblando encogidas bajo capas de chales y estolas, los dedos enterrados en manguitos, amontonándose todas alrededor de la quejumbrosa chimenea en la que ardían sin calor inmensos trozos de turba mal cortada. De cuando en cuando una mala corriente de humo acre y blanquecino hacía retroceder a las damas, que apartaban la cara, pero aquella bocanada de humo acababa ascendiendo en la oscuridad y el olor a ceniza de turba hacía que la habitación pareciese ligeramente más caldeada. La chimenea gruñía lastimeramente y todo el mundo esperaba que llegase Edward.

Tenía por costumbre aparecer puntualmente a las siete. Salvo cuando daba la casualidad de que estaba fuera todo el día. El comandante no tenía noticia de que

hubiese dejado nunca de asistir a la cena. Esta puntualidad de Edward era como la columna vertebral del hotel: parecía mantener integrado y en pie todo el lugar. Podían volar las tejas del tejado con un viento fuerte, podían dejar de funcionar las lámparas de gas en los descansillos, pero la aparición de Edward en la cena era algo inmutable. ¿Habría pasado algo? ¿Habría habido un accidente? A las siete y diez apareció una de las doncellas con una nota en la que se preguntaba al comandante si no le importaría hacerse cargo. Edward estaba ocupado. Las señoras intercambiaron miradas significativas. Una cosa era (decían aquellas miradas) estar en las trincheras con tu comandante en jefe, y otra completamente distinta era estar allí cuando se sabía que el comandante en jefe estaba calentándose delante de un fuego acogedor en algún otro sitio alejado de las líneas del frente.

Mientras Angela estaba aún viva, los Spencer habían comido en una mesa separada, en el otro extremo del comedor de los huéspedes, pero ahora, unidos por la muerte, el caos creciente y el avance del invierno, comían todos juntos en dos mesas largas, Edward normalmente en la cabecera de una y el comandante en la de la otra. El comandante, de acuerdo con el ritual, se hizo con la pesada campanilla y la tocó vigorosamente, cruzando luego hasta la puertecita oculta en los paneles de roble. La mantuvo abierta y esperó a que saliese la señora Rappaport. Lo hizo, seguida del «gatito» anaranjado (convertido ya en un gato sumamente corpulento). Cogió el brazo del comandante y se dejó conducir hasta la mesa. El comandante la ayudó en silencio a sentarse en la silla del extremo de la mesa más próximo al fuego, le ató al cuello una servilleta y le puso en la mano una cuchara de plata. Había un taburete junto a su silla para el gato, que recientemente se había hecho ya demasiado grande y molesto para que estuviese en su regazo mientras ella comía. Habían ocurrido desastres; había caído sopa caliente sobre su lomo listado; en una ocasión, mientras el gato dormía plácidamente, un trozo de pastel de carne muy caliente se había deslizado del tenedor y le había caído en una oreja como una cataplasma.

El comandante bendijo la mesa y ocupó su asiento situado en el otro extremo.

—¿Dónde está papi? —cuchicheó Faith.

La boca del comandante formuló bajo la tupida mata del bigote las palabras: «Ocupado. Come».

—¿Ocupado en qué?

El comandante frunció el ceño pero no ofreció ninguna respuesta. Poco importaba lo que Edward estuviese haciendo. Lo importante era que había incumplido una de sus propias normas.

—Anímate, Brendan —dijo Charity, y estiró la mano por debajo de la mesa para darle una palmada en la rodilla. El comandante se puso más ceñudo que nunca y, llevándose a la boca una cucharada de sopa gris tibia, se la tragó con un leve estremecimiento, como una medicina. «Ha incumplido una de sus normas —pensó de nuevo, no sin una cierta satisfacción sombría—. Está empezando a desmoronarse».

Al día siguiente Edward estuvo a ratos impaciente, irascible y resignado. Sus experimentos tropezaban a cada paso. El problema parecía ser que Murphy, con el que quería ensayarlos, no mostraba buena disposición.

—El hombre no tiene la menor idea de las exigencias de la investigación científica —decía. El comandante detectó aquella expresión del que se burla de sí mismo cruzando fugazmente los rasgos leoninos de Edward. Pero luego su rostro se endureció y añadió irritado—: Dentro de poco los malditos criados nos darán órdenes *a nosotros*.

—¿Qué es exactamente este artefacto?

En la mesa de Edward había un cilindro giratorio de la escala de un barómetro parcialmente desmontado. Las plumillas de tinta habían sido desplazadas para conectarlas a una maraña de cables y tubos de goma; uno de los tubos estaba unido a un embudo de cristal que contenía agua y un flotador de madera, que terminaba en un globo de goma deshinchado.

—He estado intentando reproducir algunos experimentos que hizo Cannon antes de la guerra sobre el hambre y la sed. Fue el tipo que descubrió que los retortijones del hambre proceden de una contracción periódica del estómago. Hizo que uno de sus alumnos se tragase un globo como éste, que se hincha después, claro está. Luego, con cada contracción, el globo se comprimía en el estómago, expulsando aire a lo largo de este tubo, que se pasa a través del esófago, haciendo que el flotador se eleve al aumentar el nivel del agua. Realmente muy ingenioso. El problema es que el maldito Murphy se niega en redondo a tragarse ese condenado globo.

—Ah.

—La cuestión es que Cannon utilizó un joven para sus experimentos. Yo quería ver si el período medio de sesenta segundos entre contracción y contracción sería diferente en un hombre viejo como Murphy.

El comandante, con las manos en los bolsillos, examinaba lúgubrementemente la máquina de Edward. No había en su mesa rastro alguno del ratón muerto. Era de suponer que lo habían devorado los gatos durante la noche.

—Tuve un montón de problemas para montar todo esto —añadió Edward con resentimiento—. Uno se siente mal cuando le dejan colgado en el último momento.

—Mire, Edward, quería preguntarle por lo del albañil. ¿Ha encontrado usted alguno?

—¿Quién? Ah, sí, tiene usted toda la razón. Se me fue completamente de la cabeza. Gracias por recordármelo. Me ocuparé de ello hoy mismo.

Edward frunció el ceño y se levantó, cogiendo un tarro graduado de cristal que se fue pasando distraídamente de una mano a otra. Finalmente, dijo:

—Hay otro experimento que me gustaría hacer... Es sobre la sed. Hay muchas otras condiciones que provocan sed aparte de la simple falta de agua: las heridas, por ejemplo. Los hombres gravemente heridos suelen quejarse de una sed terrible. Lo que me interesa en concreto, sin embargo, es la sensación de estar sediento por el miedo,

la boca seca y todo eso. Hay montones de casos registrados pero, que yo sepa, nadie ha llegado a medirlo nunca.

—¿Cómo puede medirse?

—Todo es cuestión de medir la cantidad de saliva disponible en la boca en un estado normal, cotidiano, y compararlo con la cantidad de saliva que se produce cuando uno está dominado por el miedo. —El rostro de Edward se animó ligeramente—. Esto podría ser una aportación pequeña pero significativa al conocimiento científico. Por supuesto, Murphy está ya muy raro y no tengo ganas de que le dé un ataque al corazón...

—Procure no olvidarse de lo del albañil, ¿eh? No queremos que el edificio se venga abajo.

—Me ocuparé de ello inmediatamente.

El comandante abandonó el salón de baile sin ninguna esperanza, dejando a Edward con sus cavilaciones.

Fueron transcurriendo los días y acercándose la Navidad sin que se hubiese tomado ninguna iniciativa sobre los adornos navideños. Las señoras estaban enfurruñadas y abatidas ante la perspectiva incómoda de pasar las fiestas en el Majestic. La señorita Staveley hablaba abiertamente de irse a hospedar en el Hibernian de Dublín, donde se hacían las cosas como se tenían que hacer. Podría haberse ido, además, si no hubiese sido de conocimiento general en el Majestic que los fenianos violaban todos los días de la semana a señoras respetables en Dublín; de hecho, la tía de la amiga de alguien, sin ir más lejos, había sido violada el otro día por un feniano que se había hecho pasar por un masajista con licencia. La señorita Staveley no tenía ningún deseo de sufrir un destino similar, así que se quedó en el Majestic, pero de mala gana.

Finalmente, el comandante decidió que había que hacer algo, así que llevó a las gemelas, a Viola, a Padraig y a Seán Murphy al parque a recoger acebo y muérdago, mientras él, por su parte, cortaba un árbol de Navidad enclenque y desnudo que había visto cerca de la casa del guarda. Las damas se alegraron al ver aquella actividad y no tardaron en colaborar haciendo adornos de papel. El salón de huéspedes se convirtió en una colmena de laboriosidad. La señorita Johnston organizó la expedición de compra más grande y más drástica que había tenido lugar hasta la fecha, y volvió de Kilnalough con gran acopio de adornos de cristal y cintas coloreadas. A su debido tiempo este entusiasmo se extendió a todo el mundo, criados y huéspedes por igual; hasta los recién llegados se aprestaron diligentemente a echar una mano. Las señoras experimentaron una alegre metamorfosis, demostraron estar llenas de energía, tarareando y cantando mientras trabajaban, estirándose con manos temblorosas para colocar el muérdago estratégicamente sobre las puertas o subiéndose intrépidas en temblorosas escaleras para colgar serpentinas de papel coloreado. El comandante las observaba y admiraba su audacia. Siempre que una escalera empezaba a tener un ataque de temblores, acudía corriendo y la anclaba firmemente, pero luego podía



empezar a temblar otra escalera en el otro extremo del salón y se limitaba a observar impotente, con esa mezcla de resentimiento y admiración que uno siente cuando contempla a los artistas del trapecio volar peligrosamente de aquí para allá bajo el techo del circo.

Sólo hubo una baja. Una de las damas menos prominentes, la señora Bates, se cayó de un taburete alto cuando intentaba depositar un hada de cristal encima del reloj de pie del estudio y se rompió la cadera. Por un insólito golpe de suerte dio la casualidad de que había un joven médico que iba camino de Dublín y se había hospedado en el hotel aquella noche. Se hizo cargo de todo y la señora Bates desapareció antes de que su destino tuviese tiempo de afectar a la moral de sus compañeros de hospedaje. El comandante fue pocos días después en un coche a visitarla a la enfermería de Valebridge, pero ya era demasiado tarde. Había contraído una neumonía y había muerto. «Pobre señora Bates». Con los pies hundidos hasta el tobillo en las hojas secas, el comandante se quedó un instante a la salida de la enfermería y se chupó distraídamente el bigote.

En medio de toda esta alegre actividad y esta confusión, Edward se movía como un sonámbulo, silencioso y remoto. Si se le decía: «¿Dónde está el martillo?» o «¿Ha visto mis tijeras?», movía la cabeza sin decir palabra, sin molestarse siquiera en entender. Parecía no darse cuenta de que las paredes mugrientas que le rodeaban estaban floreciendo con colores festivos. Permanecía donde estaba, en su mesa, en medio del cavernoso salón de baile, despanzurrado en un sillón con un libro abierto sobre las rodillas. Las damas, sobrecogidas por su silencio, pasaban de puntillas bordeando el perímetro de la habitación, mientras ejecutaban sus decoraciones. Un día la señorita Archer se acercó al comandante y le dijo: «Tiene una escopeta».

—¿Quién tiene una escopeta?

—Edward. Está en su mesa del salón de baile.

—Dios santo, ¿para qué quiere una escopeta?

Todos se miraron consternados. Más tarde, cuando Edward estaba afuera visitando a sus lechones, el comandante se acercó a echar un vistazo. Era la pura verdad. En la mesa de Edward había una escopeta, abierta y descargada. Junto a ella había una rana muerta panza arriba con las patas alzadas al aire, mostrando un estómago blanco y fofo.

Durante todo este tiempo Padraig y Viola O'Neill visitaban a diario el Majestic y deambulaban por allí con las gemelas, que se habían cansado enseguida de ayudar con los adornos. Ellas continuaban con su juego de vestir a Padraig como a una chica. Sacaron toda la ropa de Angela de sus baúles, armarios y cajas de embalaje; los vestidos que le valían a él estaban puestos en un montón y los que no, en otro. Durante un tiempo, esta actividad les resultó bastante apasionante, pero pronto terminaron la tarea. Justo cuando el interés estaba empezando a esfumarse de nuevo, Viola recordó que aún tenían que considerar el resto de las prendas de vestir de Padraig, la ropa interior, las enaguas, los corsés, etcétera. Pronto estaban todos

trajinando entre risas con los corchetes y tirando de los cordones de los corsés de Angela. No es que el cuerpo bien formado de Padraig necesitase ningún correctivo artificial, claro está, pero decidieron que por qué no hacer las cosas apropiadamente. Después de un día o dos intentando convencer al comandante de que subiese hasta allí y echase un vistazo a Padraig, ataviado con prendas diversas, una camisola, un camisón y el traje de baño estilo 1908 de Angela (invitaciones todas ellas que el comandante rechazó con firmeza), empezó a perder interés también la cuestión de la ropa interior. Era evidente que había llegado la hora de buscar un nuevo juego.

Las chicas deambularon sin rumbo por allí durante los tres o cuatro días siguientes, diciendo a todo el mundo que estaban aburridas y pidiendo dinero para poder escapar a Dublín y que las violaran, como a todas las demás (no estaban demasiado seguras de lo que esto significaba, pero parecía interesante). Padraig, sin embargo, seguía disfrazándose y sentándose con las señoras o deslizándose por los pasillos con faldas susurrantes. De hecho, se había convertido en algo tan familiar que casi nadie le prestaba ya atención, salvo para dirigirle, por ejemplo, una sonrisa distraída o un «Sí, querida..., ése es un vestido encantador». La verdad era que la mayoría de las señoras, probablemente, se habían olvidado de que no era, en realidad, una chica.

Sólo en una ocasión provocó una reacción impactante: el señor Norton tuvo una inesperada explosión de cólera un día y gritó: «¡Apártate de mi vista, pequeño cerdo indecente!». Todo el mundo consideró que se trataba de una conducta inadmisibile, pero el señor Norton siempre había sido considerado zafio y vulgar, a pesar de su talento matemático. A Padraig se le mimó en especial ese día para compensar sus sentimientos heridos.

Una brillante y fría tarde de diciembre, el comandante se tropezó con Padraig en uno de los descansillos de arriba, que estaba tristemente junto a una ventana. Vestía un traje de noche relumbrante de raso azul pastel con guantes a juego y lucía en el cuello un collar de perlas. El comandante se compadeció de él. Parecía muy solitario. Se acercó con un suspiro a la ventana para ver lo que estaba mirando. La vista era casi idéntica a la que había desde la habitación de Angela: allí estaban sus «dos olmos y un roble», un roble al que se atribuían ciento cincuenta años, el borde de un sendero por el que vagaban a veces los perros, y más allá, más allá de lo que habían sido capaces de describir los ojos nebulosos de Angela, el terreno descendía hacia un bosque. Las gemelas y Viola subían de aquel bosque, escoltadas por un par de jóvenes auxiliares que reían y saltaban a su alrededor, lanzando al aire sus gorras como escolares. Las chicas se mantenían estrechamente unidas pero a pesar de eso parecían encantadas. Habían encontrado un nuevo juego.

A lo largo de los días que siguieron el comandante les vio juntos a todos una o dos veces más, paseando y riendo en algún lugar distante del recinto. A veces Padraig estaba también por allí, no con ellos, sino enfurruñado y expectante a cierta distancia (ignorándoles, sin embargo, cuando le gritaban). El comandante chasqueó la lengua.

La verdad es que debería contarle a Edward que las gemelas andaban por allí con los jóvenes auxiliares. ¡Pero durante aquellos días era completamente inútil decirle algo! Además, Edward estaba aprovechándose de su buen corazón, no había duda alguna, dejaba que él lo hiciese todo mientras se divertía troceando ratas en el salón de baile. La depresión cayó sobre el comandante como una manta de niebla, asfixiándole. ¡Qué días tan atroces eran aquéllos! El futuro de las islas Británicas nunca había parecido tan deprimente desde la invasión de los romanos; había problemas en todas partes. El último golpe demoledor llegó justo dos días antes de Navidad con la noticia de que, a pesar de la valerosa resistencia de Hobbs y Hendren, Inglaterra había sido derrotada en el primer partido internacional, en Australia, por el asombroso total de trescientas setenta y siete carreras.

Y luego llegó el día de Navidad, que, al menos en principio, resultó ser más alegre de lo que nadie tenía derecho a esperar. Edward, que pensaba que se pasaría el día en el salón de baile con sus ratas ignorando la festividad, sorprendió a todo el mundo por cómo se afanaba de aquí para allá dedicando saludos alegres a todo aquel que se cruzaba en su camino. Su buen talante persistió a lo largo del servicio religioso matutino en la iglesia: cantó animadamente los himnos navideños y asintió varias veces con la cabeza durante el sermón (el placer y la virtud que proporciona el ofrecer la otra mejilla). Lanzó miradas radiantes a los bancos de alrededor y sonrió con indulgencia a los niños pequeños que se agitaban impacientes junto a sus padres. Es cierto que habló demasiado alto después, a la puerta de la iglesia, y de nuevo durante la reunión para tomar un jerez en el vestíbulo antes de comer, pero ¡comparado con lo que se podría haber esperado...! El comandante lanzó un suspiro de alivio sincero, aunque provisional.

Después de la comida se le ocurrió preguntarle a Padraig cómo estaba el doctor Ryan. Hacía muchísimo tiempo que no sabía nada del anciano.

—Oh, más o menos igual.

—¿Aún no ha hecho las paces con sus padres?

—No.

Padraig movió la cabeza. Estaba incómodo. Sus padres le habían regalado unos guantes de boxeo para Navidad y los llevaba colgados al cuello por los cordones como unas manos cortadas e hinchadas. Había llegado dos días antes para pasar las vacaciones con sus padres un muchacho gordo y bajo de pantalones cortos que se llamaba Dermot, al que le habían regalado también guantes de boxeo por una singular mala suerte. Las gemelas, ayudadas por dos atentos jóvenes de pelo rizado vestidos de paisano (a los que el comandante identificó, sin embargo, como los auxiliares del jardín), estaban intentando cruelmente organizar un combate por la tarde entre él y Padraig, un combate que ninguno de los dos deseaba.

A media tarde el comandante cogió el Standard y fue hasta la casa del médico para ver cómo estaba. Padraig había accedido al principio a acompañarle con la esperanza de evitar el combate de boxeo con Dermot. Pero luego la madre de Dermot

había intervenido diciendo que quería que su hijo «guardase» algunos de sus juguetes para el día siguiente, porque si no se aburriría enseguida y se quejaría de que no tenía nada que hacer. Después de un período de reflexión, Dermot decidió reservar los guantes de boxeo. Además, como la señorita Archer señaló con mucho tacto, no estaba bien pelear el día de Navidad, ese tipo de cosas deberían aplazarse hasta el día de San Esteban.

—Muy bien, pues —dijo Matthews (uno de los jóvenes de cabello rizado)—, el combate de boxeo será mañana.

El otro joven de cabello rizado se llamaba Mortimer y sus rizos eran casi tan rubios como los de las gemelas. Tenía, además, unos ojos azules francos, buenos modales y una sonrisa agradable, por no mencionar el hecho de que había ido a un colegio privado. Estaba claro para el comandante que Mortimer no debía su graduación sólo a la escasez de oficiales a causa de la guerra: aquel joven tenía claramente madera de oficial y seguro que se podía confiar en que mantuviese controlado a su compañero, que mostraba un talante más dudoso. El comandante se sentía aliviado por esto... Era imposible saber lo que podrían llegar a hacer las gemelas con un poco de estímulo.

Los dos jóvenes, haciendo un guiño a Padraig, se llevaron a las gemelas a jugar al *touch rugby* al salón de baile con Viola y otro joven, utilizando como balón un viejo oso de felpa que pertenecía a las gemelas. Dermot y Padraig intercambiaron tímidamente una mirada de mutua antipatía y desesperación.

El comandante encontró al doctor Ryan en casa y solo, tal como esperaba. Lo que no esperaba era que el anciano estuviese en la cocina intentando afanosamente preparar su comida de Navidad. Dónde demonios estaban los malditos criados, quiso saber el comandante. No había derecho a que dejasen a un hombre de su edad arreglárselas solo.

—Yo les ordené que se fuesen a casa —masculló el médico.

—Pero ¡por qué demonios! ¡No puede prepararse usted la comida! ¿Y qué me dice de su familia?

El enfrentamiento con la familia persistía, al parecer.

—¡Unionistas!

—Mire, por qué no viene al Majestic conmigo... Podríamos llevarnos si quiere ese pollo suyo y que el personal de la cocina lo prepare.

Pero el viejo era obstinado. ¡Había jurado que no volvería a acercarse a aquel lugar! ¡No se sentaría con los británicos! ¡No tendría a sus compatriotas irlandeses trabajando para llenarle el estómago, mientras ellos no tenían nada que meter en el suyo! El comandante escuchaba consternado estos disparates. ¡El anciano se estaba convirtiendo en un bolchevique en su decrepitud!

Mientras hablaban, el doctor Ryan raspaba débilmente una patata intentando pelarla. ¡Un hombre de su clase pelando patatas! Esto era demasiado para el comandante. Apartó al anciano, le arrebató la patata y se puso a pelarla, y luego peló

otra y otra (por entonces ya se había quitado la chaqueta). El doctor Ryan, que se resistía a dejarle en paz, iba y venía de la despensa con cosas.

—¿No se quedará a comer conmigo, comandante? —pero el comandante había comido ya; lo único que le interesaba era procurar que el médico comiera. Aun así, podría quedarse a probar un poco, a ver qué tal quedaba. Y la preparación de la comida acabó absorbiéndole, aunque afortunadamente se trataba de una tarea que no planteaba grandes dificultades ya que los sirvientes habían dejado el pollo ya relleno y sólo había que ponerlo en el horno. Ah, pero no había nada de pan, sólo los restos de uno de molde, duro como el acero, que estaba sirviendo de pisapapeles en el estudio del médico. Tendrían que conformarse con patatas y coles de Bruselas. Así que se puso a trabajar de nuevo. Pero todo aquel pelar y trocear le llevó un siglo, y el doctor Ryan no hacía más que intentar ayudarle, estorbándole y dándole consejos, como si él no supiese lo que estaba haciendo, lo que era más de lo que podía soportar el exasperado y sudoroso comandante.

—Oiga, ¿por qué no se sienta y me lo deja a mí? —explotó al fin.

Pero el anciano se había puesto también de mal humor. Probablemente tuviese hambre, aunque dijese que no la tenía. Además, había empezado a divagar... Pronto llegaría Fanny, decía, con su madre y su padre, les esperaba para Navidad. El comandante no sabía quién era Fanny. Supuso que debía de ser la esposa del médico, muerta, sin embargo, desde hacía cuarenta años o más. Pero no llegaba nadie, lo que, dadas las circunstancias, tal vez fuese mejor.

El médico pareció darse cuenta de que estaba molestando y se fue, pero regresó casi inmediatamente con dos vasos de vino y una botella de jerez. Así que tuvieron que beber y desearse mutuamente feliz Navidad... Sin embargo, mientras el pollo estaba en el horno y ellos esperando con una vaga desesperación (al comandante le había entrado también un hambre terrible, como si llevase días sin comer) a que aquel condenado pollo se hiciese de una vez, el viejo médico, aunque era evidente que estaba intentando ser amable con él, no hacía más que exclamar «¡Inglés sinvergüenza!». Lo que afligía considerablemente al comandante.

Pronto invadió la cocina un aroma tentador, el olor a pollo asado. Esto sólo consiguió agudizar más aún su hambre y su malhumor y, además, todavía quedaba muchísimo trabajo que hacer. Era el momento, calculó el comandante, de poner a hervir las verduras. ¿Habría que echarle sal al agua?

—¡Inglés sinvergüenza! —mascullaba malhumorado el médico. Pero, tras un repentino cambio de humor murmuró casi con ternura que el comandante no debía preocuparse, que la vida era un asunto efímero en el mejor de los casos, él tenía buenos motivos para saberlo, llevaba sesenta años ejerciendo de médico... Luego se fue al lavabo, pues el tiempo frío y el oporto que había estado bebiendo le provocaban incontinencia, y volvió diciendo que la gente es insustancial, en realidad,

no perdura. El mismo ya no duraría mucho, pero eso era una ley de la naturaleza, el cuerpo se desgasta... El comandante tampoco duraría muchísimo más, pero había que aceptarlo y dejar sitio a los hijos y a los nietos... Él lo había aceptado porque no había tenido más remedio, hacía mucho, cuando era joven aún, de la edad del comandante. Pero aquí le interrumpió la necesidad de ir una vez más al lavabo, aunque había estado allí hacía un momento, y el comandante pinchó desesperadamente con un tenedor las patatas y las coles de Bruselas que estaban aún duras como piedras. Extraño, dijo el médico a su regreso, pensar que una mujer hermosa que parecía sólida, sólida como el granito, no era en realidad más sólida que la cerilla que enciendes, el brotar de una llama, oscuridad antes y oscuridad después... La gente es insustancial, no perdura... Y siguió divagando, mientras el comandante apretaba los dientes y pinchaba las verduras con el tenedor.

Por fin todo estuvo listo y se sentaron a comer en la mesa de la cocina. Brindaron una vez más y, en realidad, pensó el comandante cuando empezaron a comer, el guiso no estaba demasiado mal teniendo en cuenta las circunstancias, aunque las patatas tendrían que haberse hecho un poquito más. Pero el médico estaba cansado y comió muy poco, el vino le provocó sueño, sin duda. El comandante le ayudó a sentarse otra vez en su sillón de la otra habitación y arregló el fuego, rebajándolo con cisco húmedo para que durase toda la velada. Luego cortó un trocito de la pechuga del pollo y lo dejó en un plato junto al anciano con una copa de oporto, por si tenía hambre más tarde. El doctor Ryan estaba adormilado ya, con la cabeza apoyada en una de las orejas del sillón. El comandante se despidió y dijo que volvería al día siguiente y que tal vez llevase a Padraig. El anciano, sin abrir los ojos, emitió con un murmullo una leve respuesta que podría haber sido: «¡Inglés sinvergüenza!».

¡Edward le había pegado un tiro a Murphy con la escopeta! Se había vuelto loco y había intentado matar al viejo criado. No había sido capaz de soportar la presión.

El chaparrón duró toda la tarde, así que los caminos estaban flanqueados de charcos burbujeantes; las ruedas del Standard lanzaban grandes olas que salpicaban los setos y los muros de piedra. Pero los ojos del comandante estaban fijos en la serpenteante ruta que tenía delante, pendiente de cualquier signo de emboscada. Ninguna persona civilizada se escondería detrás de un seto en medio de un chaparrón pensando en la remota posibilidad de que pasara por allí un ex oficial del ejército británico. Pero ¿eran civilizados los irlandeses? El comandante no estaba dispuesto a arriesgar su vida dando por supuesto que lo eran.

Sin embargo, llegó al Majestic sin incidentes. Fue al entrar alegremente en el vestíbulo y verse rodeado de rostros pálidos y excitados cuando comprendió que había pasado algo. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo, así que durante unos instantes fue incapaz de comprender de qué se trataba. Edward había llamado a Murphy hacía más o menos una hora. Tras una discusión breve y acalorada, un

estruendo terrible resonó en todo el edificio. Pocos minutos después Murphy había salido tambaleándose del salón de baile más muerto que vivo (aunque físicamente ileso) y estaba tumbado en algún sitio.

—¿Dónde está Edward?

—Aún está en el salón de baile. Pero sería mejor que no fuese usted allí.

—No hay problema. Probablemente fuese sólo un accidente. Trataré de hablar con él.

En el salón de baile había aún luz suficiente, gracias a la cúpula de cristal del techo, como para que el comandante viese a Edward sentado a su mesa en medio de la pista. Estaba escribiendo rápidamente en la primera hoja de una gruesa pila de papeles; tenía al lado muchas hojas arrugadas más, ya escritas. Mientras el comandante observaba, Edward llegó al final de una hoja, la echó a un lado sin esperar a que la tinta se secase e inmediatamente empezó a escribir en otra; la punta de la pluma hacía un leve ruido áspero, apenas audible por el estruendo sordo y constante de la lluvia que tamborileaba en la cúpula de cristal.

El comandante avanzó unos cuantos pasos. Esparcidos por el suelo de parquet alrededor de la mesa de Edward, había unos cuantos tintineantes tarros de mermelada, dos o tres de los cuales rebosaban ya. Pero todavía hacían falta más tarros de mermelada, porque en muchos puntos del salón se habían formado charcos relumbrantes.

—Edward —el comandante avanzó con precaución—. ¿Qué es todo eso que me acaban de decir de que le disparó usted a Murphy con la escopeta?

—¿Eh? Ah, es usted, Brendan. Tenga cuidado por dónde camina. Entra un poco de lluvia. Aguarde, buscaré algo de luz.

Cruzó hasta el piano de cola y volvió con varios candelabros que dispuso en batería alrededor de la mesa en que escribía. Prendió una cerilla y fue encendiendo una vela tras otra hasta que su escritorio brilló como un faro en la creciente oscuridad.

—Fue sólo un experimento. ¿Están alborotados por eso?

—Un poco, sí. No puede reprochárselo.

—Lo superarán. En cuanto a Murphy, tuvo que ser una conmoción, lo admito. No había otro modo de hacerlo. Pero le di un par de libras, así que supongo que no tiene ninguna queja. Estará perfectamente en una hora o dos.

Edward parecía tranquilo y satisfecho de sí mismo. Las luces de las velas, sin embargo, hacían destacar los surcos y arrugas de su rostro con intenso relieve, dándole un aire lívido y demente.

—Nunca se ha hecho antes. Nunca se ha *medido*, en realidad, es decir, respecto a la ciencia no ha existido, estrictamente hablando, hasta ahora. Muchos informes subjetivos, pero eso en ciencia no sirve. Si quiere usted mi opinión, Brendan, nadie se ha *atrevido* a hacerlo antes. En el libro de Cannon, *La sabiduría del cuerpo*, se habla de un hombre al que capturaron unos bandidos chinos y creyó que iban a matarle. Se

le quedó la boca seca, claro, pero no se molestó en determinar *cuánto*... Supongo que era también un científico. De todos modos, parece comprensible.

—Quiere decir que amenazó usted a Murphy con dispararle.

—Él me creyó también. Se puso blanco como el papel. Tuve miedo durante un momento de que se me fuese a desmayar, lo que habría estropeado todo el asunto. Tuve que hablarle durante un rato para que pudiera recuperar el control de sí mismo, aunque no demasiado. Le dije lo primero que se me pasó por la cabeza, que su servicio había sido insatisfactorio y todo eso, y que había que resolver ese asunto. Luego apreté los dos gatillos. El ruido fue infernal, hasta yo me asusté. Había retirado la munición, claro, así que eran sólo los cartuchos. Aun así, cayó una nube de yeso del techo... —Señaló hacia un rincón de la habitación donde el comandante vio como una capa de nieve brillando en las sombras—. Hay que arreglar esto un poco.

Edward carraspeó y se levantó cuando las gotas de lluvia de una nueva gotera del techo cayeron en la zona iluminada y tamborilearon sobre el vientre blanco de la rana que estaba junto al tintero. Cogió uno de los tarros de mermelada del suelo, apartó a un lado la rana con él y volvió a sentarse.

—Después, dejé la escopeta y conseguí que escupiese toda la saliva que pudo en la probeta graduada. ¿Puede creerse usted que sólo produjo cuatro centímetros cúbicos? ¡Es increíble! Mire, eche un vistazo. Es posible que haya un poco más porque me temo que cayeron en el vaso unas cuantas gotas de lluvia sin que me diera cuenta.

El comandante miró dubitativamente la espuma blanca del tarro graduado.

—Estoy redactando un artículo para enviarlo a la Royal Society. Quizá le gustase verlo antes de que lo envíe.

—Sí, me gustaría —dijo el comandante.

Sobre ellos, contra el borboteo fluido y resonante de la oscuridad, la intensidad de la lluvia aumentaba.

—Siempre he querido hacer una aportación, aunque fuese pequeña —dijo Edward.

El comandante no dijo nada. Escucharon juntos el ruido constante y musical de las gotas que caían en los tarros graduados que les rodeaban.

Mil novecientos veintiuno. Siguió lloviendo casi sin interrupción en Año Nuevo. La mayoría de los huéspedes de temporada había desaparecido, manifiestamente insatisfechos con la estancia. Pero ¡oh, si hubiesen sabido (pensaba el comandante) hasta qué punto podría haber sido, fácilmente, muchísimo peor de lo que había sido! Él por su parte estaba tan endurecido que ya no le resultaba fácil preocuparse por cuestiones como habitaciones frías y comida fría, toallas sucias y sábanas húmedas. Además, aún no se le había olvidado del todo lo de que el perro *Foch* hubiese escapado por muy poco. Aquellas cosas, comparadas con la muerte misma, se volvían



insignificantes.

A pesar de que seguía haciendo mal tiempo, Edward se negó a retirarse del salón de baile. El comandante se asomó unas cuantas veces para ver cómo estaba y le vio sentado allí, diseccionando tranquilamente un sapo debajo de un paraguas. Los tarros graduados habían proliferado a su alrededor, de manera que ahora, si se escuchaba con atención, se oía una sinfonía de gotas contra el rumor de fondo de la percusión de la lluvia. En cuanto al sapo, evocaba en el comandante, con absoluto horror, imágenes que aún veía en sus pesadillas. De hecho, pese a su similitud con un sapo podría haber sido mermelada de fresa sacada de uno de los tarros y extendida muy fina sobre la losa de mármol de Edward. Las señoras no tenían ya más recurso que apretar los dientes y sobrevivir lo mejor posible a las atroces semanas que mediaban entre Navidad y Pascua, y mantener la nariz por encima de la superficie de una manera u otra hasta que volvieran a los árboles las hojas verdes. A Padraig, hacía unos cuantos días que no se le veía. Aunque por entonces Dermot ya había vuelto al colegio con sus guantes de boxeo, los dos jóvenes auxiliares, Matthews y Mortimer, aseguraban que habían encontrado otro posible contrincante para él, el hijo de un granjero de la zona, un tipo que, aunque sólo tenía doce años, decían que se afeitaba dos veces al día. El comandante, por su parte, no podía evitar que el principio del nuevo año le llenase del optimismo irracional de un joven. Tal vez 1921 fuese el año en que se casase (con Sarah, naturalmente, ya que el matrimonio con cualquier otra era absolutamente inconcebible), pero aunque no lo hiciese (y no podía eludir el hecho desagradable de que por el momento no supiese siquiera dónde estaba ella), aunque no lo hiciese, era de todos modos un nuevo año. Era indudable que sucedería algo nuevo.

Además, cualquier nuevo año era un regalo que el comandante tenía la sensación de que en realidad no se merecía. Aunque el *Weekly Irish Times* no publicase ya aquellas fotos oscuras de hombres muertos en la primera página, por haber decidido ya los últimos rezagados si morir o vivir (y habiéndose muerto ya los que estaban muriéndose), aún tenía la misma sensación grata pero recelosa. «Debe procurarse esforzarse por todos los demás, no sólo por usted», le había dicho una vez en el hospital un amable médico escocés, intentando inducirle a salir de las zonas frías de pesadumbre e indiferencia donde su mente había decidido perderse. Pero, por supuesto, eso era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo en el Majestic.

Siguió haciendo un frío gélido durante los días siguientes. Levantarse de la cama por la mañana y darse un baño con una corriente helada gimiendo por debajo de la puerta se convirtió en un calvario. Al comandante le castañeteaban los dientes y pensaba con desazón física en la luz del sol y en Italia. La gente hablaba poco durante este tiempo frío; las señoras se acurrucaban encogidas en pequeños bultos y apretaban los labios para preservar cualquier partícula de calor que hubiera en sus cuerpos. Llegó y pasó

el día de Reyes, pero nadie pensó en retirar los adornos de Navidad. Había que mantener los brazos firmemente pegados al cuerpo durante aquellos días; alzarlos un instante podía significar que te traspasase la gélida espada de la neumonía.

No sólo fue una mala época para las damas. También Padraig estaba desesperado. Su padre había pensado darle empleo como aprendiz de oficinista en el despacho de un abogado de Dublín, una perspectiva que ninguna persona con sensibilidad podía soportar. Faith le explicó al comandante que Padraig andaba diciéndoles a las señoras que prefería vestirse con una capa escarlata y saltar desde las almenas del Majestic. El comandante le dijo que le dijera que ni se le ocurriera acercarse a las almenas, que no eran seguras. La fachada ornamental podía venirse abajo en cualquier momento.

Una brillante mañana de febrero, el comandante, ataviado con unos mitones y un pasamontañas, estaba sentado en el salón de huéspedes leyendo los desastres del día en el *Irish Times*. Alzó la vista y vio que había entrado Edward. Dio un brusco respingo. ¡Junto a Edward estaba Sarah! Pálida y tensa, parecía desgraciada. Edward miraba sin ver más allá de ella, pero movía los labios rápidamente como si le hablase en voz baja. Sólo permitió durante un instante, cuando llegaba al final de lo que estaba diciendo, que sus ojos se centraran en la cara de ella antes de retirarse a examinar una vez más los extremos vacíos de la habitación. Sarah estaba protestando amargamente por algo. El comandante bajó la vista y fingió estar absorto en el periódico. Sarah siguió hablando con Edward cerca del fuego unos instantes más. El comandante se dio cuenta de que su mirada se había posado en él una o dos veces, como si esperase el momento en que alzase la vista y sus miradas se encontrasen. Sin embargo, siguió escrutando el *Irish Times*, con el ceño fruncido de concentración. Luego se percató de que ella y Edward se alejaban de nuevo entre las sillas y las mesas camino de la puerta. Cuando se permitió por fin alzar la vista, ya no estaban allí. «¡Qué tonto soy! Habría sido mucho mejor que me hubiese acercado a ella y hubiese hecho algún comentario alegre y luego me hubiese ido otra vez, para que se diese cuenta de lo poco que significa para mí desde que le dije a Edward lo de las cartas que le escribí».

Los experimentos de Edward languidecían una vez más. Su sapo, desplegado invitadoramente en la mesa de mármol, había sido devorado durante la noche por los omnipresentes gatos. Era evidente que no les había detenido el hecho de que hubiese estado marinado en formol, lo cual le había proporcionado un color negro azulado, más parecido a la mermelada de ciruela damascena que a la de fresa. Edward aún se sentaba entre sus libros e instrumentos, perdido en sus pensamientos, con la cara inexpresiva. Pero, a veces, su seriedad dejaba paso bruscamente a accesos de hilaridad; volvió a dedicarse a gastar bromas de carácter festivo. Para el comandante, que no tenía ningún sentido del humor, las bromas eran desagradables en el curso normal de las cosas; cuando hacía frío resultaban insoportables, no le quedaba a uno energía, la verdad, para lidiar con ellas. Sin embargo, se veía obligado a vigilar constantemente a Edward, con bromas o sin ellas; de hecho, tenía que seguirle,

recorrer los helados pasillos, dar paseos por los terrenos del Majestic siempre que Edward iba a comunicarse con sus lechones, o pasar repetidamente por las ventanas del salón de baile para asegurarse de que aún seguía en su escritorio. La razón era, por supuesto, que tarde o temprano Sarah volvería a visitar a Edward. El honor exigía que el comandante aprovecharse la oportunidad para hacerle algún comentario informal que indicase su indiferencia.

Los tres se encontraron de pronto en uno de los pasajes de altos setos de aligustre del Jardín Chino.

—Hola, Brendan —dijo ella con una sonrisa.

—Oh, hola... Has vuelto, ¿eh? —contestó con despreocupación el comandante, palideciendo. Aunque estaba preparado para aquel encuentro inevitable, le causaba una conmoción terrible. Estaba muy guapa con su abrigo de invierno de gruesa lana gris ribeteado con piel de rata almizclera, los dedos hundidos en un manguito de piel y las orejas tapadas con un gorro de piel. Miraba fijamente al comandante, desconcertándole. Para evitar su mirada se dio la vuelta y echó a andar en la misma dirección en la que ellos iban.

También pareció desconcertado durante unos instantes el propio Edward; estaba hablando con animación pero había dejado de hacerlo bruscamente al ver al comandante. Y parecía nervioso hasta que su mirada se posó en un bebedero de pájaros con la forma de una concha gigante ofrecida por una ninfa de cemento. Su cuerpo estaba desnudo, sin más vestimenta que algunos parches de liquen de un verde amarillento en el estómago y debajo de los brazos; tenía roto un pie y del muñón del tobillo salía un alambre oxidado. El comandante la examinó con fingido interés.

En la concha se había acumulado gran cantidad de nieve y Edward estaba formando diligentemente con ella una bola que hizo ademán de tirarle jocosamente a Sarah.

—¡Oh, por el amor de Dios! —murmuró ella irritada.

Un poco más allá llegaron a la balaustrada de la terraza desde la que podían ver la piscina helada. Las gemelas habían hecho un tobogán en el hielo deslizándose una y otra vez a lo largo de un sendero para hacerlo resbaladizo. Allí estaban entonces trajinando, con las faldas alzadas hasta las rodillas, bajando por la hierba escarchada y saltando por el borde de la piscina para patinar con los cuerpos graciosamente flexionados hasta el otro lado. Ellos se detuvieron un momento a observar este juego, luego Edward lanzó su bola de nieve cuando Charity saltaba hacia delante sobre el hielo. Aunque no le dio, la sobresaltó, le hizo perder el equilibrio y cayó sentada pesadamente. Edward se rió y no tardó en estallar una batalla de bolas de nieve. Sarah olvidó su malhumor y pronto sus finos dedos dejaron el calor del manguito para hundirse en la nieve gélida.

Al comandante no le gustaban nada estas cosas pero se unió a ellos a pesar de todo. Sarah y Edward estaban disfrutando tanto... Además, no quería que Sarah pensara que no sabía divertirse. Pronto recibió su recompensa. Una bola de nieve

lanzada por una de las gemelas le alcanzó en la oreja y le provocó un zumbido en la cabeza. Se retiró ante esto, riendo como un buen deportista, pero molesto, sin embargo, tapándose con la palma de la mano el oído afectado. Faith se disculpó después: las gemelas habían aprendido en una escuela dura y ponían piedras en el centro de sus bolas de nieve. Pero la que había alcanzado al comandante iba dirigida a Sarah, no a él. Faith lo sentía muchísimo.

—Dios santo, ¿por qué a Sarah? —preguntó el comandante, asombrado de que una chica tan encantadora pudiese no agradarle a alguien.

—Oh, porque es una fresca puñetera —dijo Faith vagamente—. Anda siempre detrás de papá.

El comandante frunció el ceño entonces, para mostrar que desaprobaba la palabra malsonante. Lo frunció más tarde también cuando pensó en aquello. ¡Cuánto deseaba que fuese de él y no de Edward de quien anduviese detrás Sarah...!

¿Qué estaba pasando en realidad entre Edward y Sarah? Aún iba al Majestic con bastante frecuencia, pero tanto ella como Edward parecían siempre muy adustos últimamente. No se comportaban en absoluto como amantes. Aunque el comandante había demostrado ampliamente su indiferencia, aún no podía evitar andar pendiente de la pareja, con la esperanza de tener más oportunidades de demostrarla. Un día, cuando iba detrás de ellos por un pasillo oscuro, oyó exclamar a Edward: «¡Tú no eres la única mujer de Kilnalough!».

—¿Qué otra mujer te miraría a ti dos veces? —se mofó Sarah en un tono que el comandante reconoció demasiado bien. Después de eso dejó de ir al Majestic.

---

#### PROBLEMAS EN LA INDIA

El centro del creciente desasosiego indio parece haber pasado del Punjab a las Provincias Unidas. Aquí, en el distrito de Oudh, ha ido creciendo durante el mes pasado una grave agitación relacionada con la propiedad de la tierra. Ha dado origen a explosiones de violencia y las Provincias Unidas están atravesando hoy una crisis que no difiere de la que alcanzó su fase más aguda en Irlanda hace cuarenta años. La causa de todo el problema es el odio a los terratenientes y es indudable que los campesinos tienen muchas quejas.

El problema de las Provincias Unidas ha proporcionado una oportunidad excepcional al señor Gandhi. El objetivo de éste es la expulsión de los británicos de la India, y dará la bienvenida a la ayuda de los trabajadores del campo de Fyazabad tan efusivamente como si fuesen sijs del Punjab o brahmanes de Madrás. A menos que se resuelva la disputa rápidamente, la agitación conseguirá convencer a los revoltosos de que su verdadero enemigo es el Imperio británico...

Por todo el Punjab, en Delhi y ahora hasta en Calcuta, este «patriota» fanático ha proclamado su boicot al dominio británico. Ha transformado aldeas pacíficas en hervideros de intriga y sedición, y sus lugartenientes, con sus convincentes sofisterías, han incendiado la imaginación de los jóvenes indios con ideas locas. El señor Gandhi es el causante de los disturbios de su país. La India seguirá hirviendo de descontento mientras se le permita predicar su evangelio.

---

#### LA NECESIDAD SUPREMA

Irlanda está siendo reducida a polvo entre las dos ruedas de molino del crimen y el castigo. Para aquellos cuyo sentido del horror no se ha visto mermado por los acontecimientos recientes, el periódico

de cada día se ha convertido en una pesadilla. El golpe mortal deliberado y la bala perdida en el ataque o la defensa no perdonan ni el sexo ni la edad. La noche del domingo fue asesinada en Mallow la esposa de un agente de policía y el propio agente quedó gravemente herido. Inmediatamente después, en un enfrentamiento con las fuerzas de la Corona, un hombre resultó muerto y siete resultaron heridos. La vida humana es más barata hoy en Munster que en México. La explosión de bombas se ha convertido en un sonido habitual en Dublín, donde ayer hubo otro ataque a un coche de policía en Merrion Square... Creemos que una petición nacional para que cesen el asesinato y la anarquía, hecha con una sola voz por nuestras iglesias, nuestros periódicos, nuestros organismos públicos, nuestros sindicatos agrarios, nuestras cámaras de comercio, sería el heraldo de un nuevo día de esperanza y paz para Irlanda.

---

El comandante estaba perfectamente insensibilizado a los horrores diarios de los que informaba el periódico. Había llegado a acostumbrarse a ellos lo mismo que había llegado a acostumbrarse con anterioridad a la descarga de artillería del amanecer. Suponía que todo llegaría a su fin algún día, de una manera u otra, porque la situación no era en modo alguno estática sino que, por el contrario, seguía empeorando. «Tiene que empeorar antes de que pueda mejorar», comentó una de las señoras que estaba habituada a mirar el lado positivo de las cosas. A principios de enero se informó de que el siniestro De Valera había vuelto a Irlanda desde América, viajando, según los diversos rumores, en un submarino alemán, en un hidroavión o en un lujoso yate. Poco después se habló de negociaciones de paz entre él y Lloyd George, pero pasaron unos días que se convirtieron en semanas y no se había oído nada más. En vez de eso, el comandante se felicitó por no haber cedido al deseo de ir al teatro a Dublín; un hombre que estaba sentado en el patio de butacas del Empire había recibido un tiro en el pecho mientras veía la pantomima *La casa que construyó Jack*. El anuncio del espectáculo del *Irish Times* llevaba el lema: «Ni un instante de aburrimiento desde que se alza el telón hasta que se baja». Entre tanto el equipo de críquet inglés seguía perdiendo partidos internacionales en Australia por márgenes inmensos.

A mediados de febrero apareció en el Majestic una joven viuda. Se llamaba Frances Roche. Aunque no exactamente bella, era una señora joven agradable, sin aires ni finezas, el tipo de persona en la que uno se siente inclinado a confiar instintivamente. Su marido había muerto al principio de la guerra dejándola en una posición desahogada, un hecho que le otorgaba un prestigio considerable en el Majestic. Pero ella no se aprovechaba de eso. Era igual de amable con la empobrecida señorita Bagley que con la rica señorita Staveley. Ciertamente, provocó ciertas críticas porque en determinados aspectos tendía a ser «moderna» y a carecer de refinamiento. Pero fue bien recibida en términos generales.

Había llegado acompañada de su madre, la señora Bates, que era en todos los aspectos una versión más vieja y más corpulenta de ella misma, aunque mucho menos moderna. Era, sin embargo, muy callada. Escuchaba y sonreía, pero difícilmente se la oía pronunciar una sílaba. Siempre había más escasez de oyentes que de hablantes en el Majestic, y la nueva señora Bates (a diferencia de la vieja señora Bates que se había caído del taburete antes de Navidad y hacía mucho que había pasado a mejor vida) era tan popular como su hija. Pero fue por la hija, claro

está, por la que un día empezó Edward a mostrar interés.

El comandante tardó un tiempo en darse cuenta de lo que Edward se proponía, en parte porque le resultaba imposible creer que algún hombre en su sano juicio pudiese preferir a la señora Roche, por encantadora que fuese, antes que a Sarah (pero luego recordó el comentario burlón que había oído y llegó a la conclusión de que Edward estaba considerándolo un reto); y en parte, también, porque el método del galanteo de Edward era bastante extraño, pues consistía en insinuaciones tan discretas que resultaban prácticamente imperceptibles para todos menos para él. Por ejemplo, trataba a la señora Roche con decorosa ceremonia y entablaba, sin embargo, largas conversaciones con su madre, las cuales pronto se convirtieron (dado que la señora Bates sólo se permitía una esporádica sonrisa o un movimiento de cabeza en señal de asentimiento) en una serie bastante frenética de preguntas y respuestas, todas aportadas por el propio Edward. «Ah, veo que está usted interesada en ese cuadro de allí —decía si la mirada de la señora Bates se apartaba de su rostro—. Muestra al rey Guillermo cruzando el Boyne después de la famosa batalla... con el humo del fondo y demás... —Y luego, moviendo la cabeza—: Se estará preguntando usted por qué era exactamente todo eso, supongo, aparte del aspecto religioso. Bueno, me temo que ahí me ha cogido usted. Tenemos que preguntarle a Chico O'Neill. Seguro que él lo sabe todo». «¿Siempre tenemos un invierno tan duro en Kilnalough? Bueno, déjeme ver: si no recuerdo mal, el año pasado y el año anterior...», y así, sucesivamente.

La presencia de Edward a la hora de cenar había pasado a ser extremadamente errática. Lo más probable era que se contentase con comer con el plato en las rodillas en cualquier lugar del hotel en que Murphy, portando una bandeja, diera la casualidad que le encontrase. Pero en aquella época aparecía puntualmente e incluso adquirió el hábito de acompañar a la señora Roche a una silla del extremo de la mesa en que él se sentaba, desalojando así a la anciana señora Rappaport y haciendo que ésta se sentara en la mesa del comandante. Estaban demasiado lejos para hablar entre ellos, por supuesto, pero su posición..., ¡juno a cada extremo de la mesa!, les daba un aire tal de estar *en famille* que a Edward le resultaba claramente embarazoso que se hiciesen tan patentes sus intenciones. Para su evidente sorpresa, Frances Roche no mostró el menor indicio de que se diese cuenta de ellas, charlando amigablemente como hacía siempre con las señoras que se sentaban a ambos lados. No había el menor asomo de rubores ni de mareos ni de miradas tiernas (algunas de las miradas que le dirigían a Edward las señoras, por otra parte, habrían agriado la leche). ¿Era la señora Roche un poco estúpida tal vez? Puede que Edward se lo hubiese preguntado. Es indudable que, como científico, debería haber sabido que las señoras jóvenes no funcionaban ya, psicológicamente hablando, de la misma forma que cuando él era joven: no se desmayaban en una situación difícil («en realidad —pensaba lúgubrementemente el comandante—, la joven moderna era más probable que te pegase un puñetazo en la mandíbula»). Pero la señora Roche parecía que no se daba cuenta de que estaba en una situación delicada.

Edward no estaba llegando a ninguna parte. Le gustase o no, tendría que hacer más brutalmente francas aún sus insinuaciones si quería resolver aquel problema. Así interpretó, en realidad, el comandante el hecho de que Murphy recibiese orden de colocar la sopera y los platos en el extremo de la mesa de la señora Roche, de manera que tuviese que servir ella la comida. Y ella sirvió la comida, con las pupilas dilatadas de Edward fijas en sus rasgos vulgares, intentando hallar en ellos algún rastro de conciencia. Pero la señora Roche servía aquel caldo traslúcido que humeaba levemente en un plato tras otro, como si estuviese haciendo la cosa más natural del mundo, algo que no dejaba de ajustarse, por otra parte, a la realidad.

Edward estaba empezando ya a desanimarse y cavilaba sombríamente en su extremo de la mesa. El comandante se daba cuenta de que estaba desconcertado. Daba pena. Pero, luego, el comandante pensó en Sarah y endureció su corazón mientras volvía a rebuscar con un suspiro en el guiso acuoso de su plato un trozo de carne que fuese apropiado para el gato anaranjado de la señora Rappaport, que sentado en su taburete le miraba con ojos ácidos e inexpresivos.

La maniobra siguiente fue llevar a la señora Roche a pasear por la tarde en el Daimler. Estos paseos tendían a ser tediosos y repetitivos porque, con el país tan revuelto, no era prudente alejarse mucho. Solían estar presentes las gemelas, reclutadas para hacer de carabinas de su padre al precio de violentas escenas y enfurruñamientos. Se hacían comentarios sarcásticos sobre las bellezas del campo. Peor aún, las gemelas se habían convertido recientemente en especialistas en el tema de las relaciones sexuales, gracias a un volumen forrado con papel marrón que les había prestado uno de los jóvenes auxiliares. Tendían a adoptar, en consecuencia, una visión desengañada de todas las relaciones entre hombres y mujeres, y esta visión se extendía, incluso, a los paseos vespertinos de su padre en el coche. «Oh, por el amor de Dios, cógela, papi —oía el comandante asombrado que Faith le susurraba a su hermana—. ¡Tumbala de espaldas, es lo que ella quiere!».

Pero Edward, por supuesto, no hacía nada de eso y, gradualmente, aunque la señora Roche continuó sentándose al otro extremo de su mesa, los paseos en coche de la tarde disminuyeron en frecuencia y acabaron olvidados.

«Uno necesita de vez en cuando escapar de la compañía de las mujeres a un lugar del que las mujeres estén excluidas. A menos que tenga hermanas o proceda de las clases más bajas, un joven inglés es probable que crezca exclusivamente entre varones. En una etapa posterior de la vida no está sencillamente acostumbrado a una elevada dosis de compañía femenina. Y es indudable que, si el caballero inglés es respetado en el mundo entero por su cortesía con el sexo más delicado, es debido a que procura proveerse de un espacio en el que pueda estar solo en compañía de otros hombres». Estas cosas pensaba el comandante una noche de helada iluminada por la luna mientras estaba sentado en la sala de armas con Edward.

Había un gran silencio. No se movía nada en la casa ni en los árboles de fuera. Edward miraba absorto al fuego, disfrutando de un raro instante de tranquilidad. De repente, una hojita de roble de yeso blanco se desprendió de una corona en el oscuro techo ornamental y se hizo pedazos en las baldosas junto a los pies de Edward. Esto le sobresaltó y le hizo mirar al techo.

—Tenemos que hacer algo realmente con este viejo edificio, Brendan. Necesita urgentemente reparaciones. No se puede uno quedar con los brazos cruzados dejando que las cosas se vengán abajo.

El comandante alzó las cejas dubitativamente pero no dijo nada. Se acordó de la indiferencia que Edward mostró con el trozo de la fachada que casi había aplastado al perro *Foch*. En comparación con aquello, la desintegración del yeso del techo era trivial. Pero Edward había empezado a interesarse por lo que estaba diciendo.

—Hay tantas cosas que están mal en este lugar que no tiene nada de raro que recibamos quejas de algunos de los huéspedes (porque *recibimos* quejas, Brendan, a veces). Sólo Dios sabe cuándo fue la última vez que dimos una mano de pintura y empapelamos las paredes, por no mencionar cosas como arreglar ventanas rotas y sustituir algunas de esas cortinas viejas que han invadido las polillas... También hay que echar un vistazo al tejado, tengo entendido que cayó una auténtica cascada de agua por una de las escaleras del servicio durante aquellos días de lluvia que tuvimos por Navidad. Y, por supuesto, hay que volver a colocar allá arriba esa M... Resulta absurdo tal como está... «AJESTIC»... ¿Quién ha oído nunca semejante palabra?... Y asegurarse de que no se caiga ninguna de las otras letras... Al fin y al cabo, si uno ha de dirigir un hotel, hay que procurar que sea un hotel bueno, ¿no le parece?

—Estoy completamente de acuerdo —dijo el comandante con un suspiro, dudando de que el entusiasmo de Edward durase lo suficiente como para convertirse en acción—. Yo diría que lo primero que habría que hacer es asegurarse de que no le caiga a alguien un trozo de pared en la cabeza.

—¡Por supuesto! Ahí está el asunto. Poner de nuevo en pie este viejo edificio. Podríamos limpiar la piscina y tal vez conseguir que ese condenado generador «Haz Más» vuelva a funcionar...

—Y quizá los Baños Turcos —añadió el comandante, al que en ese momento le apetecía tomar un baño turco y estaba dispuesto a incorporarse al fantaseo de Edward. Éste estaba hablando en serio, sin embargo.

—Los Baños Turcos podrían plantearnos un pequeño problema, en realidad. Intentamos ponerlos de nuevo en marcha hace unos años pero fue un desastre. Las calderas se estropearon y antes de que nadie se diese cuenta de lo que estaba pasando media docena de huéspedes habían sufrido congestión térmica... Hubo que sacarlos de allí, cocidos como langostas...

—Bueno, tenemos que hacer algo con el Patio de las Palmas antes de que socave los cimientos. Y la pista de *squash*...

—Ah, sí, y la pista de *squash*. Por supuesto tendría que encontrar otro sitio para



los lechones, pero eso no es difícil. En realidad, este lugar tiene todos los servicios, lo único que hace falta es arreglar las cosas. Aunque, tal como está el país, tal vez no sea éste el mejor momento para que venga aquí gente de Inglaterra. Con un poco de suerte, a principios de temporada deberían estar controladas las cosas... He oído que el Castillo de Dublín tiene un plan para empezar a fusilar fenianos por lista hasta que dejen de atacar a la policía... Podríamos poner un anuncio en *The Times* y hacer algo con las pistas de tenis. Es una lástima que no se utilicen.

Edward se había puesto ya de pie y le brillaban los ojos de entusiasmo. Mientras hablaba, tintineaban las monedas sueltas que tenía en el bolsillo, lo que hizo que el comandante se preguntase de dónde saldría el dinero para toda aquella espléndida reconstrucción. Pero el entusiasmo de Edward era contagioso. ¿Cómo era posible que no hubiese pensado antes en todo aquello? No lo entendía. ¡Había abierto los ojos! El Majestic no era ninguna fantasía. Era una cosa sólida. ¡Estaba allí! Tenía todo lo necesario, tenía, en realidad, más que la mayoría de los sitios: tenía luz eléctrica. Incluso tenía una reputación firmemente asentada como un lugar lujoso y elegante..., empañada, sin duda, pero una reputación de todos modos.

El comandante escuchaba, dubitativo de nuevo, cómo hablaba emocionado Edward. A sus pies, *Rover* se agitó y ladró temerosamente, atisbando con ojos ciegos en la oscuridad amenazadora que le rodeaba. ¡Pobre perro! El comandante bajó una mano tranquilizadora para acariciar aquella oreja sedosa ansiosamente alzada. *Rover* se permitió tumbarse de nuevo en el suelo y bostezó, emitiendo un aroma aterrador.

Edward estaba demasiado excitado para dormir. Era todo lo que el comandante podía hacer para impedirle iniciar allí inmediatamente una excursión por el edificio, cuaderno en mano, sacando de sus camas a albañiles y carpinteros, fontaneros, pintores y vidrieros. Cuando el comandante subió poco después las escaleras hacia su cama, dejó a Edward vagando de una habitación silenciosa y dormida a otra, alzando candelabros para mirar con ojos inspirados las paredes cubiertas de telarañas y las polvorientas cortinas de brocado que, después de todos los años que llevaban allí colocadas, aún brillaban oscuramente con su grueso hilo dorado, tejido en la tela gastada y polvorienta, como el hilo de la esperanza que va desde la juventud hasta la madurez.

Edward siguió moviéndose por la casa, caminando silenciosamente como un fantasma, mirando y mirando, con el corazón latiendo con fuerza y los ojos llenos de lágrimas. Se sentó en el brazo de un sillón, como si estuviese borracho, inundado de entusiasmo, mirando a su alrededor, mirando aquella casa que en cierto modo no había *visto* realmente nunca. Y continuó durante un rato sentado allí con lágrimas de alegría rodando por las mejillas, pensando en su esposa, en Angela y en su amigo el comandante. Estuvo sentado allí hasta que las velas quedaron reducidas a finas obleas líquidas de cera. De pronto, le asaltó el pensamiento de que debería dar un baile, un baile espléndido, el tipo de baile que se celebraba allí en los viejos tiempos. Su emoción alcanzó nuevas alturas. ¡Eso señalaría el renacimiento del Majestic! Tenía

que ir y decírselo al comandante inmediatamente, despertarle si era necesario. Se celebrará en el Majestic de Kilnalough un Baile de Primavera. Se solicita el placer de su compañía... Le encantó la delicadeza formal de esta frase. El placer de su compañía.

Del parque llegó, apagado, el grito solitario y estremecedor de un pavo real. Por un instante el sonido de aquel grito le perturbó..., doloroso, desesperado. Cuando se puso de pie, un movimiento amenazador surgió de las sombras tenebrosamente balanceantes. Pero no era más que uno de los miembros de la multitud de gatos, que andaba por allí con la finalidad de cazar o aparearse en el interminable bosque de mobiliario del Majestic.

Una noche de finales de marzo Edward y el comandante estaban juntos en el vestíbulo; este último fumando un delgado puro habano, el primero sin apartar la vista receloso del camino. El comandante vestía impecablemente un frac y una corbata blanca. Era evidente que tanto él como su sastre eran hombres de gran distinción. También Edward llevaba un frac, pero de corte más antiguo, lo que era extraño si se tiene en cuenta lo mucho que cuidaba normalmente de su apariencia. Además, los contornos de su cuerpo habían cambiado un poco con el paso de los años transcurridos desde que el sastre había hecho su trabajo: los años se revelaban en las señales de tensión horizontales donde la parte superior de los pantalones rodeaba el estómago, en la garra severa con que la chaqueta le apretaba los hombros de una axila a otra, empujando los brazos hacia fuera de un modo pingüinesco. Sin embargo, era una figura imponente. El frac se correspondía con sus rasgos leoninos, curtidos y marcados, a los que daba una perspectiva civilizada. Hacía que pareciese al mismo tiempo fiero e inofensivo, un león en una jaula. Hasta el clavel rojo que llevaba en el ojal causaba una cierta sorpresa al verlo puesto en la persona de Edward, era como si se estuviera de pronto ante un boxeador profesional que llevase una flor en la oreja.

—Parece que ahí viene alguien.

Por el camino subía un Bentley y daba una amplia vuelta, a ritmo de paseo, por delante de la estatua de la reina Victoria. En las ventanillas se veía un pálido atisbo de rostros que miraban hacia el hotel.

—Esto es muy raro. Se dan la vuelta y se van. No creerá usted que habrán cambiado de opinión en el último momento, ¿verdad?

Pero el comandante no contestó. No estaba preocupado porque algunos huéspedes no se decidieran a entrar allí fuera en la oscuridad. Estaba escuchando atentamente. ¿Acababa de oír unos graves y ominosos maullidos procedentes de algún lugar remoto del interior del edificio?

¡Aquellos condenados gatos, cuántos problemas habían causado! Primero intentaron echarlos de las plantas superiores con palos de escoba, barriéndolos de las habitaciones y llevándolos a lo largo de los pasillos y por las escaleras hasta el patio.

Pero es imposible controlar un rebaño de gatos; cada uno de ellos decide adónde quiere ir. Se empieza con una grey peluda enorme, aterrada y resentida. Pero luego, rápidos como el rayo, dan la vuelta o se cuelan por entre las piernas o saltan por encima de la cabeza de uno en un relampagueo, se suben por las cortinas o encima de un armario ropero y se sientan allí y te escupen cuando intentas alcanzarlos con tu palo de escoba y el resto de la grey se dispersa. Puede uno sentirse afortunado si consigue acompañar hasta la puerta a un viejo guerrero color naranja lleno de cicatrices, al que probablemente vuelva a encontrar esperando en lo alto de las escaleras, porque se ha colado otra vez por una ventana rota o por el tubo de una chimenea.

—Vaya, parece que vuelven.

El Bentley había reaparecido en la medialuna de grava iluminada, dando lentamente marcha atrás, tras haberse encontrado con un inmenso De Dion-Bouton en el estrecho camino. Ambos automóviles pararon esta vez y descendieron de ellos sus ocupantes, así que Edward abrió la puerta y se desplazó hacia las escaleras con una sonrisa de bienvenida en los labios. El comandante volvió a oír a lo lejos, mientras le seguía, aquella ominosa música ratonera, y recordó la idea genial de Edward: «¡Hay que traer los perros del patio e instalarlos en las plantas superiores, eso nos librá de los malditos gatos!». Bueno, lo habían probado, por supuesto. Pero había sido un completo fracaso. Los perros se habían dedicado a andar por allí incómodamente en pequeños grupos, haciendo pocos esfuerzos por perseguir a los gatos pero defecando monstruosamente en las alfombras. Y de noche ladraban como almas en pena, sin dejar dormir a nadie. Al final se les había vuelto a llevar al patio, meneando el rabo de alivio. Estaba muy claro que aquello no era lo suyo.

El comandante estrechaba manos repetidamente y sonreía cuando le presentaban a alguien. Llegaban más vehículos. Sonaban alegremente las bocinas. Los Hammond, los FitzPatrick, los Craig con hijo y nuera, los Russell de Maryborough, los Porter, los FitzHerber y los FitzSimon, las chicas de los Maudsley, Annie y Fanny, de Kingstown, la señorita Carol Feldman, los Odlum y los O'Brien, los Alien y los Douglass y los Prendergast y los Kirwan y los Carrutherse y la señorita Bridget O'Toole... Al comandante empezó a darle vueltas la cabeza y se le quedó inmovilizada la sonrisa.

«No se mata a tiros a los gatos —pensaba mientras su mano cansada estrechaba la de sir Joshua Smiley y hacía una cordial inclinación a su fea camada de hijas—, no se mata a tiros a los gatos; a otros cuadrúpedos los puedes matar a tiros sin reparos, pero a los gatos, no». De todos modos, ¿qué otra cosa se podía hacer? Había que librarse de aquellas benditas criaturas de un modo u otro (la distante música ratonera se estaba haciendo intensa entre tanto; sonaba como un coro completo de machos, podía oírlo perfectamente incluso por encima de la barahúnda de los clientes que llegaban)

...

Así que un día él y Edward se armaron de valor para subir las escaleras con

revólveres. El hedor a eucalipto de los gatos era apabullante, hasta tal punto se había apoderado de las plantas superiores. Ay, los chillidos eran terribles, desquiciantes, como si una matanza de niños se estuviese llevando a cabo, pero había que hacerlo por el bien del Majestic.

A Edward esos días le temblaba una mano; erró completamente el tiro varias veces, a pesar de sus largas horas de práctica en el campo de tiro que había abajo junto a la casa del guarda. Sólo en dos ocasiones dio a los gatos contra los que disparó. Fue el comandante quien tuvo que localizar a los gemebundos animales y rematarlos. Todo esto creó un desastre terrible: sangre en las alfombras, allí para siempre, imposible de eliminar, sesos en las colchas, manchas canallescas en las paredes e incluso en el techo. Edward, en su nerviosismo, tiroteó un par de cristales de las ventanas y provocó que una gran voluta de yeso con las palabras «*Semper fidelis*» cayese a plomo contra el suelo, llevándose con ella una jardinera medio podrida con alegres azafranes de primavera de una de las habitaciones de las damas situada dos plantas por debajo. Edward, disculpándose por su mala puntería, había insistido en recoger todos los cadáveres y meterlos en un saco que había llevado con ese fin. Después de recogerlos entre los dos se echó el saco al hombro y bajó las escaleras. El comandante le siguió, tintineando en la palma de la mano los casquillos de metal vacíos. Cuando llegaron a la segunda planta, el saco estaba soltando ya gotas de un rojo oscuro. Por suerte la alfombra también era roja. Las gotas apenas se notaban.

La sonrisa del comandante se había convertido ya en una dolorosa mueca. Una persona tras otra; saludaba a todo el que se presentase delante de él del mismo modo mecánico. Aunque el Káiser Bill le hubiese estrechado de pronto la mano probablemente se habría limitado a sonreír y murmurar: «Me alegra mucho que haya podido venir». Pero de pronto, abruptamente, el comandante sobresaltó a la corpulenta y venerable lady Devereux (una prima segunda del virrey) con una brillante sonrisa y una exuberante salutación. Acababa de comprender en aquel momento qué era aquel maullar aterrador que había estado perturbándole tanto: era sólo la orquesta que estaba afinando los instrumentos en el lejano salón de baile. Afinado todo a la perfección, o tan cerca de ella como podría uno pedir, todos ellos se juntaron finalmente e interpretaban un animado vals, cuyas notas llegaban gratamente al vestíbulo. Al oír este sonido, muchos de los huéspedes, que fueron recibidos por lacayos alquilados que llevaban bandejas de champán, y que se demoraron charlando más sombríamente de lo que se esperaba, se alegraron un poco, como si pensasen que algo que estaban temiéndose pudiese, al fin y al cabo, no resultar tan malo como habían supuesto. Se produjo entonces un movimiento perceptible, un aventurarse hacia el interior lejos de aquella antecámara amistosa, hacia la suave noche de primavera.

Pero al comandante aún seguían estrechándole repetidamente la mano. «Hay aquí un público realmente espléndido. Puede que no resulte tan mal después de todo. —Y

luego musitó—: ¿Por qué la gente de fuera es siempre mucho más distinguida que la gente de Irlanda? —Sus ojos se posaron en la figura lustre del señor Robert Cumming, un visitante de Carolina del Norte, que charlaba con el señor Russell McCormach y la bella señorita Bond de Escocia—. ¡Qué corteses y distinguidos son! (Hacen parecer bueyes a los irlandeses). ¡Con qué naturalidad visten su ropa de etiqueta! ¿Qué será de toda esta gente maravillosa? —se preguntó, mirando extasiado el rostro encantador de la señorita Bond, sus ojos claros y su sonrisa deliciosa, a la alegre y encantadora señora Margaret Dobbs que acababa de entrar en aquel momento, los jóvenes rostros que giraban en torno a él—. ¿Qué le pasa a esta gente? Nunca se hacen viejos, es indudable. Se desvanecen de pronto un día. Se convierten por arte de magia en algo diferente, totalmente diferente. De manera que en cierto momento hay una joven encantadora y en el momento siguiente otra criatura, tan diferente de ella como una rana del renacuajo que era antes. ¿En qué nos convertiremos todos nosotros?», cavilaba (incluyéndose, porque, al fin y al cabo, sabía que también él era muy apuesto). Y esta pregunta no contestada le dejó de un humor melancólico que le resultaba bastante grato, porque era, claro está, un problema que no tenía que afrontar inmediatamente. (Un día desapareceremos. ¡Pero en este momento qué encantadores somos!).

Llegaron Ripon y su esposa y, mientras Edward les recibía, tan tieso como si se tratase de gente a la que apenas conociese, el comandante llegó a la conclusión de que su optimismo respecto al éxito del baile de Edward tal vez había sido prematuro. La gente joven era maravillosa, por supuesto, pero había *¡tan poca!* Y los jóvenes eran absolutamente vitales, el comandante lo sabía por experiencia, para el éxito de un baile.

En ese momento llegó un gran número de jóvenes apuestos. La gente de más edad que aún estaba en el vestíbulo se volvió para mirar a aquellos recién llegados y se sintieron alegres de nuevo. La presencia de la juventud, reflexionó el comandante, levantaba muy a menudo el ánimo (aunque a regañadientes) de la gente mayor. Pero el comandante no estaba demasiado animado, aunque su mano derecha estuviese agradecida por la oportunidad de hacer un descanso. Para recibir a aquellos jóvenes bastaba con un seco movimiento de cabeza. Edward había invitado aproximadamente a dos docenas de los ex oficiales que había entre los auxiliares, y aquella escasez crónica de jóvenes que padecía Europa se sentía también allí en Irlanda (cuyas clases dirigentes no habían esperado, en cierta medida, al reclutamiento obligatorio que nunca llegó). El resultado era éste: uno tenía que arreglárselas con los jóvenes que habían sobrevivido, fuesen de la calidad que fuesen.

—Estás encantadora, querida mía.

Charity le tiraba de la manga. Ella y Faith llevaban dos vestidos de un espléndido miriñaque blanco con aros; algo demasiado anticuado incluso para proceder del

guardarropa de Angela, y que habían descubierto, con gritos de entusiasmo, guardado en un baúl olvidado, que había dejado atrás algún huésped de otra época. La experiencia que habían adquirido disfrazando a Padraig había dado a las gemelas una idea de las posibilidades espectaculares de las prendas de vestir; en vez de enfurruñarse ante la perspectiva de no estar a la moda se habían puesto a trabajar con hilo y aguja, con el resultado de que si sus rostros hubiesen sido lo suficientemente serios y tristes podrían muy bien haber pasado por las elegantes y endogámicas hijas de un rey español loco.

—Es la abuelita. Se ha puesto terriblemente terca. Y no hay manera de convencerla.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Ven, por favor, e inténtalo. ¡*Debes* venir, Brendan! Será demasiado vergonzoso. Todo el mundo se morirá de risa...

El comandante accedió a regañadientes; quería estar por allí para recibir a Sarah cuando llegase. Tras echar un vistazo rápido fuera para asegurarse de que no venía, siguió a Charity por las escaleras hasta la suite de habitaciones que ocupaba la señora Rappaport en la primera planta. La vieja dama estaba sentada muy derecha delante del tocador, con una doncella muy nerviosa a su lado.

—Bueno, señora Rappaport, ¿qué es esto que he oído de que está usted en peligro? ¡Nunca en mi vida he oído una historia semejante! Puedo asegurarle que nadie se propone tocarle ni un solo pelo de la cabeza.

La anciana dama llevaba un vestido largo de terciopelo negro que (según había oído el comandante) había formado parte de su ajuar pero que ella consideraba que no había utilizado lo suficiente; la tela era completamente impropia para el clima de la India, pero cuando ella y su marido regresaron al clima más templado de las islas Británicas, se había esfumado ya su juventud, llevándose con ella la mayoría de los actos sociales para los que podría haber sido apropiado. Curiosamente, sin modificación alguna, seguía quedándole perfectamente (a diferencia del traje del pobre Edward). Esto sólo podría atribuirse a su hábito implacable de sentarse muy derecha y prescindir de todo género de intemperancia. Resultaba extraño pensar que las proporciones de su cuerpo siguiesen inalterables dentro de todo aquel terciopelo negro, unas proporciones que, como era de suponer (difícilmente habían sido su dote), le parecerían en otros tiempos irresistibles al viejo general Rappaport.

La doncella, Faith y Charity le miraban expectantes, esperando que hiciera un milagro. Él dejó de mirar el espléndido colgante que la vieja dama llevaba alrededor de su marchito cuello y fijó la vista con un suspiro en la gastada pistolera de cuero que colgaba del cinturón que se había colocado alrededor de la cintura aterciopelada. Cogió una silla y se sentó frente a ella, repitiendo en tono tranquilizador que no había, en realidad, ningún peligro, absolutamente ninguno. Además, aunque hubiese habido alguno, entre los asistentes al baile había todo un pelotón de jóvenes policías. ¡Que un solo feniano se atreviese siquiera a estornudar y ya vería! Sería esposado en

un abrir y cerrar de ojos al piano de cola más cercano.

—Sé razonable, Brendan —suplicó Faith, al borde de las lágrimas—. Ella no tiene ni la menor idea de lo que le estás diciendo. ¿No puedes ponerte firme con ella? Va a acabarse el baile antes de que encontremos alguien con quien bailar...

—Escucha, estoy haciendo todo lo que puedo —replicó el comandante, ofendido—. Además, si tú vas a interrumpirme... Por qué no bajáis y le decís a la señorita Archer que suba. Ella sabrá lo que hay que hacer, espero. O a la señora Roche si no podéis encontrar a la señorita Archer.

Las gemelas no necesitaron que lo dijese dos veces. Apretaron sus miriñaques para poder salir por la puerta y corrieron hinchadas como globos bajando las escaleras de tres en tres. El comandante se volvió a la señora Rappaport. Eran muy pocas las nuevas ideas que conseguían ya penetrar en su mente, y cuando una lo conseguía tendía a preocuparla. Fue sumamente desafortunado, por tanto, que cuando alguien le mencionó ocasionalmente los «disturbios» unos días antes, su mente retrocediese a sólo Dios sabía qué solitario puesto militar indio en medio de ninguna parte con una chusma de nativos a las puertas vociferantes, gesticulantes, desesperadamente indignos de confianza; fue necesario distribuir armas entre las mujeres, enseñarles a utilizar un revólver y recordarles que debían reservar la última bala para ellas mismas. Y ahora, sesenta años después, en la única noche que importaba en muchos años, la anciana dama recordó su elemental adiestramiento militar, buscó el revólver de su difunto marido y, con labios temblorosos, se lo ciñó a la cintura.

Mientras el comandante razonaba con ella amablemente y acercaba más su silla con la intención de desarmarla cuando fuese el momento adecuado, el odioso gato anaranjado saltó ágilmente fuera de la sombrerera en la que había estado durmiendo, se estiró voluptuosamente y se encogió para saltar de nuevo sobre el regazo de la anciana. Se aposentó allí, tapando la hebilla del cinturón que el comandante tenía la esperanza de poder abrir. Fijó en el comandante una mirada agria y hostil. Parecía una situación desesperada. Pero en ese momento llamaron a la puerta y entró la señorita Archer, seguida de la señora Roche, las dos serenas y capaces.

—No se le puede permitir que baje llevando eso porque si no las gemelas se morirán de vergüenza —explicó el comandante y luego se fue apresuradamente, dejando el asunto en sus manos.

Desde aquel momento de inspiración de Edward en que vagó por el edificio a la luz de una vela hacía un mes se había hecho muchísimo trabajo en el Majestic. Los zapatos de baile de charol del comandante pisaban ya una alfombra nueva con varillas nuevas en la escalera, una alfombra gruesa y de un rojo sangre (lo que era una buena cosa, ya que a medida que bajaban por ella se apreciaba que el saco de los gatos había derramado por allí más copiosamente su mórbido líquido). Ciertamente, esa alfombra acababa abruptamente al alcanzar el primer descansillo y daba paso a la vieja, gastada y descolorida... Pero en teoría podría haber acabado justo al doblar la

primera curva de la barandilla, el último punto que podía divisarse desde cualquier parte del vestíbulo, a menos que se subiese uno en una silla. Era un tributo al carácter generoso de Edward el que no se le hubiese ocurrido una idea tan mezquina. Además, aunque los asistentes subían a veces las escaleras sin que se les invitase a hacerlo, sólo por curiosidad, no tenían en realidad por qué subir hasta allí.

El comandante se detuvo un momento al pie de las escaleras y examinó el vestíbulo, que, aunque estaba vacío en aquel momento, se hallaba brillantemente iluminado, en primer lugar por la áspera luz de la antorcha que había sido sacada de su soporte de hierro junto a las escaleras, empapada y encendida como si diera una llameante bienvenida a los asistentes; en segundo lugar por un gran candelabro de noventa y seis brazos que había sido anteriormente convertido en eléctrico y que ahora, con el fallo del generador «Haz Más», había vuelto a su antigua forma: se habían ablandado y encajado velas donde había sido necesario, en las puntas sin vida de los portalámparas. Además, se habían colgado por todas partes quinqués con cristales coloreados y en la gran chimenea abierta ardía un fuego de leña.

Todo este derroche de luz lo recogían y reflejaban las baldosas enceradas y pulidas del suelo (que habían sido rejuntadas concienzudamente para que no tintineasen bajo los pies); la luz brillaba en las mejillas doradas de los querubines, que fueron desempolvados y que sostenían espejos (que estaban, sin embargo, desconchándose aún por detrás de su cristal pulimentado). Los grandes sofás que había arrimados a las paredes fueron arrastrados hasta las escaleras una mañana y se sacudieron con un sacudidor de alfombras, lo que hizo que se elevase una niebla gris tan densa como para enmascarar el sol y convertirlo en un pálido disco ámbar, hasta que finalmente no se alzó ya más polvo. Los sofás brillaban ahora con un tono rojo cereza oscuro bajo las hojas de roble doradas y las borlas, y podía uno sentarse en ellos sin estornudar. La superficie de la mesa de la recepción parecía un estanque de agua oscura; si alguien se hubiese apoyado en ella para firmar el registro, habría visto sus propios y distinguidos rasgos mirándole como si se tratase de un antiguo retrato muy barnizado.

La mirada del comandante volvió de nuevo, con cierta inquietud, hacia la llama danzarina de la antorcha al pie de las escaleras. No estaba acostumbrado a que se permitiese que ardiera una llama sin protección, en medio de una habitación, aunque estaba bastante segura y firmemente fijada, y después de todo, abajo había baldosas y encima sólo el vacío en espiral de la escalera. A la altura de su codo, cerca de la antorcha, el rostro graciosamente inclinado de Venus había adquirido una pícaro vitalidad con el baile de luces y sombras. Cuántos problemas había tenido, caviló el comandante, para conseguir restaurar la delicada y brillante pureza del mármol blanco; aquel depósito de polvo que le había ido creciendo como cabello negro en la cabeza y en el cuello, en los hombros y en las laderas de los pechos, se había abierto camino también en las hendiduras de aquella parca vestimenta marmórea suya que no alcanzaba a vestirla. ¡Completamente imposible llegar hasta ella con un plumero!



Pero Edward y él, fanáticos y perfeccionistas, decidieron que tenía que estar blanca como la nieve; no se conformarían con menos. Así que convocaron a Seán Murphy y entre los tres, con los ojos desorbitados y las venas hinchadas, la alzaron de su pedestal y la llevaron hasta la puerta, y con ella a cuestas bajaron hasta las cocinas y entraron en la lavandería, donde estaban esperándola las criadas con cepillos de fregar y un humeante baño jabonoso. Ellas se pusieron a trabajar, ruborizándose y riéndose disimuladamente y tomando el pelo a Seán Murphy como si lo que estaban haciendo fuese algo indecente. Luego, enjuagada y secada y envuelta en toallas limpias, volvieron a ponerla en su sitio.

¡Su limpieza de primavera había sido divertida! El comandante sonreía recordándolo. Pero su sonrisa se desvaneció cuando su mirada vagaba por el brillante tablero de ajedrez blanco y negro del suelo de baldosas, porque sobre una blanca que quedaba en el centro mismo del vestíbulo había una gorda rata gris. Sobresaltada por el movimiento del comandante, se refugió casi inmediatamente debajo de uno de los sofás y se perdió de vista. El comandante frunció el ceño y se dirigió al salón de baile. Aquello era algo que no habían previsto cuando subieron a recoger su lúgubre cosecha de gatos. ¡Aquellos gatos no habían estado alimentándose del aire! Fluía por la casa una corriente gris constante de alimento: ratas de las bodegas y del estanque, ratones del campo y del pajar. Un gato, aunque sea salvaje e incontrolable, siempre puede hacerse pasar por un animal doméstico, pero las ratas no. Afortunadamente aún había un residuo considerable de apetito en los pisos más altos. Tal vez las ratas se mantuviesen ocultas hasta que acabase el baile y se marchase todo el mundo.

La orquesta estaba tocando un foxtrot. A medida que el comandante se acercaba al salón de baile, la animada melodía de *Dreamland Lover* iba oyéndose más fuerte, mezclada con las risas y el rumor de voces, y el movimiento rítmico de los bailarines sobre el suelo de parqué que brillaba como un estanque de hielo. ¡Qué bien debía de estar pasándolo todo el mundo! El comandante se permitió el lujo sentir una vez más una pizca de optimismo respecto al éxito de la velada.

Vaciló en la entrada. Había visto a Sarah y, aunque su mente siguiese registrando con mucha calma una variedad de impresiones que no tenían nada que ver con ella, era consciente de que sentía una palpitación intensa en el cuello y en el pecho. ¡Aquella noche le propondría matrimonio!

El salón de baile estaba decorado con bancos de violetas que añadían una dulce fragancia a los leves aromas de colonia y perfume que emanaban de detrás de las delicadas orejas de las damas y al aroma más intenso del humo de tabaco que, a su vez, exhalaban los labios de grandes bigotes de sus acompañantes. Sarah estaba sentada junto a uno de aquellos bancos de violetas, con la cara levemente desdibujada por una niebla de verdes helechos. Detrás de su silla, con la mano derecha sobre el corazón como posando para una foto, estaba el capitán Bolton observando a los bailarines (que no eran muchos). Fue la otra mano de Bolton lo que atrajo la mirada del comandante; la palma reposaba en el respaldo de la silla de Sarah pero las puntas de los dedos se dirigían despreocupadamente hacia delante apoyándose en su hombro. Mientras el comandante observaba, bajó la cabeza para decirle algo al oído, rodeando delicadamente su brazo desnudo con índice y pulgar al mismo tiempo. El comandante percibió que los dos dedos apretaban un instante el brazo de Sarah, pero ella seguía mirando hacia delante sin inmutarse. Su expresión era sombría e insondable. Podría no haberse dado cuenta de que Bolton estaba allí, detrás de ella.

El comandante, se dirigió hacia allí, pero luego cambió de idea. Tenía que cumplir las muchas promesas que había hecho; había dicho despreocupadamente a un gran número de las señoras del *Majestic* que bailarían con ellas. Empezó con una temblorosa, pero de pies ágiles, señorita Porteous, luego bailó un vals con la torpe y pesada señorita Johnston, que dificultaba las cosas queriendo dirigir; más tarde le tocó salir a la pista con la desconcertada señora Rice.

Edward iba de un grupo a otro, haciendo comentarios cordiales e incoherentes, con la cara encendida y un aire entre triunfante e incómodo, embutido en la prieta garra de su frac. El comandante tenía miedo de que aquella actitud de triunfo pudiese ser prematura. Los asistentes habían sido elegidos con cierta ligereza y despreocupación, y aunque hubiese un gran número de varones jóvenes, gracias a los auxiliares, había un suministro escaso de chicas. Las gemelas, ruborosas y exultantes, eran asediadas y reclamadas en cada baile. Viola O'Neill también era discretamente solicitada, bajo la mirada atenta de sus padres, y coqueteaba con tres o cuatro jóvenes al mismo tiempo. Hasta a las hijas de sir Joshua se les prestaba una considerable atención: sus largos rostros caballunos se volvían continuamente hacia donde estaba

sentada su madre, en busca de estímulo o consejo. En la cara de la madre, que era una versión más vieja y más arrugada de la de ellas, aparecía una sonrisa de adoración y movía la cabeza afirmativamente. Y aquella cara de caballo (apreciaron los ojos desengañados del comandante, mientras foxtroteaba con las rodillas flexionadas con una jadeante y casi histérica señorita Staveley por la pista), aquellos rasgos equinos se repetían una y otra y otra vez por todo el relumbrante salón de baile, como si los Smiley se estuviesen reflejando en un gran salón de espejos, desde los hombres y las mujeres más viejos hasta los niños más pequeños. Aquélla era la cara de la Anglo-Irlanda, la endogámica aristocracia protestante, cuyo rostro iba refinándose progresivamente hasta convertirse en una especie diferenciada y lujosa que había regido Irlanda durante casi quinientos años: el ralo cabello rubio, los ojos demasiado juntos, la nariz larga y los dientes saltones. «Ripon hizo bien, en el sentido biológico, y en muchos otros, al casarse con Máire Noonan».

¡Si por lo menos hubiese habido más jóvenes! Era, sin duda, aquella ausencia de juventud lo que daba a los asistentes la apariencia de figuras de cera, de curiosidades de museo, desconectadas del presente, el efervescente mundo moderno de 1921. El comandante atisbaba tras los corpulentos hombros de la señorita Staveley. La gente joven apuesta y distinguida ya no era visible. Hasta la encantadora señorita Bond, que le había cautivado brevemente en el vestíbulo, se había esfumado.

Pensó en los auxiliares y miró preocupado hacia donde ellos estaban; se habían estacionado cerca del bufet y bebían copiosamente, poniéndose cada vez más escandalosos y más ruidosos. Y habían descubierto un juego divertido: si no había jóvenes con las que bailar, pues lo harían con las viejas. Cuando comenzó el siguiente vals, media docena de auxiliares cruzó la pista para inclinar la cabeza y dar un taconazo exagerado delante de otras tantas señoras. Las damas parecían temerosas. Quizá recordasen cómo aquellos jóvenes u otros similares las amenazaban con bayonetas en la mesa del té. Cumpliendo con la obligación de ser buenas chicas aceptaron, sin embargo, y permitieron que las escoltasen a la pista de baile.

—La primera vez que vine al Majestic —le decía el comandante a Sarah— fui a dar un paseo por las terrazas con Edward y me habló de los bailes de las cacerías y de las regatas que se celebraban aquí, con los violines y los candelabros y los platos de plata del desayuno... Pensaba que no lo vería nunca.

—Es encantador, Brendan. Siempre debería ser así..., con velas y flores. Es casi demasiado bueno para ser cierto. ¿Cree que habrá platos de plata para el desayuno? ¡Cuánto tiempo falta aún para que llegemos a eso!

Sarah le sonreía cálidamente, con un rastro del entusiasmo inocente que le pareció tan irresistible durante aquella visita que le había hecho en Londres. Al comandante, bailar le había despertado la sed. Bebió una copa de champán frío y luego otra. Estaba de un humor extraño, triste y optimista al mismo tiempo. Le contó a Sarah, señalando hacia el cristal negro azulado del techo, que desde los balcones de arriba las niñeras y los niños veían cómo bailaban los adultos. Eso era en los viejos tiempos,

en el punto culminante de la estación, cuando los ornados espejos dorados de cada habitación del hotel reflejaban diligentemente las envolturas corpóreas de personas con título y los desvanes situados bajo el tejado estaban rebosantes de sirvientes. ¡Qué tiempos aquéllos! (En aquellos tiempos también Sarah le habría considerado demasiado partido como para rechazarlo). Bebió algo más de champán y miró en los ojos grises de Sarah, pensando..., bueno, no sabía *lo que* estaba pensando..., tal vez en mujeres viejas, negras como cuervos, hurgando en los cubos de basura.

Sarah bajó los ojos hacia su copa, estaba vacía; dio un golpecito ociosamente con la uña en el cristal y extrajo de él una nota fina y clara de una belleza dolorosa, sobre la que los melosos suspiros de los violines del estrado no tenían dominio alguno.

—Vamos, subamos a los balcones y veamos lo que veían las niñeras y los niños.

Él le ofreció el brazo. Al salir pasaron delante de Bolton, que estaba conversando educadamente con una dama emplumada. Levantó una ceja sardónico mirando a Sarah cuando pasó junto a él.

A través del vestíbulo vacío y subiendo las escaleras, Sarah le apretaba fuerte el brazo, tarareando entre dientes.

—Bueno, tiene que contarme todos los cotilleos, Brendan —dijo finalmente—. Tengo entendido que Edward ha estado cortejando a esa sensata dama del bigote.

—¡Oh, vamos, qué dice! —protestó débilmente el comandante—. Ella no tiene bigote. En mi opinión, él no estaba en realidad cortejándola, y de todos modos ha dejado de hacerlo ya. Pero ¿por qué quiere saberlo? ¿Está celosa?

—Míreme, Brendan. ¿Acaso no se ve claramente que estoy loca de amor por él?

El comandante se detuvo consternado. Durante unos instantes ella le miró con un aire trágico y sombrío; luego, al ver su expresión, estalló en carcajadas con una risa burlona, fresca, que resonó alegremente a su alrededor.

Habían llegado ya al segundo piso. El comandante, más tranquilo, la condujo a lo largo del pasillo y luego a una de las habitaciones que estaba a oscuras, únicamente iluminada por las estrellas. Salieron al balcón; debajo de ellos se extendía el salón de baile, una burbuja de cristal inmensa y relumbrante. Estaba a punto de empezar otro vals; la orquesta estaba emplazada en su frondoso jardín de helechos, con las cabezas calvas brillando de sudor, los dedos encogidos y los arcos dispuestos. Apenas empezaron a sonar las primeras notas ya estaban las gemelas en la pista dando vueltas y más vueltas, desapareciendo de vez en cuando en el fiero resplandor solar de uno u otro de los candelabros. Tres de los jóvenes auxiliares se incorporaron también a la pista con sus parejas, la señorita Bagley, la señora Bates y una aterrada señora Rice. El comandante observaba, preocupado por la posibilidad de que los jóvenes estuviesen llevando la broma demasiado lejos. Un estruendo de cristal roto resonó y ascendió hasta ellos, pero se trataba sólo de algún joven que había tirado torpemente al suelo una bandeja de copas vacías.

—Tengo frío —dijo Sara estremeciéndose—. Entremos.

En la habitación a oscuras el comandante cogió del brazo a Sarah y, en

consonancia con su extraño talante, la besó con tristeza pero con optimismo. Era una de aquellas noches, tenía la sensación, en que no todo estaba (como solía estar) ya decidido; en que uno tiene que decirse: dado tu carácter y mi carácter ¿qué armonía seremos capaces de conseguir?

—Pronto saldrá la luna. Déjeme que le enseñe mi habitación favorita.

Cuando el comandante abrió la puerta de la habitación de la ropa blanca, les envolvió una gran exhalación de aire caliente. La noche era tibia, los hornos de la cocina habían estado encendidos varias horas a plena potencia mientras se preparaba la cena, así que detrás de aquella puerta cerrada la temperatura había ido aumentando sin parar durante la tarde. Sarah había dicho que tenía frío. El comandante entró y encendió la vela que había junto a su nido de almohadas en el suelo. Hizo un gesto a Sarah para que se sentara en las profundidades del capullo. Ella le miró ligeramente sorprendida pero se sentó, murmurando: «Hace un calor terrible aquí».

El comandante estaba completamente decidido pero dudaba sobre cómo debía proceder exactamente. Le habría gustado quitarse la chaqueta para empezar (de hecho le habría gustado quitarse toda la ropa), pero tenía miedo a que Sarah pudiese hacer una interpretación desdichada de cualquier prenda que se quitase. Ocupó su puesto en el nido junto a ella y durante unos instantes se besaron, convirtiendo en real una escena que el comandante había evocado a menudo en su imaginación. Pero la realidad resultó ser menos satisfactoria que la escena que él había imaginado. Enseguida empezó a sudar profusamente; tenía la camisa pegada a la espalda y le picaba el cuello de un modo insoportable. Estaba claro que también Sarah tenía calor; tenía la frente húmeda y brillante; cuando alzó una mano para retirar un mechón rebelde de pelo que amenazaba con interponerse entre sus labios, se dio cuenta de que tenía una mancha en su vestido de seda gris, debajo del brazo. En cualquier momento, temió, ella diría que allí hacía demasiado calor. Mientras continuaba besándola con un vestigio de desesperación, se armaba de fuerza para decir lo que tenía que decir, para pronunciar las palabras de las que dependía su felicidad. Carraspeó y..., pero no, se replegó de nuevo para una última revisión mental de las palabras.

Luego Sarah se separó de él y dijo: «Me temo que se me está arrugando el vestido». Vaciló un momento, medio expectante, luego se puso de pie con un suspiro. El comandante se levantó también enseguida y dijo de manera entrecortada, limpiándose el sudor de la cara: «Escuche, quiero que sea usted mi esposa». No pudo decir más. No podía moverse. Se quedó esperando allí como una columna de sal. Vio, sin embargo, con toda claridad, que aquello no servía de nada.

El rostro de Sarah había adoptado una expresión amarga y pícara que él ya había visto muchas veces: «Oh, ya lo sé, Brendan». Durante un rato ninguno de los dos dijo una sola palabra; después ella añadió: «Este calor es terrible. Tendré que ir a lavarme la cara».

Luego se volvió. La vela del suelo arrojaba sobre el techo y las paredes sombras descomunales.

—La verdad es que es usted como un niño. No tiene la menor idea de cómo soy en realidad... Oh, estoy segura de que lo dice con la mejor intención, pero es impensable... ¿Sabe que soy católica? Por supuesto que lo sabe. Pero ¿sabe de todos modos lo que es ser católico? Probablemente cree usted que es una especie de superstición o magia negra o... Pero no, olvide todo eso, eso no es lo que quiero decir. No importa que sea católica o no. Es sencillamente imposible, ¿comprende? ¡Y, por el amor de Dios, deje de mirarme con esos ojos de cordero degollado! No es usted el hombre al que quiero y ése es todo el problema... No hay nada que hacer. Así que, por favor, no vuelva a mencionar nada de esto. Creí que estaba curado de todo ese disparate. ¡Ahora voy a lavarme la cara!

—Pero ¿por qué no?

—Ya se lo he dicho. ¡Porque no es usted el hombre al que yo quiero! ¿No es eso suficiente para usted? Quiero un hombre que no ande siempre procurando estar de acuerdo con la gente, si le interesa saberlo. ¿Comprende? Ahora quizá me deje ya ir a lavarme la cara... Y, por el amor de Dios, no se ponga tan trágico. Lo siento mucho, pero no le haría ningún favor si me casase con usted. No le gustaría nada. No, no venga conmigo... Ya encontraré sola el camino.

El comandante, una vez solo, se quitó la chaqueta y se abanicó la cara, triste y enrojecida, con una funda de almohada almidonada, tiesa como el cartón. Poseído por un intenso deseo de dulzura, buscó la chocolatina que llevaba en el bolsillo. Pero la chocolatina se había fundido en una masa de papel de plata chorreante.

Cuando se repuso un poco, bajó al salón de baile. Estaba vacío y sólo había un joven amanerado de monóculo que tecleaba en un piano abandonado y una corpulenta dama que comía dulces sentada en un taburete junto a él. Aquel joven era G. F. Edge, el corredor de automóviles, según le habían dicho al comandante (pero la verdad es que a él le resultaba difícil de creer). De cualquier modo, no le prestaron ninguna atención así que, aunque no tenía nada de hambre, se dirigió al comedor donde estaban sirviendo la cena.

Hacía muchos años que no se veía un despliegue tan espléndido en el comedor del Majestic: el níveo lino que cubría las mesas, la plata chispeando a la luz de las velas, los almenados pasteles de dorada cobertura rellenos de succulenta caza, faisanes y patos en tembloroso áspic, jugosos y quebradizos jamones curados con azúcar y clavo y coronados de flecos blancos, carne de ternera especiada del color del barro, y *vol-au-vents* rebosantes de pollo con bechamel, setas y marisco. Los salmones se extendían en largas fuentes de plata, cabezas y colas brillantes y perfectas como si hubiesen sido capturados un momento antes (si se olvidase uno de los ojos nublados y resentidos), mientras que toda aquella gloria rosada era retirada gradualmente por diestros y deferentes camareros importados de Dublín con ese fin. Y además de todo eso, las ensaladas y las sopas, los patés y los entremeses, el lechón (que en aquel

mismo momento, cuando su mirada se posó en él, hizo que Edward arrugase las cejas caviloso y pensase en sus propios y gorditos lechones queridos), las empanadillas ahumadas y los pastelillos, los delicados canapés, los quesos que procedían no sólo de Irlanda, sino también de ciertos países extranjeros (aunque esos quesos habían sido colocados en una mesa aparte para que su olor no ofendiese a las damas). No debían olvidarse los postres: los cremosos y gigantescos bizcochos borrachos que desprendían aromas de jerez y de coñac, las temblorosas gelatinas de fruta y vino, tanto claras como densas, aguamarinas y granates, perlados manjares blancos y pudines de frutos negros o untados con trozos fundidos de mantequilla de brandy... Y, por supuesto, muchas, muchas otras cosas más.

El comandante, para quien la vida se había convertido en algo vacío, miró todas aquellas delicias con una mirada indiferente. En vez de acercarse a la mesa, se estacionó junto al cuenco del azúcar de la mesa del café y empezó meterse en la boca con aire taciturno un terrón tras otro, masticándolos ruidosamente. Sarah no estaba allí. Se alegró. Nunca más sería capaz de hablar con ella.

Los comensales, a los que el amor no había deteriorado el apetito, estaban dando buena cuenta de la espléndida comida preparada para ellos. Los entrados en años comían dignamente, aunque más de lo que era para ellos conveniente, sin remordimiento, un poco de esto y un poco de aquello (las señoras del Majestic aprovechaban al máximo aquella oportunidad de ingerir un poco de alimento nutritivo), los demás comían con una mezcla de glotonería y de sorpresa por el hecho de que Edward fuese capaz de hacer tan bien las cosas. Sólo a los más refinados de los asistentes (lady Devereux, sir Joshua y su esposa y unos cuantos caballeros con título) se les oía murmurar «¡Maravilloso!», «¡Absolutamente magnífico!». Pero no se les veía comer nada. Mesas rebosantes como aquéllas, por supuesto, eran para ellos un espectáculo cotidiano... Además, la gente que no es rica está obligada a comer no sólo para hoy, sino un poco también para mañana, «sólo por si acaso»... Los aristócratas y los millonarios (y los hombres de letras), por otra parte, apenas tienen que comer: pueden sobrevivir durante días con un pedacito de tostada y un huevo de chorlito. Los auxiliares comían con el celo de la juventud, con el apetito agudizado por el vino que habían bebido. Se habían juntado en un ruidoso grupo, en el que abundaban las sonrisas y los jugueteos; un movimiento de este grupo permitió al comandante vislumbrar un miriñaque blanco: las gemelas estaban plantadas allí como abejas reinas en el centro de un enjambre; probando de todo pero demasiado excitadas para comer, reían más alto que nadie mientras los jóvenes se daban codazos y hacían tonterías. En el lado más alejado de la mesa, un velo de vapor de la sopera de sopa de tortuga no lograba ocultar el pálido y delicado rostro que les observaba, caviloso. El comandante captó la mirada de Charity y le hizo señas.

—¿Por qué no me ha sacado a bailar? —le gritó ella mientras se acercaba patinando y se paraba delante de él.

—Pareces demasiado ocupada —dijo sonriendo el comandante—. Sólo quería

decirte que no os olvidéis del pobre Padraig. Da la impresión de que está muy sólo y probablemente sea demasiado tímido para hablar con alguien.

—Oh, bien, ¿y dónde está? Aunque estoy segura de que si realmente quisiese hablar podría hablar con las viejas. ¿Qué pasó con la abuelita?

—Está sentada en el vestíbulo. Parece que la señora Roche consiguió desarmarla.

En ese momento pasó Edward, le tiró de la oreja dolorosamente a Charity y le susurró al comandante: «¿Le importaría hacerse cargo un rato, Brendan? Tengo que resolver unos asuntos... Debo decirle unas cuantas cosas a Ripon, ¿sabe? —Se acercó un poco más al comandante y, dándose unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta, le dijo al oído—: Tengo un cheque para él. El muy bribón debe de andar ya corto de dinero». Y, tras hacerle un guiño al comandante, siguió su camino. Entre tanto Charity se había ido a buscar a Padraig y le arrastraba por la manga hacia el grupo de los jóvenes. El comandante, al que aún le dolía el corazón, no se sentía en absoluto en condiciones de asumir el papel de Edward y se preguntaba malhumorado si no debería ir tras él y decírselo. Edward se había detenido cerca de la mesa de aquellos extranjeros. Estaba allí solo, las manos a la espalda, en la posición de «descanso», que era probablemente la más cómoda, considerando lo que le apretaba la chaqueta. Miraba a los invitados con cara de satisfacción nostálgica. «Así es —parecía estar pensando— como era en los viejos tiempos». Pero luego llamó su atención la figura grande y cordial de Bob Russell, el comerciante de madera de Maryborough, que había acudido a felicitarle. Cogidos del brazo y fumando puros, volvieron al salón de baile, donde estaban sirviendo café y licores.

—¿Por qué ha dejado usted en casa a esas hijas tan bellas que tiene? —le preguntaba afablemente Edward cuando pasaron junto al comandante—. ¡Ah, por supuesto! ¡Aún están en el colegio en Inglaterra!

Se volvió brevemente antes de salir del comedor y se le nubló la cara por un instante. Quizá él también pensase que había una escasez aguda de damas jóvenes.

Unos instantes después se hizo más aguda aún, porque las gemelas se fueron a alguna parte entre carcajadas, arrastrando con ellas a Padraig. La alegría de los auxiliares, que se habían quedado bebiendo solos, disminuyó y aunque había ya un movimiento general de vuelta al salón de baile ellos permanecieron taciturnamente donde estaban. Como los criados ya no llevaban las copas, se hicieron cargo de las botellas de champán y se servían ellos mismos, saliendo a la terraza por las puertas vidrieras abiertas. El comandante les siguió y se quedó en el umbral mirando hacia afuera. Había salido ya la luna, lavaba los pretilos de piedra con una luz pálida; más allá, tras las contraventanas abiertas del salón de baile, había toda una galaxia de farolillos de colores balanceándose en el aire tibio de la noche. La orquesta había empezado a tocar de nuevo, el sonido de violines se mezclaba tristemente con el golpeteo lejano de las olas. El comandante volvió a entrar con un escalofrío. Se quedó allí, de pie, con las manos en los bolsillos, en medio del comedor, que estaba ya vacío, sólo estaban los criados recogiendo las mesas. Deseó que terminara el baile



para poder estar solo.

El comandante se quedó en la puerta del salón de baile, indeciso. Aún había algunas señoras del Majestic con las que tenía que bailar. Pero, sabiendo que iba a verse cara a cara con Sarah, era incapaz de decidirse a entrar. En vez de hacerlo, subió las escaleras hasta la segunda planta con la intención de volver al balcón situado sobre el salón de baile donde había estado antes con ella.

La habitación aún seguía a oscuras pero la puerta estaba abierta. Del balcón iluminado por la luna que quedaba más allá de la ventana llegaba un leve murmullo. Se detuvo —temeroso de que Sarah pudiese haber regresado allí con alguien más— pero entonces la voz que hablaba elevó el tono quejumbrosamente, haciéndose audible; llegó a sus oídos una sucesión confusa de obscenidades. La voz era irreconocible, pero en la mente del comandante parpadeó una imagen: la de un hombre que había sido mortalmente herido y que estaba sentado y encogido al borde del cráter de una explosión con los intestinos en el regazo como un revoltijo de serpientes, los labios azules temblando aún con una sucesión interminable de maldiciones mientras sus ojos se nublaban.

El comandante avanzó y salió a balcón. Sólo había una persona allí: un hombre apoyado en la balaustrada, la cara iluminada por el brillante estanque de cristal de abajo. Era Evans. Junto a él había una botella apoyada en el pretil de piedra. No prestó ninguna atención al comandante, tal vez porque ni siquiera oyó sus pasos, continuó mascullando en un murmullo su comentario sobre la escena deslumbrante de abajo. Sobre las putas y los chulos, las zorras en celo y las viejas cabras lujuriosas, los cobardes y los cerdos que se creían tan poderosos y excelsos, les llegaría la hora, la rueda giraría...

El comandante le asió por el cuello raído de la camisa y le arrancó de la balaustrada con un silbido de ropa rasgada. Se tambaleaba y caía y el comandante tuvo que sostenerle, hundiendo los dedos en las solapas sucias de la chaqueta. Se apoderó de él una cólera súbita. Zarandeó a Evans con toda su fuerza; toda la amargura creciente de la última hora, las semanas y meses de esperanza menguante, toda la tragedia y la desesperación de los años de Francia explotaron en una descarga violenta de odio concentrado en aquella cabeza que se balanceaba endeble delante de él. Lentamente, los pálidos párpados descendieron sobre los ojos empañados del tutor y rodó una lágrima hasta la comisura de sus labios.

—¡Les odio! ¡Les odio a todos!

Y tembló convulsivamente, con la barbilla caída sobre el pecho. La cólera del comandante se aplacó de golpe. A Evans le fallaron las rodillas y él tuvo que dar un paso al frente, tambaleándose, para mantener su propio equilibrio. Era lo único que podía hacer para que Evans no se cayese. Durante un largo instante estuvo allí quieto, sosteniendo al tutor por las solapas. Pero luego, Evans, en un súbito acceso de fuerza,

se enderezó y se apartó de él, asomando la cabeza y los hombros por el pretil. El comandante fue tras él, temeroso de que se tirase. Pero Evans había empezado a vomitar copiosamente un denso fluido amarillo que salpicó y manchó el cristal iluminado de abajo. Los caballeros vestidos de blanco y negro, ignorando lo que pasaba al otro lado del cristal, siguieron dando vueltas mecánicamente con la seda y el tafetán suaves y fluidos de las damas.

—Es usted repugnante.

La mano que el comandante extendió para coger a Evans por el hombro y ayudarle temblaba. Evans tenía los ojos cerrados y sus rasgos se habían relajado en una expresión extrañamente pacífica. Fue difícil hacerle pasar por la ventana y cruzar la habitación a oscuras. «Ya sabrá usted más sobre este asunto mañana».

En el pasillo asomó por una puerta una figura imprecisa. «¡Murphy, venga acá! —gritó el comandante—. ¿Qué es lo que está haciendo usted ahí?». Pero luego recordó que el zafio y viejo criado había recibido instrucciones de no dejarse ver hasta que se hubiesen ido los huéspedes, por miedo a que su cadavérica apariencia sobresaltase a las damas.

—No importa. Lleve a Evans otra vez al sitio de donde vino y métele en la cama. Y límpiele un poco, de paso. Sería mejor que le dejase encerrado en la habitación hasta mañana por la mañana.

El aliento agrio del tutor aún parecía impregnar la habitación cuando el comandante volvió al balcón a recuperar la botella abandonada en el pretil. Estaba vacía. La dejó allí. Había una pausa en el baile. No tocaba la orquesta; los músicos se enjugaban las cabezas relucientes y consultaban entre ellos. De pronto aparecieron en la pista vacía las gemelas, arrastrando al sonriente pero renuente Pdraig, y éste vestía un traje negro de terciopelo que le llegaba a los tobillos, y un collar de perlas rodeaba su esbelto cuello. Las gemelas decidieron remediar la escasez de jóvenes damas. El comandante lanzó un gruñido de disgusto al ver que salían a la terraza iluminada por la luna para unirse a los jóvenes, luego dio la vuelta y bajó las escaleras corriendo.

Pero cuando se dirigía hacia el salón de baile, le distrajo un momento Bolton, que estaba encendiendo un puro en la antorcha llameante situada al pie de las escaleras. Se iba en aquel momento, informó al comandante, porque tenía que entrar de servicio por la mañana temprano. Tal vez el comandante fuese tan amable de dar las gracias a Edward en su nombre por una velada tan agradable. En aquel momento no se veía al anfitrión por ninguna parte.

Sólo había unas cuantas parejas bailando; entre ellas estaban las gemelas con los jóvenes que ellas había elegido y Viola O'Neill que bailaba con su padre. También estaba allí el anciano señor Norton con una dama de mediana edad que mostraba una expresión de largo sufrimiento mientras él la arrastraba a un lado y a otro, con su reluciente cabeza calva inclinada hacia sus pechos. Con tan pocas parejas bailando podría haberse esperado que las mesas de alrededor y las sillas estuviesen llenas a rebotar, pero no era así. El comandante miró angustiado su reloj: aún no eran las dos.

¿Podría ser que los invitados hubiesen empezado a irse ya? Los ojos preocupados del comandante se desplazaron de un grupo a otro, intentando contabilizar qué invitados faltaban. Pero pronto renunció. Tenía que velar por Padraig y había que echarles un rapapolvo a las gemelas, que estaban bailando con un abandono ofensivo, rozándose con sus parejas y echando las cabezas hacia atrás con una risa loca, mientras los otros invitados las observaban con los labios fruncidos..., deben de haber estado bebiendo a escondidas. ¡Pero primero, Padraig!

Estaba con varias personas más junto a las ventanas abiertas y había algo en el suelo que todos miraban con interés. El comandante, evitando al señor Norton, que acudió trotando rápidamente con la cabeza y los hombros industriosamente inclinados como un hombre que empujase una carretilla, cruzó la pista para ver lo que era. A primera vista podría haber sido un manguito verde azulado o un boa de plumas que se le hubiese caído a una de las damas; pero luego, mirando por encima del hombro de Padraig, vio que tenía un par de patas, un cuello largo y una cabecita coronada con una rala diadema de plumas; el cuello había sido retorcido varias veces como un trozo de cuerda.

—¿De dónde demonios ha salido eso?

Antes de que nadie tuviese tiempo de contestar resonó en la oscuridad un huracán de risas beodas que llegaban de más allá de la terraza y el comandante comprendió. Padraig le miró pálido y desconcertado.

—Le dije a uno de ellos si podía darme una pluma de pavo real. ¡Entonces tiraron esto aquí!

El comandante se inclinó y recogió el pájaro muerto; el cuerpo aún estaba caliente. Mientras lo llevaba fuera el cuello se balanceaba y se deshicieron unas cuantas vueltas, y las largas plumas de la cola arrastraban por el suelo. Lo tiró en la terraza y volvió. Del exterior, por donde los auxiliares vagaban con botellas y en la oscuridad, llegó de nuevo aquel huracán de risas.

El comandante maldijo en silencio a Edward por no estar presente, pero, decidido a mantener la calma, encendió un cigarrillo e hizo unos cuantos comentarios insulsos a los Prendergast y al coronel Fitzgibbon, que habían visto el pavo real muerto. Luego, excusándose, se fue de allí, haciendo señas a Padraig de que le siguiera. ¡Había que obligar al chico a subir y cambiarse de ropa inmediatamente!

Pero antes de que tuviese tiempo de hablar hubo otra distracción desafortunada. Charity, a la vista de todo el mundo, dando vueltas y vueltas cada vez más temerariamente en los brazos de su risueño joven, había acabado perdiendo el equilibrio y cayendo pesadamente y arrastrando encima de ella a su pareja. La orquesta vaciló y dejó de tocar.

—¡La pobrecilla está borracha! —gritó una de las sirvientas en el súbito silencio. Y el silencio sobrecogedor continuó mientras Charity, sofocada y divertida, intentaba liberarse de las extremidades de su pareja y ponerse de pie. El comandante, avergonzado, indicó a la orquesta que siguiese tocando y se acercó rápidamente. A

Charity, que se reía sin poder contenerse, la ayudaron a levantarse Faith y su pareja.

—Será mejor que tú y tu hermana os vayáis a la cama —le dijo el comandante a Faith con dureza—. Y procurad que ellos no tengan más bebida —añadió dirigiéndose a Mortimer, el joven de ojos azules, que había estado bailando con ella y estaba ahora sacudiendo el polvo a su compañero Matthews—. Creí que podría confiar en usted.

Faith y Charity fueron escoltadas a su habitación, alicaídas; el comandante se compadeció de ellas, no podía evitarlo.

Se reanudó la música. El señor Norton recorría incansable la pista con su dama de mediana edad. El comandante se volvió hacia la sirvienta que intentaba ansiosamente atraer su atención.

—¿Qué pasa?

—Un caballero y una dama a los que les gustaría despedirse del señor Spencer antes de irse, señor.

Lady Devereux se había ido ya, al parecer. Los Smiley estaban todos de pie y esperando expectantes. Era indudable que su partida pondría en marcha un éxodo general. Y había dos o tres parejas consultándose interrogativamente.

—Veré si puedo encontrar a Edward. Pero ¿tienen realmente que irse tan pronto? La fiesta no ha hecho más que empezar.

A las 2:30 el número de los que estaban deseando irse había aumentado considerablemente, pero Edward seguía sin dar señales de vida. Las señoras hacía mucho ya que habían cambiado sus endebles zapatos de baile por un calzado más sólido y esperaban envueltas en pieles. Los hombres habían buscado y utilizado el teléfono de Edward para llamar a sus chóferes y esperaban ya de pie, con los abrigos puestos, los sombreros de seda en la mano, en la puerta del salón de baile, mirando hacia el interior distraídamente con la esperanza de ver, si no a Edward, al menos al comandante. Pero hasta el comandante había desaparecido.

La presencia de toda esta gente en la puerta (yéndose de una forma evidente pero tomándose todo aquel tiempo para hacerlo) tenía una influencia debilitadora en la resolución de los que estaban en el salón de baile y que habían decidido aguantar hasta que se sirviese el desayuno. Porque, a decir verdad, no todo el mundo tiene la oportunidad de asistir a tantos bailes como los Devereux y los Smiley. Alguien volvía la cabeza a cada momento despreocupadamente para ver si los desertores que se habían puesto el abrigo aún seguían allí (¡y sí, *seguían!*), luego, con aire pensativo, volvían la mirada hacia la extensión casi vacía de la pista de baile donde el viejo señor Norton, encorvado y sudando pero moviendo los pies tan industriosamente como siempre, seguía arando su solitario surco. Habría estado completamente solo de no ser por el hecho de que había un puñado de los invitados menos distinguidos (las jóvenes Finnegan, por ejemplo, cuyo abuelo poseía la pañería de ese nombre) para los

que un baile era un baile, a pesar de todo.

Por entonces ya se les había ocurrido a varios de los invitados que, aunque pudiera resultar embarazoso irse tan temprano, podría serlo aún más quedarse y encontrarse desayunando *en famille* con los Spencer en una mesa para doscientos comensales.

—¿Dónde demonios *está* ese hombre? —preguntaba el franco capitán Ferguson, en voz alta, desde la puerta con el abrigo puesto. No se refería ni siquiera a Edward, dado por perdido y por completamente loco, sino al igualmente esquivo comandante.

—¡Bueno, no podemos estar esperando toda la noche!

Finalmente los desertores se desplazaron en un convoy de pieles, perfumes, sombreros de seda y humo de puros hacia el vestíbulo. Al abrir con esfuerzo la enorme puerta de la entrada (los criados se habían esfumado, evidentemente, para asistir a su propia celebración, algo más divertida) se encontraron cara a cara con el mismo hombre al que habían estado buscando, el comandante. Llevaba en brazos un gran bulto de terciopelo negro y goteante del que sobresalían dos pies de un blanco azulado y una cara pálida y gimoteante.

El comandante, que parecía tan sorprendido y desconcertado como los que se iban, entró inmediatamente. Más allá, desde el camino de coches que estaba a oscuras, iluminado únicamente por los faros de los automóviles que esperaban, observaban la curiosa escena unos cuantos impassibles chóferes uniformados.

El comandante vaciló unos instantes, lo suficiente para que su goteante y negra carga formase un pequeño charco de agua sobre las brillantes baldosas, lo suficiente también para que los que se iban vieran la oscura serpiente de una espiga de agua colgando balanceante de uno de los esbeltos tobillos.

—Ah, así que se van ustedes —murmuró al fin el comandante con cierta irritación—. Espero que hayan disfrutado de su..., ¡ah!

Sus palabras terminaron con un gruñido mientras el bulto de terciopelo se agitaba malhumorado haciendo que la brizna inerte de planta acuática cayera al suelo. Las damas de las pieles la miraron como si fuese una víbora.

Entre tanto el comandante se había vuelto y caminaba rápidamente escaleras arriba con su goteante carga. Se detuvo de pronto, sin embargo, antes de llegar al descansillo y miró hacia abajo.

—Les digo adiós en nombre de Edward. Me temo que él está indispuesto.

Dicho esto se esfumó, dejando sólo aquella siniestra espiral de hierba acuática como testimonio de su paso. Los invitados en retirada salieron cautamente a la noche.

En cuanto al comandante, llevaba a toda prisa a Padraig por el pasillo camino de la habitación de la ropa blanca, el lugar más caliente y más seco en que pensó. El chico estaba temblando, sus dientes blancos y perlados castañeteaban. ¡Y no era para menos! El agua de la piscina debía de estar helada en aquella época del año. Abriendo de una patada la puerta de la habitación de la ropa blanca, depositó a Padraig en el nido de almohadas y dijo con dureza:

—Ahora quítate el vestido mojado inmediatamente. Espero que esto te sirva de lección, Padraig. Si alguna vez me entero de que andas vistiéndote de nuevo de chica, te tiraré yo mismo a la piscina.

Padraig no dijo nada, pero sus gemidos aumentaron de volumen. El comandante se inclinó y encendió una cerilla para prender el quinqué que estaba en el suelo. Así pudo ver que de las ropas mojadas de Padraig habían empezado a elevarse nubes de vapor. ¡Pobre chico! Los auxiliares no sólo le habían inducido con melosas palabras a que acudiese a una cita junto a la piscina, no sólo le habían arrojado a ella cruelmente, habrían dejado también que se ahogara si no hubiese acudido al rescate el comandante. ¡Pobre Padraig! Recordó cómo Sarah había dicho una vez: «Con las gemelas todo tiene la costumbre de empezar muy bien y acabar dolorosamente».

El comandante, ya en el pasillo, se detuvo a escuchar. ¿Acababa de oír un grito de dolor en algún sitio próximo, tal vez en una de las habitaciones que había a lo largo de aquel mismo pasillo o en el de arriba? Pero todas las puertas estaban cerradas; sólo de la habitación de la ropa blanca salía un fino hilillo de luz amarilla que manchaba la alfombra. El resto estaba a oscuras. ¿El grito de una chica? «¿Una de las gemelas?», pensó angustiado. Pero siguió por el pasillo a toda prisa. Tenía que conseguir un poco de brandy y agua caliente para Padraig, el chico podía coger una neumonía. Tal vez aquel ruido fuese sólo el grito de una gaviota que volase cerca de la casa.

El número de los reunidos en el vestíbulo había aumentado, pero ellos y el comandante se ignoraron mutuamente. Fuera seguían llegando automóviles que iluminaban las verdes extensiones de césped con el barrido de sus faros.

Un viejo caballero de pelo blanco sentado en un sofá, con las palmas apoyadas con dignidad en un bastón repujado de plata, al ver que pasaba el comandante, le reconvino con un firme dedo reprobatorio. Pero el comandante no prestó ninguna atención y continuó apresurado su camino. Apenas había superado el vestíbulo, se encontró cara a cara con la señorita Archer, que le dijo: «Esos condenados jóvenes están causando problemas en el salón de baile. Han amenazado con dispararles a los músicos si paran de tocar. Y han obligado a las sirvientas a bailar con ellos».

—¡Dios santo! ¿No ha visto usted a Edward? Tenemos que encontrarle. ¿Podría usted subirle algo caliente para beber a Padraig? Está en la habitación de la ropa blanca del primer piso. Le tiraron a la piscina. ¡Gracias a Dios la mayoría de los malditos invitados ya se han ido!

La orquesta dejó de tocar justo cuando el comandante llegaba al salón de baile. La música se había hecho histérica, azarosa, un rechinar discordante de violines, un gruñido irritado de violonchelos que daban testimonio del agotamiento y la alarma de los músicos. Luego, bruscamente, en medio del pasaje más frenético, cesó. El silencio era absoluto.

En la puerta había una chica. Se hizo a un lado para dejar pasar al comandante. Era Sarah.

—¿Qué es lo que pasa?

Pero Sarah no le hizo caso, atenta a lo que sucedía en el salón de baile. El comandante la dejó atrás y entró.

Edward estaba de pie en el estrado de la orquesta, con la cara sombría y congestionada de sangre y su cuerpo enorme vibrando de furia. Miraba indignado a los jóvenes inmovilizados como estatuas aquí y allá en la pista vacía. Tras él los músicos metían rápida y silenciosamente sus instrumentos en los estuches y recogían las partituras. Tres o cuatro sirvientas que habían estado bailando con los auxiliares desaparecieron de la pista y se esfumaron.

Edward había empezado a pasear de un lado a otro del estrecho estrado, con pasos breves y violentos... Un atril de madera se interpuso en su camino, lo apartó a un lado de una patada con un estruendo ensordecedor, luego todo se quedó en silencio y sólo se oía el rechinar inquietante de las tablas bajo su peso. Mientras paseaba a un lado y a otro, sus ojos furiosos permanecían fijos en los rostros de los jóvenes de la pista de baile.

Uno de los jóvenes se echó a reír. Y al mismo tiempo penetró por las ventanas abiertas una fría ráfaga de viento, que agitó las cortinas e hizo aletear los manteles, provocó que los regimientos de velas chisporrotearan y se apagaran, y lanzó al aire una ventisca de blancos pétalos de una flor marchita que había junto al bolso olvidado de una dama. Y todos empezaron a reír, balanceándose, gritando de alegría mientras se dirigían despreocupadamente hacia las puertas vidrieras. Aún podía oírseles reír fuera, en la terraza, mientras se alejaban en la oscuridad.

Edward dejó de pasear. Bajó los hombros, parecía enfermo. Pasaron unos instantes y el comandante cruzó la pista y miró desde la terraza para asegurarse de que se habían ido. No vio más que una breve chispa en la oscuridad cuando una botella de vino vacía remontó desde la terraza de abajo, colgó en el aire un momento y luego cayó a plomo hacia el tejado de cristal. Lo atravesó rompiéndolo en una lluvia de diamantes y explotó en el suelo en un millar de fragmentos. Edward, Sarah y el comandante esperaron inmóviles. Del techo de cristal llegó otro estruendo ensordecedor y otra lluvia de cristal, pero esta vez la botella cayó ilesa en los cojines vacíos de un sofá. Y ése fue el final. Hasta entonces no se dio cuenta el comandante de que alguien más había estado en el salón de baile todo el tiempo: sentados en otro sofá, en el rincón más oscuro y sombrío, cogidos de la mano, estaban el corredor de automóviles y su dama.

Pero nadie percibió su presencia y a su debido tiempo desaparecieron sin decir palabra.

—¿Dónde ha estado usted? —exigió agriamente el comandante—. Y muchas gracias por dejarme a mí al cargo de todo.

—Habla de ello mañana —dijo secamente Edward; volviéndose a Sarah añadió—: Debo llevarte a casa.

Se fueron dejando al comandante plantado allí en medio de la pista, entre cristales rotos, lleno de resentimiento.

Aunque el comandante no lo supiese quedaban aún dos auxiliares en el Majestic. Después de la caída de Charity, los dos jóvenes que las habían acompañado, el algo dudoso Matthews y el bien proporcionado Mortimer, se hicieron un guiño y se apresuraron a ayudar a las chicas subiendo con ellas las escaleras. Charity necesitaba esa ayuda; se había puesto de pronto extraordinariamente soñolienta y letárgica; apenas podía mantener los ojos abiertos ni poner un pie delante del otro. Faith, por su parte, subió las escaleras corriendo sin ayuda e incluso tiraba de la manga de Mortimer mientras él, que se había puesto extrañamente parlanchin, se quedaba atrás para charlar con su amigo Matthews (lo que hacía que Matthews se preguntase si su gran experiencia con las mujeres, que le había llevado a elegir a la más ebria de las gemelas, le había guiado en realidad a una elección tan sabia). La verdad era que Mortimer, aunque decidido a poner la mejor cara posible al asunto delante de Matthews (al que había explicado una vez, en un momento de debilidad, unas cuantas conquistas ficticias), estaba claramente alarmado por el giro que habían tomado los acontecimientos y se preguntaba en secreto qué era lo que iba a hacer para..., es decir, él ya *sabía* más o menos lo que iba a hacer, pues había tenido (o casi tenido) una experiencia absolutamente nauseabunda en un burdel de Francia, uno de aquellos «reservados para los oficiales» (resulta estremecedor pensar cómo debían de ser los reservados para la tropa). Incluso entonces, explicando locuazmente en las escaleras cómo el as del criquet Jack Hobbs lanzaba tiros largos sobre el pabellón, no tenía más que cerrar los ojos para ver unos dedos de brillantes anillos apartando gruesas cortinas blancas de gasa para invitarle a adentrarse en alguna atroz oscuridad.

Faith, alegre como una golondrina y con un exceso de energía que no veía en qué podía utilizar, había empezado ya a subir valiéndose sólo de una pierna, con el miriñaque hinchándose atractivamente a cada salto... Pero incluso así se encontraba con que estaba subiendo más deprisa que los otros. Dio marcha atrás para tirar de nuevo de la manga de Mortimer, diciéndole que era una tortuga que debía olvidarse de su insufrible criquet y subir de una vez y... «¡Dios mío! ¡Mira a Catty! ¡Parece que está sonámbula!».

La verdad es que Charity se tambaleaba impotente, con las extremidades inertes como una muñeca, relajada de un modo sobrenatural. Se le cerraban los párpados y tenía que hacer uso de todas sus fuerzas para empujarlos uno o dos milímetros hacia arriba y ver lo que estaba pasando. Subir sin ayuda habría sido del todo imposible pero, por suerte, el hombro de Matthews estaba bajo su axila izquierda, su brazo potente le rodeaba la espalda y una mano como un gancho de acero sujetaba el fondo de su caja torácica como si fuese el asa de una maleta (esto dolía, ella lo sabía, pero por alguna razón no podía sentirlo)... «Es muy decente por su parte ayudarme, en realidad», pensaba constantemente.

—¡Eh! ¿Estás bien, Catty? —decía la cara sonriente de Faith a unos centímetros de la suya, surgiendo de una niebla gris de sueño.



—¡Por supuesto que lo estoy! —dijo malhumorada... O lo habría dicho si no hubiese estado tan ocupada con el peso de los párpados.

—¡Por supuesto que lo está! —Matthews se hizo eco de sus pensamientos, aunque un tanto a la defensiva—. Está perfectamente.

Pero al mismo tiempo empezaba a sentirse cada vez más nervioso pensando que se había equivocado en la elección. Aquélla estaba *demasiado* borracha, o eso o no lo suficiente. Afortunadamente, mientras su mano derecha sostenía a Charity sujetándola por las costillas, con los dedos profundamente hundidos en la carne blanda y elástica de su cintura, la izquierda sujetaba el cuello de una botella de champán frío que había cogido previsor de un cubo de hielo por si pudiera ser necesaria una dosis mayor de anestésico. Pero ¿qué le pasaba a aquel imbécil de Mortimer? ¿Estaba demostrando acaso que era un cobarde a pesar a todas sus bravatas? En cuyo caso...

Pero entre tanto habían llegado al fin a la segunda planta y Faith había elegido dos habitaciones contiguas que sabía que no estaban ocupadas. Los jóvenes, tras depositar a una gemela en cada una de ellas, salieron para una rápida conferencia, sugiriendo Matthews que tal vez pudiese gustarle a Mortimer hacer un cambio... «Yo creo que ésta, en realidad, te prefiere a ti».

Pero Mortimer consideró que su honor estaba en juego y rechazó muy altivamente la sugerencia, aunque sabía (y sabía que Matthews lo sabía) que lo habría aceptado de muy buena gana si no se tratase de una cuestión de honor.

—Pero no vas a ser un canalla, ¿verdad, Matthews? Quiero decir, la tuya está muerta para el mundo.

—La verdad es que en eso estás equivocado. Se muestra interesada...

Matthews y Mortimer se separaron tras este detalle desagradable, el primero con toda la intención de ser un canalla, si es que podía, el segundo decidido a quedar bien (o al menos a no ponerse malo y vomitar como la última vez). Matthews regresó a la habitación donde Charity yacía profundamente dormida sobre un polvoriento cobertor, examinó con ojo experto su forma inerte y se dio cuenta enseguida de que tendría que ser rápido.

No es nada fácil desvestir a alguien que está inconsciente, y Charity llevaba un gran número de capas de ropa. Por fortuna, Matthews era diestro y tenía experiencia en la tarea de desvestir a las damas, porque si no, podría haberse desanimado tanto como para considerar todo el asunto una chapuza, perdiendo con ello una oportunidad caída del cielo. Sabía, además, que era un buen trabajador y estaba orgulloso de su destreza. Aquello era una especie de reto, sobre todo teniendo en cuenta que las ropas que llevaba Charity no eran nada corrientes: miriñaque y enaguas y extraños pantalones con todo tipo de ganchos y cintas y lazos e imperdibles en lugares donde uno no los esperaba. Encendió el quinqué, se quitó la chaqueta e hizo una rápida comprobación preliminar para asegurarse de que lo que debía estar allí *estaba* allí..., y estaba (porque hasta las chicas de belleza divina se ajustan a los mismos principios

generales que sus hermanas más ordinarias). Luego se frotó los dedos helados y se puso a trabajar, con los ojos brillantes de concentración.

Puso a Charity boca abajo, para poder soltar uno a uno los corchetes que le subían serpenteando por la columna vertebral, pero algo se atascó de nuevo por delante, así que tuvo que darle la vuelta, luego la puso boca abajo otra vez para poder desatar media docena de lazos blancos con nudos corredizos. Después tuvo que meter el antebrazo debajo de su estómago para alzarla de la cama unos centímetros, intentando con la otra mano subirle la falda con aquel aro engorroso, pero se encontró con que esto era demasiado difícil y tuvo que parar y rascarse la cabeza perplejo. Estaba claro que la única forma era ir dándole vueltas e ir subiendo la falda unos cuantos centímetros de cada vez.

Charity gruñía cada vez que la giraba, soñando que cruzaba el mar de Irlanda para ir al colegio en medio de una negra tempestad; olas gigantescas la hacían subir y bajar, subir y bajar... Ella nunca se mareaba, por supuesto... Sería demasiado vergonzoso marearse, pero ¿y si el barco empezaba a hundirse? Subiendo y bajando, subiendo y bajando... Ah, no me sorprende que no moviese la falda, pensaba Matthews, había un millón de alfileres en los que ni siquiera había reparado, debía estar perdiendo el tacto... Ahora, a darle la vuelta de nuevo, un firme empujón en la cadera y el hombro y...

—No, no, estira las piernas —murmuró irritado—. Así no llegaremos a ninguna parte... Nos llevará toda la noche.

La temperatura había estado descendiendo constantemente a medida que transcurría la noche. Ya helaba en la habitación. Tenía los dedos tiesos de frío y carecían por ello de su destreza habitual, pero seguía trabajando sin pausa. En un momento estaría tirada en la alfombra la primera capa de ropa. Después de eso, todo sería más fácil.

En la otra habitación también hacía frío; al menos eso pensaba Faith. Estaba sentada en la cama con las rodillas alzadas hasta la barbilla, desnuda y temblando. La habitación estaba completamente a oscuras, sólo un leve brillo anaranjado se filtraba por debajo de la puerta que comunicaba con la habitación de al lado, procedente del quinqué a cuya luz trajinaba Matthews. Mortimer se paseaba arriba y abajo en la oscuridad. Aunque Faith no le veía, sabía más o menos dónde estaba por el sonido de su voz y el ruido de las tablas del suelo que crujían bajo sus pasos.

Él había estado hablando durante unos minutos de un profesor del colegio que se había emborrachado el día de la entrega de premios. Joven, guapo, cortés, con sensibilidad artística, un maravilloso atleta, todo el colegio le quería, desde el alumno veterano más altivo hasta el novato más insignificante, hasta el día en que le vieron haciendo eses por el patio con la toga y el birrete, gritando que la enfermera era una vieja zorra fofa, ante los ojos horrorizados de un montón de padres de alumnos... Pero a Faith le castañeteaban los dientes y, a pesar de todos los esfuerzos, era incapaz de ver la importancia que podía tener aquella historia en la situación en que se

hallaban en aquel momento. ¿Intentaba decir Mortimer que estaba borracho? No, no era eso. Pero ¿qué era entonces? Como no había conseguido entender e identificar, junto con Charity y Viola, en su propia persona una buena parte de los términos técnicos utilizados en el libro forrado con papel marrón que les había prestado Matthews, no sabía muy bien qué era exactamente lo que pasaba al principio; pero el instinto le decía que aquel tipo de preámbulo no era necesario. ¿Se habría desvestido quizá con demasiada rapidez? Por otra parte, ¿qué otra cosa se podía hacer? Si al menos hubiese habido una luz encendida, hubiera tenido la posibilidad de verle la cara y captar alguna clave sobre lo que estaba pensando. Mortimer se había negado incluso a encender una vela. Se había puesto histérico cuando ella encendió una cerilla para ver dónde estaba la cama. Tuvo que ir avanzando a tientas en la oscuridad para encontrarla. Todo estaba resultando decididamente raro y una lata mucho mayor de lo que ella había previsto. Desalentada y triste, apoyó la temblorosa barbilla en las rodillas y se preguntó si no sería mejor renunciar y empezar a ponerse otra vez algo de ropa encima.

Mortimer estaba por entonces hablándole alto y rápido de un tipo del ejército que se había enrolado en un ballenero durante la guerra, con todas aquellas montañas de grasa de ballena, ¡cortándolas con cuchillos de cortar grasa de ballena! Ah, a él podría haberle sido muy útil un cuchillo de aquéllos... La verdad era que le resultaba cada vez más difícil evitar las cortinas de grasa blanca en que estaba envuelta la habitación. Paseando nervioso en la oscuridad perdió del todo el sentido de la orientación de manera que de pronto, se agachó para evitar unas flácidas borlas de grasa que colgaban del techo, se le enganchó un pie en la alfombra, cayó hacia delante, se dio contra la cama y se quedó sin aliento. Faith, aprovechando la oportunidad, echó a un lado la sábana y le inmovilizó contra el colchón plantando en sus labios unos besos parcos y secos.

Cuando recuperó el aliento, Mortimer empezó poco a poco a darse cuenta de que la sensación de acariciar a una chica desnuda no era en absoluto lo que él esperaba... Lentamente las cortinas de grasa blanca empezaron a licuarse por los bordes. Se deslizaban por las paredes hasta el suelo y se fundían en un líquido incoloro que se escurría rápidamente por las fisuras de las tablas del suelo. Su mano tocó un omóplato de Faith, espléndido, duro como una roca, ¡no había nada fofo en él! Luego la mano se posó en la cadera y en la pelvis, sólida como una cazuela de hierro, habría tintineando con la nitidez de la escarcha si se la hubiese golpeado con un tenedor (no había ninguna necesidad de pensar en aquel momento en las tripas esponjosas que podrían estar cocinándose dentro). Después llegaron las costillas, limpias y puras todas como las varillas de hierro de una barandilla, se podría pasar un palo a lo largo de ellas y repiquetearían como una ametralladora, un magnífico y alegre espectáculo (siempre que uno se olvidase de los dos pulpos rezumantes que se movían afanosos viscosamente hacia dentro y hacia fuera detrás de las varillas). «En realidad — pensaba Mortimer—, parece que las chicas son unas criaturitas absolutamente

espléndidas». Pero en ese momento su mano, que estaba planeando en la oscuridad sobre las costillas, aterrizó por desgracia en el amplio pecho de Faith, que huyó sedosamente en todas direcciones, temblando como una gelatina de carne. En ese momento una vasta masa de grasa blanca (de la que por alguna razón Mortimer no se había percatado y que estaba suspendida encima de la cama) se desprendió del techo y cayó, envolviéndole.

En la habitación de al lado Matthews estaba inclinado sobre la cama trajinando con el último nudo obstinado de la región de las vértebras inferiores de Charity; tenía la boca abierta mientras trabajaba, en parte por la concentración, en parte porque estaba acatarrado. Cuando se inclinó aún más, intentando ansiosamente examinar los pormenores de aquel nudo, el vapor que brotaba como humo de sus labios agitó los pelitos rubios que recorrían la espina dorsal de Charity, haciéndola gruñir y murmurar. Intentó incluso levantar la cabeza por un instante. Matthews desvió la vista inquieto hacia su rostro. ¡Iba a despertarse en cualquier momento! ¡Vaya suerte la suya! Estaba ya medio consciente y lanzaba patadas a ciegas a cada momento; en una ocasión le había dado un golpe doloroso en el codo. ¡Ahora que sólo quedaba un miserable nudo por desatar se iba a despertar e iba a fastidiarlo todo!

Sus ojos se desviaron hacia la botella de champán que había en el suelo junto a la cama. Lo mejor era hacerle beber algo antes de que se despejase lo suficiente para rechazarlo. Dejó el nudo y centró la atención en la botella, retirando rápidamente la protección y el alambre del corcho. Cuando empezaba a quitar el corcho, oyó pasos. Se detuvo. Contuvo la respiración.

El ruido parecía proceder del piso de abajo (en realidad, acababa de oír al comandante llevar a Padraig a la habitación de la ropa blanca), pero ¡y si alguien subía hasta allí y veía la luz por debajo de la puerta! Qué explicación iba a dar... ¡Él allí arriba con una potranca medio desnuda! Tendría que decir que acababa de encontrarla así. Tal vez fuese mejor renunciar... Pero el ruido cesó. Volvía a haber un silencio absoluto.

Respiró una vez más. En la habitación de al lado aquel idiota de Mortimer había dejado por fin de pasear y parecía haberse centrado en el asunto. Charity estaba de nuevo tumbada pacíficamente. Consideró que ya no era necesario el champán. Puso la botella silenciosamente en el suelo junto a la cama y volvió, frotándose los nudillos y soplándose los dedos, a lidiar con el último nudo. Era claramente el último, se había asegurado de eso... Charity estaba ya desnuda hasta la cintura; lo único que quedaba era una condenada camisola que le llegaba hasta la rodilla, atada firmemente alrededor de la cintura con (ni más ni menos) una tosca cuerda parda. ¡Era increíble las cosas que llegaban a ponerse las chicas! Había sido Faith precisamente quien le había atado aquel nudo a su hermana... y, para gastarle una broma (Charity no había podido ver lo que estaba haciendo a su espalda), lo había atado todo lo fuerte que había podido, un nudo encima de otro, de modo que Charity no pudiese desatarlo jamás de los jamases. Matthews tenía unos dedos anchos y gordos que se le quedaban

tiosos con el frío aunque había intentado calentarlos en la lámpara. Para colmo de males, tenía la costumbre de morderse las uñas, así que estaba intentando deshacer aquel nudo tan torpemente como si llevase guantes. Podría cortarlo con una navaja, por supuesto. Se detuvo, tentado. Pero no, eso sería hacer trampas. Aquel nudo era un reto y él no era de la clase de hombres que se encogen ante un reto. Además, habían llegado ya tan lejos que no quería pensar que todo el paciente trabajo que había hecho no sirviese para nada. Respirando por la boca seca, con la lengua entre los dientes para concentrarse mejor, se aplicó a la tarea.

¡Y consiguió desatar el paquete! Trabajó, sin embargo, otros tres o cuatro minutos para que su diligencia se viese recompensada al fin. Lo único que tenía que hacer ya era retirar el envoltorio final; sólo habría que darle la vuelta, ponerla boca arriba y luego boca abajo unas cuantas veces más para sacar la camisola y luego..., tendría abierta ya la puertecita cerrada que conducía al jardín de las delicias.

Charity había estado todo este tiempo viéndose lanzada de una forma salvaje de un lado para otro en medio de un mar tempestuoso y se sentía ya mareada de un modo alarmante. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás en el barco correo, con esa sacudida terrible que se experimenta al abandonar por primera vez la protección de la península de Howth y adentrarse en alta mar, y un instante después había naufragado y estaba balanceándose impotente en el agua. El agua estaba helada y ella había perdido toda su ropa (acababa de llegar una ola inmensa y le había hecho dar una vuelta completa, llevándose la última prenda que le quedaba) y luego de pronto estaba echada de espaldas en una roca y alguna atroz Criatura (que se parecía a un león marino negro de camisa blanca y pajarita negra, bastante parecido a una ilustración de *Alicia en el país de las maravillas*), una atroz Criatura estaba intentando empujarla para que resbalara por la roca y volviera al agua negra, y luego una lengua húmeda y rosada estaba lamiéndole las rodillas y un áspero bigote le raspaba los muslos... En ese momento, por azares de la suerte, su mano errante se cerró sobre una piedra muy fría y alargada y ella la alzó y la blandió y golpeó a la Criatura con ella. La Criatura volvió a desaparecer en el agua con un suave gemido... Pero Charity siguió sintiéndose mal hasta que finalmente vomitó descomunal, volcánicamente, sobre un lado de la cama. Luego las olas se calmaron y se sintió ya muchísimo mejor.

La botella de champán no se había roto, sin embargo, cuando le pegó con ella a Matthews (que yacía ahora en el suelo con el cráneo fracturado); sus dedos la habían soltado y yacía como un bloque de hielo entre sus muslos. El corcho, entre tanto, había iniciado un lento y silencioso viaje abandonando el cuello de la botella mientras Charity seguía flotando pacíficamente (y Faith en la habitación de al lado tanteaba en la oscuridad intentando recuperar la mayor cantidad posible de sus prendas de ropa). Finalmente, el corcho acumuló impulso y estalló. De los labios de Charity brotó un largo grito de dolor cuando el líquido helado irrumpió burbujeante sobre la cálida piel de su vientre.

En el piso de abajo el comandante se detuvo y pensó angustiado: «¿Una de las gemelas?»... Pero tenía que pensar en Padraig y siguió a toda prisa.

En la habitación de al lado Faith se detuvo alarmada ante el grito de su hermana, que helaba la sangre, y pensó que tal vez, al fin y al cabo, quizá no fuese tan malo que su propia aventura hubiese resultado un fracaso, mientras junto a ella, en la aceitosa oscuridad, Mortimer pensaba amargamente: «¡Qué canalla ese tipo! Aprovecharse de ella de ese modo...».

Hubo otra persona que oyó el grito. Fue Murphy, que había estado acechando en el pasillo en sombras y había visto subir a las gemelas con sus jóvenes parejas. Rió entre dientes al oírlo; luego su figura descarnada volvió a fundirse en la oscuridad. Cuando se fue, la luz de la luna de una ventana sin cortinas brilló un instante sobre una hoja de metal larga y curva, pues Murphy había subido una guadaña del pajar, para afilarla y engrasarla en el desván donde guardaba sus pertenencias.

Al comandante le parecía que la noche había durado una eternidad, pero el reloj de la repisa de la chimenea del salón de huéspedes (al que se había dado cuerda y se había reparado para que señalase los momentos gloriosos del baile de Edward) apenas había dado las tres. Unos segundos antes el comandante se había visto inesperadamente en el espejo: dos ojos con un halo de preocupación en un pálido rostro le habían mirado fijamente sin pestañear como los de un búho, haciéndole pensar en los casos de neurosis de guerra del hospital, hombres que se pasaban la noche entera sentados en la cama, con los ojos desorbitados, fumando un cigarrillo tras otro mientras intentaban sondear la oscuridad que les rodeaba.

—¡Espero que esto sea una lección para ti!

¡Cuántas lecciones había recibido aquella noche! Pero ¿de qué servían? Cuando las aprendía era ya demasiado tarde. Se iría, pero la vida no se iría con él. La vida se quedaría donde estuviese Sarah; todas las grandes explosiones de alegría tendrían lugar alrededor de ella.

—Bébetelo todo. Hasta la última gota. ¡Si sabe mal, deberías haberlo pensado antes!

La casa se quedó vacía y silenciosa, y sólo se oía algún leve crujido esporádico; el comandante supuso que se trataba de una rata que andaba debajo de las tablas del suelo. Edward había vuelto a desaparecer, dejándole a él al cargo de todo como siempre, pero estaba demasiado cansado para sentir resentimiento. Además, se iría enseguida a la cama.

Estaba junto al fuego moribundo de la chimenea, con un codo apoyado en la repisa y tocándose despacio su revuelta masa de pelo. A su lado, embutidas en batas, estaban sentadas las gemelas, pálidas y escarmentadas, cada una con un enorme vaso de bicarbonato disuelto en agua, que bebían a sorbos abatidas, arrugando la nariz con asco.

—De todos modos, ¿estáis seguras de que no hicisteis nada que no deberíais haber hecho? Si lo hicisteis, es mucho mejor que me lo digáis ahora...

—¡Oh, no, Brendan! —murmuró ásperamente Charity, evitando la mirada del comandante.

—¿A qué te refieres? —inquirió Faith más estratégicamente.

—No importa. Bebeos eso. Venga, respirad hondo y de un trago. Es la única manera.

Media hora antes el comandante se había encontrado con un extraño cuarteto que bajaba lentamente por las escaleras. El primero era Mortimer, gruñendo y despeinado, tambaleándose peligrosamente bajo el peso del cuerpo inerte y sin sentido de Matthews (que se había «dado un golpe en la cabeza en la oscuridad»). Unos cuantos escalones más arriba del esforzado Mortimer bajaban las dos hermanas apoyándose la una en la otra, pálidas como espectros, con la ropa desordenada y en cierto modo..., bueno, *diferente*, no pudo evitar pensarlo (en su estado de debilidad se habían desprendido un poco de aquellas capas más internas que habían exigido la noche anterior que Matthews ejercitase al máximo su habilidad). El comandante, tras lanzar una mirada reprobatoria a las gemelas, se había apresurado a ayudar a Mortimer con su desdichado amigo; el «golpe» había sido un mal golpe, el pobre muchacho había perdido el conocimiento, aunque respiraba sin interrupción.

Cuando depositaron a Matthews en un sofá del vestíbulo, el comandante telefoneó al campamento de Valebridge y pidió una ambulancia. «No, no, fue un accidente», tuvo que explicar varias veces. La ambulancia llegó a su debido tiempo; los hombres que venían con ella miraron alrededor recelosamente durante un rato («No, no tiene absolutamente nada que ver con los fenianos. ¡Simplemente se dio un golpe en la cabeza!») y después se fueron con el pobre Matthews que aún no había recuperado el conocimiento. En realidad, tardó varias horas en recuperarlo, e incluso entonces fue incapaz de recordar cómo se había dado exactamente aquel golpe en la oscuridad, una imprecisión de la memoria que persistió, junto con accesos de visión doble y de confusión mental, durante el resto de su vida.

Las gemelas lanzaron un suspiro de alivio al ver que se lo llevaban. Charity, en particular, experimentó un acceso de alegría y durante un instante casi se olvidó de parecer más enferma de lo que se sentía (ella y Faith habían tenido la presencia de ánimo de empolvase la cara con tiza con el fin de despertar simpatía y eludir el castigo). Se *sentía* enferma, por supuesto, *por dentro*, aunque afortunadamente había vomitado ya el contenido de su estómago. Pero su rostro en el espejo le había parecido demasiado reluciente y sano. Fue una lata que el comandante insistiese en que debían beberse aquella cosa asquerosa pero, en cierto modo, era también confortante. Después de todo, aquella noche se habían llevado un buen susto. ¡Se acordaría por una vez de rezar sus oraciones!

Finalmente, las gemelas en la cama y rebosantes de bicarbonato, el propio comandante subió las escaleras, aunque no sin comprobar una vez más mentalmente

que se había ocupado de todo... ¿Las gemelas? Sí. ¿Padraig? Fue enviado a casa con ropa seca. ¿El maldito tutor? Se ocuparía de él mañana. ¿Los invitados? Bueno, nada se podía hacer respecto a ellos. ¿Sarah? Olvídate de ella. ¿La señora Rappaport? Desarmada y en la cama, por lo que él sabía. ¿Y Sarah? Olvídate de ella. Pero ¿cómo podía? Debía. ¿Y Sarah? Piensa en ella mañana, tal vez. ¿Y Sarah?

En su habitación hacía un frío glacial; las sábanas de la cama estaban húmedas y heladas. Cansado y desesperado, esta falta de confort le resultaba casi insoportable. ¡Si hubiese tenido al menos una bolsa de agua caliente! Estaba allí acostado, anhelando confort físico lo mismo que, anteriormente durante la velada, había anhelado dulzura. Por supuesto, una bolsa de agua caliente era algo impensable.

«De todos modos —reflexionó—, no conseguiré quedarme dormido así». Pero, agotado por la felicidad, la decepción, la desdicha, la amargura y el caos que se habían sucedido unos a otros a lo largo del día, se quedó dormido pese a todo, olvidándose de apagar las velas que había encendidas junto a la cama.

Aún seguían encendidas cuando despertó poco después; de hecho, apenas se habían gastado más de un centímetro o dos. «Adelante», dijo, porque alguien estaba llamando a la puerta. Esperaba ver aparecer a Edward; era muy propio de él despertar a la gente sin la menor consideración porque sentía de pronto necesidad de apoyo. Pero no era él, era la cocinera.

—¡Tiene que venir inmediatamente! —exclamó sin aliento—. ¡Abajo está el diablo!

Y soltó un torrente de palabras que al comandante le resultaron completamente incomprensibles. La miraba asombrado.

Había tenido muy poca relación con aquella mujer desde los tiempos de la enfermedad de Angela en que se había acostumbrado a acechar en la escalera a la hora de las comidas. De hecho, había procurado evitarla porque ella aún mostraba indicios de sentirse incómoda en su presencia. Resultaba por ello más sorprendente aún que estuviese ahora allí plantada en su puerta, su figura gorda envuelta en lo que parecía una guerrera del ejército, botas de hombre sin atar en los pies, y el pelo canoso que normalmente llevaba recogido en un moño caía ahora libre sobre los hombros.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con aspereza—. ¿El demonio? Hable usted claro y despacio. No la entiendo.

Pero la cocinera se lanzó a hablar más deprisa que nunca, repitiendo las mismas frases misteriosas una y otra vez mientras el comandante intentaba en vano encajarlas en algún significado coherente. ¿Estaría hablando quizá en irlandés? ¿O se trataba sólo de su paladar defectuoso, unido, sospechaba él, a la ausencia de dientes?

—¡Espere! —dijo con severidad (aquello era algo que no debía estimularse)—. Iré a verlo yo mismo.

Echó a un lado la ropa, haciendo que la cocinera se apartase de la puerta recelosamente, interrumpiendo bruscamente su discurso. No le prestó la menor



atención, se puso las zapatillas y la bata, anudándola firmemente a la cintura. Por entonces la cocinera ya se había esfumado por el pasillo, pero cuando se apresuró a seguirla y dobló una esquina vio delante de él una vela chisporroteante, la llama horizontal por el apresuramiento de su portadora, las botas de hombre golpeteando torpemente en sus pies descalzos. Al bajar las escaleras, la vela, brillando a través de las barandillas, formaba torpes e hinchadas ruedas de carreta que les acompañaron en su descenso hasta el vestíbulo.

La casa estaba completamente a oscuras. Todo el mundo se había retirado a dormir. Pero no, aún brillaba un resplandor de luz por debajo de la puerta del estudio. La cocinera señaló hacia ella y retrocedió.

La escena en el estudio era deprimente. Había sido imposible limpiar a tiempo para el baile todas las habitaciones de la planta baja; para que los huéspedes no se cubriesen de polvo se había considerado preferible cerrar con llave los sitios que se encontraban en peor estado. Una de las lámparas de gas estaba encendida, pero no se reflejaban brillos de respuesta en el mobiliario cubierto de polvo ni en los paneles; tan sólo irradiaba un brillo impreciso y solitario del hada de cristal que la señora Bates había dado la vida por colocar encima del reloj de pie; el resto de los adornos navideños aún colgaban de los rincones del techo, grises y siniestros como los instrumentos de una araña gigante.

De pie, con la cabeza directamente interpuesta entre la luz de gas y el comandante, de manera que la cara quedaba oculta en la oscuridad, había un hombre pequeño. Su sombra alargada se proyectaba gigantesca por la extensión despejada de suelo hasta envolver al comandante. De hecho, todas las sombras parecían brotar de él y de aquella luz solitaria que había detrás de su cabeza, lo que le daba la apariencia de una araña negra en el centro de otra tela. El comandante no fue capaz de reconocer la silueta. Pero resultaban inconfundibles los tonos deferentes aunque agitados con que el hombre empezó a hablar avanzando hacia él. Era el señor Devlin y lamentaba muchísimo molestar al comandante a aquella hora imperdonable, pero él le perdonaría, sin duda, cuando supiese el motivo... («¿Es que este condenado individuo es incapaz de hablar sin rodeos?», se preguntó el comandante, apretando los dientes).

—Sí, sí. ¿De qué se trata?

Se trataba de su hija, Sarah, aún no había vuelto a casa y aunque él sabía que estaba en buenas manos... En resumen, había oído que el baile había terminado antes de lo que se esperaba, pero no tenía que preocuparse, todo el mundo había dicho que había sido un gran éxito, y por eso, dado que había tantos problemas en el país...

—¿Sarah? ¿Qué hora es? —se había dejado el reloj en el bolsillo del chaleco. Pensó en las velas que había dejado encendidas en su habitación.

—El señor Spencer la llevó a casa..., hace quizá una hora, tal vez más. Yo diría que más. ¿Dónde *está* el señor Spencer?

Miró a su alrededor buscando a la cocinera pero, por supuesto, había

desaparecido.

Cogió por el brazo a Devlin y le llevó más cerca del solitario chorro de gas para poder verle la cara. De la oscuridad llegó un maullar débil e inquieto y una dislocación de sombras. Habían vuelto los gatos. Por un momento pensó que el aullido procedía del propio Devlin.

Pero Devlin había empezado también a hablar, en un tono agudo y frenético que al comandante le crispaba los nervios. ¡Él ya se había dado cuenta! La había advertido contra ello... Pero no, ella no escuchaba. Ninguna chica decente saldría de casa con aquellos demonios borrachos sueltos. ¡Él se lo había advertido! Habían pasado arrasando por Kilnalough hacía menos de una hora y ella aún no había vuelto a casa... Estaba tan ilusionada por bailar con la gente fina, bueno, eso era lo que había sacado en limpio. Él había visto el daño que habían hecho... Habían volcado las lecheras de manera que la calle principal era como un río blanco, el escaparate de Finnegan tenía un agujero negro en forma de estrella, y los restos del escaparate del carnicero estaban debajo del antepecho como un montón de nieve. Y estaban vestidos con sus mejores galas, con sus trajes de fiesta como caballeros. ¡Ja, menudos caballeros! Había oído chillar a unas chicas. Y ella aún no había vuelto a casa... El responsable era él, el comandante. La había dejado a su cuidado. Él no era un caballero. En realidad, era un cerdo y un canalla por dejar a la chica en una noche como aquélla... Ay, una inválida y sin protección... Y el señor Spencer se creía que podía comprarle, a Devlin, con su dinero y su charla hipócrita, ¿qué clase de hombre era aquél? ¿Me ha oído usted?

El comandante zarandeó a Devlin con tanta violencia que sus últimas palabras brotaron entrecortadamente. Luego se calló.

—Sarah estará absolutamente segura con Edward. Nadie la tocará.

—¿Nadie, verdad? —dijo Devlin con una risilla—. ¿Y dónde está en este momento? Dígamelo. Absolutamente segura con él, dice usted... ¡Él es peor que ninguno de ellos!

—¡Está hablando usted de un caballero! —replicó el comandante—. El señor Spencer es un hombre de honor.

Devlin se calló, avergonzado. El comandante le miró detenidamente a la cara, seguro de que había estado bebiendo. El director del banco parecía por una vez sucio y despeinado; el pelo, peinado y lubricado, se le había caído sobre la frente, curvándose ridículamente hacia arriba como un par de cuernos. Llevaba los pantalones sujetos con pinzas de bicicleta. «Son todos iguales —musitó el comandante—. Incluso cuando ostentan cargos de responsabilidad pierden el control a la primera señal de problemas».

—Oiga, vino aquí en bicicleta. Dios sabe cuánto debió tardar en llegar. Lo más probable es que su hija esté ya de vuelta en casa.

Devlin no prestaba ninguna atención, sus ojos se habían extraviado en las sombras y murmuraba incoherentemente. «Él ha sido buenísimo... Ella era una

inválida... Los mejores médicos, yo estoy, desde luego, señor, más agradecido de lo que puedo explicar... Ay, no era el tipo de gasto que yo habría podido permitirme... ¡Él lo hizo todo por ella! Nada era demasiado...».

—Debe usted irse a casa, Devlin. Sarah estará perfectamente. Yo respondo de ello.

Pero Devlin estalló de pronto.

—Él ha sido buenísimo... ¡Él ha sido un cerdo!

Este grito resonó huecamente por las paredes paneladas, agudo como el grito de una muchacha. Fue seguido de unos instantes de absoluto silencio.

—Debe irse a casa, Devlin. Vamos, sea bueno. Le acompañaré hasta la puerta.

Y el comandante cogió por el brazo al director del banco y le hizo girar hacia la puerta. Al hacerlo percibió una llama de luz azulada en los ojos de Devlin. Pero era sólo el brillo reflejado de la lámpara de gas. Cuando llegaron al vestíbulo, Devlin se había recuperado un poco y se excusaba con voz baja y monótona por haber hecho que el comandante se levantase de la cama a aquella hora, debía de estar cansado después del baile, según había oído había sido todo un éxito; el comandante debía perdonarle que se hubiese tomado aquella libertad debido a las circunstancias desesperadas... La última vez que se habían visto y habían tenido una gratísima charla, el comandante le había dado a entender que el bienestar de cierta señorita era importante para él, ¿no había sido así? Y con todos los gritos de los borrachos y los cánticos y el destrozo de escaparates y el acoso a chicas respetables, él había considerado que tenía el deber de tomar la grave decisión de pedir ayuda...

—¡Cállese, por el amor de Dios! Váyase a casa y duerma un poco y hablaremos del asunto por la mañana. Deben de ser casi las cinco. ¡Venga! ¡Ahora buenas noches y váyase derecho a casa!

Devlin se había quedado parado, indeciso, en lo alto de la escalera. Parecía ansioso por seguir con sus disculpas pero al comandante se le había acabado la paciencia. Volvió a entrar y cerró la puerta. Luego, sin esperar a ver si Devlin se había ido de una vez, subió las escaleras camino de su cama. «¿Y Sarah?», pensó mientras se metía entre las sábanas.

—¡Despierta, Brendan! ¡Despierta!

El comandante estaba flotando en el agua negra y blanda de una cantera abandonada. La profundidad del agua era tan grande que cuando cayó una piedra blanca aún pudo verla minutos después, haciendo guiños en la oscuridad mientras se hundía. También él se iba hundiendo, bajaba y bajaba. «La muerte es la única paz en la tierra», pensaba mientras se hundía.

—¡Despierta!

Una mano le tocó y se incorporó sobresaltado. La habitación estaba a oscuras y no podía ver nada. Pero sabía que ya no estaba soñando: una mano le apretaba la

muñeca, un aliento cálido le abanicaba la mejilla.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde están las cerillas? No veo nada —era una de las gemelas.

—¿Qué pasa?

—Brendan, ¿estás despierto?

—Sí, ¿qué pasa?

—Hay una lucha terrible abajo. Creemos que deben de ser los fenianos.

Encendió una cerilla, iluminando a Charity. La alzó sobre su cabeza, buscando las velas del comandante. Luego la oscuridad se tragó la llama; encendió entonces otra cerilla, esta vez al otro lado de la cama, y Charity estaba ya encendiendo las velas.

—Nosotras estamos demasiado asustadas para bajar.

Incapaz por un momento de recordar los acontecimientos de las últimas horas, el comandante aguardó con temor instintivo a que la conciencia empezase a echar a rodar los primeros guijarros que generarían una avalancha de desastres memorizados. Luego, cuando fueron cayendo sobre él un recuerdo tras otro, desplazó sus miembros drogados por el borde de la cama y se frotó cansinamente la cara. Se levantó y durante un rato buscó en vano su bata, hasta que se dio cuenta de que la llevaba puesta.

—Bajaré a ver qué pasa. Será mejor que esperéis aquí y que cerréis la puerta si oís que viene alguien. Meteos en mi cama porque si no cogeréis un catarro.

Tenía la impresión de que nunca se acabaría aquel peregrinar por los pasillos vacíos y a oscuras del Majestic. ¿Qué hora sería? ¡Debería ser de día! Pero las ventanas negras ante las que pasaba sólo se iluminaban con el reflejo de la llama de su vela.

Después de la oscuridad del pasillo, el estudio parecía de una claridad deslumbradora. Sosteniendo aún la vela y sin reparar en las gotas de cera caliente que se deslizaban por sus dedos apretados, el comandante se paró en la puerta y recorrió con ojos horrorizados la estrambótica escena de destrucción que le recibió. El suelo estaba cubierto de cristales rotos y tazas de plata empañadas. Un cartel enmarcado de Spy que había estado colgado sobre el escritorio yacía en el suelo, con el cristal cubierto por una telaraña de grietas; el propio escritorio estaba vacío de objetos, sólo un tintero volcado vertía aún un constante goteo negro sobre la alfombra polvorienta. Había rastros del caos incluso en el aire, nebuloso de polvo blanco y de ceniza de turba, que esparcida también por el suelo cubría hasta la mitad de la estancia procedente de las ascuas de la chimenea, en la que había, además, un zapato de hombre ardiendo lentamente. Más allá de la chimenea había un aparador con estantes abiertos que había sido empujado hacia delante y había descargado un montón de libros y media hilera de copas polvorientas de brandy, las cuales estaban en posición invertida en el suelo. Mientras el comandante observaba se desplazó hacia delante otra copa, se cayó de la estantería más alta, giró lentamente en el aire y se disolvió en un brillante soplo al impactar en el borde del aparador.

En medio de toda esta confusión estaba sentada Sarah, sola.

—Vete, Brendan —dijo con calma—. Las cosas son ya bastante complicadas.

Y como el comandante ni se movía ni hablaba, añadió impaciente:

—Edward es un imbécil, una criatura absurda y lastimosa. ¡Madre de Dios! Y en cuanto a mi padre... Creía que iba a matar de verdad a Edward... Y ni siquiera eso sería capaz de hacer como es debido.

Estaba sentada con las piernas encogidas en un sillón de cuero hondo. Tenía echada por los hombros una enorme manta caqui que colgaba hasta el suelo en un cono irregular. Un brazo desnudo sostenía la manta pegada a su barbilla. Los ojos del comandante, heridos por la desnudez de aquel brazo, se desviaron y resultaron inmediatamente heridos de nuevo, de mayor gravedad: esta vez por una puerta que había junto al escritorio que estaba abierta y daba a una habitación adjunta. No había visto nunca aquella puerta abierta. Dentro pudo vislumbrar una cama de hierro y una maraña de sábanas sucias.

—¿Resultó alguien herido?

—¿Herido? —exclamó alegremente Sarah—. Si hubiesen conseguido herirse entre ellos, no habrían parecido tan ridículos... ¿Por qué todo el mundo es aquí tan ridículo? Sí, usted es ridículo también, mirándome con esos ojos de cordero degollado... ¿Es que no puede usted adivinar lo que ha pasado? ¿Le cortó el cuello a Edward? Eso al menos habría tenido cierto sentido... ¡Pero no, ni siquiera eso! Lo único que hizo fue gritar que su honor estaba mancillado... ¡Como si él tuviese algún honor! Dijo que Edward me había comprado por treinta monedas de plata... Naturalmente, Edward no sabía qué decir a todo esto. Oh, los dos me dan asco. «Bueno, mire usted, señor Devlin, ¿no podemos ser razonables sobre este asunto?». Ah, y mi padre estaba borracho, por supuesto, porque si no no se le habría ocurrido nunca agredir a un miembro de la aristocracia, a una persona distinguida, a un caballero protestante... A uno de sus propios clientes del banco. ¡Dios mío! ¿Se puede imaginar qué audacia? Oh, sí, y Edward... No crea que él estuvo mejor. Estuvo peor, dispuesto a humillarse también... Y yo que pensaba que era un hombre con dignidad, esto me demuestra lo tonta que soy. Debería haberles visto pelear, era para morirse de risa. ¡Me dan ganas de vomitar!

Sarah se había puesto pálida y en contraste con la palidez de la cara sus ojos parecían negros y muy grandes. Como para dar mayor sustancia a sus palabras, se inclinó hacia delante, asomando la cabeza por el brazo del sillón como si estuviese, realmente, a punto de vomitar. El comandante se acercó para confortarla, pero se detuvo de nuevo. Doblado sobre el brazo del sofá sus ojos chocaron con el rectángulo de seda gris que podría haber sido un vestido de mujer. Se quedó quieto, absorbiendo dolorosamente cada detalle; cuando volvió la cabeza y apartó la vista, hasta el hilo más diminuto quedó cosido en su memoria. Tenía el convencimiento de que Sarah estaba desnuda debajo de la manta. Sobre el brazo al descubierto, cerca del hombro, vio la marca azul de un golpe y con los ojos de la imaginación vio a Bolton de pie

junto a su silla en el baile, con el índice y el pulgar alrededor de aquella piel suave.

—¿Dónde están ahora?

Sarah alzó su cara blanca y le miró fijamente sin entender.

—Edward se lo llevó a casa cuando terminaron de pelearse —acabó diciendo—. Yo no habría ido con ellos de ninguna manera. ¿Qué piensa usted? Ahora probablemente sean los mejores amigos del mundo. Antes de irse ya estaba empezando disculparse. «Debe comprender usted mi posición, señor Spencer...», y Edward le decía que sí, que claro, que él, mi padre, tenía todo el derecho, que comprendía lo que era tener hijas... Edward le tenía un miedo terrible..., nunca he visto a nadie que pareciese tan nervioso y tan culpable y tan miserable. ¡Era repugnante!

El comandante dio unos pasos adelante y se arrodilló junto al fuego para sacar de las cenizas el zapato; la suela de cuero estaba negra y carbonizada. La sopló y alzó una ventisca de ceniza blanca que se asentó indecisa en la chimenea. Le escaldó los dedos un diluvio de cera blanca, que le recordó que aún sostenía la vela. La tiró al fuego y se limpió los nudillos de cera con un resentimiento sordo, mirándose los dedos fijamente. Sarah se entregó entonces a un amargo llanto, pero el comandante siguió limpiándose la cera de los nudillos. Luego, cuando acabó, se plantó ante el sillón de Sarah y cogiendo su brazo desnudo intentó besar su cara mojada. Ante su resistencia forcejeó con ella, tirando de la manta que la cubría: «¡Putas asquerosas!». Tenía la seguridad de que estaba desnuda debajo de la manta. Ella le pegó con fuerza en la cara. Él retrocedió sorprendido y al cabo de un momento dijo:

—Lo siento muchísimo, Sarah.

Pero Sarah no parecía enfadada. Se limitó a decir con indiferencia:

—No pasa nada, Brendan. Pero ahora váyase, por el amor de Dios. No podría soportar otra escena esta noche.

—¿Puedo llevarla a casa?

—No. Telefoneé a un amigo para que viniera buscarme. Llegará en un momento.

Su habitación estaba a oscuras y él había dejado la vela abajo. Hasta que no llegó a la cama y tanteó buscando la ropa no se acordó de las gemelas.

—¿Estáis despiertas?

—Sí.

—No era nada serio. Podéis volver a vuestra cama. Se cayó una estantería de libros en el despacho de vuestro padre.

—¿Podemos quedarnos? Casi está amaneciendo y nuestras camas estarán heladas.

—Por supuesto que no.

—¿Sólo un ratito?

—No, de ninguna manera. Volved a vuestras habitaciones.

Pero las gemelas no hicieron ningún movimiento y el comandante estaba demasiado cansado para discutir. Se quedó allí de pie un rato en la oscuridad sin pensar en nada, luego se quitó la bata y se metió en la cama.

—Bueno, sólo un ratito.

Era reconfortante, tenía que admitirlo, tener un cuerpo caliente al lado. En realidad, tenía dos cuerpos calientes a su lado, porque una de las gemelas se había bajado de la cama y rodeándola se había metido en el otro lado. El comandante formuló mentalmente las palabras con las que iba a reprenderlas y con las cuales las dos se irían otra vez a sus camas frías, pero las cuerdas vocales parecían estar paralizadas por el cansancio y la desesperación... Y fue así, en medio de aquel emparedado casto, cálido y celestial, como el corazón roto del comandante se durmió por fin. Un leve aroma a vino y sudor empezó a perfumar el aire alrededor de aquel lecho pacíficamente dormido, ya que las gemelas no sólo se habían olvidado de rezar sus oraciones sino que se habían olvidado también de lavarse.

Empezaba a entrar, por fin, la claridad en el Majestic. La brisa del mar que había hecho estremecerse a los pocos invitados que habían quedado hasta última hora había cesado de nuevo y todo estaba quieto. En unos minutos amanecería: el sol naciente calentaría la piedra erosionada por la intemperie que miraba al mar.

Y fue precisamente entonces cuando llegó en su coche ligero de dos caballos el señor O'Flaherty con los tres ayudantes que trabajaban para él. Era el restaurador local a quien le habían encargado el desayuno para el baile (la otra firma de restauradores había regresado a Dublín después de la cena). O'Flaherty se había acostado pronto el día anterior para estar en perfectas condiciones a la hora del desayuno, así que no le había llegado aún la noticia del desenlace del baile. Se sorprendió, ciertamente, al encontrarlo todo tan silencioso, pero eso no era asunto suyo, claro está. Los invitados habrían estado retozando y bailando toda la noche. Así que debían de estar bastante cansados a esa hora.

Los empleados, cargados con cestos de huevos y bandejas, iban tras él mientras efectuaba su digno recorrido camino de las cocinas, que estaban en unas condiciones espantosas (O'Flaherty chasqueó la lengua reprobatoriamente). Era un hombre corpulento, muy colorado de cara, un feniano por convicción pero que desaprobaba la violencia (en realidad, cualquier tipo de exceso). Desaprobaba un gran número de cosas, en términos generales, por lo menos; en los casos concretos tendía a ser tolerante. Desaprobaba a la gente «fina» angloirlandesa, que le parecía ociosa, amiga del lujo y además, muy a menudo, corta de entendederas. Desaprobaba los Bailes de Cacería y patochadas similares. Pero tenía un trabajo que hacer y se proponía hacerlo.

—Hay que ver cuánta suciedad... ¡Así son estos dublineses!

Mientras sus empleados limpiaban las cocinas subió a llevar la plata. Porque parecía que a aquella gente la porcelana ordinaria no le bastaba, ellos tenían que comer en platos de plata y tomar café en cafeteras de plata. Edward le había indicado el armario en que estaba guardado aquel tesoro resplandeciente y le había hecho entrega de la llave. El señor O'Flaherty no pudo evitar un sentimiento momentáneo

de orgullo ante aquella confianza depositada en él, y tal vez esto paliase un poco la idea desagradable de que mientras el señor Spencer y sus invitados comían en vajilla de plata había gente en el oeste de Irlanda que casi no tenía nada que llevarse a la boca.

Se cascaron los huevos en tazas dejándolos preparados para la sartén, se extendieron las lonchas de tocino al lado de los montículos de riñones, se pusieron a hervir los calderos de agua para las teteras y las cafeteras de plata. Cuando todo estuvo dispuesto el señor O'Flaherty se llevó arriba con él a dos de sus empleados, con pilas de platos calientes que les llegaban hasta los ojos, dejando al tercero para que empezase a freír y a tostar.

Con un limpio gorro de cocinero firmemente asentado en la cabeza avanzó por el salón de baile con pasos cortos y dignos. Estaba extrañado, sin embargo, por la extraña quietud del lugar. No había oído por el pasillo más que, una vez, el chillido lejano de un gato. Las paredes devolvían aquel eco especial que uno solo parece oír en habitaciones desiertas. De todos modos, para no quedar mal delante de los empleados mostrando que estaba extrañado, no hizo ningún comentario. Su expresión continuó tan seria e impasible como si todo fuese absolutamente normal. Además, uno nunca sabía cómo iba a comportarse aquella gente. Aunque les encontrase (y se le había ocurrido la posibilidad) tumbados por allí en el suelo «inmovilizados por la bebida», su tarea no era hacer comentarios sino servir el desayuno a los que se pudieran reponer lo suficiente para participar de él... y eso era lo que se proponía hacer. Pero en el salón de baile no había ni un alma.

El señor O'Flaherty avanzó hasta el centro de la pista con pasos medidos, y la cara aún estudiadamente impasible. Los ojos que atisbaban tras él por encima de las pilas de platos reflejaban sorpresa y asombro. Ah, pero ahora tenía que mirar dónde pisaba porque pasaba rechinando por toda una capa de cristales rotos; ¡había cristales rotos por todas partes y flores marchitas y colillas de puros y sólo Dios sabía qué más! «¿Has visto alguna vez algo parecido? Qué gentuza», pensó.

—Decidle a Christy que deje de freír hasta que sepamos lo que vamos a necesitar... Luego subid los platos, las tostadas, el té y el café, todo lo que haya hecho ya.

Echó un vistazo cauteloso en la terraza, que estaba también plagada de cristales rotos. «¿Qué es lo que habrán estado haciendo? —se preguntó—. ¿Habrán tenido una trifulca o qué?». El sol había salido ya. Iba a hacer un día espléndido. El olor del campo en primavera... Aspiró una profunda y satisfecha bocanada, pero luego recordó su deber y, sacudiendo la cabeza pesaroso, volvió a entrar para organizar a los muchachos en las mesas del bufet y decirles dónde tenían que ponerse.

A las siete aún no había el menor indicio de que alguien quisiese desayunar. Los primeros platos, aunque caldeados durante un rato con agua caliente, habían tenido que vaciarse y volverse a llenar, aunque era una vergüenza desperdiciar una comida tan buena.



—Mantente derecho, Paddy, y deja de moverte o verás lo que es bueno.

Él era el único de los tres al que le estaba permitido moverse. Y les resultaba duro estar allí quietos sin nada que hacer.

De pronto entró por la puerta vidriera con pasos nerviosos una hembra de pavo real. Buscaba a la majestuosidad verde azulada de larga cola que había sido su pareja. Picoteó un rato por allí en medio del cristal roto, observada por los tres hombres silenciosos de delantales y gorros blancos. Finalmente el señor O'Flaherty arrancó la punta de una tostada untada de mantequilla e inclinándose con un suspiro se la ofreció en la palma de su gorda mano. La pava la cogió y se la comió distraídamente, mientras una leve brisa agitaba las plumas color galleta de su pecho. Luego corrió inquieta de nuevo a la terraza a proseguir su búsqueda. Fue el único cliente del señor O'Flaherty aquella mañana.

Era casi mediodía cuando el comandante despertó. La doncella estaba abriendo las cortinas para dejar entrar una cascada de claridad dorada y las gemelas aún estaban en la cama con él, a punto de estallar de risa. La doncella y él se miraron un instante fijamente con mudo horror; luego echó a las chicas de la cama a toda prisa y, con todo el valor que logró reunir, las mandó salir con un sonoro azote en sus gordos traseros. Pero una mirada furtiva a la doncella le bastó para darse cuenta de que aquel gesto juguetón sólo había servido para empeorar las cosas.

Edward estaba arrepentido. Se había comportado como un necio y merecía el desprecio del comandante. Había sido débil y lo sabía. Había resbalado pero, por un milagro, no había caído.

El comandante supuso que estaba refiriéndose a su relación física con Sarah y por un momento se alegró. Pero no, Edward se refería a caer como había caído Ripon: en otras palabras, convertirse en simple masa en manos de una dama católica, transformándose con ello en esclavo de Roma. Era un camino resbaladizo que terminaba en el matrimonio, que terminaba a su vez en acabar con la propia fe arrancada de raíz.

—No sea absurdo, Edward —dijo suspirando el comandante, que no habría deseado nada mejor—. Esa idea de la Iglesia romana es pueril y su maravillosa fe, si quiere que le diga la verdad, no es nada más que una vaga superstición que le hace ir a la iglesia los domingos.

—No sabe usted lo que es vivir en Irlanda.

—Oh, sí que lo sé. Olvida usted que llevo ya algún tiempo viviendo aquí.

A Edward se le ensombreció la cara pero estaba demasiado atribulado para discutir el asunto.

—Fui yo quien cedía ante ella, ¿sabe, Brendan? No al revés. —Como el

comandante no contestaba añadió—: ¿Podría usted llamar a Murphy para que traiga más agua caliente?

Estaban en el lavadero, Edward dándose un baño. La caldera, forzada por encima de su potencia por todo lo que se había lavado antes del baile, se había estropeado, pero el deseo de bañarse de Edward fue demasiado fuerte para rechazarlo. Hundido en la bañera, se apoderó de él un gran deseo de confesar, o, si no exactamente de confesar (ya que, en realidad, él no había hecho nada que fuese tan terrible), al menos de compartir sus problemas con alguien que pudiese entenderle. De ahí la presencia del comandante.

El comandante creyó, al principio, que le había llamado para compartir con él el asunto de Ripon, porque Edward había empezado a describir la escena que había tenido lugar la noche antes, cuando había ido a buscar a su hijo después de la cena para darle un cheque... Cómo había encontrado a Ripon emboscado en la biblioteca, hojeando para pasar el rato un libro sobre enfermedades genitourinarias que había cogido de la estantería. ¿Y qué había hecho con su esposa? Debía de estar suspirando por él en alguna remota habitación destinada a las damas. Ripon, al parecer, no mostraba mucho interés por ella últimamente. Al ver a su padre se había sobresaltado con un aire de culpa y había vuelto a poner el libro en la estantería. Edward avanzó hacia él, blandiendo el cheque. Ripon lo había cogido, lo había leído (se trataba de una suma respetable) y pareció quedarse desconcertado... ¿Para qué era aquello?

—Sé que debes andar corto de dinero. Siento no poder darte más, pero he arañado lo que he podido —le dijo Edward con brusquedad.

—Pero, papá —gritó Ripon, metiendo el cheque en el bolsillo de arriba de la chaqueta de su padre—. ¡No tienes por qué hacerlo! No lo necesito... Mira, echa un vistazo a esto.

Y empezó a sacar gruesos fajos de billetes de todos los bolsillos, tirándolos en la alfombra delante de él hasta que sus zapatos quedaron prácticamente tapados por el montón de dinero.

—Mira, papá, ¿por qué no coges algo para ayudarte con los gastos? No, en serio, venga, sírvete tú mismo. Hay muchísimo más en el sitio de donde vino éste.

Ripon, con los ojos húmedos de generosidad, se quedó allí plantado invitando a su viejo y estirado padre a que se sirviera del montón de billetes.

—Cógelo todo si quieres. Es bastante fácil conseguir más.

Edward había dejado de hablar. El comandante miró comprensivo pero consideró que era mejor no decir nada, percibiendo que lo peor estaba aún por llegar.

El lavadero era un sótano enorme y desolado, una continuación de las cocinas; hileras de arcos góticos se perdían en la distancia verdosa e imprecisa, todos ellos hechos de piedras toscamente encaladas. Tinas, pilones, un escurridor de ropa con rodillos gordos como buzones, unas cuantas bandejas de arrugadas manzanas de algún verano de mucho tiempo atrás, piezas de maquinaria cubiertas de grasa cuidadosamente colocadas sobre un hule pero luego olvidadas (pertenecientes quizá

al difunto generador «Haz Más»)... El comandante miraba a su alrededor con melancólico interés.

La cabeza de Edward, la única parte visible de él sobre el agua oscura y jabonosa, era entrecana y tenía la mirada errática. Lo más probable era que no hubiese dormido nada. El asunto de Ripon había sido, sin duda, bastante humillante, pero era el asunto de Sarah lo que más le dolía. No parecía ocurrírsele que el comandante pudiese ser aún sensible a aquel tema; estaba demasiado ocupado con su propia aflicción. «¡Qué egoísta es!».

Apareció Murphy con una jarra de agua humeante. Al pasar miró al comandante con una sonrisilla de complicidad... ¡Aquella maldita criada debía haber propagado la noticia entre el servicio! Edward esperó a que el anciano criado vertiera los contenidos humeantes de la jarra entre sus rodillas, luego continuó con su divagatoria descripción de cómo había estado a punto de caer en la trampa papista. Se había quedado muy solo después de la muerte de Angela, insoportablemente solo: el comandante (su «único amigo íntimo») en Londres con su tía moribunda, las gemelas aún no habían sido expulsadas del colegio, Ripon fuera todo el tiempo, dedicado a preparar su deshonoroso matrimonio, el Majestic poblado como estaba con su escaso pelotón de huéspedes del siglo pasado, el melancólico invierno irlandés asentándose... ¿Qué tenía de raro que le atrapara entre sus mandíbulas una depresión férrea, como una trampa de osos?

Edward, sumergido en la bañera, había ido hundiéndose gradualmente, de manera que el agua le bordeaba la barbilla, en cuya plácida superficie flotaba un segundo rostro demacrado.

Era una persona joven a la que él estaba, literalmente, volviendo a poner de pie. Le había proporcionado un interés. («Puedo imaginarlo», dijo sarcásticamente el comandante). Y había sido Sarah, por supuesto, continuó Edward, sin darse cuenta de que el comandante pestañeaba ante la mención de su nombre, había sido Sarah, por supuesto, quien había hecho insinuaciones, quien le había conducido. No es que estuviese acusándola. Sabía tan bien como cualquiera que el deber de un hombre era ser honorable, las mujeres son débiles; pero de todos modos...

Edward dejó de hablar y se hizo un largo silencio. Con la inmovilidad del agua, su cuerpo había pasado a ser vagamente visible: el pecho peludo, los grandes miembros blancos... El comandante apartó los ojos con disgusto de las regiones inferiores, aquella zona más oscura que podría haber sido un nenúfar sumergido. «¿Cómo era posible que una mujer joven llegara a interesarse por *aquello*?», se preguntó con tristeza.

Finalmente el comandante carraspeó. Quería hablar del baile. Tal vez hablando de él podría hacer menos terrible su recuerdo. Pero hasta entonces Edward no había dicho una palabra sobre el tema. Las señoras habían estado cotorreando toda la mañana como periquitos, discutiendo el asunto con todo ser viviente que se adentrara en su campo de audición, criados o huéspedes, era indiferente. Sólo la presencia de

Edward había inmovilizado sus lenguas. Aunque tranquilo en apariencia, había algo en su rostro, una furia o un dolor acechantes... Fuese lo que fuese, había hecho callar a las señoras igual que hacía callar ahora a su «único amigo íntimo», el comandante.

—Fui yo el que lo dejó —repitió Edward—. Eso es algo que hay que agradecer.

Pero el comandante sabía que no estaba diciendo la verdad. Además, el orgullo herido de Edward no era nada comparado con su propia y absoluta pérdida.

—Sabe, a veces... —empezó a decir Edward; los labios que se movían sólo a unos milímetros de la superficie enviaban pequeñas olas hacia las rodillas.

—¿A veces qué?

Edward alzó cansinamente los ojos hacia el comandante y luego volvió a bajarlos.

—A veces hasta me olvidaba de que era católica.

Y movió la cabeza, pensando quizá en lo cerca que había estado de caer.

Y todo volvió a ser como había sido antes en el Majestic. Las baldosas resplandecientes se empañaron. Los sofás tan relucientes como ejemplares de ganado selecto perdieron su brillo. Las habitaciones que se habían limpiado necesitaban que se las limpiase de nuevo y las que habían sido cerradas se abrieron otra vez, y nadie pudo reunir el valor o la energía necesarios para retirar los adornos navideños (además, en realidad, pronto volvería a ser Navidad). Dos o tres camadas de gatitos en rápido crecimiento habían más que restaurado la población de gatos, aunque no hubiese habido de momento una disminución correspondiente en el número de ratas visibles. El gatito anaranjado de la señora Rappaport (fertilizado por Dios sabe qué odioso monstruo una noche sin luna) causó una sorpresa (todo el mundo había supuesto que era macho) contribuyendo con media docena nada menos de aquellos gatitos, unos personajillos encantadores, por otra parte, que la verdad es que no podían dejar de parecerse adorables cuando los veías bambolearse ciegos y maullar por la alfombra. Pero los gritos de placer enmudecieron cuando los gatitos abrieron por fin los ojos y seis pares de órbitas de un verde agrio empezaron a mirar malévolamente el nuevo mundo en el que de pronto se encontraban.

Las fastuosas viandas de la noche del baile pasaron a ser sólo un recuerdo desazonante cuando la comida que se servía en el comedor volvió a la normalidad. Un día a la hora de comer, mientras los huéspedes se sustentaban con un estofado irlandés («un estofado chino irlandés», murmuró con disgusto la señorita Johnston), llegó Murphy con un plato suplementario. Había en él un gran trozo de solomillo. Edward, retirando su propio plato, procedió a cortar el filete en cuadraditos y lo puso luego en la alfombra delante de *Rover*, que por entonces estaba casi completamente ciego, rodeado día y noche de horrores acechantes. *Rover* lamió la carne experimentalmente, masticó uno o dos pedacitos, y luego perdió el interés. Edward centró de nuevo su atención en el estofado irlandés de su plato, con un suspiro. Al cabo de un momento apareció a su lado el nuevo favorito, el lebrél afgano de rizos

dorados, que inclinó su larga nariz hacia la carne y la devoró en un abrir y cerrar de ojos. Los huéspedes lo observaron con un silencio pensativo.

En la última semana de abril, el comandante, cuando volvía de un melancólico paseo por el parque, se encontró a Edward cruzando el camino junto a la estatua de la reina Victoria. Se detuvo. Edward llevaba en una mano su revólver reglamentario. De la otra goteaban en la grava manchas oscuras de sangre. Miró alarmado el rostro compungido de Edward.

—Pero ¿qué demonios ha pasado?

—Le pegué un tiro a *Rover*... Se estaba haciendo viejo. Pensé... —Miró su mano goteante—. Pensé que...

Pero no dijo nada más, dio la vuelta y entró en la casa. El comandante fue a pedir una pala prestada a Seán Murphy y luego a buscar el cadáver.

El hoyo que cavó al pie de un roble cerca de la casa del guarda estaba limitado por grandes raíces. En realidad debería haber empezado a hacer otro hoyo en un lugar más adecuado, pero la tristeza le hacía obstinado. El resultado fue que, para que el perro cupiera, el hoyo tenía que ser estrecho y profundo. Ésa fue la razón de que *Rover* fuese sepultado de pie sobre las patas traseras, con el cráneo, destrozado, sólo unos cuantos centímetros por debajo de la superficie del terreno.

El comandante tapó la tumba y cuando estaba apisonando la tierra con la pala vio que se aproximaba una delegación de señoras, bien protegidas con pieles de las inquietas brisas primaverales. La portavoz era la señorita Johnston. Se habían enterado de lo que había pasado y acudían con una sugerencia: *Rover* debía ser enviado a Dublín y disecado. Ellas harían una colecta para pagar el trabajo y se lo regalarían a Edward en su próximo cumpleaños. El comandante les dio las gracias pero explicó que la bala era muy grande y había destrozado el cráneo del perro hasta tal punto que no era posible una reparación. Sería un trabajo inútil, el perro resultaría irreconocible (todo era mentira, pero el comandante no podía soportar la idea de ver a *Rover* disecado y en alguna actitud gallarda, quizá con la pata delantera alzada, acumulando polvo durante los años que aún permaneciese en el Majestic... Ya era bastante terrible pensar en el pobre animal de pie sobre las patas traseras sepultado bajo tierra, mientras los gusanos hacían su trabajo). Más tarde el comandante se enteró de que Edward, al sujetar la cabeza del perro con la mano libre, se hirió accidentalmente con la misma bala, aunque por suerte fue una herida limpia.

Por esa época más o menos fueron voladas de noche en Dublín una serie de estatuas; estadistas y militares británicos eminentes quedaron con los pies destrozados y las espadas torcidas. Leer sobre estas «atrocidades» precipitó a Edward en una cólera violenta. Eran actos de cobardía. ¡Por qué si los fenianos consideraban que debían luchar no lo hacían abiertamente, de hombre a hombre! Este tipo de cobardía era inadmisibile que se impusiese... Emboscados furtivamente detrás de los setos, volando estatuas... ¿Se había luchado una batalla como Dios manda, una sola, durante todo el curso de la rebelión? ¡No se había excavado ni una sola trinchera,

exceptuando las que servían para sembrar patatas, en toda Irlanda! ¿Se merecían los fenianos el título de hombres?

—Por supuesto, *hubo* la de la Pascua de 1916 —indicó con suavidad el comandante.

—¡En que nos apuñalaron por la espalda! —aulló Edward en una especie de grito de dolor, como si hubiese sentido entrar el cuchillo entre sus propios omóplatos—. Estábamos luchando para protegerles y nos apuñalaron por la espalda.

—Bueno, no si uno lo mira desde su punto de vista, claro... Piénselo —añadió suavemente mientras los rasgos de Edward se crispaban—, hay que considerar los dos aspectos.

Se hizo el silencio, un silencio descorazonador. El comandante decidió que sería una señal de fuerza no insistir en el asunto. Edward inspiraba más piedad que cólera últimamente. Pero, en privado, mantenía su convicción de que era un rasgo amistoso de los fenianos el que prefiriesen atacar a las estatuas que a personas vivas... Una prueba, como si dijésemos, de que también ellos pertenecían, o casi pertenecían, al afable pueblo irlandés.

—No creerá que van a atacar a la reina Victoria, ¿verdad? Tal vez deberíamos pensar en desplazarla un poco más lejos de la casa...

Pero Edward se limitó a fruncir los labios despectivamente ante esta nueva prueba de la falta de instintos marciales del comandante.

El Club de Golf estaba últimamente atestado de socios a los que el comandante no había visto nunca por allí: hombres gordos y cautelosos de tupidos bigotes que aguzaban los oídos siempre que se mencionaban los «disturbios» pero decían muy poco, contentándose con una esporádica y suave evocación de Chittagong o El Cairo o algún otro lugar ubicado bajo cielos exóticos. Parecían inquietos, esperando algo; tal vez ni siquiera ellos supiesen lo que era. Estaban allí con las manos en los bolsillos, mirando con aire taciturno por las ventanas las extensiones de hierba del campo de golf. Últimamente no eran tantos los jugadores que se aventuraban a salir a jugar; y todos los que lo hacían, como Chico O'Neill, llevaban rifles en las bolsas de golf. De hecho una o dos veces se habían oído en el bar disparos lejanos por encima del rumor de la conversación, lo que había inducido a los bebedores a temer lo peor: una matanza en el hoyo catorce, cuerpos despatarrados sobre el verde aterciopelado o sangrando en búnkers. Pero no, luego se divisaba un grupo caminando entre risas azotado por el viento en la calle del hoyo dieciocho y, cuando subían ya hacia el edificio del club, se veía que alguien del grupo llevaba un *putter* en una mano y una liebre muerta en la otra. No es que les importase tener una «refriega»... Algunos de ellos eran jóvenes y valientes, otros de edad madura y fieros, y ninguno de ellos había estado en la guerra en Francia.

Pero la mayoría de los socios del club se quedaban en el bar bebiendo whisky con soda y esperando. Había aún unos cuantos *caddies* desarrapados que esperaban tiritando para asediar a los caballeros de pantalones bombachos que estuviesen

dispuestos a arriesgarse a salir a campo abierto, pero habían disminuido considerablemente durante el invierno. Sólo continuaban ya los muy jóvenes y los muy viejos. Quizá los demás, en vez de echarse al hombro bolsas de golf, anduviesen por las colinas con alguna brigada móvil llevando fusiles para el IRA.

—Hola, comandante.

—Oh, hola, Chico... No le había visto.

O'Neill estaba apoyado en la barra, y sus hombros parecían dos grandes bultos de músculo excepcionalmente hinchados por el grueso jersey que llevaba. Más agresivo que nunca, se había acostumbrado recientemente a esbozar una sarcástica sonrisa después de decir cualquier cosa, se tratase de algo pretendidamente gracioso o no. Al comandante este hábito le resultaba inquietante.

—¿Ha visto a Devlin?

—La verdad es que no, Chico.

—Nos rehúye mucho últimamente. Es una lástima porque tengo un chiste para contarle. Escuche. Es una chica de Kilnalough llamada Mary. Mary se va a Inglaterra vistiendo andrajos y vuelve al cabo de un año elegantemente vestida y tirando el dinero a diestro y siniestro. Y se encuentra al padre O'Byrne que le dice: «Oye, Mary. ¿Cómo conseguiste todo ese dinero?».

»Y Mary dice, avergonzada: “Bueno, me hice prostituta, padre”.

»“Pero ¿qué dices?” grita hecho una furia el padre O'Byrne.

»“Que me hice prostituta, padre”, dice de nuevo Mary.

»“Ah, bueno, eso está bien —dice el padre O'Byrne con un suspiro de alivio—. ¡Creí que habías dicho que te habías hecho protestante!”.

Los que estaban junto a ellos en la barra rieron. Pero éstos eran de los veteranos. Los coloniales (como se había dado en llamar a los hombres gordos y cautelosos de bigote) miraban sin reírse, ya que estaban habituados a clasificar a la gente más por su raza que por su religión.

—Muy gracioso —dijo el comandante sin entusiasmo. Ya conocía el chiste.

El comandante vio al joven Mortimer al fondo del bar, recostado en un sillón debajo de un retrato al óleo del fundador. Se acercó a preguntarle cómo estaba Matthews. Mortimer se levantó educadamente y ofreció un asiento al comandante, haciéndole pensar: «Al menos algunos de estos jóvenes han sido educados como es debido». Y, en realidad, era cierto. Mortimer era un joven educado, había ido a un buen colegio, hablaba bien, era bueno en los deportes... Realmente Charity (¿o era Faith?) podría haber elegido mucho peor. El único problema consistía en que si bien era evidente que procedía de una familia decente, era igual de evidente que esa familia no tenía dinero, porque si lo tuviese, difícilmente habría permitido que uno de sus vástagos se fuese a Irlanda con la chusma sólo para ganar unos cuantos chelines al día. De todos modos, era una vergüenza. Un joven magnífico, aunque bastante más nervioso de lo que parecía a primera vista.

Al parecer Matthews estaba mucho mejor. Todavía un poco grogui, por supuesto.

El golpe en la cabeza había resultado ser bastante malo. Pero Mortimer tenía otra noticia mucho más sensacional. ¿Se había enterado el comandante de lo del capitán Bolton? Había abandonado Kilnalough después de una pelea terrible con sus superiores. Dado de baja por insubordinación. En resumen, ¡les había dicho que se fueran al diablo! Y se había ido inmediatamente a Dublín con una chica irlandesa. ¿Quién lo habría pensado de Bolton, que tuviese una relación amorosa oculta?

—La chica estaba en el baile en el Majestic. Puede que la recuerde usted...

El comandante la recordaba.

—No lo habría pensado uno del amigo Bolton, ¿verdad? Quiero decir, siempre parecía centrado sólo en cosas de hombres. Dicen que si ella se atreve a mirar a otro, sólo a mirarlo, ¡la deja sin sentido allí mismo de un puñetazo!

—¿Y cómo sabe todo eso?

—Un compañero nuestro estuvo el otro día en Dublín y les vio juntos en Jammet's. Hubo una escena con un tipo que la estaba mirando. A mí personalmente me pareció una zorra, ¿a usted no?

A finales de abril sopló del noreste la última de las grandes tormentas de primavera y todas las ventanas del Majestic empezaron una vez más a traquetear, mientras las chimeneas gruñían y gemían igual que vacas sin ordeñar, medio amenazando y medio suplicando, y las corrientes suspiraban suavemente debajo de las puertas como jovencitas locas de amor. Se oían al mismo tiempo sonidos extraños, difíciles de identificar; quizá el tipo de sonido que podría asociar uno a la rotura de huesos. Era difícil saber dónde se originaban; parecían llegar sordamente a través de las paredes o del techo, incluso del suelo algunas veces... O ésa es la impresión que daba; con el aullido del viento y el ruido de las olas uno nunca podía estar seguro.

El comandante estaba preocupado, claro está, y a veces iba a investigar. Algo se había roto, podía *sentirlo*, sentía las vibraciones especiales de algo rompiéndose en algún sitio; uno siempre se da cuenta cuando algo se rompe. Pero si se levantaba del sillón y, soplando pensativo en la pipa (para no alarmar a las señoras), se desplazaba a la habitación de al lado o a la de arriba, esperando ver fisuras en las paredes, nunca había nada visible. Todo estaba silencioso. Debía de haberlo imaginado. Pero uno sabe perfectamente (pensaba el comandante) cuándo está imaginando algo y cuándo no, y él *sabía* que aquello era real. ¡Crack! Y una señora o dos alzaban la vista dubitativamente, sin querer alarmar y sin confiar demasiado, en realidad, en sus viejos y gastados oídos. Luego, como realmente no había sucedido nada, bajaban de nuevo los ojos hacia unos dedos que parecían ya sólo articulaciones, una encima de otra, ensartadas como gordas cuentas, que tejían sin cesar pacientemente en sus regazos (pero que no eran ya capaces de coser)... Y unos minutos después: ¡Crack! Volvía a pasar. Y esta vez hasta el lebrél afgano que estaba en la alfombra de la chimenea alzaba las orejas y olisqueaba por las paredes y las puertas hasta que se



distraía al ver en un sillón a alguien dormido que necesitaba que le despertaran lamiéndole, o a una de las señoras que intentaba sacar furtivamente un caramelo de menta del bolso y llevárselo a la boca sin que la acariciara con su largo hocico codicioso.

—¿No ha oído un crujido ahora mismo?

Pero Edward, preocupado por la posibilidad de que una ola gigante anegase a sus lechones, negó con la cabeza.

—Escuche un momento.

Pero sólo se oía el sonido del viento y de la lluvia, su gruñir, su suspirar y Edward volvía a quedarse absorto en sus problemas de manera que cuando se producía el ruido otra vez, seguía sin oírlo.

Recordando los bultos, reales e imaginarios, que había descubierto con Sarah, el comandante apartó a un lado el sofá del salón. La raíz había empujado hacia arriba los tacos del parqué y se había hinchado pasando de parecer un antebrazo a parecer un muslo, grueso, blanco, peludo y musculoso. El comandante pensó que era mejor poner el sofá otra vez en su sitio enseguida tapando aquella obscenidad.

Esa noche, escuchando despierto en la cama el viento y las olas, pensaba que era como si estuviese solo en un gran transatlántico, navegando en medio de una tormenta. Y la tormenta, en vez de amainar al hacerse de día, siguió arreciando durante la mañana siguiente. Por la tarde Edward estaba ya seriamente preocupado por el bienestar de los lechones. No se les había llevado de comer desde el mediodía del día anterior. Todo aquel tiempo lo habían pasado sin confort físico y moral en las tinieblas estruendosas de la pista de *squash*. Había que hacer algo. Pero con aquel tiempo apenas podía uno asomar la nariz fuera del hotel, no digamos ya recorrer medio kilómetro, así que esperó a que el tiempo amainara junto a la ventana con un periódico sin leer colgando de los dedos.

—¡Dios todopoderoso! ¿Vio usted eso?

El comandante había visto ascender hacia el cielo lluvioso una andanada de tejas desde uno de los tejados situados a barlovento, tal vez de uno de los edificios exteriores. Esperó a oírlas estrellarse en la terraza barrida por la lluvia situada más allá, pero no oyó nada.

A las cuatro de la tarde oscureció. Decidieron no esperar más. Envueltos en impermeables cruzaron trabajosamente el camino y rodearon el ala del Príncipe Consorte con el fin de situarse a barlovento de las tejas voladoras, Edward portando medio saco de pasteles y bollos de pasas. Con la cabeza baja, una mano sujetando el sombrero y los ojos semicerrados frente al azote de la lluvia, el comandante avanzaba esforzadamente tras los pasos de Edward. El aire estaba lleno de hojas muertas, ramitas y ramas arrancadas a los crujientes tilos y arces que estaban junto al patatal. Aquella lluvia fría se le metía por el cuello de la camisa. Era tan difícil ver por dónde caminaba que cuando Edward se detuvo unos pasos por delante para mirar atrás hacia el hotel, el comandante chocó con él.

Edward alzó la vista hacia la negra masa del Majestic barrida por la lluvia, los espesos rizos de cabello canoso retorciéndose y agitándose como serpientes en el viento aullador. Con aquella luz tenue su cabeza parecía más sólidamente esculpida que nunca; bajo el pesado hueso frontal las cuencas oculares eran estanques de sombra y los pómulos, brillantes de la lluvia, podrían haber estado tallados con toscos golpes de cincel. Sostenía en una mano el empapado saco de los dulces, con la otra señalaba al edificio, gritando sin palabras hacia el comandante. Pero el comandante no necesitaba que le dijeran que estaba pasando algo malo; podía ver por sí mismo el gran agujero negro en el tejado del ala del servicio, podía ver volar las tejas en medio de la lluvia remolineante, libres como pétalos... Una súbita ráfaga de viento y un montón de tejas se alzaron para remontarse girando en la oscuridad. Y el agujero negro iba haciéndose cada vez grande, como una manga de lana que se destejiese. Finalmente se hicieron visibles las blancas vigas de madera.

Edward le tiró del brazo y continuó avanzando bajo la lluvia. Llegaron al amparo protector del muro alto que bajaba de terraza en terraza hasta el mar. Había un estrecho sendero allí en el que el comandante no se había fijado nunca, y escalones rotos cubiertos de hierbas que se les pegaban húmedamente a los tobillos. Parecía haber una quietud extraña allí al amparo del muro y era más fácil avanzar. Pero cuando bajaban hacia la terraza más baja, la lluvia arreció convirtiéndose en diluvio. El comandante se lamió los labios y le sabían a sal de las nubes de espuma pulverizada con que azotaba el viento y que caía torrencial sobre el barro hirviente que les rodeaba. Cuando dieron la vuelta y se dirigieron con el viento a la espalda en renuente galope hacia la invisible pista de *squash*, el agua se había filtrado dentro del impermeable del comandante, que había perdido además el sombrero arrebatado de su cabeza por el viento y precipitado hacia la oscuridad.

—Es extraño. Normalmente salen a recibirme. Deben de estar asustados.

Con la puerta abierta parecía, en comparación con el caos estruendoso de fuera, que todo estaba muy silencioso y quieto en la pista de *squash*, pese al tamborileo de la lluvia en el techo de cristal y al tronar apagado de las olas rompiendo, ahora sólo a unos pasos de donde estaban ellos. Edward había cogido un farolillo que estaba colgado de un clavo en la pared y mientras lo encendía el comandante buscó en la oscuridad a los lechones, atento a algún rumor en la paja. El olor a amoníaco era aún más insoportable que en la visita anterior del comandante; le atenazaba la nariz y la garganta en cada inspiración. Sintió deseos de volver fuera, al huracán de aire fresco. A Edward no parecía afectarle, sin embargo. Estaba vaciando el contenido de su saco en un sucio comedero de madera y emitiendo suavemente sonidos arrulladores para atraer la atención de los lechones. Las tartas heladas, los bollos y demás dulces se habían amalgamado dentro del saco empapado en una masa glutinosa y cayeron en el comedero con un ruido succionante y carnal... Pero ni siquiera eso consiguió atraer a los lechones. El silencio interior se mantenía intacto.

—¿Es posible que hayan salido?

Edward, frunciendo el ceño, alzó el farolillo y dio unos cuantos pasos hacia delante chapoteando en la paja. El comandante, que se había quedado donde estaba (la idea de pisar aquella mugre le repugnaba), vio cómo el borde de luz trepaba por la pared lejana, en la que se veían, toscamente trazadas en escarlata, las palabras: «¡ESPÍAS Y TRAIADORES TENED CUIDADO!». Y supo instantáneamente qué era el color escarlata y de dónde había salido. Los ojos de Edward estaban fijos en el suelo, sin embargo, con la esperanza de ver que venían a recibirle unos lechones soñolientos, así que continuó avanzando hasta que la luz del farolillo iluminó un hocico amistoso y flexible, e iluminó luego unos ojos adormecidos y unas orejas puntiagudas caídas y luego el vacío (exceptuando una porción de intestinos y un rabo retorcido desechado). Entre las orejas y el rabo no había ya ningún cerdo. El cerdo había desaparecido.

Se oyó una brusca inspiración, un sonido que el comandante jamás olvidaría. Y luego Edward se lanzó torpemente hacia delante con su farolillo balanceándose frenético, haciendo columpiarse las paredes.

Cuando Edward apareció de nuevo y se quedó parado una vez más junto a él (aún no había dicho una palabra), el comandante bajó la vista y vio que sus zapatos estaban teñidos de un escarlata brillante, y los agujeros de los cordones rezumaban un líquido carmesí. En el umbral de la puerta dejó una, dos, tres huellas rojas... Pero luego se disolvieron bajo el azote de la lluvia.

«¡Si ella mira a otro hombre, la deja sin sentido de un puñetazo!». De todos los problemas del comandante (que no escaseaban ni mucho menos) éste era el que más le preocupaba. Era también por el que menos podía hacer. Mejor dicho, era el único por el que no podía hacer nada en absoluto, salvo preguntarse y afligirse.

Sabía que era inútil. Al fin y al cabo, no era un completo imbécil. Sabía que ya no había realmente ninguna esperanza en este mundo de una feliz unión con Sarah. Aparte de todo lo demás, sentía un resentimiento considerable hacia ella. Aunque se encontraran, este resentimiento le impediría (probablemente pese a toda la oposición de su voluntad) adoptar una actitud amistosa. Seguro que un día se convertiría en indiferencia y le permitiría ser de nuevo amistoso; pero sólo desaparecería *con una condición*, que no estuviese ya enamorado de ella. ¡Así que su única esperanza de éxito se basaba en no querer tenerlo! Una situación terrible pero nada rara en aquel juego cuyas reglas estaba aprendiendo tan dolorosamente.

Entre tanto, aunque hacía todo lo posible por apartarla de su pensamiento, concentrándose en los diversos y numerosos problemas que había bajo el techo del Majestic, ella continuaba aflorando en esporádicos pero dolorosos pensamientos que brotaban con agudas garras de la madriguera oculta de su mente a la que habían sido desterrados.

«¿Qué clase de caballero “dejaría sin sentido a una chica de un puñetazo”?», se sorprendía preguntándose con asombro, incluso mientras examinaba una grieta

verdaderamente alarmante que había descubierto en la pared de la sala de escritura detrás de la descolorida tapicería. ¡Aquella grieta podía llevar años allí! Y luego, ¿qué clase de chica permitiría que la «dejasen sin sentido de un puñetazo» repetidamente? Eran cosas que quedaban fuera de su alcance, tanto el hombre como la chica (y, en realidad, la grieta de la pared). Simplemente no lo entendía. Intentó imaginarse dejando sin sentido a una chica de un puñetazo; pero le era más fácil imaginarse subiendo a un árbol de un vuelo y cantando como un mirlo posado en una rama.

Más tarde, cuando estaba quieto, con las manos melancólicamente metidas en los bolsillos de la chaqueta, junto a una columna del final del camino, mirando el cartel que había puesto Edward: «“SE DISPARARÁ SIN MÁS CONTRA LOS INTRUSOS A LOS QUE SE VEA ANDAR EN LA ESTATUA DE LA REINA VICTORIA”. POR ORDEN», y pensando: «¡Se ha vuelto loco del todo! ¡Está intentando provocarles!... —Mientras miraba fijamente aquel cartel temerario y desafiante, se sorprendió, sin embargo, pensando—: ¿Pero con qué frecuencia “mira ella a otros hombres”? ¿Cuántas veces la “deja él sin sentido de un puñetazo”? ¿Es posible que le cause una lesión cerebral?». Y sus pensamientos seguían serpenteando y vagando, faltos de vitalidad, convalecientes, como si estuviese realmente enfermo (y tal vez lo estuviese en realidad), dando vueltas y vueltas como animales cansados en la pista de un circo, para llegar al fin a la salida (que parecía extrañamente similar a la entrada), llegando a la conclusión de que, desde luego, no podía ser muy bueno el que anduviesen dejándole a uno continuamente sin sentido a puñetazos.

Pero no, no era eso en absoluto... Lo que le afligía en realidad era el concubinato. Sarah desplomándose en un restaurante por mirar a un jefe de camareros; Sarah desplomándose entre las tazas de té en una fiesta en el jardín del virrey por mirar persistentemente a algún joven oficial; Sarah desplomándose en el hotel Jury por mirar por el ventanal... La mente del comandante, diligente y cansada le proporcionaba toda clase de imágenes de este tipo. Y ellos estaban siempre juntos, Bolton y Sarah, y él siempre excluido (los intentos de imaginarse interviniendo para corregir a Bolton con un gancho clásico resultaban inútiles). Bolton y Sarah...

A última hora del día, mientras escuchaba pacientemente a la señorita Bagley quejarse de que una doncella se había instalado en la habitación contigua a la suya y la cocinera en la de enfrente, pensó de pronto que en aquel momento, en aquel preciso instante, era muy probable que Sarah y Bolton se estuviesen preparando para acostarse juntos. Su vitalidad decayó unos cuantos grados más y los músculos de la cara se le entumecieron de desesperación; el bigote le pesaba en el labio superior como una cornamenta. Sin embargo, explicó cuidadosamente a la indignada señorita Bagley que el ala del servicio estaba inhabitable: el viento se había llevado el tejado tan limpiamente como si fuera la punta de un huevo hervido.

Cuando regresaban de la pista de *squash*, sus húmedas huellas se habían separado de las sangrientas huellas de Edward y habían seguido su camino afanosas por pasillos oscuros hasta el área «de servicio», donde no pudieron seguir más allá. Por

aquellas escaleras bajaba una cascada espumeante de agua que continuaba hasta unas bodegas en las que él no había estado nunca. Iban deslizándose suavemente de escalón en escalón fragmentos extraños de cosas diversas: trozos de madera, una ilustración en color de la Santísima Virgen, restos de periódicos, fragmentos de tela que podía proceder de ropa interior o de las fundas protectoras de los muebles, un oso de felpa empapado.

Había una joven con uniforme de doncella sentada allí, con los tobillos sumergidos en el torrente, sollozando y temblando, empapada hasta los huesos. El comandante, que aún llevaba el impermeable, la cogió en brazos porque ella se negaba a moverse sola, volvió atrás y bajó por otras escaleras hasta la cocina, que afortunadamente aún estaba caliente y seca, depositándola sin explicaciones en la mesa ante la mirada atónita y desquiciada de la cocinera (que nunca había tenido una buena opinión de la moral y la cordura del comandante). ¡Sólo Dios sabía lo que pensaba la cocinera!

Describió las partes pertinentes de la experiencia a la señorita Bagley y a la señorita Johnston, a la señorita Devere (que había regresado al Majestic tras un flirteo breve e insatisfactorio con el mundo externo) y a la señora Rice, que le había abordado con agravios similares. Y había escuchado atentamente mientras ellas preguntaban con indignación si aquello iba a ser una «batalla», si los huéspedes iban a tener que «competir» a partir de entonces con el personal en el uso de los cuartos de baño y de otros servicios; y había dicho que no, por supuesto que no, que él estaba seguro de que ellas no querían que las pobres criadas durmiesen a la intemperie y contrajesen una neumonía (aunque, como la señorita Staveley que llegó precipitadamente acababa de señalar, fuesen «sólo sirvientas») y que era, de nuevo *por supuesto*, sólo una medida temporal, mientras se reconstruía el tejado del ala del servicio. Pero ellas sabían, y él sabía, que a este lado del paraíso el tejado nunca se reconstruiría, lo que debilitaba en cierta medida su argumentación.

Y todo este tiempo, incluso mientras escuchaba el tono tranquilizador de su propia voz, podía sentir la laxitud extraordinaria de los músculos doloridos de su sonrisa, incapaz ya de impedirle pensar en Bolton y Sarah haciendo el amor. Pero tal vez, finalmente, el carácter abrasador de este pensamiento tuviese un efecto positivo. Ayudó a cauterizar sus supurantes emociones. Al principio imaginó que Sarah, con los muslos brutalmente separados, estaba siendo violada... Pero más tarde, simplemente agotado ya de tanta aflicción, mostró mayor dureza de corazón con aquella debilidad hasta el punto de decirse ásperamente: «¡Mira, no lo haría si no le gustase!».

Ciertamente, Sarah era una mujer. Por tanto estaba físicamente dispuesta para alojar hombres. No había ninguna violación, salvo la de los sentimientos del comandante.

De camino a la cama, el comandante, que ya había estado en tantas habitaciones diferentes del Majestic que se confundía a menudo, se paró distraído en la puerta de

una habitación que había ocupando unos días antes. Y se quedó asombrado al ver a la luz de una vela a una joven que estaba desnuda junto a una palangana. La muchacha se volvió y sonrió sin turbación alguna al asombrado comandante, que se retiró disculpándose precipitadamente. ¡Debía de haber un huésped nuevo en el hotel que aún no conocía! Eso era del todo imposible, porque los criados acudían ya directamente a él para recibir instrucciones. El incidente le pareció sumamente desconcertante.

Había llegado a su habitación (la correcta esta vez) sin caer aún en la cuenta de quién debía de ser aquel nuevo huésped. Era simplemente una de las criadas que se había visto obligada a abandonar el ala del servicio. Y aquella era la misma cuestión que se había pasado la velada discutiendo con las señoras.

Más tarde, ya acostado, musitó: «Podría haber sido una dama, no se apreciaría ninguna diferencia... Por supuesto, sin ropa encima todo el mundo parece igual. Se parecen a nosotros». Y recordó que había pensado en una ocasión durante la guerra que, una vez borradas todas las distinciones de clase, los cadáveres se parecían mucho entre sí... y...,y...

Estas democráticas consideraciones debieron de serenarle, porque empezó a sentirse soñoliento. Pero mientras se adentraba pacíficamente por la alta y ondulante hierba del sueño, con las manos en los bolsillos, unos malignos ojos amarillos le vigilaban, y luego... ¡Ah! El pensamiento de Sarah se abalanzó con sus garras sobre él para torturar su corazón sensible.

—Usted en realidad simpatiza con los fenianos en muchos aspectos, ¿no es así? No, no, no se moleste en negarlo, comandante. Conmigo..., bueno, no soy más que un viejo inútil, ¿sabe?, todo el mundo lo dice..., conmigo no tiene que fingir. Mire, debe irse ahora antes de que sea demasiado tarde. Este asunto condenado de Irlanda no tiene nada que ver con usted. Es indudable que no ha ayudado usted nada a resolverlo, pero eso da igual. Mire, lo que tiene que hacer si tiene un ápice de sentido común es largarse de aquí lo antes posible.

—No puedo dejar las cosas tal como están. El hotel se encuentra en una situación horrorosa.

El comandante había ido a ver al viejo doctor Ryan para pedirle consejo sobre qué podría hacerse con Edward, por el que estaba empezando a sentirse cada vez más preocupado. Apenas se le veía últimamente. Se pasaba muchísimo tiempo fuera del hotel dedicado a algún trabajo que había emprendido en el exterior (ni siquiera Seán Murphy había sido capaz de decirle de qué trabajo se trataba). Una vez, cuando subía por el camino, el comandante había divisado la corpulenta silueta de Edward de pie en el tejado más alto, delineada contra un banco de cúmulos blancos situados sobre Gales. En otra ocasión, mientras daba de comer a los perros en el patio (Evans, el tutor, se había ido al día siguiente del baile sin esperar a que le echaran, llevándose

con él todas las camisas de seda del señor Norton que se estaban secando en un tendedero), oyó una risa áspera retumbando en medio de las tejas y torrecillas de arriba... Pero luego todo quedó en silencio y cuando gritó el nombre de Edward no hubo respuesta.

¿Qué podría hacerse para mejorar el estado mental de Edward? El doctor Ryan, que parecía como siempre profundamente dormido, se había mostrado reacio a hablar de Edward. En vez de eso había seguido insistiendo en que el comandante debía irse, cosa que para el comandante estaba absolutamente fuera de lugar.

—Muy bien. ¡Si quiere usted actuar como un joven imbécil y meterse usted mismo en un lío...!

Sí, sí, pero ¿y Edward? ¿Y si, por ejemplo, se le pudiese convencer para que cogiese unas vacaciones de unas cuantas semanas? Pero al anciano le impacientaban las teorías del comandante y sus laboriosas matizaciones sobre el estado de ánimo de Edward. ¡Edward era un pesado insoportable y hacía años que estaba loco de remate!

—¿Unas vacaciones?

—¡Sí, sí, llévese fuera a ese viejo del diablo y procure que no vuelva nunca!

El comandante apretó los dientes exasperado y pensó que ya era hora, ciertamente, de que aquel vejete se retirase. Estaba cada día más senil.

Naturalmente, cuando el comandante sugirió a Edward que podría irles bien a las gemelas irse fuera unos días o incluso más tiempo («Yo podría encargarme del hotel mientras está usted fuera»), Edward le miró con asombro. ¡Abandonar Irlanda en un momento como aquél! ¡Precisamente cuando debe uno mantenerse firme! Ayer sin ir más lejos su propiedad había sido invadida; había puesto un cartel de advertencia en la columna de la entrada y lo habían quitado. ¡Había que encontrar al culpable y castigarle!

El comandante (que era precisamente el culpable) suspiró y se miró fijamente las uñas. Edward estaba claramente inaccesible a la razón. Pero tal vez se disipase todo aquello, cesasen los «disturbios», Edward recuperase el juicio. Aunque afable, el comandante era un joven obstinado y estaba decidido a salvar, a toda costa, a quien pudiese. A las gemelas había que enviarlas a Inglaterra con su tía, la calificada de «ligera», que se había casado con un eclesiástico, era imprescindible. Era, además, improbable, en opinión del comandante, que resultase ser «más ligera» de lo que las gemelas eran ya. A la señora Rappaport habría que enviarla también a algún sitio. Tal vez se pudiese animar a los huéspedes a irse...

—Haga usted lo que mejor le parezca, amigo. Lo dejo en sus manos —contestó vagamente Edward, con el aire de alguien que tiene cosas más importantes en la cabeza. Miraba fijamente a lo lejos, chasqueando los nudillos, parecía un loco.

Cuando llegó el día en que tuvieron que irse las gemelas, ni ellas ni Edward parecieron preocuparse lo más mínimo por su marcha o por la perspectiva de la separación. En el andén de la estación de Kilnalough, Edward, con un puñado de cabello rubio cogido a cada lado, dijo: «¿Os comportaréis en Londres?».

—¡Sí, sí!

—¿Lo haréis?

—¡Ay! ¡Papi, me haces daño!

—¿Lo prometéis?

—¡Sí, sí!

Y después de esto las metió en su compartimento y volvió con el comandante, que era el único miembro del grupo que estaba conmovido por la despedida. De todos modos se alegraba de verlas fuera de peligro. Ojalá la señora Rappaport hubiese accedido también a irse, pero lo único que había conseguido había sido activar su obstinación. Ella no soportaba Calcuta; nunca le había gustado. Se negaba a ir allí. El calor era insoportable.

—¿Calcuta? ¡Pero nadie quiere que usted vaya a Calcuta! —siguió una discusión larga y agotadora. Ella sabía que estaría segura allí. Pero la seguridad no lo era todo. También tiene uno deberes, en realidad. Ella se quedaría donde estaba. No hizo el menor caso a las protestas del comandante. En una ocasión, fugazmente, pareció entender que el comandante quería que se fuese a Inglaterra, no a Calcuta, porque exclamó: «No estoy embarazada, ¿verdad?».

—¡Dios santo! ¡Espero que no!

—Bueno, el clima aquí es perfectamente adecuado.

Durante esta conversación desconcertante el inmenso gato que estaba agazapado en el regazo de la anciana como un peludo *bulldog* le miraba fija y penetrantemente a los ojos. Sin embargo, el comandante acabó aceptando la derrota y el gato se dio cuenta de ello y se relajó y frotó la cabeza contra la dura pistolera de cuero que la señora Rappaport llevaba ahora colgada a la cintura habitualmente (la tranquila y práctica señora Roche se había ocupado que retirar las balas, no obstante). Luego bostezó y se lamió la zarpa para lavarse la cara. La audiencia había terminado.

Un éxito (las gemelas) y dos fracasos (las vacaciones de Edward, la señora Rappaport). Luego el comandante centró la atención en el propio Majestic, temeroso de que el colapso del edificio pudiera ser inminente. Sabía, por supuesto, que era nervioso por naturaleza y que tendía a exagerar las cosas. Pero aún creía que podía oír los extraños crujidos que había oído durante el estruendo de la tormenta. Ahora que todo estaba tranquilo y silencioso podría oírlos con toda claridad. Pero lo cierto era que, aunque podía *sentirlos*, no podía oírlos de ninguna manera. Era sólo una brusca sensación tensa, seguida de un ominoso alivio, una sensación que podría representarse como la ruptura de ramas podridas debajo del agua. Era sin duda alguna, pura imaginación. Sin embargo, para tranquilizarse telefoneó a un arquitecto de Dublín llamado Delahunty y le explicó sus temores, pidiéndole que fuese hasta allí y examinase el edificio.

Delahunty era un hombre alegre y confiado de mediana edad que había sido recomendado al comandante por un conocido mutuo. Se rió de sus temores; conocía bien el lugar, dijo. Se había hospedado allí a menudo con sus padres cuando era niño.



¡Sólido como una roca! Era como temer que se viniese abajo el Castillo de Dublín. Pero si el comandante quería realmente estar seguro, se acercaría allí encantado y echaría un vistazo. Sería agradable ver de nuevo aquel lugar después de tantos años. Si hacia buen día podría incluso llevar el traje de baño y darse un chapuzón en la piscina... ¿Estaba llena en aquel momento? Bueno, sí..., aunque, para ser exactos..., es decir, había agua en ella... ¡Magnífico! Iría el martes. Y Delahunty, que era un hombre ocupado, había colgado antes de que el comandante tuviese tiempo de añadir alguna laboriosa matización más.

El martes hizo diligentemente su aparición, era un hombre calvo, gordito, de ojos chispeantes que saludó al comandante como si fuesen viejos amigos. Era estupendo poder estar otra vez en aquel viejo hotel. Hacía siglos que no iba a aquel rincón de Irlanda. Era necesario adecentarlo un poco, por lo que parecía, pero era sólido como una roca. Al fin y al cabo, no era la pintura lo que contaba sino lo que había debajo. Bueno, ahora que estaba allí ¿por qué no quedarse también a cenar? Podrían añadir una cucharada más a la olla para él, ¿verdad que sí?

—Por supuesto.

Ay, en aquellos tiempos sabían construir. No se limitaban a levantar un edificio con un par de ladrillos y una paletada de mortero, como hacían ahora. Mire, comandante, escuche esto..., y golpeó la pared del pasillo con sus nudillos gorditos.

—Es un gran alivio oírle decir eso. Yo había empezado ya a imaginar cosas.

—No tiene por qué preocuparse. Yo se lo aseguro.

Y el señor Delahunty, con una sonrisa, satisfizo al comandante yendo con él, pese a todo, a echar un vistazo a la fisura que había detrás de la tapicería en el estudio. Nada estructural, proclamó, simplemente un «asentamiento de la mampostería». Pasaba en todas partes. Pero ¿las plantas superiores? ¿La podredumbre seca? ¿Aquel sitio en que al comandante se le había hundido el pie en el suelo?

—Es inevitable que parte de la carpintería no esté en perfectas condiciones. Eso se debe a la humedad del aire. En cualquier casa vieja de Wicklow o Wexford pasará igual. Pero eso no quiere decir que vayan a caerse. Ni mucho menos. Cuando le apetezca usted, comandante, dé un pequeño repaso a la carpintería. Tómese su tiempo. No hay ninguna prisa. El viejo Majestic estará aquí todavía mucho después de que usted y yo estemos muertos y enterrados.

—¿No hay ninguna necesidad de echar un vistazo arriba entonces?

El señor Delahunty se echó a reír a carcajadas al oír esto.

—Mire usted, comandante —dijo cogiéndole del brazo—. Puede decir lo que quiera sobre mí pero sé muy bien lo que es un edificio. Créame, éste durará otros doscientos años como mínimo. Puede estar seguro. Puede decir lo que quiera de mí, pero...

Vaciló, como si medio esperase que el comandante le contradijese. Pero como no lo hizo, añadió rápidamente:

—Ahora vayamos a tomar un poco de ese estupendo té del que me habló.

El comandante se había esforzado bastante para organizar un té para ambos en la intimidad del estudio, que había tenido la precaución de mantener cerrado toda la tarde.

Pero, curiosamente, tras la primera taza de té, la conversación del señor Delahunty languideció, sus amistosas carcajadas pasaron a hacerse intermitentes. Dejó incluso de reaccionar a una o dos anécdotas, hay que admitir que más bien insulsas, que el comandante le contó.

—¿Está bueno el té?

—Oh, espléndido. Absolutamente magnífico.

El comandante planteó varios temas, lamentando saber tan poco de arquitectura. Por último, intentó interesar al señor Delahunty por la situación actual de Irlanda, un tema sobre el que seguramente tendría mucho que decir. Pero aunque sonrió y murmuró vagas respuestas, parecía preocupado. Sus ojos recorrían absortos las paredes y el techo. Parecía que intentaba escuchar algo. Cuando la doncella vino a buscar la bandeja del té y cerró de un portazo, dio un brusco respingo.

Luego miró el reloj y tendió la mano al sorprendido comandante.

—Pero, yo creí que se quedaba usted a cenar...

—Una cita que se me olvidó, amigo mío. Tal vez en otra ocasión.

Cuando se despedían en el vestíbulo los ojos del señor Delahunty seguían vagando absortos de aquí para allá.

—Bueno, me alegro de saber que no hay motivo para preocuparse. Me ha quitado usted un peso de encima.

—Oh, sí, no tiene por qué preocuparse —murmuró Delahunty, y una vez más, antes de irse, aunque con bastante cautela, golpeó la pared con sus gordos nudillos.

El comandante, tranquilizado ya respecto a la solidez del Majestic, pasó a considerar que parecía menos importante lo de tener que animar a los huéspedes a irse. Pero el colapso del propio edificio no era el único factor a tener en cuenta. Estaba también la creciente violencia en el campo, donde el Majestic se encontraba en vulnerable aislamiento. Y el hecho de que era sencillamente absurdo seguir dirigiendo el lugar como un hotel cuando hacía mucho ya que había dejado de parecerlo. Y, sobre todo, el deterioro del estado de ánimo de Edward (por no mencionar la sospecha de que había perdido claramente el juicio) desde la matanza de los lechones. El beicon eliminado del menú para siempre era la instrucción que había recibido la cocinera. Debían ponerse en la mesa revólveres junto a los cuchillos y los tenedores por si se producía una emergencia durante las comidas. Era evidente que cuantas menos tensiones pesasen sobre él, mejor. Tarde o temprano, de todos modos, habría que librarse de los huéspedes. Al comandante aún seguían obsesionándole aquellas ásperas risas que había oído resonado en los tejados.

Pero algunas de las señoras llevaban ya allí muchísimo tiempo. Se habían quedado durante todo el invierno; tenían derecho a quedarse también todo el verano. No se trataba, claro, de un derecho legal. Se trataba simplemente de que llevaban allí tanto tiempo que parecían haber adquirido el derecho a seguir allí para siempre..., es decir, hasta que se muriesen, cosa que era de suponer que acabarían haciendo. Aunque este proceso todavía podía llevar un tiempo considerable.

El comandante hablaba con ellas y hacía vagas insinuaciones. No había nada definitivo aún, por supuesto, pero tal vez fuese conveniente que pensasen adónde se podrían trasladar después..., bueno, ¿después de qué? Después de que Edward hubiese perdido del todo el juicio, quizá... Después de que el IRA estableciese su cuartel general en el Majestic (¡y buena suerte para ellos!)... Después de que hubiese sucedido lo imprevisto, fuese lo que fuese... ¿Qué podía decir el comandante que no resultase inadecuado?

Era tan impreciso en sus insinuaciones que lo único que consiguió fue alarmarlas. Escuchaban sin entender. Poco a poco empezaron a sentirse indignadas. El comandante cayó a un nivel aún más bajo en su estima del que había alcanzado desde el día en que había puesto fin a sus expediciones de compras punitivas. Primero se habían encontrado con que tenían que «competir» con los sirvientes para el uso de los cuartos de baño (el axioma de que los sirvientes «nunca se lavaban» y en casa guardaban el carbón o las patatas en la bañera parecía haber resultado falso). Y ahora esto. Era intolerable. ¡Estaban pero que muy dispuestas a irse! El comandante, con la mirada fija en los zapatos, asentía tristemente y parecía compungido, olvidándose por un momento de que era precisamente aquello lo que él quería que hiciesen.

—Lo único que quiero decir en realidad es que el señor Spencer ha decidido no aceptar ningún nuevo huésped..., con la perspectiva de acabar cerrando el hotel.

Pero las damas no se apaciguaron, sobre todo cuando Murphy eligió aquel momento para entrar y anunciar que había llegado un grupo de jóvenes caballeros.

—¡Pero eso es imposible! —gritó el comandante, descorazonado por la rapidez con que se veía desenmascarado—. Dígales que no pueden quedarse.

—Pero el amo dice que pueden —replicó con satisfacción Murphy.

El comandante salió rápidamente a buscar a Edward para discutir el asunto con él. Pero Edward había dado ya la bienvenida al grupo, media docena de jóvenes estudiantes de Oxford que pasaban sus vacaciones en Irlanda para poder estudiar a fondo el problema irlandés. Estaba entusiasmado. ¡Era gente de Oxford! Tenía por fin la posibilidad de sostener un debate intelectual... Habían decidido realizar un estudio especial de Irlanda y analizar el asunto entre los diversos estratos de la sociedad, con el propósito concreto de llegar a entender los sentimientos del pueblo irlandés, no sólo de los fenianos. No había nada reprochable en el hecho, los jóvenes de hoy adoptaban un enfoque más directo, más sensible y, en general, menos hipócrita de la política que la generación más vieja. Estaban imbuidos de un nuevo sentido de la justicia social... «No, no, Brendan, veo que sonríe usted pero es verdad. Podemos aprender de los jóvenes si tenemos los oídos abiertos. Además, sólo estarán aquí unas cuantas noches». Y Edward pasó luego a describir cómo, mucho antes de la guerra, había disfrutado de una comida espléndida allí, en All Souls... ¡Ah, las citas de Aristóteles y de Santo Tomás! El marisco, además, había sido espléndido. Y el oporto, insuperable.

No había nada que hacer, por lo tanto. Cuando el comandante se iba ya, Edward añadió:

—Por cierto, ¿no ha llegado un paquete para mí de Londres?

—No, que yo sepa. ¿Algo de Fortnum?

—No, qué va. Es que escribí pidiendo una cosa que vi anunciada en el periódico.

Hurgó en el bolsillo y acabó encontrando un recorte de periódico que le pasó al comandante. Éste leyó frunciendo el ceño que la Sword Company de los señores Wilkinson ofrecía chalecos antibalas: acero cubierto de seda, con sólo dos kilos de peso. «Envíenos los datos siguientes y le garantizamos que recibirá una prenda que se ajustará perfectamente. Medidas de cintura y pecho, hombros caídos o cuadrados, espalda curvada o recta. Cinco guineas bien gastadas podría ser el medio de evitar una desgracia».

—¿Diría usted que yo tengo la espalda curvada?

—Bueno, yo creo que no.

—Ah, muy bien, gracias... ¿Cree usted que serán buenos?

—Lo siento pero no he conocido a nadie que los llevara.

—Me pareció una buena idea. No es que me esté poniendo nervioso ni nada parecido. Pero me parece una tontería arriesgarse a tener una desgracia pudiendo evitarlo fácilmente. Eso es lo primero que te enseñan en el ejército.

Cinco de los estudiantes habían sido correctamente identificados por Murphy como jóvenes caballeros, bastante ruidosos y charlatanes, por otra parte. Desde una ventana del primer piso el comandante les observó dubitativamente mientras

paseaban por el césped donde Seán Murphy había recibido instrucciones de instalar arcos de críquet. El sexto, sin embargo, era un hombre mayor, taciturno y bastante tímido. Se reía a veces cuando lo hacían los otros pero no de un modo tan espontáneo. Si gritaba: «¡Buen tiro, Maitland!» o «¡Te toca a ti, Bunny!» o «¡Bravo, Hall-Smith!», era normalmente para hacerse eco de alguno de los otros que se dirigían a él, en general, con una cortesía distante o le ignoraban por completo. Más tarde, cuando entraron para tomar un té especialmente preparado con emparedados de pepino (servido en la sala de armas para inhibir a las damas) el comandante se enteró de que aquel hombre mayor se llamaba capitán Roberts y que, sí, había sido «reclutado» al estallar la guerra. Y claro está, era un poco duro volver a los estudios..., al menos, añadió con una sonrisa torturada, le había resultado duro al principio. Pero ahora, por supuesto... Y sus ojos tristes y horrorizados se volvieron hacia los rostros de sus alegres compañeros.

Después de que estos últimos tomaron el té y comieron los emparedados tan despreocupadamente como si aquellas cosas fuesen un acontecimiento cotidiano en sus vidas (como lo eran, sin duda), volvieron a jugar al críquet en el césped y el capitán Roberts les siguió, un recordatorio ambulante de las locuras de la generación anterior, por si sus jóvenes compañeros necesitaban un recordatorio (que, por supuesto, no necesitaban).

El comandante pensaba en la cena de aquella noche con aprensión. Existía una vaga posibilidad de que Edward, que raras veces aparecía últimamente en las comidas, se olvidase de asistir. Pero antes de que llegase nadie al comedor, allí estaba él sentado en su silla. A cada lado había tres sitios vacíos que había reservado para los jóvenes: los lugares de honor, lo cual contribuyó muy poco a aplacar a las indignadas señoras del Majestic.

Los estudiantes llegaron tarde y un poco jadeantes después de bromear por los pasillos mientras se cambiaban para la cena. Había habido un intento de bajarle los pantalones a Maitland, que era el blanco elegido de las bromas del grupo. Luego alguien le había robado un calcetín y lo había tirado por la ventana, de manera que cuando siguió a los demás al comedor llevaba calcetines desaparejados y parecía tan ofendido que resultaba cómico y los otros a duras penas podían contener la risa.

Pero Maitland fue rápidamente olvidado cuando el impaciente Edward les indicó sus sitios. Se quedaron, en realidad, boquiabiertos de asombro. En cada uno de los lugares reservados había, junto a los cubiertos de plata, ¡un revólver! ¡Asombroso! ¡Todo lo que la gente decía sobre Irlanda era cierto! ¡Los irlandeses estaban completamente locos! Casi no se atrevían a mirarse a los ojos.

Sólo el capitán Roberts, que contemplaba melancólicamente los oscuros y lejanos contornos del comedor, parecía no haber apreciado nada insólito. Pero mientras esperaba a que se sirviese la sopa cogió distraídamente el revólver colocado en su sitio, giró la recámara vacía, lo sopesó un momento en la palma de la mano y luego volvió a dejarlo donde estaba, cogiendo en su lugar un tenedor de plata. Tras girarlo

brevemente entre el índice y el pulgar, volvió a dejarlo cuidadosamente, mirando preocupado al otro lado de la mesa los rostros festivos y risueños de sus compañeros de enfrente. ¿Qué demonios era *esta* vez lo chistoso? Empezaba a preguntarse inquieto, no por primera vez en aquellas vacaciones, si había perdido su sentido del humor.

—Pasa el mensaje —le susurró al oído Bob Danby, que estaba su izquierda, conteniendo a duras penas la risa—. ¿Qué puede ser el último plato?

¡Así que eran los revólveres colocados con los cubiertos lo que estaba provocando las risas de sus compañeros! Transmitió el chiste de Danby a Bunny Burdock, que estaba a su derecha, reprendiéndose por no haberse dado cuenta... Aunque, en realidad, se *había* dado cuenta, sólo que había pensado que el revólver era porque había ratas en el hotel. En la sociedad de las trincheras de Francia habían tenido la costumbre de disparar contra las ratas que aparecían durante la comida... De no hacerlo, aquellas malditas te habrían birlado la comida hasta del tenedor. Carraspeó, disponiéndose a describir todo esto al joven Hall-Smith que estaba enfrente, pero luego se lo pensó mejor. Aquellos jóvenes escuchaban educadamente cuando les hablabas de la guerra, sí, pero en una ocasión, cuando estaba describiendo un ataque, Maitland dijo: «Oh, déjate ya de la maldita guerra, ¿quieres, Roberts? ¡Hace ya tres años que terminó!». Por supuesto, Maitland llevaba unas cuantas cervezas encima y seguro que le había impulsado a decir aquello el deseo de complacer a los demás. De todos modos, todo era ya historia pasada; no había ninguna razón por la que tuviesen que interesarse.

Entre tanto se había iniciado una discusión entre aquel individuo inmenso de rostro curtido y facciones marcadas del final de la mesa que debía de ser el propietario del hotel (no parecía lo suficientemente obsequioso para ser el director) y Bob Danby, que era el portavoz del grupo para cuestiones políticas e intelectuales (y que tenía muchas posibilidades de convertirse en el próximo presidente de la asociación). Y Danby parecía estar en una forma espléndida aquella noche.

—Pero eso que usted dice carece completamente de lógica —argumentaba en aquel momento—. Aunque estoy de acuerdo en que el pueblo irlandés tal vez no sea el más inteligente del mundo, no puedo creer, la verdad, que eligiesen *voluntariamente* bandidos y asesinos, como los llama usted, para manejar sus asuntos... ¡Dios santo, eso es un poco excesivo, creo yo, señor!

—Dígame entonces qué es lo que han hecho además que tender emboscadas a hombres desarmados desde detrás de los setos, disparar contra personas inocentes, robar ganado y asolar granjas y poner en términos generales de rodillas al país, ¿eh? Dígame.

—No entiende usted cuál es la clave del asunto —respondió Danby, levantando las manos en un gesto de fingida desesperación mientras los otros le observaban divertidos (¡el bueno de Danby haciendo el número otra vez!)—. La clave es *democracia*, lisa y llanamente. Hace sólo unos cuantos días el Sinn Féin barrió en las

elecciones en todo el país, lo mismo que hicieron en 1919. Fueron elegidos sin oposición para ocupar todos los escaños del Parlamento del sur salvo los cuatro de Trinity. Mire, señor, yo me atrevería incluso a decir que si la mayoría de la gente *quisiese* realmente ser gobernada por asesinos (aunque no estoy ni mucho menos de acuerdo en que lo sean) en vez de por nosotros los británicos, tienen perfecto derecho... Al fin y al cabo, es asunto suyo. Quiero decir, ¿ha leído usted acaso *Le Contrat social*? El hecho es que en 1919 el pueblo irlandés eligió a la gente que se supone que quería elegir... ¿Por qué elegirían a gente que no querían elegir? El resultado fue que el Sinn Féin obtuvo setenta y tres escaños y los unionistas sólo consiguieron veintiséis... ¡Si eso no es una clara expresión de la voluntad del pueblo, francamente, yo no sé lo que es!

—¿Y qué hicieron cuando salieron elegidos? —preguntó Edward, controlándose con dificultad—. ¡Se negaron a ocupar sus escaños en Westminster! ¿Es eso una conducta responsable? Si no fuesen lo que son, una pandilla indigna de fanfarrones y haraganes, habrían ido a cumplir con su deber, a defender los intereses de los que les habían elegido en vez de dedicarse a andar por ahí armados.

Danby había escuchado esta explosión, asintiendo y sonriendo y mirando su plato como si aquello fuese exactamente lo que esperaba oír.

—Está bien, pues. ¿Por qué no fueron a Westminster? Es una pregunta fácil de contestar. ¿Por qué no fueron? La respuesta es porque sabían que no serviría de nada. ¿Qué fue lo que consiguió Parnell? Nada en absoluto, en términos prácticos. ¿Y Redmond? Aún menos. La cuestión es que los del Sinn Féin sabían muy bien que podían hablar por los codos hasta desgañitarse en la Cámara de los Comunes sin que eso sirviese absolutamente para nada. Tenían que oponerse. No es que yo condone la violencia, por supuesto que no, soy pacifista, como creo que lo somos todos aquí... —Miró a los otros estudiantes, que asintieron con la cabeza apoyándole—. Pero no se puede argumentar que el origen de la violencia estuviese sólo del lado irlandés ni mucho menos. La violencia original y *motivadora* procede de nosotros los británicos que hemos estado reprimiendo violentamente desde Cromwell e incluso antes...

—¡No diga usted esas tonterías, muchacho! —replicó Edward, con un rubor violáceo brotando en las mejillas—. ¡Conozco a un asesino cuando le veo! Si hubiese vivido usted en Irlanda tanto tiempo como he vivido yo, no diría esas sandeces. ¡Oh, habla usted como si ellos fueran patriotas cuando no son más que una chusma estúpida y malvada, que está para ver lo que puede sacar de todo esto!

—Bueno, creo que no puedo estar de acuerdo con usted en eso —replicó Danby con una sonrisa irritante—. ¿Podemos pensar en unos cuantos ejemplos? ¿Qué le parece el alcalde de Cork?

—Ya sé a qué te refieres —gorjeó Hall-Smith—. El de ese apellido tan estupendo. ¿Cómo es? MacSwiney<sup>[1]</sup>...

—El mismo. Se puso en huelga de hambre y se mantuvo en ella hasta la muerte por la causa en la que creía. Decir que se había metido en eso por lo que pudiera sacar

es una absoluta estupidez, señor, si me permite usted decirlo.

—¡Un fanático! Los sacerdotes le habían vuelto loco. ¡Corazones sangrantes y crucifijos!

—Eso a mí, señor, me suena a sospechoso de patrioterismo —intervino Maitland, endulzando su impertinencia con una sonrisa infantil.

—¡Un cuerno, patrioterismo! —bramó Edward con una voz que hizo vibrar las ventanas—. ¿Cómo se llama usted, pipiolo maleducado?

—Maitland, señor.

Apretando los labios en un esfuerzo por impedirles sonreír, los estudiantes intercambiaban miradas encubiertas. Edward estiró una mano temblorosa para coger un vaso de agua y lo bebió entero ruidosamente. Nadie decía una palabra ni le miraba. Finalmente bajó la vista y pareció sorprenderle encontrar delante un plato de carne asada. Lentamente empezó a masticarla. La comida continuó en silencio exceptuando el tintineo de platos y cubiertos. Las mejillas de Edward no estaban ya inyectadas en sangre. Su áspero aliento era claramente audible.

Poco a poco, sin embargo, empezó a aflorar por encima de este estallido violento una conversación despreocupada como una capa benevolente de hierba y matorral que ocultase un objeto antiestético abandonado. Se analizó el tiempo. La señorita Archer transmitió un mensaje desde el lejano final de la mesa, preguntando si a los jóvenes les había hecho buen tiempo durante su estancia en Irlanda. Sí, en conjunto les había hecho un tiempo bastante aceptable, fue la respuesta que llegó. Y pronto las otras damas pasaron a transmitir también sus preguntas, como otros tantos pañuelos perfumados de lavanda para que los pobres estudiantes se limpiasen sus labios heridos y se los devolviesen. Y después de que esto hubiese disipado un poco la tensión ambiental y se atascase la línea de comunicación con demasiadas preguntas y respuestas yendo y viniendo, empezaron a canturrear directamente, de persona a persona, sus preguntas. Incluso algunas señoras de la otra mesa (donde se sentaba el comandante como un bloque de sal frente a su plato intacto) no pudieron resistir la tentación de gorjear una pregunta o dos a través del espacio que las separaba de ellos; bálsamo para las heridas de aquellos jóvenes que hablaban tan bien y que acababan de ser víctimas del exabrupto palurdo de Edward. La cacofonía no tardó en provocar que hasta ese método de comunicación resultase inseguro. «Esto parece la jaula de los loros del zoo», musitó malhumoradamente el comandante. Y miró a Edward, que miraba fijo al frente, los rasgos inmovilizados aún en una máscara de cólera detrás de la cual, por el momento, el fuego se había consumido.

Además, estaba perfectamente claro que las damas se habían equivocado por completo en su interpretación de las cosas; que lejos de sentirse heridos, los estudiantes estaban absolutamente encantados con el exabrupto de Edward y pensaban: «¡Qué viejo conservador tan espléndido! ¡Qué hallazgo tan raro!». Era todo magnífico: aquellas viejas damas, los revólveres (¡qué lástima que no estuviesen cargados!). El palacio decrepito que les rodeaba... ¡Y cavilando en medio de él, John



Bull! ¡Don Nunca-te-rindas en persona! La noche se convertiría en una gran saga cuando la explicaran con jarras de cerveza en el comedor de la universidad el próximo curso. Podría titularse: *Cómo Maitland Metió Su Querubínica Cabeza en la Boca del León Británico...* ¡y Se la Arrancó de un Mordisco! Sólo el capitán Roberts, que había perdido el gusto por toda clase de batallas (hasta las verbales), se sentía incómodo y deseaba cordialmente que la cena acabase.

El café, últimamente, no se servía ya en una habitación separada sino que lo traía Murphy, tibio y acre, en un carrito con ruedas. Lo confeccionaba él mismo a partir de Dios sabe qué ingredientes en alguna pequeña alcoba reservada para ese fin. La alegre charla de preguntas y respuestas había continuado resonando sin mengua a lo largo del postre de buñuelos de manzana y Edward, taciturno al fondo de la mesa, estaba casi olvidado. Pero en cuanto llegaron a las narices de los comensales los primeros humos acres del café del carrito con ruedas que se aproximaba, empezó a hablar de nuevo.

Sus palabras se perdieron en el alboroto general excepto para Danby, a quien habían sido dirigidas. Cuando Danby, con una leve sonrisa, se dispuso a contestar, cayó sobre las dos largas mesas un gélido silencio. Echando a un lado el largo mechón de pelo que le caía sobre un ojo, dijo por fin:

—Eso depende, señor, del lado desde el que lo mire. Desde el punto de vista de los voluntarios, la Rebelión de la Semana de Pascua debe parecer increíblemente heroica y patriótica. En cuanto a lo de ser apuñalados por la espalda, me temo que no veo del todo cómo puede usted considerar eso una descripción justa de lo sucedido.

—El ejército británico estaba luchando para defender Irlanda del Káiser, mientras los católicos estaban en sus casas seguros y a salvo. ¡Justifique eso a ver si puede! Y luego..., y luego..., ¡y luego atacaron a los mismos que estaban dando sus vidas por salvarles! ¡Si eso no es traición, maldita sea, no sé lo que es! —dijo Edward echándose hacia atrás en su silla tembloroso de recta indignación.

—Pero usted ni siquiera conoce los hechos, señor... ¡Ni siquiera conoce los hechos! —gritó Danby, alzando la voz hasta el tono emocionante que le había proporcionado tan a menudo merecidos aplausos de la asociación de estudiantes—. Se lo repito, ni siquiera conoce usted los hechos... ¿Se da cuenta de que había cien mil, repito, sí, cien mil irlandeses católicos luchando en el ejército británico? No hubo nada allí que se pueda considerar traición. La guerra contra el Káiser no tenía nada que ver con la lucha por la libertad de Irlanda.

—¡Pacifistas! Todo está muy bien para ustedes, jovencitos pusilánimes, que estaban a cubierto en casa detrás de las faldas de su mamá. ¡Piense en los hombres que estaban arriesgando sus vidas en Francia, arriesgándolas por *ustedes*! Comandante, usted que estaba arriesgando su vida en Francia... ¡Tal vez podría decirles a estos jóvenes pacifistas si era traición o no!

El comandante, sentado al extremo de su mesa, no decía nada. Hubo un silencio largo, interminable. Hasta Murphy, que estaba repartiendo las tazas de café, se quedó

inmovilizado y detuvo su laboriosa respiración. Finalmente el comandante lanzó un suspiro y dijo, suave pero audiblemente:

—Tiene usted toda la razón, Edward. Creo que todos tuvimos la sensación de que habíamos sido apuñalados por la espalda.

—Qué, ve usted —exclamó triunfalmente Edward—. ¿Qué le dije? ¡Traición!

Pero Danby, los ojos chispeando del placer que le causaba combatir con aquel viejo y temible gigante, no pareció sentirse impresionado. Sonrió pícaramente a sus amigos y luego dijo:

—En realidad, señor, no puede usted calificarnos a todos de cobardes tan fácilmente. Aquí mi amigo el capitán Roberts, por ejemplo, sirvió muy heroicamente en Francia y creo que piensa, como todos nosotros, que ese asunto de la Semana de Pascua estuvo perfectamente justificado. ¿Qué te parece, Roberts?

Hubo de nuevo una pausa y un silencio que parecían interminables, mientras todos contenían el aliento. El capitán Roberts pestañeó y se lamió los labios. Su cabeza de estudiante que estaba quedándose calvo era una gran masa de arrugas onduladas mientras contemplaba el sapo que le habían puesto en el plato. Por un momento hasta Danby se preguntó si no habría sido demasiado confiado. Pero luego, por fin, el capitán Roberts carraspeó y murmuró ásperamente:

—Perfectamente justificado... Todos pensamos eso...

Había abierto mucho la boca. Se había tragado el sapo. «¡Bien por Roberts!», pensaban los estudiantes, y Bunny Burdock, que estaba a su lado, le dio subrepticamente un apretón estimulante y fraternal en el brazo. Pero el capitán Roberts procuraba evitar la mirada del comandante.

Un estruendo atronador interrumpió en seco el júbilo de los estudiantes. Procedía de la pesada silla de roble de Edward, que había volado tres metros hacia atrás y se había desplomado. Él, de pie, pálido e inundado de cólera, miraba enfurecido a Roberts. Pero luego, sin decir palabra, se volvió y salió del comedor.

El comandante, que había captado la expresión de su rostro, corrió tras él, con la servilleta en la mano, pero cuando llegó a la puerta lo pensó mejor. Escuchó el resonar menguante de las fuertes pisadas de Edward en las baldosas del pasillo, dobló la servilleta y regresó a su sitio.

Fue en ese momento cuando Maitland, que había tomado un sorbo del brebaje amargo de Murphy, levantó la tapa del azucarero que tenían delante. En vez de terrones de azúcar contenía un montón de rectángulos metálicos que brillaban apagadamente... ¡Balas de revólver! Con una expresión cómica cogió una, la echó en el café y empezó a revolver el café con el cañón del revólver que había junto a su plato.

Esto fue ya el colmo para los estudiantes. Habían estado a punto de estallar toda la noche, así que lo único que hicieron fue echar la cabeza hacia atrás y reír a carcajadas hasta que les dolieron las costillas.

Este gran huracán de risa juvenil llenó el comedor y resonó por los oscuros y

vacíos pasillos, repiqueteó débilmente por todos los salones familiares, polvorientos, silenciosos y olvidados; penetró hasta los pisos de arriba con sus dormitorios abandonados y sus maltrechos cuartos de baño y bajó hasta los sótanos húmedos y dormidos, mudos ya para siempre, que sólo visitaban las ratas. Era una risa tan sana y cordial que hasta las señoras del Majestic se sorprendieron al ver que sonreían o se les escapaban suaves risillas entre dientes. Sólo el capitán Roberts en una mesa y el comandante en la otra no mostraron la menor señal de alegría. Continuaron sentados en silencio, apoyando la barbilla en la mano, quizá, o frotándose los ojos cansinamente, aguardando con paciente desánimo a que la risa tocase a su fin.

El cadáver podría haberse dejado en el cobertizo al que se había llevado en un principio, o arrastrado más bien, y haberse dejado en un montón de sacos viejos de patatas. Pero el cobertizo era un lugar húmedo y lleno de corrientes de aire, con un fuerte olor a tierra y a vegetación pútrida. Las herramientas de jardinería colgaban de clavos, algunas de ellas tan oxidadas que eran ya sólo esqueletos de sí mismas: una pala que era prácticamente sólo el mango, un rastrillo con los dientes convertidos en hilos tan finos como agujas, todo gracias a algún jardinero que en tiempos más felices había estado demasiado ocioso o había sido demasiado confiado para ocuparse de engrasar el metal. No hacía mucho tiempo, tal vez sólo dos o tres años antes, alguna persona perezosa había echado un montón de hierba debajo del banco de trabajo, la siega de una de las extensiones de césped. El tiempo transcurrido la había convertido en una pútrida masa amarillenta con una dura costra exterior sobre la que había marcada la huella de una bota.

El cobertizo le pareció claramente al comandante un lugar demasiado inhóspito e incómodo para dejar el cadáver de un joven, aunque fuese por tan poco tiempo. Así que con la ayuda de Seán Murphy lo llevó dentro del Majestic y lo colocó en una mesa lateral de la sala de armas. Allí, al menos, uno podía estar bastante seguro de que su visión no perturbaría a las señoras. De todos modos, una vez que lo hubo colocado en la mesa y Seán Murphy se retiró, con el rostro afectuoso reflejando aún la conmoción que le había causado aquel súbito contacto con la mortalidad, el comandante empezó a preguntarse si tal vez no habría sido mejor dejarlo donde estaba. La ropa andrajosa de un peón, las botas manchadas de barro y atadas con cuerdas, la chaqueta raída y los pantalones remendados..., todo parecía desentonar con los graciosos paneles de roble y las cornamentas de las paredes, incluso horizontal y tieso por la muerte en una mesa lateral. Desentonaba tanto, pensó el comandante, como encontrar a un deshollinador tumbado en el sofá del salón de tu casa. Ahora que el cadáver estaba allí en la sala de armas daba la sensación de que habría estado más a gusto en el cobertizo.

Retrocedió con la cabeza ladeada y un dedo metido en la boca. Bueno, ahora sería absurdo volver a llevarlo al cobertizo. Quizá hubiese hecho mejor dejándolo donde

estaba, pero no tenía ningún sentido preocuparse por eso. Su mirada se detuvo en otra incongruencia: encima del cadáver, en una estantería, había un gran número de copas de plata sucias, porque Edward había sido un tirador premiado en sus tiempos. Aún lo era, al parecer, pese a que le temblasen las manos. Pero cuanto menos pensase uno en eso, mejor.

Moviendo la cabeza cansinamente echó un vistazo alrededor buscando algo que echarle por encima al muerto. Pero no había nada, así que salió de allí un momento y volvió con un mantel limpio que desdobló y echó sobre el cadáver, mirando una vez más el rostro pálido y el cabello de un rojo claro del joven y los párpados azulados que él mismo le había cerrado. Pero la boca colgaba abierta, y eso daba al rostro una apariencia estúpida. Se volvió y sus ojos se encontraron de pronto con el resentido y boquiabierto lucio de la vitrina que había encima de la repisa de la chimenea, y pensó: «Eso no puede ser. Tengo que cerrarle la boca a este pobre chico antes de que se ponga demasiado rígida».

Tocarle la cara le causó una conmoción desagradable. La piel estaba aún blanda y flexible al contacto con las yemas de los dedos. ¡Era tan evidente *que pertenecía a alguien!* Se estremeció cuando apretó suavemente la barbilla hasta que los labios se cerraron.

Cuando apartó la mano, la boca volvió a abrirse. Lo intentó de nuevo y sucedió lo mismo. La posición de la cabeza no era la adecuada, ahí estaba el problema. En la estantería, debajo de las copas de plata, encontró un ejemplar del *Wisden's Almanac* de 1911 que calculó que tenía el grosor adecuado. Le quitó el polvo soplando y lo deslizó debajo de la cabeza del muchacho. Esta vez la boca se quedó cerrada. El comandante, con un hondo suspiro, fue a sentarse en uno de los sillones que había junto a la chimenea vacía.

Estuvo sentado allí durante cinco minutos sin mover un músculo. Luego llamaron a la puerta y entró Edward, que parecía arrepentido.

—Ah, está usted ahí, Brendan. Me preguntaba dónde podría encontrarle.

Echó un vistazo a la habitación y pareció sobresaltarse un poco cuando su mirada se posó en el bulto cubierto por el mantel. Pero no hizo ningún comentario cuando se acercó al comandante y se sentó frente a él. Tampoco el comandante dijo una sola palabra.

Luego Edward, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de una forma que recordaba extrañamente a la actitud del cadáver unos minutos antes, dijo: «He estado sangrando por la nariz, llevo un montón de tiempo intentando parar la hemorragia. Dicen que hay que echar una llave fría por la parte de atrás de la camisa, ¿no es cierto, Brendan? ¿O eso es para los retortijones de tripa? Nunca me acuerdo bien».

El comandante no contestó. Edward suspiró levemente y su mirada vagó por las paredes paneladas examinando las diversas cornamentas, el bosque invernal de ciervos, el íbice y el antílope y la cebra que observaban a los hombres con ojos de

crystal plácidamente acusadores. Al comandante se le ocurrió por un instante el pensamiento terrible de que Edward se había vuelto ya completamente loco y estaba buscando un sitio en la pared para instalar al feniano. Pero no, sacó del bolsillo un pañuelo manchado de sangre y se dio golpecitos cautelosos en la nariz. Su rostro había asumido una leve expresión martirizada.

—Lo que usted no comprende, Brendan, es que estamos en guerra... ¡Si la gente viene y destroza cosas debe asumir las consecuencias! ¡Es necesario darles una lección!

—¡Oh, Edward, son nuestra gente! No son los alemanes ni los bolcheviques... Este país es suyo tanto como nuestro... ¡Más que nuestro! ¡Destrozar estatuas no es nada!

A Edward se le ensombreció la cara y dijo con acritud:

—Siempre supe que estaba usted de su parte, Brendan. Sólo doy las gracias porque la pobre Angie no viva para verlo. Yo creía que un hombre de su condición y de sus antecedentes sería más leal.

—Oh, cálese, Edward, por el amor de Dios.

—Les cogí con las manos en la masa. Yo no disparo contra personas inocentes desde detrás de un seto. Fue perfectamente justo.

—¡Ha estado usted días esperando a que vinieran!

Edward soltó un gruñido pero no intentó siquiera negarlo. En cualquier caso estaba ya claro para el comandante por qué se había pasado tanto tiempo en el tejado. Edward había estado utilizando durante días la estatua de la reina Victoria como un cazador de caza mayor utiliza en la selva un bloque de sal, sabiendo que tarde o temprano no podrán resistirse. ¿Y qué diferencia habría, se preguntaba, entre dispararle a alguien desde detrás de un seto y dispararle desde un tejado?

—¡Fue perfectamente justo! —repitió Edward, chasqueando los nudillos.

Era cierto, pensaba el comandante. Edward probablemente no viese a los fenianos como personas. Eran como piezas de caza contra las que uno sólo podía disparar según un sistema de veda muy breve y complicado (es decir, la veda cesaba cuando les sorprendías poniendo bombas).

—¡Fue perfectamente justo! —dijo Edward por tercera vez, y el comandante pensó: «No, no lo fue en absoluto. Fue un acto de venganza. Venganza por los lechones. Venganza por Angela. Venganza por una vida sin sentido. Venganza por el hundimiento acelerado del unionismo. Venganza por la destrucción del tipo de vida para el que había sido educado. Venganza por la pérdida de Irlanda». No veía a los fenianos como seres humanos. Y, después de todo, ¿era acaso más probable que los fenianos viesen a Edward como un ser humano y tuviesen lástima de él?

El comandante comprendió de pronto que Edward estaba asustado. ¡Estaba aterrado! Aquel chaleco antibalas no había sido un capricho ocioso, había sido una medida desesperada para reforzar un valor que se desmoronaba. El comandante lo veía ahora tan claro que se preguntó por qué no se había dado cuenta de ello antes.

—Sería mejor que subiese a acostarse —le dijo, sin ninguna aspereza—. Está usted agotado. Yo me encargaré de atender al médico y al inspector del distrito cuando lleguen.

Pero en cuanto Edward se fue, dejándole solo con aquella presencia abultando debajo del mantel, volvió todo el horror. Le vio arrastrando triunfalmente al feniano muerto por la grava. Cierra los ojos... Edward se acerca más y más, los tobillos del muerto encajados debajo de sus axilas como los mangos de una carretilla. Detrás de él los hombros musculosos y la cabeza balanceante dejan un largo rastro en la grava cargada de rocío y el roce hace que se le abran los brazos en una postura de crucifixión. Liberado de algún lugar del interior de la casa, el lebrél afgano llega saltando y meneando el rabo y da vueltas alegremente alrededor del cadáver que Edward arrastra hacia el cobertizo.

—Gracias a Dios que mandé fuera a las gemelas. Ahora tendrá que irse también Edward. Hoy o mañana. Lo antes posible.

El comandante sintió un deseo intenso de encender su pipa, pero se lo impedía el respeto al joven muerto que estaba al otro lado de la habitación. El ansia reprimida de tabaco se transformó en ansia de otra cosa más normal..., cualquier cosa: ir a pescar, jugar un partido de críquet, tomar el té con su tía en Bayswater. No podía, claro. Había que arreglarlo todo en Kilnalough. Además, su tía estaba también muerta... Por un instante se sorprendió pensando en ella con gran tristeza y amor. Pero el mantel abultado le hizo volver a la tragedia de aquella mañana.

Miró el reloj y se quedó asombrado al ver que aún no eran las ocho, ni siquiera la hora del desayuno. ¿Tendría el reloj parado? No. Lo que significaba que había transcurrido poco más de una hora desde que había despertado con la explosión que había precedido al estampido de un solo disparo.

Al principio, examinando el cadáver en el cobertizo, fue incapaz de encontrar rastro alguno de vida y albergó locamente la esperanza de que se hubiese engañado, de que no se hubiese disparado desde el tejado, de que el muchacho hubiese muerto de algún otro modo, tal vez por el impacto de la explosión. Pero luego, mirando con más cuidado la cabeza inerte había visto el agujero bordeado de sangre de la oreja, por el que había penetrado la bala. De pronto la cabeza se movió. Se equilibró sobre los sacos de patatas plegados, había rodado un poco hacia un lado. Y, de aquel agujero limpiamente circular pero demasiado grande de la oreja del joven, empezó a salir líquido, lento y espeso, como aceite oscuro del cuello de una botella. El comandante se quedó mirando el reguero de líquido desde el oído hasta el banco de trabajo, desde el banco de trabajo hasta la hierba segada y podrida. Luego el goteo disminuyó y cesó.

—¿Qué pasa?

Una doncella con actitud tímida estaba en la puerta de la sala de armas diciendo que el médico y el hombre de la policía... Pero ellos la hicieron a un lado, el médico, avanzando laboriosamente, la frágil cabeza blanca inclinada al nivel de los hombros.

Era inadmisibles, pensó el comandante, que hubiese que sacar a un anciano de la cama a aquellas horas de la mañana. Llevaba los cordones de los zapatos desatados y un rastrojo irregular de barba blanca asomando en las mejillas. Al llegar, miró brevemente al comandante con ojos que estaban despiertos y, curiosamente, llenos de condolencia, como si el cadáver que había debajo del mantel tuviese algún parentesco con el comandante en vez de ser un completo desconocido.

—Cuando haya acabado aquí, volveré con usted a Kilnalough. He de hablar con el padre del chico...

—Eso sería absurdo, comandante.

El comandante se pasó una mano por la frente, que estaba húmeda de sudor.

—Por supuesto deben habérselo dicho ya. No hay nada que pueda decir yo para consolarle, lo comprendo. De todos modos debo hablar con él. Debo explicarle que Edward actuó sólo por una cuestión personal. Lo que hizo fue inhumano e inadmisibles... Intenté convencerle de que se fuese con las gemelas pero se negó, aunque tal vez no insistiese lo suficiente para convencerle. Debería haberme dado cuenta de lo que se proponía, pero no se me ocurrió siquiera... Durante las últimas semanas ha estado lleno de odio y de desesperación. Yo intenté conseguir que se fuese... Está un poco loco, estoy seguro. ¿Por qué habría de ser yo responsable de todo lo que hace? Él no es asunto mío. ¡Esta mañana me acusó de ser desleal! Es inaceptable..., y, sin embargo, ¿qué puedo hacer yo? Hay que explicarle a la gente que Edward no es capaz ya de controlarse. Me encargaré de que se vaya, por supuesto, quiera él o no. Es evidente que no puede seguir aquí. No se puede permitir que el padre del muchacho piense que su hijo es un mártir de los británicos, porque eso sería injusto. ¿Qué esperanza hay para Irlanda si se permite a la gente comportarse de ese modo? Ese pobre muchacho fue la víctima de una desesperación y un odio privados... Estoy seguro de que usted lo entiende, doctor. ¡Si no me entiende usted, nadie lo hará!

El anciano suspiró y movió la cabeza, alzando una débil mano para darle una palmada en el brazo al comandante. Pero no tenía nada que decir.

Más tarde, mientras esperaba al médico, el comandante se paró junto a la maltrecha estatua de la reina Victoria y habló con el inspector del distrito, que se llamaba Murdoch y era un hombre extrañamente seco, pedante, con una sonrisa torcida que encendía un lado de la cara con arrugas, dejando el otro completamente liso. Había reaccionado con ecuanimidad ante la muerte del feniano, puede que hasta con indiferencia. Había mostrado, como mucho, una satisfacción leve y, por así decirlo, oficial por el hecho de que un criminal hubiese recibido su castigo. Al comandante le inspiró aversión y desvió la atención hacia la estatua.

Había resultado dañada pero no completamente destruida. Aunque había un gran agujero en los flancos del caballo, la augusta amazona había conseguido mantenerse en la silla, inclinándose acusadamente hacia un lado a la manera del jinete que monta a pelo en la pista de un circo. El comandante comprobó que la explosión había alzado

impúdicamente sus faldas de acero unos centímetros.

—Gelignita en una lata de café —explicó Murdoch a su lado—. Un explosivo temperamental que mata a fenianos y británicos con absoluta imparcialidad. En irlandés le llaman «*Basgan Sagart*» ('muerte sin sacerdote').

Y mientras una mitad de la cara de Murdoch se mantenía lisa y solemne, la otra mitad se encendió en rugosa alegría.

Más tarde el comandante estuvo sentado largo rato en la habitación del sacerdote, el padre O'Byrne, a veces hablando, a veces en silencio. Era una habitación muy pequeña, oscura y atestada de libros. El comandante estaba horriblemente cansado. Miraba a menudo el reloj, pero las horas de la mañana se negaban a pasar.

—Edward Spencer es un cobarde y un asesino, comandante... Usted es un infeliz que se culparía a sí mismo para excusarle a él.

El comandante estaba horriblemente cansado. Sin embargo, se sentía fascinado por la sotana raída del sacerdote y por el odio que había en sus ojos. El sacerdote dejó de mirar al comandante y alzó la vista hacia el crucifijo de la pared. Al comandante aquella mirada fija en el crucifijo le parecía ciega, inhumana, fanática. El cuerpo desnudo amarillento, las costillas tensas, los ojos en blanco y los labios entreabiertos, los brazos lánguidamente estirados y los largos dedos colgando de las manos, los pies cruzados para economizar clavos, la mancha cereza de sangre del costado...

—Ese muchacho tuvo lo que se merecía —dijo ásperamente—. ¡Sólo espero que pueda servir como ejemplo a algunos de esos otros jóvenes asesinos que están destruyendo Irlanda!

Y después de decir esto se dio la vuelta y salió de la casa, cerrando de un portazo.

En las semanas transcurridas desde la noche del baile, la salud del señor Norton había decaído de forma constante. Era difícil saber si esto se debía a que el pobre hombre se había excedido en la pista de baile o si se debía sólo a un deterioro natural e inevitable de sus facultades. En cualquier caso, estaba ya confinado en la cama, con la mente vagando de forma indiscriminada entre las matemáticas y el tocador, a veces riendo entre dientes para sí, a veces llorando, pero exigiendo constantemente compañía y atención.

Las señoras, con su sentido del deber sobreponiéndose a la repugnancia, cogían a veces la labor y subían las escaleras hasta la primera planta para sentarse con él. Y mientras ellas tejían, él farfullaba largas e incomprensibles ecuaciones intercaladas con descripciones escasamente más inteligibles de su relaciones con aquel sexo al que había intentado, devotamente, unirse toda su vida (sólo para acabar sus días, viejo y solo, entre aquellas sábanas frías y arrugadas). El comandante lo lamentaba por él pero se alegraba, en el fondo, de que sus reminiscencias fuesen tan difíciles de sondear... Los fragmentos que uno *podía* entender eran extraordinariamente indecentes, incluso para los curtidos oídos castrenses del comandante.



Un día, temeroso de que las divagaciones del señor Norton pudiesen ofender a las damas (particularmente a aquellas cuyo honor no se había visto afectado por el matrimonio), el comandante le llevó un manual de aritmética perteneciente a las gemelas, con el que se había tropezado por casualidad en una papelería que no se había vaciado desde el invierno anterior. El señor Norton lo cogió encantado y en los pocos días que permaneció junto a él (antes de que sus parientes se lo llevaran a una institución más adecuada) recitaba problemas matemáticos sin pausas para respirar, resolviendo prestamente cada uno de ellos antes de pasar al siguiente. El comandante se detenía a veces a escuchar aquella letanía y uno de los problemas en particular quedó fijado en su mente. Se refería a un hombre que no sabía nadar y que se encontraba a unos determinados cientos de metros de tierra en un bote de remos que hacía agua. Se enfrentaba con la alternativa de achicar rápidamente con una tacita (de tantos centímetros cúbicos de volumen; con una velocidad máxima de achique de tantas veces por minuto), entrando el agua a una velocidad determinada; podía ignorar que la barca hacía agua y remar furiosamente (a tantos kilómetros por hora) hasta el punto de tierra más cercano... O, por supuesto, llevar a cabo una combinación de una cosa y la otra. ¿Cuál era el mejor procedimiento que podía seguir?

—¿Puede conseguirlo?

—Me temo que no, mi buen amigo —replicó el señor Norton con una claridad inesperada.

—Ah —dijo el comandante distraídamente y se fue chupando su pipa.

El comandante estaba trabajando mucho esos días, ayudado por la señora Roche, la señorita Archer y algunas de las otras damas. El estado de ánimo de Edward había mejorado en cierta medida desde que habían matado a un feniano. Había sido sajado un absceso y se había dejado salir una cierta cantidad de veneno. Sin embargo, el comandante se daba cuenta de que se llenaría otra vez, si se le daba tiempo.

Edward, sorprendentemente dócil al principio, había accedido a irse a Inglaterra y pasar un tiempo con las gemelas. Había mostrado incluso uno o dos leves indicios de remordimiento. El comandante le había encontrado limpiando la sangre congelada del banco de trabajo del cobertizo. Pero al ver al comandante lo dejó y salió a cuajarse con la leve llovizna, como una figura a la deriva sin sombrero. Más tarde el comandante había detectado signos de que la amargura y el miedo renacían. Pasó a observarle con más detenimiento y no tardó en quedar claro que estaba haciendo planes para la defensa de su finca. Una noche en que, pese a la absoluta oposición del comandante a alojarlas, una joven maestra, atterradoramente resuelta y agresiva, había conseguido instalar una camada de exploradoras en el Majestic para pasar la noche, Edward, incoherente de whisky y rojo de cólera por la pérdida de Irlanda, aleccionaba a sus jóvenes huéspedes, que se reían disimuladamente, y al melancólico y silencioso comandante, sobre ángulos de tiro, cómo situar ametralladoras en posición, sobre ataques por el flanco y cosas similares. Todo ello mala señal. Había que actuar

rápidamente.

La explosión y el disparo habían tenido al menos una consecuencia positiva: provocaron que tres de las damas menos importantes se fuesen inmediatamente e hicieron decidir a las demás que tenían que buscar un sitio adonde ir. Reinaba un disgusto considerable, claro está, en el salón de huéspedes, muchos llantos y olisqueos de sales. Pero el comandante estaba haciendo lo que podía por contener esa desesperación. Escribió a la Asociación de Ayuda a Gente Respetable Venida a Menos y consideraba otras posibilidades. Tenía que haber internados femeninos en Egipto, en la India y en otros lugares (remotos, ciertamente, pero donde los nativos se comportaban mejor que los irlandeses) cuyas pequeñas alumnas oscuras se beneficiarían de la dignidad y de la rectitud moral de una anciana dama inglesa, aunque hubiese dejado de ser rica. El problema era que las damas recibieron esta sugerencia con gran desesperación y alarma, convencidas de que el comandante estaba planeando enviarlas solas a algún matadero tropical.

La señora Roche era una gran ayuda y un gran consuelo en medio de toda esta desesperación. Animaba a las señoras, les hacía propuestas prácticas, las ayudaba a escribir cartas suplicantes pero dignas a parientes más adinerados. Incluso cogió a Edward por su cuenta y le dijo con firmeza que no debería beber tanto (cosa que nadie más se había atrevido a hacer), mientras le cosía, además, un botón de la chaqueta. El comandante albergaba por entonces una leve esperanza de que la señora Roche pudiese al final descubrir un interés romántico por Edward... Al fin y al cabo, era aún, con su rostro grande y guapo y su apostura imperiosa, una figura imponente, a su manera. Pero la señora Roche tenía más sentido común y acabó yéndose con su madre, la señora Bates, a algún destino más feliz. Dejó al comandante preguntándose si se podría confiar en que Edward cuidaría de la señora Rappaport, dado que no era probable que hubiese una institución que los aceptase a ella y al odioso gato anaranjado, por no mencionar el revólver.

La señorita Staveley, que podría haberse ido ya que tenía dinero, sorprendió a todos quedándose obstinadamente donde estaba. De hecho, tras la marcha de la señora Roche, asumió su papel de confortadora y asesora, convirtiéndose, a su manera algo confusa, en una torre de fortaleza. En general, después de que la desesperación inicial se hubiese debilitado, la moral era excelente. Las señoras estaban decididas a mostrar en la adversidad «de qué material estaban hechas», y resultó ser realmente un material muy duro.

Esto fue una suerte, porque las condiciones habían empezado de nuevo (y por última vez) a empeorar aún más en el Majestic. El servicio había desaparecido. Desde el día de la explosión habían ido esfumándose todos de forma gradual, como es sabido que se esfuman los porteadores nativos en la selva durante los safaris, uno a uno, llevándose con ellos cualquier cosa de valor que dé la casualidad que no esté bien guardada (aunque no es que hubiese muchísimas cosas de valor en el Majestic, bien guardadas o no). Entre los muchos objetos cuya desaparición pasó

mayoritariamente inadvertida, se comprobó que faltaban las siguientes cosas: dos de las escopetas de caza de Edward, su chaqueta roja de cazador, su batín de terciopelo, la mayoría de sus cañas de pescar, un juego de ajedrez de ébano tallado del salón de huéspedes, aproximadamente la mitad del montón de botellas de piedra para el agua caliente de la primera planta, unos cincuenta kilos de cubertería grabada y porcelana (muy popular), un retrato al óleo de un antiguo director del hotel ataviado con uniforme napoleónico, sábanas, fundas de almohadas y mantas (también muy populares), el desdichado perro *Foch* (que había sido siempre un gran favorito del personal de cocina) y el lucio disecado de la sala de armas.

Una mañana, cuando regresaba por el camino de dar un temprano paseo por el recinto, el comandante se quedó asombrado al encontrarse a la cocinera, ataviada con un abrigo de piel que le quedaba varias tallas grande, con unos zapatos de hombre sin atar en los pies y empujando un carro lleno hasta arriba de sillas doradas del estudio. Al ver al comandante lanzó un alarido de miedo y gritó lo que pareció ser: «¡Jesús, María y José!». Pero el comandante desvió la vista y pasó junto a ella sin mirarla siquiera, demostrándole con ello la eficacia de la piadosa imprecación.

La cocinera fue la última del servicio que se fue. Quedó sólo Murphy, mascullando para sí y acechando en las escaleras como había hecho siempre. Por entonces, claro está, ya no se le pedía que hiciese nada, porque era evidente que tenía el juicio desequilibrado. Estaba simplemente *allí*, como una reliquia cadavérica de una época más feliz. De vez en cuando alguien le miraba con curiosidad y se preguntaba por qué no se iba también. Pero no se iba. Seguía merodeando en compañía de los silenciosos gatos que rondaban por los sombríos pisos superiores. La gente estaba demasiado ocupada para preocuparse por él.

Había que hacer la comida, por ejemplo. La señorita Johnston se había hecho cargo de las cocinas y había establecido una jerarquía de ayudantes cuyas tareas disminuían gradualmente de importancia desde ella hasta la pobre señora Rice, a la que sólo se consideraba capaz de lavar los platos. Muy curiosamente, la comida era mejor en estos últimos días de la existencia del Majestic de lo que lo había sido durante muchos años..., en realidad, desde que el hotel había alcanzado su cénit en la década de 1880.

Las señoras se ataban los delantales a la cintura y ponían sus anillos de diamantes en un platito del aparador, mientras hacían la masa para la tarta de manzana o destripaban pollos con dedos temblorosos. ¡Qué emocionante era! ¡Si el futuro hubiese sido menos incierto, cómo habrían disfrutado de este reto a ejercer esas habilidades que desde la mocedad, a lo largo de todas sus largas, insulsas y refinadas vidas, habían permanecido dormidas! El comandante las veía trabajar conmovido, los ojos legañosos de la señorita Bagley nublados por incipientes cataratas, la cabeza permanentemente inclinada hacia un lado de la señorita Devere, la señorita Johnston que no podía estar de pie mucho tiempo porque se le hinchaban los tobillos, la señora Rice inclinada sobre el fregadero con el vapor nublando sus quevedos, y todas ellas,

sin excepción, olvidando cosas («A ver, ¿qué es lo que estaba haciendo?») y perdiendo cosas («A ver, ¿dónde demonios puse...?») que muy a menudo resultaba que tenían delante de sus narices.

A menudo el comandante recordaba de pronto que tenía cartas que escribir, que tenía que telefonar a Dublín, que tenía que poner un anuncio en el *Irish Times*... y muchas otras cosas. En suma, que debía seguir remando furiosamente hasta la costa más próxima, porque la barca seguía hundiéndose más y más en el agua.

Se veía a personajes desagradables acechando entre los árboles (el comandante recordó con nostalgia al «personaje desagradable» que habían perseguido riéndose por el parque la tarde en que llegó al hotel). Y algo peor aún, el techo del estudio se desplomó con un estruendo atroz, arrastrado hasta el suelo por el piano de cola del salón de arriba. Después, durante horas, inundó los pasillos una densa niebla blanca de yeso, a través de la cual cruzaban apresurados como fantasmas y jadeando débilmente los habitantes del Majestic.

---

PROPUESTA DE PAZ  
DEL PRIMER MINISTRO

*Propuesta de conferencia en Londres tras  
la llamada del Rey a la reconciliación.  
De Valera invitado por Lloyd George a Londres*

El corresponsal en París de Reuter telegrafió lo siguiente ayer: «Comentando esta mañana la carta dirigida al señor De Valera invitándole a asistir a una conferencia en Londres con sir James Craig para estudiar a fondo la posibilidad de una solución a la cuestión irlandesa, *Le Petit Parisien* hace especial hincapié en el tono conciliador e incluso amistoso de la carta, que, en su opinión, da indicios de un esfuerzo grande y digno de alabanza por parte del gobierno británico».

---

De vez en cuando, sólo por un instante, el comandante soltaba los remos, perdido en sus pensamientos. Empezaba el verano, una estación deliciosa. El olor de la hierba y del bosque flotaba agradablemente bajo el cielo suave. Iba a colocar un letrero de SE VENDE en una de las columnas de la entrada y pasó a través de un bosquecillo de abedules; resultaba difícil creer que hubiese hostilidad alguna en Irlanda. Por unos instantes se sintió casi en paz; pero luego pensó que unos cuantos centímetros por debajo de donde estaba se encontraba incorporado y suplicante, encajado en la tierra, pudriéndose, el cadáver de *Rover*.

Llegó una carta de Faith con la noticia de que Charity se había enamorado del mayordomo de Mimi, Brown. Pero tras esta carta, llegó otra de Charity diciendo que no era verdad. Además, Brown era un socialista y tenía ideas que estaban por encima de su condición, y ¿querría el comandante enviarle un poco de dinero (era absolutamente inútil pedirselo a papá) ya que necesitaba desesperadamente ropa nueva? Ella y Faith estaban avergonzadas de que las vieses fuera de casa con sus horribles andrajos y *tweeds* irlandeses y a todos los hombres a los que conocían, sin excepción, les daban ataques cuando las veían hechas unos espantapájaros. ¿Podría

también el comandante mandarles dinero para comprar un automóvil? ¡En Londres un automóvil era ABSOLUTAMENTE NECESARIO! Se conformaban con uno pequeño porque ellas no necesitaban uno grande y, además, uno grande costaría más. Mimi (tía Mildred) había estrellado el suyo contra un muro y aquel maldito chisme ya no funcionaba. ¡Un fastidio horroroso! Pero la ropa era lo más importante porque no podían esperar, la verdad, y debía contestarles inmediatamente mandando un cheque.

El comandante escribió inmediatamente; en la carta adjuntaba un cheque de cincuenta libras y les comunicaba la noticia de que Edward saldría para Londres en el plazo de dos días. Él mismo le seguiría cuando hubiese hecho los últimos trámites con el agente inmobiliario de Dublín. Era finales de junio y casi todo estaba ya resuelto. Los perros se habían enviado a una perrera mientras se hacían los preparativos para su nuevo hogar. Los baúles de las damas habían sido llenados y entregados en la estación, etiquetados con diversos destinos (los de la señorita Bagley, la señorita Porteous, la señorita Archer, la señorita Rice y la señorita Staveley llevaban todos la dirección de una casa de huéspedes de la isla de Wight comprada expresamente por la señorita Staveley para dar cobijo a sus amigas, una conclusión muy satisfactoria). La anciana señora Rappaport había sido enviada a Londres, armada aún hasta los dientes, y para aumentar el asombro de sus compañeros de pasaje llevaba el gato color canela en un cesto de mimbre. La acompañaba en su viaje un primo indigente de Edward, especialmente contratado para ese propósito.

Durante la última tarde que Edward pasó en el Majestic, él y el comandante se armaron con unos mazos y se dedicaron a golpear a la reina Victoria y su caballo con la intención de volver a colocarla en una posición más vertical. Estuvieron dándole mazazos durante media hora en los hombros, la cabeza e incluso en el pecho, el sonido de sus golpes tintineaba alegremente en el campo. Como consecuencia de su trabajo, el delicado metal verde de que estaba compuesta quedó salpicado de marcas marrones, pero poco más se consiguió. Seguía aún beodamente inclinada hacia un lado. Habían logrado como mucho corregir su posición unos centímetros cuando se retiraron, sudando, a tomar un poco de té (del que había abundante suministro ahora que controlaban la cocina las señoras). Después del té volvieron a asestarle mazazos en sus faldas alborotadas para bajárselas un poco. Eso fue todo lo que pudieron hacer por ella.

—Yo no me iré mañana, Edward. Aún hay un montón de cosas que debo hacer aquí.

El comandante había aplazado lo de informar a Edward de su decisión de quedarse por miedo a que éste pudiese cambiar de opinión. Ese temor había sido ilusorio, pensó, al ver la expresión afligida y ansiosa que apareció en la cara de Edward.

—¡Pero *debe* usted venir! Es peligroso estar aquí.

—No estoy dispuesto a largarme y dejar esto en manos de los malditos fenianos —dijo el comandante, con calma pero sintiendo un gran odio hacia Edward.

—Pero, Brendan, tiene que afrontar la realidad. Ha leído los periódicos. Sabe tan bien como yo que todo ha terminado aquí. Se ha acabado. Cualquiera día ese maldito Lloyd George va a tirar la toalla y entonces la gente que ha sido leal, como usted y yo, lo pagará muy caro.

—Pues yo no estoy dispuesto a escapar corriendo, Edward, sólo porque exista una posibilidad de que surjan problemas. Me iré, si es que me voy, cuando yo lo considere oportuno.

—Pero ¡por Dios, Brendan! Las cosas ya están lo suficientemente mal. Cuando manden el ejército a casa será la ley de la selva. A todos los unionistas del sur les cortarán el cuello. Váyase al Ulster si se quiere quedar en Irlanda.

—Ya he decidido que voy a quedarme, Edward. Al menos por un tiempo.

—Pero no puede usted quedarse *aquí*. Este viejo caserón se cae a pedazos. Es peligroso. Lleva usted meses diciéndome lo peligroso que es... ¡Piense en el techo del estudio! Eso podría suceder en cualquier parte del edificio, en cualquier parte.

—Me instalaré en las habitaciones que tengan menos grietas —dijo el comandante sonriendo.

—¿Sin sirvientes?

—Oh, bueno, siempre nos quedará Murphy.

—¡*Murphy!* Además, piense en el tamaño de todo esto, es absurdo. No puede vivir usted aquí solo. Y acaba de decirme que está a la venta.

—Esperaré hasta que se venda, entonces. Pero me niego a que unos cuantos jornaleros armados me echen de aquí.

—Bueno, pues me quedaré con usted —murmuró afligido Edward—. Pero debo decirle que me parece completamente insensato.

—No tiene absolutamente ningún sentido que se quede, Edward. Usted tiene que pensar en las gemelas.

Edward había dejado su mazo en el suelo y estaba sentado en los escalones de piedra frente a la maltrecha estatua, viendo como relumbraban al sol los bordes de metal mellados que acababan de romper. Una leve brisa agitó la masa revuelta de pelo canoso sobre la cara triste y derrotada de Edward. «Absurdo —pensó el comandante— que tengamos que seguir compitiendo cuando la cosa por la que competíamos se ha esfumado hace mucho».

—Estoy de acuerdo en que puede ser poco sensato —dijo suavemente—. Pero ya lo he decidido. Además, estoy empezando ya a ser un perro demasiado viejo para aprender nuevos trucos. Ahora olvidémonos del asunto y hablemos de algo más agradable en nuestra última tarde.

Edward parecía aliviado. Sus ojos se apartaron de la estatua y fueron a posarse un poco más allá, sobre el lecho de lavanda plantada por su esposa «antes de morir». ¿En qué estaría pensando? se preguntó el comandante. Tal vez en su esposa muerta, en su hija mayor, la muerta, a la que él más había querido e incluso ahora continuaba queriendo más de lo que nunca querría a Ripon o a las gemelas.

Y entonces, como si el comandante hubiese adivinado sus pensamientos, Edward dijo:

—Recuerdo el día que trajimos a Angie a casa; nevaba. Era sólo un bebé. Parece que fue ayer.

El teléfono sonó en el estudio de Edward. La tarde era tan tranquila y la casa estaba tan silenciosa que el comandante lo oyó sonar pese a estar fuera en el parque. Era el inspector del distrito Murdoch que llamaba desde Valebridge.

—¿Hay algún problema? ¿Cogieron el tren sin novedad?

Bueno, por eso era por lo que llamaba. El tren aún no había salido de Valebridge porque había algún problema en la vía en el tramo hasta Dublín. Aún no estaba claro qué era lo que pasaba pero podría significar un retraso considerable.

—Son todas ancianas. No hay que hacerlas pasar por ninguna tensión. Si no hay ninguna posibilidad de que lleguen a Dublín antes de la noche sería mejor que las enviase de vuelta aquí y que volviésemos a intentarlo mañana.

—Muy bien, comandante —hubo una pausa—. Por cierto, he enviado a uno de mis hombres para que eche un vistazo alrededor del Majestic.

—¿Por qué? —preguntó el comandante. Pero Murdoch había colgado ya.

«¡Qué muerto está todo!», pensó mientras vagaba sin rumbo por los pasillos y las habitaciones vacías. Silencio absoluto. Ya no se oía ni aquel extraño ruido parecido a un crujido debajo del agua. Resultaba extraño cómo Edward y unas cuantas ancianas podían hacer que aquel lugar fuera tan distinto.

La marcha había sido dolorosa. Convencidas de que no vivirían para volver a ver a su querido amigo el comandante en este mundo, las señoras se habían permitido rendirse a sus emociones. El comandante se había visto obligado a besar una tras otra las mejillas marchitas manchadas de lágrimas, se había visto apretado por uno tras otro de los cuerpos perfumados de lavanda; todo ello unido a las alarmas y distracciones habituales en los viajes de las señoras: bolsos olvidados, billetes extraviados, cartas para que el comandante las echara al correo, propinas que se habían olvidado de dar (pero ¿quién quedaba en el Majestic para recibir propina, salvo el propio comandante?), direcciones y horarios que había que recordar y que, en consecuencia, se olvidaban rápidamente, pequeños paquetes (que contenían pañuelos en los que habían bordado elaboradamente el nombre y la graduación del comandante) para que los abriera después de que se hubiesen ido, visitas urgentes al lavabo que tenían que hacerse en el último momento cuando todo el mundo estaba listo para irse. El comandante soportó todo esto con buen humor e insistió en mantenerse alegre, esforzándose por animar a las señoras para que no se incapacitasen a sí mismas del todo con los sollozos y se viesan obligadas a echarse, perdiendo el tren.

Por fin partieron las señoras que iban hasta Dublín en el Daimler con Edward,

seguidas por el autocar alquilado en el que iban las demás hasta la estación de ferrocarril de Valebridge. El comandante se había quedado solo, de pie en el camino. De las señoras no quedó más que un leve aroma a sales aromáticas en el aire quieto.

El comandante, no acostumbrado aún al extraño silencio de la casa desierta, decidió continuar su interrumpido paseo por el entorno. Y empezó a tropezarse con restos de las actividades de Edward que antes estaba demasiado preocupado para percibir; lo primero que vio fue un pequeño alijo de munición envuelto en hule. Todo el tiempo que él había estado trabajando frenéticamente para cerrar el Majestic, Edward había estado fuera en el parque planeando su defensa. Cuando se puso a buscar encontró alijos de munición envueltos en hule por todas partes. Pero eso no era todo. Había hoyos para atrincherarse en el patatal y en el prado de más allá, y cajas de primeros auxilios alojadas en árboles huecos del bosque. Cada afloramiento del terreno tenía algún artilugio protector, en algunos lugares parapetos metálicos hechos con segmentos de calderas viejas y equipados con ranuras para disparar... Todos miraban hacia los límites de la finca como si, justo fuera del campo de visión, al otro lado de la elevación de la colina siguiente, se hubiesen concentrado silenciosos ejércitos que estuviesen esperando para atacar a un viejo caballero inglés un poco loco que bebía demasiado whisky y clamaba por la pérdida de Irlanda. ¡Pobre Edward! ¡No era extraño que hubiese aleccionado con tanta energía a aquellas jovencitas que se reían de él disimuladamente en la mesa del comedor, sobre ángulos de tiro, ataques por el flanco y emplazamientos estratégicos! Cuando estaban sentados en los escalones días atrás, él debía de haber tenido la visión de que se había quedado solo con el comandante para defender todas aquellas posiciones contra los vastos e implacables ejércitos del papa.

El comandante, situado en el punto más alto del prado, examinó el campo en paz e iluminado por el sol buscando la amenaza. Pensó en un concurso que había visto en el periódico. Había una foto de unos futbolistas inmovilizados en un momento decisivo del partido, pero con la imagen del balón eliminada del cuadro. Se pedía a los lectores que marcasen con una cruz en la foto dónde creían que debía estar el balón. Allí delante, en algún lugar, en el paisaje dormido, había una amenaza para su seguridad. Sabía que estaba allí, en alguna parte. Pero era invisible para él.

Cuando volvía a la casa se detuvo al borde del camino a esperar a un joven que venía pedaleando hacia él en una bicicleta y que acababa de asomar de entre los árboles. Llevaba un fusil a la espalda y una curiosa mezcla de uniformes: las piernas pedaleantes estaban cubiertas por unos pantalones verdeoscuros de la policía; la parte superior del cuerpo, sin embargo, estaba vestida con un uniforme militar caqui, mientras que en la cabeza llevaba encajada una gorra civil plana en la que había la enseña del arpa coronada de la policía. Detrás de la enseña llevaba clavada a la gorra una larga pluma blanca de gallina. «¡Una expresión excelente de la voluntad confusa del gran pueblo británico!».

Aquel individuo extrañamente ataviado paró la bici arrastrando las botas por el



suelo y, no sin recelo, habló con el acento inconfundible de la clase obrera londinense, preguntando si el comandante era el comandante.

—Lo soy, sí. ¿Qué puedo hacer por usted?

Le habían dicho que echase un vistazo por el Majestic por si había algún problema. Se sabía ya en toda aquella zona que la gente que vivía en el Majestic se había ido y podría haber indeseables que fuesen a saquear el lugar. Dio unas palmadas a la culata del fusil, pero sin confianza, más bien como si tocase madera supersticiosamente.

—Eche un vistazo por si acaso en los cobertizos. Pero tenga cuidado; hay mucha madera podrida y podría fácilmente romperse el cuello. Otra cosa, si por casualidad ve a un viejo loco con muchas arrugas en la cara, no le dispare. Es uno de los criados. Cuando haya acabado venga dentro y toque el timbre de la mesa de recepción. Le daré una taza de té.

El comandante intentó durante una hora leer un ejemplar atrasado de *Punch* en la sala de armas, pero el silencio le ponía nervioso y le resultaba difícil concentrarse. Volvió a sonar el teléfono en el estudio de Edward al fondo del pasillo, pero dejó de sonar antes de que le diese tiempo a cogerlo. Esperó a que sonara otra vez, pero no lo hacía, así que bajó hasta las cocinas a preparar un poco de té para él y para el joven soldado. Iba sonriendo porque se había sorprendido mirando con miedo hacia las puertas, al pasar por delante de ellas. «La verdad es que me he convertido en una anciana por haber pasado tanto tiempo con ellas. ¡Cuando termine todo esto tengo que buscar algunos miembros más jóvenes del otro sexo!».

A las cinco la tetera se había quedado fría sin que apareciese el soldado, así que el comandante salió a buscarle. Cruzó primero el cuarto de la cocina camino de los establos, pero estaban vacíos, igual que los garajes y los cobertizos. La puerta del pajar estaba abierta, así que miró dentro. Le saludó un aroma agradable de heno estival. No había el menor rastro del joven. Acercó con recelo la escalera al altillo y apoyó el pie en el primer travesaño. Aguantó su peso, así que empezó a subir. Cuando la cabeza y los hombros habían asomado a través de la trampilla, miró alrededor. Había más luz allí. Una de las hojas de madera de la ventana de carga estaba abierta, y la luz del sol llegaba hasta el suelo.

Alguien había estado allí recientemente. Flotaba polvo en el aire y donde el sol lo tocaba ardía como un horno. El heno amontonado a los lados tenía un tono gris, como si se hubiese cortado muchos años atrás y se hubiese abandonado. Pero allí ya no había nadie. Bajó cautelosamente por la escalera. «Podría pasarme la vida buscándole por aquí sin encontrarle».

Continuó, sin embargo, recorriendo una sucesión de patios, pasó por el pozo y la bomba, hacia la casa de las manzanas, cuya puerta estaba también abierta. Era allí donde se almacenaba el sobrante de la inmensa cosecha de manzanas del Majestic: las caídas y las de cocinar principalmente. En la época de la primera visita del comandante estaban amontonadas unas encima de otras, golpeadas y pudriéndose,

hasta llegar casi a un metro del techo; pero en el ínterin la cocinera había hecho su visita diaria para llenar un cubo de los del carbón de manzanas para tartas y postres (y tal vez las viejas arpías vestidas de negro hubiesen llenado también sus sacos de harina). El resultado era que se había hecho un hueco en aquel océano de manzanas, un valle que se extendía hacia arriba desde la altura de la rodilla hasta laderas en sombras que se alzaban bastante por encima de la cabeza del comandante. También allí había silencio, y un olor acre a fruta podrida. «En unas cuantas semanas — pensaba el comandante—, este lugar estará tan lleno de avispas que no podrá uno acercarse a él... Pero bueno, en unas cuantas semanas ¿acaso importará?». Y dio unos cuantos pasos hacia delante en la oscuridad. Al hacerlo hubo una convulsión de las sombras a su espalda y cayó hacia delante sobre las manzanas. Cuando perdía la conciencia se dio cuenta de que las manzanas habían empezado a rodar; una gran avalancha cayó atronando sobre él y le enterró en la oscuridad. Pero aún no estaba muerto, así que tuvieron que sacarle a rastras cogiéndole por los talones.

Le dejaron tirado en el suelo unos instantes mientras le ataban las muñecas a la espalda. Cuando le alzaron de nuevo, en el lugar donde había estado echado quedó un charco de sangre. Durante todo el trayecto escaleras abajo desde una terraza hasta la siguiente, pasando por la piscina negra y silenciosa con su escueto trampolín, las maltrechas pistas de tenis y las urnas vacías castigadas por las inclemencias del tiempo que se alineaban en la ruta como hoscos centinelas, la sangre continuó derramándose a cada paso. Finalmente llegaron a la última terraza. Luego el cuerpo inerte del comandante fue trasladado más abajo aún, a las rocas, y desde ellas, con considerable dificultad, lo bajaron hasta la playa.

Allí, a poca distancia, estaba el joven soldado al que el comandante había ido a buscar para tomar el té. Igual que el comandante, estaba atado y amordazado apenas consciente; fue enterrado hasta el cuello en la arena, listo para recibir la marea que llegaba. Tenía la cabeza caída hacia un lado y no la levantó cuando el rumor tintineante de las pisadas en los guijarros fue acercándose hasta detenerse a su lado. Tenía los ojos cerrados, había en su joven rostro una expresión pacífica y respiraba lenta y regularmente.

A su lado empezaron a hacer un hoyo para el comandante; pero al llegar a sólo medio metro de profundidad la pala chocó con una roca y hubo que abandonar aquel hoyo. La lengua de arena era estrecha, con la forma de la hoja de una espada con la punta hacia el mar. Como el soldado había ocupado ya el único sitio adecuado se excavó otro hoyo unos cuantos metros más atrás. Esta vez no hubo ningún impedimento.

Cuando el nuevo hoyo tuvo la profundidad suficiente se introdujo en él el cuerpo inerte del comandante y se utilizó el mango de un bastón para echar hacia atrás sus tobillos atados en una posición genuflexa. Luego se le colocó una piedra grande

encima de las pantorrillas, y sobre ella piedras más pequeñas y se cubrió con arena. Sólo quedaba visible la cabeza.

Aunque su herida había dejado ya de sangrar, todavía estaba inconsciente. Poco a poco, al caer la noche, la marea fue subiendo por la playa y acercándose a él. Era un oscurecer tranquilo, sin viento, y el mar estaba en calma. Al hacerse ya de noche se oyeron a cierta distancia unos chillidos solitarios que estremecían el corazón... Eran los pavos reales, a los que nadie se había acordado de dar de comer aquel día, y que se disponían a posarse en las ramas de un roble en la terraza más alta para pasar la noche.

Entre tanto la marea continuó su avance. Poco después de salir la luna se oyó un sonido como un bufido jadeante procedente de la playa, de más abajo, pero luego volvieron a reinar la paz y el silencio.

Sin embargo, cuando el borde cuchicheante del oleaje estaba aún a algo más de un metro de la cabeza del comandante, la marea alcanzó su altura máxima y empezó a retroceder de nuevo. El comandante estaba ya semiconsciente. Acechaban en las sombras preguntas que era imposible captar y examinar. ¿Qué estaba haciendo él enterrado en la arena? ¿Le habían dejado allí para que se ahogara? Y su mente vagó lejos, flotante y sin rumbo como un globo a la deriva, hasta las trincheras..., hasta un «ataque» u otro en algún bosque sin nombre olvidado de Dios.

Con la primera luz del día llegó gente a desenterrarle y volvió a cobrar una débil conciencia. Cavaron con cuidado, como si se dieran cuenta del peligro de cortar con la pala sus muñecas atadas. Utilizaron las manos para desenterrar los bordes de la piedra grande que tenía colocada sobre las pantorrillas y la quitaron con cuidado. Luego sacaron al comandante y le tumbaron en la arena.

Estaba completamente entumecido. No sentía nada. El movimiento involuntario de sus extremidades le produjo un calambre terrible, de manera que parecía como si su cuerpo estuviese haciendo todo lo posible por romperse en pedazos. Cada músculo del abdomen, los muslos y los hombros se había contraído adquiriendo una dureza como la del mármol, y competían con su opuesto correspondiente, dándole la sensación de que sus huesos y ligamentos se iban a romper. Pero, al mismo tiempo, su mente estaba completamente en paz. Era como si su cuerpo no le perteneciese. Mientras yacía allí quieto en la arena, le fue invadiendo un gran sentimiento de serenidad, el tipo de sentimiento que se podría tener durante los instantes que siguen a un accidente grave, cuando se toma conciencia de que uno no es ya responsable de uno mismo. Se estaban haciendo cargo de él otras personas. Podía oír débilmente sus voces que llegaban del fondo de la playa donde tanteaban la arena con la pala. Al final, empezaron a cavar otro hoyo.

El comandante pensaba ahora en Sarah, y en el amor. Y luego, sin apreciar ninguna transición, pensaba en Ovidio, un autor que había leído sin placer en el colegio. Resultaba extraño pensar que algunas personas llegasen realmente a disfrutar tanto leyendo a Ovidio, por ejemplo, como leyendo aquel relato de T. C. Bridges que

se había publicado por entregas el año anterior en el *Weekly Irish Times*. ¡Qué relato tan encantador! Había un episodio en él que había cautivado especialmente su imaginación: un joven confesaba a su novia que aunque pareciese un caballero era en realidad un ladrón, y que por tanto era inevitable que ella le detestara... Pero la chica (y qué espléndida sorpresa había sido esto tanto para el joven del relato como para el comandante)..., la chica seguía a su lado, le decía firmemente que le amaba y que no le creía capaz de robar. (Y lo cierto es que había algo bastante raro en su robo. El joven había recibido un golpe en la cabeza o había sido hipnotizado o no recordaba, en realidad, haberlo hecho). Una chica muy íntegra, de todos modos, para apoyarle así. Sarah, por supuesto, habría hecho lo mismo, sin duda, en esa situación.

Y con este agradable pensamiento los párpados del comandante, cansados y cubiertos de sal, descendieron sobre los ojos y se durmió, o se quedó inconsciente, habría sido difícil saber exactamente cuál de las dos cosas.

Cuando volvió a despertar estaba de nuevo enterrado en arena hasta el cuello. Había salido el sol y bailaba no muy lejos en el horizonte, dándole directamente en los ojos. Aquella luz le cegaba, así que durante algún tiempo no fue consciente de nada más que del dolor en la retina. Pero cuando se habituó ya más a él, se dio cuenta de que no estaba solo. A poco más de un metro a la izquierda había otra cabeza saliendo de la arena al mismo nivel que la suya. Reconoció inmediatamente al individuo: era el joven londinense de clase obrera que había aparecido en una bicicleta el día anterior... Él le había invitado a tomar el té.

—¿Por qué no vino a tomar el té?

Pero el joven no contestó, se limitó a seguir mirando fijamente hacia el comandante de una forma insolente con un ojo azul empañado muy abierto y el otro cerrado hasta parecer una ranura reluciente. De la boca abierta colgaba una brizna de algo oscuro: podría haber sido un alga. Luego empezó a zumbar alrededor de él una mosca azul que decidió posarse finalmente en el ojo azul abierto. Pero el ojo no pestañeó.

Al ir elevándose el sol empezó a despejarse un poco más la conciencia del comandante, que volvió a esforzarse por engarzar los pensamientos, que corrían de aquí para allá como pececillos escurridizos que era imposible atrapar. «¡Muerte! —pensó. Y—: Ahogarse. —Pero esto parecía inadecuado, así que se esforzó más y consiguió pensar—: Ahogarse es horrible... —Pero esto, aunque también era inadecuado, le dejó exhausto un rato. Pronto fue capaz, sin embargo, de subir otro tramo de escalones hacia la plena conciencia, y se dijo—: Me duele horriblemente el costado. Duele endemoniadamente». Después su mente pensó en Sarah, Edward y las gemelas, pero esto no le fue de ninguna ayuda. Debía pensar en algo distinto.

Los movimientos de sus extremidades hicieron mientras tanto un hueco de ocho o diez centímetros entre su cuerpo y la arena que lo moldeaba. Este hueco se llenó del agua que se filtraba a través de la arena. Se dio cuenta de que el agua tenía un tinte rojizo y comprendió que debía estar sangrando. Al mismo tiempo, al aclararse algo

más la conciencia, empezó a sentirse torturado por la sed, y el dolor de las extremidades se hizo insoportable. Sin embargo, decidió que, por muy doloroso que fuese, tenía que mover la cabeza para ver quién más había en la playa además de él y de aquel joven soldado insolente. Milímetro a milímetro, una fracción de grado cada vez, giró el cuello y movió los lentos globos oculares, primero en una dirección, luego en la otra. No había ni un alma a la vista en la playa. Estaba completamente desierta.

El agua adquirió un tono rojo más intenso. «Pronto vendrá Sarah y me desenterrará», pensó con una mezcla de amor y desesperación, mientras la luz del sol que nadaba en el agua iba acercándose cada vez más. Luego volvió a perder la conciencia.

Transcurrieron otros tres cuartos de hora antes de que llegaran los rescatadores a ayudar al enterrado comandante. Estos rescatadores estaban dirigidos no por Sarah, sino por la señorita Johnston y la señorita Staveley. La señorita Bagley, aunque aterrada y sin aliento, las seguía a no mucha distancia. Finalmente llegó la pobre señora Rice, que no veía muy bien y a la que le habían dado la pala para que la llevara. Resoplando y exhausta, no hacía más que gritarles a las otras que la esperaran, que tenía miedo de caerse y romperse la cadera y entonces..., ¡entonces Dios sabe qué! Neumonía, quizá. Cuando se llega a cierta edad hay que tener cuidado.

Al cabo de un rato se pusieron a trabajar. La señorita Staveley, que había empuñado la pala mientras la señora Rice hacía un pequeño descanso, empezó a cavar (y justo a tiempo). Pero también ella estaba muy cansada (ninguna había dormido, porque cuando habían regresado de Valebridge se habían encontrado con que el comandante no estaba) y el cansancio las hacía más torpes que nunca, así que daba la impresión de que estaban paleando tanta arena en el hoyo que rodeaba al comandante como sacándola de él. Cuando el agua estaba empezando ya a llegarle a los tobillos, la señorita Johnston, que se había hecho cargo de la operación y estaba poniéndose ya apopléjica de impaciencia, empuñó la pala a su vez y, con neumonía o sin ella, empezó a cavar frenéticamente. Al final fue sólo la señorita Bagley (que al comandante nunca le había agradado en realidad tanto como las otras), débilmente asistida por la señora Rice, quien reunió las fuerzas suficientes para levantar la pesada piedra que le mantenía inmovilizado en su tumba acuática. Al joven soldado, sin embargo, le dejaron para una segunda inmersión.

Desde una ventana de la cuarta planta del Majestic una figura sombría se detuvo a observar cómo las viejas damas arrastraban el cuerpo inerte del comandante apartándolo del avance del mar.

—¡Muerto! —el viejo rostro arrugado de Murphy se crispó convulso de alegría mientras continuaba su vagabundeo, canturreando una canción que había aprendido

unos cincuenta años antes, cuando era joven, en Wicklow Town. «*Nís héanfadh do ghrá-sa ná do pháirt'n fhaida mhairfe mé...*» [No negaré tu amor ni tu cariño el resto de mi vida].

Y mientras se arrastraba de una silenciosa y desierta habitación a otra iba regando las alfombras con el líquido de la regadera que llevaba en la mano; lo rociaba todo con él, las flores de las cortinas y las coronitas de la descolorida alfombra roja del pasillo. Empapaba con él la ropa de cama y lo vertía en armarios y cajones vacíos, cantando suavemente todo el tiempo. Cuando encontró un par de zapatos de señora abandonados hacía mucho en un polvoriento salón, los llenó riendo entre dientes hasta que rebosaron. Bajó varias veces lentamente las rechinantes escaleras para llenar la regadera en el depósito del garaje. Luego el sonido de su laboriosa respiración alertaría a los gatos del hecho de que su amigo Murphy había vuelto a estar una vez más entre ellos y todos acudirían al galope, posponiendo cualquier cosa que estuviesen haciendo... Sus sangrientas batallas por el territorio en los desvanes o sus feroces y horribles empresas carnales en las almenas.

—¡Gatitos! —murmuraba Murphy—. ¿Queréis cenar ya, eh?

Y rociaba a los hormigueantes cuadrúpedos hasta que la piel se les ponía lisa y aceitosa (y los gatos se enfadaban visiblemente). Aunque se lamiesen, no conseguían que la piel volviese a la normalidad; escapaban, pegajosos y desconsolados, aullando de dolor.

—¡Muerto! —dijo Murphy, parándose en un charco de luz vespertina—. Beberé por eso, cómo no...

Y cogiendo la regadera la alzó hasta sus labios azules y se puso a beber, parándose de cuando en cuando para emitir un sonido chasqueante, por lo bien que sabía.

—Bueno, a ver, ¿dónde están las cerillas?

Se sacó cansinamente los bolsillos. Dejó caer así al suelo, sucesivamente, una navaja, una patata cruda de la que había comido un bocado, dos cucharillas de plata, un comunicado piadoso de la Asociación de Hijas del Corazón de María, un ovillo de bramante, un trozo de tabaco y un tordo muerto. ¡Pero ninguna cerilla! Murphy frunció el ceño y se metió el tabaco en la boca, mascando con aire taciturno hasta que recordó cómo hacía fuego sin cerillas cuando era niño. Volvió a bajar por las rechinantes escaleras, esta vez hasta el estudio de Edward, donde había visto una lupa. Luego subió otra vez a la luz del sol de la cuarta planta donde enfocó el ardiente ojo dorado hacia un trozo de papel. Pero justo cuando estaba empezando a humear, el sol se escondió detrás de una nube. Murphy bebió otro trago y se sentó a esperar impaciente a que reapareciese.

Pero el comandante no estaba muerto, aunque en aquel momento no se hallase muy lejos de estarlo. Se encontraba a algo más de dos kilómetros del Majestic, tumbado en

la mesa de la cocina del doctor Ryan. Las señoras nunca habrían tenido la fuerza necesaria para transportarle hasta allí solas. Por suerte, habían encontrado a Seán Murphy que, aunque se había escondido, no había sido capaz de resistir la tentación de acechar en las proximidades de sus familiares excavaciones de patatas. Al principio se asustó demasiado con la presencia del IRA como para acercarse a ayudar, pero una breve conversación le había convencido de que le daba aún más miedo la señorita Johnston. Así que el inerte comandante fue trasladado hasta la casa en una carretilla y luego introducido en el Standard. El viaje reabrió su herida y ahora, echado allí en la mesa, estaba sangrando abundantemente una vez más.

Mientras las damas intentaban contener la sangre con toallas, el médico, que estaba cansado y molesto por aquella súbita invasión, se fue a buscar una aguja para coser la herida. «¡Puaj, viejas! ¡Qué jaleo arman! Siempre armando jaleo, siempre hablando, criticando, sólo sirven para tomar té y para crear problemas». Le fastidiaba pensar que hubiese buscado activamente en otros tiempos la compañía de aquellas criaturas. ¡Qué joven estúpido debió de ser! Eso pensaba mientras buscaba entre los instrumentos esparcidos por su escritorio (pero ¿qué era lo que estaba buscando?). Un joven a lo que debe dedicarse es a sus estudios. El olor mustio y desvaído de las ancianas se desvaneció de su imaginación cuando se aposentó cansinamente en su sillón junto a la chimenea vacía. ¡Mujeres! Ah, su esposa era distinta, sí, pero de eso hacía ya muchos años. Muchos años antes de que surgiese la nueva Irlanda. La nueva Irlanda se libraría de todas aquellas viejas. No se las admitiría. Su esposa olía a piel, como una joven, no a agua de lavanda y a caramelo de menta. Ay, ella era diferente, pensaba mientras se quedaba dormido; «la gente es insustancial. No dura. Todo este lío, es un lío para nada. Estamos aquí un rato y luego nos vamos. La gente es insustancial. No dura nada. —Mientras sus ojos ancianos y arrugados se cerraban suavemente, se decía, distraído—: A ver, un momento, yo iba a hacer algo...».

En la cocina la cara del comandante era tan gris como la harina de avena y la sangre manaba más deprisa que nunca, así que las señoras estaban fuera de sí de desesperación. La visión de sangre por todas partes habría sido suficiente para hacer temblar a cualquiera, no digamos ya a señoras de edad que no estaban acostumbradas a aquella clase de cosas. Pero se mantenían firmes, decididas a que el comandante sobreviviera, fuese como fuese. También ellas mismas estaban pálidas y temblorosas. La señora Rice se había desmayado ya, se había recuperado, había vuelto desmayarse, y ahora estaba tomando una taza de té para que le diera fuerzas y valor. ¿Y dónde estaba entre tanto aquel condenado médico?

El médico despertó al cabo de un rato, renovado por el sueño, y recordó que andaba buscando una aguja y que tenía que coser la herida de aquel joven idiota, el comandante, que se había metido en un lío. ¡Ya le había dicho a aquel idiota que se fuese mientras pudiese irse! Él sabía que iba a pasar algo. Sólo los jóvenes estúpidos se meten en líos por nada. Y, en realidad, pensó, más irritado que nunca, ¡todo para nada! ¿De qué valían todas las cosas? Todo acababa en el cementerio. Él lo sabía

muy bien. Había asistido a muchos funerales en sus tiempos. Y regresó malhumorado a la cocina, mascullando: «La gente es insustancial. No dura, no dura nada...».

—¡Por supuesto que no! —exclamó la señorita Johnston—. ¡Si les trata a todos así!

—¡Viejas! —refunfuñó él, que parecía más senil que nunca. Pero las manos con las que se puso a trabajar eran sorprendentemente diestras y firmes para un hombre tan viejo.

Finalmente, el comandante, cosido, vendado y reconfortado con un consomé fue llevado a la cama, y dejaron que su cuerpo iniciase la tarea de repararse. Las cuatro damas se encerraron en uno de los dormitorios del piso de arriba por miedo a que aquel horrible viejo las molestase. El médico, por razones similares, se encerró en su estudio, y pronto todo el mundo estuvo profundamente dormido. Ya se había puesto el sol y se había hecho completamente de noche. Aproximadamente una hora después, mientras en la playa el joven soldado sufría su tercera inmersión, iluminó el cielo otro amanecer, pues Murphy comprendió al fin que la nube tras la que el sol se había ocultado era, en realidad, una colina del oeste. Así que volvió a recurrir a las cerillas, y encontró una caja en una vieja bata de seda de Edward.

Cuando los habitantes de Kilnalough se dieron cuenta del resplandor que brillaba en el cielo y, en coche, a caballo o caminando, se dirigieron al hotel, el Majestic era un infierno. De las ventanas de las plantas superiores brotaban arroyos de fuego del tamaño de robles. Gusanos de llamas bajaban culebreando por las gastadas y raídas alfombras y sorbían las barandillas y los paneles hasta que todas las zonas públicas estuvieron ardiendo. El calor se hizo tan intenso que los espectadores tuvieron que retroceder con la cara enrojecida, primero hasta el borde de la grava, luego más y más atrás por la hierba, la cual no tardó en resecar el calor convirtiéndola en rafia... Finalmente acabaron entre los árboles, cubriéndose los ojos para poder contemplar la magnificencia cegadora del Majestic en llamas. Sólo los desvanes que estaban debajo del tejado eran reconocibles, con sus ventanas aún negras y vacías.

Fue de esas ventanas de las que empezaron a saltar de pronto maullando unas criaturas llameantes, cientos de ellas, un hervidero, que salían de las ventanas y bajaban por los canalones y saltaban en la oscuridad. Las que no estaban ya en llamas estallaban en el aire o se encendían como bengalas cuando se precipitaban en el gran calor ardiente de abajo, camino del suelo. Hubo entre la multitud alguien que dijo que era como ver demonios feroces brotando de la boca y de la nariz de un protestante moribundo. Pero eso no fue todo, porque luego una figura horrible y cadavérica se perfiló por un instante, plantada en el tejado, su ropa una capa de fuego, el cabello en llamas: ¡Satanás en persona! Después desapareció y nunca más se le volvió a ver en Kilnalough. Pero se pensaba que había bajado a las regiones infernales a comerse unos cuantos niños de almuerzo.

Durante unos cuantos minutos más el Majestic fue adquiriendo un brillo creciente, como si fuese un sol en miniatura, era imposible mirarlo. Después, con un



súbito estruendo, cayó sobre sí mismo y ascendió hacia el cielo una escala inmensa de chispas.

Y ése fue el final del Majestic. Siguió ardiendo y humeando, sin embargo, durante dos días más y sus noches. Nadie se planteó enterrar a los demonios chamuscados y carbonizados esparcidos por el terreno colindante. Pronto empezaron a oler atrozmente.

En julio el doctor Ryan recibió la visita de la señora O'Neill y de su hija Viola. Estaba durmiendo en el sofá de su estudio y le irritó que le despertasen. Durante un rato no estuvo claro si se trataba de una visita social o si lo que se requerían eran sus servicios profesionales. Suponiendo lo primero, dado que tanto la madre como la hija parecían gozar de buena salud, las hizo pasar a la habitación de delante, un lugar húmedo y deprimente que raras veces animaba a los visitantes a prolongar su estancia más de lo absolutamente necesario. Tras hacer esto, se sentó en un sillón y cerró los ojos. La señora O'Neill se entregó a una charla social sobre esto y lo otro, mientras Viola sonreía atractivamente, mostrando los hoyuelos, y dirigiendo de vez en cuando a su madre una mirada significativa («¿Está dormido?»).

Finalmente, tras un largo silencio que al médico le había resultado agradable pero que a sus visitantes les había parecido inquietante, la señora O'Neill dijo:

—A Viola le gustaría que le recomendase una dieta, doctor. Le parece que está engordando un poco y necesita adelgazar.

El médico se levantó del sillón trabajosamente y se dirigió, arrastrando los pies por el pasillo, hasta su despacho seguido por la señora O'Neill y Viola, que arrugaron la nariz cuando vieron el estado en que se hallaba el lugar. Pero de todos modos, había que ser comprensivo. Era un anciano, y era el único médico de Kilnalough.

Cuando Viola se desnudó parcialmente, el médico le hizo un breve examen de los pechos y del abdomen y luego le indicó que se vistiese otra vez.

—¿Y qué, doctor?

—No necesita una dieta.

—¡Pero está engordando, doctor!

Hubo otro largo silencio. El anciano se quedó quieto, pensando en las musarañas, con los ojos entreabiertos. La señora O'Neill y Viola intercambiaron una mirada significativa. «Imposible —pensaba la señora O'Neill—, ¡imposible que sea capaz de fijar la atención en algo durante más de dos segundos!».

—Una dieta, doctor —le recordó.

Pero el doctor suspiró y parecía que no fuesen a conseguir nunca que les dijese algo razonable. Finalmente, movió los labios arrugados y temblorosos y dijo:

—Su hija no necesita una dieta porque está embarazada, señora O'Neill.

—¡Embarazada! Pero eso es imposible. Viola es sólo una niña. Ni siquiera *conoce* a ningún joven, ¿verdad, Viola?

—No, mamá.

—Bueno, mire... Es absurdo. ¡Por qué dice eso! ¡Es repugnante, sabe!

—De todos modos, señora O'Neill, está embarazada.

—Pero cuántas veces tengo que decirle...

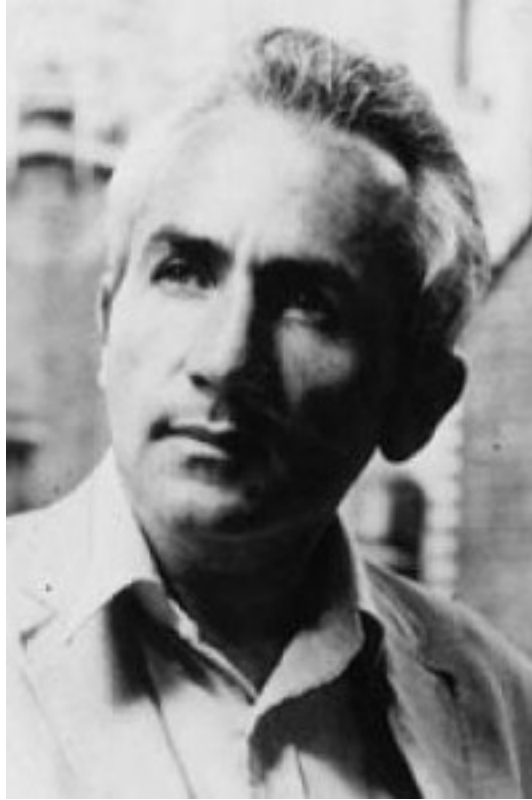
Y la señora O'Neill explicó de nuevo pacientemente (no se adelantaba nada perdiendo el control) que lo que Viola quería era una dieta, nada más que eso. Pero el viejo doctor insistió en mostrarse obstinado y senil. La señora O'Neill fue dándose cuenta poco a poco de que era completamente inútil explicar las cosas, aunque lo hiciese con mucha paciencia. Aquel vejstorio no daba más de sí. No le funcionaba la cabeza y no había esperanzas de poder hacerle entrar en razón. El doctor Ryan, que tan bien había servido a Kilnalough durante tantos años (y eso era verdad, *había* hecho un trabajo espléndido, había que reconocerlo), había llegado ya al final de su carrera como médico. Era bastante triste en algunos aspectos. Pero de nada servía quejarse.

El doctor Ryan acompañó a la puerta a sus visitantes y las vio caminar hacia la calle principal. Luego con un suspiro dio un lento y laborioso rodeo a la casa hasta llegar el jardín de atrás, donde estaba sentado el comandante en una tumbona, leyendo un periódico.

En su último día en Kilnalough el comandante hizo una melancólica visita a las ruinas carbonizadas que eran ya todo lo que quedaba del Majestic. Pero no estuvo mucho tiempo allí porque tenía que coger el tren. Además, había muy poco que ver, exceptuando la gran colección de lavabos e inodoros que habían ido desplomándose de una planta a otra hasta llegar al suelo. Inspeccionó las gotas de cristal fundido que se habían acumulado como cera debajo de las ventanas. Se fijó en el gran número de pequeños esqueletos delicados (los demonios asados y carbonizados que las ratas habían dejado limpios de carne). Pasó de un compartimento ennegrecido a otro intentando orientarse y diciendo: «Estoy en el salón de huéspedes, en el pasillo, en el estudio». Al estar las habitaciones abiertas al suave cielo irlandés parecían mucho más pequeñas... parecían, en realidad, completamente insignificantes. Cuando pasaba pisando con cuidado por encima de un gran montón de ceniza y madera carbonizada (que sospechó que debía haber sido en tiempos la enorme puerta de la entrada) miró hacia atrás y se fijó casualmente en algo blanco, medio oculto por los escombros. Era la estatua de Venus, extrañamente ilesa. Pesaba demasiado para llevarla él mismo, pero cuando volvió a Kilnalough dispuso lo necesario para que se recogiera y se enviara a Londres.

En realidad, esta dama de mármol blanco fue la única novia que el comandante consiguió llevarse de Irlanda en aquel año de 1921. Aunque todavía le asediaban pensamientos de Sarah. Su amor por ella estaba posado en su interior, inmóvil, como un pájaro enfermo. Durante muchas semanas continuó pensando en ella

dolorosamente. Y un día, sin previo aviso, el pájaro levantó el vuelo y se alejó en la oscuridad exterior, y él quedó en paz. Pero incluso muchos años después pensó de vez en cuando en ella. Y hasta creyó verla en la calle unas cuantas veces.



J. G. FARRELL (Liverpool, 1935 - Bantry Bay, Irlanda, 1979) se crió en Inglaterra e Irlanda. Sus primeras novelas quedaron eclipsadas por lo que ha sido su gran obra, la llamada «Trilogía del imperio», compuesta por *Disturbios* (1970), *El sitio de Krishnapur* (1973) y *La defensa de Singapur* (1978).

# Notas

[1] *Swine* significa 'cerdo' en inglés. (N. del T.) <<